

**El Ángel que nos Mira**

**Por**

**Thomas Wolfe**

***Free*editorial** 

## **AL LECTOR**

Este es un primer libro, y en él ha escrito el autor sobre experiencias ahora lejanas y perdidas, pero que antaño fueron parte del tejido de su vida. Por consiguiente, si algún lector dijera que el libro es «autobiográfico», el autor no podría contestarle; a su entender; toda obra seria de ficción es autobiográfica, y así, por ejemplo, no es fácil imaginar una obra más autobiográfica que Los viajes de Gulliver.

Sin embargo, esta nota va principalmente dirigida a las personas a quienes pudo conocer el autor en el periodo abarcado por estas páginas. A esas personas les diría algo que cree que comprenden ya: que este libro fue escrito con espíritu cándido y desnudo, y que el principal empeño del autor fue dar la plenitud, vida e intensidad a las acciones y a los personajes del libro que creaba. Ahora que este va a publicarse, quisiera insistir en que es un libro de ficción, en el que no pretendió retratar a nadie.

Pero nosotros somos la suma de todos los momentos de nuestras vidas; todo lo nuestro está en ellos: no podemos eludirlo ni ocultarlo. Si el escritor ha empleado la arcilla de la vida para crear su libro, no ha hecho más que emplear lo que todos los hombres deben usar, lo que nadie puede dejar de usar. Ficción no es realidad, pero la ficción es una realidad seleccionada y asimilada, la ficción es una realidad ordenada y provista de un designio. El doctor Johnson observó que un hombre debería revolver media biblioteca para escribir un solo libro; de la misma manera, el novelista puede tener que estudiar a la mitad de la gente de una ciudad para crear un solo personaje de su novela. Esto no es todo el método, pero cree el autor que ilustra todo el método en un libro escrito desde media distancia y sin rencor ni mala intención.

## **PRIMERA PARTE**

... una piedra, una hoja, una puerta ignota; de una piedra, una hoja, una puerta. Y de todas las caras olvidadas.

Desnudos y solos llegamos al desierto. En su oscuro seno, no conocimos el rostro de nuestra madre; desde la prisión de su carne, vinimos a la prisión indecible e inexplicable de este mundo.

¿Quién de nosotros conoció a su hermano? ¿Quién de nosotros observó el corazón de su padre? ¿Quién de nosotros no estuvo siempre prisionero? ¿Quién de nosotros no será siempre un extranjero solitario?

Erial de perplejidad, en los ardientes laberintos; perdidos, entre brillantes estrellas, en esta tediosísima ceniza, ¡perdidos! Recordando sobrecogidos, buscamos el gran lenguaje olvidado, el perdido sendero que conduce al cielo, una piedra, una hoja, una puerta ignota. ¿Dónde? ¿Cuándo?

¡Oh fantasma perdido, batido por el viento, vuelve a nosotros!

## UNO

Un destino que conduce a un inglés hacia los holandeses es bastante extraño; pero el que lleva de Epsom a Pennsylvania, y de aquí a los montes que se cierran en Altamont sobre el soberbio grito de coral del gallo, y a la dulce sonrisa de piedra de un ángel, tiene algo de ese oscuro milagro del azar que constituye la nueva magia en un mundo polvoriento.

Cada uno de nosotros es el total de sumas que no ha contado: reducidos de nuevo a la desnudez y a la noche, y veréis cómo empezó en Creta, hace cuatro mil años, el amor que ayer terminó en Texas.

La semilla de nuestra destrucción florece en el desierto, la flor que ha de curarnos crece junto a una roca, y una arpía de Georgia hostiga nuestras vidas, porque un ladrón de Londres se libró de la horca. Cada momento es fruto de cuarenta mil años. Los días se desgranán en minutos y zumban como moscas que vuelan de nuevo hacia la muerte; cada momento es una ventana sobre el tiempo.

He aquí un momento:

Un inglés llamado Gilbert Gaunt, apellido que más tarde cambió por Gant (probablemente como concesión a la fonética yanqui), y que había llegado a Baltimore desde Bristol en 1837, en un barco de vela, dejó que los beneficios de una taberna que había comprado fuesen muy pronto engullidos por su imprudente gacinate. Entonces se dirigió hacia el oeste, a Pennsylvania, ganándose peligrosamente la vida con gallos de pelea enfrentados a los campeones de los corrales rurales, y a menudo escapando después de pasar una noche en la cárcel del pueblo, con su campeón muerto en el campo de batalla, sin una moneda en el bolsillo y, a veces, con la huella de los gordos nudillos de un granjero en su cara desvergonzada. Pero siempre escapó y, cuando al fin llegó junto a los holandeses en tiempo de recolección de las cosechas, se sintió tan impresionado por la riqueza de sus tierras que echó el ancla en el lugar. Al cabo de un año se casó con una enérgica y joven viuda que poseía una bonita hacienda y que, como las otras holandesas, se había sentido atraída por su aire de trotamundos y por su grandilocuente lenguaje, sobre todo cuando recitaba Hamlet al estilo del gran Edmund Kean. Todos

decían que debería haber sido actor.

El inglés engendró hijos —una hembra y cuatro varones—, vivió tranquila y descuidadamente, y llevó con paciencia el peso de la lengua dura pero honrada de su esposa. Pasaron años; los ojos brillantes y un poco asombrados se volvieron opacos y con bolsas, y el alto inglés empezó a arrastrar los pies como un gotoso; una mañana, cuando su mujer fue a despertarlo, lo encontró muerto de un ataque de apoplejía. Dejó cinco hijos, una hipoteca y —en sus extraños ojos oscuros, ahora de nuevo brillantes y abiertos— algo que no había muerto: una apasionada y oscura sed de viajar.

Así, con este legado, dejaremos a este inglés y nos preocuparemos en adelante del heredero a quien lo transmitió, su segundo hijo, un muchacho llamado Oliver. De cómo este muchacho se plantó en la carretera próxima a la finca de su madre y vio pasar a los rebeldes cubiertos de polvo en dirección a Gettysburg; de cómo sus ojos fríos se oscurecieron al oír el glorioso nombre de Virginia, y de cómo, al terminar la guerra, cuando tenía solo quince años, caminó por una calle de Baltimore y vio, en un pequeño taller, pulidas lápidas funerarias de granito, ovejas y querubines esculpidos, y un ángel erguido sobre unos pies fríos y héticos, y con una sonrisa de piedra, dulce y tonta... lo cual es una historia más larga. Pero sé que sus ojos fríos y hundidos se anublaron con la sed oscura y apasionada que había vivido en los ojos del muerto y que lo habían llevado desde la calle Frenchurch hasta más allá de Philadelphia. Al observar el chico aquel enorme ángel con un lirio esculpido en la mano, se sintió presa de una excitación fría e indefinida. Cerró los largos dedos de sus grandes manos. Sintió que su mayor deseo era esculpir delicadamente con un cincel. Quería plasmar en fría piedra algo oscuro e inexpresable que llevaba dentro. Quería la cabeza de un ángel.

Oliver entró en el taller y pidió trabajo a un hombre alto y barbudo que manejaba un mazo de madera. Se convirtió en aprendiz del tallista de piedra. Trabajó cinco años en el polvoriento taller. Y llegó a ser tallista. Cuando terminó su aprendizaje, se había convertido en un hombre.

Pero no había encontrado lo que buscaba. No había aprendido a esculpir la cabeza de un ángel. Sí la paloma, el cordero, las lisas y cruzadas manos de mármol de la muerte, y letras finas y bellas... pero no el ángel. Y todos los años desperdiciados y perdidos —los años turbulentos de Baltimore, de trabajo y de salvaje embriaguez, y el teatro de Booth y Salvini, que tuvo un efecto desastroso en el tallista, que se aprendía de memoria cada inflexión del retumbante y noble lenguaje y rondaba farfullando por las calles, con rápidos ademanes de sus enormes y expresivas manos— fueron como pasos a ciegas y tanteos en nuestro destierro, la imagen de nuestra hambre cuando, recordando sobrecoídos, buscamos el gran lenguaje olvidado, el perdido sendero que conduce al cielo, una piedra, una hoja, una puerta. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Nunca lo encontró, y bajó tambaleándose a través del continente hacia el sur de la Reconstrucción, como un extraño y fiero personaje de metro noventa de estatura, ojos fríos e inquietos, nariz grande y afilada, un caudal inagotable de retórica y una invectiva cómica y descabellada, formalizada como el epíteto clásico, que empleaba seriamente, pero con un débil rictus inquieto en las comisuras de los finos y gemebundos labios.

Montó un negocio en Sidney, pequeña capital de uno de los estados del mediano sur, vivió sobria y laboriosamente bajo la mirada atenta de una gente todavía irritada por la derrota y la hostilidad, y, una vez consolidado el buen nombre y ganada su aceptación, se casó con una solterona flaca y tuberculosa, diez años mayor que él, pero con buenos ahorros y un deseo inquebrantable de casarse. A los dieciocho meses, volvía a ser un vocinglero maniático, había arruinado su negocio y seguía pasando la maroma, cuando Cynthia, su esposa —cuya vida, según los nativos, él no ayudó a prolongar— murió repentinamente una noche, después de una hemorragia.

De nuevo lo había perdido todo —Cynthia, el negocio, la a duras penas ganada fama de templanza, la cabeza del ángel— y vagaba por las calles cuando era de noche, gritando maldiciones en pentámetros contra los hábitos de los rebeldes y su gran indolencia; pero, presa de miedo, de perplejidad y de remordimiento, languidecía bajo la mirada reprobadora de la ciudad y se iba convenciendo, mientras la carne menguaba en su escuálido armazón, de que el flagelo de Cynthia caía ahora sobre él como venganza.

Tenía poco más de treinta años, pero parecía mucho más viejo. Su rostro era amarillo y demacrado. Su nariz cérea y afilada parecía el pico de un ave. Tenía un largo bigote castaño cuyas puntas pendían fúnebremente rectas.

Las tremendas libaciones habían arruinado su salud. Estaba flaco como un palo y tosía a menudo. Pensó en Cynthia, en la ciudad retraída y hostil, y tuvo miedo. Pensó que padecía tuberculosis y que iba a morir.

Y así, de nuevo solo y perdido, sin haber encontrado orden ni arraigo en el mundo, y sin tocar de pies en el suelo, Oliver reemprendió su viaje sin rumbo por el continente. Marchó hacia el oeste, en dirección a la gran fortaleza de los montes, sabiendo que su mala fama no los habría cruzado y esperando poder encontrar en ellos aislamiento, una nueva vida y una salud recobrada.

Los ojos del macilento espectro se oscurecieron de nuevo, como habían hecho en su juventud.

Durante todo el día, bajo el cielo gris y húmedo de octubre, Oliver viajó hacia el oeste, cruzando el poderoso estado. Al mirar tristemente por la ventanilla los grandes campos sin cultivar, salpicados de tarde en tarde por fútiles, ocasionales y pequeñas granjas, que parecían haber hecho solamente

mínimas roturaciones en el erial, sentía que se le enfriaba y pesaba el corazón. Pensaba en los grandes heniles de Pennsylvania, en las mieses maduras de granos dorados, en la abundancia, en el orden, en el limpio progreso de la gente. Y pensaba en que también él había querido imponerse un orden y ganarse una posición, y en la desenfrenada confusión de su vida, en las manchas y borrones de los años, y en el anárquico despilfarro de su juventud.

«¡Dios mío! —pensó—. ¡Me estoy haciendo viejo! ¿Por qué aquí?»

Los horribles años espectrales desfilaron en tropel por su cerebro. De pronto, vio que su vida había sido canalizada por una serie de accidentes: un rebelde loco cantando al Armagedón, el sonido de una corneta en la carretera, los mulos del ejército, la tonta cara blanca de un ángel en un taller polvoriento, la descarada oscilación de las nalgas de una ramera al pasar. Había trocado el calor y la abundancia por esta tierra yerma; al mirar fijamente por la ventanilla y ver el suelo pardo y baldío, la grande y áspera elevación del Piedmont, las fangosas carreteras de arcilla roja, y los papanatas boquiabiertos en las estaciones —un granjero flaco oscilando sobre las riendas, un negro haraganeando, un patán desdentado, una mujer nervuda y pálida con un bebé mugriento—, la extrañeza del destino le produjo un miedo intenso. ¿Cómo pudo pasar de la limpia abundancia holandesa de su juventud a esta vasta tierra perdida de seres raquíticos?

El tren traqueteaba sobre la tierra vaporosa. La lluvia caía sin parar. Un ferroviario entró presurosamente en el sucio vagón de asientos tapizados y vació un cubo de carbón en la gran estufa del fondo. Una risa aguda y tonta sacudió a un grupo de patanes tumbados sobre dos asientos vueltos al revés. La campana tocó lúgubremente dominando los crujidos de las ruedas. Hubo una espera tediosa e interminable en una bifurcación próxima a los montes bajos. Después, el tren avanzó de nuevo sobre la tierra vasta y ondulada.

Llegó el crepúsculo. La enorme masa de los montes surgía entre brumas. Lucecitas humeantes brotaban de chozas en las laderas. El tren se arrastraba soñoliento entre altos bastidores que esparcían fantásticos chorritos de agua. Muy arriba, y muy abajo, cabañas de juguete, empenachadas de humo, se adherían a las riberas, a las quebradas y a las faldas de las montañas. El tren serpenteaba lentamente, cuesta arriba, por hendiduras en la roja tierra. Al hacerse de noche, Oliver se apeó en la pequeña población de Old Stockade, donde terminaba la vía del ferrocarril. La última gran muralla de los montes se erguía rígida ante él. Al abandonar la triste y pequeña estación y contemplar las luces grasientas de un almacén pueblerino, Oliver tuvo la impresión de que se arrastraba, como una bestia grande, hacia el círculo de aquellos enormes montes, para morir.

A la mañana siguiente continuó su viaje en diligencia. Su destino era la

pequeña población de Altamont, a veinticuatro millas más allá de la gran barrera de montes exterior. Al subir fatigosa y lentamente los caballos por la carretera de montaña, Oliver se animó un poco. Era un día gris dorado de finales de octubre, brillante y ventoso. El aire montañés era luminoso y cortante. La cordillera se elevaba ante él, próxima, inmensa, limpia y desnuda. Los árboles crecían flacos y rígidos; casi no tenían hojas. El cielo estaba poblado de jirones de nubes blancas arrastrados por el viento; una espesa capa de niebla envolvía la muralla de un monte.

Debajo de él, un torrente de montaña fluía espumoso sobre su lecho de rocas, y distinguió unas manchitas que eran hombres que tendían la vía férrea que llevaría a Altamont, serpenteando entre los montes. Entonces, el sudoroso atelaje llegó a lo alto del puerto y, entre altísimas y majestuosas cimas que se perdían en una niebla purpúrea, inició el lento descenso hacia la altiplanicie donde había sido construida la villa de Altamont.

En la obsesionante eternidad de estas montañas, inmersa en su enorme copa, encontró una población de cuatro mil almas, desperdigadas en cien montículos y depresiones.

Era una tierra nueva. Su corazón se animó.

Esta villa de Altamont había sido fundada poco después de la guerra de Independencia. Había sido un lugar de parada conveniente para los ganaderos y los granjeros en su marcha hacia el este, desde Tennessee hasta Carolina del Sur. Y durante varias décadas, antes de la guerra de Secesión, había disfrutado del patrocinio veraniego de personas distinguidas de Charleston y de las plantaciones del cálido Sur. Cuando Oliver llegó allí por primera vez, el lugar empezaba a tener cierta fama, no solo como población de veraneo, sino también como sanatorio para tuberculosos. Varios ricachones del norte habían construido pabellones de caza en los montes, y uno de ellos había comprado extensos terrenos de montaña y, con un ejército de arquitectos, carpinteros y albañiles importados, estaba proyectando la mayor casa de campo de América: una construcción de piedra caliza, con pronunciados tejados de pizarra y ciento ochenta y tres habitaciones. Se había inspirado en el castillo de Blois. Había también un nuevo y gran hotel, un suntuoso edificio de madera cómodamente instalado en la cima de una colina elevada.

Pero la mayoría de la población seguía siendo indígena, reclutada en las montañas y entre los lugareños de los distritos circundantes. Eran montañeses de origen escocés o irlandés, toscos, provincianos, inteligentes y laboriosos.

Oliver poseía unos doscientos dólares, salvados del naufragio de la hacienda de Cynthia. Durante el invierno alquiló una pequeña barraca en uno de los bordes de la plaza pública de la villa, compró un poco de mármol y montó un taller. Pero al principio tuvo muy poco que hacer, salvo pensar en la

perspectiva de su muerte. Durante el crudo y solitario invierno, mientras pensaba que se estaba muriendo, el macilento espantapájaros yanqui, que vagaba farfullando por las calles, se convirtió en objeto de los chismorreos de la gente del pueblo. Todos los que habitaban en su pensión sabían que, por la noche, andaba por su habitación a grandes pasos de animal enjaulado, y que un prolongado y grave gemido, que parecía arrancado de sus entrañas, temblaba incesantemente entre sus finos labios. Pero no hablaba a nadie de ello.

Y entonces llegó la maravillosa primavera de la montaña, verde y dorada, con breves soplos de viento, magia y fragancia de flores, y tibias ráfagas de bálsamo. La profunda herida de Oliver empezó a cicatrizar. Volvió a sonar su voz en el lugar, resurgieron purpúreos destellos de la vieja retórica y el fantasma de la antigua vehemencia.

Un día de abril, cuando estaba plantado delante de su taller observando el animado barullo de la plaza, como si tuviese agudizados sus sentidos, Oliver oyó la voz de un hombre que pasaba detrás de él. Y aquella voz, llana, pausada, complaciente, iluminó de súbito una imagen que había estado muerta en su interior durante veinte años.

—¡Se acerca el día! Según mis cálculos, será el 11 de junio de 1886.

Oliver se volvió y vio, alejándose, la nudosa y persuasiva figura del profeta que había visto por última vez perdiéndose en la polvorienta carretera que conducía a Gettysburg y Armagedón.

—¿Quién es? —preguntó a un hombre.

Este miró e hizo un guiño.

—Es Bacchus Pentland —dijo—. Todo un carácter. Tiene mucha familia por aquí.

Oliver se chupó un momento el grueso pulgar. Después, sonriendo débilmente, dijo:

—¿Ha llegado ya el Armagedón?

—Lo espera de un momento a otro —dijo el hombre.

Entonces Oliver conoció a Eliza. Una tarde de primavera, estaba tumbado en el liso sofá de cuero de su pequeño despacho, escuchando los claros y vivos ruidos de la plaza. Una paz restauradora invadía su corpachón extendido. Pensaba en la gredosa tierra negra con su súbita iluminación de flores jóvenes, en el espumoso frescor de la cerveza y en los pétalos que se desprendían del ciruelo. Entonces oyó el vivo taconeo de una mujer que llegaba entre los mármoles, y se puso rápidamente en pie. Cuando entró ella, se estaba poniendo la gruesa y cepillada chaqueta negra.



—Voy a decirle una cosa —dijo Eliza, frunciendo los labios con burlona expresión de reproche—. Quisiera ser hombre y no tener nada que hacer, salvo estar todo el día tumbada en un mullido sofá.

—Buenas tardes, señora —dijo Oliver, con una ceremoniosa reverencia—. Sí —dijo, mientras una débil y taimada sonrisa se dibujaba en la comisura de sus finos labios—, confieso que me ha sorprendido cuando tomaba mi reconstituyente. En realidad, raras veces me tumbo a descansar durante el día, pero ando mal de salud desde hace un año y no puedo trabajar como solía.

Guardó silencio unos momentos; su cara adoptó una expresión lastimosa de perro apaleado.

—¡Ay, Dios mío! ¡No sé lo que será de mí!

—¡Bah! —dijo Eliza, viva y desdeñosamente—. En mi opinión, no tiene nada de malo. Es usted un mocetón en la primavera de la vida. La mitad de estas cosas son fruto de la imaginación. La mayoría de las veces que creemos estar enfermos, solo lo estamos en nuestra mente. Hace tres años, cuando enseñaba en la escuela de Hominy Township, pillé una pulmonía. Nadie pensaba que saldría con vida de ella, pero, de alguna manera, superé la enfermedad. Recuerdo perfectamente un día en que estaba descansando... según suele decirse, aunque yo creo que estaba convaleciendo. Lo recuerdo porque el viejo doctor Fletcher acababa de visitarme y, al salir, vi que miraba a mi prima Sally y meneaba la cabeza. «¿Cómo es posible, Eliza? —dijo ella, cuando él se hubo marchado—. Me ha dicho que escupes sangre cada vez que toses; seguro que es tuberculosis.» «¡Bah!», le dije, y recuerdo que reí a mandíbula batiente, resuelta a tomarlo todo a broma, diciéndome que no iba a darme por vencida y que los burlaría a todos. «No creo una palabra de esto —prosiguió moviendo pícaramente la cabeza y frunciendo los labios—, y además todos tenemos que irnos algún día y es inútil preocuparse por lo que va a ocurrir. Puede ser mañana o puede ser más tarde, pero, en definitiva, nos tiene que ocurrir a todos.»

—¡Ay, Señor! —dijo Oliver, meneando tristemente la cabeza—. Esta vez ha dado usted en el clavo. Jamás se ha dicho una verdad más grande.

«¡Dios misericordioso! —pensó haciendo interiormente una mueca dolorosa—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto? Aunque, ciertamente, esta chica es un bombón.» Miró apreciativamente su esbelta y erguida figura, observando su piel blanca y lechosa, sus ojos de un castaño oscuro, de rara expresión infantil, y sus cabellos negros como el azabache y peinados lisos hacia atrás desde la alta y blanca frente. Tenía una curiosa manera de fruncir reflexivamente los labios antes de hablar. Le gustaba tomarse su tiempo, y solo iba al grano después de interminables divagaciones por los vericuetos del recuerdo y de lo que este sugería, regocijándose con la ostentosa exhibición de

todo lo que había dicho, hecho, sentido, visto o replicado, con egocéntrica delicia.

Entonces, mientras él la miraba, se interrumpió bruscamente, se llevó la mano enguantada a la barbilla y lo observó con fijeza, frunciendo reflexivamente la boca.

—Bueno —dijo al cabo de un momento—, si está usted recobrando su salud y pasa tumbado buena parte de su tiempo, debería tener algo en que ocupar su mente. —Abrió una maletita de cuero que llevaba y sacó una tarjeta de visita y dos gruesos volúmenes—. Me llamo Eliza Pentland —dijo pomposamente, con lento énfasis—, y represento a la compañía editorial Larkin.

Pronunció estas palabras con orgullo, con digna satisfacción. «¡Dios mío! ¡Una vendedora de libros!», pensó Gant.

—Ofrecemos —dijo Eliza, abriendo un grueso libro amarillo con un caprichoso dibujo de lanzas y banderas y coronas de laurel—, un libro de poemas titulado Gemas poéticas para el hogar y las veladas junto al fuego, y también El médico en casa y libro de remedios caseros de Larkin, en el que se dan instrucciones para la curación y prevención de más de quinientas enfermedades.

—Bueno —dijo Gant, con una débil sonrisa, humedeciéndose brevemente el gordo dedo pulgar—, puede que encuentre la que he tenido.

—Pues sí —dijo Eliza, asintiendo vivamente con la cabeza—. Como dijo alguien, se puede leer poesía para bien del alma, y a Larkin para bien del cuerpo.

—Me gusta la poesía —dijo Gant, hojeando las páginas y deteniéndose con interés en la sección titulada «Canciones de la espuela y el sable»—. Cuando era niño, podía estarme una hora recitando.

Compró los libros. Eliza guardó sus muestras y se levantó, mirando vivamente y con curiosidad el pequeño y polvoriento taller.

—¿Tiene mucho trabajo? —dijo.

—Muy poco —dijo tristemente Oliver—. Apenas lo bastante para que el alma no se separe del cuerpo. Soy un extraño en tierra extraña.

—¡Bah! —dijo animosamente Eliza—. Debería salir y conocer a más gente. Necesita algo que lo distraiga de usted mismo. Si yo estuviese en su lugar, me pondría manos a la obra y me interesaría por cómo va la ciudad. Tenemos todo lo que se necesita para hacer una gran ciudad: paisaje, clima y recursos naturales; y todos deberíamos trabajar unidos. Si tuviese unos miles de dólares, ¿sabe lo que haría? —Le guiñó pícaramente un ojo y empezó a

hablar, acompañándose de ademanes curiosamente masculinos, con el dedo índice extendido y el puño cerrado pero no apretado—. ¿Ve usted este rincón, el que usted ocupa? Doblará su valor en pocos años. Y ahora, ¡esto! —Señaló delante de ella, con el mismo ademán varonil—. Un día abrirán una calle por allí, a buen seguro. Y cuando lo hagan... —dijo, frunciendo pensativamente los labios—, esa propiedad valdrá mucho dinero.

Siguió hablando de propiedades con extraño y reflexivo afán. La villa parecía ser un enorme plano para ella; tenía la cabeza extraordinariamente llena de cifras y de cálculos; sabía quién era el dueño de tal solar, quién vendía el suyo, el precio de venta, el valor real, los importes de las primeras y segundas hipotecas, etcétera. Cuando hubo terminado, Oliver dijo, con el énfasis de una aversión profunda, pensando en Sidney:

—Confío en no tener más propiedad en la vida que una casa para vivir en ella. Solo traen preocupaciones y trabajo, y, en definitiva, se lo lleva todo el recaudador de impuestos.

Eliza lo miró con expresión pasmada, como si acabase de decir una horrible herejía.

—¡Qué está diciendo! ¡No puede hablar así! —dijo—. Querrá tener algo para un día de apuro, ¿no?

—El día de apuro lo tengo ya ahora —dijo tristemente él—. La única propiedad que necesito son doce palmos de tierra para que me entierren.

Después hablando de algo más alegre, la acompañó hasta la puerta del taller y la observó mientras cruzaba primorosamente la plaza, recogándose la falda en los bordillos con señorial elegancia. Y volvió a sus mármoles sintiendo nacer en su interior un gozo que creía perdido para siempre.

La familia Pentland, de la que Eliza era miembro, era una de las tribus más extrañas que jamás hubiese salido de los montes. Su derecho al apellido Pentland no estaba muy claro: un escocés-inglés así llamado, ingeniero de minas, abuelo del actual cabeza de familia, había llegado a los montes después de la Independencia, buscando cobre, había vivido allí durante varios años, y había tenido varios hijos con una de las pioneras. Cuando desapareció, la mujer tomó para ella y para sus hijos el apellido Pentland.

El actual jefe de la tribu era el comandante Thomas Pentland, padre de Eliza y hermano del profeta Bacchus. Otro hermano había resultado muerto durante las batallas de los Siete Días. El comandante Pentland había ganado honradamente, aunque sin ostentación, su título militar. Mientras a Bacchus, que nunca pasó de cabo, le salían ampollas en las duras manos en Shiloh, el comandante, como jefe de dos compañías de voluntarios, guardaba la fortaleza de sus montes naturales. Esta fortaleza no se vio amenazada hasta los últimos

días de la guerra, cuando los voluntarios, emboscados detrás de árboles y rocas adecuados, dispararon tres ráfagas de tiros contra un destacamento rezagado de Sherman y se dispersaron sin ruido para acudir en defensa de sus fieles esposas y de sus hijos.

La familia Pentland era tan antigua como otra cualquiera de la comunidad, pero siempre había sido pobre y nunca había alardeado de su nobleza. Por matrimonio, y por bodas entre parientes, podía presumir de alguna relación con la grandeza, de un poco de locura y de un mínimo de idiotez. Pero debido a su evidente superioridad, en inteligencia y en carácter, sobre la mayoría de los montañeses, gozaba de una sólida posición de respetabilidad entre ellos.

Los Pentland estaban fuertemente marcados por su clan. Como en la mayoría de las personalidades valiosas en familias extrañas, su acusado sello de grupo era aún más imponente gracias a sus diferencias. Tenían firme y ancha la nariz; con aletas carnosas y bien marcadas; boca sensual, en la que se mezclaban extraordinariamente la delicadeza y la tosquedad, y que, a fuerza de pensamiento, había adquirido una asombrosa flexibilidad; frente ancha e inteligente, y mejillas planas y un poco hundidas. Los hombres solían tener el rostro colorado y eran de complexión llena, vigorosa, y de mediana estatura, aunque aquella podía variar hasta una delgadez cadavérica.

El comandante Thomas Pentland era padre de una familia numerosa, de la que Eliza era la única hija superviviente. Una hermana menor había muerto hacía pocos años de una enfermedad que la familia definía tristemente como «escrófula de la pobre Jane». Había seis hijos varones: Henry, el mayor, que ahora tenía treinta años; Will, de veintiséis; Jim, de veinticuatro, y Thaddeus, Elmer y Greeley, que tenían, respectivamente, dieciocho, quince y once. Eliza tenía veinticuatro.

Los cuatro hijos mayores, Henry, Will, Eliza y Jim, habían pasado su infancia en los años que siguieron a la guerra. La pobreza y las privaciones de aquellos años habían sido tan terribles que ninguno de ellos hablaba de eso ahora, pero el cruel destino había afligido sus corazones, dejando heridas que no cicatrizarían nunca.

Efecto de aquellos años sobre los hijos mayores fue el desarrollo de una tacañería insensata, de una sed insaciable de riqueza y de un afán por escapar de la casa del comandante lo más rápidamente posible.

—Padre —dijo Eliza, con señorial dignidad, al introducir a Oliver en el salón de la casa—, quiero presentarle al señor Gant.

El comandante Pentland se levantó despacio de su mecedora junto al fuego, dobló una larga navaja y dejó sobre la repisa de la chimenea la manzana que estaba mondando. Bacchus, que estaba tallando un bastón, levantó con

benevolencia la mirada; y Will, que, como de costumbre, se estaba limpiando las cortas y rígidas uñas, saludó al visitante con un movimiento de cabeza y un guiño de pájaro. Aquellos hombres se divertían constantemente con navajas de bolsillo.

El comandante Pentland se acercó lentamente a Gant. Era un hombre robusto y metido en carnes, mediaba la cincuentena, de rostro colorado, barba patriarcal y las facciones gruesas y satisfechas propias de su tribu.

—Su nombre es W. O. Gant, ¿eh?

—Sí —dijo Oliver—, así es.

—Por lo que Eliza me había contado de usted —dijo el comandante dando la señal a su público—, pensaba que hubiese debido ser L. E. Gant.

La risa complacida de los Pentland resonó en la estancia.

—¡Huy! —exclamó Eliza, llevándose una mano al costado de su ancha nariz—. ¡Qué cosas tiene, padre! Debería darle vergüenza.

Gant sonrió, con débil y fingido regocijo.

«Pobre y viejo bribón —pensó—. Tiene pensada esta frase desde hace una semana.»

—Ya conoce de antes a Will —dijo Eliza.

—De antes y de después —dijo Will, dándoselas de ingenioso.

Cuando se hubieron extinguido las risas, dijo Eliza:

—Y ese es... según lo llaman... el tío Bacchus.

—Sí, señor —dijo Bacchus, haciendo una reverencia—, grande como la vida y dos veces más descarado.

—En todas partes lo llaman Back-us —dijo Will haciendo un guiño a todos—, pero aquí, en la familia, lo llamamos Behind-us.

—Supongo —dijo deliberadamente el comandante Pentland—, que habrá formado usted parte de muchos jurados, ¿eh?

—No —dijo Oliver, resuelto a soportar ahora lo peor con una sonrisa helada—. ¿Por qué lo dice?

—Porque —dijo el comandante, mirando de nuevo a su alrededor— pensaba que era usted experto en hacer la corte.

Entonces, en medio de una carcajada general, se abrió la puerta y entraron algunos de los otros: la madre de Eliza, una escocesa vulgar y ajada; Jim, joven porcino y coloradote vivo retrato de su padre sin barba; Thaddeus,

blando, rubicundo, de cabellos y ojos castaños, bovino, y por último Greeley, el menor, dado a las mimosas sonrisas idiotas y pródigo en extraños ruidos agudos que hacían reír a los demás. Tenía once años y era retrasado, débil, escrofuloso, pero sus manos blancas y húmedas sabían arrancar del violín una música que tenía algo de irreal y de espontánea.

Y mientras estaban sentados en la pequeña y caldeada estancia, con su cálido olor a manzanas maduras, fuertes vientos bajaban aullando de los montes, y bramaban los pinos, lejanos y enloquecidos, y crujían las ramas desnudas. Y mientras los hombres mondaban o pelaban o tallaban, su conversación pasó de la tosca jocosidad a la muerte y los entierros: desgranaron con monotonía, con maligno afán, su verborrea sobre el destino, y sobre hombres recién depositados bajo tierra. Y mientras ellos hablaban y él escuchaba los gemidos espectrales del viento, Gant se sintió sepultado en la confusión y la oscuridad, y su alma se sumió en el abismo de la noche, porque vio que debía morir como un extraño... que todo, salvo los triunfales Pentland que hacían de la muerte un festín, tenía que morir.

Y como el hombre que está agonizando en la noche polar, pensó en los ricos prados de su juventud: el maíz, el ciruelo, la mies madura. ¿Por qué aquí? ¡Oh, perdición!

## DOS

Oliver se casó con Eliza en mayo. Después de su viaje de bodas a Philadelphia, regresaron a la casa que él había construido para ella en la calle Woodson. Con sus manazas había asentado los cimientos, excavado profundos sótanos, y revestido los altos costados con lisas paletadas de enlucido de color castaño oscuro. Tenía muy poco dinero, pero su extraña casa se ajustaba al modelo creado por su rica fantasía; una vez terminada, seguía la inclinación del estrecho patio costanero, tenía un alto y ancho porche en la parte delantera, y cálidas habitaciones a las que uno podía subir y bajar a su antojo. Construyó su casa cerca de la calle tranquila y empinada; plantó flores en el suelo margoso; trazó un corto camino hasta la escalera de la alta galería, con losas cuadradas de mármol de colores, y levantó una valla de hierro con púas entre su casa y el mundo.

Después plantó árboles y parras en el raso de más de cien metros de detrás de su casa. Y todo lo que tocaba en esta rica fortaleza de su alma cobraba una vida dorada; con el paso de los años, los árboles frutales —el melocotonero, el ciruelo, el cerezo, el manzano— crecieron ufanos y se doblaron bajo el peso de sus frutos. Las parras formaron una espesa red de cuerdas gruesas y pardas,

que serpenteaban en las altas vallas de alambre, colgaban en denso tejido en los enrejados y daban dos veces la vuelta a la finca. Treparon por la fachada de la casa y encuadraron las ventanas con gruesos marcos vegetales. Y las flores crecieron con esplendor desenfrenado; capuchinas de hojas aterciopeladas, salpicadas de cien motas tostadas, y rosas, viburnos, tulipanes rojos y lirios. Las madreselvas vertían su pesada masa sobre la valla. Dondequiera que Oliver tocase la tierra con sus manazas, el suelo le daba fruto.

Para él, la casa era la imagen de su alma, la vestidura de su voluntad. En cambio, para Eliza, era una propiedad cuyo valor apreciaba sagazmente, un inicio de su caudal. Como todos los otros hijos del comandante Pentland, había empezado a los veinte años su lento acceso a la propiedad; con los ahorros de su mezquino salario de maestra y vendedora de libros, había comprado ya un par de terrenos. En uno de ellos, un pequeño solar al borde de la plaza pública, había hecho que Oliver construyese un taller. Él lo hizo con sus manos y la ayuda de dos negros; era una casita de dos pisos, de ladrillo, con anchos peldaños de madera que bajaban a la plaza desde un porche de mármol. En este porche, flanqueando la puerta de madera, colocó unas piezas de mármol y, junto a la puerta, la pesada y bobalicona figura de un ángel.

Pero a Eliza no le satisfacía este negocio: la muerte no daba dinero. La gente, pensaba, tardaba demasiado en morir. Y preveía que su hermano Will, que había empezado a trabajar a los quince años como ayudante en un almacén de maderas y era ahora dueño de un pequeño negocio, estaba destinado a hacerse rico. Por consiguiente, persuadió a Gant de que se asociase con Will Pentland. Sin embargo, al cabo de un año, Oliver perdió la paciencia, su torturado egotismo rompió las cadenas; vociferó, diciendo que Will, que se pasaba casi todas las horas de trabajo haciendo números en un sobre sucio con un trozo de lápiz, limpiándose reflexivamente las cortas uñas o moviendo la cabeza y guiñando los ojos como un pájaro, los arruinaría a todos. Por consiguiente, Will compró sin chistar la parte de su socio y siguió en su empeño de acumular una fortuna, mientras Oliver volvía a su aislamiento y a sus mugrientos ángeles.

La extraña figura de Oliver Gant proyectó sobre la villa una sombra famosa. La gente oía de día y de noche la fórmula consagrada de su imprecación contra Eliza. Lo veían sumergirse en la casa y el taller, inclinarse sobre sus mármoles, moldear con sus manazas —maldiciendo y aullando, con apasionada devoción— la rica textura de su hogar. Se burlaban de la exageración de sus palabras, de sus sentimientos, de sus ademanes. Guardaban silencio ante la furia loca de sus borracheras, que pillaba casi puntualmente cada dos meses y duraban dos o tres días. Lo recogían, sucio y atontado, del suelo empedrado, y lo llevaban a casa; esto lo hacían el banquero, el policía y un robusto y abnegado suizo llamado Jannadeau, desaliñado joyero que tenía

alquilado un pequeño espacio vallado entre las lápidas sepulcrales de Gant. Y siempre lo manejaban con tierno cuidado, sintiendo que algo extraño y soberbio y glorioso se había perdido en esta ruina embriagada de Babel. Era un desconocido para ellos: nadie, ni siquiera Eliza, lo llamaba por su nombre de pila. Era, y siempre siguió siendo, el «señor» Gant.

Y nadie sabía lo que tenía que soportar Eliza, en dolor y en miedo y en gloria. Él lanzaba sobre todos su cálido aliento leonino de deseo y de furia; cuando estaba borracho, la cara pálida y fruncida de Eliza, y los lentos movimientos, como de pulpo, de sus reacciones, le producían una locura furiosa. En esos momentos, ella se encontraba en verdadero peligro; tenía que encerrarse para protegerse de él. Pues desde el principio se había entablado entre ellos una guerra oscura y definitiva, más profunda que el amor, más profunda que el odio, tan profunda como los huesos descarnados de la vida. Eliza lloraba o guardaba silencio ante sus imprecaciones, lo fastidiaba brevemente en respuestas a su retórica, cedía como un cojín golpeado a su furiosa embestida y... poco a poco, implacablemente, se salía con la suya. Año tras año, a pesar de los gritos de protesta de Oliver, y sin que este supiese cómo, fueron reuniendo pequeños trozos de tierra, pagaron los odiosos impuestos e invirtieron en más tierra el dinero que quedaba. Por encima de la esposa, por encima de la madre, la mujer propietaria, que era como un hombre, fue avanzando lentamente en su camino.

En once años, dio a su esposo nueve hijos, de los que vivieron seis. El primero, una hembra, murió a los veinte meses, de cólera infantil; otros dos murieron al nacer. Los otros sobrevivieron a los sucios y descuidados alumbramientos. El mayor, un varón, nació en 1885. Lo llamaron Steve. Quince meses después nació una niña, Daisy. La siguiente, Helen, vino al mundo al cabo de tres años. Después, en 1892, fueron dos gemelos, varones, a los que Gant, siempre aficionado a la política, puso los nombres de Grover Cleveland y Benjamin Harrison. Y el último, Luke, nació dos años más tarde, en 1894.

Dos veces durante este período, y con un intervalo de cinco años, la borrachera periódica de Gant duró ininterrumpidamente varias semanas. Lo atraparon cuando se estaba ahogando en la marea de su sed. Ambas veces lo envió Eliza a Richmond, para una cura de alcoholismo. En una ocasión, Eliza y cuatro de sus hijos enfermaron al mismo tiempo de fiebre tifoidea. Pero durante la tediosa convalecencia, ella frunció hoscamente los labios y llevó a sus retoños a Florida.

Eliza alcanzó impasiblemente la victoria. En el transcurso de aquellos años tremendos de amor y de fracaso, teñidos con los ricos matices del dolor y el orgullo y la muerte, y con el fulgor salvaje de su vida extraña y apasionada, sus miembros flaquearon al borde de la ruina, pero, a pesar de la enfermedad y



de la extenuación, siguió adelante y alcanzó una fuerza victoriosa. Sabía que había algo glorioso en ello: por insensato y cruel que él hubiese sido a menudo, recordaba el tremendo y palpitante colorido de su vida, y aquel algo perdido y aplastante que él llevaba en sí y que no descubriría nunca. Y cuando veía que los ojos pequeños e inquietos se fijaban y oscurecían con el hambre amortiguada y vacilante de una frustración antigua, sentía miedo y una piedad inexpresable. ¡Oh, perdición!

## TRES

En el gran desfile de los años en que se desarrolló la historia de los Gant, pocos estuvieron tan cargados de dolor, de terror y de aflicción, y ninguno tenía que acarrear sucesos tan decisivos como el que marcó el comienzo del siglo XX. Para Gant y para su esposa, aquel año de 1900 en el que se encontraron un día sin pensarlo, después de haber madurado en otro siglo — transición que debió infundir, en todas partes, un breve pero acerbo sentimiento de soledad a miles de personas imaginativas—, tuvo coincidencias, demasiado chocantes para pasar inadvertidas, con otros momentos cruciales de sus vidas.

Aquel año cumplió Gant su quincuagésimo aniversario. Sabía que había vivido la mitad del siglo muerto, y que raras veces vive el hombre todo un siglo. Y también aquel año, Eliza, encinta del último hijo que habría de tener, pasó la raya final del terror y la desesperación, y en la rica oscuridad de la noche de verano, yaciendo boca arriba en su cama, con las manos cruzadas sobre el vientre hinchado, empezó a proyectar su vida para los años en que dejaría de ser madre.

En el golfo que ya se estaba abriendo y en cuyas orillas separadas se fundaban sus vidas, empezaba a buscar, con la infinita serenidad y la tremenda paciencia con que espera media vida, un acontecimiento, no tanto con certera previsión como un profético y vacilante instinto. Esta cualidad, esta complacencia casi budista que, arraigada en la estructura fundamental de su vida, no podía eliminar ni ocultar, era la que él menos comprendía y la que más lo enfurecía. Él contaba cincuenta años; tenía una conciencia trágica del tiempo, veía menguar la plenitud apasionada de su vida y se revolvía como una bestia furiosa e insensata. Tal vez tenía ella más motivos que él para permanecer tranquila, pues había superado el cruel comienzo de su vida, a través de la enfermedad, de la debilidad física, de la pobreza, de la constante inminencia de la muerte y de la miseria; había perdido su primer hijo y salvado a los otros a través de las sucesivas plagas; y ahora, a sus cuarenta y

dos años, cuando el último hijo se agitaba en su vientre, tenía la convicción, reforzada por su superstición escocesa y por la ciega vanidad de su familia, de que la extinción solo era para los demás, de que ella había sido creada para un fin.

Mientras yacía en la cama, una estrella grande brilló en su campo visual, en el cuadrante occidental del cielo, y se imaginó que ascendía lentamente hacia lo alto. Y aunque no habría podido decir hacia qué pináculo tendía su vida, veía en el futuro una libertad que nunca había conocido, bienes y poder y riqueza, el deseo de los cuales estaba indefectiblemente mezclado con el torrente de su sangre. Pensando en esto en la oscuridad, frunció los labios con reflexiva satisfacción, aunque sin regocijo, viéndose trabajar en aquel carnaval y recoger fácilmente, de manos de la locura, lo que esta no había sabido nunca guardar.

«Lo tendré —pensó—. Lo tendré. ¡Will lo tiene! Jim lo tiene. Y yo soy más lista que ellos.» Y con desazón, teñida de dolor y de amargura, pensó en Gant:

«¡Bah! Si yo no hubiese cuidado de él, no tendría un clavo al que agarrarse. Lo poco que tenemos ha sido gracias a mi esfuerzo; de no haber sido por esto, no tendríamos un techo que nos cobijara; tendríamos que pasar el resto de nuestras vidas en una casa alquilada», lo cual era para ella la ignominia final de los pobres y desamparados.

Prosiguió: «Con el dinero que dilapida todos los años en bebida podríamos comprar un buen pedazo de tierra; si hubiésemos empezado desde el principio, podríamos ser ahora personas acomodadas. Pero él ha odiado siempre la idea de propiedad; una vez me dijo que no podía soportarla, ya que había perdido su dinero en aquel negocio de Sidney. Si yo hubiese estado allí, podrías apostar hasta el último dólar a que no habría habido pérdidas. O a que no habríamos sido nosotros los perdedores», añadió, frunciendo el ceño.

Tumbada allí, mientras los vientos de principios de otoño soplaban desde los montes del sur, llenando el negro aire de hojas muertas y produciendo, con sus ráfagas intermitentes, un trueno remoto y triste entre los grandes árboles, pensó en el desconocido que había venido a vivir dentro de ella, y en aquel otro desconocido, autor de tanta aflicción, que había vivido con ella durante casi veinte años. Y al pensar en Gant, sintió de nuevo un incipiente y doloroso asombro, recordando la furiosa rivalidad entre ellos y la fuerte lucha subyacente, fundada en el odio y el amor a la propiedad, y en la que no dudaba de su victoria, pero que la frustraba y desconcertaba.

—¡Lo juro! —murmuró—. ¡Palabra que nunca he visto a un hombre como él!

Gant, enfrentado con la pérdida de sus goces sensuales, sabedor de que había llegado el momento de refrenar todos sus excesos rabelesianos en la comida, la bebida y el amor, creía que no había ganancia que pudiese compensarlo de la pérdida de su libertinaje; sentía también la fuerte punzada del remordimiento, sabiendo que había tenido facultades y despreciado oportunidades tales como su asociación con Will Pentland, que podían haberle dado posición y riqueza. Sabía que había terminado el siglo en que había transcurrido la mejor parte de su vida; sentía, más que nunca, la extrañeza y la soledad de nuestra pequeña aventura sobre la tierra; pensaba en su infancia en la granja holandesa, en los días de Baltimore, en el viaje sin rumbo por el continente, en la aterradora fijación de toda su vida por una serie de accidentes. La enorme tragedia del accidente se cernía sobre su vida como una nube gris. Veía más claramente que nunca que era un extraño en una tierra extraña, entre gente que siempre le sería ajena. Y lo más extraño de todo, pensaba, era esta unión, por la que había engendrado hijos y creado una vida que dependía de él, con una mujer totalmente alejada de cuanto él comprendía.

No sabía si el año 1900 marcaba para él un principio o un fin; pero con la debilidad propia del hombre sensual, resolvió hacer de él un fin, convirtiendo el fuego que había ardido en su interior en una llamita vacilante. En la primera mitad del mes de enero, todavía sumisamente fiel a la reforma de Año Nuevo, engendró un hijo; pero en primavera, cuando se confirmó que Eliza estaba embarazada, se lanzó a una orgía que ni siquiera tenía precedentes en la famosa borrachera de cuatro meses de 1896. Día tras día se embriagaba como un loco, hasta que se fijó en un estado de demencia constante; en mayo, ella lo envió de nuevo a un sanatorio de Piedmont para someterse a la «cura», que consistía simplemente en una dieta alimenticia vulgar y barata y en privarlo del alcohol durante seis semanas, régimen que aumentó su hambre voraz lo mismo que su sed. Volvió a finales de junio, superficialmente corregido, pero rabiando en su interior. El día antes de su regreso, Eliza, cuyo embarazo era ya evidente, visitó resueltamente las catorce tabernas de la villa, imponiendo una expresión severa a su pálido semblante y, dirigiéndose al dueño o al hombre de detrás del mostrador, dijo con voz clara y fuerte, en presencia de la achispada clientela:

—Escúcheme bien. Solo he venido para decirle que el señor Gant regresa mañana, y quiero que todos sepan que, si me entero de que alguien le ha servido una copa, haré que lo metan en la cárcel.

Ellos sabían que la amenaza era absurda, pero su pálida cara de juez, el tenaz fruncimiento de los labios, y su mano derecha cerrada con naturalidad, a la manera de los hombres, con el índice extendido para recalcar su declaración con un ademán sereno pero enérgico, les produjo más temor que un caudal de imprecaciones. Recibieron su anuncio con aturdida estupefacción,

murmurando, como máximo, unas palabras de sorprendido asentimiento al marcharse ella.

—¡Dios mío! —dijo un montañés, lanzando torpemente un chorro de saliva parda a una escupidera—. Es capaz de hacerlo. Esa mujer no se anda con chiquitas.

—¡Caray! —dijo Tim O'Donnell, inclinando cómicamente su cara de simio sobre el mostrador—. No le serviría a W. O. un trago, aunque fuese de quince centavos el cuartillo y estuviésemos solos en el retrete. ¿Se ha ido ella ya?

Hubo una gran risotada que olía a whisky.

—¿Quién es? —preguntó alguien.

—La hermana de Will Pentland.

—Entonces, ¡vaya si es capaz de hacerlo! —gritaron varios, y de nuevo retembló la taberna con sus carcajadas.

Will Pentland estaba en Loughran's cuando ella entró. Eliza no lo saludó. Cuando se hubo marchado, se volvió él a un hombre que tenía al lado, movió la cabeza y guiñó un ojo como un pájaro, y declaró:

—Apuesto a que tú no podrías hacer esto.

Cuando volvió Gant y se vio públicamente rechazado en un bar, se puso loco de rabia y de humillación. Desde luego, consiguió whisky con mucha facilidad, enviando a un mandadero o a algún negro en su busca; pero a pesar de la notoriedad de su conducta, que, según sabía, había llegado a ser un mito clásico para los niños de la villa, se encogía a cada nuevo anuncio de su comportamiento; con el paso de los años, se había hecho más sensible a esto, y su vergüenza, su temblorosa humillación en las mañanas subsiguientes, producto de su orgullo herido y de sus alterados nervios, eran lastimosas. Sentía amargamente que Eliza lo había degradado públicamente con deliberada malicia, y, al volver a casa, la llenaba de recriminaciones y de insultos.

Durante todo el verano, Eliza soportó aquel horror con blanca y ominosa placidez; incluso tenía sed de ello y esperaba con terrible quietud el regreso del miedo por la noche. Irritado por su estado de preñez, Gant iba casi diariamente a casa de Elizabeth, en Eagle Crescent, donde, por la noche, una pandilla de agotadas y aterrorizadas prostitutas lo ponían al cuidado de Steve, su hijo mayor, ahora insolentemente familiarizado con casi todas las mujeres del distrito, que lo mimaban con bonachona vulgaridad, reían de buen grado sus atrevidas insinuaciones e incluso soportaban que les diese ligeras palmadas en las nalgas y lo perseguían desmañadamente cuando él se alejaba brincando.

—Hijo —decía Elizabeth, sacudiendo vigorosamente la oscilante cabeza de Gant—, cuando seas mayor, no hagas como ese viejo gallito. Sin embargo, es un buen muchacho... cuando quiere —seguía diciendo, besándole la calva y deslizando en la mano del muchacho la cartera que, llevado de su generosidad, le había dado Gant; porque era de una honradez escrupulosa.

Generalmente, el muchacho iba acompañado en tales ocasiones de Jannadeau y de Tom Flack, un cochero negro que esperaba con paciente resignación delante de la enrejada puerta del burdel hasta que el creciente tumulto interior indicaba que Gant había sido invitado a marcharse. Y se marchaba, ora debatiéndose torpemente y lanzando furiosos insultos contra sus suplicantes aprehensores, ora con jovial condescendencia, cantando a voz en grito una canción salaz de su juventud frente a las celosías de la plazuela y a lo largo de las calles silenciosas de la villa.

Cuando estoy en aquel cuarto de atrás,  
en aquel cuarto mezquino,  
rodeado de pulgas y de chinches,  
pena me da vuestro triste destino.

Ya en casa, dejaba que, con halagos y zalamerías, lo obligasen a subir la escalera de la alta galería y lo metiesen en la cama; o bien, resistiendo toda coacción, buscaba a su esposa, generalmente encerrada en su habitación, y la llenaba de improperios y de acusaciones de infidelidad, puesto que alentaba en él una negra sospecha, fruto de la edad y de su menguante energía. La tímida Daisy, pálida de miedo, corría a refugiarse en los brazos de su vecina Sudie Isaacs o de los Tarkinton; y Helen, que tenía diez años y era incluso entonces la niña mimada de su padre, conseguía dominarlo, metiéndole en la boca cucharadas de sopa humeante y abofeteándolo con su manita cuando se ponía terco.

—¡Bebe esto! ¡Te conviene!

Y a él le complacía enormemente: ambos estaban hechos de la misma madera.

Una vez más, perdió completamente la razón. Llevado de una locura extravagante, encendía grandes fogatas en el cuarto de estar, rociando las llamas saltarinas con una lata de petróleo; escupiendo satisfecho sobre el rugiente fuego, y vociferando hasta agotarse una canción profana, reducida a unas cuantas notas repetidas, y que, durante cuarenta minutos, venía a decir algo como esto:

Oh, oh, maldita sea  
maldita sea.

Oh, oh, maldita sea

maldita sea.

adoptando generalmente el ritmo con que da las horas la campana de un reloj.

Y fuera, colgados como monos en los gruesos alambres de la valla, Sandy y Ferguson Duncan, Seth Tarkinton, y a veces los propios Ben y Grover, uniéndose al regocijo de sus amigos, entonaban en respuesta otra canción:

El viejo Gant

volvió a casa borracho.

El viejo Gant

volvió a casa borracho.

Daisy, refugiada en casa de un vecino, lloraba de vergüenza y de miedo. Pero Helen, la pequeña y delgada furia, seguía implacable en su empeño, hasta que él se hundía en un sillón y aceptaba la sopa y los picantes bofetones con una sonrisa. Arriba, Eliza yacía en su cama, pálida y alerta.

Así transcurrió el verano. Las últimas uvas pendían de las parras en racimos secos y podridos; el viento zumbaba a lo lejos; terminaba septiembre.

Una noche, el seco doctor Cardiac dijo:

—Creo que esto habrá terminado antes de que anochezca mañana.

Y se marchó, dejando en la casa a una lugareña de edad madura. Era una enérgica y práctica enfermera.

A las ocho, Gant regresó solo. El joven Steve se había quedado en casa, por si Eliza necesitaba algo con urgencia; de momento, la atención no se centraba en el amo.

El vozarrón de este, cantando obscenidades, retumbó en el vecindario. Al oír Eliza el fiero rugido de las llamas en la chimenea, haciendo temblar la casa en su ascensión, llamó a Steve a su lado y murmuró con voz tensa:

—Hijo, ¡nos va a quemar a todos!

Oyeron caer pesadamente una silla en la planta baja, y una maldición de Gant; oyeron los pesados pasos de este cruzando el comedor y el vestíbulo; oyeron el crujido del pasamano de la escalera al chocar su cuerpo contra él.

—¡Viene! —murmuró ella—. ¡Viene hacia acá! ¡Cierra la puerta, hijo!

El chico cerró la puerta.

—¿Estás ahí? —rugió Gant, golpeando fuertemente la endeble puerta con

el puño—. ¿Estás ahí, señorita Eliza? —aulló, dándole el irónico tratamiento que solía emplear en momentos como este.

E inició a gritos un discurso en que entretejía vulgaridades y vituperios.

—Poco podía yo adivinar —empezó diciendo, entregándose enseguida a la disparatada retórica que solía emplear medio en serio y medio en broma—, poco podía yo adivinar hace dieciocho amargos años, cuando la vi por primera vez, cuando ella vino a mí desde la esquina, reptando como una serpiente sobre su vientre... —Tosca imagen que, a fuerza de repetirla, era ahora como un bálsamo para él—. Poco podía adivinar entonces que... que... que esto acabaría así —terminó con desaliento.

Esperó en silencio, en el grávido silencio, alguna respuesta, sabiendo que ella yacía pálida y tranquila detrás de aquella puerta, y sintiendo renacer la antigua y sofocante furia, porque sabía que ella no le contestaría.

—¿Estás ahí? Pregunto si estás ahí, ¡mujer! —vociferó, dando golpes con los gordos nudillos en un furioso bombardeo.

Nada; solo aquel silencio blanco y vivo.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! —suspiró, compadeciéndose, y después rompió en forzados y gangosos sollozos, dando así una fluida música de fondo a su denuncia—. ¡Dios misericordioso! —gimió—. Es terrible, es horrible, es cruel. ¿Qué he hecho yo para que Dios me castigue de este modo en mi vejez?

No hubo respuesta.

—¡Cynthia! ¡Cynthia! —aulló de pronto, invocando la memoria de su primera esposa, la flaca solterona tuberculosa cuya vida, según decían, él no había hecho nada por prolongar, pero a la que suplicaba ahora de buen grado, sabiendo el daño y la irritación que causaba con ello a su mujer—. ¡Cynthia! ¡Oh, Cynthia! ¡Mírame compasiva en esta hora de angustia! ¡Socórreme! ¡Ayúdame! ¡Protégeme contra ese demonio salido del infierno!

Y prosiguió, llorando con fuerte y fingido gangueo:

—¡Hu-u-uy! Baja y sálvame, te lo suplico, te lo pido, te lo imploro, ¡o pereceré!

Silencio.

—Ingrata, más cruel que las bestias salvajes —siguió diciendo, tomando ahora otro camino, lleno de mezcladas y confusas citas—. Serás castigada, tan cierto como hay un Dios en el cielo. Todos seréis castigados. Patead al viejo, golpeadlo, arrojadlo a la calle: ya no sirve para nada. Ya no puede mantener a la familia... Enviadlo al asilo de ancianos. Allí es donde debe estar. Que repiquen sus huesos sobre las piedras. Honra a tu padre, para que tus días sean

largos. ¡Ay, Señor!

Mira, por aquí entró el puñal de Casio;  
me rajó aquí el envidioso Casca;  
aquí me hirió el bien amado Bruto  
y, al retirar su maldecido acero  
ved cómo fluyó la sangre de César.

—Jeemy —dijo en este momento la señora Duncan a su marido—, tendrías que ir para allá. Ha vuelto a las andadas, y ella está embarazada.

El escocés echó su silla atrás, resuelto a interrumpir el ordenado ritual de su vida y la tibia fragancia del pan recién cocido.

En la verja, delante de la casa de Gant, se encontró con el paciente Jannadeau, a quien había ido a buscar Ben. Cambiaron unas palabras rutinarias y subieron corriendo los peldaños exteriores al oír, arriba, un fuerte golpe y un grito de mujer. Eliza, en camisón, abrió la puerta.

—¡Vengan! —murmuró—. ¡Deprisa!

—¡Por Dios que la mataré! —chilló Gant, lanzándose escaleras abajo, con más peligro para su propia vida que para la de nadie más—. Esta vez la mataré, y pondré fin a mi desdicha.

Llevaba en la mano un pesado atizador. Los dos hombres lo agarraron; el robusto joyero le quitó el atizador, con fuerza pero sin violencia.

—Se ha abierto la cabeza con el barrote de la cama, mamá —dijo Steve, bajando.

Era verdad: Gant sangraba.

—Ve a buscar a tu tío Will, hijo. ¡Deprisa!

El chico salió corriendo como un galgo.

—Creo que esta vez iba en serio —murmuró Eliza.

Duncan cerró la puerta, pues se había formado una hilera de vecinos boquiabiertos detrás de la valla.

—Se va a enfriar, señora Gant.

—¡Manténgalo lejos de mí! ¡Que no se acerque! —gritó ella, con fuerza.

—Sí, lo haré —respondió Duncan, en tranquilo escocés.

Ella se volvió para subir la escalera, pero cayó pesadamente de rodillas en el segundo peldaño. La enfermera rural, que volvía del cuarto de baño donde



se había encerrado, corrió en su ayuda. Eliza subió despacio, apoyándose en la mujer y en Grover. Fuera, Ben se dejó caer ágilmente desde el bajo alero sobre el macizo de lirios. Seth Tarkinton, agarrado a los alambres de la valla, lo saludó a gritos.

Gant se dejó llevar dócilmente, un poco aturdido, por sus dos guardianes; cayó despatarrado en la mecedora, y lo desnudaron. Hacía un rato que Helen trajinaba en la cocina; ahora apareció, trayendo sopa hirviente.

Los ojos muertos de Gant se animaron al reconocerla.

—Hola, pequeña —rugió, haciendo un tonto movimiento circular con ambos brazos—, ¿cómo estás?

Ella dejó la sopa; él estrujó su delgado cuerpecillo contra el suyo, rozándole la mejilla y el cuello con su erizado bigote, echándole el aliento cargado de olor rancio a whisky de centeno.

—¡Oh, se ha cortado! —dijo la niñita, a punto de llorar.

—Mira lo que me han hecho, pequeña —dijo él, señalándose la herida y estremeciéndose.

Will Pentland, hijo de aquel clan cuyos miembros no se olvidaban nunca los unos de los otros, aunque solo se veían en tiempos de muerte, de peste y de terror, entró en la estancia.

—Buenas noches, señor Pentland —dijo Duncan.

—Solo tolerables —dijo Will, dedicando campechanamente un movimiento de cabeza y un guiño de pájaro a los dos hombres.

Se plantó delante del fuego, limpiando reflexivamente sus cortas uñas con una navaja roma. Era su acción acostumbrada cuando estaba en compañía; pensaba que nadie podía ver lo que pensaba uno cuando se estaba limpiando las uñas.

Al verlo, Gant salió inmediatamente de su letargo. Recordó la sociedad disuelta. La conocida actitud de Will Pentland, plantado delante del fuego, evocaba todas las características del clan que él tanto aborrecía: su engallada complacencia, sus continuos juegos de palabras, sus éxitos.

—¡Sayones de montaña! —rugió—. ¡Sayones de montaña! ¡Lo más bajo de lo bajo! ¡Lo más vil de lo vil!

—¡Señor Gant! ¡Señor Gant! —suplicó Jannadeau.

—¿Qué pasa, W. O.? —preguntó Will Pentland, levantando inocentemente la mirada de sus dedos—. ¿Has comido algo que te ha sentado mal? —preguntó, guiñando un ojo a Duncan y volviendo a sus dedos.

—El viejo miserable de tu padre —aulló Gant—, fue azotado en la plaza pública por no pagar sus deudas.

Era un insulto puramente imaginario, pero que se había afirmado como verdadero en la mente de Gant, como tantos otros epítetos gastados, porque le producía una íntima satisfacción.

—Conque lo azotaron en la plaza pública, ¿eh? —Will hizo otro guiño, incapaz de desaprovechar la ocasión—. Entonces lo tuvieron muy callado, ¿no crees?

Pero detrás de la expresión intensamente bonachona de su rostro, los ojos eran duros. Frunció reflexivamente los labios, sin dejar de trabajar con sus dedos.

—Pero voy a decirte algo acerca de él, W. O. —prosiguió al cabo de un momento, con tranquila pero ominosa gravedad—. Él dejó que su esposa muriese de muerte natural en su cama. No trató de matarla.

—¡A fe que no! —convino Gant—. Dejó que se muriese de hambre. Si la vieja tuvo una comida cabal en su vida, la disfrutó bajo mi techo. Una cosa es segura: habría podido ir y volver dos veces del infierno, antes de que se la diesen Tom Pentland o cualquiera de sus hijos.

Will Pentland cerró la navaja roma y se la metió en el bolsillo.

—El viejo comandante Pentland no hizo un día de trabajo honrado en su vida —chilló Gant, como si se le hubiese olvidado esa feliz observación.

—¡Vamos, señor Gant! —dijo Duncan, en tono de reproche.

—¡Silencio! ¡Silencio! —murmuró enérgicamente la niña, plantándose delante de su padre con la sopa. Acercó la humeante cuchara a su boca, pero él volvió la cabeza para proferir otro insulto. Ella le dio una fuerte palmada en la boca.

—¡Bebe esto! —susurró.

Y él, sonriendo mansamente al mirarla, empezó a tragar la sopa.

Will Pentland miró atentamente a la niña durante un momento, después se volvió a Duncan y a Jannadeau, asintiendo con la cabeza y guiñando un ojo. Sin añadir palabra; salió de la estancia y subió la escalera. Su hermana yacía inmóvil, boca arriba.

—¿Cómo te encuentras, Eliza?

Flotaba en la habitación un fuerte olor a peras maduras; un desacostumbrado fuego de leña de pino ardía en la chimenea; se plantó delante de esta y empezó de nuevo a limpiarse las uñas.

—Nadie sabe, nadie sabe —empezó ella, dando rienda suelta a sus lágrimas—... lo que he tenido que pasar.

Se enjugó los ojos enseguida con una punta de la colcha; su ancha y enérgica nariz, roja sobre el pálido semblante, era como una llama.

—¿Tienes algo bueno para comer? —preguntó él, guiñándole un ojo con cómica glotonería.

—Hay unas peras en la alacena, Will. Las puse allí la semana pasada para que madurasen.

Él se metió en la enorme alacena y salió al cabo de un momento con una pera gorda y amarilla; volvió junto a la chimenea y abrió la hoja más pequeña de su navaja.

—Te aseguro, Will, que ya no puedo más —dijo ella a media voz, al cabo de un instante—. No sé qué mosca le ha picado. Pero puedes apostar tu último dólar a que no voy a aguantar mucho más. Sé cómo desenvolverse —dijo, asintiendo vivamente con la cabeza.

Él reconoció el tono. Casi se olvidó de sí mismo.

—Mira, Eliza —empezó a decir—, si estás pensando en afincarte en otra parte, yo... —pero se recobró a tiempo—... yo podría ofrecerte el material al mejor precio que puedas encontrar en el mercado —terminó, metiéndose rápidamente un trozo de pera en la boca.

—No —dijo ella—, todavía no estoy en condiciones para eso. Cuando llegue el momento te lo haré saber.

Las ascuas sueltas cayeron sobre el suelo del hogar.

—Te lo haré saber —repitió, y él cerró la navaja y se la metió en un bolsillo del pantalón.

—Buenas noches, Eliza —dijo—. Supongo que Pett querrá venir a verte. Le diré que estás bien.

Bajó la escalera sin hacer ruido y salió por la puerta principal. Mientras descendía la escalinata de la alta galería, Duncan y Jannadeau bajaron silenciosamente al patio desde el cuarto de estar.

—¿Cómo está W. O.? —preguntó Will.

—¡Oh, muy bien! —dijo alegremente Duncan—. Está durmiendo como un tronco.

—¿El sueño de los justos? —preguntó Will Pentland, con un guiño.

Al suizo le molestó la burla implícita contra su Titán.

—Es una verdadera lástima que al señor Gant le haya dado por la bebida —dijo Jannadeau, con voz grave y gutural—. Con su talento podría ir muy lejos. Cuando está sereno, es el hombre más simpático del mundo.

—¿Cuándo está sereno? —preguntó Will, guiñándole un ojo en la oscuridad—. Dígame algo de cuando está dormido.

—Cuando Helen se encarga de él, se pone bien en un minuto —observó el señor Duncan, con su dulce voz—. Es maravilloso lo que esa niña puede hacer con él.

—¡Y que lo diga! —rio Jannadeau, con gutural satisfacción—. Esa niñita conoce a su papá como la palma de su mano.

La niña estaba sentada en el gran sillón frente al fuego menguante del cuarto de estar; leyó hasta que se apagaron las llamas y solo quedaron los tizones; entonces, sin hacer ruido, cubrió las brasas con ceniza. Gant, sumido en un profundo sueño, yacía sobre el sofá de fino cuero adosado a la pared. Ella lo había envuelto en una manta; ahora puso un cojín sobre una silla y colocó los pies de su padre sobre él. Gant olía a whisky rancio; sus ronquidos hacían retemblar los cristales de las ventanas.

Y así, sumido en el olvido, pasó la noche; dormía cuando Eliza empezó a sentir los fuertes dolores del parto a las dos de la madrugada, y durmió mientras ella sufría y el médico y la enfermera se afanaban.

## CUATRO

Contradiendo un epigrama, la criatura tardó un tiempo excesivo en nacer; pero cuando al fin se despertó Gant después de las diez de la mañana, temblando a causa de sus agarrotados nervios y de la vergüenza de sus confusos recuerdos, oyó, mientras bebía el café caliente que le había traído Helen, un fuerte, profundo y prolongado llanto en el piso de arriba.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —gimió. Y, señalando en la dirección del ruido—: ¿Es niño o niña?

—Todavía no lo he visto, papá —respondió Helen—. No nos dejan entrar. Pero el doctor Cardiac salió y nos dijo que, si éramos buenos, tal vez nos traería un niño.

Hubo un terrible estruendo sobre el techado de metal y sonó la voz airada de la enfermera. Steve saltó como un gato desde la cubierta del porche al macizo de los lirios, por delante de la ventana de Gant.

—¡Steve, maldito bribón! —rugió el amo de la casa, recobrando momentáneamente su cordura—. Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

El muchacho había saltado ya la valla.

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! —gritó desde el otro lado.

—¡Yo también lo he visto! —chilló Grover, entusiasmado, cruzando la habitación y saliendo a la carrera.

—Si os vuelvo a pillar en este tejado —chilló la enfermera campesina desde arriba—, os despellejaré.

Gant se había alegrado momentáneamente al enterarse de que su último heredero era un varón; pero después empezó a andar arriba y abajo en la estancia, profiriendo continuas lamentaciones.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Por qué he de soportar esta nueva carga en mi vejez? ¡Otra boca que alimentar! Es espantoso, es terrible, es cruel. —Y se echó a llorar afectadamente.

Entonces, dándose cuenta de que no había nadie lo bastante cerca para sentirse conmovido por su aflicción, se interrumpió súbitamente y corrió a la puerta, cruzó el comedor y llegó al vestíbulo, donde gritó, en tono gemebundo:

—¡Eliza! ¡Esposa mía! ¡Dime que me perdonas!

Y subió la escalera, sollozando trabajosamente.

—¡No lo dejen entrar! —gritó vivamente la interpelada, con notable energía.

—Dígale que ahora no puede entrar —dijo Cardiac a la enfermera, con voz seca, mirando fijamente la balanza—. A fin de cuentas, aquí solo tenemos leche —añadió.

Gant estaba en el exterior.

—¡Eliza, esposa mía! Ten piedad, te lo suplico. Si yo hubiese sabido...

—Sí —dijo la enfermera campesina, abriendo bruscamente la puerta—, si el perro no se hubiese detenido para levantar la pata, ¡habría pillado al conejo! ¡Lárguese de aquí!

Y cerró violentamente la puerta en sus narices.

Él bajó la escalera con la cabeza gacha, pero sonrió disimuladamente al pensar en las palabras de la enfermera. Se humedeció rápidamente el grueso pulgar con la lengua.

—¡Dios misericordioso! —dijo, haciendo una mueca.

Después volvió a sus interrumpidas lamentaciones.

—Creo que todo irá bien —dijo Cardiac, sosteniendo un bulto rojo, pellejado y arrugado hasta los pies, y dándole unas palmadas en el trasero, para animarlo un poco.

En realidad, el presunto heredero había hecho su entrada completamente equipado con todas las pertenencias, dependencias, tuercas, llaves, espitas, garras, ojos, uñas, considerados necesarios para un aspecto cabal, para la armonía de las partes y para la unidad de efecto en nuestro enérgico, estimulante y competitivo mundo. Era el varón completo en miniatura, la diminuta bellota que daría origen al roble vigoroso, el heredero de todas las edades, el causahabiente de un renombre inalcanzado, el hijo del progreso, el niño mimado de la naciente Edad de Oro, y, lo que es más, la Fortuna y el Hada Madrina, no contentas con colmarlo de esos dones de tiempo y de familia, lo habían reservado cuidadosamente para este momento en que el Progreso estaba maduro y nimbado de gloria.

—Bueno, ¿cómo va a llamar a eso? —preguntó el doctor Cardiac, refiriéndose, con su tosquedad brutal de médico, al nobilísimo diablillo.

Eliza estaba acorde con las vibraciones cósmicas. Con pleno aunque inexacto sentido de lo que estas presagiaban, dijo al Hijo de la Suerte el título de Eugene, hermoso nombre que significa «bien nacido», pero que, como todos podrán comprobar, no significa, no ha significado nunca, «bien criado».

Esta lumbrera escogida, a la que se había dado ya nombre y desde cuyo centro deben contemplarse la mayoría de los sucesos de esta crónica, nació, como hemos dicho, en el momento más crucial de la historia. Pero quizá habrá el lector pensado en esto. ¿No? Entonces, permita que le refresquemos la memoria.

En 1900, Oscar Wilde y James A. McNeill Whistler habían casi acabado de decir las cosas que se les atribuían y que Eugene tendría que oír veinte años más tarde; la mayoría de los grandes victorianos habían muerto antes de que empezase el bombardeo; William McKinley había sido reelegido, y los tripulantes de la armada española habían vuelto a casa en un remolcador.

En el extranjero, la torva y vieja Inglaterra había lanzado su ultimátum al sur de África en 1899 lord Roberts, Little Bobs como lo llamaban cariñosamente sus hombres, había sido designado general en jefe después de varios reveses británicos; la república del Transvaal fue tomada por Gran Bretaña en septiembre de 1900 y formalmente anexionada el mes en que nació Eugene. Dos años más tarde, se celebró una conferencia para la Paz.

Mientras tanto, ¿qué pasaba en Japón? Os lo diré: el primer parlamento se reunió en 1891, hubo una guerra con China entre 1894 y 1895, Formosa fue

cedida en 1895. Además, Warren Hastings había sido procesado y juzgado; el papa Sixto V había llegado y se había ido; Dalmacia había sido sometida por Tiberio; Belisario había sido cegado por Justiniano; las ceremonias nupciales y funerarias de Wilhelmina Charlotte Caroline de Brandenburg-Ansbach y el rey Jorge II habían sido solemnizadas, mientras que las de Berenguela de Navarra con el rey Ricardo I eran poco más que un lejano recuerdo; Diocleciano, Carlos V y Víctor Amadeo de Cerdeña habían abdicado todos ellos de sus tronos; Henry James Pye, poeta laureado de Inglaterra, estaba con sus padres; Casiodoro, Quintiliano, Juvenal, Lucrecio, Marcial y Alberto el Oso de Brandeburgo, habían respondido a la última llamada; las batallas de Antietam, Smolensko, Drumclog, Inkerman, Marengo, Cawnpore, Killiecrankie, Sluys, Accio, Lepanto, Tewkesbury, Brandywine, Hohenlinden, Salamina y del Desierto, se habían desarrollado por tierra y por mar; Hipias había sido expulsado de Atenas por los alcmeónidas y los lacedemonios; Simónides, Meandro, Estrabón, Moscos y Píndaro habían saldado sus cuentas terrenales; los beatíficos Eusebio, Atanasio y Crisóstomo se habían ido a sus celestiales hornacinas; Micerino había construido la Tercera Pirámide; Aspalta había acaudillado ejércitos victoriosos; las remotas Bermudas, Malta y las islas de Barlovento habían sido colonizadas. Además, la armada española había sido derrotada; el presidente Abraham Lincoln había sido asesinado, y las Pesquerías Award de Halifax habían dado cinco millones y medio de dólares a Gran Bretaña por doce años de privilegios de pesca. Por último, solo treinta o cuarenta millones de años antes, nuestros primeros antepasados habían salido arrastrándose del barro primitivo y, sin duda encontrando desagradable el cambio, se habían sumergido de nuevo en él.

Así estaba la historia cuando Eugene entró en el teatro de los acontecimientos humanos en 1900.

De buen grado daríamos cuenta más extensa del mundo en que se desarrollaron los primeros años de su vida, mostrando en todas sus perspectivas e implicaciones, el significado de la vida vista desde el suelo desde la cuna; pero estas impresiones son suprimidas cuando podrían contarse, no por defecto de la inteligencia, sino por falta de control muscular, de fuerza de articulación, y debido a las continuas oleadas de soledad, de cansancio, de depresión, de aberración y de confusión total, que combaten el orden en la mente humana hasta que esta tiene tres o cuatro años.

Yaciendo a oscuras en su cuna, lavado, empolvado y bien alimentado, pensaba calladamente en muchas cosas antes de sumirse en el sueño, el sueño interminable que borra el tiempo para él y le daba la impresión de haber perdido para siempre un día de vida rutilante. En estos momentos, lo afligía un tedioso horror al pensar en las incomodidades, las flaquezas, la mudez, la infinita incompreensión que tendría que soportar hasta alcanzar, al menos, la

libertad física. Se angustiaba al pensar en la enorme distancia que se extendía ante él, en la falta de coordinación de los centros de control, en la indisciplinada y pícara vejiga, en la inevitable exhibición a que se veía obligado en presencia de sus risueños y manoseadores hermanos y hermanas, al ser secado, limpiado, y volteado por ellos.

Estaba angustiado porque carecía de símbolos; su mente estaba aprisionada en una red porque no tenía palabras con las que expresarse. Ni siquiera sabía los nombres de los objetos que lo rodeaban; probablemente se los definía él mismo con alguna jerga, reforzada por retazos de las palabras que sonaban a su alrededor, las cuales escuchaba atentamente día tras día, dándose cuenta de que su primera liberación debía alcanzarla por medio del lenguaje. Lo más deprisa que pudo, indicó su voraz afán por las imágenes y la letra impresa; a veces le mostraban grandes libros profusamente ilustrados, y él los incitaba desesperadamente con sus arrullos, chillando entusiasmado, poniendo caras raras y haciendo todo lo que ellos podían comprender. Se preguntaba furiosamente qué sentirían si supiesen lo que pensaba en realidad; otras veces se reía de ellos y de toda su descabellada comedia de errores, cuando hacían cabriolas a su alrededor para divertirlo, meneaban la cabeza mirándolo y le hacían cosquillas que lo obligaban a chillar violentamente contra su voluntad. La situación era terriblemente enojosa y cómica al mismo tiempo; sentado en el suelo y viéndolos entrar, observando sus caras transformadas al mirarlo tontamente de reojo, y oyendo sus voces que se volvían absurdas y sentimentales al dirigirse a él con palabras que aún no comprendía, pero que veía que mutilaban con la ridícula esperanza de hacerlas inteligibles, no tenía más remedio que reírse de aquellos imbéciles, a pesar de su irritación.

Y cuando lo dejaban solo en una habitación, con las persianas echadas para que durmiese, mientras el sol proyectaba rayas luminosas sobre el suelo, se sentía invadido por una soledad y una tristeza inconmensurables; veía su vida en la solemne perspectiva de un sendero en el bosque, y sabía que siempre estaría triste: encerrada en el pequeño cráneo redondo, aprisionada en el palpitante y secretísimo corazón, su vida discurría siempre por caminos solitarios. Perdida. Comprendía que los hombres eran para siempre extraños los unos con los otros, que nadie llega nunca a conocer de veras a alguien; que, aprisionados en el oscuro seno materno, nos asomamos a la vida sin haber visto nunca la cara de nuestra madre que nos recibe en sus brazos como extraños, y que, encerrados en la hermética prisión del ser, no escaparemos jamás, aunque unos brazos nos estrechen y una boca nos bese y un corazón nos dé calor. Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca.

Sabía que las grandes figuras que entraban y se movían a su alrededor, las enormes cabezas sonrientes que se inclinaban odiosamente sobre su cuna, las fuertes voces que retumbaban incoherentes encima de él, no significaban para



ellos mucho más de lo que representaban para él; que incluso sus palabras y todos sus movimientos, fáciles y fluidos, eran insuficientes para comunicar lo que pensaban o sentían, y servían a menudo, no para fomentar la comprensión, sino para ahondar y ensanchar la rivalidad, la amargura y el prejuicio.

Su cerebro se estremecía de terror. Se veía como un extraño inarticulado, como un divertido y pequeño payaso, nacido y alimentado por aquellos enormes y remotos personajes. Había sido enviado de un misterio a otro; en alguna parte, dentro o fuera de su conciencia, oía débilmente una gran campana, como tañendo debajo del mar, y al escucharla, el fantasma del recuerdo pasaba por su mente, y por un instante sentía que casi había recobrado lo que había perdido.

A veces, izándose en las altas paredes de su cuna, miraba aturrido los dibujos de la alfombra allá en lo hondo; el mundo entraba en su mente y volvía a salir como una marea, estampando su viva imagen por un instante y refluendo adormilada y vagamente, mientras él componía poco a poco el rompecabezas de la sensación, viendo solamente el oscilante reflejo del fuego en el atizador y oyendo el fantástico cloqueo de las gallinas bajo el sol, en algún lugar de un mundo lejano y encantado. Cada vez oía con más fuerza y calidad su toque de diana, y se convertía de pronto en un cabal y alerta ciudadano de la vida; o bien oía, yendo y viniendo en ondas alternas de fantasía y realidad, el trueno fuerte, como de cuento de hadas, de la música de salón de Daisy. Años más tarde, volvió a oírla y se abrió una ventana en su cerebro; ella le dijo que era el Minuet de Paderewski.

Su cuna era una gran cesta trenzada, con colchón y almohada bien mullidos. Cuando adquirió vigor, pudo realizar en ella extraordinarias acrobacias, dando volteretas, arqueando el cuerpo e irguiéndose con gran agilidad; a fuerza de paciencia, conseguía incluso pasar sobre la barandilla y deslizarse al suelo. Allí se arrastraba sobre los amplios dibujos de la alfombra, observando fijamente las grandes piezas de madera amontonadas caóticamente en el suelo. Habían pertenecido a su hermano Luke, y todas las letras del alfabeto estaban grabadas en ellas con vivos y variados colores.

Sosteniéndolos torpemente con sus manitas, estudiaba durante horas los símbolos de la palabra, sabiendo que tenía en ellos las piedras del templo del lenguaje, y esforzándose desesperadamente en descubrir la clave que pondría orden e inteligencia en aquella anarquía. Fuertes voces sonaban en lo alto; grandes formas entraban y salían, alzándolo a alturas vertiginosas y bajándolo de nuevo con vigor inagotable. La campana tañía bajo el mar.

Un día, cuando se hubo desplegado espléndidamente la rica primavera, cuando la tierra negra y esponjosa del jardín se hubo cubierto súbitamente de hierba tierna y flores húmedas, y el gran cerezo se llenó poco a poco de

ambarinas gotas de salvia que eran como gemas, y las cerezas maduraron en copiosos racimos, Gant lo sacó de su cesta y lo llevó al sol del alto porche frontal, y dio con él la vuelta a la casa, pasando junto al macizo de lirios y volviendo por debajo de los árboles donde cantaban pájaros ocultos, hasta el fondo del recinto..

Aquí no había sombra, y la tierra estaba seca, surcada por el arado. Eugene supo, por el silencio, que era domingo; junto a la alta valla flotaba el fuerte olor de los hierbajos caldeados. Al otro lado, la vaca de Swain pastaba la hierba fresca y basta, levantando la cabeza de vez en cuando y cantando, con sus mugidos fuertes y graves, la exuberancia del domingo. En el aire limpio y cálido, Eugene oyó con absoluta claridad todos los vivos sonidos de los corrales del barrio, adquirió aguda conciencia de todo el escenario y, al cantar de nuevo la vaca de Swain, sintió que se abrían sus propias compuertas. Respondió «muuu», imitando tímida pero perfectamente el sonido y repitiéndolo confiadamente un momento después, al contestarle la vaca.

Gant no cabía en sí de gozo. Se volvió y corrió hacia la casa con toda la rapidez que le permitían sus piernas. Y, mientras corría, rozaba con su erizado bigote el tierno cuello de Eugene, que mugía concienzudamente y siempre obtenía respuesta.

—¡Santo Dios! —gritó Eliza, mirando por la ventana de la cocina y viéndolo cruzar el jardín a largas zancadas—. ¡Va a matar a esa criatura!

Al subir él corriendo los peldaños de la cocina —toda la casa, salvo el lado de arriba, estaba separada del suelo—, salió a la pequeña galería enrejada, agitando las manos y roja la nariz.

—¿Qué diablos está haciendo, señor Gant?

—¡Muuu! Ha dicho «¡muuu!» ¡Vaya que sí! —dijo Gant, hablando más a Eugene que a Eliza.

Eugene le respondió inmediatamente; sentía que eso era bastante tonto, y comprendió que tendría que seguir imitando a la vaca de Swain durante varios días; sin embargo, estaba terriblemente excitado, con la impresión de haber saltado un muro.

Eliza estaba también emocionada, pero su manera de demostrarlo fue volver a la cocina, disimulando su satisfacción y diciendo:

—¡Vaya con el señor Gant! Jamás vi a un hombre tan chalado como un niño.

Más tarde, Eugene yacía despierto en su cesta colocada en el suelo del cuarto de estar, viendo pasar los platos humeantes en las manos afanosas de toda la familia, pues Eliza cocinaba magníficamente en aquella época, y las

comidas de los domingos eran dignas de recordar. Durante dos horas, después de volver de la iglesia, los chicos pequeños habían estado rondando hambrientos la cocina. Ben, frunciendo orgullosamente el ceño, mantenía su dignidad fuera del escenario, limitándose a hacer frecuentes excursiones a través de la casa para observar los progresos de las operaciones culinarias: Grover entraba y miraba con franco interés hasta que lo echaban; Luke, surcada su ancha y divertida carita por una amplia y regocijada sonrisa, corría por la casa, chillando entusiasmado:

Uini, uidi, uiqui.

Uini, uidi, uiqui.

Uini, uidi, uiqui.

Ui, Ui, Ui.

Había oído a Daisy y a Josephine Brown recitar juntas Julio César, y la cancioncilla era su propia interpretación de la breve y jactanciosa declaración de César: Veni, vidi, vici.

Yaciendo en su cuna, Eugene oía a través de la puerta abierta la charla del comedor, la ruidosa excitación de los chicos, el chirrido del cuchillo contra el acero al disponerse Gant a partir el asado, y la repetición del gran acontecimiento de la mañana, contado una y otra vez sin variación pero con creciente entusiasmo.

«Pronto —pensó, al llegar hasta él la fuerte fragancia de la comida— estaré allí con ellos.» Y pensó, relamiéndose, en el misterioso y succulento yantar.

Durante toda la tarde, en la galería, Gant contó la historia, llamando a los vecinos e invitando a Eugene a repetir su actuación. Eugene oyó claramente todo lo que se dijo aquel día; fue incapaz de contestar, pero vio que el don de la palabra era inminente.

Así vio más tarde los dos primeros años de su vida, en brillantes y aislados destellos. Recordaba vagamente su segunda Navidad como un periodo de gran alborozo; fue como un entrenamiento para cuando llegase la tercera. Con la maravillosa facultad de habituarse a los niños, le parecía que la Navidad le era conocida desde siempre.

Tenía conciencia de la luz del sol, de la lluvia, del fuego saltarín, de su cuna, de la fosca cárcel del invierno. Un día cálido de la segunda primavera, vio salir a Daisy cuesta arriba en dirección al colegio; tocaba a su fin el descanso del mediodía, y ella había almorzado en casa. Iba al colegio para niñas de la señorita Ford, un edificio de ladrillos rojos en una esquina de la cima de la empinada cuesta; vio que se reunía con Eleanor Duncan justo antes

de llegar a él. Llevaba los cabellos recogidos en dos largas trenzas sobre la espalda. Era una muchacha recatada, modesta, virginal, tímida y que se ruborizaba fácilmente; pero él temía sus cuidados, porque la bañaba furiosamente, descargando sobre su pellejo cuanto había de explosivo y violento debajo de su placidez. En realidad, lo frotaba hasta dejarlo casi en carne viva. Él aullaba lastimosamente. Al subir ella la cuesta, la recordó. Vio que era la misma persona.

Pasó su segundo cumpleaños en una iluminación creciente. A comienzos de la siguiente primavera, tuvo conciencia de un periodo de abandono; reinaba en la casa un silencio mortal; la voz de Gant no retumbaba ya a su alrededor, y los chicos entraban y salían sin hacer ruido. Luke, el cuarto en ser atacado por la epidemia, estaba gravemente enfermo de fiebre tifoidea; Eugene fue confiado casi enteramente a una joven y desaliñada negra. Después recordó vívidamente su alta y desgachada figura, sus perezosas y ruidosas pisadas, sus sucias medias blancas y su fuerte olor a negrura y a moho. Un día lo sacó a jugar al porche lateral; era una mañana temprana de primavera, esplendorosa y húmeda después del deshielo. La negra se sentó en un peldaño lateral y bostezó, mientras él, envuelto en su sucio vestidito, reptaba por el sendero y sobre el macizo de los lirios. Al poco rato, se quedó dormida, apoyada en el poste. Y él deslizó hábilmente el cuerpo entre los separados alambres de la valla y salió al caminillo ceniciento que llevaba a la casa de los Swain y, cuesta arriba, al adornado palacio de madera de los Hilliard.

Estos pertenecían a la más alta aristocracia de la villa; procedían de Carolina del Sur, «cerca de Charleston», circunstancia que, por sí sola, daba gran prestigio en aquella época. La casa, una enorme estructura de color castaño de nogal y tejado triangular, que daba la impresión de tener muchos ángulos y ningún plano, había sido construida sobre la cima de la colina cuya ladera descendía hasta la morada de Gant. El suelo llano delante de la casa estaba poblado de majestuosos e imponentes robles. Abajo, a lo largo del caminillo ceniciento y flanqueando el huerto de Gant, había altos y rumorosos pinos.

La casa del señor Hilliard era considerada como una de las residencias más elegantes de la villa. El vecindario era de clase media, pero la situación era magnífica y los Hilliard vivían a lo grande, como señores del castillo que bajaban al pueblo pero no se mezclaban con su gente. Todos sus amigos llegaban en carruaje desde lejos; diariamente, a las dos en punto, un viejo negro con librea subía por el serpenteante camino, conduciendo un coche tirado por dos relucientes yeguas castañas, y esperaba junto a la entrada de carruajes a que saliesen su amo y su ama. Cinco minutos después, estos arrancaban y estaban dos horas ausentes.

Este rito, observado con gran atención desde la ventana del cuarto de estar

de su padre, fascinó a Eugene durante años; la gente y la vida de la finca contigua estaban, cruda y simbólicamente, muy por encima de él.

Esa mañana sintió una gran satisfacción al campar por sus respetos en el camino de Hilliard, era su primera escapada, y la realizaba en una zona prohibida y excelsa. Avanzaba trabajosamente por el centro del camino, contrariado por el espesor de la ceniza. La sonora campana de la mansión dio once campanadas.

Ahora bien, todas las mañanas, exactamente a las once y tres minutos, tan infalible y perfecto era el orden en la gran institución, un corpulento caballo gris subía despacio la cuesta, arrastrando una pesada carreta de víveres, de la que emanaba un agradable y picante olor a especias y comestibles, y que estaba exclusivamente ocupada por las vituallas de los Hilliard y por el conductor, un joven negro que, cada mañana a las once y tres minutos, de acuerdo con el ritual, dormía tranquilamente. Nada malo podía pasar; ni un pavimento tapizado de avena habría tentado al caballo a faltar a su sagrada misión. Subió, pues, pesadamente, la cuesta oscilando a causa de las roderas del camino, y siguió avanzando trabajosamente hasta que, sintiendo una partícula extraña en el gran círculo de su casco delantero izquierdo, miró hacia abajo y apartó despacio la pata de lo que había sido recientemente la cara de un niño pequeño.

Después, separando cuidadosamente las patas, siguió adelante, arrastrando la carreta lejos del cuerpo de Eugene, y se detuvo. Ambos negros se despertaron al mismo tiempo, hubo gritos dentro de la casa, y Eliza y Gant salieron corriendo. El asustado negro levantó a Eugene, que ignoraba en absoluto su súbito regreso al escenario y lo depositó en los robustos brazos del doctor McGuire, el cual maldijo furiosamente al carretero. Sus gruesos y sensibles dedos reconocieron rápidamente la carita ensangrentada sin encontrar fractura alguna.

Hizo un breve asentimiento de cabeza ante las caras desesperadas de los otros.

—Esta vez ha salido bien librado —dijo—. Tienen ustedes mala suerte, pero dura la cabeza, W. O.

—¡Maldito bribón negro! —chilló el padre de familia, violentamente pero aliviado, volviéndose al carretero—. Te meteré entre rejas por esto.

Pasó las largas manos a través de la verja y a punto estuvo de estrangular al negro, que empezó a rezar, sin tener idea de lo que pasaba, salvo que era el centro de una furiosa conmoción.

La negrita, gimoteando, entró corriendo en la casa.

—Esto parece más grave de lo que es —observó el doctor McGuire, tendiendo al héroe en el canapé—. Un poco de agua caliente, por favor.

Sin embargo, tardó dos horas en hacerle recobrar el sentido. Todos encomiaban al caballo.

—Ha sido más inteligente que el negro —dijo Gant, humedeciéndose el pulgar.

Pero Eliza sabía, en el fondo de su corazón, que todo esto era parte del plan de las Parcas. Las entrañas habían sido tejidas y leídas mucho tiempo atrás; la frágil cáscara del cráneo que protegía la vida, y que podía haberse roto con la misma facilidad que un huevo, estaba indemne. Pero Eugene llevó la marca del centauro durante muchos años, aunque la luz tenía que incidir debidamente para revelarla.

Cuando fue mayor, se preguntó a veces si los Hilliard habían salido de su santuario cuando él había trastornado impíamente el orden de su mansión. Nunca lo preguntó, pero pensaba que no; se los imaginaba, como máximo, soberbiamente plantados junto a una cortina levantada, no muy seguros de lo que había pasado, pero sabiendo que era algo desagradable, con derramamiento de sangre.

Poco después de esto, el señor Hilliard hizo fijar en su finca un cartel de «Prohibida la entrada».

## CINCO

Luke recobró la salud después de maldecir al médico, a la enfermera y a la familia durante varias semanas; había sido una tifoidea rebelde.

Gant era ahora padre de una familia numerosa, escalonada desde la más tierna infancia al adolescente Steve —que tenía dieciocho años— y la candorosa Daisy. Esta tenía diecisiete años y estaba en su último año de escuela superior. Era una muchacha tímida y sensible, y hacía honor a su nombre; era diligente y aplicada en sus estudios, y sus profesores pensaban que era una de las mejores alumnas que habían tenido jamás. Era poco fogosa y nada renuente; obedecía fielmente las instrucciones; correspondía a todo lo que le daban. Tocaba el piano sin sentir apasionadamente la música; pero interpretaba ajustadamente las piezas y tenía una pulsación bella y vibrante. Y practicaba durante horas seguidas.

En cambio, saltaba a la vista que Steve no estaba dotado para el estudio. Cuando tenía catorce años, el director del colegio lo llamó a su pequeño

despacho para darle una azotaina por mala conducta e insubordinación; pero Steve carecía de espíritu de sumisión; arrancó la vara de las manos del hombre, la partió, le dio un fuerte golpe en un ojo y saltó regocijado por la ventana, que estaba a cinco metros del suelo.

Fue una de sus mayores hazañas; su conducta, en otros aspectos, fue menos afortunada. Muy pronto, al aumentar sus truhanerías y ser expulsado del colegio, y desviarse rápidamente su vida hacia una depravación desafiadora, se puso de manifiesto y se encontró el antagonismo existente entre Gant y el muchacho. Gant reconocía tal vez sus propios vicios en su hijo, pero este carecía de su facultad de redimirse. Steve tenía un trozo de sebo endurecido donde hubiese debido tener el corazón.

Cierto que, de todos ellos, era el que siempre había estado en las peores condiciones. Desde su infancia, había sido testigo de las furiosas calaveradas de su padre. Y no lo había olvidado. También, de mayor, había tenido que apañarse él solo, al centrar Eliza su atención en sus hijos menores. Eliza amamantaba todavía a Eugene mucho después de que Steve entregase sus primeros dos dólares a las damas de Eagle Crescent.

Interiormente, le dolían los insultos que le prodigaba Gant; no ignoraba sus propios defectos, pero el hecho de que su padre lo llamase «haragán inútil», «indigno degenerado» o «gandul de garito» reforzaba su talante de jactancioso desafío. Luciendo prendas baratas y llamativas, zapatos amarillos de punteras afiladas, pantalón a rayas y sombrero de paja de ala ancha y cinta colorada, paseaba por la avenida contoneándose tontamente y sonriendo con forzado aplomo, y saludaba con servil cordialidad a cuantos se fijaban en él. Y si un hombre acaudalado lo saludaba, su herida pero desmesurada vanidad hacía que recogiese el mendrugo y se vanagloriase lamentablemente en casa:

—¡Todos conocen al pequeño Steve! Es respetado por toda la gente importante de la villa, ¡vaya que sí! Todos tienen una palabra amable para el pequeño Stevie, salvo su propia familia. ¿Sabéis qué me ha dicho hoy J. T. Collins?

—¿Qué te ha dicho? ¿Quién es? ¿Quién es? —preguntaba Eliza, con cómica rapidez, levantando la mirada de sus labores.

—J. T. Collins... ¡en persona! Tiene una fortuna de unos doscientos mil dólares. «Stevie —me ha dicho, llanamente—, si yo tuviese tu cerebro...»

Y seguía hablando en ese tono, con afectada complacencia, pintando el cuadro de sus futuros triunfos, cuando todos los que ahora lo despreciaban acudirían en tropel bajo su enseña.

—¡Oh, sí! —decía—. Todos estarán ansiosos de estrechar la mano del pequeño Stevie.

Cuando lo expulsaron del colegio, Gant, enfurecido, le dio una fuerte paliza. Nunca lo olvidó. Por último, le dijeron que tenía que ponerse a trabajar para su propio sustento, y encontró esporádicos empleos como mozo de bar o repartidor de periódicos de la mañana. Una vez, con un compinche, Gus Moody, hijo de un fundidor, se lanzaron a ver mundo. Tiznados a causa del trayecto, se apearon a hurtadillas de un tren de mercancías en Knoxville, Tennessee, se gastaron en comida y en un burdel el poco dinero que tenían y regresaron, dos días después, negros de carbonilla pero orgullosos de su hazaña.

—¡Dios mío! —se lamentó Eliza—. No sé lo que va a ser de este chico.

El trágico defecto del temperamento de Eliza era llegar demasiado tarde al punto vital: fruncía reflexivamente los labios, cambiaba de dirección y lloraba cuando se producía una desgracia. Siempre esperaba demasiado. Además, en lo más hondo de su corazón, sentía por su hijo mayor un cariño, si no más grande, al menos diferente del que prodigaba a los otros. Su voluble jactancia, su lamentable arrogancia, le gustaban; para ella, eran indicios de su «ingenio», y a menudo irritaba a sus dos estudiosas hijas al encomiarlo. Por ejemplo, observaba una muestra de su escritura y decía:

—Seguro que escribe mejor que cualquiera de vosotras, a pesar de vuestros estudios.

Steve había catado muy pronto los goces de la botella, en los días en que asistía a las francachelas de su padre, echando furtivamente un trago del frasco medio lleno de whisky fuerte y rancio. El sabor le daba náuseas, pero la experiencia valía la pena, al poder alardear de ella ante sus compañeros.

Cuando tenía quince años, y mientras fumaba cigarrillos con Gus Moody en el granero de un vecino, había encontrado una botella envuelta en un saco de avena por el digno ciudadano para escamotearla a la severa inspección de su esposa. Cuando, algún tiempo después, fue el hombre a buscar su pócima secreta y encontró la botella medio vacía, llenó malignamente lo que faltaba con aceite de ricino; los dos chicos estuvieron hechos un asco durante varios días.

Una vez, Steve falsificó un cheque de su padre. Gant tardó varios días en descubrirlo; solo se trataba de tres dólares, pero su cólera fue terrible. En un discurso pronunciado en casa, pero lo bastante fuerte para que todo el vecindario se enterase del delito del muchacho, habló del correccional, de dejar que lo metiesen en la cárcel, de verse deshonorado en su vejez... período de su vida al que aún no había llegado pero en el que se amparaba en momentos de tensión.

Pagó el cheque, naturalmente, pero otro calificativo, el de «falsario», fue



incorporado al vocabulario de sus insultos. Steve entraba y salía a hurtadillas de la casa, y comió solo durante unos días. Cuando tropezaba con su padre, se hablaban muy poco; duros, irritados y vidriosos los ojos, se observaban profundamente el uno al otro; sabían que no podían ocultarse nada, que las mismas llagas se encontraban en los dos, que los mismos afanes y deseos, los mismos apetitos rastreros, contaminaban su sangre. Y, sabiéndolo, algo dentro de cada uno de ellos se volvía de espaldas con dolorosa vergüenza.

Gant añadió esto a sus diatribas contra Eliza; todo lo que había de malo en el chico lo había heredado de su madre.

—¡Sangre montañesa! ¡Sangre montañesa! —gritaba—. Es Greeley Pentland de los pies a la cabeza. Mira qué te digo —proseguía, irrumpiendo en la cocina, después de andar febrilmente por la casa murmurando para sí—, mira qué te digo: acabará en presidio.

Y, con la nariz enrojecida por las salpicaduras de grasa, ella fruncía los labios y hablaba muy poco, salvo cuando él la incordiaba demasiado y le respondía, deliberadamente, para irritarlo y enfurecerlo más.

—Bueno, tal vez si no lo hubiese enviado a todos los lupanares de la ciudad en busca de su padre, ahora sería mejor.

—¡Mientes, mujer! ¡Sabe Dios que mientes! —vociferaba él, solemnemente pero con total falta de lógica.

Gant bebía menos; salvo una terrible cogerza cada seis u ocho semanas, Eliza no podía quejarse mucho a este respecto. Pero su enorme paciencia se estaba agotando por culpa del ciclo diario de improperios. Ahora dormían en habitaciones separadas del piso de arriba; él se levantaba a las seis o a las seis y media, se vestía y bajaba a encender el fuego. Mientras lo prendía en el fogón de la cocina y en el montón de leña de la chimenea del cuarto de estar, farfullaba constantemente para sí, subiendo y bajando ocasionalmente el tono de la voz, con estilo oratorio. De esta manera componía y pulía el raudal de sus invectivas, y, cuando alcanzaba la fluidez y el énfasis requeridos, se plantaba súbitamente ante su mujer en la cocina y largaba su discurso sin preámbulos, aunque entrase en aquel momento el negro de la abacería trayendo chuletas de cerdo o gruesos bistecs.

—Mujer, ¿tendrías hoy un techo bajo el que cobijarte, de no haber sido por mí? ¿Podrías haber confiado en que te lo diese Tom Pentland, tu viejo e inútil padre? ¿Te lo habrían dado tu hermano Will o tu hermano Jim? ¿Has oído decir alguna vez que hubiesen dado algo a alguien? ¿Has oído decir alguna vez que se hayan preocupado de algo que no sea sus propios y miserables pellejos? ¿Lo has oído? ¿Daría alguno de ellos un mendrugo a un pordiosero? ¡No, por Dios! ¡Ni aunque tuviesen una panadería! ¡Ay de mí! Día nefasto

aquel en que llegué a este maldito país; poco podía saber yo adónde me llevaría. ¡Sayones montañeses! ¡Sayones montañeses! —exclamaba, y con esto llegaba su andanada al punto culminante.

A veces, al tratar de responder a su ataque, rompía ella fácilmente en llanto. Y esto complacía a su marido; le gustaba verla llorar. Pero generalmente le endilgaba una réplica mordaz; y en lo más hondo, se entablaba una guerra cruel y desesperada entre sus almas ciegas y antagónicas. Sin embargo, si él hubiese sabido a qué extremos habían de llevarla a ella estos combates cotidianos, se habría quedado pasmado; eran inherentes el hondo y febril descontento de su espíritu, el arraigado instinto de poseer un objeto para abusar de él.

Además, su concepto del orden era tan elevado que sentía una apasionada aversión por todo lo que fuese desaliñado, desordenado o confuso. A veces sentía verdadera furia al ver que ella guardaba esmeradamente pedazos de cordel, latas y botellas vacías, trastos de todas las clases; la manía de adueñarse de las cosas, aunque locura todavía incipiente en Eliza, lo enfurecía.

—¡Por el amor de Dios! —gritaba, con genuina indignación—. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no tiras alguno de estos trastos viejos?

Y avanzaba en actitud destructora.

—¡No lo toques, señor Gant! —respondía vivamente ella—. Nunca se sabe cuándo pueden ser útiles estas cosas.

Tal vez era una inversión de la costumbre que el afanoso espíritu de investigación perteneciese al que amaba más el orden y respetaba más el ritual e incluso tejía según el patrón las diarias letanías de insultos, y que la creciente afición al caos, animada por un deseo incoercible de posesión, correspondiese a la persona práctica y vulgar.

Gant tenía la pasión del verdadero trotamundos, del trotamundos que procede de un lugar fijo. Necesitaba el orden y la dependencia de un hogar; era, intensamente, un hombre de familia; su vida era el calor y la fuerza de los que se arracimaban a su alrededor. Después de su puntual diatriba mañanera contra Eliza, se dedicaba a despertar a sus adormilados hijos. Aunque parezca cómico, no podía soportar, por la mañana, el sentimiento de que él era el único que estaba despierto y andaba por la casa.

Su toque de diana, emitido formalmente y con cómica esperanza desde el pie de la escalera, tomaba más o menos esta forma:

—¡Steve! ¡Ben! ¡Grover! ¡Luke! Malditos bribones, ¡levantaos! Por el amor de Dios, ¿qué va a ser de vosotros? Nunca llegaréis a ser algo en la vida.

Y seguía vociferando desde abajo, como si arriba le prestasen despierta

atención.

—Cuando yo tenía vuestra edad, a estas horas había ordeñado cuatro vacas, hecho todas las tareas de la casa y caminado ocho millas sobre la nieve.

Ciertamente, cuando describía sus primeros años de escolar, pintaba siempre un paisaje con cuatro palmos de nieve endurecida por la helada. Al parecer, solo había ido a la escuela en condiciones polares.

Y quince minutos más tarde rugía de nuevo:

—¡Nunca valdréis para nada, inútiles haraganes! Si se derrumbase una pared, os pondríais a dormir junto a la otra.

Al cabo de un rato, se oían rápidas pisadas en el piso de arriba, y bajaban uno a uno y entraban corriendo en el cuarto de estar, llevando su ropa liada en los brazos. Se vestían ante el rugiente fuego.

Durante el desayuno, salvo esporádicas lamentaciones, Gant se mostraba casi de buen humor. Todos comían copiosamente; él les llenaba los platos de carne frita, farro cocido con huevo, bizcochos calientes, compota y manzanas asadas. Partía hacia su taller aproximadamente a la misma hora que los chicos, engullendo convulsivamente comida caliente y café, salía corriendo de la casa al oír la última señal de aviso de la melodiosa campana del colegio, que daba las nueve.

Él volvía a la hora del almuerzo —ellos decían de la comida—, brevemente locuaz con las noticias de la mañana; y al atardecer, cuando se reunía la familia, regresaba de nuevo, encendía un gran fuego y lanzaba su suprema invectiva, ceremonia que requería media hora de preparación y otros tres cuartos de hora para pronunciarla, con repeticiones y adiciones. Después comían con absoluta satisfacción.

Así pasó el invierno. Eugene cumplió tres años; le compraron abecedarios y libros con dibujos de animales y fábulas rimadas al pie de estos. Gant se las leyó infatigablemente; al cabo de seis semanas, Eugene se las sabía todas de memoria.

Durante el final del invierno y toda la primavera, actuó innumerables veces para los vecinos; sosteniendo el libro en las manos fingía leer lo que había aprendido de memoria. Gant estaba entusiasmado y fomentaba el engaño. Todos consideraban extraordinario que un niño tan pequeño supiese leer.

En la primavera, Gant empezó de nuevo a beber; pero su sed se calmó a las dos o tres semanas, y volvió vergonzosamente a la rutina de su vida. Pero Eliza estaba preparando un cambio.

Corría el año 1904 y se estaba organizando una gran exposición mundial en Saint Louis; iba a ser la historia visual de la civilización, algo mejor y más

grande que todos los anteriores acontecimientos de esta clase. Muchos habitantes de Altamont pensaban ir, y a Eliza le fascinaba la idea de combinar el viaje con el provecho.

—¿Sabes una cosa? —empezó a decir reflexivamente una noche, dejando el periódico—. Tengo intención de hacer los bártulos e irme allá.

—¿Irte allá? ¿Adónde?

—A Saint Louis —respondió ella—. Mira... si las cosas marchan bien, podríamos simplemente trasladarnos y establecernos allí.

Sabía que la sugerencia de una ruptura total de la vida actual y un viaje a tierras nuevas, en busca de fortuna, lo fascinaría. Habían hablado de eso hacía años, cuando él había roto su sociedad con Will Pentland.

—¿Qué pretendes hacer allí? ¿Y quién va a cuidar de los chicos?

—Pues verá usted, señor —dijo ella con afectación, frunciendo reflexivamente los labios y sonriendo con astucia—. Simplemente, buscaré una casa buena y grande y montaré una pensión para la gente de Altamont que vaya allí.

—¡Santo Dios, señora Gant! —aulló él, trágicamente—. Usted no puede hacer una cosa así. Le ruego que no lo haga.

—Bueno, señor Gant, no sea tonto. No hay nada malo en tener huéspedes. Algunas de las personas más respetables de esta ciudad los tienen.

Sabía que él tenía un orgullo muy sensible; no podía soportar que alguien pensara que no podía mantener a su familia; en realidad, siempre alardeaba de ser un «buen proveedor». Además, el hecho de que alguien que no fuese de su sangre residiese bajo su techo llenaba el aire de amenazas, derrumbando las murallas de su castillo. Y por último, sentía una aversión particular contra los huéspedes; ganarse la vida aceptando el desprecio, las mofas y el dinero de los que llamaba «huéspedes baratos» era una ignominia casi insoportable.

Ella lo sabía, pero no podía comprender sus sentimientos. No poseer simplemente unos bienes, sino sacar provecho de ellos, era parte de la religión de su familia, y ella los superaba a todos con su propósito de alquilar una parte de su hogar. En realidad, solo ella, entre todos los Pentland, estaba dispuesta a tender el puente levadizo sobre el foso de su pequeño castillo; solo ella parecía no otorgar gran valor al particular secreto y a la intimidad de sus murallas. Y ella era la única que llevaba faldas.

Eugene había sido amamantado por ella hasta que tuvo más de tres años; fue destetado durante el invierno. Algo terminó entonces en ella, y algo empezó.

Por fin se salió con la suya. A veces hablaba a Gant reflexivamente y en tono persuasivo sobre la aventura de la Feria Mundial. A veces, durante las tiradas vespertinas de su marido, le replicaba empleando el proyecto como amenaza. No sabía exactamente lo que iba a conseguir. Pero sentía que era un principio para ella. Y por fin se salió con la suya.

Gant sucumbió al reclamo de tierras nuevas. Se quedaría en casa, pero si todo marchaba bien, iría más tarde. También lo excitaba la perspectiva de un tiempo de libertad. Volvió a sentir algo de las lejanas emociones de la juventud. Lo dejaban atrás, pero el mundo estaba lleno de sombras invisibles para un hombre solitario. Daisy estaba en su último año de colegio; se quedaría con él. Pero la partida de Helen le produjo más de una punzada de dolor. Helen tenía casi catorce años.

A primeros de abril, Eliza partió, rodeada de su excitada prole y llevando a Eugene en brazos. Este estaba pasmado por la imprevista conmoción, pero ardía en curiosidad y actividad.

Los Tarkinton y los Duncan acudieron en tropel; hubo lágrimas y besos. La señora Tarkinton miraba a Eliza con cierto pavor. Todo el vecindario estaba un poco asombrado por la súbita mudanza.

—Bueno, bueno... nunca se sabe —dijo Eliza, sonriendo llorosa y gozando con el revuelo que había provocado—. Si todo marcha bien, tal vez nos establezcamos allí.

—Volverá —dijo la señora Tarkinton, con animosa fidelidad—. No hay nada como Altamont.

Fueron a la estación en el tranvía. Ben y Grover se sentaron alegremente juntos, guardando la enorme cesta del almuerzo. Helen sujetaba nerviosamente un montón de paquetes. Eliza miró con el ceño fruncido sus largas y rectas piernas pensando en el medio billete.

—Mira —dijo, disimulando una risita con la mano y dando un codazo a Gant—, tendrá que encoger un poco, ¿no? Pensarían que eres demasiado alta para una niña de menos de doce años —añadió dirigiéndose ahora a la muchacha.

—No debíamos haberlo hecho —murmuró Gant.

—¡Bah! Nadie se fijará en ella.

Gant subió al tren con ellos, donde fueron acomodados por el solícito mozo del tren.

—Cuida de ellos, George —dijo, dando una moneda al hombre.

Eliza miró la moneda con envidia.

Gant los besó a todos rudamente, rozando sus caras con el bigote; pero acarició los huesudos hombros de la pequeña con su manaza, y la abrazó con fuerza. Eliza sintió una punzada interior.

Fue un momento embarazoso. La extrañeza, el absurdo de todo el proyecto y los monstruosos tanteos de la vida los mantenían callados.

—Bueno —dijo él al fin—, supongo que sabes lo que estás haciendo.

—Bueno —dijo ella, frunciendo los labios y mirando por la ventanilla—, si he de serte sincera, es imposible saber lo que saldrá de esto.

Él se sintió vagamente apaciguado. El tren se estremeció y arrancó despacio. Gant besó torpemente a su esposa.

—En cuanto lleguéis, hacédmelo saber —dijo, echando a andar rápidamente por el pasillo.

—Adiós, adiós —gritó Eliza, agitando la manita de Eugene en dirección a la alta figura plantada en el andén—. Niños —dijo—, despedíos de vuestro papá.

Todos se asomaron a la ventanilla. Eliza lloró.

Eugene observó cómo se ponía el sol y enrojecía un río pedregoso y las rocas pintadas de las gargantas de Tennessee; el río encantado quedó grabado para siempre en la memoria del niño. Años más tarde, lo recordaría en sueños, nimbado de una fantástica y misteriosa belleza. Maravillado y tranquilo, se durmió al rítmico traqueteo de las pesadas ruedas.

Se instalaron en una casa blanca de una esquina. Había un pequeño campo de césped delante, y una estrecha franja de tierra en el lado próximo a la calzada. Eugene se daba vagamente cuenta de que esto estaba lejos de la gran red viaria central y de los ruidos de la ciudad; creía haber oído decir a alguien que eran siete u ocho kilómetros. ¿Y dónde estaba el río?

Dos muchachitos, gemelos, de cabellos lisos y muy rubios, y cara delgada y expresión mezquina, corrían continuamente en triciclos por la acera de delante de la casa. Llevaban trajes de marinero, con cuello azul, y él los aborrecía. Tenía la vaga impresión de que su padre era un hombre malo que se había caído por el hueco de un ascensor y se había roto las piernas.

La casa tenía un patio trasero, completamente cercado por una valla de tablas rojas. En el fondo había un granero también rojo. Años más tarde, Steve, al volver a casa, dijo:

—Ese sector está ahora totalmente construido.

¿Dónde?

Un día, dos catres con sus colchones habían sido colocados en el caldeado y desnudo patio de atrás para que se aireasen. Él yacía cómodamente en uno de ellos, respirando el olor del cálido colchón y estirando perezosamente las piernas. Luke yacía en el otro. Estaban comiendo melocotones.

Una mosca quedó pegada en el melocotón de Eugene. Este se la tragó. Luke se mondó de risa.

—¡Se ha tragado una mosca! ¡Se ha tragado una mosca!

Eugene se mareó terriblemente, vomitó y no pudo comer en algún tiempo. Se preguntaba cómo había podido tragarse la mosca si la había visto perfectamente.

Llegó el verano abrasador. Gant vino a pasar unos días, trayendo consigo a Daisy. Una noche bebieron cerveza en los Delmar Gardens. Sentado a una mesita, bajo el aire cálido, Eugene miraba sediento la jarra coronada de espuma; de buen grado, pensó, metería la cara en la helada espuma y bebería hasta hartarse. Eliza le dio a probar la cerveza, y todos gritaron al ver su cara amargamente sorprendida.

Años más tarde recordaba aún a Gant, con su bigote salpicado de espuma, sorbiendo el líquido con fuerza, y que su visible satisfacción y su regocijada sed le habían inspirado un deseo de emulación, y que se había preguntado si toda la cerveza sería amarga o si se necesitaba un periodo de iniciación para gozar de los placeres de la espléndida bebida.

Caras del viejo mundo medio olvidado aparecían de vez en cuando. Vinieron algunas personas de Altamont y se alojaron en casa de Eliza. Un día, al levantar la cabeza, vio con súbito horror, nacido del recuerdo, la cara afeitada y brutal de Jim Lyda. Era el sheriff de Altamont; vivía al pie de la colina, debajo de Gant. Una vez, cuando Eugene tenía poco más de dos años, Eliza había ido a Piedmont, para hacer de testigo en un juicio. Estuvo dos días fuera, y él fue dejado al cuidado de la señora Lyda. Nunca había olvidado la chancera crueldad de Lyda la primera noche.

Ahora este monstruo apareció otra vez, por algún diabólico truco de magia, y Eugene levantó la vista y observó la profunda maldad de su rostro. Vio a Eliza de pie cerca de Jim; y mientras el terror asomaba en su pequeño rostro, Jim hizo ademán de levantar violentamente la mano contra ella. Al oír su grito de rabia y miedo, ambos se echaron a reír; durante unos momentos de ira ciega, Eugene por primera vez la odió: estaba fuera de sí, impotente por los celos y el miedo.

Por la noche, Steve, Ben y Grover, que habían sido enviados por Eliza a buscar trabajo, volvieron de la feria hablando con viva excitación del bullicio del día. Riendo disimuladamente, hacían incitantes comentarios sobre el

Hoochy-Koocky. Eugene comprendió que era un baile. Steve tarareó una monótona y sugestiva tonadilla, contoneándose sensualmente. Y cantaron una canción; la música distante y quejumbrosa lo obsesionaba. La aprendió:

Vente conmigo a Saint-Lou-iss

e iremos a la Feria.

Si ves a los chicos y las chicas,

diles que estaré allí.

Bailaremos el Hoochy-Koocky.

y así sucesivamente.

A veces, yaciendo sobre una colcha al sol, Eugene tenía conciencia de una cara amable que lo miraba con curiosidad, de una voz dulce y acariciadora, diferente de las otras en tono y calidad, de una piel delicada y aceitunada, de unos cabellos negros y unos ojos endrinos, exquisitos, más bien tristes, todo amabilidad. El recién llegado acercaba el suave rostro al de Eugene, le hacía arrumacos y lo abrazaba. En el cuello moreno tenía una marca de nacimiento como una frambuesa. Eugene lo tocaba una y otra vez, maravillado. Era Grover... el más cariñoso y triste de los chicos.

Eliza dejaba a veces que lo llevaran de excursión. Una vez, hicieron un viaje en un vapor fluvial; él bajó al fondo y, por las aberturas laterales, contempló atentamente la poderosa serpiente amarilla enrollándose lenta y resignadamente detrás de ellos.

Los chicos trabajaban en la feria. Hacían de botones en un lugar llamado Inside Inn. Este nombre le encantaba: centelleaba constantemente en su cerebro. A veces sus hermanas, a veces Eliza y a veces los chicos, lo llevaban por la bulliciosa selva de ruidos y figuras, mostrándole la rica opulencia y variedad de la vida en la feria. Se sentía como narcotizado en fantasía al pasar por delante de la casa de té de la India Oriental y ver a los hombres altos y tocados con turbantes que evolucionaban en su interior, y allí olió por primera vez, de modo que nunca pudo olvidarlo, el soporífero incienso de Oriente. Una vez, en un enorme edificio ruidoso, se quedó como petrificado ante una potente locomotora, el mayor monstruo que jamás hubiese visto, cuyas ruedas giraban vertiginosamente en unas ranuras y cuyos hornos encendidos, que vertían rojos carbones en el pozo inferior, eran incesantemente alimentados por dos tiznados fogoneros en cuya piel se reflejaba el fuego. La escena se grabó en su cerebro con una horrible magnificencia de infierno; lo espantaba y lo fascinaba al mismo tiempo.

Después, plantado fuera del borde de la lenta y terrible órbita de la noria, cuyos cangilones descendían en ruidosa confusión, sintió que su mente



vacilante convergía inexorablemente hacia todas las locas fantasmagorías del carnaval; oyó el extraño relato de Luke sobre el comedor de serpientes, y se encogió angustiado cuando lo amenazaron con llevarlo a verlo.

Una vez, Daisy, cediendo a la furtiva crueldad gatuna que se ocultaba detrás de su dulce placidez, lo llevó con ella a los horrores insensatos del ferrocarril pintoresco; se hundieron interminablemente, pasando de la luz a una rugiente oscuridad, y, al cesar su primer grito con la reducción de la velocidad del vagón, rodaron suavemente por una monstruosa penumbra poblada de enormes figuras fantásticas, cabezas diabólicas de rojas fauces y hábiles representaciones de muerte, de pesadilla y de locura. Su mente desprevenida fue presa de un miedo insensato; el vagón descendía rodando de una caverna iluminada a otra, y, mientras su corazón se encogía hasta el tamaño de un guisante, oía que la gente lanzaba fuertes y regocijadas carcajadas, a las que su hermana unía las suyas. Su mente, que estaba emergiendo de la selvaticuez irreal de la fantasía infantil, cedió completamente en esta feria, y se sintió paralizado por la convicción, que renacería a menudo en años ulteriores, de que su vida era una fabulosa pesadilla, y de que, por culpa de la astucia y de artificios urdidos contra él, había perdido toda su esperanza, su fe y su confianza, para ser obscenamente torturado por demonios disfrazados con carne humana. Insensibilizado a medias, y sofocado por el terror, salió al fin a la cálida y práctica luz del sol.

Su último recuerdo de la feria fue de una noche de principios de otoño. También con Daisy, se sentó en el asiento trasero de un autobús, escuchando por primera vez la maravilla de las sordas explosiones del motor, mientras rodaban bajo raudales de lluvia por las relucientes carreteras y frente a las cascadas, que vertían sus aguas delante de un edificio blanco enjorjado con diez mil luces.

Había pasado el verano. Se oía el zumbido de los vientos de otoño, como un aliento susurrante de la extinguida orgía: el carnaval estaba a punto de acabar.

Y ahora se hizo un gran silencio en la casa. Veía muy poco a su madre, no salía a la calle, estaba al cuidado de sus hermanas, y estas le decían constantemente que no hiciese ruido.

Un día, Gant vino por segunda vez. Grover estaba enfermo de fiebre tifoidea.

—Dijo que había comido una pera en la feria —repitió Eliza por centésima vez—. Vino a casa y se quejó de mareos. Le toqué la frente y estaba ardiendo. «Bueno, hijo —le dije—, ¿qué diablos te ha...?»

Sus ojos negros brillaban en su cara pálida; estaba asustada. Pero frunció

los labios y siguió hablando, esperanzada.

—Hola, hijo —dijo Gant, entrando con naturalidad en la habitación, pero sintiendo que su corazón se encogía al ver al chico.

Eliza fruncía más y más los labios, reflexivamente, después de cada visita del médico; se agarraba a cada chispa de esperanza y la exageraba, pero su corazón desfallecía. Y una noche, arrancándose súbitamente la máscara, salió a toda prisa del cuarto del chico.

—Señor Gant —dijo en un murmullo, apretando los labios. Sacudió la pálida cara en silencio, como incapaz de hablar. Después, rápidamente, concluyó—: Se ha ido, ¡se ha ido!

Eugene estaba sumido en el sueño profundo de la medianoche. Alguien lo sacudió, sacándolo lentamente de su modorra. De pronto se encontró en brazos de Helen, que estaba sentada en la cama, abrazándolo y con su carita dolorida pegada a la de él. Le habló clara y lentamente, con voz contenida pero cargada de una terrible ansiedad.

—¿Quieres ver a Grover? —murmuró—. Todavía está sobre la tabla.

Se preguntó qué tabla sería; la casa estaba llena de amenazas. Ella lo sacó al débilmente iluminado pasillo y lo condujo a las habitaciones de la parte delantera de la casa. Oyó voces graves detrás de la puerta. Abrió esta sin hacer ruido; la luz caía con fuerza sobre la cama. Eugene miró, y el horror fluyó como veneno por sus venas. En la pequeña y malograda figura que yacía allí, recordó de pronto la afectuosa cara morena, los dulces ojos que solían mirarlo desde arriba; como si hubiese estado loco y recobrarse de pronto la razón, recordó la cara olvidada que no había visto en varias semanas, aquella extraña y brillante soledad que no volvería nunca. Oh fantasma perdido, batido por el viento, ¡vuelve!

Eliza estaba pesadamente sentada en un sillón, con la cabeza inclinada hacia un lado y apoyada en una mano. Estaba llorando, torcido el semblante por una fea y cómica mueca, mucho más terrible que la serena beatitud del dolor. Gant la consolaba torpemente, pero, de vez en cuando, miraba al muchacho, salía al pasillo y agitaba los brazos con angustia, con pasmo.

Los empleados de pompas fúnebres colocaron el cadáver en un ataúd y se lo llevaron.

—Solo tenía doce años y veinte días —repetía Eliza una y otra vez, y este hecho parecía turbarla más que cualquier otro.

—Ahora, niños, id a dormir un poco —ordenó súbitamente, y, mientras hablaba, vio a Ben plantado allí, confuso y con el ceño fruncido, observando con su curiosa mirada de viejo.

Eliza pensó en la separación de los gemelos; habían llegado al mundo con veinte minutos de diferencia; se le encogió el corazón al pensar en lo solo que se encontraría el chico. De nuevo se echó a llorar. Los hijos se fueron a la cama. Durante un tiempo, Eliza y Gant permanecieron sentados solos en la estancia. Gant apoyó la cara en las vigorosas manos.

—El mejor hijo que tenía —murmuró—. Sabe Dios que era el mejor de todos.

Y ambos lo recordaron en el silencio pulsátil, y sintieron miedo y remordimiento en el corazón, porque había sido un niño modesto, entre muchos, y se había ido silenciosamente.

—Nunca podré olvidar su marca de nacimiento —murmuró Eliza—. Nunca, nunca.

Entonces pensó cada uno de ellos en el otro, y sintieron de pronto el horror y la extrañeza de lo que los rodeaba. Pensaron en la casa cubierta de enredaderas en los montes lejanos; en las fogatas rugientes y el tumulto y las maldiciones y el dolor; en sus vidas ciegas y enmarañadas, y en el disparatado destino que los había traído a ese lugar remoto, donde había aparecido la muerte al terminar el carnaval.

Eliza se preguntaba por qué había venido, y hurgaba en el pasado, en la ardiente y desesperada confusión, buscando la respuesta.

—Si yo hubiese sabido —dijo al cabo—, si yo hubiese sabido lo que iba a resultar...

—No lo pienses —dijo él, acariciándola desmañadamente—. ¡Dios mío! —añadió tontamente, al cabo de un momento—. Bien mirado, es muy extraño.

Y sentados ahora más tranquilos, les invadió una enorme compasión, no por ellos mismos, sino cada uno por el otro, y por la inutilidad, la confusión, el incierto accidente de la vida.

Gant pensó brevemente en sus cincuenta y cuatro años, en su desvanecida juventud, en su vigor menguante, en la fealdad y la maldad de tantas cosas; y sintió la callada desesperación del hombre que sabe que la cadena forjada no puede romperse, que el dibujo tejido no puede destejarse, que lo hecho no puede deshacerse.

—Si lo hubiese sabido. Si lo hubiese sabido —dijo Eliza. Y después—: Me pesa.

Pero sabía que su pesar, en aquel momento, no era por él ni por ella, ni siquiera por el chico a quien el loco azar había puesto en el camino de la peste, sino que, con súbita inflamación interior de su clarividente alma escocesa, veía claramente, y por primera vez sin pretensión, las corrientes inexorables de la

Necesidad, y se compadecía de todo lo que había vivido, vivía o viviría, aventando con sus plegarias las inútiles llamas del altar, suplicando con sus esperanzas a un espíritu inconsciente, arrojando los cohetes diminutos de sus creencias contra la remota eternidad, y esperando gracia, guía y liberación, en la giratoria y olvidada ceniza de esta tierra. ¡Oh, perdición!

Volvieron inmediatamente a casa. En cada estación, Gant y Eliza hacían inquietas excursiones al vagón de equipajes. Era un noviembre gris, otoñal; los bosques de montaña estaban revestidos de hojas secas y pardas. Estas surcaban las calles de Altamont y se acumulaban en los badenes y en las callejuelas, y volaban de nuevo empujadas por el viento.

El coche chirrió ruidosamente al tomar la curva de la cima de la colina. Los Gant se apearon; el cadáver había sido ya enviado desde la estación. Al bajar lentamente Eliza la cuesta, la señora Tarkinton salió corriendo de su casa, sollozando. Su hija mayor había muerto hacía un mes. Las dos mujeres lanzaron fuertes gritos al verse, y corrieron a abrazarse.

El ataúd había sido ya colocado sobre unos caballetes en el salón de Gant; los vecinos, con rostros compungidos y murmurando entre ellos, se habían reunido para recibirlos. Y eso fue todo.

## SEIS

La muerte de Grover causó a Eliza la herida más terrible de su vida; se había quebrado su valor, y la lenta pero resuelta aventura hacia la libertad había terminado brutalmente. Cuando pensaba en la lejana ciudad y en la feria, tenía la impresión de que se le pudría la carne; estaba aterrorizada por el oculto adversario que la había derribado.

Con desesperada tristeza, se enquistó dentro de su casa y su familia, reclamó la vida a la que había estado dispuesta a renunciar, vivió días laboriosos y trató de encontrar olvido en el trabajo. Pero la pérdida caratezada surgía súbitamente, como un fauno impalpable, en el bosque del recuerdo; y pensaba en la marca del cuello moreno, y lloraba.

Durante el crudo invierno, se disiparon lentamente las sombras. Gant resucitó las fogatas rugientes, la succulenta y turbulenta mesa, el pródigo y explosivo ritual de la vida cotidiana. El antiguo sabor volvió a sus vidas.

Y al declinar el invierno la entremezclada oscuridad se disipó lentamente en el cerebro de Eugene; días, semanas y meses empezaron a emerger con brillantez consecutiva; su mente salió de la confusión de la feria; la vida se abrió prácticamente para él.

Seguro y consciente ahora en la protegida y suficiente fortaleza del hogar, yacía sobre el arropado vientre delante de la candente vitalidad del fuego, escudriñando insaciablemente los grandes volúmenes de la biblioteca, gozando con el olor a mojo de las hojas y el penetrante aroma del cuero calentado. Los libros que lo entusiasmaban más eran tres enormes volúmenes en piel de becerro titulados *Ridpath's History of the World*. Sus innumerables páginas estaban ilustradas con cientos de dibujos y grabados, algunos en madera; así podía seguir gráficamente el curso de los siglos, antes de saber leer. Las imágenes de guerra eran las que más lo complacían. Exultando bajo el aullido del viento furioso alrededor de la casa y el bramido de los grandes árboles, se entregaba a la negra tormenta, dando rienda suelta al loco afán diabólico que todo hombre lleva dentro por la oscuridad, el viento y la velocidad incalculable. El pasado se desplegaba ante él en visiones separadas y enormes; forjaba interminables leyendas sobre las imágenes de los reyes de Egipto, volando en carros tirados por veloces caballos, y algo infinitamente antiguo y evocador parecía despertar en él al contemplar fabulosos monstruos, las barbas ensortijadas y los cuerpos bestiales de los reyes asirios, y las murallas de Babilonia. Las imágenes bullían en su cerebro: *Ciro* dirigiendo la carga, el bosque de lanza de las falanges macedonias, los remos tronchados, la enorme acumulación de naves en *Salamina*, los festines de *Alejandro*, las terribles contiendas entre caballeros, las lanzas partidas, el hacha y la espada, las masas de piqueros, las fortalezas sitiadas, las escalas de asalto cargadas de escaladores y derribadas por los defensores, el suizo que se arrojó sobre las lanzas, el apiñamiento de caballos y de infantes, los sombríos bosques de las *Galias* y las conquistas de *César*. *Gant* se sentaba más lejos, detrás de él, oscilando violentamente en la recia mecedora, escupiendo limpios y fuertes chorritos de jugo de tabaco al fuego sibilante, por encima de la cabeza de su hijo.

Otras veces, *Gant* le leía, con sonora y fluida retórica, pasajes de *Shakespeare*, entre los que solía preferir la oración fúnebre de *Marco Antonio*, el soliloquio de *Hamlet*, la escena del banquete de *Macbeth* y la escena entre *Desdémona* y *Otelo* antes de la estrangulación. O bien recitaba y leía poesías, para las que tenía una memoria extraordinaria. Sus predilectas eran: «¿Por qué se enorgullece el alma del mortal?» («el poema preferido de *Lincoln*», solía decir); «Estamos perdidos», gritó el capitán, bajando la escalera a trompicones; «Recuerdo, recuerdo, la casa en que nací»; «Noventa y nueve con su capitán / Cabalgaron en pos del enemigo / A la grisácea luz de la mañana. / Volvieron solo nueve de noventa»; «Plantado estaba el chico en la cubierta en llamas», y «Media legua, media legua, media legua más allá».

A veces hacía que *Helen* recitase: «Aún está la escuela en el camino, como un mendigo; al sol; / Aún crecen los zumaques y zarzales, de ella en derredor».

Y cuando Helen acababa de decir que la hierba había crecido durante cuarenta años sobre la cabeza de la niña, y que el viejo de cabellos grises había descubierto, en la dura escuela de la vida, que unos pocos no querían sobreponerse a él, porque, ya ves, de veras lo querían, Gant suspiraba profundamente y decía, meneando la cabeza:

—A fe mía que nunca se dijo una verdad más grande.

La familia había llegado al mismísimo meollo y a la madurez de su vida en común. Gant derramaba sobre ella sus insultos, su afecto, su abundante provisión. Llegaron a esperar ansiosamente su llegada, porque traía consigo el fuerte sabor del estilo de vida, del ritual. Lo atisbaban cuando doblaba la esquina a grandes zancadas por la tarde, y observaban atentamente la secuencia de sus movimientos desde que arrojaba sus provisiones sobre la mesa de la cocina hasta que avivaba el fuego, que siempre le parecía mal y sobre el que arrojaba pródigamente leña y carbón y queroseno. Después se quitaba el abrigo y se lavaba vigorosamente en la jofaina, frotando con sus manazas la barbuda pero afeitada cara, con el pulcro y varonil ruido de un papel de lija. Entonces se apoyaba en la jamba de la puerta y se rascaba enérgicamente la espalda moviéndola a un lado y otro con brusquedad. Hecho esto, vaciaba otra media lata de queroseno sobre las rugientes llamas, abalanzándose furiosamente sobre ellas y murmurando para sí.

Después, mordiendo un buen pedazo de tabaco de mascar, siempre dispuesto para su uso sobre la repisa de la chimenea, paseaba furiosamente arriba y abajo por la estancia, sin reparar en su burlona familia, que seguía esta ceremonia con creciente excitación, mientras él componía su tirada. Por último, endilgaba ésta a Eliza en la cocina, yendo al grano de su acusación con su furioso aullido.

Su turbulenta e indisciplinada retórica había adquirido, gracias a su convencional y regular empleo, parte del vigor y la contundencia de la filípica clásica; sus sonrisas eran extemporáneas, creadas realmente con un espíritu de regocijo vulgar, y la gran inteligencia cómica de la familia, incluso de su miembro más joven, se dejaba impresionar diariamente por ello. Los chicos se acostumbraron a esperar su regreso por la tarde con una especie de alborozo. Y la propia Eliza, que sanaba lenta y penosamente de su profunda herida, encontraba en ello cierto estímulo; pero todavía conservaba el miedo a los periodos de embriaguez y, de un modo latente, al persistente e inexorable recuerdo del pasado.

Pero durante aquel invierno, al apartarse lentamente la muerte de sus corazones, atacada por la viva y saludable alegría de los hijos, pequeños dioses absolutos del momento, algo parecido a la esperanza renació en Eliza. Ellos eran de por sí una vida; no sabían lo solos que estaban, ya que casi todos los

conocían y casi nadie les brindaba su amistad. Su posición era singular; si se les hubiese podido distinguir por la casta se los habría clasificado probablemente en la clase media; pero los Duncan, los Tarkinton, todos sus vecinos y todos sus conocidos de la villa, jamás se habían visto atraídos por ellos, jamás habían percibido el extraño y rico color de sus vidas, porque habían retorcido el diseño de toda vida ordenada, porque había en ellos una cualidad insensata, original y perturbadora, que no sospechaban. Y el compañerismo con los elegidos —como los Hilliard— era igualmente imposible, aunque hubiesen tenido el don de desearlo. Y no lo tenían.

Gant era un gran hombre, y no un hombre singular, porque la singularidad no asegura la inflexible lealtad de la vida.

Cuando andaba colérico por la casa, lanzando rayos y centellas, sus hijos lo seguían alegremente, estremeciéndose entusiasmados al oírle decir a Eliza que la había visto por primera vez «reptando en una esquina como una serpiente», o que, por proceder ella de un clima frío, le achacaba, como a todos los Pentland, un maléfico dominio de los elementos.

—Nos helaremos —chillaba—, nos helaremos en este clima infernal, maldito, cruel y olvidado de Dios. Pero ¿le importa al hermano Will? ¿Le importa al hermano Jim? ¿Le importaba al viejo cerdo, tu miserable y viejo padre? ¡Dios misericordioso! He caído en manos de demonios encarnados, más salvajes, más crueles, más abominables que las bestias del campo. Son sabuesos infernales, y permanecerán sentados, gozando con mi agonía, hasta que se me lleve la muerte.

Daba unas rápidas zancadas en el lavadero contiguo, murmurando en voz baja, mientras el sonriente Luke lo observaba de cerca.

—¡Pero saben comer! —gritaba, plantándose de pronto en la puerta de la cocina—. Saben comer... cuando alguien está dispuesto a alimentarles. Nunca olvidaré al viejo cerdo mientras viva. Tras, tras, tras... —Y todos estallaban en carcajadas al adoptar él la expresión de una glotonería insaciable y proseguir con voz lenta y quejumbrosa, imitando el habla del hoy difunto comandante —: «Eliza, si no te importa, comería un poco más de pollo», y el viejo truhan se daba tal maña que teníamos que llevárnoslo de la mesa.

Cuando su acusación alcanzaba la cima de la extravagancia, los muchachos se mondaban de risa, y Gant, sintiéndose lisonjeado, miraba taimadamente a su alrededor y una débil sonrisa fruncía las comisuras de sus finos labios. La propia Eliza lanzaba una risa breve y, después, exclamaba bruscamente:

—¡Vete de aquí! Por una noche, ya me has dado bastante la lata.

A veces, en estas ocasiones, el buen humor de Gant lo incitaba a tratar de acariciarla, pasando un brazo rígido alrededor de la cintura de ella, que

reculaba, e intentaba a medias escapar, diciendo:

—¡Vete! ¡Apártate de mí! Ya es tarde para esto.

Su pálida y turbada sonrisa era a un tiempo dolorosa y cómica; las lágrimas no estaban lejos. Ante estas raras y forzadas exhibiciones de afecto, los chicos reían con comedimiento, rebullían inquietos y decían:

—¡Oh, papá, no hagas eso!

Cuando Eugene advirtió por vez primera un suceso de esta clase, estaba a punto de cumplir los cinco años; la vergüenza se condensó en su interior en confusos cuajarones, produciéndole un nudo doloroso en la garganta; torció convulsivamente el cuello y sonrió desesperadamente, como haría más tarde al ver pobres bufones o escenas repugnantes en el teatro. Y a partir de entonces, nunca pudo verlos tocarse con afecto sin sentir la misma incipiente y sofocante humillación; estaban tan acostumbrados a las maldiciones, a los gritos y a la brusquedad que cualquier desviación hacia la ternura parecía cruelmente afectada.

Pero a medida que los lentos meses teñidos de pesadumbre transcurrían con más claridad, empezó a renacer en Eliza el poderoso e innato instinto de propiedad y de libertad, y comenzó de nuevo la vieja y soterrada contienda entre caracteres antagónicos. Los hijos iban creciendo; Eugene había encontrado compañeros de juego: Harry Tarkinton y Max Isaacs. El sexo de Eliza era una ascua a punto de apagarse.

Cada estación se reanudaba la antigua lucha de la propiedad contra los impuestos.

Al volver a casa con la notificación del recaudador en la mano, Gant estaba realmente loco de rabia.

—Por el amor de Dios, mujer, ¿adónde vamos a parar? Antes de un año estaremos todos en el asilo. ¡Ay, Señor! Veo perfectamente cómo terminará todo esto. Me veré entre la espada y la pared; todo nuestro dinero, hasta el último penique, irá a parar a los bolsillos de esos malditos estafadores, y todo lo demás saldrá a pública subasta. Maldito el día en que cometí la locura de comprar el primer grano de anís. Mira qué te digo: antes de que termine este horrible, este infernal y condenado invierno, estaremos comiendo en las cocinas de beneficencia.

Ella fruncía reflexivamente los labios, repasando la lista, mientras él la miraba con expresión de extrema angustia.

—Sí, la cosa pinta bastante mal —observaba ella. Y después—: Fue una lástima que no me escuchases el verano pasado, señor Gant, cuando tuvimos la oportunidad de permutar la vieja e improductiva finca de Owenby por aquellas



dos casas de la calle Carter. Habríamos podido cobrar cuarenta dólares de renta al mes, desde aquella fecha.

—No quiero tener un palmo más de tierra mientras viva —chillaba él—. Por culpa de esto he sido pobre toda mi vida, y cuando muera tendrán que enterrarme en la fosa común.

Y adoptando un tono caviloso y filosófico, hablaba de la vanidad de los esfuerzos humanos, del último lugar de descanso en la tierra para ricos y pobres, del hecho significativo de que «no podremos llevarnos nada de esto», y a veces terminaba con un «¡Ay de mí! A fin de cuentas, todo termina igual».

O bien citaba unos cuantos versos de la Elegía de Gray, empleando esta enciclopedia de melancolía de cajón con aplicación bastante indefinida.

Esperad todos la hora inevitable,  
la senda de la gloria solo lleva a la tumba.

Pero Eliza se aferraba ceñudamente a lo que tenían.

Gant, a pesar de su odio a la propiedad inmueble, estaba orgulloso de vivir en casa propia, y también de poseer todo aquello que estaba santificado por su propio uso y que le daba comodidad. Le habría gustado disfrutar de una abundancia manejable y libre de gravámenes: la posesión de grandes cantidades de dinero en el banco y en el bolsillo, la libertad de viajar a lo grande, de mostrar al mundo su opulencia. Le gustaba llevar mucho dinero en el bolsillo, costumbre que desaprobaba Eliza y por la que a menudo lo reñía. En un par de ocasiones, estando borracho, le habían robado; estimulado por el whisky, sacaba y agitaba un fajo de billetes, y repartía grandes sumas entre sus hijos, diez, veinte o cincuenta dólares cada uno, con tontos requerimientos de «¡Tomadlo todo! ¡Tomadlo todo, maldita sea!». Sin perjuicio de que el día siguiente, con igual empeño, exigiese la devolución. Helen solía recoger el dinero de los a veces renuentes dedos de los chicos. Y se lo daba el día siguiente. Tenía quince o dieciséis años, y casi un metro ochenta de estatura; era una chica alta y delgada, de manos y pies grandes, huesuda, de facciones generosas, detrás de las cuales acechaba el nerviosismo de una constante excitación.

El lazo entre la muchacha y su padre se fortalecía cada día; ella era tan nerviosa, tan intensa, tan irritable y tan ofensiva como él. Y lo adoraba. Él había empezado a sospechar que esa devoción, y su propia correspondencia a ella, eran causa de creciente disgusto para Eliza, y tendía a exagerarlas y acentuarlas, particularmente cuando estaba borracho, cuando su furiosa aversión a su esposa, sus torpes invectivas contra ella, eran toscamente compensadas con su calamocana docilidad ante la niña.

Y Eliza se sentía más herida porque sabía que, precisamente en esos momentos, cuando su mayor movimiento lo incitaba, se manifestaba lo que había de más toscamente esencial en él. Se veía obligada a apartarse de su camino, a encerrarse en su habitación, mientras su hija menor lo subyugaba victoriosamente.

Las fricciones entre Helen y Eliza eran a menudo agudas; se hablaban con sequedad y acritud, y cada cual tenía dolorosa conciencia de la presencia de la otra en un ambiente cerrado. Y, además de la inconfesada rivalidad sobre Gant, la chica se sentía igualmente irritada por la diferencia temperamental de Eliza, y la enfurecía a veces su lento discurso, su manera de fruncir los labios, su placidez, la entonación de su voz, la arraigada paciencia de su naturaleza.

Comían opíparamente. Eugene empezó a observar la comida y las estaciones. En otoño, envasaban grandes manzanas escarchadas en la bodega. Gant compraba cerdos enteros al carnicero y volvía temprano a casa para salarlos, poniéndose un largo delantal y arremangándose las mangas hasta la mitad de los delgados y peludos brazos. Trozos de tocino ahumado pendían en la despensa, los grandes arcones estaban llenos de harina, y los oscuros estantes rebosaban de cerezas, melocotones, ciruelas, membrillos, manzanas y peras confitados. Todo lo que él tocaba medraba con rica y espléndida vitalidad; sus huertos de primavera, labrados en la tierra negra y húmeda, debajo de los árboles frutales, florecían en grandes y rizadas lechugas que surgían limpiamente del margoso suelo con pequeños y negros terrones adheridos a sus vigorosos troncos; en gordos rábanos rojos; en pesados tomates. Las ricas ciruelas yacían reventadas sobre la hierba; los grandes cerezos rezumaban grumos de resina como joyas; los manzanos se doblaban bajo el peso de la tupida y verde fruta. La tierra era, para él, fecunda como una mujer lozana.

La primavera tenía frescas mañanas cuajadas de rocío, vientos a ráfagas y explosiones de flores embriagadoras, y, en este hechizo, sintió Eugene por primera vez el dolor solitario mezclado con la promesa de las estaciones.

Por la mañana, se levantaban en una casa en la que flotaba el penetrante olor del desayuno, y se sentaban a una mesa humeante y cargada de sesos y huevos, jamón, bizcochos calientes, manzanas cocidas en su pegajoso zumo, miel, dorada mantequilla, carne frita y café hirviente. O había buñuelos, melaza coloreada con ron, fragantes salchichas tostadas, un tazón de cerezas mojadas, ciruelas, tocino jugoso y jalea. El almuerzo era fuerte: una enorme tajada de buey asada, habas gordas con mantequilla, maíz tierno en su mazorca, gruesas y rojas lonchas de tomate, sabrosas espinacas, pan caliente y amarillo de maíz, crujientes bizcochos, un grueso pastel de melocotones y manzanas especiado con canela, coles tiernas, hondos cuencos de vidrio llenos de fruta en conserva: cerezas, peras, melocotones. Y por la noche, podían

comer bistecs, carne picada y frita con huevo y mantequilla, chuletas de cerdo, pescado, pollitos fritos.

Para las fiestas del Día de Acción de Gracias y de Navidad, compraban cuatro pavos grandes y los engordaban durante varias semanas. Eugene los alimentaba con botes de maíz varias veces al día, pero no podía estar presente en su ejecución, porque su alegre y excitado cloqueo despertaba ecos en su corazón. Eliza empezó a cocinar con semanas de antelación; toda la familia concentraba su energía en el rito solemne del festín. Las vísperas o las antevísperas, llegaban las golosinas auxiliares acumuladas en cajas de la abacería, y la magia de alimentos y frutos exóticos se añadía a la vianda familiar. Había dátiles lustrosos y pegajosos, ricos higos apretujados en pequeñas cajas, uvas polvorientas, frutas secas variadas (almendras, pacanas, carnosas nueces del Brasil), bolsas de caramelos surtidos y montañas de naranjas amarillas de Florida y de mandarinas, de olores fuertes, ácidos y nostálgicos.

Sentado ante un asado o un ave, Gant empezaba su ruidoso trabajo con el tenedor y el cuchillo de trinchar, y a depositar después pantagruélicas raciones en cada plato. Eugene, sentado en una silla alta al lado de su padre, se atiborraba, se llenaba la panza hasta que quedaba tirante como un tambor, y su vigilante progenitor dejaba que siguiese comiendo hasta que el estómago no cedía al fuerte pinchazo de su gordo dedo.

—Aquí hay un punto blando —vociferaba, y llenaba el plato vacío del pequeño con otra gruesa tajada de buey.

El hecho de que todos aguantasen el bárbaro tratamiento era un tributo a su vitalidad y al arte culinario de Eliza.

Gant comía vorazmente y sin tomar precauciones. Tenía una afición desmedida al pescado, e invariablemente se atragantaba con una espina al comerlo. Esto le había ocurrido cientos de veces, pero siempre levantaba la cabeza con un grito de angustia y de terror, y gruñía y gemía mientras media docena de manos lo golpeaban violentamente la espalda.

—¡Santo Dios! —jadeaba al fin—. Pensé que esta vez estaba acabado.

—¡Ya te digo, señor Gant! —decía Eliza, con irritación—. ¿Por qué no miras lo que haces? Si no comieses tan deprisa, no te atragantarías siempre.

Los hijos, todavía mirándose fijamente, pero aliviados, volvían despacio a sus sitios.

En el curso de su viaje a California, le había encantado la baratura y la profusión de frutas tropicales en Nueva Orleans. Un vendedor ambulante le había ofrecido un gran racimo de plátanos por veinticinco centavos, y Gant lo

había comprado inmediatamente, aunque después, mientras cruzaba el continente, se preguntaba con desespero por qué lo había hecho y qué iba a hacer con ellos.

## SIETE

Esta excursión a California fue el último gran viaje de Gant. Lo hizo dos años después del regreso de Eliza de Saint Louis, cuando él tenía cincuenta y seis. En la gran armazón actuaba ya la química del dolor y de la muerte. Alentaba en él el conocimiento no expresado e indefinido de que al fin había caído en la trampa de la vida y la fijeza, de que estaba sucumbiendo en la lucha contra la terrible voluntad que quería poseer la tierra más que explorarla. Y este fue el último destello del antiguo afán que había antaño oscurecido los ojillos grises, empujando a un muchacho a nuevas tierras y hacia la suave sonrisa petrificada de un ángel.

Un día gris de finales de invierno, regresó de su viaje de más de catorce mil kilómetros a la fría y desnuda prisión de la montaña.

En más de ocho mil días y noches de vida con Eliza, ¿cuántas veces había estado despierto, serena y peripatéticamente consciente del mundo exterior a él, entre la una y las cinco de la mañana? En total, no más de diecinueve noches: una cuando nació Leslie, la primera hija de Eliza; otra cuando murió de cólera infantil, veintiséis meses más tarde; otra cuando murió el comandante Tom Pentland, padre de Eliza, en mayo de 1902; otra cuando nació Luke; otra en el tren con destino a Saint Louis y a la muerte de Grover; otra al morir en Playhouse (1893) el tío Thaddeus Evans, un negro anciano y fiel; otra con Eliza, en el mes de marzo de 1897, para el velatorio del viejo comandante Isaacs; tres a finales de julio de 1897, cuando se temió que Eliza, que se había quedado en la piel y los huesos, muriese de fiebre tifoidea; una con ocasión de la muerte de Greeley Pentland, de veintiséis años, escrofuloso y tuberculoso de nacimiento, violinista, equivoquista, pentlandiano, pequeño falsificador de cheques y huésped de la cárcel durante seis semanas; tres noches, del once al catorce de enero de 1905, por la reumática crucifixión de su costado derecho, de cuyo dolor se acusaba a sí mismo y a su Dios; una en febrero de 1896, velando los restos de Sandy Duncan, muerta a los once años; otra en septiembre de 1895, mantenido despierto por el remordimiento y la vergüenza en el «calabozo» municipal; otra el 7 de junio de 1896, en una habitación del Keeley Institute de Piedmont, Carolina del Norte, y otra el 17 de marzo de 1906, entre Knoxville, Tennessee, y Altamont, al término del viaje de siete semanas a California.

¿Cómo vio entonces Gant el Viajero la tierra donde tenía su hogar? La luz gris llegaba arrastrándose, disolviéndose sobre el río rocoso; el humo de la locomotora surcaba el amanecer como un aliento frío; los montes eran altos, pero estaban más cerca, más cerca de lo que él pensaba. Y Altamont yacía gris y marchita en las colinas, como una mancha pálida y mezquina batida por el viento. Se apeó cuidadosamente en la pequeña Liliput, observando que todo era bajo, próximo y reducido, al hacer su entrada como un nuevo Gulliver. Se veía alto e imponente; encogiéndose los codos, se sentó en el caldeado tranvía de Liliput, contemplando dolorosamente el sucio rótulo de cartón del hotel Pisagh, los almacenes baratos de ladrillos y tablones de la calle Depot, la endeblez herrumbrosa y carcomida del hotel Florence (el hotel de los ferroviarios), frecuentado también por las ramera.

«Todo tan pequeño, tan pequeño, tan pequeño —pensó—. Nunca lo había creído. Incluso esos montes. Pronto tendré sesenta años.»

Su cara hundida, de flacas mejillas, tenía una expresión perruna, asustada. Miró reflexiva y hoscamente el largo asiento de mimbre, en el momento en que el tranvía chirriaba en las agujas del apartadero, y se detenía; el conductor abrió la puerta y entró carraspeando, con la manivela en la mano. Cerró la puerta, se sentó y bostezó.

—¿Dónde ha estado usted, señor Gant?

—En California —dijo Gant.

—Me extrañaba no verlo —dijo el conductor.

Flotaba un cálido olor a electricidad, y también a acero al rojo.

«¡Como si hubiese estado dos meses muerto! ¡Dos meses muerto! ¡Ay, Señor! Y aquí estaba. ¡Dios mío, este horrible, espantoso y condenado clima! Muerte, ¡muerte! ¿Será demasiado tarde? Una tierra de vida, una tierra de flores. ¡Qué claro era el verde y limpio mar! Nadaban en él toda clase de peces. Santa Catalina. Los del este deberían ir siempre al oeste. ¿Por qué vine yo aquí? Bajando, bajando... siempre bajando, ¿sabía hacia dónde? Baltimore, Sidney... Por el amor de Dios, ¿por qué? Aquel barquito con el fondo de cristal, para poder mirar a través de él. Ella se arremangó la falda al bajar. ¿Dónde estará ahora? Un par de bombones.»

—Jim Bowles murió durante su ausencia, creo yo —dijo el conductor.

—¡Qué! —exclamó Gant—. ¡Dios misericordioso! —cloqueó tristemente—. ¿De qué murió?

—Pulmonía —dijo el conductor—. La palmó a los cuatro días de enfermar.

—Pero si era un hombre vigoroso y sano, en la plenitud de la vida —comentó Gant—. Estuve hablando con él el día antes de marcharme —mintió,

convenciéndose para siempre de que era verdad—. Parecía que no hubiese estado enfermo un solo día en su vida.

—Un viernes por la noche llegó a casa con un resfriado —dijo el conductor—, y el martes siguiente falleció.

Hubo un creciente zumbido sobre los raíles. Con un dedo de su grueso guante, el hombre despejó una parte del helado cristal de la ventanilla y miró hacia fuera. El otro tranvía apareció de pronto en el extremo del apartadero y entró con ruidoso traqueteo en las agujas.

—No, señor —dijo el conductor, volviendo a la puerta—, nunca se sabe quién será el siguiente. Hoy estamos aquí y mañana nos hemos ido. A veces los más fuertes son los primeros en caer.

Cerró la puerta a su espalda e hizo girar bruscamente la manivela hasta la tercera muesca. El tranvía arrancó vivamente como un juguete de cuerda.

«En la plenitud de la vida —pensó Gant—. A mí me ocurrirá el día menos pensado. Pero para otros es distinto. Mi madre tiene casi ochenta y seis. Y come como un caballo, me escribió Augusta. Tengo que enviarle veinte dólares. Ahora en la tierra fría, helada. Aguanta hasta la primavera. Lluvia, podredumbre, lluvia. ¿Quién habrá hecho el trabajo? ¿Brock o Saul Gudger? Pan que me han quitado de la boca. Márame... desconocido. Mármol de Georgia, base de piedra arenisca, cuarenta dólares.»

Un simpático amigo se ha marchado,

una voz muy querida se extinguió,

mas la fe y la memoria nos consuela:

Él vive; no murió.

«A cuatro centavos la letra. Sabe Dios que es muy poco, por el trabajo que cuesta. Mis letras son las mejores. Hubiese podido ser escritor. También me gusta dibujar. ¡Y todo lo he aprendido solo! Si tuviese algo, me habría enterado... él me lo habría dicho. Nunca me iré de esta manera. Estoy bien de cintura para arriba. Si algo me ocurre, será por abajo. Corroído. Agujeros producidos por el whisky en todas las tripas. Márgenes de un canceroso en el consultorio de Cardiac. Pero varios doctores tienen que convenir en ello. Sería delito si no lo hiciesen. Pero, en el peor de los casos...» ¡afuera con todo! Extírpalo antes de que se apodere de ti. Sigue viviendo. El viejo Haight tenía un colgajo en la panza. Se lo quitaron con un cucharón. McGuire...» el maldito carnicero. Pero este es capaz de todo. Le hizo una nariz al molinero con un trozo de espinilla. No sé si será verdad. Pero es posible. Cortar todas las fibras y atarlas de nuevo. Mientras tú esperas. Un trabajo adecuado para McGuire... rudo y práctico. Pero lo harán algún día. Cuando yo me haya ido.

Tal como están las cosas, no se sabe... a lo mejor te matan. El toro es demasiado grande. Pronto llegará la primavera. Y morirás. No, no es demasiado grande. Todo es sangriento en el cerebro de ella. Fuentes caudalosas de leche de toro. Júpiter y ella, como quiera que se llame.»

Pero ahora, hacia el oeste, vislumbró el Pisagh y la serranía occidental. Aquello era más espacioso. Los montes trepaban en dirección al sol. Era más amplio a la vista, una amplitud vaporosa abrumada por el sol, el mundo enroscándose y abriéndose al mundo, montañoso y llano, hacia el oeste. El oeste para el deseo, el este para el hogar. Hacia el este, los montes distantes menos de una milla se cernían protectores sobre la población. Birdseye, Sunset. Una pluma vertical de humo brotaba espesa y ensortijada de la residencia de madera mal blanqueada del juez Buck Sevier, en el lado distinguido de la avenida Pisagh, y finas volutas de humo surgían de las chozas de los negros en la quebrada inferior. La hora del desayuno. Sesos y huevos fritos, con lonchas de tocino entreverado. ¡Despertad, despertad, despertad, montañeses! Ella todavía duerme, puercamente envuelta en tres viejas mantas, en su habitación fría y amarilla, sin airear y con olor a rancio. Untadas con dulzona glicerina las agrietadas manos. Frascos de fijador, horquillas y trozos de cordel. Nadie puede entrar ahora. Le daría vergüenza.

Un repartidor de periódicos, el número 7, acababa su ruta en la esquina de la calle Vine cuando se detuvo el tranvía antes de girar hacia el este, desde la avenida Pisagh hacia el corazón de la ciudad. El muchacho plegó, dobló y alisó con destreza las hojas recién impresas, y arrojó el periódico desde treinta metros al porche de Shields, el joyero; el periódico rebotó en una tabla con un ruido sordo. Entonces el chico se alejó en el tiempo con fatigado alivio, de cara al siglo XX, sintiendo agradecido el beso irreal del peso ausente en su ahora libre pero todavía inclinado hombro derecho.

Unos catorce años, pensó Gant. Los que yo debía tener en la primavera de 1864. El campo de mulas de Harrisburg. Treinta al mes y la manutención. Los hombres olían peor que las mulas. Yo estaba en la tercera litera de arriba. Gil, en la segunda. Quita tu maldita y sucia pata de mi boca; es mayor que la de una mula. Así era el hombre. Si alguna vez te doy con ella, bastardo, pensarás que realmente es de una mula, me dijo Gil. Entonces pensaron que ya era bastante. Mi madre hizo que nos marcháramos. Sois lo bastante mayores para trabajar, dijo. Nacidos en el corazón del mundo, ¿por qué aquí? Doce millas de Gettysburg. Ellos vinieron del sur. Sombreros de copa que habían hurtado. Descalzos. Dame un trago, hijo. Era Fitzhugh Lee. A los tres días, emprendimos la marcha. Devil's Den. Cemetery Ridge. Apestosos montones de brazos y piernas. Algunos cortados con sierras para carne. ¿Es ahora la tierra más rica? Los enormes graneros son mayores que las casas. Todos somos grandes comedores. Yo ocultaba el ganado en la espesura. Belle Boyd,

la bella espía rebelde. Cuatro penas de muerte por fusilamiento. Hurtaba los despachos del bolsillo de su pareja mientras bailaban. Probablemente un poco jactanciosa.

Despojos de cerdo y pan crujiente recién cocido. Tengo que hacerme con algo de eso. Todo el cerdo, o nada. Siempre he sido un buen proveedor. Nunca hice gran cosa para mí.

El tranvía, siempre cuesta arriba, subió por la mal empedrada, gris y tiznada avenida Skyland.

La Suiza de América. La hermosa tierra del cielo. ¡Jesús! El viejo Bowman dijo que algún día sería rico. No paró hasta Pasadena. Sal de ahí. Ahora es demasiado tarde. Creo que estaba enamorado de ella. No importa. Demasiado viejo. Quiere sacarla de allí. Nadie tan tonto como... Los vientres blancos de los peces. Una fuente donde lavarme bien. Limpio de nuevo como un niño pequeño. Nueva Orleans, la noche en que Jim Corbett noqueó a John L. Sullivan. El hombre que trató de robarme. La ropa y el reloj. Cinco manzanas por la calle Canal en camisón. Las dos de la madrugada. Lo arroja todo en un montón, y el reloj cae encima. Pelea en mi habitación. La ciudad está llena de truhanes y de rateros, a ver quién puede más. Es una buena historia. La policía llega con media hora de retraso. Aparecen y te piden que los acompañes. Francesas. Criollas. La hermosa heredera criolla. Carrera de embarcaciones a vapor. Capitán, van a alcanzarnos. No me dejaré vencer. Salvaremos la dificultad. Emplee la pólvora, dijo ella con orgullo. Hubo una explosión terrible. Él la agarró cuando se hundía por tercera vez y nadó hacia la costa. Ellas se empolvan detrás de la ventana, chascándote los labios. O más bien a los viejos. ¿Quién lleva allí el negocio? Enterradlos a ras del suelo. Hay agua a tres palmos de profundidad. Los pudre. ¿Por qué no? Grandes trabajos. Italia. Carrara y Roma. Pero Bruto era un hombre hon-ra-do. ¿Qué es una criolla? Francesa o española. ¿Tiene algo de sangre negra? Pregúntalo a Cardiac.

El tranvía se detuvo brevemente ante la cochera, a la vista de sus hermanos acorralados. Después avanzó de mala gana, dejando atrás la dinámica atmósfera de la Compañía de Fuerza y Luz, rodando bruscamente por la gris y helada cinta de la avenida Hatton y subiendo ágilmente la cuesta del final, hacia el gélido silencio de la plaza.

¡Ay, Señor! Vaya si lo recuerdo. El viejo me ofreció toda la pieza por mil dólares tres días después de mi llegada. Hoy sería millonario si...

El tranvía pasó por delante de Tuskegee en su subida de setenta metros hasta la plaza. Los gordos, lustrosos y gastados sillones de cuero imperaban entre una larga hilera de escupideras metálicas recién fregadas, colocadas masivamente a ambos lados de la puerta de entrada, ante gruesas láminas de vidrio que se extendían casi hasta la acera con provocativa proximidad.



Muchas nalgas de hombres gordos descansaban sobre el cuero. Eran como peces en una vasija de cristal. Un viajante con un cigarro mordido y mojado pendiendo inerte entre sus grasientos labios. Mirando fijamente a todas las mujeres. No se puede mirar mucho tiempo hacia atrás. Eso da ventaja.

Un botones negro pasaba perezosamente un trapo gris sobre el cuero. Dentro, delante de las llamas chispeantes y danzantes de la colmada chimenea, el conserje de noche estaba despatarrado sobre la honda y acogedora panza de un diván de cuero.

El tranvía llegó a la plaza, traqueteó al cruzar la red de vías norte-sur y se detuvo en el lado norte, de cara al este. Gant limpió una parte de la empañada ventanilla y miró al exterior. En la pálida mañana gris y helada, la plaza era como un frío recinto amurallado de una pequeñez irreal. Sintió de pronto la entumecida y mezquina fijeza de la plaza; era el único lugar fijo de un mundo que se retorció, evolucionaba y cambiaba constantemente ante sus ojos, y sintió un miedo nuevo y morbosos, un helado encogimiento de su corazón, porque el centro de su vida parecía ahora tan contraído. Tuvo la clarísima impresión de que, si extendía los brazos, tocaría las paredes de los humildes edificios de ladrillo, de tres o cuatro pisos, que flanqueaban desigualmente la plaza.

Anclado al fin en la tierra, le asaltó súbitamente todo el caudal de vistas y de movimiento, de comida, de bebida, de acción, que se había acumulado en su interior durante dos meses. La tierra ilimitada, los bosques, los campos, las colinas, las praderas, el desierto, las montañas, la costa perdiéndose en la lejanía ante sus ojos, el suelo que parecía deslizarse con las estaciones, los inolvidables fantasmas de la sopa de quimbombó, de las ostras, de las grandes rodajas de pescado de Frisco, de las frutas tropicales, bullendo todo con la vista infinita, con la incesante fertilidad del mar. Solo aquí, en su realidad irreal, en esta visión antinatural de lo que había conocido durante veinte años, perdía la vida su movimiento, sus cambios, su color.

La plaza era horriblemente concreta como un sueño. En el borde sureste, vio su taller; su nombre pintado en grandes letras blancas, sucias y escamosas, sobre los ladrillos cerca del tejado: W.O. GANT. MÁRMOLES, LÁPIDAS, ORNAMENTOS FÚNEBRES. Era como un sueño infernal, el del hombre que ve su propio nombre en la puerta de la mansión del diablo; como un sueño de muerte, cuando el que acude a un entierro se ve en el ataúd, o el que va a presenciar una ejecución se encuentra en el cadalso.

Un adormilado negro empleado en el hotel Manor subió pesadamente y se dejó caer en uno de los asientos reservados para los de su raza en la parte de atrás. Al cabo de un momento, empezó a lanzar suaves ronquidos entre sus hinchados labios.

Al final del lado este de la plaza, Big Bill Messler, con el chaleco a medio abrochar sobre su ceñida panza, bajó despacio la escalinata del ayuntamiento y se alejó ruidosamente, con campesina naturalidad, sobre la fría acera. La fuente, circundada por un grueso anillo de hielo, vertía con poca fuerza un brillante chorro de agua de un azul de hielo.

Varios tranvías roncaban separadamente en sus posiciones de partida; los conductores pataleaban y hablaban entre ellos expeliendo vapor; había un aliento de vida que empieza. Al lado del ayuntamiento, los bomberos dormían encima de sus carros; detrás de la puerta cerrada, tamborileaban los grandes cascos de las caballerías.

Una carreta chirrió en el extremo oriental de la plaza delante del ayuntamiento, y el viejo caballo se echó precavidamente atrás al bajar hacia el mercado por el inclinado callejón empedrado del sureste que separaba el taller de Gant del mercado y del «calabozo». Al volver de nuevo la carreta hacia el este, Gant captó una vista angular del barrio negro a través del callejón. La colonia estaba delicadamente empenachada con cien pequeñas humaredas.

El tranvía descendió rápidamente por la calle Academy y, en el punto en que el borde superior del sector negro empinado desde el valle se encontraba con el blanco, giró hacia la calle Ivy y rodó hacia el norte por una calle flanqueada en uno de sus lados por tiznadas casitas de piedra tosca, y en el otro, por un bosquecillo de majestuosos robles, donde se alzaba, desolado, el gran montón de insegura argamasa del abandonado colegio para señoritas del profesor Bowman. Entonces giró y se detuvo en la esquina, en la cima de la cuesta de la calle Woodson, junto al grande, ventoso y vacío granero del hotel Ivy. Nunca había prosperado.

Siguió el callejón empujando su pesada maleta con las rodillas y la depositó un momento sobre la acera antes de bajar la cuesta. La arcilla helada de la calle sin pavimentar se desgajaba en terrones. El camino era más empinado y más corto de lo que pensaba. En cambio, los árboles parecían más altos. Vio a Duncan salir al porche de su casa, en mangas de camisa, y recoger el periódico de la mañana. Hablaría más tarde con él. Ahora se entretendría demasiado. Tal como esperaba, surgía una gruesa voluta de humo mañanero de la chimenea del escocés, pero no de su propia casa.

Bajó la cuesta, abrió la verja sin ruido y se dirigió a la entrada lateral, en vez de subir los altos peldaños de la galería. Las parras, aunque desnudas y secas, se ceñían a la casa como cuerdas onduladas. Entró silenciosamente en el cuarto de estar. Había un fuerte olor a cuero frío. Una fina capa de ceniza fría cubría el suelo del hogar. Dejó la maleta en el suelo, y, cruzando el lavadero, entró en la cocina. Eliza, llevando uno de sus viejos abrigos y un par de mitones de lana, hurgaba las ascuas de un fuego débil y vacilante.

—Bueno, ya estoy de vuelta —dijo Gant.

—¡Oh, qué susto me has dado! —exclamó ella, como sabía él que haría, confusa y moviendo indecisa los brazos.

Él apoyó torpemente una mano sobre su hombro durante un momento. Ambos permanecieron embarazosamente inmóviles. Entonces agarró él la lata del queroseno y vertió un chorro sobre la leña. Salieron llamas rugientes del fogón.

—Ten piedad, señor Gant —gritó Eliza—. ¡Nos vas a quemar a todos!

Pero él agarró un brazado de leña y la lata del petróleo y corrió furiosamente al cuarto de estar.

Al surgir con estrépito las llamas de la empapada madera de pino y sentir el temblor de la chimenea invadida por el fuego, Gant recobró la alegría. Revivió la amplitud del desierto; la gran serpiente amarilla del río, cargado de secreciones del continente arrancadas en las minas; la rica visión de barcos cargados, arbolados sobre las murallas del mar, los barcos nostálgicos del mundo, envueltos en los filtrados y concentrados olores de la tierra; ron y melaza negroides y sensuales, brea, guayabas maduras, plátanos, mandarinas y piñas en las cálidas bodegas de buques tropicales, todo tan barato, tan variado, tan abundante como la perezosa tierra ecuatorial y todas sus mujeres; los grandes hombres de Luisiana, Texas, Arizona, Colorado, California; el calcinado mundo infernal del desierto, y las copas imponentes de los árboles, podadas para que puedan pasar los vehículos; agua que cae de la cima de un monte, en una silenciosa y vaporosa serpentina; lagos interiores hirvientes y escupidos al cielo por la rítmica respiración de la tierra; la múltiple tortura en forma de océanos de granito, surcados por profundos cañones e iridiscentes con un cambio diario de vivos colores a la manera de los camaleones, algo ajeno al hombre, a la naturaleza, bajo la iridiscencia irreal del cielo.

Eliza, todavía excitada, recobrando el habla, lo siguió al cuarto de estar, manteniendo las enguantadas manos cruzadas sobre el estómago mientras hablaba.

—Anoche le decía a Steve: «No me sorprendería que tu papá llegase en el momento menos pensado». Solo fue una impresión, no sé cómo lo llamarías tú —dijo, contrayendo el semblante hacia dentro al fabricar su leyenda—, pero, pensándolo bien, es bastante extraño. El otro día estaba en casa de Garret comprando unas cosas, extracto de vainilla, sosa y una libra de café, cuando Aleck Carter se acercó a mí. «Eliza —me dijo—, ¿cuándo regresa el señor Gant? Creo que podría encargarle un trabajo.» «Bueno, Aleck —le respondí —, no lo espero antes del primero de abril.» Pero imagínate, en cuanto salí a la calle (y supongo que estaría pensando en otra cosa, pues recuerdo que Emma

Aldrich pasó por mi lado y me saludó, y no le respondí hasta que estuvo lejos, por lo que tuve que gritarle «¡Emma!») tuve una súbita iluminación, tan seguro como que estoy ahora aquí, ¿y sabes qué pensé? Pensé: «El señor Gant ha emprendido el viaje de regreso».

«¡Jesús! —pensó Gant—. Ya vuelve a las andadas.»

La memoria de ella recorrió el lecho marino del acontecimiento como un enorme pulpo, ciegamente pero encontrando con seguridad el camino en todas las cavernas submarinas, corrientes y estuarios, enfocando todo lo que había hecho, sentido y pensado, con la absorta aplicación de los Pentland, para quienes brillaba y se ponía el sol, y caía la lluvia, y la humanidad llegaba, hablaba y moría, saliendo un momento de su vacío para integrarse en el núcleo, la pauta y la intención pentlandianos.

Mientras tanto, él echaba lucientes trozos de carbón sobre la leña y murmuraba para sus adentros, ordenando mentalmente, en secuencia ascendente de períodos equilibrados y climáticos, su cuidadosamente puntuada retórica.

Sí, el mohoso algodón embalado y apilado bajo los largos cobertizos de los apartaderos del ferrocarril; los olorosos pinares del llano sur, saturados de luz fantástica y entre los que emergían los troncos altos, rectos y sin hojas de otros árboles; una pierna de mujer (probablemente francesa o criolla) bajo la falda elegantemente recogida para subir a un carruaje en la calle Canal; un brazo blanco doblado para asir un visillo; caras francesas de tono oliváceo brillando en las ventanas; la esposa del médico de Georgia, que dormía en la habitación que estaba encima de la suya, saliendo a la calle; la inagotable abundancia en peces del Pacífico azul, ilimitado, chapoteando perezoso como un gato; y el río, serpiente amarilla, siempre sedienta, que reptaba lentamente desecando el continente. Su vida era como aquel río, rico con sus propias aglutinaciones depositadas y arrastradas hacia delante, fecundo con sus secreciones sedimentarias, alimentado inagotablemente por la vida para aumentar su propia riqueza, y esta vida, con la gran tenacidad de un río, la vertía ahora en el puerto de su casa, abrigo suficiente de él mismo, para quien las nudosas parras tejían tres veces una malla a su alrededor, y la tierra retoñaba con abundantes frutos y flores y el fuego ardía locamente.

—¿Qué tienes para desayunar? —preguntó a Eliza.

—Pues... —dijo ella, frunciendo reflexivamente los labios—, ¿quieres que te prepare unos huevos?

—Sí —respondió él—, con unas tajadas de tocino y un par de salchichas de cerdo.

Cruzó el comedor y salió al vestíbulo.

—¡Steve! ¡Ben! ¡Luke! ¡Malditos bribones! —chilló—. ¡Levantaos!

—¡Papá ha vuelto! —gritaron ellos.

El señor Duncan estaba observando cómo empapaba la mantequilla un panecillo recién cocido. Miró hacia abajo por una rendija de la cortina y vio el humo acre y espeso que se elevaba pesadamente encima de la casa de Gant.

—Ya ha regresado —dijo, con satisfacción.

Y, al mirar en el mismo momento, dijo Tarkinton, el de las pinturas:

—W. O. ha vuelto.

Así llegó a casa el hombre que había marchado hacia el oeste, Gant el Viajero.

## OCHO

Eugene campaba ahora libre por los ilimitados prados de las emociones; su equipo sensorial era tan completo que, en el momento de la percepción de una cosa única, se formaba por sí solo todo un fondo de color, de olor, de sonido y de sabor, de manera que, más tarde, el aroma de un diente de león calentado al sol hacía que evocase los prados de hierba tibia de la primavera, un día, un lugar, el susurro de hojas tiernas, o la página de un libro, el fino y exótico olor de las mandarinas, la dentellada a las grandes manzanas; o, como en los Viajes de Gulliver, un día claro y ventoso de marzo, los breves momentos de calor, el goteo y los vapores del deshielo, la sensación del fuego.

Había conseguido romper por vez primera las barreras del hogar cuando, antes de cumplir los seis años, había insistido en ir a la escuela. Eliza no quería que fuese, pero el único amigo íntimo de Eugene, Max Isaacs, que tenía un año más que él, iría a ella, y Eugene sentía en el fondo de su corazón un miedo terrible a quedarse nuevamente solo. Ella le decía que no podía ir; sentía, de alguna manera, que en la escuela se iniciaba el lento pero definitivo aflojamiento de los lazos que los mantenían unidos; pero al ver, una mañana de septiembre, que su hijo cruzaba disimuladamente la verja y corría hacia la esquina donde lo esperaba el otro chico, no hizo nada para detenerlo. Algo tirante se rompió dentro de ella; recordó la furtiva mirada hacia atrás, y se echó a llorar. Y no lloraba por ella misma, sino por él; una hora después del parto había observado sus ojos oscuros y visto en ellos algo; lo sabía, que persistiría eternamente en ellos, un pozo insondable de soledad remota e intangible; sabía que, en su oscuro y triste seno, un extraño había cobrado vida, alimentado por las comunicaciones perdidas de eternidad, fantasma de sí

mismo, rondador de su propia casa, solitario para él mismo y para el mundo. Perdido.

Absortos en la inquietud de sus propias y crecientes congojas, sus hermanos y hermanas tenían poco tiempo para él; tenía casi seis años menos que Luke, el menor de ellos, pero todos le hacían objeto de pequeñas y ocasionales trastadas, de esos leves tormentos que los hijos mayores suelen infligir al más pequeño, interesados y excitados por los breves y ruidosos arrebatos de su temperamento cuando, incitado y aguijado en medio de algún profundo sueño, agarraba un cuchillo de trinchar carne y los perseguía, o bien daba cabezazos contra las paredes.

Tenía la impresión de que era «raro»; los otros chicos, cuando se descubrían sus barrabasadas, daban pruebas de la taimada cobardía del rebaño infantil, al defenderse diciendo que con ello querían hacer de él un «chico de verdad». Pero Eugene cobró profundo afecto a Ben, que andaba ocasionalmente a hurtadillas por la casa, disimulando incluso entonces, con sus ojos severos y su crudo lenguaje, el secreto de su vida. Ben era un extraño; algún instinto profundo lo inclinaba hacia su hermano pequeño; gastaba parte de sus mezquinas ganancias como repartidor de periódicos en regalos y diversiones para Eugene, amonestándolo rudamente y dándole algún golpe ocasional, pero defendiéndolo de los otros.

Gant, viéndolo rumiar durante horas un libro ilustrado, a la luz del fuego, sacaba la conclusión de que al chico le gustaban los libros y, más vagamente, de que podría hacer de él un abogado, dedicarlo a la política y verlo elegido para el cargo de gobernador, de senador, de presidente. Y desarrollaba ante él toda la tosca leyenda americana de los chicos del campo que habían llegado a ser grandes hombres, precisamente porque habían sido chicos campesinos, chicos pobres, curtidos en las duras labores de las granjas. En cambio Eliza pensaba que sería un hombre culto, un erudito, un profesor, y, como conveniente reflexión ulterior que irritaba profundamente a Gant pero le daba a ella un firme convencimiento, veía en su hijo absorto en los libros el fruto de su propio y deliberado designio.

—El verano anterior a su nacimiento, dediqué todos mis momentos libres a leer —dijo. Y con la complaciente y confidencial sonrisa que, según sabía Gant, precedía siempre a alguna referencia a su familia, añadió—: Te diré una cosa: todo puede cumplirse en la tercera generación.

—¡Al diablo con la tercera generación! —respondió furioso Gant.

—Mira lo que te digo —prosiguió ella, reflexivamente y agitando el dedo índice—. La gente siempre dijo que su abuelo habría sido un gran erudito si...

—¡Santo Dios! —dijo Gant, levantándose de pronto, paseando por la

estancia y riendo irónicamente—. ¡Debía haber sabido que saldrías con esto! Puedes estar segura —exclamó muy excitado, humedeciéndose el pulgar con la lengua—, de que, si hay que atribuir a alguien algún mérito, no será a mí. ¡Al menos por tu parte! ¡Te morirías antes que reconocérmelo! No, ¡no lo harás! Te jactarás de ese miserable y viejo espantajo que no dio golpe en su vida.

—Bueno, yo no estaría tan segura de esto —empezó a decir Eliza, moviendo rápidamente los labios.

—¡Jesús Dios mío! —gritó él, brincando en la habitación, con su acostumbrada indiferencia al debate razonado—. ¡Jesús Dios mío! ¡Qué payasada! ¡Una payasada contra naturaleza! No hay en el infierno una furia peor que una mujer despechada —exclamó, indefinida pero violentamente y, sin dejar de andar, lanzó una risotada fuerte, amarga, forzada.

Así, acorralado en su alma oscura, rumiaba Eugene sobre su libro a la luz del fuego, como un extranjero en una posada ruidosa. Las puertas de su vida lo aislaban del conocimiento de los suyos, y un vasto mundo etéreo de fantasía erigía su tejido vaporoso e insustancial. Impregnaba su alma de imaginería desbordante, hurgaba en los estantes de los libros y encontraba allí tesoros tales como Con Stanley en África, rico en misterios de la selva, animado por batallas, combates encarnizados, lanzamientos de venablos, grandes bosques poblados de serpientes, aldeas bardadas, oro y marfil; o las Lecturas de Stoddard, en cuyas pulidas y pesadas páginas se hallaban impresos los más visitados lugares de Europa y de Asia; o un Libro de las Maravillas, con encantadores dibujos de todos los prodigios de la época: Santos Dumont en su globo, una cafetera vertiendo aire líquido, todas las flotas del mundo levantadas tres palmos del agua por una onza de radio (sir William Crookes), la construcción de la Torre Eiffel, el edificio Flatiron, el automóvil dirigido con un palo, el submarino. Un libro publicado después del terremoto de San Francisco y que lo describía con su barata cubierta verde mostrando torres derrumbadas, campanarios oscilantes, casas de muchos pisos cayendo sobre una tierra que vomitaba llamas por sus abiertas fauces. Y había otro titulado Palacios del Pecado o El diablo en sociedad, supuestamente obra de un piadoso millonario que había gastado su enorme fortuna en denunciar las llagas pintadas que afligen la aparentemente inmaculada piel de la alta sociedad, y que contenía curiosas fotografías del autor, con sombrero de copa, bajando por una calle llena de magníficos palacios del pecado.

Partiendo de esta revuelta galería de imágenes, la fuerza reflexiva de su imaginación recomponía y extendía el rompecabezas del mundo; los negros ángeles caídos de Milton de Doré se precipitaban en el cavernoso infierno, allende este mundo superior de erguidos o volcados campanarios, de romances de mazas y de escudos. Y, al pensar en su futura liberación en este mundo

épico, donde todo el color de la vida brillaba con más esplendor lejos de casa, su corazón vertía ríos de sangre en su rostro.

Había oído ya el tañido remoto de campanas de iglesia en un paisaje rural de noche de domingo; había auscultado la tierra mojada en el caviloso crepúsculo y escuchado los millones de notas de los pequeños seres nocturnos; y así había oído el decreciente silbido de un tren en el valle lejano y el débil trueno sobre los raíles; y sentía la profundidad y anchura infinitas del mundo dorado en las breves seducciones de múltiples y mezclados olores y sensaciones misteriosos, oscilando, entretejiéndose en un juego cegador y en explosiones sonoras.

Todavía recordaba la Casa de Té de la India en la feria, el sándalo, los turbantes y las túnicas, la frescura del interior y el olor del té indio; y ahora había sentido la emoción nostálgica de las mañanas de primavera húmedas de rocío, el olor de las cerezas, la fresca y clarísima tierra, el húmedo suelo arcilloso del huerto, los penetrantes olores del desayuno y la nieve flotante de las flores de los árboles. Conocía la incipiente y viva emoción de los caldeados dientes de león entre la tierna hierba primaveral al mediodía; el olor de las bodegas, de las telas de araña, de la tierra secreta; en julio, de las sandías envueltas en hojas de magnolia, dentro del carro cubierto de un agricultor; de melones y melocotones en canastas, y el aroma agrídulce de las cortezas de naranja ante un fuego de carbón. Conocía el buen olor varonil del cuarto de estar de su padre; del liso y gastado cuero del sofá, con la rasgadura por la que asomaba la crin; de la madera barnizada y con ampollas de la chimenea; de las recalentadas encuadernaciones en piel; de la plana y húmeda pastilla de tabaco de mascar, con su banderita roja; de humo de leña y hojas quemadas, en octubre; de la parda y cansada tierra otoñal; de la madre selva por la noche; de las capuchinas bajo el sol; de un limpio y coloradote granjero que venía todas las semanas a traer mantequilla, huevos y leche; de graso tocino poco frito y de café; de un horno de pan cuyo aroma transportaba el viento; de grandes judías verdes humeantes y bien sazonadas con sal y mantequilla; de una habitación revestida de viejas tablas de pino, donde se habían guardado libros y alfombras y que llevaba mucho tiempo cerrada; de las uvas Concord en sus largas cestas blancas.

Sí, y el excitante olor a yeso y a mesas barnizadas; el olor de los gruesos bocadillos de carne fría y mantequilla; el olor a cuero nuevo del taller de un talabartero, o de un caliente sillón de cuero; a miel y café sin moler; a pepinillos en adobo y a queso y a todos los artículos fragantes de la abacería; el olor de las manzanas guardadas en la bodega, y de las manzanas del huerto, y de la pulpa prensada para hacer sidra; de peras madurando en un estante al sol, y de cerezas maduras cociéndose con azúcar en el horno, antes de ser puestas en conserva; el olor de madera cortada, de leña tierna, de aserrín y de



virutas; de melocotones aderezados con clavo y conservados en brandy; de savia de pino y de verdes agujas de pino; del casco herrado de un caballo; de castañas asadas, de cuencos de nueces y de pasas; de chicharrones crujientes y de cochinillo asado; de mantequilla y de canela derritiéndose sobre ñames confitados y calientes.

Sí, y el olor fétido del manso río, y de tomates podridos en la planta; el olor de las ciruelas mojadas por la lluvia y de membrillos puestos a hervir; de hojas podridas de lirios de agua, y de hierbajos pudriéndose en la espuma verde; y el exquisito olor del sur, limpio pero acre, como de una mujer gorda; de árboles empapados y de tierra después de una fuerte lluvia.

Sí, y el olor de los cálidos campos de margaritas por la mañana; de hierro derretido en una fundición; el olor invernal de los establos caldeados y del estiércol humeante; del roble y del nogal viejos; y el olor de la carne en la carnicería, de los corderos recién muertos, de los gordos y goteantes hígados, de las pastosas salchichas y de las rojas tajadas de buey; y del azúcar moreno mezclado con chocolate amargo rallado; y de hojas de menta aplastadas, y de lilas mojadas; de magnolia a la fuerte luz de la luna, de cornejo y de laurel; de una vieja pipa encostrada y de bourbon envejecido en toneles de roble chamuscado; el olor penetrante del tabaco; de ácidos cítrico y fénico; el tosco pero fiel olor de un perro; de viejos libros aprisionados; y el fresco olor de los helechos cerca de los manantiales; de la vainilla en la masa de los pasteles, y de los pesados quesos hendidos.

Sí, y de una quincallería, sobre todo el buen olor de los clavos; de los líquidos y el revelar en la cámara oscura de un fotógrafo; y el olor juvenil de la pintura y la trementina; de pasta de alforfón y de sorgo negro; y el olor mezclado de un negro y su caballo; de chocolate hirviendo; el olor a salmuera de las vasijas para adobar; y el fresco olor de la maleza de las colinas del sur; de un resbaladizo cajón de ostras, de pescado destripado y puesto sobre hielo; de una cocinera negra; de queroseno y linóleo; de zarzaparrilla y guayabas; y de nísperos de otoño maduros; y el olor del viento y de la lluvia; y del acre trueno de la fría luz de las estrellas y de la quebradiza hierba helada; de la niebla y del sol brumoso del invierno; de la siembra, de la floración y de las mieses maduras.

Y ahora, furiosamente incitado por lo que había sentido, empezó a respirar en la escuela, en el fecundo romance de la geografía, los mezclados olores de la tierra, percibiendo a cada chato barrilito apilado en un muelle un tesoro de ron dorado, de rico oporto, de espeso borgoña; oliendo las plantas selváticas de los trópicos, el fuerte olor de las plantaciones, el olor a sal y a pescado de los puertos; viajando por el vasto, seductor pero no pasmoso mundo.

Ahora había recorrido el innumerable archipiélago, y pisaba con firmeza el

continente desconocido pero acogedor.

Aprendió a leer casi en el acto, grabando inmediatamente en su cerebro las formas de las palabras con su vigorosa memoria visual; pero pasaron muchas semanas antes de que aprendiese a escribir o incluso a copiar palabras. La alborotada espuma y el revuelo de su fantasía, y el mundo perdido, todavía flotaban de vez en cuando en su cerebro, en las claras mañanas de la escuela, y aunque seguía con aplicación todas las otras instrucciones de su maestro, continuaba emparedado en su antiguo e ignorante mundo en lo tocante a la escritura. Los niños garabateaban las letras del alfabeto debajo de una línea de modelos, pero él solo conseguía estampar en su hoja una línea irregular y vacilante de puntas de lanza, que repetía indefinidamente y con entusiasmo, incapaz de ver o comprender la diferencia.

«He aprendido a escribir», pensaba.

Pero un día, Max Isaacs levantó de pronto la mirada de su ejercicio, observó la hoja de Eugene y vio su raya mellada.

—Esto no es escribir —dijo.

Y agarrando su lápiz con la sucia y verrugosa mano, garabateó una copia del ejercicio en la página.

La línea vital, la hermosa y fluida estructura del lenguaje que Eugene vio surgir del lápiz de su camarada cortó un nudo dentro de él, donde había fracasado toda la instrucción, e inmediatamente tomó su lápiz y escribió las palabras en letras más claras y bonitas que las de su amigo. Y ahogando un grito, pasó a la página siguiente y copió sin vacilación, y después la otra y la otra. Los muchachos se miraron un momento, con esa clara admiración con que aceptan los niños los milagros, y no volvieron a hablar de ello.

—Esto sí que es escribir —dijo Max, pero guardaron entre ellos su secreto.

Eugene pensó más tarde en este acontecimiento, y siempre podía sentir las compuertas abriéndose dentro de él, la embestida de la corriente, la escapada; pero esto había ocurrido un día de repente. Todavía como un gnomo debajo de la corteza viva de la tierra, vio muchas cosas que guardó en temeroso secreto, sabiendo que la revelación sería castigada con el ridículo. Un sábado de primavera, se detuvo con Max Isaacs al borde de una profunda zanja en la avenida Central, donde unos trabajadores municipales reparaban una cañería rota. Las paredes de tierra de la zanja eran mucho más altas que sus cabezas; detrás de sus encorvadas espaldas había una ancha grieta, una ventana en la tierra que daba a algún oscuro pasadizo subterráneo. Y mientras miraban, los muchachos se agarraron de pronto el uno al otro, porque salió de la fisura la plana cabeza de una enorme serpiente; y pasó, seguida de un cuerpo escamoso tan grueso como el de un hombre; el monstruo se deslizó interminablemente

sobre la profunda tierra y, penetrando en ella, desapareció detrás de los atareados y desprevenidos obreros. Se alejaron de allí, presas del miedo, y entonces y después hablaron de ello en voz baja, pero nunca lo revelaron a nadie.

Ahora entró fácilmente en el ritual de la escuela; tragaba su desayuno con sus hermanos todas las mañanas, engullía el café hirviente y echaba a correr al oír el amenazador aviso de la última campana, agarrando una bolsa caliente de comida, ya salpicada de manchas de grasa. Trotaba detrás de sus hermanos, sintiendo los latidos excitados del corazón en la garganta, y al llegar a la hondonada al pie de la cuesta de la avenida Central, flaqueaba a causa del nerviosismo, al oír que se adormecía la campana, sacudiendo la flácida cuerda con sus últimos ecos.

Ben, sonriendo maliciosamente y mirándolo con el ceño fruncido, apoyaba una mano en su rabadilla y lo empujaba, y él gritaba pero no podía resistir la fuerza que lo impulsaba cuesta arriba.

Con voz entrecortada, cantaba la canción de la mañana, al llegar jadeando cuando la clase entonaba el último estribillo:

Estad alegres, estad alegres,  
la vida no es más que un sueño.  
O bien, en las frías mañanas de otoño:  
Despertad, señores, con alegría,  
en la montaña ya amanece el día.

O la contienda entre el viento del norte y el viento del sur. O la canción del molinero:

Yo no envidio a nadie, no,  
y nadie me envidia a mí.

Leía rápidamente y con facilidad, deletreando cuidadosamente. Tenía facilidad para los números. Pero odiaba la clase de dibujo, aunque le encantaban las cajas de lápices y de pinturas. A veces la clase se trasladaba al bosque, y volvían con muestras de flores y de hojas: el vivo y flamígero rojo de los arces, el peine pardo de los pinos, la hoja castaña de los robles. Después las pintaban; o, en primavera, un ramito de flores de cerezo, un tulipán. Eugene se sentaba respetuosamente ante la autoridad de la mujer rolliza que fue su primera maestra; tenía un miedo horrible a hacer algo vulgar o mezquino ante sus ojos.

La clase rebullía; los niños inventaban torturas o garrapateaban obscenidades a las niñas. Y los más descarados y perezosos aprovechaban

todas las oportunidades de salir de la clase, diciendo: «¿Me permite, señora maestra?». Y se iban al lavabo, riendo tontamente y perdiendo deliberadamente el tiempo.

Él no podía decirlo, porque habría revelado la vergüenza de la naturaleza.

Una vez, terriblemente mareado, pero encerrado en el silencio y en unas mudas náuseas, había vomitado al fin sobre sus manos ahuecadas.

Temía y aborrecía los períodos de recreo, temblaba ante la ruidosa confusión de la chiquillería en el campo de juego, pero su orgullo le impedía quedarse en el interior o apartarse de sus compañeros. Eliza había dejado que al chico le creciesen los cabellos, y todas las mañanas los enroscaba en su dedo para formar grandes rizos al estilo Fauntleroy; esto le causaba una angustia y una humillación horribles, pero ella no quería o era incapaz de comprenderlo, y fruncía terca y reflexivamente los labios cuando él le pedía que se los cortase. Guardaba rizos de Ben, de Grover y de Luke, en pequeñas cajitas, y a veces lloraba cuando veía los de Eugene; eran símbolo de la primera infancia de este para ella, y su triste corazón, tan aficionado a marcar las despedidas, se negaba a privarse de ellos. Ni siquiera cuando los tupidos mechones se convirtieron en superabundante colonia de los piojos de Harry Tarkinton se avino a cortarlos; sujetaba el escurridizo cuerpecillo entre las rodillas dos veces al día y arañaba su cuero cabelludo con un peine de dientes finos.

Y cuando él le suplicaba temblorosa y apasionadamente, sonreía afectando un humor protector, emitía un susurro gangoso y zumbón, y decía:

—Vamos, todavía no puedes ser un chico mayor. Eres mi pequenín.

Y súbitamente frustrado por la dúctil inflexibilidad de la naturaleza de ella, solo capaz de entrar en acción después de incesantes e irritantes aguijonazos, Eugene, chillando con impotente furia, comprendía la causa del frenesí de Gant.

En el colegio, era como un animalito desesperado y acosado. El rebaño, infalible en su instinto gregario, supo inmediatamente que un extraño había sido introducido en la manada, y se mostró implacable en el acoso. A la hora de almorzar, Eugene, agarrando su bolsa manchada de grasa, corría por el campo de juego, perseguido por la ladradora jauría. Los cabecillas, dos o tres patanes grandullones, de edad avanzada y mentalidad deficiente, lo acosaban de cerca y le decían, en tono suplicante: «Tú me conoces, Gene. Tú me conoces». Y, sin dejar de correr, él abría su bolsa y les arrojaba uno de sus gordos bocadillos; lo cual los detenía un instante, mientras todos se arrojaban sobre el que lo había cogido y hacían pedazos el bocadillo; pero volvían sobre él un momento después con la misma vocinglera insistencia, persiguiéndolo

hasta un rincón del cercado y acosándolo con sus garras extendidas y sus salvajes exigencias. Él les daba cuanto tenía, a veces con un momentáneo arrebató de furor, arrancando medio bocadillo de una mano ansiosa y devorándolo. Cuando veían que no le quedaba nada, se marchaban.

La gran fantasía de la Navidad seguía captando su atención. Gant era su infatigable camarada; noche tras noche, a finales de otoño y principios de invierno, garabateaba sus peticiones a Santa Claus, anotando la larga lista de los regalos que más quería y confiándola, con absoluta fe, a la rugiente chimenea. Al arrancarle las llamas el papel de la mano y llevarse sus carbonizados restos con un aullido, Gant corría con él a la ventana, señalaba el tormentoso cielo del norte y le decía:

—¡Allá va! ¿No lo ves?

Lo veía. Veía su petición, llevada por los fuertes vientos mensajeros hacia el norte, hacia las fantásticas y almenadas torres de la Ciudad de los Juguetes, en el alegre País Encantado; oía el repiqueteo de plata de los yunques, la risa grave de los enanitos, los mugidos del reno volador. Gant los oía también.

El día de Navidad se veía colmado de chucherías de vivos colores y, en el fondo de su corazón, odiaba a los que preferían los regalos «útiles». Gant le compraba coches, trineos, tambores, trompetas, y una vez, lo mejor de todo, un carruaje de bomberos con escalas; fue el asombro, y por último la plata, de todo el vecindario. Durante sus horas de ocio, pasó meses en la bodega con Harry Tarkinton y Max Isaacs; sujetaban las escalas con alambres sobre el carruaje, de modo que, al tocarlas, caían limpiamente amontonadas. Fingían dormir en el cuartel, como hacen los bomberos, y entraban rápidamente en acción cuando uno de ellos imitaba la campana de aviso: «Tan-talan-tan». Entonces, fuera de toda lógica, Harry y Max se enganchaban como una yunta de caballos, Eugene se sentaba al pescante, salían por la estrecha puerta y galopaban peligrosamente hacia la casa de un vecino, montaban las escalas, abrían ventanas, efectuaban entradas, extinguían llamas imaginarias y se marchaban, haciendo caso omiso de los improprios de la dueña de la casa.

Durante meses vivieron entregados a esta fantasía, tomando por modelo a los bomberos de la villa y a Jannadeau, que era segundo jefe del cuerpo y estaba orgulloso de ello; lo había visto, al sonar la alarma, salir como un loco por su ventana del taller de Gant, dejando las desparramadas piezas de un reloj sobre la mesa, y llegar a su puesto en el momento en que el gran carruaje entraba a toda velocidad en la plaza. A los bomberos les gustaba hacer exhibiciones arriesgadas ante los boquiabiertos ciudadanos; con sus magníficos cascos, se colgaban del vehículo en actitudes gimnásticas y, mientras uno sostenía a otro, este agarraba en el aire el pesado cuerpo del suizo, que deliberadamente se jugaba la cabeza al saltar hacia la barandilla.

Así, durante un fantástico momento, permanecían en equilibrio triangular sobre el vehículo lanzado; y un escalofrío estático recorría la espina dorsal de la villa.

Y cuando las campanas sonaban en los vientos que anegaban la noche, su demonio entraba precipitadamente en su corazón, rompiendo todas las cuerdas que lo ataban al mundo, prometiéndole aislamiento y dominio sobre la tierra y el mar, y una morada en la oscuridad; contemplaba desde arriba el disco giratorio de oscuros bosques y campos, se deslizaba sobre pinos murmuradores hacia una ciudad arracimada y dirigía sus fuegos resguardados contra sus propios tejados, evolucionando y descargando la domeñada tormenta sobre los condenados y llameantes muros, riendo delicadamente sobre las aturdiditas cabezas y, con voz tonante, ordenando al viento que se calmase.

O, conservando su dominio sobre la tormenta y la noche y los negros poderes de la hechicería, observar, con cara de vampiro, a través del cristal de una ventana azotada por el temporal, infundiendo brevemente un horror indecible a la vida agrupada y resguardada; o, simplemente como un hombre, pero con éxtasis demoníaco en el corazón supramortal, agazaparse junto a una casa solitaria y batida por la tormenta, mirar oblicuamente a una mujer a través del mojado cristal, o a un enemigo, y todavía exultante en el negro y victorioso aislamiento que todo lo ve, sentir un toque en el hombro, y volverse y ver, cazador-cazado, perseguidor-perseguido, la infernal y corrompida cara verde de la perversa muerte.

Sí, y un mundo de mujeres en el lecho, claros destellos en la palpitante oscuridad, mientras los vientos sacudían la casa y él llegaba, cruzando el mundo entre las fragantes columnas del deleite. El gran misterio de sus cuerpos le acuciaba oscuramente, pero había encontrado, en el colegio, instructores del deseo, los patanes de barba incipiente de Doubleday. Estos producían miedo y admiración en el corazón de los chicos más pequeños y sumisos, pues Doubleday era la región infestada de los montañeses criados en la villa, que acechaban malignamente en la noche y venían a Halloween a romperles la cabeza a los de otras pandillas, en luchas a pedradas.

Había un muchacho alemán llamado Otto Krause, de nariz aplastada, cara vellosa y gruesas cejas, delgado y ágil de piernas, de voz ronca y risa idiota, que le mostró el jardín de las delicias. Había una chica de trece años llamada Bessie Barnes, alta, de negros cabellos y figura descarada, que actuaba como modelo. Otto Krause tenía catorce años, y Eugene, ocho; estaban en el tercer curso. El muchacho alemán se sentaba junto a él, dibujaba obscenidades en sus libros y pasaba furtivamente a Bessie, a través del pasillo, sus garabateadas indecencias.

Y la ninfa respondía con un visaje lascivo y un desdenoso golpe en su bien formada y levantada nalga, ademán que Otto consideraba equivalente a una promesa y provocaba en él toscas risas entre dientes.

Bessie se le metió en la cabeza.

Furtivamente, él y Otto se divertían dibujando obscenidades en sus libros de geografía, aplicándose sobre todo en representaciones de los pechos colgantes y los grandes órganos de los indígenas tropicales. Y componían, en pequeños retazos de papel, versitos sucios sobre las maestras y el director. Su maestra era una solterona flaca y de rostro colorado, de ojos fieros y chispeantes; Eugene pensaba siempre en el soldado y el papanatas y los perros con los que tenía que cruzarse, y que tenían ojos como platos, como ruedas de molino, como la luna. Se llamaba miss Groody, y Otto, con la estúpida vulgaridad de un niño pequeño, escribió de ella:

La señorita Groody, eso espero,  
tiene un buen trasero.

Y Eugene, dirigiendo su fuego contra el director, un joven rollizo, delicado y afectado, llamado Armstrong, que siempre llevaba en el ojal un clavel que solía sostener delicadamente entre los dedos después de azotar a un chico rebelde, oliéndolo con delectación y bajando los ojos, escribió, con el regocijo de la primera creación, docenas de versos, todos ellos en descrédito de Armstrong, de sus progenitores y de sus relaciones con la señorita Groody.

Estaba obsesionado; se pasaba todo el día componiendo poesías, todas ellas obscenas variaciones sobre el mismo tema. Y no podía destruirlas. Su pupitre estaba lleno de arrugadas bolitas de escritura. Un día, durante la clase de geografía, la mujer lo sorprendió. Sintió que se helaba la sangre en sus venas al caer ella sobre él y tomar, de entre las páginas del libro, el papel en el que había estado escribiendo. Durante el descanso, la maestra registró su pupitre, leyó la colección y, con ominosa calma, le ordenó que se presentase al director al terminar las clases.

—¿Qué significa esto? ¿Qué crees que significa? —murmuró, con la garganta seca, a Otto Krause.

—¡Oh, no tardarás en saberlo! —dijo Otto Krause, con una risotada.

Y todos los de la clase lo atormentaron disimuladamente, frotándose el trasero cuando se encontraban sus miradas, y haciendo muecas de dolor.

La angustia atenazaba sus entrañas. Nunca había podido superar su aversión a la humillación física, que nada tenía que ver con el miedo. Envidiaba pero no podía imitar la descarada insensibilidad de los otros chicos; estos aullaban desafortadamente durante el castigo, con el fin de mitigar el

dolor, pero estaban tan frescos diez minutos más tarde. Pensaba que no podría soportar que lo azotase aquel joven gordo de la flor en el ojal. A las tres, con pálido semblante, se dirigió al despacho del director.

Armstrong, entornados los párpados y apretados los labios, empezó a azotar el aire con el bastón que tenía en la mano al entrar Eugene. Detrás de él, desplegadas y alisadas sobre la mesa, estaban las fatídicas hojas de insultos rimados.

—¿Fuiste tú quien escribió esto? —preguntó, reduciendo sus ojos a unos puntitos negros para espantar a su víctima.

—Sí —dijo Eugene.

El director rasgó de nuevo el aire con su bastón. Había visitado varias veces a Daisy y había comido en la colmada mesa de Gant. Lo recordaba muy bien.

—¿Qué te he hecho yo, hijito, para inspirarte estos sentimientos? —dijo, adoptando súbitamente un tono quejumbroso y magnánimo.

—N-n-nada —dijo Eugene.

—¿Piensas que volverás a hacerlo? —dijo el hombre, con voz de nuevo amenazadora.

—N-no, señor —respondió Eugene, con un hilo de voz.

—Está bien —dijo majestuosamente el dios, tirando su bastón—. Puedes marcharte.

Eugene solo volvió a sentir sus piernas cuando llegó al campo de juego.

¡Oh, el buen otoño, y las canciones que cantaban! Sobre la cosecha, y sobre los colores de las hojas; y «hoy es media fiesta»; y «en el aire a gran altura»; y otra sobre el tren: «pasan silbando las estaciones»; los días suaves, las puertas entreabiertas del deseo, el sol brumoso, el susurro de hojas muertas al caer.

—Cada copito de nieve tiene una forma diferente de todos los demás.

—¡Dios bendito! ¿Todos, señorita Pratt?

—Todos los copitos de nieve desde que el mundo existe. La naturaleza no se repite nunca.

—¡Oh!

A Ben le crecía la barba; ya se había afeitado. Arrojava a Eugene sobre el sofá de cuero, jugaba con él durante horas y frotaba la áspera barbilla contra la cara suave de su hermano. Eugene chillaba.



—Cuando puedas hacer esto serás un hombre —le decía Ben.

Y cantaba dulcemente, con su fina y susurrante y fantástica voz:

La puerta de la escuela picó el picamaderos,

tanto picó y picó que el pico le dolió.

Después la campanita picó el picamaderos,

tanto picó y picó que su pico sanó.

Y se reían; Eugene, con risa cadenciosa y gutural; Ben, tranquila y tontamente. Tenía los ojos grises y acuosos, y la piel cetrina y áspera. Bien formada la cabeza, y alta y huesuda la frente. Su cabello era crespo, de color castaño como el arce. Debajo del ceño siempre fruncido, su cara era pequeña y convergía en un punto: la boca extraordinariamente sensitiva que sonreía brevemente, fluctuando, hacia dentro... como un destello de luz sobre la hoja de una navaja. Siempre daba un coscorrón en vez de una caricia; rebosaba orgullo y ternura.

## NUEVE

Sí, y en el mes en que vuelve Proserpina y revive el corazón muerto de Ceres, cuando todos los bosques son un tierno borrón vaporoso y los pájaros no son mayores que una hoja recién nacida que volase entre los árboles rumorosos, y el oloroso alquitrán se vuelve esponjoso en las calles, y los chicos hacen rodar bolitas de él sobre la lengua y muestran bultos de peonzas y de canicas que parecen de ágata; y suena el trueno horrísono en la noche, y la lluvia con millones de pies que lo empapa todo, y uno se asoma por la mañana y ve un cielo tormentoso y una nube desgarrada; y cuando el chico de la montaña trae agua a sus prójimos que levantan vallas, y al reptar el viento entre las hierbas, oye a lo lejos en el valle el largo gemido de un silbato y el débil tañido de una campana; y la gran copa azul de los montes parece más cercana, más próxima, porque ha oído una promesa inarticulada: ha sido herido por el afilado cuchillo de la primavera.

Y la vida escama su áspera y curtida piel, y la tierra resurge con nuevo e inagotable vigor, y la copa del corazón del hombre rebosa expectación sin término, promesas mudas, deseos indefinibles. Algo anuda la garganta, algo ciega los ojos, y débiles pero animosos clarines resuenan en la tierra.

Las niñas, con sus primorosas trenzas, trotan obedientes camino de la escuela; pero los jóvenes dioses haraganean; oyen los rumores de las cañas, de las mieses, las pezuñas apresuradas de las cabras sobre madera esponjosa, allí,

aquí, en todas partes; pierden el tiempo, escuchan, veloces en la espera, y vuelven distraídamente a su único hogar fijo, porque la tierra está llena de un rumor antiguo y no pueden encontrar el camino. Todos los dioses han perdido el rumbo.

Pero ellos conservaban lo que tenían contra los bárbaros. Eugene, Max y Harry reinaban en su pequeño vecindario; hacían la guerra a los negros y a los judíos, que les divertían, y a la gente de la calle Pigtail, a la que aborrecían y despreciaban. Rondaban como gatos al negro amparo de la noche, sentándose a veces sobre un muro a la luz excitante de un farol, cuya llama gaseosa chisporroteaba ruidosamente de vez en cuando.

O agazapados entre los encubridores arbustos del jardín de Gant, esperaban a las románticas parejas negras que volvían a sus casas y, tirando de un cordel al acercarse sus víctimas, hacían saltar una media negra y rellena que parecía una serpiente. Y la noche se llenaba de risas cuando las cómicas y sonoras voces farfullaban, se interrumpían y gritaban.

O le arrojaban piedras al mocito negro del mercado, cuando viraba graciosamente en bicicleta para entrar en un callejón. Y no era que le tuviesen inquina: los payasos son negros. También habían aprendido que lo adecuado era golpear con delicadeza a esos tipos, maldecirlos alegremente y alimentarlos con magnanimidad. El hombre es amable con un perro fiel que menee la cola, pero este no debe acostumbrarse a andar sobre dos patas. Sabían que no debían «tomar nada de un negro», y que era mejor iniciar las disputas con un porrazo o una cabeza rota. Solo que no se podía romper la cabeza a un negro.

Escupían alegremente a los judíos. Ahoga al judío y golpea al negro.

Los chicos esperaban a los judíos y los seguían hasta sus casas gritando: «¡Grasa de ganso! ¡Grasa de ganso!», convencidos de que este era el ingrediente principal de la dieta judía; o, con ciega aceptación infantil de un insulto tradicional, deformado o imaginario, corrían detrás de su gemebunda y atormentada víctima, chillando: «¡Veeshamadye Veeshamadye!», confiando en que pronunciaban la injuria más atroz para los oídos judíos.

A Eugene no le interesaban los pogromos, que en cambio encantaban a Max. El objeto principal de sus torturas era un chiquillo de rostro furtivo, llamado Isaac Lipinski. Saltaban como gatos hacia él en cuanto aparecía y lo perseguían por los callejones, sobre las tapias, a través de los campos, en los graneros y en los establos, hasta su propia casa; él corría con asombrosa velocidad y con gran astucia, escabulléndose como por arte de magia, incitándolos, dándoles higas y haciendo constantes muecas burlonas.

O bien, envueltos como felinos en la maligna oscuridad, a la aventura de

las promesas latentes en el barrio, se reunían silenciosamente al pie de un hogar judío, apretujándose y riendo tontamente al escuchar las dulzonas y excitadas voces, el acento gangoso de las mujeres, o estremeciéndose ante las histéricas disputas que sacudían casi cada noche las paredes de las casas judías.

Una vez, desternillándose de risa, siguieron una lucha a la carrera por las calles entre un joven judío y su suegro, en la que cada uno de ellos era, alternativamente, perseguido y agredido, perseguidor y agresor; y el día en que Louis Greenberg, pálido judío, regresó de la universidad y se suicidó bebiendo ácido fénico, se plantaron delante de la oscura y enlutada casa, observando con curiosidad y experimentando un súbito regocijo al ver al padre, viejo y barbudo judío ortodoxo, de desteñidas vestiduras negras y estropeado sombrero hongo, subir corriendo la cuesta hacia su hogar, agitando los brazos y gimiendo rítmicamente:

Oi, yoi yoi yoi yoi,

oi, yoi yoi yoi yoi,

oi, yoi yoi yoi yoi.

Pero a los niños albinos de la calle Pigtail los aborrecían sin humor, sin mitigación alguna de odio más furioso y enconado. La calle Pigtail era un camino fangoso que descendía del extremo inferior de la calle Woodson y terminaba vagamente en el hedor de una ciénaga espumosa y verde. A un lado de este mezquino camino había una hilera desigual de chozas enjalbegadas, habitadas por blancos pobres, cuyos hijos eran casi siempre albinos, y en cuyos porches de toscas tablas requemadas por el sol yacían tumbados estúpidamente los hombres mascadores de tabaco y las mujeres huesudas y mal habladas. Por la noche, una lámpara humeante ardía lúgubrementemente en los oscuros interiores, y olía a comida frita y a humanidad sin lavar, y se oían estridentes y rancos gritos de arpía y el maniático impropio del montañés borracho: un grito y una maldición.

Una vez, en la época de las cerezas, cuando el gran cerezo de Gant estaba cargado de fruta y las flexibles y resistentes ramas estaban plagadas de niños del vecindario, tanto judíos como gentiles, reclutados por Luke al precio de una parte por cada cuatro que recogiesen, uno de aquellos niños albinos había llegado al huerto con paso vacilante y semblante triste.

—Está bien, hijo —le gritó cordialmente Luke, que tenía entonces quince años—. Coge una cesta y sube.

El niño trepó como un gato por el tronco resinoso; Eugene se mecía en la rama más alta, fina y retorcida, entusiasmado con su propia ligereza, la fuerza elástica del árbol y el fragante esplendor mañanero de la vida en el huerto. El

chico de Alley llenó su cesta con asombrosa rapidez, se deslizó hasta el suelo y vació aquella en el cubo grande, y estaba de nuevo en la mitad del tronco cuando su flaca madre entró en el huerto y avanzó en su dirección.

—¡Eh, Reese! —chilló—. ¿Qué estás haciendo ahí?

Tiró bruscamente de él, haciéndolo bajar, y le golpeó las piernas morenas con una varilla. El niño lanzó un aullido.

—Vuelve a casa —ordenó ella; dándole otro latigazo.

Lo empujó, reconviniéndolo con su ronca voz y azotándolo con la varilla cuando él, herido en su orgullo y humillado, aflojaba el paso o se hacía el remolón; entonces, él gemía de nuevo y daba unos pasos más rápidos sobre sus cortas piernas.

Los chicos del árbol rieron tontamente; pero Eugene, que había visto dolor en la cara macilenta y dura de la mujer, y una piedad furiosa en sus chispeantes ojos, sintió que algo se abría y reventaba dolorosamente como un absceso en su interior.

—Ha dejado sus cerezas —dijo a su hermano.

O se burlaban de Loney Shytle, una chica que dejaba un fuerte olor a rancio al pasar y cubría sus sucios cabellos castaños con un sombrero con plumas, y mostraba los talones por sendos agujeros de sus sucias medias blancas. Había provocado una rivalidad incestuosa entre su padre y su hermano, llevaba la marca de un navajazo de su madre en el cuello, y caminaba, sobre sus gastados zapatos, con el rígido bamboleo de una enferma.

Un día, mientras acosaban a un atrapado chiquillo del callejón, que retrocedía despacio, temeroso y resentido, junto a una negra pared, Willie Isaacs, hermano menor de Max, lo señaló, riendo tontamente, y dijo:

—Su madre lava ropa en casa para otros.

Y después, casi partiéndose de risa, añadió:

—Lava la ropa de un viejo negro.

Harry Tarkinton lanzó una ronca carcajada. Eugene se apartó un poco, irguió convulsivamente el cuello y levantó bruscamente un pie del suelo.

—¡No es verdad! —gritó de pronto, ante las caras asombradas de los otros—. ¡No es verdad!

Los padres de Harry Tarkinton eran ingleses. Él tenía tres o cuatro años más que Eugene, y era un muchacho torpe, pesado y musculoso, que olía siempre a las pinturas y aceites de su padre, tenía duras las facciones y llena y caída la mandíbula inferior, y se hubiera dicho, por su nariz y su boca, que

estaba siempre acatarrado. Era el destructor de visiones, el promotor de iniquidades. Un atardecer, sobre la tupida hierba del huerto de Gant, mientras charlaban tumbados en ella, destruyó para siempre el encanto de la Navidad. En cambio, trajo el olor de pintura, la gaseosa hediondez del libertino, la cruda, sudorosa y nada imaginativa pasión por lo vulgar. Pero Eugene no podía seguirlo en esta pasión de patio de granja; el fuerte olor de las gallinas, el olor tarkintoniano a pinturas, y el rancio olor a cieno que brotaba del sucio degolladero del corral, se lo impedían.

Una vez, en la soledad de la tarde, al registrar él y Harry el desocupado piso superior de la casa de Gant, encontraron un frasco medio lleno de regenerador del cabello.

—¿Tienes algún pelo en la barriga? —preguntó Harry.

Eugene emitió una tosecilla forzada; aludió tímidamente al vello; confesó. Se desabrocharon los calzones, pasaron las manos untadas de aceite sobre el vientre, y esperaron que unos días venturosos les trajesen el vellocino de oro.

—El pelo te convierte en hombre —dijo Harry.

Ahora, al avanzar la primavera, Eugene iba más a menudo al taller de Gant en la plaza. Le encantaba aquel lugar: el brillante sol refrescante en el monte; las cortinas de rocío de la fuente; los gárrulos bomberos emergiendo del invierno; los perezosos carreteros tumbados en los peldaños de madera del taller, haciendo restallar hábilmente sus látigos sobre el pavimento y rivalizando en sus toscas payasadas; Jannadeau, escudriñando las entrañas de un reloj con su monóculo, detrás del cristal cagado de moscas de su ventana; las paredes ennegrecidas y mohosas de la fantástica choza de ladrillos de Gant; el interior polvoriento de la habitación delantera y principal, llena de lápidas sepulcrales, pequeñas lastras pulidas de Georgia, toscas y feas masas de granito de Vermont, modestos monumentos con una urna, la imagen de un querubín o de una oveja tendida, majestuosos ángeles manchados por las moscas, traídos de Carrara, Italia, comprados caros y jamás vendidos... Todo esto regocijaba su corazón.

Detrás de una mampara de madera estaba el cuarto de los trastos, lleno de polvo, y en él, toscos caballetes de madera sobre los cuales grababa Gant sus inscripciones; estantes llenos de escoplos, punzones, mazos; una rueda de esmeril con pedal, en la que trabajaba furiosamente Eugene durante horas, entusiasmándose con su silbido cada vez más agudo; bases de piedra arenisca; un hornillo de hierro colado, estropeado por el calor, y montones de carbón y de leña.

Entre el taller y el cuarto de los trastos, entrando a la izquierda, estaba la oficina de Gant, un cuartito con polvo acumulado a lo largo de veinte años,

con una vieja mesa escritorio, fajos de papeles sucios, un sofá de cuero y una mesa más pequeña llena de muestras redondas y cuadradas de mármol y de granito. La sucia ventana, que no se abría nunca, daba a la inclinada plaza del mercado, situada en dirección oblicua a la plaza pública y atestada de carros de transporte y de carretas de los vendedores ambulantes, y lindante, por la parte baja, con unas cuantas casas baratas y con el almacén y la oficina de Will Pentland.

Eugene encontraba a su padre peligrosamente apoyado en el sucio escaparate de Jannadeau o en la débil y pequeña valla que marcaba sus límites, hablando de política, de guerra, de muerte y de hambre; acusando a los demócratas, con alusiones al mal tiempo, a los impuestos y a las cocinas benéficas sufragadas por su administración, y encomiando todos los actos, declaraciones y programas de Theodore Roosevelt. Jannadeau, gangoso, juiciosamente razonable, aficionado a argumentar a base de estadísticas, consultaba su biblioteca cuando surgía alguna discusión; es decir, una edición grasienta del World Almanac, publicada hacía tres años. Y, después de hojearla unos momentos, decía en tono triunfal:

—¡Ah! Lo que pensaba. La imposición municipal de Milwaukee en 1905, bajo la administración demócrata, fue de dos dólares veinticinco centavos por ciento, la más baja que se había visto en muchos años. No comprendo por qué no dan el total de los ingresos.

Y argüía con animación, pellizcándose la nariz con los romos y negros dedos, y surcándose de arrugas su cara ancha y amarilla, mientras celebraba con risa gutural la falta de lógica de Gant.

—Y mire lo que le digo —proseguía Gant, como si el otro no lo hubiese interrumpido o él no hubiese oído su refutación—. Si vuelven otra vez, tendremos cocinas de beneficencia, los bancos quebrarán y a usted se le secarán las tripas contra el espinazo antes de que pase otro invierno.

Otras veces encontraba a su padre en el taller, inclinado sobre un caballete, manejando el pesado mazo con delicadeza mientras dirigía el cincel a través del laberinto de una inscripción. Nunca se ponía ropa de trabajo; seguía con su acepillado traje negro, quitándose solo la chaqueta y cubriéndose con un largo delantal a rayas. Eugene, al verlo, pensaba que no era un artesano común, sino un maestro, a quien bastaban unos breves martillazos para realizar un chef-d'oeuvre.

«En esto, no hay nadie como él en todo el mundo», pensaba Eugene, y su oscura visión se iluminaba un momento, al pensar que la obra de su padre no se extinguiría nunca, en los años que puede imaginar el hombre, y que cuando su gran esqueleto yaciese en la tierra cubierto de polvo en el enmarañado subsuelo de un herboso y olvidado cementerio, permanecerían las letras

labradas por él.

Y se compadecía de todos los abaceros y cerveceros y pañeros que habían llegado y se habían ido con su obra perecedera convertida en un excremento olvidado o en una tela podrida; o de los fontaneros, como el padre de Max, cuya obra se oxidaba bajo tierra; o de los pintores, como el padre de Harry, cuya obra se desconchaba con las estaciones o era borrada por otra capa de pintura más nueva y más brillante; y el sumo horror de la muerte y el olvido, de la descomposición de la vida y el recuerdo y el deseo en el enorme cementerio del mundo, causaba estragos en su corazón. Lloraba por todos los hombres que se habían ido definitivamente porque no habían tallado su nombre en una roca, estampado su marca en un cantil, buscado los objetos más imperecederos del mundo y grabado en ellos alguna señal, algún emblema que impidiese su total olvido.

Otras veces encontraba Eugene a Gant paseando a grandes zancadas en el fondo del edificio; discurriendo locamente entre los mármoles que, como centinelas, marcaban pasillos en el cuarto de los trastos; murmurando, con las manos cruzadas a la espalda, en un ominoso flujo y reflujo. Eugene esperaba. Al cabo de un rato, cuando había recorrido ochenta veces de este modo su taller, Gant se lanzaba, con un furioso aullido, a la puerta de entrada, salía en tromba al porche y declamaba su filípica contra los irritantes carreteros:

—Sois lo más bajo de lo bajo, lo peor de lo peor. Piojosos holgazanes que no servís para nada: me habéis llevado al borde de la inanición, habéis espantado a los pocos clientes que podían darme el pan y alejar el hambre de mi puerta. Os aborrezco, porque apestáis a una milla de distancia. Viles degenerados, malditos réprobos, capaces de robar los peniques de los ojos de un muerto, como los habéis robado de los míos, ¡horribles y crueles y sanguinarios sayones de montaña!

Y volvía a su taller, murmurando, para salir de nuevo al poco rato, esforzándose en fingir una tranquilidad que terminaba en un rugido:

—Mirad lo que os digo, y conste que es mi última advertencia. Si vuelvo a encontraros en mi escalera, ¡os meteré en la cárcel!

Y ellos se dispersaban sumisamente y se dirigían a sus carros, haciendo restallar distraídamente sus látigos sobre el pavimento.

—Seguro que algo ha trastornado al viejo —decían.

Una hora más tarde, como moscas zumbadoras y enojosas, salidas de ninguna parte, volvían a instalarse en los anchos escalones.

Al salir él del taller a la plaza, lo saludaban alegremente con cierto afecto.

—Buenos días, señor Gant.

—Buenos días, muchachos —respondía amablemente él, pensando en otra cosa.

Y se alejaba a largos y desgarrados pasos.

Si Gant estaba atareado con alguna piedra al entrar Eugene, le decía rudamente «Hola, hijo» y continuaba su trabajo hasta que había pulido con piedra pómez y agua la superficie del mármol. Después se quitaba el delantal, se ponía la chaqueta y decía al ocioso y expectante muchacho:

—Vamos. Me parece que tienes sed.

Y cruzaban la plaza y se dirigían al interior de la fresca tienda de ultramarinos, y plantados ante la espléndida fuente de ónice, bajo los vertiginosos ventiladores de madera, tomaban bebidas gaseosas heladas, limonadas tan frías que hacían que doliese la cabeza, o espumosos batidos que volvían en súbitos y delicados eructos a su delicada nariz.

Eugene, que además se había ganado veinticinco centavos, dejaba entonces a Gant y pasaba el resto del día en la biblioteca de la plaza. Ahora leía de prisa y con facilidad; leía, con hambre atroz, novelas románticas y de aventuras. En casa, devoraba las novelas de cinco centavos de Lute, amontonadas en los estantes; se zambullía en las aventuras semanales del Joven y Salvaje Oeste y, por la noche, fantaseaba sobre virtuosas y heroicas relaciones con la bella Arietta; seguía a Nick Carter por todos los laberintos del crimen metropolitano, a Fred Fearbot, y los triunfos atléticos de Frank Merriwell y las continuas victorias de Los chicos de la libertad del 76 sobre los odiados Casacas Rojas.

Al principio, el amor le interesaba menos que los éxitos materiales; los convencionales personajes femeninos de los libros infantiles, seres de cabellos largos, ojos ingenuos y virtuosas opiniones, de bondad y vacuidad impecables, lo satisfacían completamente; eran el premio al heroísmo, algo que había que librar de la villanía en el momento crítico, a golpes o a tiros, y sería disfrutado después junto con una espléndida renta.

En la biblioteca, revolvía los estantes de libros para chicos, siguiendo infatigablemente la infinita monotonía de los Algers —Valor y suerte, Húndete o nada, Firmeza, El tutor de Jack, Jed el Hospiciano— y muchas docenas más. Se deleitaba con la manera expuesta en estos libros de ganar mucho dinero (tema de los libros infantiles que nunca ha sido bastante reconocido); las grandes oportunidades que brinda la fortuna, el raíl suelto, el aviso al tren, la espléndida recompensa al heroísmo; o la cartera llena de dinero y devuelta a su dueño; o el valor de títulos presuntamente carentes de él; o el descubrimiento en la ciudad de un rico protector tan dominado por sus deseos que nunca fue capaz de satisfacerlos.



Y todos los detalles del dinero, el valor de la hacienda usurpada por el administrador infiel y su grosero hijo, lo entusiasmaban, calculaba el importe de la renta, si no constaba, y, en caso contrario, dividía la suma anual en porciones mensuales y semanales, y soñaba en su poder adquisitivo. Sus aspiraciones no eran modestas; ninguna fortuna inferior a doscientos cincuenta mil dólares lo satisfacía; la renta de cien mil dólares al seis por ciento, pensaba, era un freno a la prodigalidad; y si la recompensa de la virtud no era más que de veinte mil dólares, sentía una amarga desilusión y pensaba que la vida era insegura y había que buscar la comodidad.

Montó un constante intercambio de libros con sus compañeros, tomándolos a préstamo y prestándolos en una intrincada red, en la que participaban Max Isaacs y «Nosey» Schmidt, el hijo del carnicero, que tenía todas las magníficas aventuras de los Rover Boys. En su casa, registraba las estanterías de Gant y leía traducciones de La Ilíada y La Odisea, al mismo tiempo que Diamond Dick, Buffalo Bill y los Algers, y por la misma razón. Después, al transcurrir los primeros años y hacerse más inteligibles los tanteos eróticos, volvió apasionadamente su atención a las narraciones románticas, buscando a mujeres de sangre ardiente, de aliento dulce como la miel, y cuyo suave tacto provocaba un reguero de fuego.

Y en este saqueo de los colmados estantes, se encontró firmemente engastado en el grotesco modelo de la novela protestante, que otorga las recompensas de Dionisio a los fieles discípulos de Calvino, jadeando y rezando al mismo tiempo, guardando el árbol de la fruta prohibida con las velas del altar, y eclipsando a la ramera pagana con la pícara santurrona.

Sí, pensaba, también él tendría su pastel y lo comería... pero sería un pastel de boda. Era fiel a su deseo de ser un hombre bueno; solo daría a una virgen el espaldarazo de su amor; solo se casaría con una mujer pura. Y esto, según se desprendía de los libros, no significaría renunciar al placer, pues las mujeres buenas eran físicamente las más atractivas.

Sin saberlo, había aprendido lo que los refinados voluptuosos no descubren hasta mucho más tarde, después de improbables trabajos: que ninguna condición de la vida ofrece tanta satisfacción como aquella que ha sido estrictamente regulada. Tenía toda la apasionada fidelidad del niño a las leyes de la comunidad; el filtrado sedimento del presbiterianismo dominguero había surtido efecto en él.

Se sepultó en la carne de mil héroes ficticios, dando a sus predilectos una vida que se extendía más allá de los libros, haciendo ondear sus estandartes en las plazas grises de la actualidad, y viéndose ahora en el papel del joven clérigo militante, presto para el combate, en condiciones barriobajeras, contra toda la hostilidad adinerada de su encopetada iglesia, ayudado en sus horas de

más duro trabajo por la adorable hija del propietario millonario, y consiguiendo finalmente la victoria para Dios, para los pobres y para él mismo.

... Permanecieron unos momentos en silencio en la vasta y desierta nave de Saint Thomas. En el fondo de la enorme iglesia, las finas manos del viejo Michael pulsaban suavemente las teclas del órgano. Los últimos rayos del sol poniente atravesaban como flechas doradas las ventanas del oeste y, por un instante, cayeron como una aureola gloriosa, como una bendición, sobre el semblante cansado de Mainwaring.

—Me voy —dijo este al fin.

—¿Te vas? —murmuró ella—. ¿Adónde?

La música del órgano se hizo más intensa.

—Allá —dijo él, señalando brevemente hacia el oeste—. Allá... entre su gente.

—¿Te vas? —no podía disimular el temblor de su voz—. ¿Te vas? ¿Solo?

Él sonrió tristemente. El sol se había puesto. La creciente oscuridad ocultó la humedad recelosa de sus ojos grises.

—Sí, solo —dijo él—. ¿Acaso Él, que es mucho más grande que yo, no anduvo solo hace diecinueve siglos?

—¿Solo? ¿Solo?

Un sollozo subió a su garganta, ahogándola.

—Pero antes de marcharme —dijo él, al cabo de un momento, tratando en vano de dar firmeza a su voz—, quiero decirte...

Se interrumpió un instante, luchando por dominar sus sentimientos.

—¿Qué? —murmuró ella.

—Que nunca te olvidaré, pequeña, mientras viva. Nunca.

Se volvió bruscamente para marcharse.

—¡No, solo no! ¡No debes ir solo! —gritó ella, deteniéndolo.

Él giró en redondo, como herido por un disparo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir? —gritó, con voz ronca.

—¡Oh! ¿No lo ves? ¿No lo ves?

Tendió las manitas, implorando, y se le quebró la voz.

—¡Grace! ¡Grace! ¡Cielo santo! ¿Hablas en serio?

—¡Tonto! ¡Oh, mi querido y ciego muchacho! ¿No lo has sabido siempre... desde el primer día que te oí predicar en la institución de la calle Murphy?

Él la estrechó en un furioso abrazo; el esbelto cuerpo se dobló a su contacto, al inclinarse él sobre ella, y sus brazos redondos ciñeron suavemente los anchos hombros, rodearon su cuello, atrayendo su morena cabeza, mientras él depositaba ansiosos besos en sus ojos cerrados, en la columna de su cuello, en el pétalo partido de sus jóvenes y frescos labios.

—Para siempre —respondió solemnemente él—. Dios es mi testigo.

La música del órgano estalló ahora en un himno triunfal, llenando con su alegre melodía la vasta oscuridad de la iglesia. Y, al poner el viejo Michael su corazón en la música, lágrimas irrefrenables surcaron sus marchitas mejillas, pero, al percibir vagamente con sus viejos ojos las dos jóvenes figuras representando una vez más la antiquísima escena de la juventud y el amor, sonrió feliz entre sus lágrimas y murmuró:

—Yo soy la resurrección y la vida, Alfa y Omega, lo primero y lo último, el principio y el fin...

Eugene volvió los húmedos ojos a la luz que se filtraba por las ventanas de la biblioteca, pestañeó rápidamente, tragó saliva y se sonó con fuerza. ¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

... La banda de indígenas, viendo que ya no tenían nada que temer, rabiosos por las pérdidas que habían sufrido, empezaron a avanzar lentamente hacia el pie del cantil, dirigidos por Taomí, que, bailando furiosa y horriblemente pintado para la guerra, los incitaba al ataque, exhortándolos con voz estridente.

Glendenning lanzó una maldición en voz baja al mirar una vez más las cananas vacías de cartuchos, y después, hoscamente contemplando la horda vociferante allá abajo introdujo en su Colt las dos últimas balas que le quedaban.

—¿Para nosotros? —dijo ella, en un susurro.

Él asintió con la cabeza.

—¿Es el fin? —murmuró ella, sin mostrar el menor miedo.

Él asintió de nuevo y volvió un momento la cabeza. Después, levantó la cara pálida y la miró.

—Es la muerte, Veronica —dijo—, y ahora puedo hablar.

—Sí, Bruce —respondió ella, dulcemente.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, y su corazón se estremeció.

—Te amo, Veronica —dijo—. Te he amado desde que encontré tu cuerpo casi sin vida en la playa, y durante todas las noches que yací fuera de tu tienda, escuchando tu dulce respiración, y te amo más que nunca en esta hora mortal, cuando ya no me siento obligado a guardar silencio.

—Querido, querido —murmuró ella, viendo su rostro húmedo de lágrimas—. ¿Por qué no me lo dijiste? Yo te amé desde el primer momento.

Se inclinó hacia él, entreabiertos y trémulos los labios, breve y entrecortado el aliento, y al ceñirla fuertemente él con sus desnudos brazos, sus labios se encontraron en un largo momento embelesado, en un momento final de vida y de éxtasis en el que las reprimidas ansias de sus vidas encontraron liberación y consumación, en el momento triunfal de su muerte.

Un estampido lejano sacudió el aire. Glendenning alzó rápidamente la cabeza y se frotó los ojos con asombro. Allí, en el pequeño puerto de la isla, giraba lentamente la esbelta silueta de un destructor, y, mientras miraba, hubo otra llamarada y una humareda, y una sibilante granada de ocho pulgadas estalló a cuarenta metros del sitio donde se habían detenido los indígenas. Con un aullido en el que se confundían el miedo y la rabia por su fracaso, los nativos dieron media vuelta y corrieron a sus canoas. Un bote impulsado por los robustos brazos de unos marinos de chaqueta azul se había desprendido ya del costado del destructor y avanzaba hacia la playa.

—¡Salvados! ¡Nos hemos salvado! —gritó Glendenning, poniéndose de pie de un salto y señalando el bote que se acercaba.

Pero se interrumpió de pronto.

—¡Maldita sea! —murmuró amargamente—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa, Bruce? —preguntó ella.

Él le respondió con voz fría y ronca:

—Un destructor acaba de entrar en el puerto. Nos hemos salvado, señorita Mullins. ¡Salvado!

Y rio amargamente.

—¡Bruce! ¡Querido! ¿Qué te pasa? ¿No estás contento? ¿Por qué te comportas de un modo tan extraño? Tendremos toda la vida para vivirla juntos.

—¿Juntos? —dijo él, riendo agriamente—. ¡Oh, no, señorita Mullins! Conozco mi posición. ¿Piensa que el viejo J. T. Mullins dejaría que su hija se casara con Bruce Glendenning, vagabundo internacional, aprendiz de todo y

oficial de nada? ¡Oh, no! Esto se ha acabado, es la despedida. Supongo —añadió, con torcida sonrisa—, que un día me enteraré de su boda con un duque o con un lord, o con alguno de esos extranjeros. Bueno, adiós, señorita Mullins. Le deseo suerte. Presumo que cada uno de nosotros tiene que seguir su camino.

Y se volvió.

—¡Tonto! ¡Eres un chico tonto y malo! —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos, estrechándolo con fuerza y riéndolo cariñosamente—. ¿Piensas que permitiré que me dejes ahora?

—Veronica —jadeó él—, ¿hablas en serio?

Ella trató de aguantar su mirada de adoración, pero no pudo; una ola de rubor cubrió sus mejillas; él la atrajo, extasiado, y por segunda vez, pero ahora con la profecía de una vida larga y feliz, sus labios se encontraron en un dulce olvido...

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! El corazón de Eugene estaba lleno de gozo y de tristeza, de pesar porque el libro se había acabado. Sacó su manchado pañuelo del bolsillo y desahogó el contenido de su cargado corazón en un extático y triunfal trompeteo de gloria y sentimiento. ¡Ay de mí! El bueno y viejo Bruce-Eugene.

Elevado por su fantasía a un alto mundo interior, borró pronto y enteramente todos los sucios tiznajos de la vida; existía noblemente en un mundo heroico, en compañía de criaturas adorables y virtuosas. Se veía en exaltadas circunstancias con Bessie Barnes, la de ojos puros empañados por las lágrimas, y dulces labios trémulos de deseo; sentía el firme apretón de manos de Honest Jack, el hermano de ella, y su sincera fidelidad, el profundo y eterno compromiso de sus almas valientes, mientras se miraban pasmados con nublados ojos, y pensaba en el pacto ante el peligro y en la marcha hombro a hombro ante la muerte y el horror que los había soldado en silencio pero implacablemente.

Eugene quería las dos cosas que ambicionan todos los hombres: ser amado y ser famoso. Su fama tenía muchos matices, pero su fruto y su triunfo estaban en casa, entre la gente de Altamont. La villa montañesa tenía para él enorme autoridad; dado su egotismo infantil, era para él el centro de la tierra, el pequeño pero dinámico núcleo de toda vida. Se veía alcanzando triunfos napoleónicos en el combate, cayendo como un rayo, con sus aguerridos piqueros, sobre el flanco enemigo, montando emboscadas, cercando y aniquilando. Se veía como un joven capitán de industria, dominador, victorioso, rico; como un gran abogado criminalista, convenciendo de su elocuencia a un tribunal arrobado... y siempre, al volver de sus viajes, llevaba

la gran corona del mundo sobre su modesta frente.

El mundo era una tierra fantástica y encantada allende las nebulosas cimas de los montes, una tierra de grandes reverberaciones, de huertos guardados por genios, de mares oscuros como el vino tinto, de ciudades fantasmagóricas y quiméricas, de las que volvía al corazón sustancial de la vida, a su pueblo natal, cargado con un botín de oro.

Se estremecía deliciosamente ante la tentación, pero conservaba íntegro su tembloroso honor, después de someterlo a las más duras pruebas: la bella y elegante esposa del hombre acaudalado, públicamente humillada por un marido brutal, defendida por Bruce-Eugene, derritiéndose por él con todo el puro ardor de su corazón femenino solitario, desgranando la triste historia de su vida en sus oídos compasivos, ante las copas de vino y a la luz de las velas de una mesa lujosa pero íntima. Y al acercarse ansiosamente a él, bajo la amortiguada luz, enfundada en un vestido de rico terciopelo, él desprendía delicadamente los redondos brazos ceñidos a su cuello y apartaba el firme y curvilíneo cuerpo que se había pegado al suyo. O la rubia princesa de los fabulosos Balcanes, emperatriz del País de los Juguetes y de los Húsares Muñecos... cuyo ofrecimiento de renuncia rechazaba en una magnífica escena en la frontera, bebiendo en sus rojos labios la eterna despedida, pero casándose con ella y dándole la ciudadanía de la libertad cuando la revolución igualaba su fortuna a la de él.

Pero, zambulléndose en antiguos mitos, donde la voluntad y la acción no eran consideradas con negros matices, se entregaba, sobre la alfombra de dorados prados o bajo la luz verde de los bosques, al amor pagano. ¡Oh! Ser rey y ver a una lozana judía de anchas caderas bañándose en su terrado, y poseerla; o ser un barón, en su escabroso castillo, y ejercer el derecho de pernada con la más linda de las esposas o mozas de sus vasallos, en una inmensa cámara batida por el viento e iluminada por las locas llamas danzarinas de los grandes leños...

Pero aún más a menudo, hecha añicos la cáscara de su moral por el deseo, representaba la obscena fábula de los colegiales y se imaginaba una ardiente aventura con una hermosa maestra. En el cuarto año, su maestra era joven, inexperta y bien formada, con cabellos de color de zanahoria y muy propensa a la risa atolondrada.

Se veía, ya en la edad de la potencia, como un muchacho vigoroso, heroico y brillante, única luminaria en una escuela en medio de apartados bosques, a la que solo asistían chiquillos de mellados dientes y patanes vellosos. Y, al avanzar el suave otoño, aumentaba el interés que ella sentía por él, lo obligaba a «quedarse» por faltas inexistentes, y le imponía, de manera algo confusa, algún deber, observándolo fijamente y con ojos ansiosos cuando pensaba que

él no la miraba.

Él fingía encallarse en el ejercicio, y ella se acercaba ávidamente y se sentaba a su lado, inclinándose de manera que unos mechones de sus rojos cabellos le rozaban la nariz y que pudiera sentir el fuerte calor de sus brazos bajo las blancas mangas y la curva de sus muslos ceñidos por la falda. Le explicaba cosas con gran prolijidad, guiándole los dedos con su mano cálida y ligeramente húmeda cuando él simulaba no encontrar alguna cosa, y después lo reñía amablemente, diciéndole con ternura:

—¿Por qué eres tan malo? —o bien—: ¿Crees que te portarás mejor después de esto?

Y él, fingiendo una timidez infantil, inarticulada, le decía:

—Bueno, señorita Edith, no tuve intención de hacer nada malo.

Más tarde, cuando el dorado sol se ponía envuelto en rojos resplandores, y solo quedaba en la clase el olor a tiza y el pesado zumbido de las moscas de octubre, se preparaban para salir. Y al ponerse él descuidadamente el abrigo, ella le decía que se acercase, le arreglaba las solapas y la corbata, y le alisaba los revueltos cabellos, declarando:

—Eres un muchacho guapo. Apuesto a que todas las niñas están locas por ti.

Él se ruborizaba como una doncella, y ella, llena de curiosidad, lo apremiaba:

—Vamos, dímelo. ¿Quién es tu chica?

—No tengo ninguna, señorita Edith. Palabra.

—No quieres a ninguna de esas chicas tontas, ¿verdad, Eugene? —decía ella, incitándolo—. Eres demasiado bueno para ellas... Pareces mucho mayor de lo que eres. Necesitas la comprensión que solo puede darte una mujer madura.

Y echaban a andar a la luz del sol poniente, dando un rodeo a los frescos pinares, siguiendo el sendero alfombrado de rojo por las hojas de los arces, pasando entre los campos de grandes calabazas maduras, bajo el olor otoñal de los dorados nísperos.

Ella vivía sola con su madre, anciana y sorda, en una casita apartada de la carretera, al resguardo de unos pinos solitarios y rumorosos, con unos cuantos robles y arces en el huerto cubierto de hojas.

Antes de llegar a la casa, cruzando un campo, había que saltar un valle; él lo hacía primero y la ayudaba a bajar, mirando ardientemente la graciosa curva de su nalga y deliberadamente descubierta pierna, calzada con una media de

seda.

Al acortarse los días, volvían al anochecer, o bajo la clara y baja luz otoñal. Ella fingía asustarse al pasar por el bosque, arrimándose a él y asiéndole el brazo al menor ruido imaginario, hasta que una noche, al saltar la valla, pretendía ella, con resuelta audacia, que le costaba bajar, motivo por el cual la tomaba él en brazos. Y ella murmuraba:

—¡Qué fuerza tienes, Eugene!

Sin soltarla, deslizaba él las manos debajo de sus rodillas. Y, al bajarla sobre el grumoso y frío suelo, ella lo besaba apasionadamente una y otra vez, estrechándolo, acariciándolo, y, al pie del escarchado níspero, cedía y consumaba su crudo y virginal deseo.

—El chico lee cientos de libros —se jactaba Gant en la villa—. Se ha tragado todo lo que hay en la biblioteca.

—Bueno, W. O., tendrás que hacerlo abogado. Ha nacido para esto —dijo el comandante Liddell, con voz aguda y cascada, escupiendo cuidadosamente al pavimento, retrepándose en su sillón debajo de las ventanas de la biblioteca y acariciándose la blanca y puntiaguda barba con una mano medio paralizada. Era un veterano.

## DIEZ

Pero esta libertad, este aislamiento en la letra impresa, este período de soñadora e ilimitada fantasía, no tenía que durar eternamente. Tanto Gant como Eliza eran elocuentes defensores de la independencia económica; todos los chicos habían sido enviados a ganar dinero a edad muy temprana.

—Eso enseña a un chico a ser independiente y a confiar en sí mismo —decía Gant, pensando que lo había leído en alguna parte.

—¡Bah! —decía Eliza—. No les hará ningún daño. Si no aprenden ahora, después no darán golpe. Además, pueden ganar para sus gastos.

Desde luego, esta consideración tenía máxima importancia.

Por eso habían ido los chicos a trabajar, después de las horas de clase y en las vacaciones, desde su primera juventud. Desgraciadamente, ni Eliza ni Gant se tomaban el trabajo de examinar la clase de trabajo que hacían sus hijos, contentándose vagamente con la cómoda seguridad de que todo trabajo que daba dinero era honrado, encomiable y bueno para formar el carácter.

En esa época, Ben, enojado, silencioso, solitario, se había recluso todavía



más dentro de sí mismo; entraba y salía de la alborotada casa, y era recordado en ella como un fantasma. A las tres de la mañana, cuando su frágil y mal abastecido cuerpo hubiese debido estar sumido en el sueño, se levantaba a la luz de las estrellas matutinas, salía sin hacer ruido de la casa dormida e iba al encuentro de las estruendosas prensas y el olor a tinta que adoraba, para iniciar la ruta del reparto. Casi sin que Gant y Eliza se diesen cuenta, abandonó silenciosamente el colegio después del octavo curso y desempeñó otros trabajos en la oficina del periódico, ganándose la vida, con orgullo un tanto amargo. Dormía en casa, comía quizá una vez al día en ella y volvía desgarradamente por la noche, con la andadura de su padre y los flacos y largos hombros encorvados prematuramente por el peso de la molesta bolsa de los periódicos, patéticamente hambriento como buen gantiano.

Llevaba enquistada en él la prueba del trágico defecto de los Gant: caminaba solo en la oscuridad, con la muerte y los ángeles oscuros cerniéndose sobre él, y nadie lo veía. A las tres y media de la mañana, con la cargada bolsa a su lado, se sentaba con otros repartidores en una cafetería y, sosteniendo una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra, reía suavemente, casi sin hacer ruido, con su boca temblorosa y exquisitamente sensitiva, y sus graves ojos grises.

En casa, pasaba horas tranquilamente absorto en su vida con Eugene, jugando con él, dándole un sopapo de vez en cuando con sus manos blancas y duras, estableciendo con él una comunicación secreta en la que el resto de la familia no podía participar ni comprender. Sacándolo de sus mezquinos ingresos, daba dinero al niño para sus gastos y le compraba regalos caros en sus cumpleaños, en Navidad y en ocasiones especiales, secretamente conmovido y complacido al ver que Eugene lo consideraba un mecenas, y lo importantes e inagotables que eran sus pobres recursos para su hermano menor. Lo que ganaba, y toda la historia de su vida fuera de casa, lo mantenía en absoluto secreto.

—Esto no le importa a nadie, salvo a mí. Sabe Dios que yo no os pregunto nada —decía, con hosquedad e irritación, cuando Eliza lo interrogaba, movida por la curiosidad.

Mostraba un profundo y enfurruñado afecto por todos. Nunca olvidaba sus cumpleaños; siempre colocaba, donde pudiesen encontrarlo, algún pequeño regalo, barato, pero escogido con gusto excelente y discriminatorio. Cuando, con su énfasis exagerado y ferviente, mostraban ellos su arrobada admiración, adornando sus acciones de gracias con floridos ditirambos, él volvía la cabeza hacia un oyente imaginario, reía en voz baja y con irritación, y decía:

—¡Por el amor de Dios! ¿Has oído lo que dicen?

Cuando Ben, con su traje cepillado y planchado y su cuello blanco,

caminaba sin ruido por las calles o rondaba silencioso e inquieto por la casa, quizá su ángel negro lloraba; pero nadie lo veía y nadie lo sabía. Era un extraño, y cuando buscaba por la casa, pretendía siempre encontrar alguna entrada en la vida, alguna puerta ignota y secreta —una piedra, una hoja— que lo llevase a la luz y a la intimidad. Su pasión por el hogar era fundamental; en aquella reñidora y clamorosa familia, su quietud enfurruñada y contenida era como una droga calmante para los nervios; con tranquila autoridad y gran habilidad manual, trataba de reparar viejos desperfectos, pegando delicadamente objetos rotos o reparando un cortocircuito o un portalámparas defectuoso.

—Ese chico tiene pasta de electricista —decía Gant—. Estoy pensando en sacarlo del colegio.

Y pintaba un romántico cuadro de la prosperidad del señor Charles Liddell, digno hijo del comandante, que ganaba miles de dólares con sus mágicas dotes para la electricidad, y mantenía a su padre.

Y los censuraba a todos amargamente, pregonando sus propios méritos y la inutilidad de sus hijos.

—Otros hijos mantienen a sus ancianos padres, ¡pero no los míos! Los míos, ¡no! Dios mío, ¿qué será de mí cuando tenga que depender de uno de los míos? Tarkinton me dijo el otro día que Rafe le da cinco dólares a la semana, para su manutención, desde que tenía dieciséis años. ¿Pensáis que puedo esperar algo así de uno de los míos? ¿Lo pensáis? Antes se helaría el infierno, ¡y ni siquiera entonces lo harían!

Y refería las penalidades de su propia juventud, cuando lo habían enviado a ganarse la vida, decía, a una edad que variaba entre los seis y los once años según su estado de ánimo, comparando su pobreza con el lujo en que se revolcaban sus hijos.

—Nadie hizo nunca nada por mí —gemía—. En cambio, lo he hecho todo por vosotros. ¿Y qué muestras de gratitud recibo? ¿Pensáis siquiera en el viejo que trabaja como un esclavo en su frío taller para daros comida y albergue? ¿Lo hacéis? ¡Vuestra ingratitud es más cruel que las bestias salvajes!

El remordimiento hacía que la comida, vengativa, se le atragantase a Eugene.

Eugene se había iniciado en la ética del éxito. No bastaba con que un hombre trabajase, aunque el trabajo era fundamental; era aún más importante que ganase dinero, mucho dinero si había de triunfar, pero al menos lo bastante para «mantenerse». Esto era, tanto para Gant como para Eliza, la base del valor. Por ejemplo, decían de fulanito:

—No vale la pólvora que se gastaría en matarlo. Nunca ha sido capaz de mantenerse.

A lo que podía añadir Eliza, aunque no Gant:

—No tiene un palmo de tierra a su nombre.

Lo cual era el colmo de la infamia.

Ahora, en las frescas mañanas de primavera, Eugene era sacado de la cama por su padre a las seis y media, bajaba al huerto y, allí, ayudado por Gant, llenaba pequeñas cestas con grandes y rizadas lechugas, rábanos, ciruelas y manzanas verdes, y un poco más tarde con cerezas. Cargándolo todo en una gran canasta, recorría el barrio con su mercancía y la vendía fácilmente y con gran regocijo, en un mundo de fragantes aromas mañaneros de cocina, a cinco o diez centavos la cestita. Volvía satisfecho a casa, con la canasta vacía, a tiempo para el desayuno. Le gustaba el trabajo, el olor de la huerta y de las frescas y húmedas hortalizas; adoraba la romántica estructura de la tierra, que llenaba su bolsillo de monedas tintineantes.

Le permitían quedarse con el dinero de sus ventas, aunque Eliza insistía fastidiosamente en que no debía malgastarlo, sino abrir una cuenta de ahorro en el banco, a fin de poder montar un día un negocio o comprar un buen trozo de tierra. Y le compró una hucha en la que él echaba de mala gana una parte de sus ganancias, pero que le producía una melancólica satisfacción al agitarla de vez en cuando junto al oído y pensar, ávidamente, en todas las cosas buenas que se podrían comprar con el dinero encerrado, fuera de su alcance, en la pequeña caja de caudales. Cierto que había una llave pero la guardaba Eliza.

Pero pasaron los meses, el rollizo cuerpo infantil empezó a estirarse rápidamente, por alguna reacción química interior, y Eugene se convirtió en un chico frágil, delgado, pálido, pero muy alto para su edad; y entonces Eliza empezó a decir:

—Este chico es lo bastante mayor para trabajar un poco.

Todos los jueves por la tarde, durante los meses de colegio, y después hasta el sábado era enviado a la calle a vender *The Saturday Evening Post*, cuya agencia local regentaba Luke. Eugene aborrecía este trabajo, por el que sentía un odio terrible y creciente; esperaba los jueves con horror morboso.

Luke estaba a cargo de esta agencia desde los doce años; su fama de vendedor era conocida en toda la ciudad; trabajaba sonriendo ampliamente, desbordante de vitalidad, con lenguaje chancero e ingenioso, vertiendo toda su bulliciosa energía en una loca extraversión. Vivía absolutamente al descubierto; no tenía secretos, no ocultaba ni guardaba nada; tenía un horror instintivo a todo lo que fuese soledad.

Por encima de todo, quería ser estimado y apreciado por la gente, y la necesidad de afecto y de estima por parte de su familia era, para él, algo desesperadamente esencial. La lisonja, la cordialidad de la mano y la palabra, la generosa comunicación del sentimiento, eran para él como un aliento vital: insistía empeñándose en pagar las bebidas en el bar, llevaba a casa helados para Eliza y cigarros para Gant, y, al pregonar esta su generosidad, el chico la encontraba aún más necesaria; se forjaba una imagen de sí mismo que era la del buen amigo, ingenioso, desprendido, del que todos se reían un poco pero al que todos apreciaban: Luke el generoso y bondadoso. Y esta era la opinión que de él tenía la gente.

Muchas veces, en los años que siguieron, cuando Eugene tenía el bolsillo vacío, Luke arrojaba en él una moneda con brusquedad e impaciencia, pero por muy apurado que estuviese el hermano menor, se producía siempre una escena engorrosa, con dolorosas y turbadas protestas y angustiosa confusión, porque Eugene, que había captado exactamente e intuitivamente la necesidad que tenía su hermano de gratitud y estimación, sentía agudamente que cedía su independencia a un deseo avasallador.

Nunca había sentido la menor vergüenza por las dádivas de Ben; su percepción enormemente sensibilizada le había dicho hacía tiempo que podía esperar imprecaciones de mal humor o sopapos de enojo por parte de su hermano, pero que este no le echaría nunca en cara sus pasados favores, e incluso pensaba que Ben se avergonzaría en secreto de haberle prodigado sus regalos. En esto era como Ben: la idea de haber hecho un regalo, con sus satisfactorias implicaciones, lo acongojaba.

Así, antes de tener diez años, el espíritu caviloso de Eugene se vio enzarzado en una compleja red de verdades y apariencias. No podía encontrar palabras, respuestas a los enigmas que lo desconcertaban y enloquecían; descubrió que detestaba todo lo que llevaba sello de la virtud, que le fastidiaba y horrorizaba todo lo que era considerado noble. A sus ocho años se enfrentaba con la atormentada paradoja de la generosidad interesada, del desprendimiento egoísta, de la nobleza ruin, e incapaz de descubrir o definir los profundos resortes del deseo que hacen que el espíritu humano busque la gratificación pública con pretensiones de virtud, sentíase afligido por la convicción de su propia perversidad.

Poseía una sinceridad tremenda, que ejercía un dominio irrefrenable sobre él en todo aquello que afectaba profundamente a su corazón o a su cabeza. Así, en las exequias de algún pariente lejano o de algún conocido de la familia, por quienes nunca había sentido mucho afecto, experimentaba una amarga vergüenza si, al escuchar la solemne retórica del sacerdote o el sonsonete plañidero de los cantores, sentía que su cara había adoptado una expresión de pesar no sentido, fingido; como consecuencia de lo cual se volvía

despreocupadamente, cruzaba las piernas y miraba con indiferencia al techo o a través de una ventana, sonriendo, hasta que se daba cuenta de que su conducta llamaba la atención y de que la gente lo miraba con disgusto. Después sentía una torva satisfacción, como si, aun a costa de perder estimación, hubiese dado fe de su vida.

En cambio, Luke brillaba esplendoroso en la absurda mojiganga de la ciudad; daba gran importancia a todo estímulo de afecto, de dolor, de compasión, de buena voluntad y de modestia; no había exceso que no recalcase con fuerza, y los turbios ojos de la gente lo observaban con simpatía.

Se volcaba hacia fuera con incesante exuberancia. No había en él ninguna red intrincada que lo frenase, ningún peso equilibrador o restrictivo; tenía una energía enorme, un afanoso espíritu gregario y pasión por mancomunar su vida.

—Vamos, no es hora de soñar despierto —mascullaba irónicamente—. A quien madruga, Dios le ayuda; ya es hora de que salgamos a la calle.

Y aunque su alusión al soñar despierto era solo parte del axiomático mosaico de su lenguaje, Eugene se sobresaltaba y se sentía confuso, pensando que su mundo secreto, tan celosamente guardado, se había revelado y puesto en ridículo. Y el chico mayor, picado por su propia y horrible actuación en el colegio, se convencía de que la profunda introversión de espíritu, la cavilosa reclusión en el lugar secreto, que reconocía en el misterioso poder hipnótico del lenguaje sobre Eugene, no era solamente una especie de indolencia, pues el único trabajo que reconocía era el que gravitaba o exigía sudores en el fácil juego de la lengua, sino que era además complacencia en un espíritu «egoísta» y olvidadizo de la familia. Estaba resuelto a ocupar él solo el trono de la bondad.

Así captaba Eugene, vaga pero acremente, que otros muchachos de su edad no solo se mantenían ellos mismos, sino que llevaban años brindando una vida lujosa a sus decrepitos padres, gracias a sus ganancias como ingenieros de compañías eléctricas, presidentes de bancos o miembros del Congreso. En realidad, no había sugerencia, por exagerada que fuese, que no emplease Gant con su hijo menor; hacía tiempo que sentía todos los trémolos del sentimiento en aquel pequeño instrumento con millones de notas, y le complacía ver cómo reculaba y se atragantaba el chico, torturado por el remordimiento. Así, mientras llenaba de succulenta comida el plato del muchacho, le decía, sentimentalmente:

—Te diré una cosa: no hay muchos chicos que tengan lo que tú tienes. ¿Qué será de ti cuando muera tu anciano padre?

Y pintaba un lúgubre cuadro en el que su cuerpo muerto y frío era bajado

para siempre al seno de la tierra húmeda y podrida, y enterrado allí, olvidado... suceso que, según decía tristemente, no podía tardar en producirse.

—Entonces recordarás al viejo —decía—. ¡Ay, Señor! Solo nos acordamos del agua cuando se seca el pozo.

Y observaba con agria satisfacción la convulsión interna de la garganta del chico, el pestañeo de los ojos, la cara tensa y contraída.

—Te digo, señor Gant —refunfuñaba Eliza, también complacida—, que no deberías hacerle eso al chiquillo.

O bien hablaba tristemente Gant del «pequeño Jimmy», un muchacho sin piernas que mencionaba con frecuencia a Eugene, que vivía al otro lado del río, frente a Riverside, el parque de atracciones, y alrededor del cual había tejido una fábula de pobreza y orfandad que había llegado a ser terriblemente real para su hijo. Cuando Eugene tenía seis años, Gant le había prometido ligeramente un poni para Navidad, sin la menor intención de cumplir su promesa. Al acercarse la Navidad, había empezado a hablar en términos conmovedores del «pequeño Jimmy», de las innumerables ventajas de la posición de Eugene, y, después de un enconado debate, el niño había renunciado al poni y garabateado un mensaje a Papá Noel, diciéndole que llevase el regalo al inválido. Eugene nunca lo olvidó; incluso cuando fue mayor de edad, recordó con frecuencia el engaño del «pequeño Jimmy», sin rencor, sin irritación, solo con pesar por la mentira inútil, por el estúpido perjurio, por la impremeditada falsedad, por la perjudicial y torpe superchería.

Luke repetía como un loro todos los sermones de su padre, pero sería y neciamente, sin el humor de Gant, sin su trapacería, solo con su sentimentalismo. Vivía en un mundo de símbolos, grande, tosco, abigarradamente pintado, con rótulos de «Padre», «Madre», «Hogar», «Familia», «Generosidad», «Honor», «Desprendimiento», hechos de azúcar y melaza, y pegados con un gelatinoso jarabe de lágrimas.

—Es un buen chico —decían los vecinos.

—Es una monería —decían las damas, encantadas con sus balbuceos, su ingenio, su buen carácter y sus devotas atenciones.

—Ese chico es muy espabilado. Hará carrera —decían los hombres de la villa.

Y a él le gustaba que le tuviesen por un chico espabilado y sonriente. Leía devotamente todas las circulares que la compañía editorial Curtis enviaba a sus agentes; adoptaba las diversas actitudes presuntamente adecuadas para aumentar las ventas: la mejor manera de «abordar» al cliente; el modo más persuasivo de sacar el periódico de la bolsa; la elocuente descripción de su

contenido, presuntamente resultado de su atenta lectura —«el buen vendedor —decían las circulares—, debe conocer perfectamente el artículo que vende», cosa que en realidad evitaba Luke, sustituyéndola con convincentes invenciones propias.

La digestión literal de estas instrucciones dio por resultado una de las más fantásticas exhibiciones de venta de papel impreso que jamás se hubiese visto. Fortalecido por su ilimitada desfachatez y por los piadosos axiomas de las exhortaciones de que «el buen vendedor nunca debe aceptar un no como respuesta», de que «debe captar la psicología del cliente», el muchacho se ponía al lado del incauto peatón, desplegaba las grandes hojas de The Post ante sus narices y, con una perorata torrencial, mezcla de balbuceos, bufonadas y cumplidos, pronunciada con tal rapidez que el hombre no podía aceptar ni rechazar el periódico, lo perseguía por la calle ante un público sonriente y lo acorralaba contra una pared, hasta que el hombre sacaba ansiosamente una moneda de cinco centavos del bolsillo, para comprar su libertad.

—Sí, señor. Sí, señor —empezaba, con voz tonante, ajustando su paso al de su «víctima»—. Es la edición de esta semana de The Saturday Evening Post; solo cuesta cinco centavos, una perra chica, y lo c-c-compran cada semana d-d-dos millones de lectores. En este número encontrará ochenta y seis páginas de n-n-noticias de actualidad y de ficción, sin c-c-contar los anuncios. Si no qui-quiere usted leer, solo las ilustraciones valen más de lo que p-p-pague. En la página trece de este número, se publica un estupendo artículo de I-I-I-Isaac F. Marcossón, el f-f-famoso viajero y comentarista político; en la página veintinueve, encontrará un cuento de Irving S. Cobb, el más g-g-g-grande humorista viviente, y un nuevo cuento de J-J-Jack London sobre el mundo del boxeo. Si lo c-c-comprase en forma de libro, le c-c-costaría un d-d-dólar y medio.

Aparte de estas víctimas circunstanciales, tenía una extensa clientela entre la gente de la ciudad. Contoneándose viva y alegremente calle abajo, prodigando saludos y réplicas agudas, se dirigía a los hombres sonrientes dándoles cada vez un nuevo título con su rica y entrecortada voz de tenor.

—¿Cómo está usted, coronel? Tome usted, comandante; un semanario recién salido de la prensa. Capitán, ¿cómo está el chico?

—¿Y cómo estás tú, hijo?

—No podría estar mejor, mi general. ¡Lustroso como la panza de un cachorro!

Y ellos se reían, con esa risa jadeante y franca del sur.

—A fe mía que es un buen tipo. Bueno, hijo, dame uno de esos malditos periódicos. No lo voy a leer, pero lo compraré solo para oírte hablar.

Rebosaba picante y mordaz vulgaridad; más que cualquier otro miembro de la familia, tenía una mundanería rabelesiana que surgía en él con ilimitada energía, infundiendo a su lengua comparaciones impremeditadas y metáforas al estilo de Gargantúa. Por último, mojaba la cama todas las noches, a pesar de las enojadas lamentaciones de Eliza; era el toque final de su tartamuda, sibilante, alegre, vital y cómica personalidad. Era Luke, el único; Luke, el incomparable; era, a pesar de su locuaz e inquieto nerviosismo, una persona sumamente simpática, y en realidad, había en su interior un pozo insondable de afecto. Quería que lo lisonjeasen por sus actos, pero tenía un gran y auténtico caudal de amabilidad y de ternura.

Todas las semanas, el jueves, reunía en el pequeño y polvoriento despacho de Gant a la pandilla de chiquillos sonrientes que vendían The Post para él, y los arengaba antes de enviarlos a su trabajo:

—Bueno, ¿habéis pensado ya lo que vais a decirles? Sabéis que no podéis quedaros sentados sobre la rabadilla, esperando a que se fijen en vosotros. ¿Habéis inventado alguna frase llamativa? Cómo vas a abordarlos, ¿eh? —decía, volviéndose a un niño pequeño y aturullado—. Habla, habla, m-m-m-maldita sea. No te quedes ahí pasmado. ¡Oh! —decía, riendo de pronto como un idiota—. ¡Mirad qué cara pone!

Gant observaba desde lejos la función, con Jannadeau, y sonreía.

—Está bien, Cristóbal Colón —proseguía Luke, de buen humor—. ¿Qué vas a decirles, hijo?

El niño carraspeaba tímidamente.

—Señor, ¿quiere usted comprar un número de The Saturday Evening Post?

—¡Oh! Bla-bla-bla —decía Luke, con afectada delicadeza, mientras los chicos reían entre dientes—. ¡Dulce bla-bla-bla! ¿Esperas que te compren algo con ese reclamo? ¡Dios mío! ¿De qué te sirven los sesos? Échate encima de ellos. Agárralos, y no aceptes un no como respuesta. No les preguntes si quieren comprar. Oblígalos. «Tome usted, señor; recién salido de la prensa». ¡Jesús! —chillaba, mirando el lejano reloj del juzgado con súbita inquietud—. Tendríamos que haber salido hace una hora. Vamos, no os quedéis plantados; aquí están vuestros periódicos. ¿Cuántos quieres tú, pequeño Kite?

Tenía a varios judíos a sus órdenes. Lo adoraban, y él los apreciaba mucho; le gustaba su cordialidad, su riqueza, su carácter.

—Veinte.

—¡Veinte! —chillaba—. Pequeño haragán, te llevarás cincuenta. Vamos, p-p-puedes venderlos todos esta tarde. Dios mío, p-p-papá —decía señalando a los judíos, al entrar Gant en el despacho—. P-p-parece la Última Cena, ¿no?



¡Está bien! —decía, dándole una palmada en el trasero a un chiquillo que se había agachado para recoger su cupo—. No me lo pongas en la cara. —Y todos se desternillaban de risa—. Ahora, duro con ellos. No dejéis que se os escapen.

Y, riendo con excitación, los enviaba a la calle.

Ahora, Eugene estaba siendo iniciado en esta clase de empleo y en este método de explotación. Aborrecía el trabajo, por el que sentía una terrible e inexplicable aversión. Pero algo en su interior hacía que le fastidiase terriblemente la idea de colocar su mercancía por el procedimiento de incordiar hasta el punto de que le comprasen el periódico solo para librarse de él. Se estremecía de vergüenza y de humillación, pero se entregaba desesperadamente a su tarea; extraña y apasionada criaturita de cabellos rizados, que corría junto a la asombrada víctima, vertiendo ansiosamente un alud de palabras sobre ella. Y los hombres, en cierto modo fascinados por la rara elocuencia del chiquillo, le compraban el periódico.

A veces, el panzudo juez federal, un abogado o un banquero, lo llevaban a sus casas y le pedían que actuase para sus esposas o los miembros de sus familias, le daban veinticinco centavos cuando había terminado, y lo despedían.

—¿Qué os ha parecido? —decían.

Hechas las primeras e inmediatas ventas en la villa, emprendían el largo recorrido de las colinas y los bosques de las afueras, visitando los sanatorios para tuberculosos, donde vendía las revistas fácil y rápidamente —«como buñuelos calientes», decía Luke— a médicos y enfermeras, a pálidos judíos sin afeitar, a un calavera destrozado que escupía sus podridos pulmones en una taza, y a jóvenes bonitas que tosían ligeramente de vez en cuando y le sonreían desde sus sillones, y dejaban que sus manos febriles y suaves rozasen las de él para pagarle.

Una vez, en un sanatorio de la falda de un monte, dos jóvenes judíos de Nueva York lo habían llevado a la habitación de uno de ellos, donde, después de cerrar la puerta, lo habían atacado y tumbado sobre la cama, y uno de ellos se había sacado una navaja del bolsillo y anunciado que iba a practicarle una operación de castración. Eran dos jóvenes que estaban hartos de los montes, de la ciudad y del espantoso régimen de su tratamiento, y Eugene pensó, años más tarde, que debían llevar días tramando la jugarreta, para distraer sus aburridas vidas con la excitación y el terror que provocarían en él. Pero su reacción fue más violenta de lo que ellos esperaban, pues, loco de miedo, chilló y se defendió furiosamente. Como estaban más débiles que un gato hambriento, se desprendió de ellos y saltó de la cama, lanzándoles zarpazos como un tigre, y golpes y patadas, con ciego y creciente furor. Fue liberado

por una enfermera que abrió la puerta y lo condujo al aire libre, mientras los dos tísicos, agotados y asustados, permanecían en la habitación. El miedo y el contacto de sus puños con aquellos cuerpos consumidos le produjeron unas náuseas tremendas.

Pero el puñado de monedas de cinco, diez y veinticinco centavos, tintineaba agradablemente en su bolsillo; agotado y flaqueándole las piernas, se plantaba delante de una alegre fuente y hundía la cara enrojecida en el agua helada. A veces, remordiéndole la conciencia, hurtaba una hora al trabajo callejero y se metía en la biblioteca para un período de embeleso y de olvido; y allí le descubría a menudo su vigilante y trafagado hermano, que volvía a enviarle a su trabajo, pinchándolo y espoleándolo para infundirle actividad.

—¡Despierta! No estás en el País de las Hadas. ¡Corre tras ellos!

La cara de Eugene era inútil como máscara; era como un estanque oscuro, donde cada piedrecita —cada idea o sentimiento— dejaba un círculo. Su vergüenza, su repugnancia por su labor, eran evidentes, aunque trataba de disimularlas. Y era acusado de falso orgullo, le decían que «se avergonzaba de un trabajo honrado» y le recordaban los ricos dones que había recibido de sus amantes padres.

Entonces se volvía desesperadamente a Ben. A veces, Ben, galopando por las calles de la ciudad, se tropezaba con él, que estaba acalorado, cansado, sucio, cargado con su pesada bolsa de lona, y lo miraba con el ceño fruncido, lo reñía por su aspecto desaliñado y lo llevaba a un restaurante a comer algo; rica leche espumosa, gordas judías humeantes, un buen trozo de pastel de manzana.

Tanto Ben como Eugene eran aristócratas por naturaleza. Eugene empezaba a tener conciencia de su categoría social... mejor dicho, de su carencia de ella; Ben lo sentía desde hacía años. En el fondo, este sentimiento podía reducirse a un deseo de camaradería con mujeres bonitas y elegantes; ninguno de los dos habría podido ni se habría atrevido a confesarlo, y Eugene era también incapaz de confesar que era susceptible al desaire social o al dolor de la inferioridad de casta; cualquier sugerencia de que la compañía de gente elegante era preferible a la confraternidad de un mundo de Tarkinton, y de sus vulgares hijas, habría sido furiosamente ridiculizada por la familia, como otra indicación de orgullo falso y antidemocrático. Lo habrían llamado «señor Vanderbilt» o «Príncipe de Gales».

En cambio, Ben no se dejaba intimidar por sus burlas, ni engañar por su palique. Los veía con amarga claridad y respondía a sus afirmaciones gratuitas con una suave risa burlona y un breve movimiento de cabeza, hacia arriba y hacia un lado, al compañero a quien comunicaba todas sus desdeñosas observaciones, a su ángel negro y satírico, como diciéndole: «¡Oh, Dios mío!

¡Mira lo que dicen!».

Había, detrás de sus ojos ceñudos y tranquilos, algo extraño y vehemente e inequívoco, que los asustaba; además, había conseguido la clase de libertad que más apreciaban ellos, la libertad económica, y decía lo que pensaba, respondiendo a sus virtuosos reproches con feroz y tranquilo desdén.

Un día estaba plantado delante del fuego, oliendo a nicotina y mirando con el ceño fruncido a Eugene, que, sucio y despeinado, se había colgado del hombro la pesada bolsa y se disponía a salir.

—Ven aquí, holgazán —dijo—. ¿Cuándo te lavaste las manos por última vez?

Con hosco semblante, hizo un movimiento como si fuese a pegar al chico, pero acabó anudándole la corbata con sus duras y delicadas manos.

—Por el amor de Dios, mamá —dijo a Eliza, con irritación—, ¿no puedes darle una camisa limpia? Debería cambiársela al menos cada mes, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir? —dijo Eliza, con cómica rapidez, levantando la mirada de la cesta de calcetines que estaba zurciendo—. Esta se la puso el martes pasado.

—¡Pequeño rufián! —gruñó él, mirando a Eugene con ojos severos y apesadumbrados—. Mamá, por lo que más quieras, ¿por qué no lo mandas al barbero y haces que le corten esos pelos piojosos? Si es por el dinero, ya lo pagaré, ¡palabra!

Ella frunció los labios, con irritación, y siguió zurciendo. Eugene lo miró en silencio, agradecido. Cuando Eugene se hubo marchado, su tranquilo hermano fumó pensativamente durante un rato, aspirando el humo aromático a grandes chupadas e introduciéndolo en sus flacos pulmones. Eliza, dolida por lo que él había dicho, siguió cosiendo.

—¿Qué estás haciendo con el pequeño, mamá? —dijo él, con voz dura y tranquila, después de la pausa—. ¿Quieres convertirlo en un vagabundo?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir?

—¿Crees que está bien mandarlo a la calle con todos los pequeños rufianes de la ciudad?

—Bueno, no sé de qué estás hablando, hijo —dijo ella, con impaciencia—. No es ninguna deshonra para un chico trabajar honradamente; nadie piensa que lo sea.

—¡Oh, Dios mío! —dijo él, volviéndose al ángel oscuro—. ¡Escucha lo que dice!

Eliza frunció los labios y no dijo nada de momento.

—El orgullo precede a la caída —dijo al cabo de un rato—. El orgullo precede a la caída.

—No sé qué tiene que ver esto con nosotros —dijo él—. No tenemos un sitio donde caernos.

—Yo me considero tan buena como la que más —dijo ella, con dignidad—. Mantengo alta la cabeza ante todos aquellos con quienes me encuentro.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ben a su ángel. Y a su madre—: Tú no te encuentras con nadie. No advierto que ninguno de tus distinguidos hermanos o sus esposas vengan a verte.

Esto era verdad, y dolía. Eliza apretó los labios.

—No, mamá —prosiguió él, después de una breve pausa—, a ti y al viejo os ha traído siempre sin cuidado lo que hiciésemos, con tal de que pudieseis ahorrar unos centavos.

—No sé de qué estás hablando, hijo —respondió ella—. Hablas como si pensaras que somos gente rica. Los mendigos no pueden elegir.

—¡Oh, Dios mío! —rio amargamente él—. A ti y al viejo os gusta dároslas de pobres, pero tenéis lleno el talego.

—No sé de qué estás hablando —repitió, furiosa, ella.

—No —dijo él, empezando con una negación, según solía, después de un pensativo silencio—, hay personas en esta ciudad que no tienen un quinto de lo que tenemos nosotros y sacan de ello el doble de provecho. El resto de nosotros no hemos tenido nunca nada, pero no quiero que el chiquillo se convierta en un pequeño vagabundo.

Hubo un largo silencio. Ella zurría tristemente, frunciendo los labios con frecuencia, dudando entre la calma y el llanto.

—Nunca pensé —empezó después de la larga pausa, trémulos los labios, con una amarga y dolida sonrisa— que tendría que oír estas palabras de la boca de un hijo mío. Pero ten cuidado —le advirtió, en tono agorero—, el día de pasar cuentas está próximo. Tan seguro como que ahora estás aquí. Y tendrás que pagar tres veces por tu conducta... —su voz se convirtió en lacrimoso murmullo—... por tu conducta desnaturalizada.

Y lloró a moco tendido.

—¡Oh, Dios mío! —respondió Ben, volviendo la flaca, gris, amarga y abollada cabeza al ángel que lo escuchaba—. ¿Has oído lo que ha dicho?

## ONCE

Eliza no veía Altamont como un conjunto de colinas, edificios y personas; lo veía como un plano gigantesco. Conocía la historia de todo trozo de terreno de algún valor: quién lo había comprado, quién lo había vendido, quién era su propietario en 1893, y cuál era su valor actual. Observaba como buena conocedora las corrientes de tráfico; sabía por qué esquinas pasaba el mayor número de personas en un día o en una hora; era sensible a todos los dolores de crecimiento de la joven ciudad, midiendo de año en año su desarrollo en todas direcciones y deduciendo la orientación probable de su futura expansión. Juzgaba críticamente las distancias, veía al momento los puntos en que una vía transitada hacia un centro importante era estúpidamente tortuosa, y, trazando una línea recta a través de las casas y los solares, decía:

—Por aquí discurrirá algún día una calle.

Su visión del suelo y de la población era clara, cruda, atinada; no había tecnicismo en ella, era extraordinaria por su intensidad directa. Su instinto era comprar barato en los sitios donde acudiría la gente; apartarse de los recovecos y de los culs de sac, comprar en una calle que se dirigía al centro y que podía ser prolongada.

Así empezó a pensar en Dixieland. Estaba situada a cinco minutos de la plaza pública, en una empinada calle burguesa flanqueada de casitas y pensiones. Dixieland era un caserón de construcción barata, de dieciocho o veinte aireadas habitaciones de alto techo; tenía un aspecto destartado, improvisado, raro, y estaba pintada de un amarillo sucio. Tenía un agradable jardín delantero, no muy largo pero ancho, rodeado por una hilera de jóvenes y frondosos arces; el inmueble tenía una profundidad, en declive, de unos sesenta metros, y treinta metros de fachada. Y Eliza, mirando hacia la villa, dijo:

—Algún día abrirán una calle detrás de eso.

En invierno, el viento soplaba a ráfagas alrededor de Dixieland; la parte de atrás del edificio, a cierta altura del suelo, se apoyaba en húmedas columnas de mellados ladrillos. Sus grandes habitaciones eran calentadas por una pequeña caldera que, cuando la encendían, enviaba un calor seco y enervante a las piezas del primer piso y una irradiación gaseosa pero fría a las de arriba.

El inmueble estaba en venta. Su propietario era un caballero de edad madura y cara caballuna, el reverendo Wellington Horde. Había empezado una vida prometedora en Altamont como ministro metodista, pero se había metido en líos al iniciar un doble servicio al Señor Dios de los Ejércitos y a John

Barleycorn, y su carrera evangélica terminó bruscamente una noche de invierno, cuando las calles estaban silenciosas bajo una fuerte nevada. Wellington, sin más ropa que su grueso camisón de invierno, hizo una furiosa salida de Dixieland a las dos de la mañana, anunciando el reino de Dios y la expulsión del demonio, en un loco maratón a lo largo de las calles, hasta plantarse, jadeante y victorioso, ante la oficina de correos. A partir de entonces, y con la ayuda de su esposa, se había ganado difícilmente la vida con la casa de huéspedes. Ahora estaba consumido, desacreditado y harto de la villa.

Además, las paredes protectoras de Dixieland le producían horror; tenía la impresión de que la maligna influencia de la casa había sido la causa de su propia desintegración. Era un hombre sensible, y sus paseos por la casa estaban jalonados por lugares vedados: la cornisa del largo porche circundante donde se había ahorcado un huésped un día al amanecer; el sitio del vestíbulo donde un tísico se había derrumbado a causa de una hemorragia; la habitación donde un viejo se había degollado. Quería volver a su tierra, una tierra de caballos veloces, de altas hierbas inclinadas por el viento, de buen whisky: Kentucky. Había resuelto vender Dixieland.

Eliza fruncía los labios en creciente meditación; iba a la villa por la calle Spring cada vez con más frecuencia.

—Algún día será una buena propiedad —decía a Gant.

Él no protestó. Sintió de pronto la futilidad de oponerse a un deseo implacable, inexorable.

—¿Lo quieres? —preguntó.

Ella frunció varias veces los labios.

—Es una buena compra —dijo.

—No se arrepentirá en toda su vida, W. O. —dijo el agente Dick Gudger.

—La casa es de ella, Dick —afirmó cansadamente Gant—. Extienda los papeles a su nombre.

Ella lo miró.

—No quiero volver a tener una propiedad en mi vida —dijo Gant—. Solo dan preocupaciones y trabajo, y, al final, el recaudador de impuestos se lo lleva todo.

Eliza frunció los labios y asintió con la cabeza.

Compró la finca por siete mil quinientos dólares. Tenía dinero suficiente para hacer el primer pago de mil quinientos. El resto lo pagaría en plazos anuales de mil quinientos dólares. Sabía que estos los tendría que pagar

principalmente con las ganancias que le produjese la casa.

A principios de otoño, cuando los arces eran aún frondosos y verdes, y las golondrinas migratorias poblaban secretamente los árboles con su algarabía y se alejaban una tarde en negro remolino hacia el final de su trayecto, dejándose caer como hojas muertas en su chimenea predilecta, Eliza se trasladó a Dixieland. Hubo mucho vocerío y excitación y gran curiosidad en la familia acerca de la compra, pero ningún concepto claro de lo que había ocurrido en realidad. Gant y Eliza, aun sintiendo sin decirlo que habían llegado a un hito decisivo en sus vidas, hablaban vagamente de sus planes, calificaban evasivamente a Dixieland de «una buena inversión», y no decían nada con claridad. En realidad, sentían instintivamente su próxima separación. La vida de Eliza era impulsada, por una medio ciega pero inevitable gravitación, hacia el centro de su deseo; habría sido incapaz de definir el significado exacto de su arriesgada empresa, pero tenía la firme convicción de que el vago impulso que la había conducido ciegamente a la muerte y la aflicción de Saint Louis la empujaba ahora en la dirección correcta. Su vida estaba encarrilada.

Y aunque se acercaba vaga y confusamente a la ruptura completa de su vida en común, al desarraigo de su clamoroso hogar, los elementos resolvieron por sí solos, inmutablemente y sin vacilación, cuando llegó la hora de las despedidas.

Eliza se llevó a Eugene. Era el último lazo que la ataba a toda la cansada vida de teta y de cuna; todavía dormía con ella por las noches; y ella era como una nadadora que se aventuraba en un mar oscuro y proceloso, pero que, no confiando del todo en sus fuerzas y en su suerte, conservaba enrollada en su cuerpo una fina cuerda que se extendía hasta tierra firme.

Casi sin que se hablase de ello, como cosa sabida desde siempre y para siempre, Helen se quedó con Gant.

Se acercaba la fecha de la boda de Daisy. Esta había sido pretendida por un pulcro y maduro agente de seguros de vida, que calzaba polainas y llevaba immaculados cuellos almidonados de diez centímetros de altura, y que hablaba con una especie de canturreo untuoso y extraño, que brotaba de vez en cuando de su garganta sin ton ni son. Se apellidaba McKissem, y Daisy había hecho acopio de valor para rechazarlo, después de un prolongado asedio, fundándose en que no estaba bien de la cabeza.

Después se había prometido a un joven de Carolina del Sur relacionado, bastante vagamente, con el negocio de comestibles. Llevaba los cabellos partidos por una raya desde la baja frente; su voz era suave, lenta, amable; sus modales, cordiales y efusivos, y su talante, desprendido y generoso. Cuando los visitaba, llevaba cigarros para Gant y grandes cajas de caramelos variados

para los chicos. Todos pensaban que era un buen partido.

En cuanto a los otros, flotaban en el limbo. Es decir, Ben y Luke, porque Steve, desde los dieciocho años, había pasado la mayor parte de su tiempo lejos de casa, subsistiendo en estado de semivagancia, gracias a empleos temporales y a pequeñas estafas a su padre, en Nueva Orleans, Jacksonville o Memphis, y comunicando después de largos intervalos con su abatida familia, ya telegráficamente, alegando una grave enfermedad, ya por medio de algún compinche que adoptaba el título de «médico» para la ocasión y afirmaba que se estaba muriendo y que llegaría en un ataúd si no enviaban a buscar enseguida su derrengado cuerpo.

Así, antes de cumplir los ocho años, Eugene ganó otro techo y perdió para siempre el tumultuoso, desdichado y cálido centro de su hogar. Nunca sabía con claridad de dónde le vendrían la comida y el alojamiento del día, pero estaba bastante seguro de que no habrían de faltarle; comía donde se le ocurría colgar su gorra, ora en casa de Gant, ora en la de su madre; ocasionalmente, aunque de tarde en tarde, dormía con Luke, en la habitación de atrás, de techo inclinado y con alero, toscamente enjalbegada, con altos y aireados escalones que bajaban oblicuamente hasta el porche de la cocina, y llena del olor de viejos libros hacinados en cajas de embalaje, y del dulce aroma del huerto. Había en ella dos camas, y a Eugene lo entusiasmaba la desacostumbrada posesión de un colchón para él solo y soñaba en el día en que sería completo su aislamiento varonil. Pero Eliza no se lo permitía a menudo; estaba como incrustado en la carne de ella.

Olvidándose de él los días en que tenía reparto de prensa, lo telefoneaba por la noche, exigiendo su regreso y riñendo a Helen por retenerlo. Había una enconada lucha subterránea entre Eliza y su hija en lo tocante a él. Absorta en el manejo de Dixieland durante días, Eliza advertía de pronto la ausencia de Eugene en las comidas y lo reclamaba furiosamente por teléfono.

—¡Cielo santo, mamá! —respondía Helen, con irritación—. Es hijo tuyo, no mío. Pero no voy a dejar que se muera de hambre.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir? Se escapó cuando la comida estaba ya en la mesa. Le había preparado buenos platos. ¡Hum! Una buena comida.

Helen tapaba el micrófono con la mano y hacía una mueca al chico, que permanecía agazapado como un gato y riendo entre dientes, e imitaba los modales, el tono y el fraseo de los Pentland.

—¡Hum! Pues sí, pequeño, sí... Es una buena sopa.

Él se retorció de risa en silencio.



—Bueno —decía Helen por teléfono—, tú eres quien debe vigilarlo, no yo. Si él no quiere estar ahí, yo no puedo hacer nada.

Cuando Eugene volvía a Dixieland, Eliza lo interrogaba, moviendo amargamente los labios; apelaba a su encendido orgullo, en un esfuerzo por retenerlo a su lado.

—¿Qué pretendes corriendo de este modo a casa de tu papá? Si yo estuviese en tu lugar, el orgullo me lo impediría. ¡Me moriría de ver-güen-za! —Su cara esbozaba una amarga y dolida sonrisa—. No debes molestar a Helen. Ella no te quiere allí.

Pero el poderoso hechizo de la casa de Gant, de su intrincada extravagancia, su ambiente varonil, sus tupidas y envolventes parras, sus grandes árboles resinosos, su ruidoso aislamiento interior, el barniz ampollado, el cálido cuero, la comodidad y la abundancia, lo seducían fácilmente y lo arrancaban de la gran tumba helada de Dixieland, particularmente en invierno, ya que Eliza era muy tacaña con el carbón.

Gant la llamaba ya «el Corral»; y ahora, por las mañanas, después de desayunar copiosamente en casa, se dirigía cansadamente a la ciudad por la calle Spring, componiendo durante el trayecto la invectiva que antes solía pronunciar en el cuarto de estar. Cruzaba a largas zancadas el ancho y helado vestíbulo de Dixieland y caía sobre Eliza, tropezando con dos o tres negras que preparaban afanosamente la comida de la mañana para los hambrientos huéspedes que se mecían enérgicamente en el porche. Y vertía todas las objeciones y todos los insultos que se había callado cuando había comprado ella la finca.

—Mujer, desertaste de mi casa y de mi mesa, me convertiste en el hazmerreír de todos, y abandonaste a tus hijos. Eres una arpía, lo harías todo para atormentarme, humillarme y degradarme. Te has apartado de mí en mi vejez; me has dejado para que muera solo. ¡Ay, Señor! Nefasto día aquel en que tus ojos codiciosos se fijaron en este maldito, horrible, funesto y condenado corral. No hay ignominia de la que no seas capaz si piensas que podrás embolsarte unos centavos. Has caído tan bajo que ni siquiera tus hermanos quieren saber nada de ti. «Ningún hombre, ningún animal ha caído tan bajo.»

Y en la despensa, junto al fogón, en el comedor, las voces dulzonas de las negras se estremecían de risa.

—¡Y cómo habla ese hombre!

Eliza se llevaba mal con los negros. Sentía por ellos toda la antipatía y la desconfianza de la gente montañesa. Además, nunca había tenido sirvientas, y no sabía aguantarlas o gobernarlas con gracia. Zahería y reñía constantemente

a las remolonas negritas, torturada por la idea de que le robaban comida y utensilios, y perdían el tiempo que ella les pagaba. Y les pagaba de mala gana, descontando cada vez un par de monedas de su mezquino sueldo y echándoles en cara su pereza y su estupidez.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Has arreglado las habitaciones de atrás del piso de arriba?

—No, zeñora —decía la negra, recelosa, arrastrando los pies en la cocina.

—Lo sabía —refunfuñaba Eliza—. Jamás vi a una negra tan inútil. No pensarás que voy a pagarte por perder el tiempo.

Y así durante todo el día. Como resultado de ello, Eliza empezaba a menudo la jornada sin sirvientas; las chicas se habían marchado refunfuñando por la noche y no volvían a la mañana siguiente. Además, su fama de gruñona mezquindad se extendió a lo largo y a lo ancho del barrio negro. Cada vez se le hacía más difícil encontrar a alguien que quisiera trabajar para ella. Completamente aturdida, cuando se despertaba y se encontraba sin servicio, telefoneaba inmediatamente a Helen para contarle su triste historia y pedirle ayuda.

—Te aseguro, niña, que no sé qué voy a hacer. Les retorcería el cuello a esas negras inútiles. Aquí me tienes, sola, en una casa llena de gente.

—Por el amor de Dios, mamá, ¿qué te sucede? ¿Cómo es que no puedes conservar a una negra en tu casa? Otra gente lo hace. Y a propósito, ¿qué les haces tú?

Pero, irritada y echando chispas, salía de la casa de Gant e iba a la de su madre, donde servía las mesas con cordialidad, con nervioso y animado buen humor. Todos los huéspedes la apreciaban mucho; decían que era una chica estupenda. Todos lo decían. Rezumaba una generosidad ilimitada, una vitalidad dominante y agotadora que minaba su delicada salud, sus escasas fuerzas, de modo que sus destrozados nervios la llevaban a menudo hasta el borde del histerismo y, a veces, del colapso físico. Tenía casi un metro ochenta de estatura, manos y pies grandes, piernas delgadas y rectas, cara ancha y huesuda, con la larga y llena barbilla ligeramente caída, revelando los grandes dientes superiores con coronas de oro. Pero, a pesar de su escualidez, no parecía huesuda o dura de facciones. Su cara rebosaba cordialidad y simpatía, sensibilidad, sinceridad, y aunque tenía una expresión dolida, amargada, histérica, a veces parecía radiante y hermosa.

Tenía una necesidad espiritual y física de entregarse al servicio de los demás, de recibir pródigas alabanzas por sus servicios y, sobre todo, de sentir que sus esfuerzos no habían sido debidamente apreciados. Desde el primer momento, había empezado a recitar casi frenéticamente sus agravios,

refiriendo los servicios prestados a Eliza con voz que se hacía dura e histérica:

—Que se presente el menor inconveniente, y le falta tiempo para correr al teléfono. Yo no tengo por qué ir allí y trabajar como una negra para un montón de viejos huéspedes baratos. Tú lo sabes, ¿no? ¿No lo sabes?

—Sí —decía Eugene, sirviéndole resignadamente de auditorio.

—Pero ella se dejaría matar antes que confesarlo. ¿Le has oído decir «gracias» alguna vez? ¿Me ha dicho al menos...? —Y se echaba a reír súbitamente, vencido por un instante su nerviosismo por el buen humor—. ¿Me ha dicho al menos «vete al diablo»?

—¡No! —chillaba Eugene, riendo como un idiota.

—Pues sí, pequeño, sí... ¡Hum! Es una buena sopa —decía ella, con sus grandes dotes de imitadora.

Él se abría el cuello y se desabrochaba el pantalón, dejándose caer al suelo en un ataque de risa.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Me estás m-m-matando!

—¡Hum! Pues sí. Sí —proseguía ella, haciendo un guiño para celebrar su éxito.

Sin embargo, tanto si Eliza tenía criadas como si no, iba allí diariamente, a la hora del almuerzo, para ayudar a servir la mesa, y a menudo por la noche, cuando Gant y los chicos comían con Eliza en vez de hacerlo en casa. Iba porque sentía el profundo deseo de servir, porque con ello satisfacía su necesidad de dar más de lo que recibía, y porque, a pesar de unirse a Gant en sus burlas contra el corral y los «huéspedes baratos», la animación de la comida, el ruido de los platos y el clamor de las conversaciones, la estimulaban y la excitaban.

Como Gant, como Luke, necesitaba un mayor desarrollo de la vida, movimiento, excitación; quería dominar, distraer, ser el alma del grupo. A la menor incitación, cantaba para los huéspedes, aporreando el barato piano con sus fuertes pero precisos dedos y cantando con su voz enérgica, vibrante y un poco dura, de soprano, un repertorio de canciones clásicas, sentimentales y cómicas. Eugene recordaba las frescas noches de verano, los huéspedes reunidos y Me pregunto quién la besa ahora, que Gant pedía una y otra vez; Ámame y el mundo es mío; Hasta que se enfríe la arena del desierto; Querida niña, el petirrojo canta para ti; El fin de un día perfecto, y Alexander's Rag-Time Band, que Luke había practicado durante semanas en casa, torturándolos, y cantaba con clamoroso éxito en los High School Minstrels.

Más tarde, en la fresca oscuridad, Gant, meciéndose violentamente, peroraba en el porche, haciendo retumbar su vozarrón en el tranquilo barrio y

reteniendo la atención de los hechizados huéspedes con su elocuencia torrencial, su solución de los problemas nacionales, sus opiniones parciales pero audaces sobre los sucesos de actualidad.

—... ¿Y qué hicimos nosotros, caballeros? Hundimos su armada en una acción que solo duró veinte minutos, atacamos con fusiles y cañones, Teddy y sus Rough Riders tomaron las alturas en Santiago, y, como saben ustedes muy bien, todo terminó a los pocos meses. Habíamos declarado la guerra sin pensar en ulteriores ganancias; intervinimos porque la indignación de un gran pueblo había sido despertada por la opresión de otro más pequeño, y entonces, con una magnanimidad que acredita al pueblo más grande ante la faz del mundo, pagamos veinte millones de dólares a nuestro derrotado enemigo. ¡Ay, Señor! ¡Esto sí que era magnanimidad! ¿Piensan realmente que cualquier otra nación lo habría hecho?

—No, señor —decían enfáticamente los huéspedes.

No siempre estaban de acuerdo con sus opiniones políticas —Roosevelt era cumplido descendiente de Julio César, Napoleón Bonaparte y Abraham Lincoln—, pero tenían la impresión de que era inteligente y habría ido lejos en política.

—Ese hombre debería haber sido abogado —decían los huéspedes.

Mientras tanto, aquellas colinas privilegiadas sufrían el fuerte embate del mundo, que es como una marea acariciadora que avanza perezosamente con rumor de chapoteo y se retira después con fuerza igual, para ser arrojada de nuevo tierra adentro.

Parte del primitivo y exclusivo razonamiento de Eliza era que los hombres y mujeres que desfallecen en el desierto buscan un oasis, que los que están sedientos buscan agua, y que los que se asfixian en el llano buscan alivio y comodidad en los montes. Ella tenía ese fino olfato que, después de ser confirmado por los hechos, era considerado como «visión».

Las calles, que diez años antes eran de tierra sin apisonar, estaban siendo pavimentadas. A Gant lo enfurecían los impuestos derivados de la pavimentación, y maldecía la tierra, el día en que había nacido y las maquinaciones de los hijos de Satanás. En cambio, Eugene iba detrás de las cubas móviles de alquitrán; observaba la gran apisonadora, monstruo que lo aplastaba en sus pesadillas y que reducía las piedras a polvo; sentía, al ver alargarse la lengua prensada del pavimento, un éxtasis creciente.

De vez en cuando, un majestuoso Cadillac, de cilindros jadeantes, subía la cuesta y pasaba por delante de Dixieland. Si flaqueaba, Eugene pronunciaba un ensalmo para que venciese la dificultad. Era Jim Sawyer, el joven de noble estirpe, en busca de la señorita Cutler, la belleza de Pittsburgh: abría la

portezuela de detrás de la ancha y roja carrocería. Se metían dentro.

A veces, cuando Eliza se levantaba y descubría que sus criadas se habían ido, lo enviaba al barrio negro en busca de otra; en la capital del raquitismo, entre el hedor de riachuelos de limo y aguas de albañal, penetraban en las fétidas chozas, en los fétidos sótanos, a través del apestoso laberinto de la colonia instalada en la colina. Entraban en las cálidas y cerradas mazmorras que eran sus habitaciones, y conocían la gracia salvaje de sus cuerpos, tumbados sobre la cama, y su risa gutural y el olor de la selva tropical mezclado con el de la bazofia que se cocía en una cacerola.

—¿Quieres un empleo?

—¿De quién eres hijo?

—De la señora Eliza Gant.

Silencio. Y después:

—Calle arriba, en casa de la señorita Cawpening, hay una chica que busca trabajo. Ve a verla.

Eliza las vigilaba con ojos de halcón, temerosa de que le robasen. Una vez registró, con un policía, la habitación que tenía en el barrio negro una chica que se había marchado, y encontró tres sábanas y varias toallas y cucharas que le habían sido hurtadas. La muchacha pasó dos años en la cárcel. A Eliza le gustaba la agitación de la ley, el ambiente y la tensión de los tribunales. Siempre que podía pleitear, lo hacía; le encantaba demandar a la gente, o incluso que la demandasen a ella. Ganaba siempre.

Cuando sus huéspedes no le pagaban, retenía victoriosamente sus pertenencias, y disfrutaba particularmente con las capturas de última hora en la estación de ferrocarril, con la ayuda de un obediente alguacil y en presencia de la curiosa chusma de la ciudad.

Eugene se avergonzaba de Dixieland. Y de nuevo tenía miedo de manifestar su vergüenza. Al igual que con The Post, se sentía frustrado, enredado, atrapado. Odiaba la mezquindad de su vida, la pérdida de dignidad y de intimidad, la sumisión a la tumultuosa valla de cuatro paredes que nos aíslan de aquellas. Sentía, más que comprendía, la inutilidad, la confusión, la ciega crueldad de sus vidas; sentía su espíritu estirado en el potro de la desesperación y del fracaso, al convencerse más y más de que sus vidas no podían ser más irremediablemente deformadas, retorcidas, mutiladas y apartadas de cualquier comodidad sencilla, del reposo, de la dicha, como si se empeñasen deliberadamente en enredar la madeja, en tergiversar el plan normal. Se ahogaba de rabia; pensaba en el lento discurso de Eliza, en sus interminables reminiscencias, en el enloquecedor fruncimiento de sus labios, y

palidecía de furor contenido.

Ahora veía claramente que su pobreza, la amenaza del asilo, las espeluznantes referencias a la fosa común, pertenecían a la insensata mitología del ahorro, y la ira ardía como una antorcha en su interior, ante su ruin codicia. No había un lugar sagrado para ellos, ningún sitio fijo para habitarlo, ningún lugar a salvo de la invasión de los huéspedes.

Al llenarse la casa, pasaban de una habitación a otra más pequeña, bajando sucesivamente los tristes peldaños de sus vidas. Y sentía que esto los perjudicaría, los embrutecería; incluso entonces tenía una fe intensa en la comida, en el alojamiento, en la comodidad; sentía que el hombre civilizado debía partir de estas cosas; sabía que, cuando el espíritu desfallecía, no era a causa de la comida o de las instalaciones.

Al llenarse la casa en la estación invernal y tener que esperar a que hubiesen comido los huéspedes para sentarse él a la mesa, deambulaba enfurruñado por el apuntalado porche trasero de Dixieland y exploraba furiosamente la oscura bodega y las dos húmedas habitaciones sin ventanas que Eliza alquilaba, cuando podía, a las negras.

Ahora sentía la mezquina crueldad de la casta pueblerina. Los domingos, desde hacía varios años, después de bañarse, peinarse y cubrir su ungido cuerpo con ropa interior y camisa limpia, se dirigía, entre el agradable bullicio de la mañana dominguera, a la escuela dominical presbiteriana. Ahora se había librado de la instrucción de las diversas solteronas que le habían enseñado su fe infantil, el catecismo, la bondad de Dios y los elementos de la arquitectura celestial. La moneda de cinco centavos que antes daba de mala gana, pensando en los pasteles y los refrescos, la entregaba ahora alegremente, pues, en general, le sobraba lo bastante para tomar una gaseosa fría en el quiosco.

En las frescas mañanas de domingo, marchaba con viva excitación a cumplir sus deberes religiosos, deteniéndose cerca de la iglesia, donde las disciplinadas filas de la escuela militar de jóvenes se dividían limpiamente en ordenados grupos baptistas, metodistas y presbiterianos.

Los niños se reunían en una gran sala contigua a la iglesia, con pequeñas aulas a derecha e izquierda, como celdillas de un panal, en las que entraban una vez terminado el servicio preliminar. Desde una plataforma, los exhortaba un superintendente, dentista escocés de barba gris orlada de una pequeña zona de piel embalsamada, cuyas células, tejidos y líquidos químicos parecían haberse fijado en un estado de eterna suspensión, de modo que el hombre no parecía envejecer de una década a otra.

Leía el texto o la parábola de la lección del día, lo comentaba con cesáreas sequedad y concisión, y después hacía que lo relevase su ayudante, un hombre

afeitado, con gafas y aspecto wilsoniano, también escocés, que les sonreía con frío afecto desde encima de su alto cuello almidonado y les dirigía en las estrofas de un himno, levantando los brazos y sonriendo para animarlos al llegar el momento del coro. Una vigorosa solterona aporreaba las teclas de un piano que temblaba como una hoja.

A Eugene le gustaban las agudas voces cristalinas de los niños pequeños, reforzadas por la cuerda sustancial de los chicos y chicas mayores y fundadas en el firme volumen de los Baracca, júnior y sénior, y Philatheas. Cantaban:

Echad el salvavidas, echad el salvavidas,  
alguien se está ahogando hoy.

por la mañana, cuando los congregados se disponían a emprender su obra misionera. Y también:

Nos reuniremos junto al río,  
el hermoso, hermoso río.

Esto le gustaba mucho. Tanto como el noble ímpetu de Adelante, soldados cristianos.

Después entraba en una de las pequeñas aulas con los de su clase. Las puertas correderas retumbaban al unísono en derredor, y un sordo zumbido resonaba en todo el edificio.

Ahora asistía a una clase compuesta solamente de muchachos. Su maestro era un joven alto y de rostro pálido, delgado y encorvado, conocido por todos los otros chicos como secretario de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Era tuberculoso; pero los muchachos lo admiraban porque había sido un magnífico jugador de béisbol y de baloncesto. Hablaba con voz triste, almibarada y quejumbrosa; era opresivamente cristiano; les hablaba íntimamente sobre la lectura del día, preguntándoles qué lección sacaban de ella en lo tocante a sus vidas cotidianas, a los actos de obediencia y amor a sus padres y a sus amigos, al deber, a la amabilidad, a la caridad cristiana. Y les decía que, cuando tuviesen alguna duda sobre su conducta, se preguntasen lo que diría Jesús; hablaba con frecuencia de Jesús, con su voz melancólica y un tanto turbada, y Eugene se sentía vagamente afligido al oírlo hablar, pensando en algo suave, aterciopelado y con una lengua húmeda.

Se sentía nervioso y constreñido; los otros chicos se conocían íntimamente, vivían cerca de o en la misma avenida Montgomery, que era la calle más distinguida de la ciudad. A veces, uno de ellos le decía, sonriendo:

—¿Quiere usted comprar The Saturday Evening Post, señor?

Eugene, durante la semana, no mantenía contacto con ellos, ni siquiera de

un modo remoto. La idea que tenía de su eminencia era muy exagerada; la ciudad había crecido rápidamente a partir de un pueblo desperdigado; tenía pocas familias tan viejas como la de los Pentland, y, como todas las poblaciones de veraneo, su sistema de castas era sumamente variable, dependiendo principalmente de la riqueza, la ambición y la audacia.

Harry Tarkinton y Max Isaacs eran baptistas, como la mayoría de las personas del vecindario de Gant, exceptuados los escoceses. En la escala social, los baptistas eran los más numerosos y eran considerados los más vulgares: su pastor era un hombre rollizo de cara roja y sobrepelliz blanca que lograba grandes efectos oratorios rugiendo como un león, arrullando como una paloma, y citando con frecuencia a su esposa en sus sermones, para darles mayor intimidad y gracejo, aunque los episcopalianos, que ocupaban la más alta posición social, y los presbiterianos, menos distinguidos pero de moralidad intachable, consideraban poco casto su procedimiento. Los metodistas ocupaban la posición intermedia entre la vulgaridad y la distinción.

El almidonado y pulcro mundo del presbiterianismo dominguero, su ambiente de riqueza sin ostentación, de posición sólida, ritual ordenado y discreto aislamiento, conmovía profundamente a Eugene por su tranquilidad. Se sentía concretamente ajeno a él, penetraba en él una vez a la semana desde el confuso desorden de su propia vida, lo observaba y volvía a salir —y así durante años— con el corazón entristecido de un extranjero. Y la dulce penumbra de la iglesia, el sonoro órgano distante, la tranquila voz nasal del pastor escocés, las interminables oraciones y las ricas y pequeñas imágenes de mitología cristiana que había recogido de pequeño por indicación de las solteronas, le infundían algo del dolor, el misterio y la belleza sensual de la religión, algo más profundo y más grande que esas austeras buenas costumbres.

## DOCE

Lo que más odiaba Eugene en Dixieland era el invierno, y también el triste otoño moribundo: las pálidas bombillas ensuciadas por las moscas, el triste deambular por la casa en busca de calor, Eliza desaseadamente envuelta en un viejo suéter, en una bufanda sucia, en un viejo gabán de hombre. Se untaba con glicerina las manos agrietadas por el frío. Las heladas paredes rezumaban humedad; traían la muerte de la atmósfera. Una mujer murió de fiebre tifoidea, y su marido salió rápidamente al vestíbulo, extendiendo las manos en impotente ademán. Eran de Ohio.

Arriba, sobre el dormido porche, un judío de cara flaca tosía durante toda



la noche interminable.

—Por el amor de Dios, mamá —rugía Helen—, ¿por qué los aceptas? ¿No ves que ese hombre está tuberculoso?

—¡Oh, n-no! —decía Eliza, frunciendo los labios—. Dijo que solo tenía una pequeña afección bronquial. Le pregunté acerca de aquello, y él soltó una carcajada. «Oh, señora Gant...», me dijo.

Y seguía una prolija explicación, embellecida con muchas divagaciones. La chica se ponía furiosa; uno de los rasgos fundamentales del carácter de Eliza era defender ciegamente todo aquello que pudiese darle dinero.

El judío era muy amable. Tosía discretamente detrás de su mano blanca, y comía pan frito con huevo batido y mantequilla. Eugene se aficionó a esta comida; la llamaba inocentemente «pan judío», y pedía más. Lichenfels reía suavemente, tosía... La risa de su esposa era fuerte y triste. El chico hacía pequeños recados para el hombre, y este le daba una moneda todas las semanas. Tenía una pañería en una población de Nueva Jersey. En primavera, iba a un sanatorio; más tarde murió en él.

En invierno, algunos huéspedes frioleros —caras y personalidades que llegaban a hacerse vulgares a fuerza de repetirse— se pasaban horas sentados delante de las ascuas de la chimenea del salón, meciéndose continuamente, tardos de voz y de ademanes, probablemente tan cansados de ellos mismos y de Dixieland como Eugene lo estaba de ellos.

Este prefería los veranos. Entonces llegaban mujeres de aire perezoso del cálido y rico sur, muchachas de cabellos negros y piel blanca de Nueva Orleans, pelirrojas de Georgia, deseables mujeres con el ceceo negro de Carolina del Sur. Y había una lasitud febril, ligeramente teñida de amarillo, de Mississippi, pero con dientes blancos que parecían prestos a morder. Un hombre de Carolina del Sur, de rostro colorado y dedos manchados de nicotina, lo llevaba diariamente a los partidos de béisbol; un flaco y amarillo plantador palúdico de Mississippi trepaba con él a los montes, y paseaban por los valles fragantes de montaña; por las noches, oía las frescas risas de las mujeres, tiernas y crueles, en los oscuros porches, y las floridas voces guturales de los hombres; veía la fácil y furtiva ramería del sur, la oscura intimidad de los cuerpos femeninos a medianoche, y su inocencia por la mañana. El deseo, de pico sanguinario, desgarraba su corazón como una virtud celosa; Eugene era moral en lo que le era negado.

Por las mañanas se quedaba con Helen en casa de Gant y jugaba a la pelota con Buster Isaacs, primo de Max, un muchachito alegre y rollizo que vivía en la casa contigua; hasta que lo atraía el rico aroma del pastel de chocolate que confeccionaba Helen. Esta lo enviaba a la pequeña abacería judía, calle abajo,

en busca de los ácidos aperitivos que tanto le gustaban. A media mañana, se sentaban a la mesa y comían pepinillos en vinagre, grandes rodajas de tomates maduros revestidas de espesa mayonesa, ambarino café filtrado, pastelitos de higo y bizcochos, caliente y oloroso pastel de chocolate, salpicado con nueces y untado con fragante mantequilla, bocadillos de tocino fresco y pepino, y bebidas sin alcohol, gaseosas y heladas.

Esto daba a Eugene una fe ilimitada en la riqueza de los Gant; tantas cosas deliciosas solo podían proceder de recursos inagotables. Gallinas vivarachas cloqueaban alegremente en el barrio mañanero, robustos negros traían hielo goteante, sacándolo con garfios de hierro de las carretas envueltas en vapor; él se ponía debajo de las zumbadoras sierras y recogía la helada pulpa voladora; absorbía el olor combinado de los grandes cuerpos y de los elementos de refrigeración, y el fuerte y oleoso del linóleo del comedor. Y al mediodía, en el salón con muebles de nogal y cojines de crin, enriquecido por el suave aroma del piano y el olor de vieja madera barnizada, Helen tocaba para él y le hacía cantar Guillermo Tell, Mi corazón está con tu suave voz, La canción sin palabras, Celeste Aída, El acorde perdido, mientras su voz brotaba también, vibrante, de su delgado y nervioso cuello.

Ella se divertía insaciablemente con él, atiborrándose de golosinas dulces y ácidas, derribándolo sobre el diván de Gant, en el momento menos pensado de su imprevisible actividad, sujetándole las muñecas y dándole fuertes cachetes con una de sus manazas, que él trataba de esquivar.

A veces, frenética por algún cambio repentino de su estado nervioso, lo atacaba cruelmente, odiándolo por su cara cavilosa, su gordezuelo y festoneado labio inferior, su profunda absorción en un sueño. Como Luke, y como Gant, buscaba en el mundo un desahogo continuo a su inquieta y mordiente vitalidad; le enfurecía ver que otras personas buscaban la absorción interior, y a veces odiaba a Eugene cuando, desentonadas sus propias cuerdas, lo veía cavilar sobre un libro o sobre alguna visión. Entonces le arrancaba el libro de las manos, le daba unos sopapos y lo hería con su lengua furiosa y cruel. Sacaba el labio inferior, torcía estúpidamente la cabeza sobre el doblado cuello, adoptaba una expresión de total idiotez y vertía sobre él el horrible torrente de su veneno.

—Pequeño monstruo, que andas por ahí con una cara que parece de drogado. Eres un típico y pequeño Pentland, tú, un pequeño y raro fenómeno. Todo el mundo se burla de ti. ¿No lo sabías? ¿No lo sabes? Vamos a vestirme como a una niña, y a dejar que te exhibas de este modo. No tienes una gota de sangre Gant en tus venas; prácticamente, papá dijo algo así; eres Greeley de los pies a la cabeza; eres raro. La rareza de los Pentland brota de todos tus poros.

A veces su furia sofocada estallaba con tal fuerza que lo arrojaba al suelo y lo pateaba.

A él le importaba menos la agresión física que los ataques venenosos de su lengua, locamente experta en fabricar las púas más hirientes. Él se horrorizaba, saltaba inesperadamente del Reino de las Hadas al Infierno, chillaba como un loco, veía que su ángel bienhechor se transformaba en un instante en una furia con cabellera de serpientes, y perdía toda su fe sublime en el amor y en la bondad. Corría a la pared como una cabra enloquecida y daba cabezazos contra ella, sin parar de gritar, deseando desesperadamente que estallase de una vez su constreñido y abrumado corazón, que algo se rompiese en su interior, para poder escapar, cruentamente, de la sofocante cárcel de su vida.

Esto satisfacía el deseo de ella; era lo que más profundamente necesitaba; había encontrado una liberación expiatoria en su furioso ataque contra él, y ahora podía desahogarse limpiamente en una suavizante ola de afecto. Lo agarraba, agitada y gritadora, con sus largos brazos, llenaba de besos su cara roja y enloquecida, consolándolo con cordiales halagos dirigidos en tercera persona:

—Bueno, él no ha pensado que hablaba en serio, ¿verdad? Sabía que solo era una broma, ¿no? Y es fuerte como un torito. Es un pequeño gigante, vaya que sí. Bueno, se ha asustado mucho, ¿no? Los ojos se le salen de las órbitas. Pensaba que iba a hacer un agujero en la pared. Sí, señora. Pues sí, pequeño. Es una buena sopa.

Y recurría a su exagerada mímica para hacerlo reír. Y él reía sin querer, entre sollozos, terriblemente torturado, más por esta angustia de afecto y reconciliación que por los insultos anteriores.

Después, cuando se hubo tranquilizado, lo enviaba a la tienda en busca de pepinillos, pasteles y bebidas frías embotelladas; y allá iba él, con ojos enrojecidos y mejillas surcadas por las lágrimas, y, mientras andaba calle abajo, se preguntaba desesperadamente qué había pasado, levantando vivamente los pies del suelo y torciendo convulsivamente el cuello al sentir la quemazón de la vergüenza.

Helen sentía una inquieta aversión a la opacidad, a la respetabilidad. Sin embargo, era en el fondo una persona sumamente convencional, a pesar de su ocasional vulgaridad, que era una simple manifestación de su inquietante energía; una persona muy ingenua, infantilmente inocente incluso en lo tocante a la sencilla malignidad de la villa. Tenía varios jóvenes y devotos admiradores en su lista, todos ellos típicos hombres del campo, vulgares, buenos bebedores: uno, nacido en el lugar, era delgado, de cara roja, alcohólico, trabajaba de agrimensor municipal y la adoraba; otro, rollizo, sonrosado y rubio, procedía de las tierras carboníferas de Tennessee; otro, un

joven de Carolina del Sur, era paisano del novio de su hermana mayor.

Estos jóvenes, Hugh Parker, Jim Phelps y Joe Cathcart, le eran inocentemente adictos; les encantaba su energía incansable y dominadora, su vehemente monopolio de la conversación, su gran sinceridad y su amabilidad profunda. Ella tocaba el piano y cantaba para ellos, poniendo todo su esfuerzo en agasajarlos. Y ellos le traían cajas de caramelos, pequeños obsequios, y estaban celosos los unos de los otros, pero coincidían en su afirmación de que era «una chica magnífica».

Y ella hacía que Jim Phelps y Hugh Parker le trajesen también un poco de whisky; se había aficionado a tomar pequeñas dosis de alcohol porque este estimulaba su cuerpo febril. Un traguito era suficiente para operar eléctricamente en su sangre; la reanimaba, la fortalecía, le daba una vitalidad febril y temporal. Así, aunque nunca bebía mucho de una vez, y, aparte de las renovadas vitalidad y alegría, no daba señales de embriaguez, sí que daba frecuentes tientos a la botella.

—Echo un trago siempre que puedo —decía.

Simpatizaba casi invariablemente con las mujeres jóvenes y libres. Le gustaba su manera agitada de gozar de la vida, el sentimiento de peligro, su honor y su liberalidad. Se sentía magnéticamente atraída por todas las casadas licenciosas que, escapando a la disciplina dominguera de los pueblos del sur y a la lujuria sabatina de sus borrachos maridos, acudían alegremente a Altamont durante el verano. Le gustaban las personas que, según decía, «no reparaban en echar un trago de vez en cuando».

Le gustaba Mary Thomas, alta, linda y joven prostituta procedente de Kentucky; trabajaba de manicura en un hotel de Altamont.

—Hay dos cosas que quiero ver —decía Mary—, el ya-sabes-qué de un gallo y el cómo-se-llama de una gallina.

Y estallaba en una risa fuerte y contagiosa. Tenía una pequeña habitación con una galería para dormir en el piso alto y en la parte delantera de la casa. Una vez, Eugene le llevó cigarrillos; estaba plantada delante de la ventana llevando una fina enagua, separados los pies, transparentándose sus largas y sensuales piernas contra la luz.

Helen se ponía sus vestidos y sus sombreros, sus medias de seda. A veces bebían juntas. Y Helen le decía:

—Bueno, no es hipócrita. Y una cosa es segura: le importa un bleo que se sepa.

O bien:

—No es peor que muchas de vuestras damitas remilgadas, si se supiese la

verdad. Solo que lo disimula menos.

O bien, irritada por alguna crítica a su amistad con la muchacha, decía furiosamente:

—¿Qué sabéis vosotros de ella? Deberíais tener más cuidado cuando habláis de la gente. Podríais veros metidos en un lío.

Sin embargo, se mostraba escrupulosa en evitar todo trato con la chica en público, y a veces, ilógicamente y en momentos de absurda irritación, reprendía a Eliza:

—¿Por qué tienes a gente así en tu casa, mamá? Todos los de la ciudad saben quién es. Tu establecimiento está adquiriendo mala fama en la población.

Eliza fruncía los labios con enojo.

—No me importa lo que sean —decía—. Me considero tan buena como la que más. Puedo llevar bien alta la cabeza, y espero que los demás puedan decir lo mismo. Nunca me sorprenderás teniendo relación con ellas.

Era parte de su mecanismo protector. Pretendía, orgullosamente, estar al margen de cualquier circunstancia desagradable que le proporcionase dinero. Como resultado de ello, y por ese curioso e impalpable anuncio que se produce entre las mujeres fáciles, Dixieland llegó a ser conocida por ellas y frecuentada casualmente por las semipúblicas y clandestinas prostitutas de una población turística.

Helen se había apartado de la mayoría de sus amigas de los tiempos de escuela superior: la laboriosa y sencilla Genevieve Pratt, hija de un maestro de escuela, «Teeney» Duncan, Gertrude Brown. Ahora sus compañeras eran jóvenes más animadas, aunque un poco más vulgares: Grace Deshaye, opulenta rubia, hija de un fontanero; Pearl Hines, hija de un talabartero baptista, llena de cuerpo y de cara, pero con una potente voz para el canto sincopado.

Pero su amiga más íntima era una muchacha llamada Nan Gudger; era una chica animada, esbelta, llena de vida, con una cintura tan encorsetada que un hombre podía abarcarla con las manos. Era la tenedora de libros de confianza, exacta, infalible, de un almacén de comestibles. Contribuía en gran manera a la manutención de su familia: la madre, que hacía que a Eugene se le pusiese la carne de gallina al verla, porque tenía un bocio enorme colgando del flojo cuello; una hermana tullida, que andaba por la casa con muletas y gracias a la fuerza propulsora de sus vigorosos hombros, y dos hermanos, toscos y jóvenes rufianes de veinte y dieciocho años, que siempre traían en sus embrujados cuerpos nuevas heridas de cuchillo, moraduras y chichones, y otras señales de

sus riñas en el salón de juego y en el burdel. Vivían en una barraca de dos pisos, de tablas desvencijadas, en la calle Clingman; y las mujeres trabajaban sin quejarse para mantener a los dos jóvenes. Eugene iba a menudo allí con Helen; a esta le gustaba la vulgaridad, el humor, la excitación de sus vidas, y le divertía, en particular, escuchar la charla obscena y práctica de Mary.

El día primero de cada mes, Nan y Mary daban a los chicos una parte de sus ganancias, para sus gastos y su visita mensual a las mujeres de Eagle Crescent.

—¡Oh, no puede ser verdad, Mary! ¡Cielo santo! —exclamó Helen, con incredulidad.

—Pues claro que lo es, encanto —dijo Mary, sonriendo y arrastrando roncamente las palabras, quitándose el palito de regaliz de la morena comisura de los labios y sosteniéndolo con mano firme—. Una vez al mes, damos dinero a los chicos para que vayan con una moza.

—¡Oh, no! Estás de broma —dijo Helen, riendo.

—Por Dios, chiquilla, ¿es que no lo sabes? —preguntó Mary, escupiendo descuidadamente al fuego—. Es bueno para su salud. Enfermarían si no lo hiciesen.

Eugene empezó a deslizarse desmañadamente hacia la puerta. Se imaginó, por un instante, toda la asombrosa escena de humor y de superstición solemne: las mujeres entregando su dinero, por amor de la higiene y de la salud, para las francachelas de los dos burlones, peludos, nicotinizados y jóvenes truhanes.

—¿De qué te ríes, hijo? —dijo Mary, pinchándole rudamente en las costillas, mientras él yacía postrado y jadeante—. Apenas si has soltado los pañales.

Tenía toda la pasión salvaje de los montañeses; tullida, vivía en el cálido ambiente de la lujuria de sus hermanos. Eran gente tosca, amable, ignorante y asesina. Nan era escrupulosamente respetable y tenía buenos modales; tenía los labios gruesos, negroides, vueltos hacia fuera, una risa franca y tropical. Sustituyó los mezquinos muebles de la casa por nuevos y brillantes sillones y mesas de una fábrica acreditada. También había un armario barnizado para libros, siempre cerrado y lleno de rígidas colecciones de volúmenes que nadie leía: los Clásicos de Harvard y una enciclopedia barata.

Cuando la señora Selborne vino por primera vez a Dixieland desde el cálido sur, solo tenía veintitrés años, pero parecía mayor. Respiraba madurez; era una rubia alta y robusta, acicalada y elegante. Caminaba con naturalidad, pero haciendo oscilar sensualmente el cuerpo; su sonrisa era tierna y vagamente seductora; su voz, amable; y su risa, pronta, rica y llena, parecía

revelar secretos de medianoche. Era una de las varias hermosas y báquicas hijas de un hombre disoluto pero de buena familia de Carolina del Sur; se había casado a los dieciséis años con un tipo corpulento y colorado que acudía a su incomparable mesa, comía rápidamente y con apetito, murmuraba, en caso necesario, unas cuantas tonterías, y volvía a la cerrada y pequeña oficina, que olía a cuero y a caballo, de su cochería de alquiler. Tuvo dos hijas de él. Se movía con inútil cautela, tratando de evitar los chismorreos en voz baja de la población, cometiendo adulterio con el dueño de un molino, con un banquero y con un negociante en madera, correspondiendo con circunspecta sonrisa a las gazmoñas sonrisas de los ciudadanos distinguidos que se cruzaban con ella durante el día, sabiendo que la tierra estaba minada debajo de sus pies y que su nombre provocaba risas secretas entre los mancebos y los mercachifles. Los indígenas, en particular los varones, la trataban con mayor respeto que el que suele prodigarse a las mujeres en las poblaciones del sur, pero sus ojos, detrás de las corteses y untuosas máscaras, brillaban insinuantes.

Eugene, cuando la vio por primera vez y supo de ella, sintió que nunca la sorprenderían y siempre la conocerían. Su amor por ella era desesperado. Aquella mujer era el símbolo viviente de su deseo —la grande y vaga imagen del amor y la maternidad, sin edad, otoñal, expectante, con sus cabellos rojos, su pecho opulento y sus miembros blancos, en los campos de mieses maduras —, Deméter, Helena, la energía inagotable y vivificante, la protectora contra el hastío y el desencanto. Bajo el impulso de la primavera, el cuchillo afilado, las voces de las niñas en la oscuridad, las agudas e incipientes expectativas de la juventud, su profundo deseo ardía inextinguible: algo lo inclinaba hacia las mujeres mayores.

Cuando la señora Selborne llegó por vez primera a Dixieland, su hija mayor tenía siete años, y la menor, cinco. Todas las semanas recibía un cheque mezquino de su marido, y otro, importante, del comerciante en madera. Trajo consigo a una muchacha negra; era liberal en sus dádivas a sus hijas y a la negra; su prodigalidad, su vida desahogada y su risa sonora y seductora fascinaban a Helen, le hacían sentir predilección por las mujeres mayores.

Y, por la noche, al escuchar Eugene la voz grave y dulce de la mujer, al oír el rico y sensual estallido de su risa, cuando conversaba en el oscuro porche con un viajante de comercio o con algún mercader de la población, sentía en su sangre la amargura de los celos; y se retiraba afligido, pensaba en las pequeñas que dormían y, con apasionado sentimiento de fraternidad, en el marido burlado. Soñaba en sí mismo como el héroe redentor que la salvaba en el momento de mayor peligro, que la hacía arrepentirse con sus serias amonestaciones y aceptaba puramente el amor que ella le ofrecía.

Por la mañana, respiraba el olor fecundo del cuerpo recién bañado que se cruzaba con él, miraba desesperadamente la tierna sensualidad de su

semblante y se preguntaba qué cambio producía la oscuridad en aquel rostro inexpresivo.

Steve volvió de Nueva Orleans después de un año de vagabundeo. Y después de los acostumbrados lloriqueos, reapareció el viejo y absurdo fanfarrón, en cuanto se sintió de nuevo a salvo en casa.

—Steve no necesita trabajar —decía—. Es lo bastante listo para hacer que otros trabajen para él.

Este era su desafío a la lista de pequeñas defraudaciones contra Gant. Se consideraba un estafador astuto, aunque nunca había tenido valor para estafar a nadie que no fuese su padre. La gente leía ahora los relatos de Wallinford Hazte-Rico-Deprisa, romántico delincuente que provocaba una inmensa admiración.

Steve era ahora un joven de veinte y pocos años más, de estatura ligeramente superior a la mediana, cara grande y piel cetrina, y voz agradable de tenor. Eugene sentía repugnancia y miedo siempre que volvía su hermano mayor; sabía que los físicamente menos aptos para defenderse, entre los que se hallaban Eliza y él mismo, tendrían que aguantar sus gemebundos y bastante brutales malos tratos de borracho. Más que sus ataques físicos, le dolían su cobarde cautela, su debilidad, su babosa reconciliación.

Una vez, Gant, en uno de sus esporádicos esfuerzos por dar a su hijo un empleo fijo, lo había enviado a un cementerio rural para montar un pequeño monumento, Eugene había ido con él. Steve trabajó intensamente durante una hora bajo el ardiente sol, pero su irritación fue en aumento a causa del calor, del rancio olor a hierbas del cementerio y de su propia y profunda antipatía a toda clase de trabajo. Eugene esperaba ansiosamente el ataque que sabía que no se haría esperar.

—¿Qué haces ahí plantado? —gritó al fin el hermano mayor, levantando la cabeza con angustiada petulancia.

Golpeó secamente la espinilla del chico, le torció la muñeca con una fuerte llave y lo derribó, reduciéndolo a la impotencia por un instante. Pero aflojó inmediatamente a su presa, no por remordimiento, sino por miedo de haberlo lesionado gravemente y de que lo descubriesen.

—No te he hecho daño, ¿verdad, pequeño? No te he hecho daño, ¿eh? —empezó a decir con voz temblorosa, apoyando las sucias manos amarillas en los hombros de Eugene.

Y realizó el intento de reconciliación que tanto temía Eugene, gimiendo, lanzando su fétido aliento sobre el cuerpo encogido de su hermano, suplicando que no mencionase el incidente cuando volviese a casa. Eugene sintió una



terrible repugnancia; el olor a rancio del cuerpo de Steve, el pegajoso y enfermizo sudor que apestaba a nicotina, el contacto de su carne corrompida, lo llenaban de espanto.

Sin embargo, Steve conservaba todavía, en la estampa y el aire de su cabeza, y en su andadura jactanciosa, una sombra de su arruinada adolescencia, y las mujeres se sentían a veces atraídas por él. Por consiguiente, no es de extrañar que consiguiese los favores de la señora Selborne el primer verano que esta pasó en Dixieland. Por la noche, la dulce risa de ella resonaba en el oscuro porche, y los dos cruzaban las tranquilas y arboladas calles, iban juntos a Riverside y se adentraban, lejos de las luces carnavalescas, por los oscuros y arenosos senderos junto al río.

Pero al fortalecerse su amistad con Helen y ver la inquina de los Gant contra su hermano, y empezar a comprender el daño que ya le había causado su aventura con aquel fanfarrón, que había aventado su nombre en todos los garitos de la villa como tributo a su propio poder, la dama despidió a Steve, serena e implacablemente, y no sin un poco de ternura. Y cuando volvía ahora, verano tras verano, la dama correspondía con su inocente e indiferente sonrisa a todas sus obscenas insinuaciones, a sus nada veladas amenazas y a sus crueles comentarios a espaldas de ella. El afecto de ella por Helen era sincero, pero también, a su entender, estratégico y útil. La muchacha la presentaba a jóvenes apuestos, daba fiestas para ella en casa de Gant y en la de Eliza, era realmente cómplice de sus intrigas, asegurándole reserva, silencio y oscuridad, y defendiéndola enérgicamente cuando empezaban las murmuraciones.

—¿Qué sabéis vosotros de ella? No sabéis lo que hace. Deberíais tener cuidado con lo que decís acerca de ella. Tiene un marido para que la defienda, ¿sabéis? Esto podría costaros muy caro.

O, más dudosamente:

—Bueno, a mí no me importa lo que digan, pues la aprecio. Es muy simpática. Y a fin de cuentas, ¿qué sabemos de ella con certeza? Nadie puede probar nada en su contra.

Y ahora, en los inviernos, hacía breves visitas a la población de Carolina del Sur donde vivía la señora Selborne y, al regresar, describía con entusiasmo la buena acogida que le habían prestado, las fiestas que habían dado «en su honor», la comida, las costosas diversiones. La señora Selborne vivía en la misma población que Joe Gambell, el joven empleado a quien Daisy estaba prometida. Este prodigaba taimadas insinuaciones acerca de la dama, pero delante de ella se mostraba obsequioso, confuso, respetuoso, y aceptó sin remilgos los regalos de comida y de ropa que ella le envió después de su boda.

Daisy se casó el mes de junio siguiente a la compra de Dixieland por Eliza;

la boda se preparó sin reparar en gastos y se celebró en el gran comedor de la casa. Gant y sus dos hijos mayores sonreían tímidamente en sus desacostumbrados trajes de etiqueta; los Pentland, que no se perdían una boda ni un entierro, enviaron regalos y asistieron a la ceremonia. Will y Pett regalaron a los novios un juego de cuchillos de trinchar.

—Confío en que siempre tengáis algo en que emplearlos —dijo Will, agitando una mano y haciendo un guiño a Joe Gambell.

Eugene recordaba las semanas de frenéticos preparativos, de pruebas de vestidos, de ensayos, el histerismo de Daisy, que se miraba las uñas hasta que se le ponían moradas, y el esplendor final de los dos últimos días: la llegada de regalos, la casa extrañamente decorada con flores y ricas alfombras, el peligroso momento en que se unieron las dos vidas, el grande y atestado comedor, el zumbador e interminable discurso del pastor presbiteriano, el creciente estrépito triunfal de la música cuando el dependiente del almacén de comestibles recibió a su esposa. Más tarde, la confusión, las felicitaciones, el histerismo de las mujeres. Daisy sollozando desafortadamente en brazos de una prima lejana, Beth Pentland, que había venido con su cordial y rubicundo marido, dueño de una cadena de pequeñas abacerías en una villa de Carolina del Sur, y traído regalos y una sandía gigantesca, y cuyo estado aflictivo se había agravado con el descubrimiento, después de la boda, de que debido a las prisas, se había puesto del revés el vestido en el que había trabajado durante semanas.

Así salió Daisy, más o menos definitivamente, de la vida de Eugene, aunque este la veía brevemente, durante sus cada vez menos frecuentes visitas, en los años que siguieron. El dependiente del almacén de comestibles se había lanzado a la única acción audaz de toda su vida: abandonaba la ciudad del algodón, en la que había pasado todos sus años, las largas y perezosas horas de los de su oficio, y la lánguida chismografía de los flacos cultivadores de algodón y de los vecinos, a la que estaba tan acostumbrado. Había encontrado un empleo de viajante en una compañía de productos alimenticios; su cuartel general estaría en Augusta, Georgia, pero tendría que viajar hasta el lejano sur.

Este desarraigo de su vida, esta aventura en tierras nuevas, este esfuerzo para mejorar su fortuna y su posición, era su regalo de bodas a su esposa; un regalo audaz, pero puesto ya en peligro por su desconfianza, por su miedo, por su recelo de campesino ante nuevos escenarios, nuevas caras, nuevas separaciones, ante una vida distinta de la de su pueblo.

—No hay ningún lugar como Henderson —decía, con complacida y fastidiosa fidelidad, refiriéndose a aquel puerto de enervación, de arcilla roja, de ignorancia, de maledicencia y de superstición, en cuyo ambiente se había criado.

Pero se trasladó a Augusta y empezó su nueva vida con Daisy en una casa de huéspedes. Ella tenía veintiún años, era esbelta y ruborosa, y tocaba muy bien el piano, correctamente, académicamente, con un toque vibrante... pero sin imaginación. Eugene nunca podía recordarla muy bien.

A principios de verano, después de la boda, Gant viajó a Augusta, llevándose consigo a Eugene. Ambos estaban sumamente excitados; el calor de la espera en la adormilada bifurcación de Spartanburg, el trayecto en el destartado vagón de día del ramal que conducía a Augusta, la tostada tierra otoñal, las onduladas laderas y los bosques de pinos, todos los detalles del paisaje eran absorbidos por ellos con ojos sedientos de aventura. El espíritu vagabundo de Gant estaba embotado por tanto tiempo sin viajar; para Eugene, Saint Louis era una vaga irrealidad, pero ardía en él una visión del opulento sur, todavía más extraña que su apasionada nostalgia invernal por el nevado norte, donde las arremolinadas pero efímeras nieves de Altamont y las breves ocasiones en que podía deslizarse en trineo o patinar por las empinadas cuestas despertaban en él un deseo norteño, le hacían desear la oscuridad, la tormenta, el viento que ruge sobre la tierra y la comodidad triunfal de unas paredes cálidas que quizá solo la gente del sur puede apreciar.

De momento, vio la ciudad de Augusta no con los pardos matices de la realidad, sino como el que abre una ventana sobre el fantástico espectáculo del mundo, como el que ha estado encarcelado y descubre la vida y la tierra en un rosado amanecer, como el que ha vivido en el mundo fabuloso de las imágenes de los libros y encuentra, en un viaje, la prolongación y confirmación de todas ellas... Así vio él Augusta, con los ojos puros y claros de la infancia, con entusiasmo, con arrobo.

Estuvieron ausentes dos semanas. Recordaba sobre todo las manchas pardas de la reciente inundación que había barrido toda la ciudad e inundado las plantas bajas de las casas; la ancha calle mayor; la olorosa y resplandeciente tienda de ultramarinos, sazónada para él con todas las especias de su fantasía; las colinas y los campos de Aiken, en Carolina del Sur, donde había buscado en vano a John D. Rockefeller, legendario príncipe que, según había oído decir, iba allí a practicar deporte, y se había asombrado de que dos estados pudiesen unirse imperceptiblemente, sin señales visibles; y la empacadora de algodón, cuya enorme prensa aplastaba las grandes balas limpiamente, reduciéndolas a apretados paquetes de la mitad del tamaño primitivo.

Una vez, en la calle, unos chiquillos se habían burlado de él a causa de sus cabellos largos, y le había dado un ataque de furor; en otra ocasión, después de una disputa con su hermana, había salido a la aventura y marchado furiosamente durante horas por un camino vecinal, entre el río y los campos de algodón, para ser finalmente capturado por Gant, que había salido en su busca

en un coche de alquiler.

Fueron al teatro, lo cual era casi una novedad para él. Representaban una obra bíblica fundada en la historia de Saúl y Jonathan, y, entre cada dos escenas, él murmuraba al oído de Gant lo que vendría después; precocidad que satisfizo enormemente a su padre, que estuvo hablando de ello durante meses.

Justo antes de volver ellos a casa, Joe Gambell, en un arranque de premeditada petulancia, renunció a su empleo y anunció que volvería a Henderson. Su aventura había durado tres meses.

## TRECE

En los años que siguieron, hasta que tuvo once o doce y ya no pudo viajar con medio billete, Eugene hizo excursiones anuales al rico y misterioso sur. Eliza, que durante su primer invierno en Dixieland había sufrido fuertes ataques de reumatismo, debidos en parte a una insuficiencia renal, que le producían hinchazones y fueron diagnosticados por el médico como enfermedad de Bright, empezó a hacer largos aunque económicos viajes a Florida y Arkansas, en busca de salud y, más vagamente, en busca de dinero.

Siempre hablaba, esperanzada, de la posibilidad de montar una casa de huéspedes en alguna población tropical de vacaciones de invierno, aprovechando las buenas estaciones allí y en Altamont. Ahora arrendaba Dixieland en invierno, por unos pocos meses y alguna vez por un año, aunque en realidad no tenía intención de dejar que el lugar se le escapara de las manos durante la provechosa temporada de verano. En general, cedía la casa, más o menos deliberadamente, a alguna aventurera poco escrupulosa en el negocio de las casas de huéspedes, capaz de pagar uno o dos meses de renta, pero no del continuado esfuerzo requerido para sostener por más tiempo el establecimiento. Al regresar de su viaje y encontrarse con atrasos en el pago del alquiler o con algún otro incumplimiento de contrato que pudiese servirle de alzaprima, Eliza entablaba triunfalmente su batalla, entraba por la fuerza en Dixieland, con policías, alguaciles, mandamientos, requerimientos, órdenes de lanzamiento y demás armas de la guerra judicial, y, con vengativo placer, tomaba posesión de su propiedad.

Pero siempre volvía al Sur; el Norte era para ella una tierra que a menudo amenazaba con explorar, pero de la que recelaba en secreto; y no es que sintiera una animosidad profunda a causa de una antigua guerra, sino más bien miedo, desconfianza, alienación... El «yanqui» al que se refería irónicamente era extranjero y remoto. Así, volvía siempre hacia el sur, que ardía como la

oscura Helena en la sangre de Eugene, y siempre llevaba a este con ella. Todavía dormían juntos.

El sentimiento de Eugene por el sur tenía poco de histórico; era más bien un íntimo deseo de oscuro romanticismo, esa ilimitada e inexplicable embriaguez, ese magnetismo de la sangre de algunos hombres que los lleva al corazón del calor y, más allá, al frío polar y esmeralda del sur tan rápidamente como se apoderó del corazón de aquel romántico incomparable que escribió La rima del viejo marinero, más allá de lo cual no existe nada. Y este deseo era indiscutiblemente fomentado por todo lo que había leído y se había imaginado, por la romántica aureola con que su historia escolar envolvía a todo el sector, por la fantástica deformación de aquel período en que, según decían, la gente vivía en «mansiones» y la esclavitud era una institución benévola, con acompañamiento de música de banjo, y el coronel se mostraba pródigo y sus felices subordinados bailaban arrastrando los pies, y todas las mujeres eran puras, amables, hermosas, y todos los hombres eran valientes y caballerosos, mientras que la horda rebelde era una tropa de jinetes jactanciosos que se burlaban de la muerte. Años más tarde, cuando ya no podía pensar en la árida selvaticuez espiritual, en el hostil y mortífero atrincheramiento contra toda vida nueva, cuando su mitología barata, su leyenda sobre el encanto de sus modales, la aristocrática cultura de sus vidas y la extraña dulzura de su habla ceceante le hacían estremecerse, cuando no podía imaginar un retorno a su vida y a sus copiosas supersticiones sin sentirse hastiado y horrorizado, era tan grande su miedo a la leyenda, su miedo a su antagonismo, que seguía simulando la más fanática devoción al sur, justificando su residencia en el norte por razones de necesidad y no de deseo.

Por último, se le ocurrió pensar que aquella gente no le había dado nada, que ni su amor ni su odio podían dañarlo, que no les debía nada, y resolvió que lo diría así y correspondería a su insolencia con una maldición. Y así lo hizo.

Y así se extendieron sus fronteras en un mundo encantado, en una fabulosa y solitaria maravilla, rota únicamente por el mezquino sentido práctico de Eliza, por su falta de magnificencia en un mundo magnífico, por las comidas de bollos dulces y leche y mantequilla en una sucia habitación, por las cajas de zapatos llenas de bocadillos y abiertas en el coche restaurante del tren —donde pedía café después de un prolijo estudio del menú—, por las interminables discusiones sobre los precios y los costes en casi todos los lugares a donde iban, por sus órdenes de que se «encogiese» cuando pasase el revisor, pues era un chico alto y delgado, y su medio billete podía ser puesto en entredicho.

Lo llevó a Florida a finales de invierno, después del regreso de Gant de Augusta; primero fueron a Tampa y, unos días más tarde, a Saint Petersburg. Allí paseó sobre la gruesa capa de arena suelta de las calles, pescó durante horas con alegres viejos en el extremo del largo muelle, devoró una cesta llena

de novelas baratas que encontró en las habitaciones que había alquilado su madre en una casa particular. Pero se marcharon bruscamente, después de una terrible disputa con el viejo truhan que administraba el lugar y se consideraba defraudado en la mayor parte del alquiler de la temporada, y corrieron a Carolina del Sur al recibir un histérico mensaje de Daisy pidiendo a su madre que «viniese enseguida». Llegaron a la pequeña y sucia población, embarrada y viscosa a causa de la lluvia, a finales de marzo. El primer hijo de Daisy, un varón, había nacido la víspera. Eliza, enojada por lo que consideraba una inútil interrupción de sus vacaciones, discutió agriamente con su hija un día o dos después de su llegada y se dispuso a regresar a Altamont, declarando, con irónica aprobación de Daisy, que no volvería más. Pero lo hizo.

El invierno siguiente fue a Nueva Orleans para las fiestas de carnaval llevándose también a su hijo menor. Eugene recordaba las enormes cisternas en el patio de atrás de la casa de tía Mary, los fuertes ronquidos de Mary, que hacían temblar las ventanas por la noche, y el gran espectáculo del carnaval en la calle Canal; las carrozas engalanadas, las sonrientes bellezas, los desfiles y los soldados, las máscaras grotescas y fantásticas. Y volvió a ver barcos anclados al pie de la calle Canal, y sus altas proas asomándose sobre la calle desde detrás del malecón; y, en los cementerios, las tumbas elevadas sobre el suelo, «porque —decía Oll, el sobrino de Gant— el agua de mar los corrompe más deprisa».

Y recordaba los olores del mercado francés, el fuerte aroma del café que tomaba allí, y la alegría exótica de la vida dominguera de la ciudad, con los teatros abiertos, el ruido de martillos y de sierras, y el aire festivo de la muchedumbre. Visitó a los Boyle, antiguos huéspedes de Dixieland, que vivían en el barrio viejo francés, y durmió por la noche con Frank Boyle en una gran habitación oscura, débilmente iluminada con candelas. Tenían como cocinera a una vieja negra que solo hablaba francés y que volvía del mercado por la mañana, temprano, trayendo una enorme cesta llena de verduras, frutas tropicales, aves y carne. Cocinaba platos extraños y deliciosos que él nunca había probado: fuerte quimbombó, filetes con guarnición, aves con salsa.

Y contemplaba la enorme serpiente amarilla del río, soñando en sus lejanas playas, en los innumerables estuarios rebosantes de vegetación tropical, en la vida romántica de las plantaciones y de los campos de caña que lo flanqueaban, en la luz de la luna, en los negritos que bailaban en el malecón, en las luces lentas del dorado barco fluvial, y en la carne perfumada de mujeres de negros cabellos, espectros musicales al pie de unos árboles que, con sus ramas caídas, parecían fantasmas.

Hacía poco que habían regresado del carnaval cuando, una ventosa noche de invierno en que Eugene dormía en casa de Gant, los terribles gritos de su padre despertaron a toda la casa. Gant había estado bebiendo desaforadamente,

día tras día. Eugene tenía que ir por las tardes a buscarlo al taller y, al ponerse el sol, con la ayuda de Jannadeau, lo traía a casa, detrás del derrengado caballo del negro y lanzando gritos de borracho. Después seguía la rutina acostumbrada de la sopa, de desnudarlo y de tenerlo a raya hasta que llegaba el doctor McGuire, el cual clavaba profundamente una aguja en el nervudo brazo de Gant, dejaba unos polvos somníferos y se marchaba. La muchacha estaba agotada; el propio Gant estaba acabando sus fuerzas, y dos o tres dolorosos ataques de reumatismo habían completado su hundimiento.

Ahora se despertaba en la oscuridad, presa de terror y de angustia, porque todo el lado derecho de su cuerpo estaba paralizado por un dolor que nunca había podido imaginar. Maldecía y suplicaba alternativamente a Dios, en su dolor y en su pánico. Durante días, el médico y la enfermera no perdonaron esfuerzos, confiando en que la tremenda inflamación no le atacase el corazón. Tenía los miembros nudosos, retorcidos, y el cuerpo doblado por el furioso ataque de reumatismo inflamatorio. En cuanto se hubo recobrado lo bastante para poder viajar, se trasladó a Hot Springs bajo el cuidado de Helen. Casi bárbaramente, rechazó ella toda ayuda, dedicando todos los minutos del día a su asistencia. Estuvieron seis semanas ausentes; postales y cartas ocasionales, describiendo una vida de hoteles, baños termales, enfermedades y dolencias, y las diversiones de ricos distinguidos, añadieron nuevos colores al horizonte de Eugene. Cuando regresaron, Gant podía andar de nuevo, el reumatismo había sido expulsado de sus miembros, pero su mano derecha, nudosa y rígida, había quedado lisiada para siempre. Nunca pudo volver a cerrarla, y había algo extrañamente doliente en la actitud de Gant, y un brillo de pavor y de terror en sus ojos.

Pero la unión entre Gant y su hija se había consumado definitivamente. Delante de Gant se extendía, presagiado a medias, un camino de dolor y de terror que llevaba a la muerte; pero al menguar, agotarse y quebrarse su gran vigor a lo largo de aquel camino, ella avanzaba palmo a palmo con él, soldando, más allá de la vida, más allá de la muerte, más allá del recuerdo, el eslabón que los unía.

—Me habría muerto de no haber sido por esa chica —decía él, una y otra vez—. Me salvó la vida. No podría dar un paso sin ella.

Y alardeaba continuamente de su abnegación y su fidelidad, y de lo que le había costado el viaje, y de los hoteles y la riqueza y el estilo de vida que ambos habían podido llevar.

Y, al crecer la leyenda de la bondad y la abnegación de Helen, y proclamar Gant su dependencia de ella, Eliza acentuaba su reflexivo fruncimiento de labios, lloraba a veces sobre la grasa chisporroteante de una sartén, y esbozaba, debajo de la ancha y roja nariz, una sonrisa trémula, amarga y

lastimera.

—Yo les enseñaré —gemía—. Yo les enseñaré.

Y frotaba pensativamente una mancha roja que había aparecido durante el año en el dorso de la mano izquierda y le producía fuerte comezón.

El invierno siguiente, fue a Hot Springs con Eugene. Se detuvieron un par de días en Memphis; Steve trabajaba allí, en un almacén de pinturas. Al enseñar al chico la ciudad, Steve entraba y salía rápidamente de las tabernas, diciendo a Eugene que lo esperase fuera pues tenía que «ver a un amigo», un «amigo», pensaba Eugene, que siempre daba mayor impulso a su fanfarronería.

Después cruzaron el río, con una sensación de vértigo, y, por la noche, Eugene vio las pequeñas y tristes chozas de Arkansas en los palúdicos campos.

Eliza lo envió a una de las escuelas públicas de Hot Springs; allí se zambulló en el nuevo y asombroso mundo; estudió con aprovechamiento y se ganó el afecto de su joven maestra, pero pagó el precio del novato a toda la pandilla de hostiles muchachitos de la clase. Antes de terminar el primer mes, había pagado desesperadamente su ignorancia de las costumbres del lugar.

Eliza se cocía diariamente en los baños; a veces, él la acompañaba pero gozaba de una sensación de embriagadora independencia al marcharse al departamento de los hombres, donde se desnudaba en un cuartito fresco y pasaba después a una tórrida habitación llena de literas, sumergiéndose en un baño de vapor que le daba momentáneamente la impresión de que se derretía en un charco de sudor a sus pies y del que salía al cabo de un rato con piernas temblorosas, para que un negro vigoroso y sonriente lo metiese en una enorme bañera y le diese un fuerte masaje. Después, lánguidamente, pero con un profundo sentimiento de purificación, se tumbaba en una de las literas, victoriosamente dueño de sí en un mundo de hombres. Palúdicos del sur que arrastraban las palabras, alcohólicos de ojos hinchados, jugadores de piel amoratada y boxeadores derrengados hablaban de una litera a otra o paseaban con solo una toalla ceñida recatadamente a sus abultadas panzas. A Eugene le gustaba el olor del vapor y de los hombres sudorosos.

Eliza lo envió enseguida a recorrer las calles con *The Saturday Evening Post*.

—No te perjudicará trabajar un poco después de la escuela —le decía. Y cuando él salía con la bolsa colgada del cuello le gritaba—: ¡Ponte tieso, chico! ¡Ponte tieso! Echa los hombros atrás. Haz que la gente piense que eres alguien.



Y le daba un puñado de tarjetas impresas con esta inscripción:

PASE LOS VERANOS EN DIXIELAND

En la bella Altamont,

la Suiza de América.

Precios módicos – Para Transeúntes y Turistas.

Eliza E. Gant, Prop.

—Tienes que ayudarme a hacer propaganda, chico, si tenemos que vivir — repetía, con aquel fruncimiento de labios y aquella jocosidad que lo herían tan profundamente, porque sentía que solo era una máscara evidente de una insinceridad aún más evidente.

Eugene se estremecía al verse finalmente convertido en un endurecido paquidermo en el mundo de Eliza: poniéndose tieso, echando orgullosamente los hombros atrás, haciendo que la gente «pensara que era alguien» al corresponder cordialmente a una presentación con la entrega de una tarjeta que pregonaba las delicias de Altamont y Dixieland, y aprovechar todo inicio de relaciones sociales para «hacer propaganda del negocio». Odiaba la jerga de la profesión aprendida por su madre en alguna parte, hacía mucho tiempo, y que ella empleaba constantemente con gran satisfacción, haciendo chascar los labios al hablar de «transeúntes» o de la «propaganda del negocio». A él, como a Gant, le horrorizaba, aunque no lo decía, vender por dinero el pan de su mesa, el cobijo de sus paredes, al huésped, al extraño, al amigo desconocido del mundo exterior; al enfermo, al cansado, al solitario, al arruinado, al truhan, a la ramera y al imbécil.

Así, perdido en los remotos Ozarks, subía por la avenida Central, contemplando a ambos lados los abruptos montes que eran, para él, fronteras de lugares encantados, portales inmediatos de un país fantástico fuera del tiempo, eterno. Bebía continuamente el agua que brotaba humeante de la tierra, esperando limpiarse de algún modo de toda contaminación, iniciando su perdurable fantasía de la milagrosa primavera, o del bajo de fango curativo que, llegando hasta el cuello, extraía de las venas del hombre hasta la última gota de sangre corrompida, secaba los tumores cancerosos, consumía y absorbía los quistes, eliminaba las manchas del escorbuto, arrancaba y chupaba y arrojaba las viscosidades fibrosas de toda dolencia, restablecía la carne perfecta propia del animal.

Y observaba durante horas las entradas de los hoteles de moda, mirando fijamente las piernas de las damas en las galerías, observando a los grandes de la tierra y sus diversiones, pensando, con acongojado pasmo, que aquí estaban los personajes de Chambers, de Phillips, de todos los novelistas de sociedad,

viviendo en carne y hueso sus vidas semejantes a las de los dioses, dando realidad a la ficción. Sentía profundo respeto por los sublimes comportamientos plasmados en estos libros, particularmente en los ingleses: en ellos, la gente amaba, pero no como la gente vulgar, sino elegantemente; su manera de hablar era sutil, delicada, exquisita; ni siquiera en sus pasiones había tosca lujuria o apetitos violentos; eran incapaces de tener los pensamientos viles o los deseos carnales de las personas corrientes. Cuando miraba los bien formados muslos de las jóvenes amazonas, fascinado al ver sus proporcionadas piernas abiertas sobre el firme y oloroso lomo de un caballo, se preguntaba si la cálida y sinuosa vibración las excitaba, y cómo sería su manera de amar. La absurda elegancia de sus modales en los libros lo espantaba; veía la seducción consumada en guantes de cabritilla, con acompañamiento de discreteos sutiles. Estos pensamientos, cuando los tenía, hacían que se avergonzase de su propia bajeza; imaginaba, en esa gente, un amor llevado más allá de todas las leyes de la naturaleza, consiguiendo el goce de los animales o de los hombres corrientes por el contacto eléctrico de un dedo, por un parpadeo, por la entonación de una frase, exquisita e incorruptible.

Y cuando ellos contemplaban su cara remota e irreal, ahora más extraña después de haberse cortado los tupidos rizos que la orlaban, le pagaban mucho más de lo que valía su mercancía, con la perezosa contrición de los prodigos.

Grandes peces nadaban en peceras de cristal en los escaparates de los restaurantes: anguilas enroscadas como serpientes, truchas de panza blanca girando y hundiéndose hasta el fondo. Y él soñaba en el extraño y rico alimento que contenían.

Y a veces veía hombres que regresaban en coche del río lejano, cargados de peces grandes, y se preguntaba si algún día vería aquel río. Había muchas cosas a su alrededor, próximas pero inexploradas, que despertaban sus deseos y sus afanes.

Y más tarde, en la arenosa costa de Florida, paseaba con Eliza los estrechos callejones de Saint Augustine, recorría la atestada playa de Daytona, exploraba los verdes prados de Palm Beach, delante de los hoteles, en busca de cocos que Eliza quería llevarse como recuerdo, y llenaba con ellos un saco castaño y seguía andando, con la bolsa colgada de los hombros, por los interminables pasadizos de la Royal Poinciana o de los Breakers, blanco de burla y de escándalo, para diversión de esclavos y príncipes; o cruzaba los anchos paseos sombreados que cortaban la península, para ver, tendidos sobre la arena blanda y sensual, las piernas sedosas de las mujeres, los cuerpos esbeltos y bronceados de los hombres, y las largas olas que rompían suavemente en el vaivén interminable del mar verde e infinito, esas olas que habían batido su cerebro desde las caracolas de su padre, que habían agitado

su corazón de montañés, pero que nunca, antes de ahora, había visto. En los cuidados paseos, salpicados por la luz de sol que se filtraba entre las hojas de las palmeras, discurrían sobre ruedas la princesa y el señor; en los bares resguardados con celosías, bajo el zumbido de los ventiladores, los hombres bebían en altas copas de cristal opaco.

Otra vez fueron a Jacksonville, donde vivieron varias semanas con Pett y Greeley; Eugene estudió con un hombrecillo lisiado procedente de Harvard, e iba a almorzar con su maestro a un pequeño restaurante donde el hombre consumía cerveza con pretzels. Cuando madre e hijo se marcharon, Eliza protestó de la enseñanza; el lisiado se encogió de hombros y tomó lo que ella le ofrecía. Eugene volvió la cabeza y levantó un pie del suelo.

Así conoció Eugene, el chico de las tierras altas, ligado al cielo, bajo el imperio de los montes, el fabuloso sur. La imagen de los campos dejados rápidamente atrás, de los bosques y las colinas, permanecieron para siempre en su corazón; perdido en la tierra oscura, yació toda la noche en su litera, viendo desfilas el umbrío y fantástico sur, durmiéndose al fin y despertando súbitamente al amanecer, para ver los frescos lagos de Florida, inmóviles y silenciosos, como si hubiesen estado esperando este encuentro desde la eternidad; o escuchando, al deslizarse el tren en Savannah en las horas oscuras de la mañana, las extrañas y pausadas voces de los hombres en el andén, los ominosos y débiles ecos de la estación, o viendo, a la pálida luz de la aurora, los bosques fantasmas, un camino surcado de rodadas, una vaca, un muchacho, un patán de ojos sin brillo apoyado en la puerta de una casita de campo y que, en ese instante del tiempo que huye y para el que se ha tramado toda una vida, brilla en la ventanilla y desaparece.

Recordaba la vulgaridad de todas las cosas del mundo con una extraña familiaridad; soñaba en los tranquilos caminos, en los parajes boscosos iluminados por la luna, y pensaba que algún día vendría a ellos a pie y los encontraría inalterados, en toda la maravilla del reconocimiento. Existían para él desde siempre y para siempre.

Eugene tenía ahora casi doce años.

\*\*\*\*\*

## SEGUNDA PARTE

### CATORCE

El ciruelo, negro y frágil, oscila rígido bajo el viento invernal. Sus millones de ramitas son como punzones de hielo. Pero en la primavera se inclinará, flexible y grávido, bajo la pesada carga de fruto y de flores. Se rejuvenecerá. Madurarán las rojas ciruelas, y serán furiosamente sacudidas en sus pedúnculos. Caerán y se abrirán sobre el gredoso y cálido y húmedo suelo; cuando sople el viento en el huerto, habrá en el aire una lluvia de ciruelas; la noche vibrará con el ruido de las frutas al caer, y en un árbol grande, cuajado de retoños y de flores, habrá un coro de pájaros que llenará el aire con sus notas cálidas y ricas, entre el redoble de las ciruelas.

La dura tierra de la montaña se ha deshelado y ablandado; cae la lluvia fecunda que todo lo empapa, y nuevas briznas de hierba tierna, como cabellos suaves, crecen desperdigadas veteando el suelo.

«La cara de mi hermano Ben —pensaba Eugene— es como una pieza de marfil un poco amarillento; su cabeza alta y blanca parece duramente marcada por el ceño de su padre; su boca es como un cuchillo, y su sonrisa es como el brillo de la luz sobre la hoja. Su cara es como una hoja y un cuchillo y un destello de luz: es delicada y fiera, y su mirada ceñuda es hermosa, y cuando fija los dedos duros y blancos y la mirada severa sobre algo que quiere arreglar, sorbe por la larga y afilada nariz, con viva y muda concentración. Y las mujeres, al mirarlo, sienten una ternura inmensa por su semblante puntiagudo, nudoso, siempre ceñudo: sus cabellos brillan como los de un niño, y tienen las ondulaciones y los rizos de una lechuga.»

Ben se echa a la calle en las noches y mañanas de abril. La noche está brillantemente salpicada de frías y claras estrellas. Breves y frescas ráfagas de viento agitan la fronda del huerto. Ben sale sin ruido de la casa dormida. Su delgada cara inteligente queda en la oscuridad dentro del huerto. Hay un olor a nicotina y a cuero de zapato bajo las flores tiernas. Sus zapatos castaños de punta cuadrada repican musicalmente en las calles desiertas. El agua murmura perezosa en la fuente de la plaza; todos los bomberos duermen, pero Big Bill Merrick, el bravo guardia de jeta porcina y colorada, se inclina goloso sobre un pastel de picadillo con especias y una taza de café en Uneed Lunch. Un tibio y agradable olor a tinta flota en oleadas en la calle; un tren ruidoso silba en dirección al sur primaveral.

Los repartidores de periódicos caminan en la sombra entre los frescos huertos. Las piernas cobrizas de las negras se agitan en las oscuras chozas. El torrente zumba claramente.

El Número Seis, que es nuevo, oye que los chicos hablan de Foxy.

—¿Quién es Foxy? —pregunta el Número Seis.

—Foxy es un bastardo, Número Seis. No dejes que te atrape.

—El bastardo me atrapó tres veces la semana pasada. Y siempre en casa del Griego. ¿Por qué no nos dejan comer?

El número Tres pensó en la mañana del viernes: le correspondía la ruta del barrio negro.

—¿Cuánto, Tres?

—Ciento sesenta y dos.

—¿Cuántos morosos tienes, hijo? —preguntó cínicamente el señor Randall—. ¿Has tratado al menos de cobrarles? —añadió, hojeando el libro.

—Lo compensa en Poon-Tang —dijo Foxy, haciendo un guiño—. Suscripción gratis una semana a cambio de una dosis.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, furioso, el Número Tres—. Tú te aprovechas de ellos desde hace seis años.

—Podéis bailar con ellos, si eso os gusta —dijo Randall—, pero cobrad el dinero. Ben, quiero que vayas con él el sábado.

Ben rio callada y cínicamente, mirando al aire.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. ¿Espera que vigile al pequeño truhan? Ha estado abusando de usted desde hace seis meses.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo, malhumorado, Randall—. Esto es lo que quiero que averigües.

—Por el amor de Dios, Randall —dijo desdeñosamente Ben—, tiene, en ese libro, negros que llevan cinco años muertos. Esto es lo que gana con aceptar a todos los pequeños bribones que se le acercan.

—Si te quedas ahí parado, Tres, confiaré tu ruta a otro muchacho —dijo Randall.

—Bueno, coja a otro muchacho. No me importa —dijo rudamente el Número Tres.

—¡Oh, por el amor de Dios! Escucha eso, ¿quieres? —dijo Ben a su ángel, sonriendo ligeramente y señalando al Número Tres con un brusco movimiento de cabeza.

—Sí, escucha eso. Es lo que he dicho —replicó belicosamente el Número Tres.

—Muy bien, pequeño. Echa a correr y reparte tus periódicos antes de que te suceda algo malo —dijo Ben, volviendo la cabeza y mirándolo con el ceño fruncido unos momentos—. Y otra cosa, pequeño truhan —añadió, con profundo desprecio—, tengo un hermano menor que vale seis veces más que

tú.

La primavera yacía ingrávida sobre la tierra, como un fragante manto de gasa; la noche era una taza fresca de oscuridad morada, llena de dulces aromas de los huertos.

Gant dormía pesadamente, haciendo retemblar las hojas sueltas de la ventana con sus graves y ásperos ronquidos. Con breves truenos estallantes que rasgaban la noche morada, el tren número 36 empezaba a subir la cuesta de Saluda; embestía furiosamente como una cabra, patinando las ruedas sobre los raíles, y Tom Cline miraba con ojos graves el espumoso y lechoso torrente allá en lo hondo, y esperaba. El tren resbalaba, giraba, aguantaba, seguía subiendo lentamente, como una mula, adentrándose en la sombra. El hombre, satisfecho, se asomó desde su casilla de maquinista y volvió a mirar: la luz de las estrellas se reflejaba débilmente en los raíles. Comió un grueso bocadillo de carne frita, fría y untada con mantequilla, desgarrándolo en jirones y embadurnándose los gordos dedos ennegrecidos. Flotaba en el lento trayecto un fuerte olor a cornejo y a laurel. Los vagones entrechocaron ruidosamente con el cambio de vía; el guardagujas, pálidamente iluminado por la luz cálida y amarilla de su caseta peligrosamente erigida en el talud, permanecía inmóvil y hosco junto a la palanca.

Con los brazos extendidos en el marco de la ventana de su casita de maquinista, Tom lo miró fijamente con ojos saltones. Nunca se habían hablado. Después, se volvió en silencio y tomó la botella de leche, medio llena de café frío, que le ofrecía el fogonero. Y regó la comida con largos y sonoros tragos propios de un obispo.

En el 18 de la calle Valley, el porche rojo de la cabaña, salpicado de manchas grasientas de un barro amarillo negruzco, tembló amenazadoramente. El periódico recién impreso y doblado por la mitad por el Número Tres chocó de plano contra la puerta, cayendo rígidamente y de canto sobre el porche como una tabla de madera ligera. En el interior, May Copening, desnuda, se agitó murmurando como bajo los efectos de una droga y estiró las gruesas piernas cobrizas en la fétida y caliente cama, con un lento rumor de seda.

Harry Tugman encendió un Camel, llenando de humo sus fuertes pulmones manchados de tinta, mientras observaba cómo se detenía la prensa. Sus brazos desnudos eran tan vigorosos como sus prensas. Se dejó caer cómodamente en la crujiente silla plegable y se echó atrás, resiguiendo distraídamente la hoja caliente y acre del periódico. El humo aromático brotó lentamente de su nariz. Tiró la hoja.

—¡Jesús! —dijo—. ¡Vaya una composición!

Ben bajó la escalera, enfurruñado, con el ceño fruncido, y se dirigió a la

nevera.

—¡Por el amor de Dios, Mac! —gritó irritado al cajista, mientras lo miraba levantando un párpado—. ¿Es que solo tenéis gaseosa y leche agria?

—¿Y qué quieres tú, por todos los diablos?

—Quisiera tomar una Coca-Cola de vez en cuando. ¿No sabes? —dijo con acritud—. El viejo Candler todavía la fábrica en Atlanta.

Harry Tugman arrojó su cigarrillo.

—Aquí no ha llegado todavía la noticia, Ben —dijo—. Tendrás que esperar a que se haya calmado la excitación por la rendición de Lee. Vamos —añadió, levantándose bruscamente—, vayamos a la Cuchara Grasienta.

Metió la cabeza en el hoyo profundo del fregadero, dejando que el agua tibia pero refrescante fluyese sobre su ancho cuello y su cara cárdena y macilenta después de una noche sin dormir. Vigoroso, rudo y siempre de buen humor, se enjabonó las manos con gran abundancia de espuma, retorciendo despacio los músculos como gruesas serpientes.

Cantó, con su fuerte voz de barítono:

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!

Muchos bravos corazones duermen en la fosa.

¡Estad alerta! ¡Estad alerta!

Descansaron cómodamente en el vacío absoluto de la tranquila sala de prensa, sobre las oficinas, envueltos en luz verde amarillenta, despatarrados en el relajamiento que sigue al trabajo. Los chicos habían salido para hacer sus recorridos. El lugar parecía respirar lenta y cansadamente. El aire suave del amanecer fluía fresco sobre sus rostros. El cielo adquiriría un débil matiz aljofarado en el horizonte.

Extrañamente, la vida despertaba en afilados fragmentos en la oscuridad violácea. Repicando lentamente los cascos en la resonante calle, Número Seis, la vigorosa yegua parda de la señora Goulderbilt, tiraba resignadamente de la carreta amarilla con retintín de botellas, cargada hasta el tope de excelente y cremosa leche de alto precio. El carretero era un joven campesino de piel clara, que olía agradablemente a sudor fresco y a leche. Habían llegado a la villa después de recorrer ocho millas a través de los campos cubiertos de rocío e iluminados por las estrellas y de los bosques de Biltburn, y de cruzar la alta puerta inglesa de ladrillos.

En el hotel Pisagh, frente a la estación, la última puerta se cerró con un débil chasquido; cesaron los furtivos pasos nocturnos; la señorita Bernice Redmond dio ocho billetes de un dólar al portero negro y se fue

definitivamente a la cama, después de ordenar que no la molestasen antes de la una; un motor móvil funcionaba ruidosamente en el patio; más allá del cruce de Biltburn, Tom Cline silbaba con regulares y tristes resoplidos. En este momento, el Número Tres había repartido ciento cuarenta y dos periódicos; solo le faltaba subir la desvencijada escalera de madera del banco de Eagle Crescent para terminar con las ocho casas del Crescent. Miró ansiosamente por encima de la colonia negra desparramada en la colina y el valle, en el borde oriental; detrás de Birdseye Gap, el cielo era de un gris perlino y las estrellas parecían apagarse. Quedaba poco tiempo, pensó. Tenía la cara llena; pálida, y una espesa y joven cabellera rubia. Su mandíbula inferior era larga y carnosa, sesgada hacia atrás. Se pasó la lengua por el labio inferior, gordezuelo y agrietado.

Un Hudson de siete plazas, modelo 1910, de cuatro cilindros, salió disparado del recinto de la estación y, con creciente y regular zumbido enfiló el plano y dormido sector negro de la avenida South End, donde hacían sus ejercicios los bomberos, y descendió hacia la villa a casi cincuenta por hora. La estación se agitó un poco en su sueño; resonaron débiles ruidos bajo los vacíos cobertizos, secos martillazos en las ruedas de los vagones, chasquidos metálicos en la sala de espera embaldosada. Una negra soñolienta vertía agua sobre las baldosas, pasando con lánguido y tardo movimiento una empapada bayeta gris sobre el suelo.

Eran las cinco y media. Ben había salido de la casa al huerto a las tres y veinticinco. Dentro de cuarenta minutos, Gant se despertaría, se vestiría y encendería los fuegos de la mañana.

—Ben —dijo Harry Tugman, mientras salían de la relajante habitación—, si Jimmy Dean viene de nuevo a incordiar en mi sala de prensa, tendrán que buscar a otro que imprima su sucia hoja. ¡Qué diablos! Puedo encontrar trabajo en el Atlanta Constitution cuando quiera.

—¿Ha venido esta noche? —preguntó Ben.

—Sí —dijo Harry Tugman—, y volvió a salir. Le dije que se fuese con viento fresco al piso de arriba.

—¡Dios mío! —exclamó Ben—. ¿Qué dijo él?

—Dijo «¡Yo soy el director!». «Me importa un bledo —le dije—, aunque sea el paniaguado del presidente. Si quiere que hoy salga el periódico, lárguese de la sala de prensa.» Y me obedeció, ¡se fue!

En la fresca oscuridad azul perlina, doblaron la esquina de la oficina de correos y cruzaron en diagonal la calle hasta Uneedda Lunch número 3. Era una pequeña tasca, de cuatro metros de anchura, embutida entre la tienda de un óptico y el salón de limpiabotas de un griego.



Dentro, el doctor Hugh McGuire estaba sentado en un taburete, ensartando pacientemente las judías, una a una, con las púas de su tenedor. Un fuerte olor a whisky de maíz flotaba en el aire a su alrededor. Sus gruesas y hábiles manos de carnicero, velludas en el dorso, empuñaban torpemente el tenedor. Su cara de fuertes mandíbulas mostraba unas grandes manchas de color castaño. Se volvió en redondo y miró como un búho al entrar Ben, y al fin logró fijar en este la mirada vacilante de sus ojos saltones y enrojecidos.

—Hola, hijo —dijo con voz que parecía un amable ladrido—, ¿en qué puedo servirte?

—¡Por el amor de Dios! —dijo Ben, riendo desdeñosamente y volviendo la cabeza hacia Tugman—. ¿Has oído eso?

Se sentaron en el extremo del fondo. En ese momento entró Horse Hines, empresario de pompas fúnebres que, a pesar de que no era flaco, producía el efecto de un esqueleto vestido con una levita negra. Su larga y enjuta boca se abrió en una caballuna sonrisa profesional, mostrando unos enormes dientes de caballo en su blanco y serio semblante.

—Caballeros, caballeros —dijo sin motivo aparente, frotándose vivamente las flacas manos como si tuviese frío.

La carne de las palmas rechinó como huesos viejos.

Coker, el Lung Shark, que no había dejado de mirar con irónico interés la caza de judías de McGuire, sacó ahora el cigarro de su boca diabólica y lo sostuvo entre los manchados dedos mientras daba unas palmadas a su compañero.

—Salgamos —dijo, haciendo un guiño y señalando a Horse Hines con la cabeza—. No conviene que nos vean juntos aquí.

—Buenos días, Ben —dijo Horse Hines, sentándose a su lado—. ¿Está bien toda la familia? —añadió, suavemente.

Ben lo miró de reojo y frunciendo el ceño, y después se volvió hacia el hombre del mostrador, con una rápida crispación de los labios.

—Doctor —dijo Harry Tugman, con servil respeto por tratarse de un médico—, ¿cuánto cobra por operar?

—¿Por operar qué? —ladró ahora McGuire, después de ensartar una alubia.

—Pues... apendicitis —dijo Harry Tugman porque no se le ocurrió otra cosa.

—Trescientos dólares cuando tengo que abrir una panza —dijo McGuire, volviendo la cabeza para toser, pues se había atragantado.

—Se está asfixiando con sus propias secreciones —dijo Coker, con una mueca maliciosa—. Como la vieja señora Sladen.

—¡Dios mío! —dijo Harry Tugman, preocupado por habersele escapado la noticia—. ¿Cuándo falleció?

—Esta noche —dijo Coker.

—Sabe Dios que lo lamento —dijo Harry Tugman, muy aliviado.

—Acabo de preparar a la vieja dama —dijo melosamente Horse Hines—. Un par de huesos y piel.

Suspiró tristemente y, por un instante, se humedecieron sus ojos opacos.

Ben volvió la enfurruñada cabeza con expresión de náusea.

—Joe —dijo Horse Hines, con regocijo profesional—, dame una taza de ese fluido balsámico.

Y volvió su cabeza de caballo en dirección a la cafetera.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró Ben, en tono despectivo—. ¿Se lava al menos las manos antes de venir aquí? —gritó con irritación.

Ben tenía veinte años. Los hombres no pensaban en su edad.

—¿Quieres un poco de tocino crudo, hijo? —dijo Coker, con su pálida sonrisa maliciosa.

Ben hizo un ruido gutural, como de eructo, y se llevó una mano al estómago.

—¿Qué te pasa, Ben? —rio estrepitosamente Harry Tugman, golpeándole la espalda.

Ben saltó del taburete, tomó la taza de café y el trozo de pastel de picadillo que había pedido, y pasó al otro lado de Harry Tugman. Todos se echaron a reír. Después señaló a McGuire con la cabeza y frunció rápidamente el ceño.

—Dios nos valga, Tug —dijo—. Nos tiene acorralados.

—Escucha lo que dice —dijo McGuire a Coker—. De tal palo tal astilla, ¿no? Yo traje a ese chico al mundo, lo salvé del tifus, curé al viejo de más de setecientas borracheras, y han pagado mis cuidados llamándome hijo de perra en dieciocho versiones diferentes. Pero que le dé a uno de ellos un dolor de tripas —añadió jactanciosamente—, y veréis cómo corren en mi busca. ¿No es verdad, Ben? —dijo, volviéndose al chico.

—¡Oh, lo que me faltaba oír! —dijo Ben, riendo con irritación y sumergiendo la afilada cara en la taza de café.

Su amargo dejo llenó de vida, de ternura y de belleza el lugar. Todos lo miraron con ojos calamocanos, amables, observando su cara gris, enfurruñada, y el solitario y malicioso temblor de su sonrisa.

—Y te diré algo más —dijo McGuire, volviéndose solemnemente a Coker—. Si hay que abrir a alguien, ¿a quién encargan el trabajo? ¿Qué dices a esto, Ben? —preguntó.

—Si algún día tiene que abrirme, McGuire —dijo Ben—, antes me aseguraré de que no hace eses al andar.

—Vamos, Hugh —dijo Coker, pinchando a McGuire debajo del hombro—. Deja de perseguir a esas judías alrededor del plato. Baja del maldito taburete o cáete de él... como prefieras.

McGuire, ebriamente perdido en su ensueño, contempló tontamente el plato de alubias y suspiró.

—Vamos, maldito estúpido —dijo Coker, levantándose—, tienes que operar dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¡Santo Dios! —dijo Ben levantando la cara de la sucia taza—. ¿Quién es la víctima? Le enviaré flores.

—... todos nosotros, más pronto o más tarde —farfulló McGuire, jadeando, entre sus hinchados labios—. Ricos y pobres. Hoy estamos aquí y mañana nos hemos ido. No importa... no importa en absoluto.

—¡Por todos los santos! —gritó Ben a Coker, con enojo—. ¿Va a dejarlo operar en estas condiciones? Antes debería pegarle un tiro.

Coker se quitó el cigarro de la boca, y se pintó una sonrisa en su cara larga de palúdico.

—¿Por qué? Solo está entrando en calor, hijo —respondió.

Una luz perlina y nacarada surgía débilmente en el filo de la oscuridad violácea; los bordes de la luz y de la oscuridad parecían estar hilvanados sobre los montes. La mañana se extendía como una marea gris perla sobre los campos y las faldas de las colinas, hundiéndose rápidamente en la soluble sombra.

El joven doctor Jefferson Spaugh detuvo su Buick descapotable junto al bordillo y se apeó, quitándose afectadamente los guantes y sacudiendo unas motas de polvo de las solapas de seda de su esmoquin. Su cara, enrojecida por el whisky, era huesuda y hermosa; su boca, recta, cruel y sensual. Un aura heredada de sudor montaños flotaba, inodora pero telepática, a su alrededor; era un hombre de la montaña refinado por el brillo de los clubs distinguidos y de la universidad de Pennsylvania. Cuatro años en Philadelphia cambian a un

hombre.

Se metió descuidadamente los guantes en un bolsillo de la chaqueta y entró. McGuire se deslizó torpemente de su taburete y lo miró, hasta enfocarlo bien. Entonces hizo unos grandes ademanes de bienvenida con sus gordezuelas manos.

—Mirad quién está ahí —dijo—. ¿No lo conocéis?

—Es Percy —dijo Coker—. Conocéis a Percy van der Gould, ¿no?

—He estado bailando toda la noche en casa de los Hilliard —dijo elegantemente Spaugh—. ¡Caray! Esos zapatos nuevos de charol me han destrozado los pies.

Se sentó en un taburete y estiró con elegancia sus grandes pies de campesino, indecorosamente anchos y angulosos dentro de los zapatos.

—¿Qué ha estado haciendo? —preguntó McGuire en tono vacilante, volviéndose a Coker para que lo ilustrase.

—Ha estado bailando toda la noche en casa de los Hilliard —dijo Coker, con voz remilgada.

McGuire se tapó afectadamente la hinchada cara con la mano.

—¡Que me aspen! —dijo—. ¡Yo soy el gran sultán! Conque has estado bailando en casa de los Hilliard, ¿eh, maldito patán montañés? Has estado en un guateque Poo-Tang en el barrio negro. No vas a dárnoslas con queso.

Las risas desaforadas llenaron el nacarado amanecer.

—¡Zapatos de charol! —dijo McGuire—. Le han estropeado los pies. Mira Coker, la primera vez que vino a la ciudad, hace diez años, nunca había llevado nada más abajo de las rodillas. Tuvieron que arrojarlo al suelo para ponerle unos zapatos.

Ben dirigió una risita al Ángel.

—Dos tostadas con mantequilla, por favor, y que no estén demasiado quemadas —dijo delicadamente Spaugh al hombre del mostrador.

—Querrás decir un revoltillo de callos y melaza de sorgo, ruin bastardo. Te criaste con tocino salado y pan de maíz.

—Nos mostramos demasiado duros y groseros con él, Hugh —dijo Coker—. Ahora que se ha emborrachado con algunos miembros de las mejores familias, está muy solicitado en sociedad. Le tienen en tan alto concepto que se ha convertido en comadrona oficial de todas las vírgenes preñadas.

—Sí —dijo McGuire—, es amigo suyo. Las ayuda a salir del trance. Y no

solo a salir, sino también a entrar de nuevo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Spaugh—. Es mejor que todo quede en familia, ¿no?

Las carcajadas resonaron en el delicado amanecer.

—Esta conversación se está volviendo demasiado tosca para mi gusto —se burló Horse Hines, bajando de su taburete.

—Dale la mano a Coker antes de marcharte, Horse —respondió McGuire—. Es el mejor amigo que tuviste jamás. Deberías pagarle comisión.

La luz que inundaba ahora el mundo era suave e irreal, como la que iluminaba los fondos marinos de Catalina donde nadan los grandes peces. Con sus pies planos, su dolor de riñones y su uniforme desabrochado, el guardia Leslie Roberts avanzó encorvado bajo la luz perlada y submarina, se detuvo, agitando suavemente la porra detrás de la espalda, y volvió la macilenta e ictérica cabeza en dirección a la puerta abierta.

—Ahí está tu paciente —dijo Coker en voz baja—, el polizonte estreñado.

En voz alta y con gran cordialidad, dijeron todos:

—¿Cómo estás, Lee?

—¡Oh! Regular, regular —respondió tristemente el guardia.

Se atusó el bigote y siguió su camino, lanzando un viscoso escupitajo en la cuneta.

—Bien, buenos días, caballeros —dijo Horse Hines, disponiéndose a salir.

—Recuerda lo que te he dicho, Horse. Sé bueno con Coker; es tu mejor amigo —dijo McGuire, señalando a Coker con el pulgar.

A pesar de su aparente jovialidad, Horse Hines estaba dolido.

—Lo recuerdo —dijo gravemente el de pompas fúnebres—. Ambos desempeñamos profesiones honorables; en la hora de la muerte, cuando la nave zarandeada por la tormenta encuentra su puerto de descanso, nosotros somos instrumentos del Todopoderoso.

—¡Caramba, Horse! —exclamó Coker—. ¡Eso se llama elocuencia!

—Los ritos sagrados de cerrar los ojos, de componer los miembros, de preparar para el entierro lo que fue repertorio del alma que ha partido, constituyen una santa misión para nosotros; a nosotros, que vivimos, corresponde verter el bálsamo en el corazón destrozado del dolor, mitigar la pesadumbre de la viuda, enjugar las lágrimas del huérfano; nosotros, los vivos, tenemos el altísimo deber de resolver...

—... el Gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo —dijo Hugh McGuire.

—Sí, Horse —dijo Coker—, tienes toda la razón. Estoy conmovido. Y lo que es más, lo hacemos de balde. Al menos —añadió virtuosamente—, yo nunca cobro nada por mitigar el dolor de la viuda.

—¿Y qué es eso de embalsamar el corazón destrozado del dolor? —preguntó McGuire.

—He dicho verter bálsamo —observó fríamente Horse Hines.

—Oye, Horse —dijo Harry Tugman, que había escuchado con gran interés—, ¿no dijiste todo eso en un discurso durante el Congreso de Empresarios de Pompas Fúnebres el verano pasado?

—Lo que era verdad entonces también lo es ahora —dijo agriamente Horse Hines, y salió de la tasca.

—¡Jesús! —dijo Harry Tugman—. Lo hemos herido en lo más vivo. Pensé que iba a herniarme, doc, cuando dijiste aquello de embalsamar el corazón destrozado del dolor.

En ese momento, el doctor Ravenel detuvo su Hudson al otro lado de la calle, delante de la oficina de correos, y se acercó rápidamente, quitándose los guantes. Iba sin sombrero; los aristocráticos cabellos de plata estaban ligeramente revueltos; sus ojos grises de cirujano escudriñaban inquietos por debajo de los gruesos cristales de sus gafas. Tenía una cara notable, serena, hondamente interesada, afeitada, cenicienta, flaca, iluminada de vez en cuando por un destello de humor.

—¡Dios mío! —dijo Coker—. ¡Ahí viene el maestro!

—Buenos días, Hugh —dijo el recién llegado—. ¿Te estás preparando de nuevo para el manicomio?

—Mirad quién está aquí —gritó cordialmente McGuire—. El gran Dick, el literato aserrador de huesos, cuya colección particular de cálculos hepáticos es la mejor del mundo. ¿Cuándo has vuelto, hijo?

—Según parece, en el momento oportuno —dijo Ravenel, sosteniendo cuidadosamente un cigarrillo entre sus largos dedos de cirujano. Miró su reloj—. Creo que tienes una pequeña cita en el hospital Ravenel dentro de media hora. ¿Estoy en lo cierto?

—Sabe Dios, Dick, que tú estás siempre en lo cierto —gritó McGuire, con entusiasmo—. ¿Qué les dijiste allí, muchacho?

—Les dije —respondió Dick Ravenel, cuyos sentimientos de afecto eran como flores que creciesen detrás de una pared—, que el mejor cirujano de

América, cuando estaba sereno, era un maldito holgazán llamado Hugh McGuire, que siempre estaba borracho.

—Bueno, espera, espera. Aguarda un momento —dijo McGuire, levantando una de sus gruesas manos—. Protesto, Dick. Tu intención fue buena, hijo, pero te confundiste. Querías decir el mejor cirujano de América cuando no está sereno.

—¿Leíste alguno de tus papeles? —dijo Coker.

—Sí —dijo Dick Ravenel—. Leí uno sobre carcinoma de hígado.

—¿Y qué me dices de otro sobre piorrea de las uñas de los pies? —dijo McGuire—. ¿Lo has leído?

Harry Tugman rio estruendosamente, sin saber exactamente por qué. McGuire eructó ruidosamente en el silencio y se quedó un momento desorientado.

—Literatura, literatura, Dick —dijo después, solemnemente—. Ha sido la ruina de muchos buenos cirujanos. Lees demasiado, Dick. «Cassius tiene un aspecto enjuto y hambriento.» Sabes demasiado. La letra mata el espíritu, ¿sabes? Yo, Dick... ¿has visto alguna vez que sacase algo y no volviese a meterlo? Al menos, ¿no dejo siempre algo para ir tirando? Yo no soy erudito, Dick. Nunca tuve tus ventajas. Soy un carnicero que se hizo a sí mismo. Soy un carpintero, Dick. Soy un decorador de interiores. Soy un mecánico, un fontanero, un electricista, un carnicero, un sastre, un joyero. Soy una joya, una gema, un diamante en bruto, Dick; tiro todo lo que no me sirve, y empleo todo lo que tiro. ¿Quién le hizo al papa una rabadilla con uno de sus nudillos? ¿Quién hizo aullar al perro? Ah... por eso el gobernador parece tan joven. Estamos hartos de maquinaria inútil, Dick. Eficacia, economía, poder. ¿Tienes tú un hada en tu casa? ¡No la tienes! Entonces deja que los enanitos hagan el trabajo. Pregúntale a Ben... ¡él lo sabe!

—¡Oh, Dios mío! —rio débilmente Ben—. Escucha eso, ¿quieres?

Dos puertas más abajo, exactamente delante de la oficina de correos, Pete Mascari enrolló, con ruido de trueno, la puerta de hierro ondulado de su tienda de frutas. La luz perlina cayó fríamente sobre la arquitectura vegetal, sobre las pirámides de uvas, de naranjas de Florida, amarillas y deslumbrantes, de racimos de uvas purpúreos, en un lecho de serrín. Brotó de la tienda un rancio olor a fruta, a plátanos maduros, a manzanas en banasta y, además, un picante olor a pólvora; porque los escaparates estaban llenos de bengalas, de cohetes, de ruedas, de verdes y achatados Happy Holligans, de Jack Johnson, de truenos rojos y de pequeños y acres paquetes de chispeantes y sonoras carretillas. La luz cayó un momento sobre el rostro gris y cadavérico del hombre, y sobre el líquido venenoso de sus ojos sicilianos.

—No toquéis las uvas. Tocad las bananas.

Una carreta pintada de verde primaveral, como un juguete, pasó en dirección a la plaza.

—Dick —dijo más serenamente McGuire—, haz tú el trabajo, si quieres.

Ravenel sacudió la cabeza.

—Estaré de mirón —dijo—. No quiero operar. Estos casos me asustan. Borracho o sereno, el trabajo es tuyo.

—Vas a extirpar un tumor de una mujer, ¿no? —preguntó Coker.

—No —dijo Dick Ravenel—. Va a extirpar una mujer de un tumor.

—Te apuesto a que pesa cincuenta libras —dijo McGuire, con súbito interés profesional.

Dick Ravenel se estremeció ligeramente. Una fresca ráfaga de viento joven, limpio como un chiquillo, pasó junto a él. Los carnosos hombros de McGuire se encogieron bruscamente, como bajo un chorro de agua fría. Pareció despertar.

—Me gustaría tomar un baño —dijo a Dick Ravenel—, y afeitarme.

Pasó la mano por su peluda y manchada cara.

—Puedes hacerlo en mi habitación del hotel, Hugh —dijo Jeff Spaugh, mirando a Ravenel con cierta ansiedad.

—Lo haré en el hospital.

—Tendrás el tiempo justo —dijo Ravenel—. Por el amor de Dios, salgamos de una vez —gritó, con impaciencia.

—¿Viste a Kelly hacer esta operación en Hopkins? —preguntó McGuire.

—Sí —dijo Dick Ravenel—, después de una larguísima oración. Para dar fuerza a sus brazos. El paciente murió.

—¡Déjate de oraciones! —dijo McGuire—. A ese no le servirían de mucho. La noche pasada me llamó sucio bastardo anegado de whisky; si continúa de este talante, se pondrá bien.

—Cuesta mucho matar a esas montañasas —dijo Jeff Spaugh, como buen conecedor.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó McGuire a Coker.

—No, gracias. Voy a dormir un poco —respondió Coker—. La vieja nos llevó mucho tiempo. Pensé que nunca acabaría de morir.

Se dispusieron a salir.



—Ben —dijo McGuire, volviendo a sus antiguos modales—, dile al viejo que le daré una paliza si no deja descansar a Helen. ¿Se mantiene sobrio?

—Por el amor de Dios, McGuire, ¿cómo puedo saberlo? —gritó Ben, con irritación—. ¿Crees que no tengo nada más que hacer que vigilar a los borrachos?

—Es una gran muchacha, chico —dijo sentimentalmente McGuire—. Una entre un millón.

—Por lo que más quieras, Hugh, vayámonos de una vez —gritó Dick Ravenel.

Los cuatro facultativos salieron a la luz perlina. La ciudad emergía de la oscuridad violeta, renaciente y limpia como después de un baño. Todo el mundo parecía tan joven como la primavera. McGuire se dirigió al coche de Ravenel y se hundió cómodamente en el fresco asiento de cuero, sintiendo renacer su vigor. Jeff Spaugh arrancó violentamente, con una atronadora explosión del motor y saludando caballeramente con la mano.

Harry Tugman, admirado, se volvió a mirar la derrumbada y corpulenta figura de Hugh McGuire.

—¡Vive Dios! —clamó—. Apuesto a que va a hacer la operación más fantástica que jamás se haya visto.

—¡Qué caray! —dijo sinceramente el hombre del mostrador—. No vale un ardite hasta que se ha metido un cuartillo de licor de maíz en la panza. Dale unas cuantas copas, y es capaz de cortarte la cabeza y ponértela de nuevo sin que te des cuenta.

Al alejarse zumbando Jeff Spaugh, Harry Tugman dijo con envidia:

—Mira a ese bastardo. Parece el señor Vanderbilt. Se cree un fenómeno, ¿no? Y es un bruto. Ben, ¿crees que estuvo realmente en casa de los Hilliard esa noche?

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Ben, con impaciencia—. ¿Cómo voy a saberlo? Y además, ¿qué importa? —añadió furiosamente.

—Presumo que la pequeña Maudie llenará mañana la columna con algunas de sus gansadas —dijo Harry Tugman—. Lo llama «la joven ola». ¡Jesús! Abarca desde cualquier pequeña zorra lo bastante mayor para llevar pantalones hasta el viejo Redmond. Si Saul Gudger pertenece a la joven ola, tú y yo estamos aún en el tercer grado. Pues sí, señor —dijo, con aire convencido, al sonriente hombre del bar—, era calvo como la pata de un cerdo cuando estalló la guerra hispano-estadounidense.

El hombre del bar se echó a reír.

Dando rienda suelta a su brillante improvisación, Harry Tugman declamó:

—Los miembros de la joven ola fueron deliciosamente agasajados la noche pasada en una cena seguida de baile ofrecida en Snotwood, la hermosa residencia del señor y la señora Clarence Firkins, en honor de su hija menor, Gladys, presentada esta temporada en sociedad. El señor y la señorita Firkins, acompañados de su hija, recibieron a todos los invitados en el portal de la mansión, de acuerdo con la antigua y bella tradición de la aristocracia del sur, mientras la distinguida hermana de la señorita Firkins, la señorita Catherine Hipkiss, afectuosamente llamada Estruendosa Kate por los miembros de la joven ola local, supervisaba la guarda de abrigos, capas de noche, suspensorios y joyas.

»La cena se sirvió a las ocho en punto, seguida de café y licores a las ocho cuarenta y cinco. La deliciosa colación de nueve platos había sido preparada por Artaxerxes Papadopolos, el prestigioso repostero y dispensero, propietario del Bijou Cafe for Ladies and Gents.

»Después de los primeros auxilios y de un minucioso examen médico por parte del doctor Jefferson Reginald Alfonso Spaugh, el conocido ginecólogo, los invitados pasaron al salón de baile, donde el cuarteto de Cuerda de Superhombres de Zeke Buckner interpretó la músicaailable, estando el bombo y el tamboril a cargo del propio señor Buckner.

»Entre los que bailaban vimos a las señoritas Aline Titsworth, Lena Ginster, Ophelia Legg, Gladys Firkins, Beatrice Slutsky, Mary Whitesides, Helen Shockett y Lofta Barnes.

»Y entre los caballeros, I. C. Bottom, U. B. Freely, R. U. Reddy, O. I. Lovett, Cummings Strong, Sansom Horney, Prestun Updyke, Dows Wicket, Pettigrew Biggs, Otis Goode y J. Broad Stern.

Ben rio ruidosamente y volvió a inclinar la afilada cara sobre la taza. Después, estiró los delgados brazos, irguiendo sensualmente el cuerpo y desahogando, en un gran bostezo, el cansancio, el aburrimiento y el disgusto acumulados durante la noche.

—¡Ay-y-y-y, Dios mío!

La luz virginal del sol se introdujo en la calle con sus primeros e inmaculados rayos. En ese momento se despertó Gant.

Yació un momento inmóvil, boca arriba, en la agradable penumbra teñida de amarillo de la estancia, escuchando los trémulos y aflautados gorjeos de los pájaros que animaban la mañana. Lanzó un bostezo cavernoso y se rascó el pecho velludo con la mano derecha.

El rápido cloqueo de las gallinas sensuales. Ven a robarnos. Toda la noche

hemos trabajado para ti, señor. Ricas y protestonas y condescendientes voces de judías. Hazlo, no lo hagas. Arrójales un huevo.

Despierto, tendido, alerta, moldeando el cubrecama sus flacas piernas, Gant escuchó las renuentes invitaciones de las gallinas.

Estas, sacudiendo sus cuerpos gordos y plumosos, protestando pero satisfechas, se levantaban tambaleándose en el cálido polvo. Para mí. También la tierra y la parra. La húmeda tierra nueva rajándose como tocino tierno bajo el arado. O como el agua surcada por un barco. El esponjoso suelo vegetal levantado limpiamente por la pala y volteado como carne. O la tierra ahuecada y azadonada cuidadosamente alrededor de las raíces de los cerezos. La tierra recibe mi semilla. Para mí las grandes lechugas. Esponjosa y llena ahora de savia como una mujer. La gruesa parra... tupidos racimos para agosto. ¿Cómo? Engordados e hinchados como por la leche de un seno. O por la sangre que corre por una vena.

Durante toda la noche han estado cayendo flores. Pronto llegarán las manzanas de cera. Manzanas verdes a finales de mayo. El manzano de junio de Isaacs pende a medias sobre mi finca. Tendré tocino y manzanas verdes fritas.

Azuzado su apetito, pensó en el desayuno. Apartó limpiamente la sábana, se sentó describiendo una órbita y apoyó en el suelo los pies blancos y un poco héticos. Poniéndose delicadamente en pie, se dirigió a la mecedora de cuero y se puso un par de calcetines limpios y blancos. Entonces se quitó el camión por la cabeza y contempló un momento, en el espejo del tocador, su alta y huesuda estructura, los largos y nervudos músculos de sus brazos y el plano y velludo pecho. La panza le colgaba un poco. Introdujo rápidamente las blancas y flácidas pantorrillas en las perneras de su ropa interior de una sola pieza, estiró esta ensanchando los hombros y la abrochó. Después se puso los holgados y gruesos pantalones y se calzó los zapatos de cuero suave y sin cordones. Cruzó los tirantes sobre sus hombros, anduvo hasta la cocina y, al cabo de tres minutos, un vivo fuego de leña de pino rociada con petróleo ardía en el fogón. Gant se sentía estimulado, vivaz y despierto en la fresca mañana de primavera.

Al otro lado de Birdseye Gap, en la frescura aljofarada de Lunn's Cove, el juez Webster Tayloe, eminente, próspero y aristocrático asesor de corporaciones (retirado, pero realizando consultas ocasionales), se levantó en la rica penumbra de nogal de su dormitorio y, mirando a través de los cristales oscuros de las gafas, que daban a su largo y sutil y desdeñoso semblante una ventaja definitiva sobre el vulgo, observó con aprobación que uno de sus patanes venía del tercer prado con un cubo lleno a rebosar de leche fresca, que otro afilaba una guadaña bajo los primeros rayos del sol, y que otro, emulando

a su más inteligente compañero, el caballo, tiraba lentamente del calesín bajo el cobertizo de la cochera.

También vio complacido a su joven hijo mulato que venía por el prado con perezosa velocidad gatuna, observó con satisfacción la gracia y la rapidez de sus movimientos, el ágil vigor de su torso y la elasticidad de su fina osamenta. Y también la cabeza inteligente y el bello color oliváceo cobrizo de la piel. Se parecía mucho a un español de clase superior. Quod potui perfeci. Tal vez gracias a esta fusión, los hombres aprecian a los hombres.

Junto al río, el órgano de las cañas, el templo de la Musa, el bosque sagrado una vez más. ¿Por qué no? Como en esta cueva. También yo he vivido en Arcadia.

Se quitó un momento las gafas y contempló el párpado caído que daba una expresión de malignidad a su ojo izquierdo, y la gran verruga arlequinesca en la mejilla, debajo de aquel. Las gafas negras daban la impresión de que iba medio enmascarado; añadían un matiz de misterio inescrutable a la sutil, sensual e inquietante inteligencia de su rostro. Su criado negro apareció en ese momento y le dijo que el baño estaba preparado. Se quitó el largo y fino camión con que cubría su pecoso cuerpo y se metió resueltamente en el agua tibia. Después, durante diez minutos, fue remojado con una esponja, rascado y frotado, sobre una mesa larga, por las vigorosas manos de plástico del negro. Se puso ropa interior limpia y un pantalón negro recién planchado. Se anudó cuidadosamente una cinta negra debajo del alto cuello almidonado, y abrochó, sobre su larga y tiesa figura, una levita que le llegaba a las rodillas. Tomó un cigarrillo de una caja que había encima de la mesa y lo encendió.

Dando ruidosos tumbos en la serpenteante carretera que cruzaba el Gap desde la ciudad, un modesto automóvil brilló un instante entre los árboles. Dos hombres iban en él. Endurecido el semblante ante esta visión, el juez observó cómo cruzaba el coche su verja, levantando una nube de polvo. Vio vagamente las lascivas y rojas caras montañesas, y se imaginó el sudor y la pana que completaban la imagen. Y sus primos urbanos de la ciudad, Ladrill, estuco, el pequeño eczema blanco de los suburbios. Mestizos federados del mundo.

La próxima vez vendrán a mi valle con cortadoras de césped y proyectos de jardines. Aplastó el cigarrillo en un cenicero y, desde la ventana, empezó a calcular rápidamente sus caballos, jumentos, vacas, cerdos y gallinas; la riqueza almacenada en su enorme granero, el fruto copioso de sus campos y sus huertos. Un hombre venía hacia la casa con una cesta de huevos en una mano y un cubo de mantequilla en la otra; cada pastilla estaba marcada con una espiga de trigo y envuelta flojamente en un limpio y blanco paño de lino. Sonrió agriamente: si le atacaban, podría resistir un prolongado asedio.

En Dixieland, Eliza dormía profundamente en una habitación oscura con

una ventana que se abría a la luz incierta del porche de atrás. Su cuarto estaba festoneado con una enorme confusión de cuerpos y cordeles colgantes; había revistas y periódicos viejos amontonados en los rincones, y todos los estantes estaban llenos de viscosos frascos medicinales, rotulados, medio vacíos. El aire olía a mentol, a Vick's contra la neumonía, a glicerina dulce. Llegó la negra, se acercó a la maciza casa y empezó a subir perezosamente el empinado túnel de la escalera posterior. Llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó vivamente Eliza, despertándose al momento y dirigiéndose a la puerta.

Llevaba un camisón de franela gris sobre una gruesa camiseta de lana que Ben había desechado; el cordón colgante osciló suavemente al abrir ella la puerta, como un alga extraña flotando en el mar. Arriba, en la pequeña habitación delantera con galería, dormía la señorita Billie Edwards, veinticuatro años, de Missouri, la audaz y competente domadora de leones de Johnny L. Jones Combined Shows, que ahora actuaba en el campo de la colina detrás de la escuela de la calle Plum. A su lado, en la grande y ventilada habitación de la esquina, la señora Marie Pert, de cuarenta y un años, esposa de un vendedor de medicamentos ambulante y generalmente ausente, yacía sumida en alcohólica modorra. Sobre cada extremo de la repisa de la chimenea había una pequeña foto en marco de plata: una, de su hija ausente, Louise, de dieciocho años, y la otra de Benjamin Gant, tumbado sobre la hierba delante de la casa, apoyándose en un codo y llevando un gran sombrero de paja que le tapaba toda la cara salvo la boca. También, en otras habitaciones delanteras o traseras, estaban el señor Conway Richards, concesionario de la venta de caramelos en los Johnny L. Jones Combined Shows; la señorita Lily Magnum, de veintiséis años, enfermera titulada; el señor William H. Baskett, cincuenta y tres años, de Hattiesburg, Mississippi, cultivador de algodón, banquero y enfermo de paludismo, y su esposa; y en la gran habitación del final de la escalera, la señorita Annie Mitchell, diecinueve años, de Valdosta, Georgia; la señorita Thelma Cheshire, veintiún años, de Florence, Carolina del Sur, y la señora Rose Levin, veintiocho años, de Chicago, Illinois; las tres miembros del coro de «Molasses» Evans and His Broadway Beauties, enviadas desde Atlanta, Georgia, por la agencia de atracciones Piedmont.

—¡Oh, muchachas! El duque de Gorgonzola y el conde de Limburger vienen hacia acá. Quiero que os mostréis amables con ellos y que hagáis que se diviertan cuando lleguen.

—Puedes apostar que lo haremos.

—Y no perdáis de vista al más bajito; es el que tiene todo el dinero.

—Vaya si lo haremos. ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Somos chicas divertidas,  
vivarachas y atrevidas;  
alegres estamos luego  
y dispuestas para el juego,  
y por esto os decimos...

Detrás de una valla llena de carteles en la parte alta de la calle Valley, frente al Y. M. I. (de negros) y en el mismísimo corazón del centro comercial y de diversión de la población negra de Altamont, Moses Andrews, de veintiséis años, negro, dormía el último y profundo sueño de los negros y los blancos. Sus bolsillos, que solo la noche antes estaban llenos del dinero que le había dado Saul Stein, el prestamista, a cambio de ciertos artículos que había sustraído de la casa del abogado, el señor George Rollins (como un reloj Waltham de oro de 18 quilates con una gruesa cadena también de oro, el anillo con brillante de esponsales de la señora Rollins, tres pares de finísimas medias de seda y dos pares de calzoncillos), estaban ahora vacíos. La flácida mano izquierda seguía cerrada sobre una botella medio vacía de Cloverleaf Bonded Kentucky Rye, con la que se había retirado a dormir detrás de la valla, y la gruesa y negra garganta aparecía limpiamente rajada de oreja a oreja, como resultado del hábil trabajo de navaja realizado por su odiado y enfurecido rival, Jefferson Flack, de veintiocho años, que ahora yacía tranquilamente, libre de sospechas y sin que nadie lo buscase, con su común amante, la señorita Molly Fiske, en el apartamento de este en la calle Pine Este. Moses había sido asesinado a la luz de la luna.

Un gato hambriento se deslizó sin ruido junto a las vallas de Uper Valley; al sonar tres fuertes campanadas en el edificio del juzgado, ocho obreros negros, con el fondillo de sus monos rígido por el cemento aglutinado, avanzaron en cuña, como un solo animal, llevando cada uno su almuerzo en una pequeña fiambrrera.

Mientras tanto, en la vecindad, ocurrieron simultáneamente los siguientes sucesos.

El doctor H. H. McRae, de cincuenta y ocho años, ministro de la Primera Iglesia Presbiteriana, lavó su enjuto cuerpo escocés, se vistió severamente de negro con una inmaculada camisa blanca, afeitó su cara limpia y nada envejecida, y descendió de su habitación en su residencia de la avenida Cumberland, en busca del desayuno de gachas, pan tostado y leche hervida. Su corazón era puro; su mente, recta, y su fe y su vida, como una tabla limpia fregada con piedra pómez. Rezó durante media hora, sin impertinencia, por todos los hombres y por el triunfo de todas las buenas empresas. Era una llama inextinguible que brillaba a través del amor y de la muerte; sus palabras

vibraban como el acero, firmes y apasionadas.

En el establecimiento de Higiene y Baños Turcos del doctor Frank Engel, en la calle Liberty, el señor J. H. Brown, rico deportista y editor del Altamont Citizen, se sumió en un sueño sin sueños, después de pasar cinco minutos en la cámara de vapor, diez en la bañera y treinta en el secadero, donde se había sometido a las expertas manipulaciones del «Coronel» Andrews (nombre afectuoso por el que era conocido el hábil masajista negro del doctor Engel) desde las plantas de sus gotosos pies hasta la venosa y sedosa piel de su cara ligeramente purpúrea.

Al otro lado de la calle, en la esquina de Liberty y Federal y al pie de Battery Hill, un negro con chaqueta blanca guardaba cuidadosamente en unos estuches las fichas de póquer desparramadas sobre la mesa central de la sala central del piso alto del Altamont City Club. Los jugadores, que acababan de marcharse, eran el señor Gilbert Woodcock, el señor Reeves Stekeleather, el señor Henry Pentland, Jr., el señor Sidney Newbeck, de Cleveland, Ohio (retirado), y el antes mencionado señor J. H. Brown.

—¡Por Dios, Ben! —dijo Harry Tugman, saliendo en este momento del número tres de Uneedá—. Pensé que iba a darme un ataque cuando sacaron al viejo del retrete. Y después de todo lo que ha publicado sobre limpiar la ciudad.

—No me sorprendería que el juez Sevier hubiese hecho que lo atacasen —dijo Ben.

—Claro, Ben —dijo Harry Tugman, con impaciencia—, esto es lo que se piensa; pero la reina Elizabeth estaba detrás de ello. Ya sabes que ella se entera de todo, ¿no? Y él ha estado una semana sin decir esta boca es mía. Tenía miedo de salir de su despacho.

En el colegio del convento de Santa Catalina, en la calle Saint Clement's, la hermana Theresa, que era la superiora, recorrió silenciosamente el dormitorio, abriendo las ventanas al lado de cada cama y dejando que la fragancia de los cerezos y los manzanos del huerto envolviese suavemente la larga y fresca hilera de sonrosadas niñas dormidas. El aliento de estas expiraba suavemente en sus húmedas bocas entreabiertas, y la luz caía rosada sobre la curva de sus brazos apoyados en la almohada, sobre los finos y jóvenes costados, sobre los frágiles y rosados botones de sus senos. En el otro extremo del dormitorio, una niña gorda yacía plana sobre la espalda, abiertos los brazos y las piernas, y roncaba estruendosamente entre los abultados labios. Todavía podrían dormir una hora más.

Theresa tomó, de encima de una de las mesitas blancas que había entre las camas, un libro abierto y dejado descuidadamente allí la noche anterior;

inclinando la huesuda cara de bigote gris y sonriendo para sí, leyó el título — Derecho Consuetudinario, por Robert W. Chambersy— y, cogiendo un lápiz con su ancha mano manchada de tierra, garabateó brevemente, con picudas letras masculinas: «Tonterías, Elizabeth; ya lo verás». Después, con su silenciosa y enérgica andadura, se dirigió a la planta baja y entró en su despacho, donde la hermana Louise (Francés), la hermana Mary (Historia) y la hermana Bernice (Lenguas Muertas) la estaban esperando para la consulta de la mañana. Cuando se hubieron marchado, se sentó a su mesa y trabajó durante una hora en el manuscrito de un libro, modestamente dedicado a estudiantes infantiles, que hizo después famoso su nombre dondequiera que fuese apreciada la noble arquitectura de la prosa: la gran Biología.

Entonces sonó el timbre en el dormitorio, oyó las fuertes risas de las jóvenes doncellas y, al levantarse, vio a una monja joven, la hermana Agnes, que venía del ciruelo junto al muro, con un haz de flores en los brazos.

Abajo, en el fondo de Biltburn, oculto por los árboles, retemblaron los raíles y sonó un estridente silbido.

Al pie del ayuntamiento, en la enorme e inclinada plaza, estaban abiertos los puestos del mercado. Carniceros con delantal descargaban sus cuchillas sobre las frías y tiernas articulaciones, arrojando las gordas tajadas sobre gruesas hojas de papel moteado y lanzándolas, atadas de cualquier manera, a los repartidores negros que esperaban.

El negro J. H. Jackson, de digno aspecto, estaba en su puesto cuadrado de verduras, ayudado por sus dos hijos de semblante grave y por su atareada hija, que llevaba gafas. Estaba rodeado de anchos estantes sesgados llenos de fruta y verduras que olían a tierra y a la mañana: grandes lechugas rizadas, gordos rábanos todavía con pegotes de barro negro, cebollas tiernas de largo tallo recién arrancadas de la huerta, apios tardíos, patatas tempranas y cítricos de piel fina de Florida.

Más arriba, Sorrell, el pescadero y marisquero, sacó de las profundidades de una nevera esmaltada grandes puñados de ostras chorreantes, metiéndolas en gruesas cajas de cartón. Grandes peces de vientre blanco —carpas, truchas, escorpinas, sábalos— yacían sobre capas de hielo.

El señor Michael Walter Creech, carnicero, terminado su fuerte desayuno a base de hígado de ternera, huevos y tocino, bizcochos calientes y café, hizo una seña a una de las filas de muchachos negros que esperaban. La fila avanzó saltando como una jauría; él los detuvo con una maldición y levantando su cuchillo. Entonces el afortunado joven que había sido elegido se adelantó y tomó la bandeja, que todavía contenía abundante comida y una taza medio llena de café. Como tenía que marcharse al instante para hacer una entrega, dejó la bandeja sobre el serrín en el extremo del banco y escupió copiosamente



en ella para protegerla de sus rapaces camaradas. Después se alejó pedaleando, riendo a carcajadas con malicia triunfal. El señor Creech miró severamente a sus negritos.

La villa se había olvidado tanto de la sangre africana del señor Creech (un octavo por parte de su padre, el viejo Walter Creech, de Yellow Jenny) que estaba a punto de ofrecerle un cargo político; pero el señor Creech no la había olvidado. Miró amargamente a su hermano, Jay, que, feliz desconocedor del odio, ese terrible veneno que puede teñir incluso el corazón de un hermano, cortaba chuletas con gran entusiasmo sobre el enorme tajo de su propia mesa, cantando mientras tanto, con rica voz de tenor, los primeros compases de La casita gris del oeste:

... hay ojos azules que brillan,  
al encontrarse con los míos.

El señor Creech miró airadamente los carrillos amarillos de Jay, la vibración de la grasa en su garganta ictérica, la rizada y chamuscada mata de sus cabellos.

«¡Dios mío! —pensó angustiado—, podría tomarlo por un mexicano.»

La voz de oro de Jay llegó al momento triunfal, quebrándose delicadamente en la última nota, en un agudo y dulce falsete que mantuvo durante más de veinte segundos. Todos los carniceros interrumpieron su trabajo, y varios de ellos, hombres corpulentos y padres de hijos mayores, se enjugaron una lágrima furtiva.

El numeroso público estaba como hechizado. Nadie se movía. Ni siquiera los perros o los caballos. Al diluirse la última nota en un trémolo finísimo, un profundo silencio sepulcral, no, el silencio de la propia muerte, acogió el más alto triunfo reservado al artista en este mundo. En alguna parte, entre la multitud, una mujer sollozó y se desmayó. Fue inmediatamente recogida por dos boy scouts que pasaban por allí y le prestaron los primeros auxilios en la sala de descanso, encendiendo rápidamente uno de ellos unas ramas de pino con dos pedernales, mientras el otro hacía un torniquete y anudaba su pañuelo. Entonces se armó una barahúnda. Las mujeres se arrancaban joyas de los dedos, hileras de perlas de las gargantas, crisantemos, jacintos, tulipanes y margaritas de sus costosos corpiños, mientras los hombres elegantemente vestidos que se hallaban en los puestos cercanos iniciaban un constante bombardeo con tomates, lechugas, patatas tempranas, tuétanos de buey, patas de cerdo, cabezas de pescado, almejas, tajadas de lomo y salchichas.

Las hospederas de Altamont discurrían entre los puestos del mercado con ojo avizor para las gangas y nariz inquisitiva. Variaban en tamaño y en edad, pero todas ellas llevaban la marca de su afición al regateo y de un belicoso

fruncimiento de los labios. Atisbaban los pescados y las verduras, pellizcaban las coles, sopesaban las cebollas, deshojaban los repollos de lechuga. Hay que estar alerta con la gente, para que no te despellejen. Y si dejas las cosas en manos de una negra tonta y perezosa, gastará más de lo que lleve a la cocina. Se miraban las unas a las otras con dura expresión: la señora Barret del Grosvenor, a la señora Neville de Glen View; la señora Ambler del Colonial, a la señorita Mamie Featherstone de Ravencrest; la señora Ledbetter del Belvedere...

—Tengo entendido que tiene la casa llena, señora Colman —dijo en tono inquisitivo.

—¡Oh! Siempre la tengo llena —dijo la señora Coleman—. Todos mis huéspedes son permanentes; no quiero saber nada de los transeúntes —añadió, orgullosamente.

—Bueno —dijo agriamente la señora Ledbetter—, yo podría llenar siempre mi casa con gente que sufre de los pulmones y lo oculta, pero no los quiero. El otro día decía que...

La señora Michalove de Oakwood, a la señora Jarvis del Waverly; la señora Cowan de Ridgmont a...

La ciudad está espléndidamente equipada para atender las demandas de la creciente muchedumbre de turistas que llenan la metrópoli montañesa durante los bulliciosos meses de junio, julio y agosto. Además de ocho hoteles de lujo de la más alta categoría, figuraban registrados en la Cámara de Comercio, en 1911, más de doscientos cincuenta hoteles privados, casas de huéspedes y sanatorios, todos pertrechados para atender las necesidades de los que llegaban para asuntos de negocios, para divertirse o por motivos de salud.

Detened su equipaje en la estación.

En ese momento, el Número Tres, terminado su reparto, subió sin ruido al enfangado porche de la casa de la calle Valley, llamó suavemente a la puerta y la abrió silenciosamente, caminando a tientas en el infecto ambiente, hasta la cama en que yacía May Copening. Ella murmuró como drogada al tocarla él, se volvió y, despierta a medias, lo atrajo con una caricia lenta y sensual de sus gordos y cobrizos brazos. Tom Cline subió torpemente los peldaños de su residencia en la calle Bartlett, balanceando su cubo de hojalata. Ben volvió a la oficina del periódico con Harry Tugman; y Eugene, en el cuarto de atrás de la calle Woodson, despertó súbitamente a la fuerte voz de mando de Gant desde el pie de la escalera, se volvió y captó plenamente, por un instante, la imagen de un arrebolado cielo azul y de unas flores tiernas que caían lentamente al suelo.

## QUINCE

Los montes eran sus amos. Eran el marco de la vida. Eran la copa de la realidad, más allá del crecimiento, más allá de la lucha y de la muerte. Eran su unidad absoluta en medio del cambio eterno. Viejas caras de ojos obsesionados brillaron débilmente en su memoria. Pensó en la vaca de Swain, en Saint Louis, en la muerte, en él mismo cuando estaba en la cuna. Se perseguía a sí mismo, tratando por un instante de recobrar aquello de lo que había sido parte. No comprendía el cambio, no comprendía el crecimiento. Miró fijamente su retrato de niño, en su marco, y se volvió de espaldas, mareado por el miedo y por el afán de tocar, de retener, de agarrarse a sí mismo, aunque solo fuese por un momento.

Y los fantasmas incorpóreos de su vida se le aparecieron con terrible precisión, con toda la loca proximidad de una visión. Lo que había sido cinco años atrás se puso al alcance de su mano, y en ese momento dejó de creer en su propia existencia. Esperaba que alguien lo despertase; oiría el vozarrón de Gant al pie de la cargada parra, miraría adormilado desde el porche la hermosa y próxima luna, y se iría dócilmente a la cama. Pero aún habría todo lo que recordaba antes de esto, y si... La causa fluía eternamente en la causa.

Oyó el fantástico tictac de su vida; su poderosa clarividencia, herencia escocesa de Eliza, se proyectaba hacia atrás a través de los años fantasmas, sacando de las sombras irreales un millón de rayos de luz: una pequeña estación junto a la vía al amanecer; la carretera abierta en el pinar y vista en el crepúsculo vespertino; la luz humeante de una choza bajo el bastidor; un muchacho que corría entre los terneros saltarines; una mujer desaliñada, de cabellos crespos y boca pegajosa por el tabaco de mascar, encuadrada en una puerta; negros enharinados descargando sacos de los vagones de mercancías en un cobertizo; el hombre que conducía el autobús de la feria en Saint Louis; un lago de bordes frescos al amanecer.

Su vida se enroscaba hacia atrás en la parda lóbreguez del pasado como un filamento retorcido de un cable eléctrico; y él daba la vida, forma y movimiento a ese millón de sensaciones que el azar, la pérdida o la ganancia de un momento, un giro de la cabeza o el enorme y casual impulso de un accidente, habían arrojado en su ardoroso interior. Su mente distinguía con viva y clara brillantez estas nimiedades de su experiencia, y la irre realidad de todo lo demás se hacía más espantosa a causa de ellas. Muchas de las sensaciones que volvían como visiones persistentes de la fantasía y la imaginación habían sido captadas de un paisaje vertiginoso desde las ventanas de un tren.

Y era esto lo que lo espantaba: la fantástica combinación de fijeza y cambio, el terrible momento de inmovilidad eternizado, en el cual, al pasar la vida a gran velocidad, tanto el observador como el observado parecen petrificados en el tiempo. Había un momento de suspensión fuera del tiempo, en el que la tierra no se movía, el tren no se movía, la mujeruca de la puerta no se movía, él no se movía. Era como si Dios hubiese levantado vivamente su batuta sobre la orquesta infinita de los mares, y el eterno movimiento se hubiese detenido, suspendido en la arquitectura sin tiempo de lo absoluto. O como esas películas que describen los movimientos de un nadador en un salto de trampolín, o de un caballo al saltar un obstáculo, en que el movimiento se petrifica súbitamente en el aire, interrumpiendo la inexorable terminación de un acto. Después, completando su parábola, el cuerpo suspendido cae en la piscina. La única diferencia era que las imágenes que ardían en él existían sin principio ni fin, sin la estructura esencial del tiempo. Fijada fuera del tiempo, la mujeruca se desvanecía, inmóvil, sin un momento de transición.

Su impresión de irrealidad procedía del tiempo y del movimiento, de imaginar que la mujer volvía a entrar en la casa, cuando había pasado el tren, y levantaba una cafetera de las ascuas del fogón. Así la vida se convertía en sombra, las luces vivas volvían a ser fantásticas. El muchacho entre los terneros. ¿Dónde estaba después? ¿Dónde estaba ahora?

«Yo soy —pensaba él— parte de todo lo que he tocado y que me ha tocado, lo cual, no teniendo para mí más existencia que la que le di, se convirtió en algo diferente al mezclarse con lo que yo era entonces, y ahora es de nuevo diferente al fundirse con lo que soy ahora, lo cual es a su vez una acumulación de todo lo que he sido. ¿Por qué aquí? ¿Por qué allí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué entonces?»

La fusión de dos fuertes egotismos, el introspectivo de Eliza y el expansivo de Gant, habían hecho de él un fanático de la religión del azar. Indiferente a todos los abusos, estragos, dolores, tragedias, muertes y confusiones, la rígida necesidad marcaba el camino; no caía un gorrión del aire sin que su repercusión influyese en su vida, y la luz solitaria que descendía al amanecer sobre los mares viscosos e infinitos provocaba cambios marinos que le infundían nueva vida. El pez ascendía nadando desde las profundidades.

La semilla de nuestra destrucción florece en el desierto, la flor que ha de curarnos crece junto a una roca, y una arpía de Georgia hostiga nuestras vidas, porque un ladrón de Londres se libró de la horca. Gracias al azar, cada uno de nosotros es un fantasma de todos los demás, y nuestra única realidad; gracias al azar, el gozne enorme del mundo, y un grano de polvo; la piedra que provoca un alud, la china cuyos círculos concéntricos se expanden a través de los mares.

Así se creía él en el centro de la vida; creía que las montañas cercaban el corazón del mundo; creía que el suceso inevitable nacía del caos del accidente en el momento inexorable, como sumando de su vida.

El mundo batía las otras faldas, ocultas, de los montes inmutables, como un mar vasto y umbrío, lleno de los grandes peces imaginados por él. En este mundo no visitado, la variedad era infinita, pero el orden y el designio eran seguros: no habría desperdicio en la aventura; el valor iría del brazo de la belleza, el talento sería coronado por el éxito, todo mérito tendría su justa recompensa. Habría peligro, habría trabajo, habría lucha. Pero no habría confusión ni esfuerzo inútil. No se andaría a tientas. Pues el Hado caería, en el momento oportuno, como una ciruela madura. No había desorden en el hechizo.

La primavera se extendía allí sobre todo el jardín de aquel mundo. Más allá de los montes, la tierra conducía a otros montes, a ciudades áureas, a ricos prados, a tupidos bosques, al mar. Para siempre, para siempre.

Más allá de los montes estaban las minas del Rey Salomón, las repúblicas juguete de América Central, y pequeñas fuentes cantarinas en un patio; más allá, los tejados de Bagdad iluminados por la luna, las pequeñas celosías de Samarcanda, los camellos de Bitinia a la luz de la luna, el rancho español de la triple Z, y J. B. Montgomery y su adorable hija, apeándose de su vagón particular en una vía del oeste; y los despeñaderos como castillos encantados de Graustark; el casino de Montecarlo, dispensador de fortunas, y el eterno Mediterráneo azul, cuna de imperios. Y la riqueza actual grabada en una cinta, y el primer piso de la Torre Eiffel, donde estaba el restaurante, y los franceses prendiendo fuego a sus patillas, y una granja en Devon, crema blanca, cerveza castaña, la alegría invernal de la chimenea, y Lorna Doone; y los jardines colgantes de Babilonia, y la cena con las reinas al ponerse el sol, y el lento deslizamiento de la barcaza sobre el Nilo, o los cuerpos misteriosos y opulentos de mujeres egipcias yaciendo en patios con balaustradas a la luz de la luna, y el trueno de los carros de los grandes reyes, y tesoros sepulcrales buscados a medianoche, y la región de los castillos, rica en vinos, de Francia, y piernas cálidas y envueltas en percal en los pajares.

En un campo de Tracia, yace la reina Helena, con su cuerpo adorable salpicado de sol.

Mientras tanto, el negocio había marchado viento en popa. El poder adquisitivo de Eliza durante los primeros años en Dixieland se había visto perjudicado por su enfermedad. Pero ahora se había recobrado ya y pagado el último plazo de la casa. Esta era completamente suya. El inmueble, en esta época, valía quizá doce mil dólares. Además, había pedido prestados tres mil quinientos dólares sobre un seguro de vida de cinco mil a veinte años y cuyo

plazo vencería dentro de dos, y había hecho importantes reformas: había añadido una amplia galería-dormitorio en el piso superior; anexado dos habitaciones, un cuarto de baño y un pasillo, a un lado, y prolongado un pasillo y añadido tres habitaciones, dos baños y un retrete, al otro. En la planta baja, había ensanchado la galería, instalado un gran solarium bajo el porche, derribado el arco del comedor que se proponía emplear como gran dormitorio en la temporada baja, montado una pequeña despensa en la que comería la familia, y añadido una pequeña habitación junto a la cocina, que ocuparía ella misma.

La construcción se realizó según sus propios planos y con el material más barato; nunca perdió el olor a madera tosca, a barniz barato y a enyesado endeble y ordinario; pero había añadido ocho o diez habitaciones por solo tres mil dólares. El año anterior había ingresado casi dos mil dólares en el banco, y el saldo de su cuenta era casi de cinco mil. Aparte de esto, poseía con Gant el taller de la plaza, que tenía nueve metros de fachada, valía veinte mil dólares y le daba una renta de sesenta y cinco dólares al mes: veinte de Jannadeau, veinticinco de la McLean Plumbing Company por el sótano, y veinte de J. N. Gillespie Prinring Co., que ocupaba toda la segunda planta.

Había, además, tres buenos solares en la avenida Merrion, valorados en dos mil dólares cada uno, o en cinco mil quinientos los tres; la casa de la calle Woodson, valorada en cinco mil; cuarenta y cuatro hectáreas de tierra boscosa en la falda del monte, con una granja, varios cientos de melocotoneros, manzanos y cerezos, y unos pocos acres de tierra de labranza por los que cobraba Gant una renta de ciento veinte dólares al año, y que, a base de cincuenta dólares el acre, representaban cinco mil quinientos dólares; dos casas, una en la calle Carter y la otra en Duncan, alquiladas a ferroviarios por veinticinco dólares al mes cada una de ellas, y que valían en conjunto cuatro mil quinientos dólares; diecinueve hectáreas de tierra a tres kilómetros sobre Biltburn y a seis de Altamont, junto a la importante carretera de Reynoldsville, y a los que daban un valor de doscientos diez dólares el acre, o sea diez mil en total; tres casas en el barrio negro; una en la baja calle Valley, otra en Beaumont Crescent, precisamente debajo del caserón del negro Johnson, y la otra en Short Oak, valoradas respectivamente en seiscientos, novecientos y mil seiscientos dólares, y que daban una renta de ocho, doce y diecisiete dólares al mes (total: tres mil cien, y treinta y siete de renta); dos casas al otro lado del río, a seis kilómetros en West Altamont, valoradas en dos mil setecientos cincuenta y tres mil quinientos dólares, con una renta mensual de veintidós y treinta dólares; tres solares, perdidos en la espesura de una abrupta ladera, a un kilómetro y medio de la carretera principal de West Altamont, que valían quinientos dólares, y una casa desocupada en la avenida Lower Hatton, execrada por Gant, pero valorada en cuatro mil quinientos dólares.

Por añadidura, Gant poseía diez acciones, que se cotizaban ya a doscientos dólares cada una (dos mil dólares en total), del recién fundado Fidelity Bank. Su activo en piedras, monumentos y ángeles manchados por las moscas representaban una inversión de dos mil setecientos cincuenta dólares, aunque no le habrían dado tanto si hubiese querido venderlos de inmediato. Y tenía unos tres mil dólares depositados en los bancos Fidelity, Merchants y Battery Hill.

Así, a comienzos de 1912, antes del rápido e intensivo desarrollo de la industria del sur, con la consiguiente triplicación de la población de Altamont, y antes de la multiplicación de los valores de las tierras, la fortuna de Gant y Eliza podría cifrarse en unos cien mil dólares, la inmensa mayoría de los cuales estaban sólidamente garantizados por fructíferos inmuebles bien escogidos por Eliza y que les rendían mensualmente una renta de doscientos dólares, que, sumados a las ganancias obtenidas en el taller y en Dixieland, representaban unos ingresos anuales de ocho mil o diez mil dólares. Aunque Gant se lamentaba a menudo de su negocio y declaraba, cuando no atacaba a la propiedad, que sus lápidas no le habían dado nunca ni para mal vivir, lo cierto es que raras veces andaba escaso de dinero efectivo; generalmente tenía uno o dos pequeños encargos de la gente del campo, y siempre llevaba en la cartera ciento cincuenta o doscientos dólares en billetes de cinco y de diez, que con frecuencia dejaba contar a Eugene, disfrutando con el regocijo de su hijo y con su propio sentimiento de abundancia.

Eliza había sufrido pérdidas en una o dos inversiones, descarriada por un impulso de loco romanticismo que había dado momentáneamente al traste con su astuta cautela. Invertió mil doscientos dólares en la Utopía de Missouri de un colonizador, recibiendo solamente a cambio de su dinero un ejemplar de periódico del hombre cada semana, buenos augurios sobre el final de la empresa y una escultura de arcilla de un palmo de altura, representando al hermano mayor con sus hermanitas Jenny y Kate, la última de ellas chupándose el pulgar.

—Por Dios —decía Gant, burlándose cruelmente de la operación—, que ese dedo estaría mejor en su nariz.

Y Ben se reía, señalando el objeto con la cabeza y diciendo:

—Ahí están sus mil doscientos dólares.

Pero Eliza estaba dispuesta a seguir adelante por sí sola. Veía que la colaboración con Gant en la compra de fincas se hacía cada año más difícil. Y veía, con cierto dolor y mucha hambre insatisfecha, que varias gangas caían en otras manos o no eran compradas por nadie. Comprendía que, dentro de muy poco tiempo, los precios de los inmuebles alcanzarían cifras superiores a sus medios actuales. Y resolvió estar presente cuando se cortase el pastel.

Al otro lado de la calle, frente a Dixieland, estaba Brunswick, una casa de ladrillos rojos, bien construida y de veinte habitaciones. El revestimiento de mármol había sido confeccionado por el propio Gant veinte años atrás, y Will Pentland había cuidado del entarimado de los suelos y del maderamen de roble. Era una fea casa victoriana de ápice agudo, regalo de boda de un rico norteamericano a su hija, que murió de tuberculosis.

—No hay otra casa mejor construida en la villa —decía Gant.

Sin embargo, se negó a comprarla con Eliza, y esta vio, con aflicción, cómo pasaba a manos de St. Greenberg, el rico chatarrero, por ocho mil quinientos dólares. Al cabo de un año, el hombre había vendido cinco parcelas de la parte de atrás de la finca, que daba a la calle Yancy, por mil dólares cada una de ellas, y conservaba la casa, valorada en veinte mil.

—Hubiésemos podido triplicar nuestro dinero —se lamentaba Eliza.

En aquella época no tenía dinero suficiente para hacer inversiones importantes. Por consiguiente, ahorró y esperó.

La fortuna de Will Pentland se calculaba entonces aproximadamente entre quinientos mil y setecientos mil dólares. Se componía principalmente de fincas, situadas muchas de ellas —almacenes y casas— cerca de la estación del ferrocarril.

A veces, la gente de Altamont, y en particular los jóvenes que haraganeaban en el colmado de Collister y pasaban largas horas de ensueño calculando la riqueza de la plutocracia indígena, decían que Will Pentland era millonario. En aquella época, ser millonario era un título de gloria en la vida americana. Solo había seis u ocho mil millonarios. Pero Will Pentland no lo era. En realidad, su fortuna ascendía solamente a medio millón.

El señor Goulderbilt sí que era millonario. Llegaba a la villa en un gran Packer, pero salía de casa y andaba por las calles como los demás.

Una vez, Gant se lo señaló a Eugene. Iba a entrar en un banco.

—Allí está —murmuró Gant—. ¿Lo ves?

Eugene asintió, moviendo mecánicamente la cabeza, incapaz de hablar. El señor Goulderbilt era un hombre bajito y vivaracho, de cabellos negros, traje negro y bigote negro. Sus manos y sus pies eran pequeños.

—Tiene más de cincuenta millones de dólares —dijo Gant—. Por su aspecto, nadie lo diría, ¿eh?

Y Eugene soñaba en esos príncipes del dinero que vivían como príncipes. Hubiese querido verlos pasar por la calle en una carroza con blasones, rodeada de una guardia de jinetes con librea. Hubiese querido ver sus dedos enjorrocados,



sus mantos ribeteados de armiño, sus mujeres coronadas con mosaicos resplandecientes de amatistas, berilos, rubíes, topacios, zafiros, ópalos y esmeraldas, y llevando gruesos collares de perlas. Y hubiese querido verlos en palacios con columnas de alabastro, comiendo extraños y fabulosos manjares, devorando untuosas tetas de cerda preñada, setas aliñadas, filetes de salmón, liebre estofada, barbillas de barbo aderezadas con una exquisita salsa picante, lenguas de carpa, pequeñas ardillas y pies de camello, y usando cucharas de ámbar con mangos adornados con diamantes y carbunclos, y copas de ágata con incrustaciones de esmeraldas, jacintos y rubíes... En fin, todo lo que hubiese podido desear un riquísimo Epicuro.

Eugene solo conoció a un millonario cuyo comportamiento en público lo satisfizo, y este, desgraciadamente, estaba loco. Se llamaba Simon.

Cuando Eugene lo vio por vez primera, Simon rayaba los cincuenta años. De mediana estatura, tenía el cuerpo vigoroso y tirando a grueso, flaca y morena la cara, hundidas y sombreadas las mejillas, siempre pulcramente afeitadas pero a veces arañadas por sus afiladas uñas, y una boca ancha y fina, ligeramente torcida hacia abajo, sutil, sensible y poniendo en ocasiones una demoníaca expresión jubilosa en su semblante. Sus cabellos eran lacios y abundantes, fuertemente teñidos de gris y elegantemente cepillados y alisados en los lados de la cabeza. Vestía ropas holgadas y de buen corte: chaqueta oscura sobre pantalón bombacho de franela gris, camisa de seda a rayas grandes, cuello haciendo juego y ancha corbata flojamente anudada. El chaleco era a cuadros rojos y pardos. Y su aspecto, en conjunto, era sumamente distinguido.

Simon y sus dos custodios se presentaron en Dixieland cuando dificultades surgidas en varios hoteles de Altamont los obligaron a buscar un sitio más reservado. Los hombres tomaron dos habitaciones y una galería cubierta, y pagaron generosamente.

—¡Bah! —dijo persuasivamente Eliza a Helen—. No creo que tenga nada grave. Es lo más cortés y tranquilo que puedas imaginarte.

En este momento, sonó un grito estridente en el piso de arriba, seguido de unas carcajadas diabólicas. Eugene saltó entusiasmado y regocijado en el pasillo, emitiendo unos débiles chillidos guturales. Ben, malhumorado y frunciendo rápidamente los labios, echó una de sus blancas manos hacia atrás, como si fuese a dar un coscorrón a su hermano. Pero en vez de esto, torció la cabeza para mirar a Eliza y dijo, con una risita desdeñosa:

—Por Dios, no sé por qué has tenido que admitirlos. Ya tienes bastantes como él en tu familia.

—Mamá, por el amor de Dios... —empezó a decir furiosamente Helen.

En este momento entró Gant desde el crepúsculo, trayendo un abigarrado paquete de chuletas de cerdo y murmurando retóricamente para sí. Sonó otra larga carcajada en el piso de arriba. Gant se detuvo en seco, sorprendido, y levantó la cabeza. Luke, que escuchaba atentamente al pie de la escalera, soltó una fuerte risotada, y la muchacha, trocando repentinamente su enojo en agrio buen humor, se acercó a su intrigado padre y le pinchó varias veces en las costillas.

—¿Eh? —dijo él, sobresaltado—. ¿Qué pasa?

—La señorita Eliza tiene un loco allá arriba —rio ella, divertida al ver su asombro.

—¡Jesús! —gritó frenéticamente Gant, humedeciéndose rápidamente el gordo pulgar con la lengua y levantando la cabeza en dirección a su Hacedor, con una expresión de exagerada súplica en sus ojillos grises y en su alzada narizota de pájaro.

Después, dejando caer pesadamente los brazos, en ademán de derrota, empezó a pasear rápidamente arriba y abajo, farfullando en voz alta sus deprecaciones. Eliza permanecía sólidamente en pie, mirándolos a todos sucesivamente, moviendo velozmente los labios y con una expresión dolida y amarga en el blanco semblante.

Hubo otra explosión de regocijo allá arriba. Gant se detuvo, captó la mirada de Helen y empezó a sonreír burlonamente, pero en actitud involuntariamente resignada.

—Que Dios se apiade de nosotros —cloqueó—. Antes de que nos demos cuenta, habrá llenado la casa con todos los fenómenos de Barnum.

En ese momento, Simon, dueño de sí, distinguido y grave en sus modales, bajó la escalera en compañía de los señores Gilroy y Flannagan. Los dos guardianes tenían enrojecido el semblante y respiraban fatigosamente, como si acabasen de realizar un gran esfuerzo. En cambio, Simon conservaba su habitual aspecto de inmaculada y refinada urbanidad.

—Buenas tardes —dijo suavemente—. Confío en no haberlos hecho esperar mucho rato.

Entonces vio a Eugene.

—Ven aquí, hijo mío —dijo con gran amabilidad.

—No temas —lo animó el señor Gilroy—. Es incapaz de hacerle daño a una mosca.

Eugene se acercó.

—¿Cómo te llamas, jovencito? —preguntó Simon, con su hermosa sonrisa

de diablo.

—Eugene.

—Un bello nombre —dijo Simon—. Trata siempre de ser digno de él.

Descuidada y magníficamente, metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y, ante los ojos pasmados del chico, sacó un puñado de relucientes monedas de cinco y diez centavos.

—Sé siempre bueno con los pájaros, hijo mío —dijo Simon, depositando el dinero en las manos juntas de Eugene.

Todos miraron dudosamente al señor Gilroy.

—¡Oh, no se preocupen! —dijo alegremente el señor Gilroy—. Él no lo necesitará. Tiene muchísimo más.

—Es mul-ti-millonario —explicó con orgullo el señor Flannagan—. Todas las mañanas le damos cuatro o cinco dólares en calderilla para que los tire.

Simon advirtió entonces la presencia de Gant.

—Ojo con la Stingaree —gritó—. Recuerde el Maine.

—Mirad lo que os digo —dijo riendo Eliza—. No está tan loco como pensáis.

—Tiene usted razón —dijo el señor Gilroy, observando la sonrisa de Gant—. La Stingaree es un pez, una raya. Las hay en Florida.

—No olviden a los pájaros, amigos míos —dijo Simon, saliendo con sus acompañantes—. Sean buenos con los pájaros.

Llegaron a apreciarlo mucho. En cierto modo, se ajustaba a la pauta de su vida. Ninguno de ellos se sentía incómodo en presencia de la locura. En la florida oscuridad primaveral, encerrado en una habitación, estallaba de pronto su risa satánica; y Eugene la escuchaba, estremecido, y se dormía, incapaz de olvidar la oscura y floreciente sonrisa diabólica y el abultado bolsillo lleno de tintineantes monedas.

La noche, susurro de innumerables alas diminutas. Lamedura del agua de mares de tierra adentro.

Y el aire se llenará del cálido gorgoteo de los cantos de los pájaros. Eugene tenía casi doce años. Su infancia había quedado atrás. Al avanzar la primavera sintió, por primera vez, toda la delicia de la soledad. Envuelto en su fino camisón, se plantaba en la oscuridad detrás de la ventana que daba al huerto en el cuarto trasero de la casa de Gant, absorbiendo el aire dulce, exultando en su aislamiento en la sombra, oyendo el extraño gemido del silbato del tren que se dirigía al oeste.

Los muros carcelarios de su yo se habían cerrado completamente a su alrededor; estaba totalmente emparedado por el poder moldeador de su imaginación; ahora había aprendido a proyectar, ante el mundo, una aceptable imagen falsa de sí mismo, que lo protegía de las intrusiones. Ya no sufría el tormento de la persecución y de la huida a lugar seguro. Ahora estaba en uno de los cursos superiores de la primera enseñanza, era uno de los mayores. Le habían cortado el cabello cuando tenía nueve años, después de una prolongada guerra contra la obstinación de Eliza. Ya no tenía que sufrir a causa de los rizos. Pero había crecido como la cizaña; le pasaba dos o tres pulgadas a su madre; su cuerpo era huesudo pero muy delgado y frágil, sin carne, y tenía unas piernas absurdamente largas, delgadas y rectas, que le daban un curioso aire de tijera cuando andaba a largas y saltarinas zancadas.

Pegada a un fino cuello subdesarrollado, debajo de un cráneo grande y de alta frente, cubierto de una espesa y rizada cabellera que, desde su infancia, había pasado de un claro color cobrizo a un castaño oscuro casi negro, se podía ver una cara tan pequeña y tan delicadamente esculpida que parecía no corresponder a su cuerpo. La extrañeza, la singularidad de esa cara, era acentuada por su meditabunda y fabulosa concentración, por su apasionada y misteriosa intensidad, en la que cualquier cachito de pensamiento o de sensación brillaba como un rayo de luz sobre una charca. La boca era llena, sensual, extraordinariamente móvil, y el labio inferior sobresalía como enfurruñado. La intensidad de su extraviado ensueño solía dar a su cara una expresión contemplativa casi hosca; más que reír, sonreía para sus adentros ante algún extravagante descubrimiento o algún recuerdo absurdo, ahora plenamente apreciado por primera vez. No abría los labios para sonreír; no era más que una rápida y torcida crispación de la boca. Sus gruesas y arqueadas cejas nacían sobre el arranque de la nariz.

Aquella primavera estuvo más solo que nunca. La marcha de Eliza a Dixieland tres o cuatro años antes y la interrupción de la vida establecida en casa de Gant habían empezado a aflojar sus primeras amistades con los chicos del vecindario, Harry Tarkinton, Max Isaacs y los otros, ahora casi completamente rotas. En ocasiones, veía de nuevo a estos muchachos y reanudaba, a intervalos esporádicos, su relación con ellos, pero ahora no tenía compañeros fijos, sino solo una serie de contactos con chicos cuyos padres se alojaban algún tiempo en Dixieland, con Tim O'Doyle, hijo de la dueña de la pensión Brunswick, o con otros muchachos que despertaban fugazmente su interés.

Pero al cabo de un tiempo lo aburrían terriblemente, lo sumían en una fétida ciénaga de tedio y de horror, debido a la estupidez y la falsedad de sus vidas, de sus mentes, de sus diversiones. La gente estúpida lo aterrizzaba; el tedio de su propia vida nunca lo asustó tanto como el de la vida de los demás;

su antigua antipatía por Pett Pentland y sus tristes y amarillentas tías resurgía con los recuerdos de la vieja casa de la avenida Central, del olor a manzanas pasadas y a medicamentos de la caliente habitación, de los fuertes aullidos del viento en el exterior, de la interminable monotonía de sus conversaciones sobre la enfermedad, la muerte y el sufrimiento. Sentía terror y rabia contra ellos, porque eran capaces de vivir, de medrar, en esta horrible depresión que lo asqueaba.

Así, todo el panorama, todo el telón de fondo físico de su vida, estaba ahora salpicado de fuertes prejuicios de simpatía o antipatía forjados sabe Dios cómo, o por afinidades intangibles de pensamiento, sentimiento y connotación. Así, una calle podía parecerle una «calle buena», envuelta en la viva luz de una vida alegre, rica y animada, y otra, inexplicablemente, una «calle mala», que le daba una impresión de miedo, de desesperanza, de depresión.

Tal vez la luz fría y roja de una tarde de invierno recordaba, desvaneciéndose pálidamente sobre un campo de fuego, remedando la primavera, mientras luces humeantes se encendían en las casas, y los golfillos se iban a cenar, y volvían los hombres al triste pero cálido encierro del hogar, a las lámparas de petróleo (que él odiaba) y a la cama, creaba en él una aversión que persistía aunque hubiese olvidado las sensaciones que le causaron.

O bien, al volver de algún paseo por el campo a finales de otoño, de una cueva o de un valle, con la nariz mojada, las botas enfangadas, el olor de un níspero aplastado en la rodilla, o de la tierra húmeda y la hierba en las palmas de las manos, conservaba una terca impresión de antipatía y de recelo contra el escenario que había visitado, y de miedo a la gente que vivía allí.

Sentía un amor extraordinario por la incandescencia. Odiaba las luces melancólicas, las luces humeantes, las luces pálidas o sombrías. Por la noche, quería estar en habitaciones brillantemente iluminadas por bellas, resplandecientes, fuertes y deslumbradoras luces. Después de esto, la oscuridad.

Era torpe en los juegos, aunque sentía un vivo interés por los deportes. Max Isaacs seguía interesándole como atleta, mucho después de haber dejado de interesarle como persona. Max Isaacs destacaba en el béisbol. Generalmente jugaba fuera del cuadro, corriendo con facilidad cuando una pelota era lanzada en su dirección, con la velocidad de una pantera, y atrapando lanzamientos de un modo inverosímil con graciosa naturalidad. Era un bateador terrible, plantado en su sitio despreocupadamente pero alerta, y golpeando exactamente la pelota con el impulso demoledor de sus vigorosos hombros. Eugene trataba en vano de imitar la precisión y la fuerza de este movimiento, que lanzaba la pelota fuera del campo, en un arco formidable. Nunca fue capaz de hacerlo; golpeaba torpe y ciegamente hacia abajo, y

cualquier jugador ágil en la base agarraba la pelota. En el campo era igualmente inútil; nunca aprendió a jugar en equipo, a convertirse en miembro de ese animal único que se mueve telepáticamente en un movimiento concertado. Se ponía nervioso, se excitaba sobremanera y se comportaba sin ton ni son al jugar en el equipo; en cambio, pasaba horas a solas con otro chico, o con Ben después del almuerzo, lanzando y recibiendo una pelota.

Adquirió una velocidad tremenda, doblándose con toda la agilidad juvenil de su cuerpo largo y delgado detrás de la pelota, entusiasmándose al sentir su fuerte chasquido contra el guante o al lanzarla hacia lo alto en una gran parábola. Ben, pillado por sorpresa por un lanzamiento rápido, lo maldecía furiosamente y arrojaba con ira la pelota a la fina y enguantada mano. En primavera y verano, Eugene iba siempre que podía, o que lo invitaban, a los partidos de béisbol de la liga del distrito, como partidario fanático que era del club de la ciudad y de sus mejores jugadores, imaginándose constantemente él mismo en el papel de heroico salvador de un partido.

Pero era absolutamente incapaz de someterse a la disciplina, al duro trabajo, a la aceptación de la derrota y del fracaso, condiciones esenciales para ser un buen atleta; él quería ganar siempre, quería ser siempre el general, el heroico artífice de la victoria. Y, en segundo lugar, quería ser amado. Victoria y amor. En todas sus bulliciosas fantasías, Eugene se veía así: imbatido y amado. Pero volvía a tener momentos de clara visión cuando se le revelaba todo el fracaso y toda la desdicha de su vida. Veía su figura desgalichada y absurda, su cara remota, inexperta y rumiadora, demasiado parecida a una flor oscura y rara para despertar en sus compañeros y en sus familiares sentimientos que no fuesen de incomodidad, de repulsa y de burla; recordaba, con corazón doliente, las innumerables humillaciones físicas y verbales que había tenido que soportar en la escuela y en la familia, delante de todo el mundo, y al pensar en esto, los clarines de la victoria enmudecían en el bosque, callaban los tambores triunfales y se extinguían las soberbias vibraciones de los gongos. Sus águilas habían volado, y, en un momento de lucidez, se veía como un loco representando el papel de César. Y doblaba la cabeza y se cubría la cara con la mano.

## **DIECISÉIS**

La primavera estaba ya avanzada. Al mediodía, el sol tenía una suave somnolencia. Tibias ráfagas de viento susurraban débilmente en los aleros; la hierba tierna se doblaba; las margaritas centelleaban.

Eugene apretó incómodamente las altas rodillas contra el fondo de su

pupitre; sus sueños lo llenaban de nostalgia. Bessie Barnes garabateaba furiosamente a dos filas de él, mostrando la larga y llena pierna sedosa. Abre para mí las puertas de la delicia. Detrás de ella se sentaba una chica llamada Ruth, seria, de piel blanca como la leche, ojos tan dulces como su nombre, y espesa cabellera negra, partida por la mitad. Eugene pensaba en una vida salvaje con Bessie y una resurrección ulterior, una vida pura y santa con Ruth.

Un día, después del recreo de las doce, todos los chicos de los tres cursos superiores fueron llamados por sus profesores y conducidos al gran salón de actos del piso alto. Estaban excitados y murmuraban en voz baja mientras subían. Nunca habían sido convocados arriba a esta hora. Muy a menudo sonaban las campanas en los pasillos; entonces formaban rápidamente y salían en doble fila. Era un ejercicio para el caso de incendio. Y les gustaba. Una vez vaciaron el edificio en cuatro minutos.

Pero esto era algo nuevo. Entraron en el salón y se sentaron en las hileras de bancos asignadas a cada clase, dejando un asiento vacío entre cada par. Al cabo de un momento se abrió a la izquierda la puerta del despacho del director —donde eran azotados los pequeños—, y el director apareció en ella. Dobló la esquina del gran salón y subió sin ruido a la tribuna. Empezó a hablar.

Era un director nuevo. El joven Armstrong, que había olido tan delicadamente la flor, que había visitado a Daisy y que una vez había estado a punto de pegar a Eugene por sus obscenos versos, se había marchado. El nuevo director no era tan joven. Tendría unos treinta y ocho años. Era un hombre vigoroso, entrado en carnes y de poco menos de un metro ochenta de estatura; era hijo de familia numerosa y se había criado en una granja de Tennessee. Su padre era pobre, pero había contribuido a que sus hijos recibiesen una buena educación. Todo esto lo sabía ya Eugene, porque el director les hablaba largamente por la mañana y les decía que no había gozado de sus facilidades. Se señalaba a sí mismo con cierto orgullo. Y aconsejaba a los pequeños, en son de chanza pero seriamente, que «no fuesen como el torpe ganado que se deja conducir, sino héroes esforzados». Tomado de una poesía de Longfellow.

El director tenía anchos y poderosos hombros, y bastos brazos blancos con fuertes músculos de campesino. Eugene lo había visto una vez cavando en el jardín del colegio, donde cada muchacho había recibido un esqueje para plantarlo. Debía aquellos músculos a la granja. Los chicos decían que pegaba duro. Caminaba con pasos tardos y furtivos, ciertamente desmañados y bastante cómicos, pero podía agarrar a un chico por el pescuezo sin darle tiempo a advertirlo. Otto Krause lo llamaba Jesús Reptil. Este apodo tuvo éxito entre la pícara multitud. A Eugene le repugnó un poco.

El director tenía la cara blanca con transparencia de cera, mejillas planas

como los Pentland, nariz pálida, de color solo un poco más fuerte que el resto del semblante, y boca fina y ligeramente arqueada. Sus cabellos eran gruesos, negros y tupidos, pero nunca los dejaba crecer demasiado. Tenía las manos cortas y secas, vigorosas, y siempre cubiertas de tiza. Cuando pasaba cerca de Eugene, este percibía el olor de la tiza y del colegio, y el corazón se le encogía de excitación y de miedo. La santidad de la tiza y de la escuela envolvía el cuerpo del hombre. Era el único que podía tocar sin ser tocado, pegar sin que le pegasen. Eugene concebía terribles fantasías de resistencia, pero se estremecía horrorizado al pensar en las funestas consecuencias de la rebelión: algo como el rayo vengador de Dios. Entonces miraba cautelosamente a su alrededor, para ver si alguien se había dado cuenta.

El director se llamaba Leonard. Todas las mañanas hacía largos discursos a los niños, después de diez minutos de oración. Tenía la voz fuerte y sonora del campesino, que a veces se extinguía en un cómico arrastramiento de las palabras; se perdía fácilmente en un ensueño, y entonces se interrumpía en mitad de una frase, miraba distraídamente a su alrededor, con la boca entreabierta y una expresión estupefacta en el semblante, y volvía a su tema, con la mente todavía errante y una risa tonta y distraída.

Todas las mañanas hablaba a los niños de la ventura, pomposamente, tediosamente, durante veinte minutos. Los maestros bostezaban disimuladamente tapándose la boca con la mano, y los alumnos hacían furtivos dibujos o se pasaban notas. Les hablaba de «la vida superior» y de «las cosas de la mente». Les aseguraba que eran los caudillos del mañana y la esperanza del mundo. Después citaba a Longfellow.

Era un buen hombre, un hombre opaco, un hombre de honor. Había en él una buena dosis de tosca brutalidad rural. Amaba la granja más que nada en el mundo, salvo la escuela. Había alquilado un caserón arruinado en un bosquecillo de magníficos robles en las afueras de la villa, y vivía allí con su esposa y sus dos hijos. Tenía una vaca —nunca estaba sin una vaca— y la ordeñaba por la mañana y por la noche, riendo tontamente y dándole una fuerte patada en la panza para que se colocase en la posición debida.

Era un preceptor de mano dura. Sofocaba la rebelión con sana violencia campesina. Si un muchacho se mostraba insolente con él, lo arrancaba de su asiento, arrastraba hasta su despacho el cuerpo que se retorció y, jadeando al compás de su torpe y rápida andadura, le decía sin ambages, en tono de hiriente desprecio: «Bueno, joven rebelde, ahora vas a ver quién es el amo. Te mostraré, hijo mío, que no me dejas tomar el pelo por el primer mequetrefe que se presenta». Y una vez en su despacho, cerrada la puerta de cristales opacos, publicaba la severidad de su justicia ejemplar con sus fuertes bufidos, los chasquidos de su palmeta y los alaridos de dolor y de terror de su cautivo.



Aquel día había convocado a los alumnos para ordenarles que escribiesen una composición. Los niños lo miraban en silencio mientras hacía una vaga exposición de lo que quería. Por último, anunció un premio. Daría cinco dólares de su bolsillo al alumno que escribiese el mejor texto. Esto los animó. Hubo un murmullo de interés.

Tenían que redactar un trabajo sobre una pintura francesa titulada El canto de la alondra. Representaba a una joven campesina francesa, descalza, con una hoz en la mano y la cara vuelta hacia la luz mañanera de los campos, escuchando el canto del pájaro. Tenían que describir lo que veían en la expresión del rostro de la muchacha. Este había sido reproducido en uno de sus cuadernos de lectores. Ahora pendía una reproducción más grande sobre la tribuna, para que pudiesen estudiarla bien. Les dieron unas hojas de papel amarillo. Y ellos contemplaron la imagen, pensativos, mientras chupaban sus lápices. Por fin, el salón quedó en silencio, salvo por los débiles rasgueos sobre el papel.

El viento tibio borbotaba en los aleros; las hierbas se doblaban, silbando suavemente.

Eugene escribió: «La muchacha está escuchando el canto de la primera alondra. Sabe que esto significa que ha llegado la primavera. Tiene diecisiete o dieciocho años. Sus padres son muy pobres; ella no ha estado nunca en ninguna parte. En invierno lleva zapatos de madera. Parece que va a silbar. Pero no lo hace, porque no quiere que el pájaro sepa que lo ha oído. Su familia está detrás de ella, bajando por el campo, pero no podemos verlos. Tiene padre, madre y dos hermanos. Han trabajado duro toda su vida. La muchacha es la menor de los hijos. Piensa que le gustaría marcharse a ver el mundo. A veces oye el silbido de un tren que va a París. Nunca ha viajado en tren. Le gustaría ir a París. Le gustaría tener vestidos bonitos, le gustaría viajar. Quizá le gustaría empezar una nueva vida en América, la tierra de las oportunidades. La chica lo ha pasado mal. Los suyos no la comprenden. Si la viesen escuchando el canto de la alondra, se burlarían de ella. No ha podido educarse bien, porque su familia es muy pobre; pero, si tuviese educación, aprovecharía su oportunidad más que algunos que la tienen. Con solo mirarla, se puede asegurar que es inteligente».

Estaban a primeros de mayo; los exámenes serían al cabo de dos semanas. Eugene pensaba en ellos con emoción y placer; le gustaba el período de esforzado estudio, los largos repasos, la delicia de verter sobre el papel sus conocimientos acumulados. El gran salón de actos olía a plenitud, a éxtasis vivo y nervioso. Durante todo el verano, reinaría allí un calor de modorra; si al menos pudiese estar solo aquí, ante el gran busto de yeso de Minerva, con Bessie Barnes, o con la señorita... la señorita...

—Este es nuestro chico —dijo Margaret Leonard, pasando a su marido el trabajo de Eugene.

Iban a inaugurar un colegio particular para muchachos. Este había sido el objeto de la composición.

Leonard tomó el escrito, fingió leer media página, volvió su mirada ausente a la eternidad y empezó a frotarse reflexivamente el mentón, dejando una ligera capa de polvo de yeso sobre su cara. Después, captando la mirada de ella, rio tontamente y dijo:

—¿Cómo? Ese pequeño truhan, ¿eh? ¿Supones que...?

Sintiéndose deliciosamente confuso, se inclinó y soltó una risa larga y estridente, golpeándose la rodilla con la mano, dejando en ella una mancha de tiza, y haciendo un ruido como de gorgoteo con la boca.

—¡Que Dios nos asista! —jadeó.

—¡Vamos! No te preocupes por esto —dijo ella, riendo con tierno y vivo regocijo—. Pórtate como es debido y ve a ver a los padres del muchacho.

Lo quería mucho, y él también la quería.

Pocos días más tarde, Leonard reunió a los chicos por segunda vez. Pronunció un confuso discurso para informarlos de que uno de ellos había ganado el premio, pero guardándose el nombre del vencedor. Por fin, después de varias divagaciones que parecieron complacerlo mucho, leyó el escrito de Eugene, anunció el nombre de este y le dijo que avanzara.

Cara de yeso tendió la mano enyesada. El corazón del muchacho palpitó con fuerza. Sonaban los triunfales clarines; gustaba la gloria.

Pacientemente, durante todo el verano, Leonard asedió a Gant y a Eliza. Gant rebullía inquieto, escurría el bulto, y por fin dijo:

—Tendrá que hablar con su madre.

En privado se mostraba agriamente desdeñoso, pregonaba los méritos de la escuela pública como incubadora de ciudadanía. Sus hijos expresaban también su desprecio. ¡Un colegio particular! ¡Señor Vanderbilt! ¡La mejor manera de estropearlo!

Pero esto dio que pensar a Eliza. Por algo era bastante fachendosa. ¿Señor Vanderbilt? Ella valía tanto como la que más. Ya lo verían.

—¿Quiénes irán a su colegio? —preguntó—. ¿Tiene ya algunos aspirantes?

Leonard mencionó a los hijos de varias personas ricas y distinguidas, como el doctor Kirchen, otorrinolaringólogo, el señor Arthur, abogado de

corporaciones, y el obispo Raper, de la diócesis episcopal.

Eliza reflexionó profundamente. Pensó en Pett, que se daba tantos aires.

—¿Cuánto cobrarán ustedes? —preguntó.

Él respondió que la enseñanza costaba cien dólares al año. Ella frunció largamente los labios antes de replicar.

—¡Hum! —murmuró, con una sonrisa zumbona y mirando a Eugene—. Es mucho dinero. Ya sabe —prosiguió, con su trémula sonrisa—, como dicen los negros, somos pobrecitos.

Eugene rebulló.

—Bueno, ¿qué dices tú, muchacho? —preguntó Eliza, en tono chancero—. ¿Piensas que vales tanto dinero?

El señor Leonard apoyó una mano blanca y seca sobre el hombro de Eugene, y la deslizó por su espalda hasta los riñones, dejando marcas blancas de tiza en todas partes. Después su palma carnosa se cerró con fuerza sobre el delgado brazo infantil.

—El chico lo vale —dijo, sacudiéndole afectuosamente—. ¡Sí, señor!

Eugene sonrió dolorosamente. Eliza siguió frunciendo los labios. Sentía una fuerte relación psíquica con Leonard. Ambos se tomaban tiempo para pensar las cosas.

—Oiga —dijo, frotándose la ancha y roja nariz y sonriendo taimadamente—, yo fui maestra de escuela. No lo sabía, ¿verdad? Pero no cobraba los precios que usted pide —añadió—. Me consideraba muy afortunada si, después de pagada la pensión, me quedaban veinte dólares al mes.

—¿De veras, señora Gant? —dijo Leonard, muy interesado—. ¡Esta sí que es buena!

Se echó a reír, con un vago relincho, sacudiendo con más fuerza a Eugene, paralizando su brazo con su terrible apretón.

—Sí —dijo Eliza—, recuerdo que mi padre... Fue mucho antes de que tú nacieses, hijo —dijo a Eugene—, pues todavía no conocía a tu papá y, como dice la gente, tú no eras más que un proyecto en la mente del Señor... Me habría echado a reír si alguien me hubiese hablado entonces de matrimonio... Bueno, deje que le explique... —Y sacudió la cabeza, con un gesto triste y deprecatorio de la boca—. Entonces éramos muy pobres, se lo aseguro... El otro día lo recordaba: muchas veces no teníamos nada en casa para la próxima comida... Bueno, como iba diciendo, tu abuelo —se dirigía de nuevo a Eugene—, llegó una noche a casa y dijo: «Escuchad y decidme qué os parece. ¿Sabéis a quién he visto hoy?». Lo recuerdo tan claramente como si lo

estuviese viendo... Tuve una impresión —dirigiéndose a Leonard, con vacilante sonrisa—, no sé cómo lo llamaría usted, pero pensándolo bien es muy extraño... Acababa de ayudar a poner la mesa a tía Jane, que había venido de Yancey County para visitar a tu abuela, cuando todo se me apareció de pronto... y tenga en cuenta —hablando a Leonard—, que no miré por la ventana ni nada parecido, pero supe con absoluta certeza que él venía. «¡Oh, ahí viene!», grité. «¿De qué diablos estás hablando, Eliza?», dijo tu abuela, y recuerdo que se dirigió a la puerta y miró hacia el sendero. «No hay nadie.» «Él viene, espera y lo verás», dije. «¿Quién?», preguntó tu abuela. «¡Quién va a ser! Mi padre. Trae algo sobre el hombro», contesté, y en efecto, allí estaba él subiendo por el camino, cargado con un saco lleno de manzanas, y por su manera de andar podía decirse que traía noticias, y así era, pues sin pararse a decir «Hola» empezó a hablar casi antes de entrar en la casa. «Oh, padre, has traído las manzanas», le grité, pues el año anterior había estado yo a punto de morir de pulmonía, y desde entonces escupía sangre y tenía hemorragias, y le había pedido que me trajese manzanas. «Bueno —le dijo mi padre, con una rara expresión en el semblante—, te aseguro que nunca había visto una cosa tan extraña», y le contó lo que había sucedido. Él se puso serio y dijo... y nunca olvidaré cómo lo dijo: «Bueno, supongo que me vio. Yo no estaba allí, pero en el mismo instante pensé que estaría allí y que subía por el sendero. En fin —siguió diciendo—, traigo noticias para ti. ¿Sabes a quién he visto hoy?» «No, no tengo la menor idea», le dije. «Al viejo profesor Truman. Vino corriendo a mí en la villa y me dijo: “Oiga, ¿dónde está Eliza? Tengo un trabajo para ella, si lo acepta; para enseñar este invierno en la escuela de Beaverdam”.» «¡Bah! Ella no ha dado clases en su vida», dijo tu abuelo, y el profesor Truman soltó la carcajada y dijo que eso no importaba. «Eliza puede hacer todo lo que se proponga», repuso. Bueno, señor, así fue la cosa.

Se interrumpió, con semblante triste y pesaroso, vacilante, mientras su pálida cara parecía evocar la vida pasada en el bosque laberíntico del tiempo.

—¡Vaya, vaya! —dijo vagamente el señor Leonard, frotándose la barbilla—. ¿Qué hacemos contigo, pillastrón? —dijo, dando otra sacudida a Eugene y riendo con narcisista satisfacción.

Eliza frunció lentamente los labios.

—Bueno —dijo—. Se lo enviaré por un año.

Así resolvía ella los asuntos. Las corrientes son profundas en el mar de los Sargazos.

Y así, sobre el filo de un impulso codicioso, el destino pesó de nuevo en la vida de Eugene.

El señor Leonard había alquilado una vieja casa de antes de la guerra,

sobre una colina poblada de magníficos árboles. Tenía vistas al oeste y al sur, mirando hacia Biltburn y dominando South End y las viviendas de los negros que se extendían hasta la estación. Un día, a primeros de septiembre, llevó a Eugene allí. Atravesaron la villa, hablando seriamente de política, cruzaron la plaza, bajaron por la avenida Hatton hacia el sur, hasta Church, y siguieron, en dirección suroeste, la sinuosa carretera que terminaba en el colegio de la colina.

Al entrar ellos en la finca, los grandes árboles interpretaban una triste música otoñal. En el amplio vestíbulo del chato y viejo caserón, vio Eugene por primera vez a Margaret Leonard. Tenía una escoba entre las manos y llevaba delantal. Pero daba una impresión de terrible fragilidad.

Margaret Leonard tenía entonces treinta y cuatro años. Había parido dos hijos, un varón, que tenía ahora seis años, y una hembra, que tenía dos. Plantada allí, con los largos y delgados dedos cerrados sobre el palo de la escoba, Eugene advirtió, con fugaz y fría repugnancia, que la punta del dedo índice de la mano derecha era plana, como si hubiese sido definitivamente aplastada por un martillo. Tenían que pasar años antes de que supiese que los tuberculosos tienen a veces algún dedo así.

Margaret Leonard era de mediana estatura, tal vez un metro sesenta. Y una vez desvanecido su primer atolondramiento, Eugene pensó que no podía pesar más de cuarenta o cuarenta y cinco kilos. Había oído hablar de los hijos. Ahora se acordó de ellos, y de la blanca mole muscular de Leonard, con un sentimiento de horror. Su rápida visión saltó al punto a la relación sexual, y algo se estremeció en su interior, con incredulidad y espanto.

Ella llevaba un vestido rígido y gris de algodón que, sin ser suelto u holgado, ocultaba todas las líneas de su marchita figura, de modo que parecía un palo envuelto en un trapo.

Al salir a tientas la mente de Eugene de su dolorosa impresión, el chico oyó su voz y, sin dejar de sentir una extraña vergüenza espasmódica, levantó los ojos para mirarla a la cara. Era el rostro más tranquilo y más expresivo que jamás hubiese visto. La piel era pálida, con el color ceniciento de la muerte; debajo de ella, se percibía claramente la fina entalladura de los huesos de la cara y del cráneo; la rigidez cadavérica de los que están a punto de morir había sido vencida. Se había recobrado exactamente lo bastante para equilibrar la balanza de la enfermedad y la salud. Tenía que medir bien todo lo que hiciese.

El recto perfil de la nariz y la silueta larga y fina del mentón daban a su cara un toque de decisión y de sagacidad. Debajo de la pálida y ligeramente hundida piel de las mejillas, y alrededor de la boca, varios gastados centros nerviosos se crispaban momentáneamente, haciendo vibrar un poco la piel sin deformar ni destruir la tranquila y viva belleza que trascendía inagotable desde

el interior. Esta cara era un campo constante de conflicto, casi siempre en calma, pero siempre reflejando la incesante y victoriosa lucha de la enorme energía de aquella mujer contra los agresivos demonios del cansancio y del agotamiento que trataban de destruirla. Llevaba escrito en ella el poema épico de la belleza y del reposo después del combate, y Eugene tuvo siempre la impresión de que empuñaba las riendas de su corazón, de que así con sus manos todos los tendones y fibras de la desunión, capaces de aflojar y descoyuntar sus miembros si los soltaba. Sentía, literal y físicamente, que, si se deshacía el fuerte nudo del valor, la mujer quedaría inmediatamente hecha pedazos.

Era como un gran general, famoso, tranquilo, herido mortalmente, que pinzase con los dedos una arteria seccionada para alargar su vida una hora más y seguir dirigiendo el combate.

Sus cabellos eran ásperos, bastante abundantes, de color castaño mate ligeramente teñido de gris, peinados lisos y recogidos en un moño sobre la nuca. Todo en ella era limpiísimo, como un suelo recién fregado de cocina. Al tomarle ella la mano, Eugene sintió la firme vitalidad nerviosa de sus dedos, y advirtió lo limpias y cuidadas que estaban las de ella, a pesar de mostrar las huellas del trabajo. Si ahora se daba cuenta de la extenuación de la mujer, solo veía en ello una purificación; se sentía conectado, no con la enfermedad, sino con la salud más imponente que jamás hubiese conocido. Era como una música sublime. Se le ensanchó el corazón.

—Te presento al señor Eugene Gant —dijo el señor Leonard, dándole unas palmadas en los riñones.

—Me alegro de conocerlo, señor —dijo ella, con voz grave en la que temblaba una cuerda vibrante.

La voz poseía esa calidad de ligero asombro que había percibido a veces en las personas que habían visto y oído hablar de algún acontecimiento extraño, o coincidencia, que parecían ajenos a la vida, a la naturaleza; una nota de aceptación. Y comprendió súbitamente que toda vida debía parecerle extraña a esa mujer, que miraba directamente a la belleza y el misterio y la tragedia de los corazones de los hombres, y que él le parecía hermoso.

La cara de ella se nubló con una extraña vitalidad apasionada que no dejaba huellas, que vivía allí incorpórea como la misma vida; sus ojos castaños se oscurecieron hasta tornarse negros, como si un pájaro hubiese volado a través de ellos y dejado la sombra de sus alas. La mujer vio la carita remota del muchacho extrañamente encendida sobre el largo y descarnado cuello; vio las zancas rectas y delgadas, los grandes pies, vueltos torpemente hacia dentro, las manchas de polvo en las medias sobre las rodillas, y las finas muñecas que sobresalían de las mangas de la chaqueta barata y mal ajustada;

vio la línea débil y combada de los hombros, la mata enmarañada de cabellos... y no se rio.

Él levantó la cara hacia ella como el preso recobra la luz, como el hombre encerrado largo tiempo en la oscuridad y que se baña en la gran charca de la aurora, como el ciego que siente en sus ojos el alma blanca y la esencia de una claridad inmutable. Su cuerpo se empapó en la viva luz que emanaba de ella, como bebe el agua de lluvia el náufrago hambriento arrojado a la playa, cerró los ojos y dejó que lo impregnase aquella luz y, cuando los abrió de nuevo, vio que los de ella eran luminosos y estaban húmedos.

Entonces ella se echó a reír.

—Vaya, señor Leonard —dijo—. ¡Quién lo había de decir! Es casi tan alto como tú. Ven, muchacho. Ponte aquí, para que pueda tomarte las medidas. — Con diestros movimientos, los puso a los dos espalda contra espalda. El señor Leonard era cinco o siete centímetros más alto que Eugene; y empezó a relinchar, es decir, a reír.

—El muy bribón —dijo—. ¡Vaya con el rapaz!

—¿Cuántos años tienes, chico? —preguntó la mujer.

—Cumpliré doce el mes próximo —respondió Eugene.

—Bueno, nadie lo diría —comentó ella, asombrada—. Pero te diré una cosa —prosiguió—. Tenemos que poner un poco de carne sobre esos huesos. No puedes seguir así. No me gusta tu aspecto —declaró, meneando la cabeza.

Él se sintió incómodo, turbado, vagamente resentido. Lo fastidiaba y lo asustaba que le dijese que estaba «delicado»; eso hería vivamente su orgullo.

Entonces ella lo condujo a la gran estancia de la izquierda que había sido dispuesta como cuarto de estar y biblioteca. Observó cómo se iluminaba ávidamente su cara al ver los mil quinientos o dos mil volúmenes guardados en diversos lugares. El chico se sentó torpemente en un sillón de mimbre junto a la mesa y esperó a que volviese ella con una bandeja de bocadillos y un gran vaso de leche cuajada, cosa que no había probado nunca.

Cuando hubo terminado, ella acercó un sillón al de él y se sentó. Previamente, había enviado a Leonard a hacer algo en el patio; de vez en cuando, se oía su voz autoritaria de campesino hablando con los animales.

—Bueno, dime, muchacho —dijo ella—, ¿qué has leído?

Él halló mañosamente su camino en el erial de la letra impresa, citando como predilectos aquellos libros que pensaba que merecerían la aprobación de la mujer. Como había leído todo lo que, bueno o malo, contenía la biblioteca de la ciudad, pudo hacer una imponente exhibición. A veces ella lo

interrumpía para interrogarle sobre un libro, y él refería perfectamente el argumento, con una abundancia de detalles que satisfacía plenamente a la mujer. Esta estaba entusiasmada y excitada, pues enseguida había visto que podría dar cumplida satisfacción al hambre de conocimientos, de experiencia y de saber que sentía el muchacho. Y este comprendió de pronto el gozo de la obediencia: los desenfrenados tanteos de su ignorancia, la ciega persecución, el desesperado y vano afán, serían ahora dirigidos, guiados, controlados. El largo camino de las Indias, que nunca había podido encontrar, sería ahora trazado para él. Antes de marcharse, ella le dio un grueso volumen de novecientas páginas, ilustrado con llamativos grabados de amor y de guerra, sobre el período que más le interesaba.

A medianoche estaba profundamente enfrascado en el destino del hombre que mató al oso, del incendiario de molinos y del azote de los bandidos, en toda la vida errante y de taberna de la Edad Media, en el valiente y bello Gerardo, semilla del genio, padre de Erasmo. Eugene pensó que El claustro y el hogar era la mejor narración que jamás había leído.

La Altamont Fitting School era la aventura más grande de sus vidas. Todos los triunfos que Leonard había soñado en su juventud, esperaba alcanzarlos ahora. Para él, la escuela significaba independencia, autoridad, poder y, al menos así lo esperaba, prosperidad. Para ella, la enseñanza era una recompensa suprema en sí misma, su música lírica, su vida, el mundo que le permitía embellecer plásticamente todo lo bueno, el señor de su alma que le infundía espíritu vital, mientras él quebrantaba su cuerpo.

En el volcán cruel de la mente del muchacho, las pequeñas alevillas de su idolatría revolotearon alrededor de la llama del extraño matrimonio y fueron consumidas. Uno a uno, los años implacables destruyeron dioses y sus capitanes. ¿Qué había confirmado la esperanza? ¿Qué había resistido el azote del crecimiento y del recuerdo? ¿Por qué se había empañado tanto el oro? Al parecer, durante toda su vida, sus grandes entregas empezaban con hombres y terminaban con imágenes; la vida en que se apoyaba se fundía bajo su peso y, al mirar hacia abajo, se veía agarrado a una estatua; pero resistente, como una realidad victoriosa en su corazón invadido por las sombras, permanecía la mujer que por primera vez había dado luz a sus ojos cegados, que había acogido a su alma encapuchada y sin albergue. Ella permanecía.

¡Oh muerte en vida que conviertes a los hombres en piedra! ¡Oh cambio que derribas a nuestros dioses! Si uno vive todavía, sobre las cenizas de los años destructores, ¿no despertará este polvo, no renacerá la fe muerta, no volveremos a ver a Dios como en las mañanas de antaño en la montaña? ¿Quién anda con nosotros en los montes?



## DIECISIETE

Eugene pasó los cuatro años siguientes de su vida en el colegio de Leonard. En contraste con el frío horror de Dixieland, en contraste con el oscuro camino de dolor y de muerte por el que habían empezado ya a deslizarse las largas piernas de Gant, en contraste con la soledad y la reclusión de su propia vida, que le había roído como el hambre, esos años en casa de Leonard resplandecieron como manzanas de oro.

De Leonard sacó muy poco: una seca campaña en un árido desierto de prosa latina. Primero, una dura, rígida y tonta escaramuza con las reglas de la gramática, que lo asustaron y pasmaron innecesariamente, e hicieron que sintiese durante años una fuerte antipatía por la sintaxis y un absurdo prejuicio contra las leyes sobre las que se edificaba el lenguaje. Después, un año de estudio de la enjuta y clara precisión de César, la magnífica estructura del estilo: la concisión, la certidumbre de la armazón, amortiguada por la desarticulada partición por días, por el aburrido análisis, por el pesado cliché de una traducción pedante:

«Habiendo hecho todo lo que era necesario, y siendo ahora la estación propicia para sostener una guerra, César empezó a disponer sus legiones en orden de batalla».

Toda la negra pompa de la guerra de las Galias, las lanzas romanas atravesando los escudos de cuero, las asambleas bárbaras en los bosques y el soberbio estrépito del triunfo, todo lo que habría podido incluirse en el relato del gran realista, con un toque de la pasión transformadora con que un gran maestro proyecta su trabajo, brillaba por su ausencia.

En vez de esto, las ruedas discurrían volublemente por el camino trillado del método y de la memoria. Doce de marzo del último año... Tres días de retraso. Cogitata. Neut. pl. de participio empleado como sustantivo. Quo empleado en vez de ut para expresar un fin delante de un comparativo. Ochenta líneas para mañana.

Pasaron una era tediosa, dos años, con el latoso Cicerón. De Senectute. De Amicitia. Esquivaron a Virgilio porque John Dorsey Leonard era un mal marinero: no estaba muy seguro de la carta de navegar virgiliana. Odiaba la exploración. Desconfiaba de los viajes. El año próximo, decía. Y los grandes hombres de Ovidio, señor de los elfos y los gnomos, gaitero báquico de Amores, o de Lucrecio, lleno del ritmo de las mareas. Nox est perpetua.

—¿Eh? —farfulló el señor Leonard, empezando a reír sin ton ni son.

Llevaba marcas de tiza desde el mentón hasta la ingle. Stephen Pap

Rheinhardt se inclinó despacio hacia delante y pinchó con su pluma la nalga izquierda de Eugene Gant. Eugene lanzó un gemido.

—Pues no —dijo el señor Leonard, acariciándose la barbilla—. Es una clase diferente de latín.

—¿Qué clase? —insistió Tom Davis—. ¿Más duro que el de Cicerón?

—Bueno —dijo dudosamente el señor Leonard—, diferente. Ahora aún no puedes comprenderlo.

«... est perpetua. Una dormienda. Luna dies et nox.»

—¿Es difícil leer poesía en latín? —preguntó Eugene.

—Bueno —dijo el señor Leonard, meneando la cabeza—, no es fácil. Horacio... —empezó, cautelosamente.

—Escribió odas y epodos —dijo Tom Davis—. ¿Qué es un epodo, señor Leonard?

—Bueno —dijo reflexivamente el señor Leonard—, es una forma de poesía.

—¡Caray! —dijo roncamente Pap Rheinhardt al oído de Eugene—. Esto lo sabía yo antes de pagar la matrícula.

Sonriendo melosamente y acariciándose suavemente la cara, el señor Leonard volvió a la lección.

—Veamos —empezó a decir.

—¿Quién era Cátulo? —gritó violentamente Eugene.

El nombre era como una lanza clavada en su cerebro.

—Era un poeta —respondió el señor Leonard sin pensarlo, rápidamente, sorprendido; y enseguida lo lamentó.

—¿Qué clase de poesía escribió? —preguntó Eugene.

No hubo respuesta.

—¿Como la de Horacio?

—N-no —dijo reflexivamente el señor Leonard—. No era exactamente como la de Horacio.

—¿Cómo era? —preguntó Tom Davis.

—Como la tripa de tu abuelita —murmuró ásperamente Pap Rheinhardt.

—Bueno... escribió sobre temas de interés general en su época —dijo tranquilamente el señor Leonard.

—¿Escribió sobre estar enamorado? —dijo Eugene, con voz temblorosa.

Tom Davis lo miró sorprendido.

—¡Estupendo! —exclamó al cabo de un momento, y se echó a reír.

—Escribió sobre estar enamorado —gritó súbitamente Eugene, con apasionada certidumbre—. Escribió que estaba enamorado de una dama llamada Lesbia. Si no lo crees, pregúntaselo al señor Leonard.

Todos miraron ansiosamente a este.

—Pues... no... sí... no sé de qué me hablas —dijo el señor Leonard, en tono desafiante, pero confuso—. ¿Dónde oíste decir esto, chico?

—Lo leí en un libro —dijo Eugene, preguntándose dónde lo habría leído.

El nombre era como una lanzada.

—Cuya lengua era venenosa como la de una serpiente, arrojaba lanzas de éxtasis y de pasión.

Odi et amo: quare idfaciam...

—Bueno, no del todo —dijo el señor Leonard—. Algunos versos —admitió.

... fortasse requiris. Nescio, sed fieri sentio et excrucior

—¿Quién era ella? —dijo Tom Davis.

—Oh, era costumbre de aquellos tiempos —preguntó descuidadamente el señor Leonard—. Como Dante y Beatriz. Era una manera que tenía el poeta de hacer un cumplido.

La serpiente silbó. Hubo una destilación de fiero regocijo en su sangre. Los harapos de la obediencia, del servilismo, del reverente pavor, cayeron en círculo a sus pies.

—¡Era la esposa de un hombre! —dijo en voz alta—. Era eso.

Un tremendo silencio.

—Pues... bueno... ¿quién te dijo eso? —preguntó el señor Leonard, aturrullado, pero considerando el matrimonio como un tosco y posiblemente peligroso mito—. ¿Quién te lo dijo, muchacho?

—Entonces, ¿qué era? —preguntó vivamente Tom Davis.

—Bueno... no exactamente —murmuró el señor Leonard, frotándose la barbilla.

—Era una mujer mala —dijo Eugene, y añadió, desesperadamente—: Era una putilla.

Pap Rheinhart contuvo el aliento.

—¿Qué es eso, qué es eso, qué es eso? —gritó rápidamente el señor Leonard, cuando pudo hablar. Estaba furioso. Se levantó de un salto de la silla—. ¿Qué has dicho, muchacho?

Pero pensó en Margaret y bajó la mirada, con una súbita impresión de impotencia, hacia la cara blanca y macilenta del chico. Demasiado lejos. Se sentó de nuevo, con un estremecimiento.

... Cuyo grito más obsceno corría parejas con su pasión, cuya música más grande brotaba del cieno...

*Nulla potest mulier tantum se dicere amatam.*

*Vere, quantum a me Lesbia amata mea est.*

—Deberías tener más cuidado con tus palabras —dijo amablemente el señor Leonard.

»¡Veamos! —exclamó de pronto, volviéndose con violencia a su libro—. Estamos perdiendo el tiempo. ¡Prosigamos! —dijo animosamente, escupiendo sobre sus manos intelectuales—. ¡Eh, tú, bribón! —dijo, observando la mueca de Tom Davis—. Sé lo que pretendes, quieres hacerme perder toda la hora de clase.

Tronó la fuerte risa de Tom Davis, mezclándose con el relincho del otro.

—Está bien, Tom —dijo vivamente el señor Leonard—. Página cuarenta y tres, sección seis, línea quince.

En ese momento sonó la campana y la risa de Tom Davis llenó la estancia.

A pesar de todo, y siguiendo el camino trillado de la costumbre, su enseñanza era fructífera. A veces podía resultarle difícil construir una página de prosa y verso latinos con la que no estuviese literalmente familiarizado por años de repetición. Y ciertamente su deficiencia era aún más marcada en griego, aunque sabía distinguir un segundo aoristo o un optativo al primer toque (si lo había visto con anterioridad). Había dos años finales de precioso griego: leían la Anabasis.

—¿Para qué sirve todo eso? —preguntó Tom Davis, que tenía ganas de discutir.

El señor Leonard pisaba ahora terreno firme. Comprendía el valor de los clásicos.

—Enseña al hombre a apreciar las cosas más bellas. Le da una base para la educación literal. Adiestra su mente.

—¿Y de qué le servirá cuando vaya a trabajar? —dijo Pap Rheinhart—. No

le enseñará a obtener una mejor cosecha de maíz.

—Bueno... yo no estoy tan seguro de eso —dijo el señor Leonard, con una risita de protesta—. Creo que sí que le enseña.

Pap Rheinhart lo miró ladeando cómicamente la cabeza. Tenía el cuello torcido, y esto daba a su cara simpática y alegre una expresión sesgada de burlona madurez.

Tenía áspera la voz, rebosaba humor tosco y amable, y mascaba tabaco constantemente. Su padre era rico. Vivía en una gran casa de campo en la Cove, poseía un negocio de productos lácteos y tenía una fundición en la villa. Eran gente sencilla, de raza alemana.

—¡Bah, señor Leonard! —dijo Pap Rheinhart—. ¿Va usted a hablar en latín a los mozos del campo?

—Egibus querébimus un celemínibus de maízibus —dijo Tom Davis, riendo estruendosamente.

El señor Leonard rio también, con abstraída apreciación. El chiste era suyo.

—Prepara a la mente para resolver toda clase de problemas —dijo.

—Según usted —dijo Tom Davis—, el hombre que ha estudiado griego puede ser mejor fontanero que el que no lo ha hecho.

—Sí, señor —dijo el señor Leonard, sacudiendo vivamente la cabeza—, estoy convencido de ello.

Y unió, complacido, una risita húmeda y ligera a las divertidas carcajadas de los chicos.

Para él, era un camino trillado. Los muchachos provocaron largos debates, y él, mientras almorzaba, agitaba un bizcocho caliente, tratando de demostrar, de modo persuasivo, delicadamente razonable, absolutamente minucioso, la relación existente entre el griego y los comestibles. El gran viento de Atenas no le había tocado en absoluto. Sobre la delicada y sensual inteligencia de los griegos, su gracia femenina, la fuerza constructora y la sutileza de su talento, la inestabilidad de su carácter, y la estructura, moderación y perfección de sus formas, no decía una palabra.

En una facultad americana, había percibido la gran estructura de la lengua más arquitectónica de todas; sentía la perfección escultural de una palabra, pero sus opiniones olían a tiza, a sala de escuela y a una lámpara muy mala. El griego era bueno porque era antiguo, clásico y académico. El olor del este, la oscura corriente de Oriente que fluía en lo hondo y daba a la vida del poeta y del soldado un matiz perverso, maligno, voluptuoso, estaba tan lejos de su

vida como Lesbos. Él no era más que el portavoz de una fórmula de la que estaba seguro sin creer sinceramente en ella.

Amy, hermana de John Dorsey, era la profesora de matemáticas y de historia. Era una mujer vigorosa, de un metro sesenta de estatura y ochenta y cinco kilos de peso. Tenía el cabello negro y espeso, liso y grasiento, y unos ojos muy negros que daban una fuerte expresión sensual a su cara. Sus gruesos antebrazos estaban cubiertos de ligero vello. No estaba gorda, pero iba encorsetada, y sus fuertes brazos y vigorosos hombros hinchaban la fresca tela blanca de su corpiño. Cuando hacía calor, sudaba copiosamente; sus blusas mostraban grandes manchas de sudor debajo de las axilas. En invierno, cuando se calentaba junto al fuego, flotaba a su alrededor un excitante olor a tiza y el olor, agradable, de un sano animal. Eugene, al pasar por el ventoso porche de atrás un día de invierno, miró a su habitación en el momento en que su pequeña sobrina abría la puerta para salir. La mujer estaba sentada delante de un brasero, después del baño, poniéndose las medias. Fascinado, contempló los anchos y rojos hombros, el robusto cuerpo desprendiendo un vaho limpio de animal.

Le gustaba el fuego y la irradiación calórica; adormilada pero alerta, se sentaba frente a la estufa, con las piernas separadas, absorbiendo el calor, y su vigor carnal era más acusadamente sensual que el de su hermano. Sintiendo el lento hormigueo del calor, sonreía con indiferente afecto a todos los muchachos. Ningún hombre iba a verla; como una fuente, tenía sed de labios. Pero no buscaba a nadie. Sonreía a todo el mundo con perezoso calor gatuno.

Era una buena profesora de matemáticas; los números eran algo innato en ella. Tomaba perezosamente las tablas y buscaba perezosamente las soluciones, sonriendo con aire bonachón de superioridad. Detrás de ella, en uno de los pupitres, Durand Jarvis murmuraba intensamente al oído de Eugene y se retorció eróticamente, agarrando con fuerza la tapa del pupitre.

La hermana Sheba llegó con el marido tísico a finales del segundo año; él era un cadáver, con ligeras chispas de sangre en los labios, y tenía setenta y tres años. Decían que tenía cuarenta y nueve... y que la enfermedad lo hacía parecer más viejo. Era alto, de casi un metro noventa, con largo y recto bigote, y pálido y flaco como un mandarín. Pintaba cuadros impresionantes: corderos en un monte de aulagas, barcas de pesca en un muelle, con un revoltillo de rojas casas de ladrillos en segundo término.

La Vieja Gloucester, Marblehead, Gentes de Cape Cod, Capitanes Intrépidos: los ricos y salobres nombres evocaban el olor a cuerdas embreadas, a secas cabezas de bacalao pudriéndose al sol, a botes oscilantes llenos de pescados destripados, y el fuerte olor del mar en los puertos, y el tranquilo y meditabundo hermetismo de la cara de un marinero, signo de sus bodas con el

océano. ¿Qué aspecto tiene el mar en un amanecer de primavera? Las frías gaviotas duermen sobre el viento. El cielo se eleva.

Veían al pálido mandarín subir y bajar temblorosamente por la carretera tres veces al día. Era primavera, y el viento del sur soplaba sobre los grandes árboles. El hombre se apoyaba en un bastón, que empuñaba con su azulada mano de tísico. Sus ojos eran azules y pálidos, como los de un ahogado.

Había tenido dos hijos con Sheba, ambas hembras. Eran flores exóticas y tiernas, combinación de negro y blanco de leche, tan extrañas y adorables como la primavera. Los chicos, curiosos, investigaban a tientas.

—Debe de estar mejor de lo que parece —dijo Tom Davis—. La más pequeña solo tiene dos o tres años.

—No es tan viejo como parece —dijo Eugene—. Parece viejo porque ha estado enfermo. Solo tiene cuarenta y nueve años.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Tom Davis.

—La señorita Amy lo dice —respondió ingenuamente Eugene.

Pap Rheinhart irguió la cabeza, mirando a Eugene, y con la punta de la lengua llevó hábilmente a la otra mejilla el tabaco que estaba mascando.

—¡Cuarenta y nueve! —dijo—. Deberías ir al médico, muchacho. Es tan viejo como Matusalén.

—Lo dijo ella —insistió tercamente Eugene.

—¡Es natural que lo dijese! —replicó Pap Rheinhart—. No va a ponerse en evidencia, ¿verdad? Y menos dirigiendo aquí el colegio.

—Chico, ¡tú debes ser tonto! —dijo Jack Candler, que hasta ahora no había pensado en eso.

—Bueno, tú eres su niño mimado. Saben que vas a creer todo lo que te digan —declaró Julius Arthur.

Pap Rheinhart dirigió a Eugene una mirada escrutadora y meneó la cabeza, como si lo considerase un caso perdido. Todos se burlaban de su credulidad.

—Bueno, si es tan viejo —dijo Eugene—, ¿cómo se casó la señora Lattimar con él?

—Porque no pudo encontrar nada mejor, naturalmente —dijo Pap Rheinhart, con impaciencia.

—¿Supones que ella ha tenido que mantenerlo? —dijo, curioso, Tom Davis.

Se preguntaron en silencio si sería así. Y Eugene, que había visto a las dos

adorables criaturitas desprenderse como pétalos del abultado pecho de su madre, que había visto al pálido artista tambalearse en sus últimos pasos hacia la muerte, que había oído la fuerte voz de Sheba adueñarse desde el principio de la conversación, exponiendo con arrebatada elocuencia todas sus opiniones, se asombró más al considerar el insoluble acertijo: de la muerte, salía la vida; de la tierra áspera y fétida, salía la flor.

Su fe estaba por encima de la convicción. Las desilusiones habían sido tan frecuentes que habían despertado en él un exceso de amargo recelo y, ocasionalmente, un sentimiento de burla, virulento, tosco, cruel y al mismo tiempo sutil, tanto más hiriente cuanto que nacía de su propio dolor. Sin saberlo, había empezado a forjarse una vasta mitología, que cultivaba empañadamente porque sabía que no era verdad. A ratos, oscuramente, empezaba a sentir que el hombre, el hombre creador, no vivía para la verdad, sino para la falsedad. A veces su devorador e insaciable cerebro parecía escapar de su control; era un ave espantosa que clavaba el pico en su corazón y le arañaba las entrañas con las garras. Y este demonio siempre despierto giraba, se lanzaba en picado, revoloteaba alrededor de un objeto y, después de alejarse volando, volvía de pronto con victoriosa malicia, dejando desnudo, ruin y vulgar, todo lo que había envuelto él en el ropaje de su admiración.

Pero veía esperanzado que nunca aprendería, que siempre quedaban el oropel y el oro. Si era tan mordaz con la lengua, era porque su corazón creía en tantas cosas.

El despiadado cerebro yacía enroscado y alerta como una serpiente: veía cada gesto, cada mirada rápida por encima de su cabeza, la falsa andamiada de todo acogimiento. Pero esta gente existía para él en un mundo alejado del error humano. Abrió una ventana de su corazón a Margaret, y juntos entraron en el bosque sagrado de la poesía; pero todos los oscuros deseos, el sueño de formas perfectas, y todo el sufrimiento, embriaguez y desorden de su vida en casa, los mantenía temerosamente encerrados dentro de sí mismos. Temía que otros lo oyesen, y se preguntaba desesperadamente cuánto habrían oído los muchachos. Y todas las circunstancias que rebajaban a Margaret al nivel de la vida, que la sumían en el hediondo torrente de la vida, eran para él tan irreales y tan horribles como una pesadilla.

Que ella hubiese estado a punto de morir de tuberculosis, que la enérgica y locuaz Sheba se hubiese casado con un viejo que había engendrado dos hijos y estaba ahora a las puertas de la muerte; que esa pequeña familia, con la fuerza de la fidelidad cohesiva, cuidase sus grandes llagas en la intimidad, levantando una endeble barrera de fingimiento y de evasión ante los ojos avispados y las lenguas desatadas de los jóvenes muchachos; todo esto le pasmaba y le daba una impresión de irre realidad.



Eugene creía en la gloria y en el oro.

Ahora pasaba más tiempo en Dixieland. Desde que había empezado a ir al colegio de Leonard, estaba más íntimamente unido a Eliza. Gant, Helen y Luke miraban con ceño el colegio particular; los chicos estaban resentidos, un poco envidiosos. Y en su mal genio, se valían ahora de un nuevo aguijón. Decían:

—Le has estropeado completamente desde que lo enviaste a ese colegio particular —o bien—: Desde que abandonó la escuela pública, se siente demasiado importante para ensuciarse las manos.

La propia Eliza no paraba de recordarle sus obligaciones. Hablaba a menudo de su pobreza y del esfuerzo que tenía que hacer para pagarle los estudios. Decía que debía trabajar de firme y ayudarla cuanto pudiese en sus horas libres. También debía ayudarla en verano y «hacer propaganda del negocio» entre los turistas que llegaban a la estación.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te pasa? —se burlaba Luke—. No te avergonzarás de hacer un poco de trabajo honrado, ¿verdad?

Por ahí se va a Dixieland, señor. Propiedad de la señora Eliza E. Gant. A dos pasos de la plaza, capitán. Todas las comodidades de la cárcel moderna. Bizcochos y pasteles de confección casera, como los que deberían hacer y nunca hacen todas las madres.

Ese chico es un espabilado.

Al terminar el primer año de Eugene en el colegio de Leonard, Eliza dijo a John Dorsey que no podía seguir pagando los estudios de aquel. El hombre fue a consultar a Margaret y se avino a reducir el precio a la mitad.

—Puedes ayudarlos a reclutar nuevos alumnos —dijo Eliza.

—Sí —convino Leonard—, creo que sí.

Ben se compró un par de zapatos nuevos. De color castaño claro. Le costaron seis dólares. Siempre compraba cosas de primera calidad. Pero le irritaron las plantas de los pies. Subió enfurecido a su habitación y se los quitó.

—¡Malditos sean! —chilló, arrojándolos contra la pared.

Eliza se asomó a la puerta.

—Muchacho, si derrochas el dinero de este modo nunca tendrás un penique. Y si lo piensas bien, esto es mala cosa —dijo, meneando tristemente la cabeza y frunciendo los labios.

—¡Por el amor de Dios! —gruñó Ben—. ¡Lo que faltaba! ¿Acaso os pido algo alguna vez? —gritó, furioso.

Ella tomó los zapatos y se los dio a Eugene.

—Sería una lástima tirar unos zapatos tan buenos —dijo—. Pruébatelos, chico.

Él se los probó. Tenía los pies aún más grandes que Ben. Cuidadosamente, dolorido, dio unos pasos.

—¿Cómo te sientan? —preguntó Eliza.

—Creo que bien —dijo él, en tono dudoso—. Me aprietan un poco.

Pero le gustaba su limpia consistencia, el agradable olor del cuero. Eran los mejores zapatos que había tenido jamás.

Ben entró en la cocina.

—¡No seas bruto! —dijo—. Tienes los pies como una mula.

Se agarró frunciendo el ceño y tocó el cuero tirante sobre los dedos de los pies. Eugene se estremeció.

—Por el amor de Dios, mamá —gritó irritado Ben—, no obligues al chico a llevar esos zapatos, si le están pequeños. Yo le compraré un par, ya que tú eres tan tacaña con tu dinero.

—Bueno, ¿qué tienen estos de malo? —dijo Eliza, apretando los zapatos con los dedos—. ¡Bah! Están muy bien. Todos los zapatos aprietan un poco al principio. No le harán daño.

Pero Eugene tuvo que renunciar al cabo de seis semanas. El duro cuero no se estiraba, y cada día le dolían más los pies. Cojeaba más y más, dolorosamente, hasta que pareció que andaba sobre ascuas. Tenía los pies entumecidos, y llagadas las plantas. Un día, Ben, en un acceso de furor, lo derribó y se los quitó. Pasaron varios días antes de que pudiese volver a andar con naturalidad. Pero los dedos que durante toda su infancia habían sido rectos y fuertes, estaban ahora aplastados como una pulpa, y los huesos parecían nudosos, doblados y retorcidos, y las uñas eran gruesas y como muertas.

—Es una lástima tirar unos zapatos tan buenos —suspiró Eliza.

Pero tenía extraños arranques de generosidad. Eugene no lo entendía.

Una chica vino a Altamont desde el oeste. Dijo que era de Sevier, un pueblo de montaña. Tenía el cuerpo robusto y moreno, y los cabellos y los ojos negros de una india cherokee.

—Mira qué te digo —dijo Gant—. Esa chica tiene sangre cherokee en las venas.

Tomó una habitación y pasaba los días meciéndose en una silla delante de

la chimenea del salón. Era tímida y parecía asustada y poco adusta, y tenía modales de campesina bien educada. Nunca hablaba, salvo cuando le dirigían la palabra.

A veces se sentía enferma y se quedaba en la cama. Entonces Eliza le llevaba la comida y se mostraba sumamente amable con ella.

Día tras día se mecía la joven en el salón, y así pasó todo el tormentoso otoño. Eugene oía repicar rítmicamente sus grandes pies, al apoyarlos en el suelo para impulsar la mecedora. El nombre de la joven era señora Morgan.

Un día, mientras Eugene echaba grandes y crujientes pedazos de carbón sobre el montón de ascuas relucientes, Eliza entró en la estancia. La señora Morgan siguió meciéndose impasiblemente. Eliza estuvo un momento junto al fuego, frunciendo reflexivamente los labios y cruzando las manos sobre el estómago. Miró a través de la ventana el cielo encapotado y la calle vacía y barrida por el viento.

—Le diré una cosa —anunció—. Creo que el invierno será muy duro para los pobres.

—Sí, señora —dijo hoscamente la señora Morgan, y siguió meciéndose.

Eliza guardó silencio unos momentos.

—¿Dónde está su marido? —preguntó al fin.

—En Sevier —respondió la señora Morgan—. Es ferroviario.

—¿Cómo, cómo? —dijo rápida y cómicamente Eliza—. ¿Ha dicho ferroviario? —preguntó vivamente.

—Sí, señora.

—Bueno, me parece muy extraño que no haya venido a verla —dijo Eliza, en tono tranquilo pero terriblemente acusador—. Es una actitud poco digna de un hombre.

La señora Morgan no dijo nada. Sus ojos negros como el alquitrán brillaron a la luz del fuego.

—¿Tiene usted dinero? —dijo Eliza.

—No, señora —dijo la señora Morgan.

Eliza siguió plantada allí, gozando del calor y frunciendo los labios.

—¿Para cuándo espera a su hijo? —preguntó de pronto.

La señora Morgan no respondió de momento. Siguió meciéndose.

—Calculo que para antes de un mes —respondió al fin.

Había estado engordando de una semana a otra.

Eliza se inclinó y se arremangó la falda, descubriendo la pierna hasta la rodilla; llevaba medias de algodón bajo la gruesa ropa de franela.

—¡Eh! —gritó recatadamente, al advertir que Eugene estaba mirando—. Vuelve la cabeza, chico —ordenó, riendo tontamente y frotándose la nariz con un dedo.

El verde mate de unos billetes enrollados se transparentó a través de la media. Sacó el fajo de billetes.

—Bueno, supongo que necesitará un poco de dinero —dijo, separando dos billetes de diez dólares y dándoselos a la señora Morgan.

—Gracias, señora —dijo la señora Morgan, tomando el dinero.

—Puede quedarse aquí hasta que esté en condiciones de volver a trabajar —dijo Eliza—. Conozco un buen médico.

—Por el amor de Dios, mamá —tronó Helen—. ¿De dónde diablos sacas a esa gente?

—¡Dios misericordioso! —aulló Gant—. Aquí hay de todo: ciegos, tullidos, locos, pelanduscas y bastardos. Todos vienen aquí.

Sin embargo, cuando veía ahora a la señora Morgan, le hacía siempre una profunda reverencia, diciendo con exquisita cortesía:

—¿Cómo está usted, señora? —y a Helen, cuando ella no estaba presente —: ¿Sabes una cosa? Es una chica muy guapa.

—Ja, ja, ja —decía Helen, con irónica risa de falsete y pinchándole con un dedo—, no te importaría ir con ella, ¿eh?

—Tú dirás —decía él, de buen humor, sonriendo taimadamente a Eliza—. Tiene un buen par de meloncetes.

Eliza sonreía agriamente.

—¡Hum! —decía con desdén—. Por mí puede ir con todas las que quiera. No hay estúpido peor que un viejo estúpido. Pero no te pases de listo. Este es un juego entre dos.

—Ja, ja, ja —reía débilmente Helen—. Ahora se ha enfadado.

Helen llevaba a menudo a la señora Morgan a casa de Gant y le preparaba succulentas comidas. También le llevaba caramelos y jabón perfumado de la villa.

Llamaron al doctor McGuire para que asistiese el parto. Desde abajo, Eugene oía un silencioso revuelo en la habitación de arriba, los graves

gemidos de la mujer y, por último, unos gritos fuertes y estridentes. Eliza, muy excitada, tenía constantemente ollas de agua calentándose en el hornillo de gas. De cuando en cuando, corría hacia arriba con una olla de agua hirviendo y bajaba de nuevo un momento después, más despacio, deteniéndose en cada escalón para escuchar atentamente los ruidos de la habitación.

—A fin de cuentas —dijo Helen, trajinando con las ollas en la cocina—, ¿qué sabemos de ella? Nadie puede afirmar que no tenga un buen marido, ¿verdad? Tendrían que andarse con cuidado. La gente no tiene derecho a decir esas cosas —gritó, enojada contra los desconocidos detractores.

Era de noche. Eugene salió a la galería. El aire era tranquilo, claro, no muy fresco. Sobre la negra mole de los montes del este, en la gran taza del cielo, las remotas y brillantes estrellas centelleaban como joyas. Las luces ardían brillantemente en las casas del barrio, tan brillantes y tan duras como si hubiesen sido talladas de una gema fría. Sobre los amplios patios flotaba un cálido olor a hamburguesas y a cebollas fritas. Ben estaba de pie junto a la baranda de la galería, apoyándose en una pierna rígida, fumando con profundas inhalaciones. Eugene se acercó a él y se plantó a su lado. Oyeron los fuertes gemidos en el piso de arriba. Eugene rio tontamente, mirando la fina máscara de marfil. Ben levantó vivamente la blanca mano para pegarle, pero la dejó caer con un gruñido desdeñoso, sonriendo débilmente. Muy lejos, delante de ellos, en la cima de Birdseye, pálidas luces oscilaban en el palacio del judío rico. La fina niebla de la hora de la cena envolvía el barrio, y se oían voces heladas y lejanas.

Matriz profunda, flor oscura. El Oculto. El fruto secreto, de rojo corazón, alimentado por rica sangre india. Oscuridad latente en la noche del vientre, presta a brotar en secreto hacia la vida.

La señora Morgan se marchó dos semanas después de nacer su hijo. Era este un pequeño varón de piel morena, con un mechón de cabellos negros a la manera de un duendecillo, y unos ojos muy negros y brillantes. Parecía un indio pequeñín. Antes de que se marchasen, Eliza dio veinte dólares a la madre.

—¿Adónde van a ir? —preguntó.

—Tengo parientes en Sevier —dijo la señora Morgan.

Echó a andar calle arriba, llevando una maleta barata de imitación de piel de cocodrilo. Sobre su hombro, el niño meneaba ligeramente la cabeza y miraba alegremente atrás con sus negros y brillantes ojos. Eliza agitó una mano y le dedicó una trémula sonrisa; después entró en la casa, sorbiendo por la nariz y con los ojos húmedos.

«Me pregunto por qué habrá venido a Dixieland», pensó Eugene.

Eliza fue también muy buena para un hombrecillo con bigote. Casado y con una hijita de nueve años. Camarero de hotel, se había quedado sin trabajo y permaneció en Dixieland hasta deber más de cien dólares. Pero partía limpiamente la leña y subía el carbón; hacía pequeños trabajos de carpintería y de pintura en toda la casa.

Eliza lo apreciaba mucho; era lo que ella llamaba «un buen padre de familia». A Eliza le gustaban las personas domésticas, los hombres apegados a la casa. Aquel hombrecillo era muy amable y muy dócil. A Eugene le gustaba porque hacía buen café. Eliza no lo apremió nunca por la cuestión del dinero. Por último, el hombre encontró trabajo en la posada y se alojó en ella. Pagó a Eliza todo lo que le debía.

Eugene se quedaba en el colegio hasta mucho después de terminadas las clases, regresando a casa a la tres o a las cuatro de la tarde. A veces era casi de noche cuando volvía a Dixieland. A Eliza le irritaban sus retrasos y, cuando le servía la comida, esta estaba reseca y tostada después de tanto rato de calentarse en el fogón. Consistía en una sopa gelatinosa y espesa, con alubias, col y tomates, y en la que flotaban grandes manchas de grasa; carne de buey o de cerdo, o pollo; un plato lleno de judías tropicales frías, bizcochos y ensalada de col, y café con leche.

Pero el colegio se había convertido en el centro de su corazón y de su vida, y Margaret Leonard en su madre espiritual. Sobre todo le gustaba estar allí por la tarde, cuando el tropel de muchachos se había marchado y él podía rondar libremente por el viejo caserón o bajo los rumorosos y majestuosos árboles, disfrutando de la soberbia soledad de la bella colina, de la lluvia de bellotas provocada por el viento, del olor de las hojas quemadas. Leía vorazmente hasta que Margaret lo descubría y lo sacaba de debajo de los árboles y lo llevaba al patio de detrás de la residencia del obispo Raper, donde se jugaba al baloncesto. Aquí, mientras enrojecía el cielo de poniente, corría en dirección a la meta, pasando la pelota a un compañero y exultando al ver aumentar su rapidez, su agilidad y su puntería al tirar a la canasta.

Margaret Leonard vigilaba su salud celosamente, casi de un modo morboso, advirtiéndole constantemente las terribles consecuencias que podían derivarse del agotamiento físico, los años que se necesitaban para recuperar lo que una vez se malgastaba.

—¡Oye, chico! —le decía, deteniéndolo con voz grave y ominosa—. Ven un momento. Quiero hablar contigo.

Un tanto asustado y sumamente nervioso, se sentaba a su lado.

—¿Cuántas horas duermes? —le preguntó ella un día.

Eugene le respondió, aliviado, que nueve horas todas las noches. Suponía

que eso era lo adecuado.

—Procura que sean diez —le ordenó severamente ella—. Mira, Gene, no se puede jugar con la salud. ¡Si lo sabré yo, muchacho! Te aseguro que lo pagué muy caro. Si no tienes salud, no puedes hacer nada, chico.

—Pero yo estoy bien —protestó desesperadamente él, muy asustado—. No me pasa nada malo.

—No eres fuerte, muchacho. Tienes que poner un poco de carne sobre tus huesos. Te diré una cosa: me preocupan tus ojeras. ¿Tienes un horario regular?

No lo tenía; le fastidiaban los horarios regulares. La excitación, el movimiento, los frecuentes momentos de crisis en casa de Gant y en la de Eliza, lo habían acostumbrado a responder a su estímulo. No había conocido nunca el orden y el convencionalismo de la vida doméstica. Le espantaba terriblemente la regularidad. Para él, significaba embotamiento y vaciedad. Adoraba la hora de la medianoche.

Pero le prometió sumisamente que sería ordenado; ordenado en la comida, en el sueño, en el estudio y en el ejercicio.

Todavía no había aprendido a jugar en grupo. Todavía temía a los demás, le disgustaban y desconfiaba de ellos.

Rehuía el conflicto físico de la vida adolescente; pero, sabiendo que Margaret no lo perdía de vista, se metía desesperadamente en los juegos, poniendo a prueba sus débiles fuerzas contra las embestidas de piernas vigorosas, en los choques contra cuerpos fuertes, levantándose magullado y con dolorido corazón e incorporándose de nuevo al pugilato de la turbulenta manada. Día tras día, se sumaban al dolor de su cuerpo el dolor y la vergüenza de su espíritu, pero seguía aguantando, con una pálida sonrisa en los labios y miedo y envidia de su fuerza en el corazón. Repetía exactamente como un loro todo lo que decía John Dorsey acerca del «espíritu de juego limpio», de la «deportividad», de «jugar por mor del juego en sí», de «aceptar la derrota o la victoria con una sonrisa», etcétera; pero no lo creía sinceramente ni lo comprendía. Estas frases eran admitidas por todos los chicos del colegio; en cierto modo, se las habían inculcado con exceso, y Eugene, al escucharlas, sentía a veces renacer su angustia e inexplicable vergüenza, y estiraba el cuello y golpeaba vivamente el suelo con un pie.

Y advertía, de nuevo con la angustia y frustrante vergüenza, al contemplar el cuadro mezquino de aquella adolescencia, engreída, robusta y fieramente agresiva, que, a pesar de las frases altisonantes y de toda la jerga sobre el juego limpio y la deportividad, los más débiles eran, en el colegio de Leonard, presa legítima de los más fuertes. Si Leonard era derrotado por un chico en un juego de ingenio o en una discusión en pro de la justicia, afirmaba la rectitud

de su causa con la violencia física. Estos espectáculos eran feos y repelentes: Eugene los observaba con morbosa fascinación.

Leonard no era malo; era un hombre de mucho carácter, cortés y honradamente resuelto. Amaba a su familia, combatía con bastante valor el fanatismo de la iglesia metodista, de la que era diácono y con la que se había enemistado a causa de sus observaciones sobre la teoría de Darwin. Era, pues, un ejemplo del triste liberalismo de pueblo, un pensador avanzado entre los metodistas, un portador de la antorcha al mediodía, un apologista de la tolerancia de ideas establecidas desde hacía cincuenta años. Trataba fielmente de cumplir sus deberes de maestro. Pero estaba apegado a la tierra; incluso su acusada violencia era terrenal, y había en ella la brutalidad inconsciente de la naturaleza. Aunque afirmaba su interés por «las cosas de la mente», su interés por el suelo era mucho mayor, y, desde que había salido de la universidad, había añadido muy poco a su caudal de información. Era lento de ingenio y carecía en absoluto de las sensibles intuiciones de Margaret, que sin embargo amaba al hombre con tan apasionada fidelidad que secundaba todas sus acciones ante la gente. Eugene la había oído incluso gritar, con voz estridente y temblorosa, a un alumno que había contestado insolentemente a su marido: «¡Yo le arrancaría la cabeza! ¡Vaya si lo haría!». Y el chico se había echado a temblar, espantado y asqueado al verla de aquel talante. Pero él sabía que el amor produce estos cambios. Leonard pensaba que sus actos eran sensatos y buenos; se había educado en una tradición que exigía obediencia estricta al superior y no toleraba oposición a sus normas. Había aprendido de su padre, un patriarca de Tennessee que gobernaba una hacienda, predicaba los domingos y sofocaba las rebeliones de sus hijos a latigazos y piadosas oraciones, las ventajas de erigirse en dios. Pensaba que los niños que le oponían resistencia debían ser golpeados.

Pero Leonard tenía buen cuidado en no castigar a los hijos de sus más ricos y eminentes clientes, como tampoco a los suyos, y esos jovencuelos, orgullosamente conscientes de su inmunidad, se mostraban aplicados en su insolencia y su desobediencia. El hijo del obispo, Justin Raper, muchacho alto de trece años, cabellos negros, cara delgada, morena y de huesos protuberantes, y labios absurdamente petulantes, hizo copias a máquina de una balada obscena y las vendió a sus condiscípulos a cinco centavos el ejemplar.

Señora, su hija está muy guapa,

¡duro con ella!

Señora, su hija está muy guapa,

¡duro con ella!

Además, Leonard sorprendió a ese joven una tarde de primavera en la falda



oriental de la colina, sobre la espesa hierba al pie de un cornejo florido, realizando el coito con la señorita Hazel Bradley, hija de un modesto abacero de la avenida Biltburn, y cuya lascivia era ya famosa en la ciudad. Leonard, después de pensarlo bien, no habló con el obispo. Fue a ver al abacero.

—Bueno —dijo el señor Bradley, apartándose reflexivamente el largo bigote de la boca—, tendría usted que poner un rótulo de prohibida la entrada.

El blanco de los ataques concentrados de John Dorsey y los chicos era el hijo de un judío. Se llamaba Edward Michalove. Su padre era joyero, de tez morena y modales corteses y floridos. Tenía los dedos blancos y delicados. Sus mostradores estaban llenos de broches antiguos, hebillas con piedras preciosas, viejos relojes con incrustaciones. El muchacho tenía dos hermanas, lozanas y hermosas. Su madre había muerto. Ninguno de ellos parecía judío; todos tenían un aspecto suave y pulido.

A sus doce años, el muchacho era alto y esbelto, con oscuras facciones ambarinas y la afeminada afectación de una solterona. Le espantaba la compañía de los otros chicos, y todo lo que había en él de afilado, de feminoide y de venenoso, salía defensivamente a la superficie cuando lo ridiculizaban o amenazaban, y estallaba en una carcajada estridente y desagradable, o en lágrimas histéricas. Su afectada manera de andar, con el constante ademán de agarrar remilgadamente el borde de su chaqueta, su voz aguda y un poco ronca, de acento voluptuoso y femenino, atraían al momento la agresiva antipatía de los demás.

Lo llamaban «señorita» Michalove; le pusieron en un estado de constante histerismo, hasta que se convirtió en un gato repelente y gruñidor que levantaba las manitas engarfiadas para arañarlos con sus largas uñas en cuanto se acercaban; tanto el maestro como los chicos lo convirtieron en un ser detestable, y lo aborrecían por lo que habían hecho de él.

Un día en que estaba sollozando porque le habían hecho quedarse al terminar las clases, se levantó de pronto y corrió hacia la puerta. Leonard corrió torpemente detrás de él, con un jadeo estertoroso, y volvió al cabo de un momento, tirando del gemebundo muchacho por el cuello de la chaqueta.

—¡Siéntate! —chilló John Dorsey, empujándolo hacia un pupitre. Después, con la misma furia, pero temeroso de infligir al muchacho un castigo que pudiese dejarlo baldado, añadió ilógicamente—: ¡Levántate! —E hizo que se pusiese de nuevo en pie—. ¡Joven descarado! —jadeó—. ¡Pequeño renacuajo! Ahora verás, hijo mío, si voy a dejarme dominar por un tipejo como tú.

—¡Quíteme las manos de encima! —chilló Edward, en un paroxismo de repugnancia física—. Se lo contaré a mi padre, viejo Leonard, y vendrá y le molerá a patadas ese culo tan gordo que tiene. Ya lo verá.

Eugene cerró los ojos, incapaz de presenciar el fin de una vida tan joven. Sentía frío y angustia en el corazón. Pero cuando volvió a abrirlos, Edward seguía en pie en el mismo sitio, sofocado y sollozando. No había pasado nada.

Eugene esperó a que la ira de Dios cayese sobre el infeliz blasfemo. De la parálisis relativa que había congelado los semblantes de John Dorsey y la hermana Amy, dedujo que ellos lo esperaban también.

Pero Edward sobrevivió. Y eso fue todo... todo.

Años más tarde, Eugene pensó en el joven judío con la vergüenza lacerante de antaño, con el agudo dolor con que se recuerda el momento irrevocable de una acción cobarde o deshonrosa. Pues no solo había participado en la persecución del muchacho, sino que se había alegrado en el fondo de su corazón, porque existía alguien más débil que él mismo, alguien sobre el cual volcar todo el alud del ridículo. Años más tarde, se le ocurrió pensar que sobre los hombros de aquel judío pesaba un fardo que, en otro caso, habría tenido que llevar él, que aquel corazón sobrecargado experimentaba un sufrimiento que quizá le estaba destinado a él.

Los «hombres de mañana» del señor Leonard se portaban bien. El espíritu de justicia, de honor físico, les era casi desconocido, pero proclamaban la letra a grandes voces. Cada uno de ellos vivía temeroso de ser descubierto; cada uno de ellos era capaz de construir su propia defensa de fanfarronería, de ficción, de vocinglera autoafirmación, y la espléndida flor masculina de la caballeridad, del coraje y del honor, se moría en una hedionda maraña. El gran clan de los buscavidas atraía a los jóvenes muchachos, bravucones, violentos en sus amenazas, pero pálidos y mustios en su corazón; los «hombres viriles» marchaban sobre ruedas.

Y Eugene, ahora completamente enquistado detrás de los muros de su fantasía, con su cuerpo predestinado a la derrota, imitaba lo mejor que podía el lenguaje, los ademanes y el porte de sus compañeros, participaba de obra o pensamiento en los ataques a los más débiles que él, y a veces veía compensadas sus magulladuras al oír que Margaret decía que era «un chico de elevado espíritu». Y lo decía a menudo.

Afortunadamente, y gracias a Gant y a Eliza, era una criatura eminentemente varonil, pero tanto en casa como en el colegio había conocido raras veces la victoria. En cambio, conocía bien el miedo. Y, según pensó más tarde, esa tiranía de la fuerza había sido tan constante que cuando llegó a los alocados veinte años y oyó a su alrededor las fuertes voces, los violentos asertos y las huecas amenazas, el recuerdo despertó en él una furia maniática que lo inducía a empujar a un lado al intruso e insolente fanfarrón, a repeler violentamente al matón y a fulminar con la mirada y maldecir a los que lo observaban sorprendidos y temerosos.

Nunca olvidó al judío; siempre se sintió avergonzado al pensar en él. Pero pasaron muchos años antes de que llegase a comprender que en aquella persona sensible y femenina, atada a él por los secretos y terribles lazos de su propia ignominia, no había nada perverso, antinatural o degenerado. Tenía tanto de hombre como de mujer. Eso era todo. Pero entre los boy scouts no hay sitio para el andrógino; solo lo hay en el Parnaso.

## DIECIOCHO

En los años que siguieron al traslado de Eliza a Dixieland, se produjeron profundos cambios en las posiciones de los Gant, gracias a la química inexorable de la atracción y la repulsión. Eugene pasó de la primitiva tutela de Helen a los cuidados de Ben. Aquella separación era inevitable. El gran afecto que ella le había mostrado cuando era pequeño se fundaba, no en un profundo parentesco mental o corporal o espiritual, sino en los fuertes sentimientos maternos de Helen, en algo que esta vertía como una catarata de ternura y de crueldad sobre una vida joven, débil y maleable.

Había quedado atrás el tiempo en que podía despeinarlo en la cama en un alud de besos y palmadas, estrechándolo, golpeándolo, mordiendo y besando su carne joven. Él había perdido buena parte de su atractivo físico; ya no tenía las redondeces de la infancia, había crecido como la mala hierba, sus miembros eran largos y desgarrados, y tenía grandes los pies, huesudos los hombros, demasiado grande y pesada la cabeza para el cuello flaco sobre el que pendía hacia delante. Además, cada año se encerraba más en su vida secreta, algo extraño y salvaje florecía oscuramente en su cara, y, cuando ella le hablaba, sus ojos se llenaban de sombras de grandes barcos y ciudades.

Y esta vida secreta, que ella no podría tocar ni comprender jamás, la enfurecía. Necesitaba agarrar la vida con sus manos grandes y de rojos nudillos, golpearla y acariciarla, mimarla, amarla y esclavizarla. Su hirviente energía se derramaba hacia fuera, sobre todas las cosas que vivían en contacto con el sol. Necesitaba dominar y esclavizar; todas sus virtudes —su fuerte afán de servir, de dar, de cuidar, de divertir— procedían de la necesidad imperativa de dominio sobre casi todo lo que tocaba.

Ella misma era ingobernable; aborrecía todo lo que no se doblegaba a su gobierno. Y Eugene, en su soledad, habría aceptado de buen grado la esclavitud de su espíritu si hubiese obtenido a cambio su amor, un amor que había perdido de modo tan extraño, pero era incapaz de revelar a su hermana los florecientes éxtasis, las oscuras e incommunicables fantasías que envolvían su vida. Ella odiaba el secreto; el aire de misterio, la reticencia astuta y

deliberada, o las insondables profundidades de mundos diferentes del suyo, le producían accesos de furor.

Agitada por un fugaz arranque de inquina, caricaturizaba el gesto enfurruñado de los labios de Eugene, su cabeza gacha, su andadura saltarina de canguro.

—Pequeño monstruo. Feo y pequeño monstruo. Ni siquiera sabes quién eres, pequeño bastardo. No eres un Gant. Eso salta a la vista. No tienes una gota de sangre de papá en las venas. ¡Eres raro! ¡Raro! Eres la viva imagen de Greeley Pentland.

Siempre volvía a eso. Era fanáticamente parcial; su histérica superstición había clasificado ya a la familia en dos grupos adversarios: el de los Gant y el de los Pentland. En el bando de los Pentland colocaba a Steve, a Daisy y a Eugene; eran, pensaba, los «fríos y egoístas», y la implicación de la hermana mayor y el hermano menor con la oveja negra de la familia le producía una satisfacción adicional. Su unión con Luke era ahora inseparable. Había sido inevitable. Ellos eran los Gant, los generosos, buenos y honorables.

El amor de Luke y Helen era épico. Cada uno encontraba en el otro la efervescencia constante, la ilimitada extraversión, la riqueza, la energía, la necesidad desesperada de dar y de servir que era la vida para ellos. Se irritaban recíprocamente los nervios, pero su amor estaba más allá del agravio, y sus cantos de alabanza eran estrafalarios.

—Yo puedo criticarle si quiero —decía belicosamente Helen—. Tengo derecho a hacerlo. Pero no tolero que los otros le critiquen. Es un muchacho bueno y generoso, el mejor de esta familia. Eso es indudable.

Solo Ben parecía estar al margen de los grupos. Se movía entre ellos como una sombra; no participaba en su feroz apasionamiento de partido. Pero Helen lo consideraba «generoso» y sacaba la conclusión de que era un «Gant».

A pesar de esa violenta antipatía por los Pentland, tanto Helen como Luke habían heredado toda la hipocresía social de Gant. Querían sobre todo poner buena cara ante la gente, ser apreciados y tener muchos amigos. Eran pródigos en sus acciones de gracias, exagerados en sus alabanzas, empalagosos en sus lisonjas. No escatimaban nada en este aspecto. Reservaban sus malos humores, su nerviosismo y su irritabilidad para exhibirlos en su casa. Y en presencia de cualquier miembro de las familias de Jim o de Will Pentland, sus modales eran no solamente amistosos, sino incluso ligeramente serviles. El dinero los impresionaba.

Fue un período de incesante movimiento en la familia. Steve se había casado hacía un par de años con una mujer de una pequeña población del sur de Indiana. Ella tenía treinta y siete años, doce más que él, y era una alemana

rechoncha y pesada, de nariz grande y cara paciente y fea. Había venido un verano a Dixieland con otra mujer, una solterona a la que conocía de toda la vida, y se había dejado seducir antes de marcharse. El invierno siguiente había muerto su padre, pequeño fabricante de cigarros, dejándole nueve mil dólares de un seguro de vida, su casa, una pequeña cantidad de dinero en el banco y una cuarta parte de su negocio, encomendado a la dirección de sus dos hijos varones.

A comienzos de la primavera, la mujer, que se llamaba Margaret Lutz, volvió a Dixieland. Una tarde que invitaba al sueño, Eugene los sorprendió en casa de Gant. No había nadie más allí. Estaban tumbados de bruces sobre la cama de Gant, cada cual con un brazo sobre las caderas de su pareja. Yacían en silencio, mientras él los contemplaba con horrorizado estupor. El rancio olor de Steve llenaba la habitación. Eugene empezó a temblar con furia insensata. La primavera era tibia y adorable, una brisa fecunda agitaba ligeramente el aire, y flotaba un suave olor a brea. Él había llegado satisfecho a la casa vacía, para gozar de su delicioso silencio, de la húmeda frescura del interior, y de una tarde pasada a solas con los grandes volúmenes encuadrados en piel. Y en un momento, el mundo se había derrumbado.

Steve manchaba todo lo que tocaba.

Eugene lo aborrecía porque apestaba, porque todo lo que tocaba olía mal, porque, dondequiera que fuese, provocaba miedo, vergüenza y aversión; porque sus besos eran más falsos que sus maldiciones, y sus lamentos más viles que sus amenazas. Veía los cabellos de la mujer suavemente agitados por las húmedas exhalaciones del fétido aliento de su hermano.

—¿Qué estáis haciendo en la cama de papá? —chilló.

Steve se incorporó estúpidamente y lo agarró de un brazo. La mujer se sentó en la cama, mirándolo como drogada, abiertas sus cortas piernas.

—Supongo que vas a chivarte —dijo Steve, sacudiéndolo despectivamente—. Correrás a contárselo a mamá, ¿eh? —añadió, apretando sus dedos amarillos sobre el brazo de Eugene.

—Salid de la cama de papá —dijo desesperadamente Eugene, dando un tirón para soltarse.

—No vas a delatarnos, ¿verdad, pequeño? —lo cameló ahora Steve, lanzándole el fétido aliento a la cara.

Eugene sintió náuseas.

—Suéltame —murmuró—. No diré nada.

Steve y Margaret se casaron poco después. Con el antiguo sentimiento de vergüenza física, Eugene los veía bajar la escalera de Dixieland cada mañana

para desayunar. Steve fanfarroneaba de un modo absurdo, sonreía complacido y aludía siempre a su buena fortuna. En la ciudad se rumoreaba que tenía un cuarto de millón.

—¡Bravo, Steve! —decía Harry Tugman, dándole fuertes palmadas en el hombro—. Sabe Dios que yo siempre dije que llegarías.

Eliza sonreía al fanfarrón, con su orgullosa, complacida, trémula y triste sonrisa. Era su primogénito.

—El pequeño Stevie ya no tiene que preocuparse —decía él—. Va por buen camino. ¿Dónde están los tipos sensatos que decían «no te lo decía yo»? Todos se alegran de sonreír ampliamente y estrechar la mano al pequeño Stevie cuando este pasa por la calle. Los que antes lo denigraban ahora lo ensalzan, vaya que sí.

—Os diré una cosa —decía Eliza, sonriendo con orgullo—: No tiene un pelo de tonto. Cuando quiere, es tan listo como el que más.

«Más listo que los demás», pensaba.

Steve se compró ropa nueva, zapatos castaños, camisas de seda a rayas y un gran sombrero de paja con cinta roja, blanca y azul. Caminaba describiendo un ancho arco sobre los hombros, chascaba los dedos con displicencia y sonreía con estudiada condescendencia a los que lo saludaban. Todo eso fastidiaba y divertía a Helen; su absurda jactancia le daba risa, y compadecía de veras a Margaret Lutz. La llamaba «encanto», y sentía que unas lágrimas cálidas e inverosímiles humedecían sus ojos cuando contemplaba el rostro paciente, pasmado y ligeramente asustado de la alemana. La estrechaba entre sus brazos y la consolaba.

—No te preocupes, encanto —le decía—. Si no te trata bien, solo tienes que decírnoslo. Nosotros le pondremos a raya.

—Steve es un buen muchacho —decía Margaret—, cuando no bebe. Mientras está sereno, no tengo nada que decir.

Y se echaba a llorar.

—Eso es una maldición horrible —dijo Eliza, meneando tristemente la cabeza—. La maldición del bebedor. Nada ha arruinado tantos hogares como la bebida.

—Bueno, ella no va a ganar ningún premio de belleza —dijo Helen, confidencialmente, a Eliza.

—¡Seguro que no! —dijo Eliza. Y después—: ¿Por qué haría Steve una cosa así? Ella tiene al menos diez años más que él.

—Pues yo creo que él hizo un buen negocio —dijo Helen, con irritación—.

¡Por Dios, mamá! Hablas como si fuese un ser excepcional. Toda la ciudad sabe lo que es Steve —rio irónicamente, enojada—. No, mamá; él fue quien salió ganando en el trato. Margaret es una chica decente.

—Bueno —dijo Eliza, esperanzada—, tal vez él ahora cobrará ánimos y empezará de nuevo. Me prometió que lo intentaría.

—Esperemos que así sea —dijo sarcásticamente Helen—. Confiemos. Ya sería hora de que lo hiciese.

Sentía por él una antipatía innata. Lo había colocado entre la tribu de los Pentland. Pero en realidad era el que más se parecía a Gant. Era como Gant en toda su flaqueza, pero carecía de pulcritud, de su fibra, de sus remordimientos. En el fondo, Helen lo sabía, y eso aumentaba su antipatía por él. Compartía el fuerte antagonismo de Gant por su hijo. Pero ese sentimiento, como todos los suyos, cesaba en momentos de amistad, de caridad, de tolerancia.

—¿Qué vas a hacer, Steve? —le preguntó—. Ahora tienes una familia, ¿sabes?

—El pequeño Stevie ya no tiene que preocuparse —dijo él, sonriendo tranquilamente—. Deja que los otros se preocupen.

Se llevó los dedos amarillos a la boca y aspiró profundamente el humo de un cigarrillo.

—¡Santo cielo, Steve! —gritó furiosamente ella—. Serénate y trata por una vez de portarte como un hombre. Margaret es una mujer. No querrás que ella te mantenga, ¿verdad?

—¿Y qué diablos te importa eso? —dijo él, con voz estridente y hosca—. Nadie te ha pedido consejo. Todos estáis contra mí. Ninguno de vosotros me decía una palabra amable cuando estaba arruinado, y ahora os pesa mi buena fortuna.

Durante años se había creído perseguido; atribuía sus fracasos en casa a la malicia, la envidia y la infidelidad de su familia, y sus fracasos fuera de casa a la malicia y a la envidia de una fuerza contraria a la que llamaba «el mundo».

—No —dijo, dando otra larga chupada al húmedo cigarrillo—, no os preocupéis por Stevie. No necesita nada de ninguno de vosotros, y me parece que no os ha pedido nada. ¿Ves esto? —dijo, sacando un fajo de billetes del bolsillo y separando unos cuantos de veinte dólares—. Bueno, hay mucho más en el sitio del que proceden. Y te diré otra cosa: el pequeño Stevie estará pronto entre los grandes. Tengo un par de negocios al alcance de la mano que dejarán patitiosos a los pazguatos de la villa. ¿Te has enterado?

Ben, que había estado todo el tiempo sentado en el taburete del piano, mirando furiosamente el teclado, murmurando una tonadilla y acompañándola

con un dedo, se volvió ahora a Helen, frunciendo vivamente los labios y ladeando la cabeza.

—He oído decir que el señor Vanderbilt se está poniendo celoso —dijo.

Helen rio, irónica y secamente.

—Te crees un chico listo, ¿eh? —dijo rudamente Steve—. Pero no veo que te sirva de mucho.

Ben lo miró ceñudo y sorbió por la nariz, sin darse cuenta.

—Bueno, confío en que no te olvidarás de tus amigos, señor Rockefeller —dijo, con su voz contenida, acariciadora y ominosa—. Me gustaría que me nombrases vicepresidente, si el cargo está todavía vacante.

Volvió a su teclado y lo recorrió con un dedo encorvado.

—Está bien, está bien —dijo Steve—. Reíd cuanto queráis, si os parece gracioso. Pero tened en cuenta que el pequeño Stevie no es un empleadillo de quince dólares en la oficina de un periódico. Y que tampoco tiene que cantar en los cines —añadió.

La cara huesuda de Helen enrojeció de ira. Había empezado a cantar en público con la hija del talabartero.

—Será mejor que no hables, Steve, hasta que tengas un empleo y dejes de hacer el vago. Hablas mucho, pero te pasas el día en los garitos y en los bares con el dinero de tu mujer. ¡Oh, es absurdo! —dijo furiosamente.

—¡Por el amor de Dios! —gritó irritado Ben, girando sobre su taburete—. ¿Por qué le haces caso? ¿No ves que está loco?

Al avanzar el verano, Steve empezó de nuevo a beber copiosamente. Sus estropeados dientes, descuidados durante años, empezaron a dolerle al mismo tiempo: estaba loco de dolor y de whisky barato. Pensaba que Eliza y Margaret eran en cierto modo responsables de esta calamidad; las buscaba día tras día cuando estaban solas, y las gritaba. Las colmaba de insultos y decía que habían envenenado su organismo.

Se despertaba de madrugada, a las dos o a las tres, y recorría la casa, llorando e implorando alivio. Eliza lo enviaba a Spaugh, en el hotel, o a McGuire, en su residencia, acompañado de Eugene. Los médicos, ásperamente y medio despiertos, le arremangaban una manga de la camisa y le ponían una inyección de morfina en el brazo. Entonces se sentía aliviado y volvía a dormir.

Una noche, a la hora de la cena, volvió a Dixieland apretándose las torturadas mandíbulas con las manos. Encontró a Eliza inclinada sobre la chisporroteante brasa del fogón al rojo. La maldijo por haberlo parido, la



maldijo por permitir que él tuviese dientes, la maldijo por no tener compasión, ni amor maternal, ni benevolencia humana.

La cara pálida se contrajo sobre el fogón.

—Vete de aquí —dijo Eliza—. No sabes lo que dices. Es el maldito licor lo que hace que seas tan ruin.

Se echó a llorar, enjugándose con la mano la gruesa y roja nariz.

—Nunca pensé que tendría que oír a un hijo mío hablándome de este modo —prosiguió, apuntándole con el dedo índice y su antiguo ademán autoritario—. No, quiero que sepas que no voy a aguantarte más. Llamaré al 38 y haré que te detengan.

El 38 era la comisaría de policía. Despertaba en él recuerdos desagradables. Había pasado un día en la cárcel en dos ocasiones similares. Eso aumentó su violencia; insultó a su madre e hizo ademán de pegarle. En ese momento entró Luke, que se disponía a ir a casa de Gant.

El antagonismo entre el muchacho y su hermano mayor era profundo y letal. Venía de años. Luke, temblando de ira, acudió en defensa de su madre.

—M-m-m-miserable d-d-d-degenerado —tartamudeó, cayendo inconscientemente en la retórica gantiana—. Deb-b-berían darte de latigazos.

A sus diecinueve años, era un muchacho desarrollado y musculoso, pero demasiado sensible a todos los tabúes de la fraternidad para estar apercebido contra el ataque que le lanzó Steve. Este se arrojó furiosamente sobre él, golpeándole la cara con ambos puños como si estuviese borracho. Luke retrocedió en la cocina, jadeante y cegado.

Vergüenza eterna sobre el trono.

Eugene, lleno de miedo y de furor, oyó que Ben canturreaba despreocupadamente a los lentos acordes del piano.

—¡Ben! —chilló, saltando a su alrededor y agarrando un martillo.

Ben entró como un gato. Luke sangraba copiosamente por la nariz.

—Ven, ven, maldito bastardo —dijo Steve, entusiasmado por su triunfo y adoptando una elegante actitud de boxeador—. Ahora te toca a ti. Nada puedes hacer, Ben —prosiguió, con afectada conmiseración—. Estás perdido, muchacho. Voy a arrancarte la cabeza.

Ben frunció el ceño y no dijo nada, mientras Steve bailaba ágilmente a un lado y a otro, con los puños en la posición que indicaban los manuales de la policía. Después, en un súbito estallido de loco furor, el tranquilo muchacho se lanzó de un salto sobre el pugilista aficionado y lo derribó de un solo

puñetazo. La cabeza de Steve rebotó en el suelo de la manera más satisfactoria. Eugene lanzó un grito de entusiasmo y danzó a su alrededor, loco de gozo, mientras Ben, emitiendo unos débiles gruñidos, saltaba sobre el postrado cuerpo de su hermano y golpeaba su magullado cráneo sobre las tablas. Había una hermosa plenitud de ira recién despertada y que no sería considerada hasta más tarde.

—¡Bravo por Ben! —chillaba Eugene, riendo como un insensato—. ¡Bravo por Ben!

Eliza, que había gritado pidiendo auxilio, llamando a la policía y pidiendo la intervención del público en general, consiguió, con ayuda de Luke, dominar la furia de Ben y apartarlo de su aturdida víctima. Después lloró amargamente, lleno su corazón de tristeza y de dolor, mientras Luke, olvidándose de su nariz sangrante, dolido y avergonzado de aquella lucha entre hermanos, ayudaba a Steve a ponerse en pie y le sacudía el polvo.

Ahora todos sentían una terrible vergüenza; eran incapaces de mirarse los unos a los otros. Ben tenía muy pálido el semblante; temblaba violentamente, y, al tropezar un momento con la ofuscada mirada de Steve, eructó, se dirigió al fregadero y bebió un vaso de agua fría.

—Una casa dividida no puede sostenerse —gimió Eliza.

Helen llegó de la ciudad con una bolsa de pan caliente y hojaldres.

—¿Qué sucede? —preguntó, advirtiendo enseguida lo que había pasado.

—No lo sé —dijo Eliza, haciendo visajes y sacudiendo un rato la cabeza antes de seguir hablando—. Parece que el juicio de Dios está contra nosotros. Solo he conocido desdichas en toda mi vida. Lo único que quiero es un poco de paz.

Lloró sin hacer ruido, enjugándose los turbios ojos con el dorso de la mano.

—Bueno, olvídalo —dijo suavemente Helen. Su voz era tranquila, cansada, triste—. ¿Cómo te sientes, Steve? —preguntó.

—Yo no creo problemas a nadie, Helen —dijo él, en tono quejumbroso—. ¡No! ¡No! —prosiguió, con voz afligida—. Ellos nunca han dado una oportunidad a Steve. Todos están contra él. Se han arrojado sobre mí, Helen. Mis propios hermanos se han arrojado sobre mí, con lo enfermo que estoy, y me han pegado. Está bien. Me iré a otra parte y trataré de olvidar. Stevie no guarda rencor a nadie. No está hecho para esto. Dame la mano, amigo —dijo, volviéndose a Ben con empalagoso sentimentalismo y tendiendo sus dedos amarillos—. Estoy dispuesto a estrechar tu mano. Tú me has pegado esta noche, pero Steve quiere olvidarlo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ben, apretándose el estómago.

Se inclinó débilmente sobre el fregadero y bebió otro vaso de agua.

—No, no —empezó de nuevo el otro—. Stevie no está hecho para...

Habría continuado indefinidamente por ese camino, pero Helen lo atajó con impaciente decisión.

—Bueno —dijo—, olvidadlo todos. La vida es corta.

Lo era. En esos momentos, después del combate, después de estallar en un instante de tensión toda la confusión, todo el antagonismo, todo el desconcierto de sus vidas, ganaban una hora de reposo en la que podían verse ellos mismos con triste tranquilidad. Eran como esos que, avanzando desesperadamente hacia un espejismo, se vuelven un momento a mirar las huellas de sus pisadas extendiéndose interminablemente sobre la tierra yerma del desierto; o quizá diría mejor que eran como los que han estado locos y volverán a estarlo, pero que se examinan en un momento de lucidez, por la mañana, mirándose con ojos tristes y serenos al espejo.

Sus caras eran tristes. Eran caras de viejos. Percibían súbitamente la distancia recorrida y lo mucho que habían vivido. Tenían un momento de cohesión, un momento de afecto trágico y de unión, que los juntaba como pequeños chorros de fuego contra todo el insensato nihilismo de la vida.

Margaret entró, como atemorizada. Tenía los ojos enrojecidos, y pálido y lacrimoso su rostro alemán. Varios huéspedes excitados murmuraban en el vestíbulo.

—Ahora los perderé a todos —se atribuló Eliza—. La última vez se marcharon tres. Más de veinte dólares a la semana, con lo difícil que es conseguir dinero. No sé qué va a ser de nosotros.

Y lloró de nuevo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Helen, con impaciencia—. Olvídate por una vez de los huéspedes.

Steve se dejó caer estúpidamente en una silla junto a la larga mesa. De vez en cuando, murmuraba sentimentalmente para sí. Luke, con semblante sensible y dolido, fruncidos los labios en un rictus de vergüenza, se plantó solícito a su lado, le habló amablemente y le trajo un vaso de agua.

—Dale una taza de café, mamá —gritó Helen, con irritación—. Por el amor de Dios, tendrías que hacer algo por él.

—Ah, sí, es verdad —dijo Eliza, acercándose torpemente al hornillo de gas y encendiéndolo—. No había pensado... Estará listo dentro de un minuto.

Margaret se sentó en una silla al otro lado de la desordenada mesa, se cubrió el rostro con una mano y empezó a llorar. Las lágrimas trazaron pequeños surcos en la gruesa capa de colorete y polvos con que cubría su tosca piel.

—Anímate, encanto —dijo Helen, echándose a reír—. Pronto llegará la Navidad.

Y dio unas palmadas consoladoras en la ancha espalda alemana.

Ben abrió la desvencijada puerta persiana y salió al porche de atrás. Era una noche fresca del rico mes de agosto; el cielo estaba profusamente salpicado de grandes estrellas. Encendió un cigarrillo, sosteniendo la cerilla con dedos temblorosos. Llegaban débiles sonidos de los porches veraniegos, risas de mujeres, los lejanos acordes de la música de un baile. Eugene salió también y se plantó junto a él; lo miró con admiración, con satisfacción y con tristeza. Le punzó en las costillas, con temor y regocijo al mismo tiempo.

Ben gruñó suavemente, hizo un súbito ademán, como si fuese a pegarle, pero se contuvo. Una viva luz centelleó frente a su boca. Siguió fumando.

Steve se fue con la alemana a Indiana, desde donde llegaron, al principio, noticias de opulencia, de abundancia, de bienestar, de pieles (con fotografías), y más tarde, de riñas con los honrados hermanos de ella y de alusiones al divorcio, a la reconciliación y al renacimiento. Steve gravitaba entre sus dos polos de sustentación, Margaret y Eliza, y volvía todos los veranos a Altamont, para un período de drogas y borracheras que terminaba con una pelea familiar, la cárcel y una cura en el hospital.

—En cuanto viene a casa —rugía Gant—, empieza el infierno. Es una maldición y una fuente de zozobra, lo más bajo de lo bajo, lo más vil de lo vil. Mujer, pariste un monstruo que no descansará hasta que me vea en la tumba. ¡Es cobarde, cruel, y un maldito réprobo!

Pero Eliza escribía con regularidad a su hijo mayor, le enviaba dinero de vez en cuando y sentía renacer continuamente su esperanza, contra la naturaleza, contra la razón, contra la estructura de la vida. No se atrevía a acudir abiertamente en su defensa, a revelar francamente el lugar que ocupaba él en lo más hondo de su corazón; pero sacaba las cartas en que él hablaba jactanciosamente de sus triunfos o anunciaba su resurrección mensual, y las leía a su impertérrita familia. Eran cartas floridas y tontas, llenas de citas y escritas con caracteres grandes y caprichosos. A ella le enorgullecían y complacían sus extravagancias; su poética literatura era una prueba más de su inteligencia superior.

Querida mamá:

Llegó a mi poder la tuya del 11 y me alegró saber que estabas de nuevo en «la tierra de los vivos», cuando el tiempo transcurrido desde la anterior empezaba a parecerme «un largo lapso entre dos tragos». («Os diré una cosa —dijo Eliza, levantando la cabeza y riendo complacida—. No tiene un pelo de tonto.» Helen, con una sonrisa a un tiempo descarada y enojada en su boca grande, hizo una mueca a Luke y alzó pacientemente los ojos al Cielo, mientras Eliza proseguía. Gant estaba tensamente inclinado hacia delante, con la cabeza levantada, escuchando atentamente con un débil gesto de satisfacción.) Bueno, mamá, desde la última vez que te escribí, las cosas me han ido bien, y parece que el «hijo pródigo» irá un día a visitaros en su propio coche particular. («¡Eh! ¿Qué es eso?», dijo Gant, y ella volvió a leer el párrafo. Él se humedeció el pulgar y miró a su alrededor, con una sonrisa complacida. «¿Qué-qué-eeé pasa? —preguntó Luke—. ¿Ha c-c-comprado el ferrocarril?») Helen rio roncamente. «Yo soy de Missouri», dijo.) Me costó mucho tiempo encarrilarme, mamá, pero todo se ponía en mi contra, y lo único que siempre ha pedido el pequeño Stevie a los moradores de este «valle de lágrimas» es que le den una oportunidad justa. (Helen soltó una de sus roncadas risitas en falsete. «Lo único que siempre ha pedido el pequeño S-SStevie —dijo Luke, enrojeciendo de fastidio— es que le den todo el m-m-maldito mundo, con unas cuantas minas de oro de propina.») Pero ahora estoy al fin de pie, mamá, y voy a mostrar al mundo que no he olvidado a los que me ayudaron en mis «horas de penuria», y que el mejor amigo que puede tener un hombre es su madre. («¿Dónde está el jabón?», dijo Ben, riendo entre dientes.)

—Ese chico sabe escribir una carta —dijo laudatoriamente Gant—. Que me aspen si no es el más inteligente de todos cuando quiere.

—Sí —dijo Luke, con irritación—, es tan listo que tú te c-c-crees todos los cuentos de hadas que te cuenta. En c-c-cambio, quien se ha quedado junto a ti en los peores momentos, no se m-m-merece nada. —Miró significativamente a Helen—. Es una v-v-vergüenza.

—Olvidalo —dijo cansadamente ella.

—Bueno —dijo reflexivamente Eliza, sosteniendo la carta entre sus dedos cruzados y desviando la mirada—, tal vez tomará ahora un nuevo rumbo. Nunca se sabe.

Perdida en un agradable ensueño, miró al vacío, frunciendo los labios.

—¡Ojalá! —dijo cansadamente Helen—. Pero tendré que verlo —y volviéndose a Luke—: Ya ves cómo están las cosas, ¿no? —preguntó con creciente nerviosismo—. ¿Me agradecen algo? Dime. Puedo gastarme los dedos hasta los huesos por ellos, y ni siquiera me dicen vete al infierno. ¿No es cierto?

En esos años, Helen fue al sur con Pearl Hines, la hija del talabartero. Cantaron juntas en salones de cine de poblaciones rurales. Las contrató una agencia teatral de Atlanta.

Pearl Hines era una chica robusta, de cara llena y labios negroides. Era alegre y vivaracha. Cantaba ragtime y canciones negras con una pasión natural, moviendo las caderas y haciendo oscilar eróticamente los senos.

Aquí viene mi papá,  
¡oh, papá, papá, papá!

A veces ganaban hasta cien dólares a la semana. Actuaban en poblaciones tales como Waycross, Georgia; Greenville, Carolina del Sur; Hattiesburg, Mississippi; y Baton Rouge, Louisiana.

Llevaban consigo la sólida armadura de la inocencia. Eran muchachas serias y decentes. En ocasiones, algún pueblerino les hacía cautelosas insinuaciones, confiando en la superstición tan arraigada en las pequeñas poblaciones sobre las show girls. Pero en general eran bien tratadas.

Para ellas, estas aventuras en nuevas tierras estaban cargadas de promesas. Las risotadas tontas, el entusiasmo libidinoso con que recibían las canciones de Pearl los lugareños de Carolina del Sur o de Georgia, que llenaban el teatro de un fuerte olor a tierra y a sudor, las dejaban ilesas, complacidas, impacientes. Les entusiasmaba saberse miembros de la profesión; compraban regularmente Variety, y se veían trabajando algún día como célebre y caro conjunto de «primera fila» en las grandes ciudades. Pearl interpretaría las canciones populares, mezclaría las melodías del ragtime con el ritmo vital de su exuberancia dinámica. Helen daría dignidad operística al programa. En un respetuoso silencio, bajo un foco de color de rosa, cantaría piezas de alta calidad: el Adiós de Tosti, El fin de un día perfecto y El rosario. Tenía la voz fuerte, llena y un tanto metálica; había recibido lecciones de su tía Louise, la espléndida rubia que había vivido varios años en Altamont después de separarse de Elmer Pentland. Louise daba clases de música y divertía su menguante juventud con jóvenes apuestos. Era una de esas mujeres maduras, sazoadas y peligrosas que gustaban a Helen. Tenía una hijita pequeña y se marchó con ella a Nueva York cuando las lenguas se volvieron venenosas.

Pero había dicho: «Helen, tendrías que educar la voz para la ópera grande».

Helen no lo había olvidado. Fantaseaba sobre Francia e Italia: la fuerte y clara aureola de lo que llamaba «una carrera en la ópera», la música florida, los palcos resplandecientes de gemas, los aplausos torrenciales dedicados a los cantantes tan llenos de vigor y a los que nadie hacía sombra, despertaban en ella un enorme entusiasmo. Pensaba que estaba destinada a brillar en aquel

escenario. Y al progresar el equipo de Gant y Hines (The Dixie Melody Twins) en su irregular gira por el sur, este deseo, brillante, intenso, amorfo, parecía estar de algún modo en vías de realización.

Escribía con frecuencia a casa, generalmente a Gant. Sus cartas latían con fuertes pulsaciones; rebosaban de excitación producida por las nuevas ciudades, de presentimientos de una vida pletórica. En todas las poblaciones conocían a «personas adorables»; y, en realidad, las buenas esposas y madres, y los gentiles jóvenes, se sentían atraídos hospitalariamente por aquellas dos muchachas decentes, felices y excitantes. Había en Helen un gran decoro y una enorme y limpia vitalidad que subyugaba a los buenos y vencía a los malos. Tenía bajo su dominio a una veintena de jóvenes, varoniles, rubicundos, buenos bebedores, tímidos. Su relación con ellos era maternal y magistral; venían a escuchar y a ser gobernados; la adoraban, pero pocos trataron de besarla.

A Eugene lo intrigaban y espantaban esos leones con piel de oveja. Con los hombres, se mostraban bravos, audaces y agresivos; con ella, torpes y timoratos. Uno de ellos, agrimensor municipal, delgado, huesudo, alcohólico, se enzarzaba continuamente en disputas de competencia de los tribunales de policía; el otro, detective del ferrocarril, joven, alto y rubio, abría la cabeza a los negros cuando estaba borracho, había matado a varios hombres y, en definitiva, resultó muerto en una lucha a tiros en Tennessee.

A Helen nunca le faltaban amigos y protectores, dondequiera que fuese. En ocasiones, la alegre y vital sensualidad de Pearl, la inocente gracia con que suplicaba

Que un viejo y cariñoso papaíto  
venga a zangolotear conmigo.

inducía a los truhanes pueblerinos a falsas conjeturas. Hombres antipáticos, con cigarros húmedos entre los labios, las invitaban a un trago de whisky de maíz, las llamaban «chiquillas» y sugerían una habitación de hotel o un automóvil como lugar de reunión. Cuando ocurría eso, Pearl se quedaba muda; desalentada y avergonzada, apelaba a Helen.

Y esta, tensa la boca grande y fruncidas las comisuras de los labios, y con los ojos un poco más brillantes, respondía:

—No sé lo que ha pretendido decir con sus palabras, pero sospecho que se ha equivocado con nosotras.

Lo cual nunca dejaba de provocar balbucientes excusas y disculpas.

Era dolorosamente ingenua, temperamentalmente incapaz de creer lo peor en cada cual. Vivía en la excitación de los rumores y las sugerencias; pero

nunca le parecía realmente posible que las atrevidas jóvenes que despertaban su interés se hubiesen, según decía ella, «pasado de la raya». Era técnica en habladurías y las escuchaba con ávida atención, pero sabía muy poco de la compleja suciedad de la vida pueblerina. Y así, en compañía de Pearl Hines, caminaba confiada y alegremente sobre la costra de un volcán, percibiendo solamente el olor de la libertad, del cambio y de la aventura.

Pero esta sociedad tocó a su fin. La vida de Pearl Hines tenía una intención directa y segura. Pearl quería casarse, siempre había querido casarse antes de cumplir los veinticinco años. Para Helen, la asociación musical, la exploración de nuevas tierras, habían sido un movimiento hacia la libertad, un andar a tientas instintivo en busca de un centro de vida y de designio al que pudiese dedicar su energía, un hambre ciega de variedad, de belleza y de independencia. No sabía lo que quería hacer con su vida; era probable que nunca llegase a controlar siquiera parcialmente su destino; sería ella la dominada, cuando llegase el tiempo, por la gran necesidad que alentaba en ella. Esta necesidad era esclavizar y servir.

Durante dos o tres años, Helen y Pearl se sustentaron con esas giras, ausentándose de Altamont al llegar la opaca lasitud invernal, y volviendo en primavera o en verano, con dinero suficiente para mantenerse hasta la próxima temporada.

En este período, Pearl jugó precavidamente con las proposiciones de varios jóvenes varones. Sentía cálido afecto por un jugador de béisbol, segunda base y entrenador del equipo de Altamont. Era un joven, rudo y bello animal, que siempre tiraba frenéticamente el guante en el curso de un partido y se dirigía al árbitro en belicosa actitud. A ella le gustaba su intrepidez, su tonillo decidido, su cuerpo delgado y curtido.

Pero no estaba enamorada de nadie —nunca lo estaría— y su cautela le decía que la vida con un jugador de béisbol de segunda división era demasiado arriesgada. Por fin se casó con un joven de Jersey City, duro de manos, de pies y de voz, pero dueño de un nuevo y floreciente negocio de carruajes de alquiler.

Con esto se disolvió la sociedad de las Dixie Melody Twins. Helen, al quedarse sola, abandonó la fatigosa monotonía de las pequeñas poblaciones por la alegría y la variedad de las ciudades, donde esperaba dar, de algún modo, satisfacción a sus hasta ahora incumplidos deseos.

Echaba terriblemente en falta a Luke. Sin él se sentía incompleta, desarmada. Luke se había matriculado para dos años en la Escuela de Tecnología de Georgia, con sede en Atlanta. Estudiaba el curso de ingeniería eléctrica, siguiendo así el rumbo marcado a su vida por los elogios prodigados años antes por Gant a Liddell, el joven experto en electricidad. Pero estaba



fracasando en su trabajo, porque nunca se había impuesto la disciplina del estudio. Toda su decisión era quebrantada por mil impulsos, su mente tartamudeaba lo mismo que su lengua, y cuando se volvía con impaciencia e irritación a la tabla de logaritmos, murmuraba el número de la página y lo repetía como un idiota, imprimiendo una constante y furiosa vibración a su pierna sobre la punta del pie.

Su gran talento comercial era como vendedor; tenía en grado superlativo esa cualidad que los actores y los hombres de negocios americanos llaman «personalidad»: una energía brutal, una vulgaridad rabelesiana, el instinto sensorial de la réplica rápida y contundente, y el poder hipnótico de la palabra, torrencial, vana, loca, evangélica. Podía vender cualquier cosa porque, empleando la jerga de los vendedores, era capaz de venderse a sí mismo; y habría podido hacer fortuna con la elasticidad de los negocios americanos, el club de los oficios extraños, de las promociones extravagantes, donde, arrastrado por su furia de fanático, habría encantado hasta el delirio a los patanes, les habría arrancado los botones de las chaquetas, estafándolos a todos, en todo, y en definitiva, a él mismo. No era un ingeniero electricista; era energía eléctrica. No estaba dotado para el estudio: componía su desajustada mente y la estrujaba furiosamente, pero se derrumbaba bajo el esfuerzo y la tensión del cálculo y de las ciencias mecánicas.

Un humor enorme fluía de él como una cruda luz. Hombres que no lo conocían en absoluto sentían unas extrañas ganas de reír al verlo, y rompían en incontenibles carcajadas en cuanto empezaba a hablar. Su belleza física era asombrosa. Su cabeza parecía la de un ángel salvaje; guedejas y rizos de cabellos de oro caían de su frente, y sus facciones eran regulares, generosas y viriles, iluminadas por la extraña sonrisa interior de un éxtasis idiota.

Su boca grande estaba siempre dispuesta para la risa, incluso cuando tartamudeaba con irritación o el nerviosismo nublabá su semblante; una risa fantástica, exultante, loca. Había en él una exuberancia diabólica, una inteligencia salvaje que no procedía del cerebro. Ansioso de alabanzas, de estimación pública, y experto en congraciarse con la gente, este demonio se apoderaba de él en los momentos más inesperados, en los ambientes más dignos, cuando hacía todo lo posible para mantener la buena opinión que los otros tenían de él.

Así, al escuchar a una vieja dama de la iglesia que le exponía con toda seriedad y con toda su fuerza de persuasión los dogmas del presbiterianismo, se inclinaba hacia delante en actitud de exagerado respeto y atención, con una mano cerrada sobre la rodilla, mientras murmuraba amablemente su asentimiento a lo que decía ella.

—Sí... Síiii... Síiii... Sí... Eso está muy bien... Síii...

De pronto, la fuerza demoníaca estallaba en su interior. Locamente divertido por la cadencia de sus palabras de asentimiento, por la grave placidez y ensimismamiento de la anciana señora y por la extravagancia de la situación, su cara refulgía de loco entusiasmo, y empezaba a canturrear con voz almibarada y obscenamente sugestiva:

—¿Síii...? ¿Síii...? ¿Síii...? ¿Síii...?

Y cuando al fin se daba ella cuenta, demasiado tarde, de este zumbador torrente de insensatez diabólica, y se interrumpía para mirarlo con súbito sobresalto, él estallaba en salvajes carcajadas de loco, con extraños ruidos guturales, haciéndole bruscas cosquillas entre las costillas.

Con frecuencia, Eliza, en medio de una larga y minuciosamente rellena reminiscencia, y frunciendo los labios soñadoramente, se daba cuenta de la aniquiladora burla y le golpeaba la mano al pincharla él, y sacudía el fruncido y resentido semblante, diciendo, con una severidad que provocaba en él nuevas carcajadas:

—Te aseguro, muchacho, que te portas como un verdadero idiota —y después, meneando tristemente la cabeza con estudiada conmiseración—: Es una vergüenza. ¡Una vergüenza!

Él tenía una cualidad extraordinaria, algo que era mucho mejor que la pura inteligencia; veía el mundo desde el lado cómico, y su ocasional respuesta a la vergüenza, la hipocresía y la intriga era un idiota y devastador «¡Ja, ja!» Pero no dominaba a su demonio, sino que este lo poseía a él de vez en cuando. Si lo hubiese poseído totalmente, constantemente, su vida habría prevalecido con asombrosa sinceridad y precisión. Pero cuando reflexionaba, volvía a ser un niño, con toda la hipocresía, el sentimentalismo y las simulaciones de los niños.

Su cara era una iglesia en la que habían contraído matrimonio la belleza y el humor; lo extraño y lo familiar eran una misma cosa en él. Los hombres, al mirar a Luke, sentían la súbita impresión del reconocimiento, como si viesen algo de lo que nunca habían oído hablar pero que habían conocido desde siempre.

En un par de ocasiones, durante el invierno y la primavera, y mientras hacía su gira con Pearl Hines, Helen fue a visitarlo en Atlanta. En primavera, asistieron a la semana de Ópera Grande. Él consiguió un papel de lancero en Aída, por una noche, y durante el resto de la semana pasó por delante del portero con el aplomo de «un miembro de la compañía: Lukio Gantio».

Sus grandes pies sobresalían de las estrechas sandalias; detrás de las espinilleras, sus desgarradas pantorrillas aparecían cubiertas de un vello espeso; un grueso mechón de cabellos se retorció debajo del borde del casco

de hojalata, mientras él esperaba entre bastidores, apoyándose cómicamente en la lanza y con el semblante iluminado por el entusiasmo.

Caruso, esperando también el momento de entrar en escena, lo miraba de vez en cuando y sonreía ampliamente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Caruso, acercándose y mirándolo de arriba abajo.

—¿Q-q-qué? —respondió él—. ¿Es que no c-c-conoce a todos sus s-s-soldados?

—¡Menudo soldado eres tú! —dijo Caruso.

—¡Ja, ja, ja! —dijo Luke, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no pincharlo en las costillas.

En verano regresó a Altamont y encontró empleo en una empresa de subasta de terrenos, ayudándolos a vender parcelas de tierra o solares. Se movía de un lado a otro, de pie en un carromato, exhortando a la gente a pujar las ofertas, haciendo bocina con la mano y pronunciando arengas en las que se combinaban el frenesí, la súplica apasionada y la procacidad. Este trabajo le emborrachaba. Y la gente, con amplia sonrisa expectante, se agrupaba alrededor de su vehículo. El los interpellaba con su voz aguda y gutural de tenor:

—Atención, caballeros, les ofrezco el solar número diecisiete, en el hermoso Homewood; nosotros proporcionamos el bosque, y ustedes la casa. Este bello solar, caballeros, tiene una profundidad de cincuenta y cinco metros, con espacio de sobra para un huerto y un excusado (cultiven sus propias mazorcas de maíz en Homewood), y un frente de treinta y cinco metros sobre la nueva y magnífica carretera de macadán.

—¿Dónde está la carretera? —gritó alguien.

—En el plano, desde luego, coronel. Todo figura en él, impreso en blanco y negro. Y ahora, caballeros, la gran ocasión de su vida está llamando a su puerta. ¿Tienen ustedes buena vista? Piensen lo que harían Ford, Edison, Napoleón Bonaparte y Julio César. Déjense llevar por este impulso. No pueden perder. La ciudad se expande en esta dirección. Escuchen con atención. ¿No lo oyen? Es como una oleada. El nuevo palacio de justicia será construido en la colina contigua; la empresa de pompas fúnebres y la panadería del lugar ocuparán espléndidos edificios de ladrillo junto a ustedes. Atención, atención, ¡atención! ¿Qué me ofrecen? ¿Qué me ofrecen? Tengan casa propia en el hermoso Homewood, a un tiro de cañón de todas las conexiones por ferrocarril, automóvil o avión. Tendrán agua corriente al alcance de la mano y en todas las tuberías. Nuestros carromatos enlazan con

todos los trenes. Caballeros, aprovechen la ocasión de hacer fortuna. El suelo es rico en recursos minerales; oro, plata, cobre, hierro, carbón bituminoso y petróleo serán encontrados en grandes cantidades debajo de las raíces de todos los árboles.

—¿Y qué nos dice de los arbustos, Luke? —chilló el señor Halloran, el magnate de las lecherías.

—Entre los arbustos, retoza la moza —respondió Luke, entre el alborozo general—. Usted, comandante. No ponga esa cara. ¿Qué me ofrece? ¿Qué me ofrece?

Cuando no había ventas, recibía a los turistas que llegaban a la estación con elocuentes invitaciones a Dixieland, locuaz, persuasivo, dominando la importancia babel de los cocheros, de los mozos negros de hotel, de los maridos de las dueñas de las casas de huéspedes.

—Te daré un dólar por cada uno que traigas —le decía Eliza.

—Está bien —decía él modestamente, generosamente.

—Se quitaría el pan de la boca para dártelo —decía Gant.

Buen muchacho. Cuando ella descansaba del trabajo en las noches de verano, le traía cajitas de helado de la villa.

Era un espabilado: vendía tablillas para lavar patentadas, aparatitos para mondar patatas y polvos para matar las cucarachas, llamando para ello de puerta en puerta. A los negros les vendía una loción para el cabello con garantía de que alisaba los pelos más crespos, y litografías religiosas pobladas de ángeles alados, blancos y negros, y de querubines alados, negros y blancos, que revoloteaban alrededor de las rodillas de un Salvador crucificado e imparcial, con un título al pie que decía: «Dios los Ama a ambos por igual».

Las vendía como bollos calientes.

Además, conducía el automóvil de Gant, un Ford 1913 de cinco plazas, comprado en un inspirado momento de locura y que era ahora tema de todas las conversaciones y objeto de los insultos, fanfarronadas y anatemas de Gant. Esto era antes de que todo el mundo tuviese coche. Gant estaba pasmado y aterrorizado por su atolondrada acción, entusiasmado con el esplendor de su vehículo, y abrumado al pensar en los gastos. Cada factura de gasolina, reparaciones o accesorios, provocaba en él un aullido de angustia; un pinchazo, una avería, cualquier contratiempo de poca importancia, hacían que anduviese de un lado a otro con enloquecidas zancadas, maldiciendo, rezando y llorando.

—No he tenido un momento de paz desde que lo compré —gemía—. Ese maldito y sanguinario monstruo no estará contento hasta que me haya chupado

la sangre y vendido el techo que me cobija, y me haya enviado a pudrirme en la fosa común. Dios misericordioso —lloraba—, es terrible, es espantoso, es cruel que tenga que verme maltratado así en mi vejez. —Y volviéndose bruscamente a su resignado hijo, preguntaba—: ¿Cuánto es el importe de la factura? ¡Dilo!

Sus ojos rodaban como locos en las cuentas.

—N-n-no te excites, papá —respondía Luke, tratando de calmarlo y oscilando sobre los pies—. Solo son ocho dólares y noventa y dos centavos.

—¡Jesús! —chillaba Gant—. Estoy arruinado.

Y sollozando con fuertes y cómicos resoplidos, reanudaba su paseo de fiera enjaulada.

Pero era agradable, a la hora del crepúsculo o en las frescas noches de verano, acomodar su largo cuerpo en el asiento de atrás, con Eliza o una de sus hijas a su lado, con una brizna de hierba aromática entre sus pálidos labios, y rodar entre los campos perfumados o por las largas y oscuras calles de la ciudad. Al acercarse otro coche, gritaba alarmado, ora insultando a su hijo, ora suplicándole que tuviese precaución. Luke conducía nerviosamente, bruscamente, furiosamente, como si sus atropelladas e impacientes manos y rodillas comunicasen su desigual agitación a aquel cacharro. Maldecía con irritación, pisaba con tremenda furia el freno, y prorrumpía en un enojado «tu-tu-tu» cuando el coche se atascaba.

Al avanzar la hora y quedar las calles en silencio, su locura iba en aumento. Cuando llegaban a la cima de una larga y empinada calle, donde formaban túnel los árboles frondosos y regularmente escalonados, estallaba de pronto en una risa insensata, se inclinaba sobre el volante, pisaba el acelerador a fondo y llenaba el aire con sus idiotas «ja-ja-ja», mientras Gant le lanzaba maldiciones. Rodaba en la noche a velocidad homicida, y el chico reía y maldecía y rezaba indistintamente, al pasar zumbando frente a la ciega amenaza de una encrucijada.

—¡Maldito bribón! —chillaba Gant—. Para, montañés asesino, o te meteré en la cárcel.

—¡Ja, ja, ja! —Y su risa subía de tono hasta un falsete de chiflado.

Daisy, que había llegado en busca de unas semanas frescas de verano, se ponía lívida de terror, apretaba melodramáticamente contra el pecho al último de sus retoños anuales, y gemía:

—Te lo suplico, por el amor de mi familia, por el amor de mis hijos inocentes que se quedarán sin madre...

—¡Ja, ja, ja!

—Es un diablo salido del infierno —gritaba Gant, echándose a llorar—. Es un monstruo cruel y criminal; acabará aplastándonos los sesos contra un árbol.

Esquivaban con un peligroso golpe de volante a otro coche que, con sobresaltado chirrido de frenos, parecía encabritarse como un caballo en una esquina.

—¡Maldito asesino! —rugía Gant, echándose hacia delante y agarrando con sus manazas el cuello de Luke—. ¿Quieres parar de una vez?

Luke pisaba más fuerte el acelerador, y Gant caía hacia atrás con un aullido aterrorizado.

Los domingos hacían largas excursiones por el campo. Con frecuencia llegaban hasta Reynoldsville, a veintidós millas de distancia. Era un feo y pequeño lugar de veraneo cuya calle mayor apestaba a petróleo y a gasolina, y donde imperaba el ruido de los automóviles que llegaban o se iban. Pero la gente seguía acudiendo desde varios estados; los que venían del sur lo hacían desde Carolina del Sur y Georgia, y eran cultivadores de algodón o pequeños comerciantes que viajaban con sus familias en coches destartados y cubiertos de polvo rojo y amarillo. Consumían una sólida comida a base de pollo frito, maíz, alubias y tomate, en una de las grandes hosterías de madera, pasaban otra hora en un colmado tomando un helado de chocolate con nueces, observaban la multitud veraniega de turistas ricos y vírgenes en sazón de fresca piel que discurrían por las anchas aceras bulliciosas, y después de una breve vuelta por la ciudad, regresaban por la serpenteante carretera hacia el cálido sur. Tierras nuevas.

Luciendo sus suaves y rotundas curvas, las vírgenes del sur, de habla perezosa, llenaban los porches veraniegos.

Luke era estupendo. Un chico simpático y bueno, de grande y generoso corazón; un verdadero encanto. Gustaba a las mujeres, que reían con él y le tiraban cariñosamente de los espesos y dorados rizos. Era sentimentalmente tierno con los niños, sobre todo con las niñas de catorce años. Sentía un profundo afecto romántico por Delia Selborne, hija mayor de la señora Selborne. Le compraba regalos, y se mostraba alternativamente cariñoso e irritable. Una vez, en el porche de la casa de Gant, a la luz de la luna de agosto y al olor de las uvas maduras, la acarició mientras Helen cantaba en el salón. La acarició delicadamente, inclinó la cabeza sobre ella y le dijo que desearía reclinarla sobre su p-p-p-pecho. Eugene los observaba amargamente, con un poco de veneno en su corazón. Quería la chica para él: era estúpida, pero tenía el cuerpo sabio y la débil y flotante sonrisa de su madre. Él quería más a la señora Selborne, fantaseaba apasionadamente sobre ella, pero su imagen revivía en Delia. Como resultado de ello, se mostraba orgulloso, frío, desdeñoso y tonto delante de ellas. Y no le gustaba.

Envidioso, corroído el corazón, observaba las atenciones de Luke para con la señora Selborne. La servía de un modo tan abnegado, tan exagerado, que incluso Helen se irritaba y, en ocasiones, sentía celos. Y por la noche, desde un rincón escondido de la casa de Gant o de Eliza, o desde detrás de un automóvil aparcado delante de la casa, oía Eugene su rica y fresca risa, llena de ternura, de entrega y de misterio. A veces esperaba en la oscuridad total de la escalera de Eliza y, a la una o a las dos de la mañana, la sentía pasar por su lado. Al tocarle en la oscuridad, lanzaba ella un grito ahogado de terror; entonces la tranquilizaba con un gruñido descortés y bajaba a acostarse, palpitándole el corazón y ardiéndole la cara.

«Oh, sí —pensaba, con envidiosa mojigatería, observando a su hermano envuelto en risas y en afecto—; eres un estúpido, eres... ¡un pelele! Fachendeas y te das aires de gran señor, hijito, y te gastas el dinero comprándoles helados; pero... ¿qué sacas de ello? ¿Qué sientes cuando ella se apea de un automóvil a las dos de la mañana, después de haber estado murmurando en la oscuridad con algún maldito viajante o con el viejo Poxy Logan, que lleva años manteniendo a una negra? “¿P-p-puedo apoyar la cabeza en tu pecho?” Me das asco, maldito imbécil. Ella no es buena, pero tú no ves tres en un burro. Deja que gastes todo tu dinero en obsequios y después sale en coche con el primer chulo que se presenta y pasa con él el resto de la noche. Sí, es la verdad. ¿Qué vas a sacar tú? No eres más que un fanfarrón. Sal al patio de atrás... yo te enseñaré... Toma... toma... toma...»

Blandiendo furiosamente los puños, luchaba contra el fantasma hasta vencerle y quedar él agotado.

Luke tenía varios cientos de dólares ahorrados de su tiempo en The Saturday Evening Post, antes de ir al colegio. Aceptaba muy poco dinero de Gant. Servía en restaurantes, anunciaba pensiones para estudiantes, era agente de un sastre que confeccionaba Kippy Kampus Clothes. Gant se jactaba de estos esfuerzos. Los de la ciudad cambiaban de lado el tabaco que mascaban, asentían vivamente, escupían y decían:

—Ese chico llegará lejos.

Luke trabajaba tan de firme para su educación como cualquier hombre hecho a sí mismo. No escatimaba sacrificio. Lo hacía todo, menos estudiar.

Tenía una oportunidad enorme, era algo especial, era Luky. El colegio lo buscaba y lo adoraba. En dos ocasiones, después de los partidos de rugby, montó en un coche fúnebre y pronunció discursos funerarios sobre la Universidad de Georgia.

Pero a pesar de todos los esfuerzos, al cabo de tres años era todavía un estudiante de segundo, con todas las probabilidades de quedar en eso. Un día

de primavera escribió la siguiente carta a Gant:

«Los b-b-b-bastardos que d-d-d-dirigen esto la han tomado conmigo. Se embolsan el d-d-d-dinero que tanto te cuesta ganar y te despellejan. Voy a ir a una escuela de verdad».

Fue a Pittsburgh y encontró trabajo en la Westinghouse Electric Company. Tres veces a la semana asistía a cursos nocturnos en la escuela de Tecnología Carnegie. Hizo amistades.

Había estallado la guerra. Después de quince meses en Pittsburgh, se trasladó a Dayton, donde consiguió trabajo en una fábrica de calderas dedicada ahora a la fabricación de material de guerra.

De vez en cuando, unas pocas semanas en verano y unos pocos días en Navidad, volvía para celebrar las fiestas con su familia. Siempre traía a Gant una maleta llena de cerveza y de whisky. El chico era «bueno con su padre».

## **DIECINUEVE**

Una tarde de principios del verano, Gant se inclinó sobre la barandilla para hablar con Jannadeau. Pronto tendría sesenta y cinco años; su cuerpo erguido se había encogido y se doblaba un poco. Hablaba a menudo de los viejos tiempos, y ahora lloraba al perorar porque tenía una mano rígida. Muy compungido, decía de sí mismo que era «un pobre y viejo inválido que tenía que mantenerlos a todos».

La indolencia propia de la edad y de la decadencia se apoderaba de él. Ahora se levantaba una hora más tarde; acudía puntualmente a su taller, pero pasaba largas horas tumbado en el gastado diván de cuero de su oficina, o chismorreando con Jannadeau, con el viejo y obscuro Liddell, con Cardiac y con Fagg Sluder, que había invertido su fortuna en dos grandes edificios de la plaza y estaba en ese momento cómodamente arrellanado en un sillón delante del cuartel de los bomberos, charlando animadamente con miembros del club de béisbol, del que era partidario acérrimo. Eran más de las cinco; el partido había terminado.

Unos obreros negros, horribles bajo una capa blanca de cemento, pasaron por delante del taller en su camino de vuelta a casa. Los carreteros se dispersaron lentamente; un guardia cabizbajo descendió perezosamente la escalinata del ayuntamiento, hurgándose los dientes, y, del lado del mercado, brotó el aullido ocasional de una negra borracha, detrás de las ventanas enrejadas. La vida zumbaba lentamente como una mosca.



El sol había enrojecido ligeramente y llegaba un soplo fresco de los montes, y la tierra cansada se relajaba con su frescura, con la esperanza y el éxtasis de la noche en el aire. El grueso chorro de la fuente se elevaba con lentas pulsaciones, caía sobre sí mismo y chapoteaba en la taza con ritmo perezoso. Un camión traqueteó débilmente sobre los grandes guijarros; más allá del cuartel de los bomberos, el abacero Bradley enrolló el toldo con lentos y chirriantes golpes de manivela.

Al otro lado de la plaza, las jóvenes doncellas de la parte oriental de la villa volvían ligeramente a casa, en grupos parlanchines. Venían a la villa a las cuatro de la tarde, daban varias vueltas por la pequeña avenida, entraban en una tienda para comprar alguna cosita que les sirviese de excusa y, por último, entraban en el colmado principal, donde los pollos de la población haraganeaban y charlaban en perezosos pero vigilantes grupos. Era su club, su cervecería, el foro de los sexos. Con confiada sonrisa, los jóvenes se separaban de su grupo y se acercaban a un compartimento y a una mesa.

—¡Eh, tú! ¿De dónde vienes?

—Apártese un poco, señora. Tengo que hablar con usted.

Ojos azules como los cielos del sur miraban pícaramente a los ojos grises y sonrientes, los salerosos hoyuelos se hacían más profundos, y las posaderas más lindas del viejo y querido sur se deslizaban suavemente sobre la tabla barnizada.

Gant pasaba ahora horas deliciosas con los chismorreos de los viejos verdes, cuya obscenidad acumulada estallaba en agudos resoplidos en la plaza. Por la noche volvía a casa bien provisto de murmuraciones, y se humedecía el pulgar y sonreía taimadamente mientras interrogaba esperanzado a Helen.

—No es mejor que una vulgar zorrilla, ¿eh?

—¡Ja, ja, ja, ja! —reía, burlona, ella—. Te gustaría saberlo, ¿no?

La edad proporcionaba a Gant ciertas ventajas, emolumento a sus servicios. Cuando Helen volvía a casa con una de sus amigas, presentaba a la chica con jocosa seriedad para que él la abrazase. Y él exclamaba paternalmente:

—¡Oh, bendita sea! Ven a darle un beso al viejo.

Y plantaba el erizado bigote en los cuellos blancos y en los dulces labios, agarrando la firme carne de un brazo con su mano buena y meciendo delicadamente a las muchachas. Ellas chillaban y lanzaban guturales risitas de placer, porque el bigote les hacía unas cosquillas...

—¡Ooh! ¡Señor Gant! ¡Huy, huy, huy!

—Tu padre es un hombre tan simpático —decían—. Tiene unos modales adorables.

Los ojos de Helen se fijaban fieramente en ellas. Y reía con ronca y dura excitación.

—¡Ja, ja, ja! A él le gusta esto, ¿no? Es mala cosa ser viejo, ¿eh? No más calaveradas.

Él hablaba con Jannadeau, mientras sus ojos furtivos recorrían el extremo oriental de la plaza. Delante del taller, las gentiles matronas de la villa venían del mercado. A veces sonreían al verlo y él les hacía una profunda reverencia. Tenía unos modales adorables.

—El rey de Inglaterra —observó—, no es más que un mascarón de proa. Está muy lejos de tener el poder del presidente de Estados Unidos.

—Su poder está severamente limitado —dijo guturalmente Jannadeau—, pero lo está por la costumbre, no por su categoría. En la actualidad sigue siendo uno de los hombres más poderosos del mundo.

Sus gruesos y negros dedos hurgaron cuidadosamente en las entrañas de un reloj.

—El difunto rey Eduardo era un hombre listo a pesar de sus defectos —dijo Gant, humedeciéndose el pulgar—. Ese tipo que tienen ahora es una nulidad y un pelele.

Sonrió débilmente, concienzudamente, satisfecho de sus fuertes palabras, y miró de reojo al suizo para ver el efecto producido.

Sus ojos inquietos siguieron atentamente el majestuoso porte de la elegante «reina» Elizabeth, al pasar esta por delante del taller. Ella sonrió amablemente y su cándida mirada se fijó un momento en las lisas lápidas sepulcrales y en los corderos y querubines esculpidos. Gant hizo una complicada reverencia.

—Buenas tardes, señora —dijo.

Ella desapareció. Pero volvió resueltamente atrás al cabo de un momento y subió los anchos peldaños. Él la vio acercarse y se aceleró su pulso. Doce años.

—¿Cómo está la señora? —dijo, galantemente—. Elizabeth, precisamente le estaba diciendo a Jannadeau que es usted la mujer más elegante de la villa.

—Bueno, es usted muy amable, señor Gant —dijo ella, con su voz fresca y serena—. Siempre tiene un piropo a punto.

Dirigió un amable saludo con la cabeza a Jannadeau, el cual volvió pesadamente la grande y enfurruñada cara y murmuró algo.

—Elizabeth —dijo Gant—, la verdad es que no ha cambiado una pizca en quince años. No puedo creer que tenga un día más.

Elizabeth tenía treinta y ocho años; lo sabía muy bien y no le disgustaba.

—Ya —dijo, riendo—. Eso lo dice solo por complacerme. Ya no soy una pollita.

Tenía la piel pálida y clara, agradablemente salpicada de pecas, cabellos de color de zanahoria y boca animada por el buen humor. Su figura era delicada y firme, aunque ya no joven. Había mucha energía, distinción y elegancia en sus modales.

—¿Cómo están las chicas, Elizabeth? —preguntó cortésmente Gant.

La mujer puso cara triste. Empezó a quitarse los guantes.

—Por eso he venido a verlo —dijo—. Perdí a una de ellas la semana pasada.

—Sí —dijo gravemente Gant—. Lo sentí mucho al enterarme.

—Era la mejor chica que tenía —dijo Elizabeth—. Hice por ella todo lo que pude. Todas hicimos cuanto pudimos —añadió—. No me reprocho nada a este respecto. Fue asistida todo el tiempo por un médico y dos enfermeras competentes.

Abrió el bolso de cuero negro, arrojó los guantes en él y, sacando un pequeño pañuelo ribeteado de azul, empezó a llorar sin hacer ruido.

—Huy, huy, huy —dijo Gant, meneando la cabeza—. Esto no está bien, no está bien. Venga a mi despacho.

Fueron ambos al despacho y se sentaron. Elizabeth se enjugó los ojos.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó él.

—La llamábamos Lily, pero su nombre completo era Lillian Reed.

—¡Oh, conocía a esa chica! —exclamó él—. Hablé con ella no hace más de dos semanas.

—Sí —dijo Elizabeth—, fue todo muy rápido, una hemorragia tras otra, aquí abajo —se dio una palmada en el abdomen—. Nadie supo que estaba enferma hasta el miércoles último, y el viernes se había ido.

Lloró de nuevo.

—Ay, ay, ay —cloqueó él—. Mala cosa, mala cosa. Era bonita como una pintura.

—Yo no la habría querido más si hubiese sido hija mía, señor Gant —dijo

Elizabeth.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó él.

—Veintidós —dijo Elizabeth, llorando de nuevo.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —convino él—. ¿Tenía familia?

—Nadie que hiciese algo por ella —dijo Elizabeth—. Su madre murió cuando ella tenía trece años... Había nacido aquí, en Beetree Fork... Y su padre —añadió indignada— es un ruin y viejo bastardo que nunca hizo nada por ella ni por nadie. Ni siquiera vino al entierro.

—Recibirá su castigo —dijo ominosamente Gant.

—Tan seguro como hay un Dios en el cielo —convino ella—. Tendrá su pago en el infierno. ¡Viejo bastardo! —añadió severamente—. ¡Así se pudra!

—De eso puede estar segura —dijo él, lúgubrementemente—. ¡Ay, Señor! —guardó silencio unos momentos, mientras sacudía tristemente la cabeza—. Una lástima, una lástima —murmuró—. ¡Tan joven!

Sintió el momento de triunfo que siente todo el mundo cuando alguien ha muerto. Pero también un momento de miedo. Él tenía sesenta y cuatro años.

—No hubiese podido quererla más —repitió Elizabeth—, si hubiese sido hija mía. Una chica tan joven, con toda la vida por delante.

—Es muy triste, si se reflexiona un poco —dijo él—. Vaya si lo es.

—Y era una chica tan deliciosa, señor Gant —dijo Elizabeth, llorando suavemente—. Le esperaba un brillante futuro. Tenía más oportunidades de las que yo tuve jamás, y supongo que sabe usted —añadió modestamente—, lo que yo he hecho.

—Bueno —exclamó él, sorprendido—, usted es rica, Elizabeth, ya lo creo. Tiene propiedades en toda la ciudad.

—Yo no diría tanto —respondió ella—, pero tengo lo suficiente para vivir sin tener que volver a trabajar. He tenido que trabajar duro durante toda mi vida. De ahora en adelante, no pienso volver a tender la mano.

Lo miró con una tímida y complacida sonrisa y acarició un rizo de sus finos cabellos con su mano pequeña y competente. Él la miró con atención, observando satisfecho sus firmes y no encorsetadas caderas, sólidamente moldeadas por su traje hecho a medida, y sus rectas y bien formadas piernas sobre unos pies graciosos, calzados con lindos y pequeños escaarpines de color tostado. Era una mujer firme, vigorosa, pulcra y elegante; un débil olor a lila flotaba sobre ella. Él miró sus ojos cándidos, grises y relucientes, y vio que era realmente una gran dama.

—Por Dios, Elizabeth —dijo—, que es usted una mujer muy hermosa.

—He vivido bien —dijo ella—. He sabido cuidarme.

Se conocían bien, desde el primer día que se habían visto. Holgaban las excusas, las preguntas, las respuestas. El mundo pareció alejarse de ellos. En el silencio, oyeron el pulsátil chapoteo de la fuente, la risa aguda de mancebía en la plaza. Él tomó un libro de modelos de la mesa y empezó a hojear sus lustrosas páginas. Mostraban modestos bloques de mármol de Georgia y de granito de Vermont.

—No quiero nada de eso —dijo ella, con impaciencia—. He tomado mi resolución. Sé lo que quiero.

Él la miró, sorprendido.

—¿Qué es?

—Quiero el ángel de la puerta.

Gant pareció impresionado y contrariado. Se mordió la comisura de los finos labios. Nadie sabía cuánto apreciaba al ángel. Públicamente, lo llamaba su «elefante blanco». Lo maldecía y afirmaba que había sido un imbécil al comprarlo. Llevaba seis años en el porche, a la intemperie, bajo el viento y la lluvia. Ahora estaba amarillento y ensuciado por las moscas. Pero había venido de Carrara, Italia, y sostenía delicadamente un lirio de piedra en una mano. La otra mano estaba levantada en ademán de bendición; la figura se apoyaba torpemente en la punta de un pie hético, y la cara estúpida y blanca tenía una sonrisa de suave y pétrea idiotez.

Cuando se enfurecía, Gant lanzaba a veces torrentes de insultos contra el ángel. «¡Diablo salido del infierno! —rugía—. Me has sumido en la pobreza, me has arruinado, has sido la maldición de mis años que se agotan, y ahora vas a aplastarme y a matarme, porque eres un monstruo terrible, espantoso y antinatural.»

Pero a veces, cuando estaba borracho, caía de rodillas y lloraba delante de él, lo llamaba Cynthia, y le pedía su amor, su perdón, y que bendijese al pecador arrepentido. Y había carcajadas en la plaza.

—¿Qué pasa? —dijo Elizabeth—. ¿No quiere venderlo?

—Le costará mucho, Elizabeth —dijo evasivamente él.

—No me importa —respondió firmemente ella—. Tengo dinero. ¿Cuánto pide?

Él guardó silencio, pensando un momento en el sitio que ocupaba el ángel. Sabía que no tenía nada para llenarlo o disimularlo; dejaría un cráter desnudo en su corazón.

—Está bien —dijo—. Se lo dejaré por lo que me costó. Cuatrocientos dólares.

Ella sacó un grueso fajo de billetes del bolso y contó el dinero para dárselo. Él lo rechazó.

—No. Me pagará cuando el trabajo esté terminado y montado el monumento. Querrá alguna inscripción, ¿no?

—Sí. Aquí están el nombre, la edad, el lugar de nacimiento, etcétera —dijo ella, dándole un sobre escrito—. También quiero unos versos... Algo adecuado para la malograda niña.

Él sacó de una casilla el raído librito de inscripciones y lo hojeó, leyendo aquí y allá un cuarteto. Ella meneaba la cabeza al escucharlos. Por fin, Gant dijo:

—¿Qué le parece esto, Elizabeth?

Y leyó:

Ella se fue en juventud florida,  
en plena juventud se marchitó;  
sin gozar del amor ni de la vida.

Dios la llamó y ella obedeció.

Pero en el viento canta nuestra fe:  
cesad en vuestro llanto y vuestro duelo.

Si dejó vuestro amor, a encontrar fue  
otro mucho más grande allá en el cielo.

—¡Oh! Es magnífico, magnífico —dijo ella—. Quiero este.

—Sí —convino él—. Creo que es el mejor.

Se levantaron, envueltos en el fresco olor a moho del pequeño despacho. La linda figura de ella llegaba al hombro de Gant. Abrochó los guantes de cabritilla sobre las finas y rosadas muñecas, y miró a su alrededor. El desvencijado sofá llenaba una pared; la línea del largo cuerpo estaba impresa sobre el cuero. Ella lo miró. El rostro de él estaba triste y grave. Recordaron.

—Ha pasado mucho tiempo, Elizabeth.

Anduvieron lentamente hacia la salida por entre los mármoles alineados. Montando guardia más allá de la puerta de madera, el ángel miraba hacia abajo, inexpresivo. Jannadeau encogió un poco más la cabeza de tortuga en la concha protectora de sus robustos hombros. Gant y Elizabeth salieron al

porche.

La luna se cernía ya, como su propio fantasma, en el claro y limpio cielo de la tarde. Un chiquillo con una bolsa de periódicos vacía pasó ágilmente por delante de ellos, dilatadas las pecosas aletas de la nariz por el hambre y el imaginado olor de la cena. Se alejó y, por un instante, plantados ellos en el borde del porche, toda vida pareció inmovilizarse en un cuadro: los bomberos y Fagg Sluder habían visto a Gant y murmurado, y ahora miraban en su dirección; un guardia, en el alto porche lateral del tribunal correccional, se apoyó en la barandilla y observó; en el borde más próximo del macizo central de césped, al pie de la fuente, un granjero se inclinó para beber agua del espumoso chorro, se irguió goteando y miró fijamente; en la oficina de recaudación de impuestos, en el piso alto del ayuntamiento, Yancey, alto, gordo, en mangas de camisa, miró también. Y aquel mismo segundo se interrumpió la lenta pulsación de la fuente, se suspendió la vida, como un ademán detenido en fotográfica expectación, y Gant sintió que se movía solo hacia la muerte en un mundo de apariencias; como un hombre podía encontrarse de nuevo, en 1910, en una fotografía tomada en el recinto de la feria de Chicago cuando tenía treinta años y negro el bigote, y, observando las damas con caderillas y los caballeros de sombrero derby fijados en el bullicio del momento, recordar el instante muerto y buscar más allá de los bordes lo que estaba allí (él lo sabía); o como un veterano que se descubre apoyado sobre un codo cerca de Ulysses Grant, antes de la marcha, en grabados de la guerra de Secesión, y ve un hombre muerto sobre un caballo; o, diría yo, como un antiguo universitario que se encuentra de nuevo ante una tienda de Escocia, en su juventud, y advierte un palo de críquet perdido hace tiempo y hace tiempo olvidado, y la cara de un poeta que murió, y los jóvenes y el instructor, con el aspecto que tenía durante aquellas largas vacaciones, cuando estudiaban nueve horas al día para el examen final de lenguas clásicas.

¿Dónde ahora? ¿Dónde después? ¿Dónde entonces?

## VEINTE

Gant, durante los años en que Helen y Luke, los dos por los que sentía mayor afecto, estuvieron ausentes la mayor parte del tiempo, vivió una existencia dividida entre su casa y la de Eliza. Temía y odiaba la vida solitaria, pero el hábito estaba profundamente arraigado en él, y se resistía a cambiar la aprovechada comodidad de su propia casa por la desnuda frialdad de la de Eliza. Ella no lo quería allí. Lo alimentaba de bastante buena gana, pero sus discursos y sus estancias nocturnas, ambos más largos y más frecuentes ahora

que su hija estaba ausente, la fastidiaban todavía más que antes.

—Tienes casa propia —gritaba, con mal humor—. ¿Por qué no te quedas en ella? No quiero que andes por aquí armando jaleo.

—Échalo —gemía amargamente él—. Échalo. Que repiquen sus huesos sobre el empedrado; no es más que un mendigo a quien nadie quiere. ¡Ay, Señor! El viejo jamelgo ya no sirve para nada. Se acabó. Dadle una patada: el viejo tullido ya no puede abastecerlos, y ellos lo arrojarán al montón de los trastos viejos, porque son unos monstruos desnaturalizados y degenerados.

Pero se quedaba en Dixieland mientras hubiese alguien que lo escuchase, y producía un efecto mágico sobre el helado grupito de huéspedes de invierno. Estos absorbían ávidamente el dramático entusiasmo con que, columpiándose en la gran mecedora, delante de la flamante chimenea del salón, contaba una y otra vez las leyendas de su experiencia, evocando, ante sus ojos encantados, un incidente que lo había conmovido románticamente, y embelleciéndolo, tejiéndolo y reforzándolo. Y así surgía toda una mitología, mientras los otros escuchaban abriendo mucho los ojos.

El general Fitzbough Lee, que había parado su caballo delante del joven granjero y pedido a este un trago de agua, se bebió entero el pozal de madera de roble, lo interrogó minuciosamente sobre los mejores caminos para ir a Gettysburg, le preguntó si había visto destacamentos enemigos, anotó su nombre en una libreta y se alejó diciendo a su estado mayor: «Ese chico hará carrera. Es imposible derrotar a un enemigo que cría chicos como ese».

Los indios, a los que había adelantado amistosamente al entrar en el desierto de Nuevo México montando en un burro, buscando el antiguo fuerte, corrían ahora tras él con feroces intenciones y salvajes alaridos de cazadores de cabelleras. Él cabalgó furiosamente a través de gruñidoras aldeas de pieles rojas, y encontró la protección de dos vaqueros en el último momento. Y al ladrón que había entrado en su habitación en plena noche, en Nueva Orleans, y le había quitado la ropa, y con el que había luchado desesperadamente en el suelo, lo perseguía ahora desnudo a lo largo de siete manzanas (no cinco) por la calle Canal.

Iba al cine varias veces a la semana, llevándose a Eugene, y permanecía sentado, inclinado hacia delante con encogida atención, durante dos sesiones completas. Salían de allí a las diez y media o a las once, sobre el frío y resonante pavimento, a un mundo helado y desnudo: una ciudad muerta de tiendas cerradas y adornados escaparates, donde los maniqués de las modistas de sombreros y de los sastres tenían posiciones de cérea alegría y de silencio congelado.

En la plaza, la dormida fuente dejaba caer una gruesa espiral de agua fría



sobre su borde de hielo cada vez más ancho. En verano, un alto chorro se deshacía en azules sábanas de espuma. Cuando lo bajaban, se marchitaba... y era también como una fuente. No soplaban el viento.

Fijos los ojos en la limpia acera de cemento, Gant seguía caminando, componiendo una narración de la película. El frío acero de máquinas de coser nuevas brillaba en la penumbra. El edificio Singer. El más alto del mundo. El zumbido punzante de la máquina de Eliza. Antes de que te des cuenta, la aguja te atraviesa un dedo. Se estremecía. Pasaban ante el edificio Sloder, en la esquina de la plaza, y torcían a la izquierda. Saca más de setecientos dólares al mes en alquileres de oficinas, solamente aquí. El escaparate de la esquina estaba lleno de jeringas de gomas y de botellas termos. Beba Coca-Cola. Dicen que hurtó la fórmula a una vieja montañesa. Ratas en las cubas. La droga era mejor en Wood's. Aquí, demasiado floja. Recientemente se había aficionado al brebaje y bebía cuatro o cinco vasos al día.

D. Stern tenía su vieja choza en aquella esquina veinte años antes de que la comprase Fagg. Pertenecía a la herencia de Paston. Pudo comprarla por una miseria. Ahora es rico. D. se trasladó a North Main. Es un judío rico. Una fortuna sacada a los bebedores. Son ardientes, son ardientes. Indecentes. Si tuviese un poco de tiempo les haría unos versitos. Trece críos... Ella tenía uno cada año. Tan gorda como larga. Todos engordan. Todos trabajan. Los hijos pagan la pensión del padre. Ninguno de ellos es mío, ¡palabra!

Los judíos prosperan.

El jorobado... ¿cómo lo llamaban? «Broma cruel de la naturaleza». ¡Ay, Señor! ¿Qué ha sido del viejo John Bunny? Me gustaban sus imágenes. ¡Ah, sí! Murió.

La mirada pura que tiene, al final, cuando él la besa, meditaba Eugene. Después... un clima más cálido. Las largas pestañas cubrían sus ojos húmedos; no podía aguantar la mirada de él. Los dulces labios temblaban de deseo cuando, ciñéndola él con sus brazos de acero, se inclinaba sobre su cuerpo flexible y depositaba besos hambrientos en su boca. Cuando el dosel purpúreo de la aurora había sido arrebatado por los rayos del sol invasor. El extranjero. Mejor no pensar en la mañana siguiente. Tienen una gruesa capa de pintura amarilla sobre toda la cara. Ahora están en la vieja Inglaterra. Me pregunto qué se dirán. Son tipos duros, supongo.

Esta rápida convicción lo dejaba indiferente. Lo otro era mejor.

Pensaba en el extranjero. Ojos grises y acerados. Sereno el semblante. Un octavo de segundo más rápido que nadie en desenfundar la pistola. Bill Hart de las dos pistolas. Anderson del Essanay. Hombres fuertes y tranquilos.

Eugene se llevaba una mano a la cadera con vivo movimiento y disparaba

con el dedo índice asesino contra un cubo de basura, doblando la muñeca. Gant, sobresaltado en su composición, le lanzaba una mirada rápida e inquieta. Seguía andando.

Llegó un día en que la primavera volvió a florecer sobre la tierra. No, no... no era eso. Después se oscureció todo. La imagen de un lirio pisoteado en el suelo. Eso significa que él la ha embarazado. Arte. Le ha hecho un pequeño. Ahora no puedes marcharte. ¿Por qué? Porque... porque... Ella bajó tímidamente los ojos, mientras el rubor teñía sus mejillas. Él la miró un momento sin comprender; después su mirada intrigada (¡ay, Dios mío!) tropezó con el pequeño objeto que ella manoseaba nerviosamente, y empezó a comprender. Enrojeciendo vivamente, ella trató de ocultar la chaquetita detrás de la espalda. ¡Señor! ¡Se hizo en él una fuerte luz! ¿Es de veras? Ella corrió hacia él lanzando un grito, medio risa, medio sollozo, y hundió la cara ardiente en su cuello. Tonto. Claro que es verdad (¡bastardo!). La pequeña bailarina. Sonriendo con húmeda lascivia y manipulando los restos masticados del cigarro, Faro Jim barajó lentamente los naipes y fijó en ella su mirada de buitre. Un cuchillo en sus botas relucientes, una pistola de cañón corto y tres ases en su fruncida manga, y la muerte callada en su corazón. Pero los fríos ojos grises del extranjero lo veían todo. Imperturbable, bebió su whisky, giró en redondo dando la espalda al espejo, y disparó su Colt un sexto de segundo antes de que pudiese hacerlo el jugador. Faro tosió, resbaló despacio hacia delante y cayó al suelo.

Se hizo un silencio total en el atestado salón de la Triple Y. Los hombres estaban petrificados. Las caras de Bad Bill y los dos mexicanos tenían ahora un sucio color gris. Por fin, habló el sheriff apartándose con espanto de la figura inmóvil sobre el suelo cubierto de serrín.

«Por Dios, extranjero —farfulló—, que nunca había visto a un hombre más rápido que Faro en sacar la pistola. ¿Cómo te llamas?»

«En la Biblia familiar que tengo en casa —dijo el extranjero, arrastrando las palabras— consta el nombre de Eugene Gant, compañero, pero la gente suele llamarme El Fantasma de Dixie.»

Hubo un jadeo de asombro en la multitud.

«¡Dios mío! —susurró alguien—. ¡Es el Fantasma!»

Al volverse fríamente el Fantasma para apurar su vaso, se encontró cara a cara con la pequeña bailarina. Dos lágrimas ardientes brotaron de las luminosas profundidades de los ojos puros de ella y cayeron sobre un cálido chasquido sobre la mano bronceada del hombre.

«¿Cómo podré agradecértelo? —exclamó ella—. Me has salvado de un destino mucho peor que la muerte.»

Pero el Fantasma, que se había enfrentado muchas veces con la muerte sin pestañear, no pudo hacer frente a lo que veía ahora en aquel par de grandes ojos castaños. Se quitó el sombrero y le dio tímidamente vueltas en sus manazas.

«Bueno, no hay de qué, señora —farfulló torpemente—. Siempre me he alegrado de poder servir a una dama.»

Mientras tanto, los dos mozos del bar habían arrojado un mantel sobre Faro Bill y habían llevado el cuerpo exánime al cuarto de atrás y vuelto a su posición detrás del mostrador. La muchedumbre formó grupitos en derredor, riendo y hablando excitadamente, y un momento después, al empezar el pianista a martillear una tonada en el maltrecho piano, se dejó arrastrar por los compases de un vals.

En el salvaje oeste de aquellos tiempos, las pasiones eran primitivas; la venganza, rápida, y el pago, inmediato.

Dos hoyuelos aparecieron como centinelas de un pelotón de dientes blancos como la leche.

«¿Quieres bailar conmigo, señor Fantasma?», lo incitó ella.

Ensimismado, reflexionó sobre el misterio del amor. Puro, pero apasionado. Las apariencias estaban contra ella, cierto. El sucio aliento de la calumnia. Ella trabajaba en una mancebía, pero su corazón estaba limpio. Aparte de eso, ¿qué podía decirse contra ella? Pensó complacido en el asesinato. Con ojos infantiles, contempló a sus enemigos muertos. En el cine, los hombres morían violenta pero limpiamente. Pam, pam. Adiós, muchachos, ya he terminado. Un agujero limpio, sin sangre, en la cabeza o en el corazón. Había protegido a la inocencia. ¿Se desparraman sus tripas o sus sesos? Gelatina de grosella donde había estado una cara, un mentón que ha desaparecido. A aquel otro, allá abajo... Su brazo batió el aire como un ala; se retorció. ¿Has fallado esta vez? Entonces, muere. Se llevó las manos al cuello, angustiado.

Torcieron hacia el este por la calle Academy, después de haber girado a la derecha por el pequeño apéndice caudal del ángulo nordeste de la plaza. La mente del muchacho ardía con brillantes y continuas imágenes, vivas como gemas, cambiantes como camaleones. Su vida era la sombra de una sombra, un juego dentro de un juego. Se convertía en el actor-héroe-astro, señor del cine, amante de una hermosa reina de película, tan heroico como sus actitudes, con una realidad superior a toda fantasía. Era el Fantasma y el que representaba al Fantasma, la causa que acuñaba la leyenda en hechos.

Eran los héroes a quienes admiraba, y el triunfador, en belleza, nobleza y auténtica valía, sobre aquellos a quienes despreciaba porque siempre

triunfaban y eran buenos y bellos y amados por las mujeres. Él era el elegido, amado por un enjambre de bellezas de fama internacional, tanto vampiresas como dulces niñas puras, empezando por las exuberantes rubias, disputándose todas sus favores y recurriendo las menos escrupulosas a trucos disimulados para conquistarlo. Los ojos puros se volvían hacia él en eternos primeros planos, y él bebía virtuosamente en los labios que se le ofrecían y, terminado el conflicto, santificado el crimen y coronada la virtud, se alejaba con su sirena bajo el adecuado resplandor de un sol que se ponía interminablemente.

Arrebolado el semblante, miraba rápidamente a Gant, torciendo el nervioso cuello.

Al otro lado de la calle, el resplandor de calcio del farol de la esquina bañaba fríamente la nueva fachada de ladrillos del teatro Orpheum. Toda esta semana, Gus Noland and His Georgia Peaches. También los Piedmont Comedy Four y la señorita Bobbie Dukane.

El teatro estaba a oscuras; la segunda sesión había terminado. Miraron curiosamente los carteles a través de la calle. En ese frío silencio, ¿dónde estaban las Peaches? Seguramente en el Athens, en la plaza. Siempre iban allí después de la función. Gant miró su reloj. Las once y doce minutos. Big Bill Messler en el exterior, haciendo oscilar su cachiporra y observando. En los taburetes del mostrador, una docena de machos y libertinos ávidos. Tengo un coche ahí fuera. Dificultades a la diversión. Más tarde, el Genevieve en la calle Liberty. Todas están allí. Murmullos. Pisadas. Al asalto.

«Chicas de buena familia, algunas de ellas... supongo», pensó Gant.

Frente a la iglesia baptista, se detuvo un coche fúnebre ante la funeraria de Gorham. Una luz ardía débilmente entre los helechos. «¿Quién puede ser? — se preguntó—. La señorita Annie Patton está gravemente enferma. Tiene más de ochenta años. O algún tuberculoso de Nueva York. Un pequeño judío de cara afilada. Siempre hay alguien. Todos esperando la hora inevitable. ¡Ay, Señor!»

Con desgana, pensó en las pompas fúnebres y sus empresarios, y en particular en el señor Gorham. Era un hombre de cabellos rubios y cejas blancas.

Esperaba casarse con ella cuando muriese el joven y rico cubano; así podrían pasar la luna de miel en La Habana.

Torcieron por la calle Spring, junto a la iglesia baptista. «Esto es realmente una ciudad de muertos», pensó Eugene. La villa, cercada de escarcha, yacía helada bajo las estrellas en un trance cataléptico. La animación de la vida pendía en suspenso. Nada envejecía, nada se marchitaba, nada moría. Era el triunfo sobre el tiempo. Si un gran demonio chascase los dedos y detuviese

toda vida en el mundo por un instante que podría ser cien años, ¿quién advertiría la diferencia? Cada hombre es una Bella Durmiente. Si estás despierta, llámame pronto, llámame pronto, madre querida.

Trató de ver vida y movimiento detrás de las paredes, y fracasó. Él y Gant eran lo único que vivía. Pues una casa no revela nada: puede alentar el crimen detrás de una cara muy tranquila. Pensó que Troya debió de ser así, perfecta, inmarcesible, hasta el día en que murió Héctor. Pero entonces la incendiaron. Encontrar viejas ciudades tal como eran, sin ruinas... la imagen le encantaba. La perdida Atlántida. La ciudad de Ys. Las antiguas poblaciones perdidas, engullidas por el mar. Grandes caminos desiertos, limpios, resonaban bajo sus pies solitarios, y él rondaba por vastas arcadas, atisbaba el atrio, repicando sus zapatos sobre las losas del templo.

O quedarse solo, pensaba lascivamente, con un grupo de mujeres bonitas en una ciudad de la que todos los demás habían huido aterrorizados por una epidemia, un terremoto, un volcán o cualquier otro peligro al que él, afortunadamente, era inmune. Sacando delicadamente la lengua, se veía vagando como un sibarita por confiterías y tiendas de comestibles de primera clase, tragando como una boa golosinas importadas: exquisitos pececillos de Rusia, Francia y Cerdeña; jamones negros de Inglaterra; olivas maduras, melocotones con coñac, bombones de licor. Entraría a saco en las viejas bodegas en busca de espesos Borgoñas, rompería contra la pared los cuellos dorados de heladas botellas de Pol Roger, y mitigaría su sed del mediodía en la chorreante espita de un gran tonel de Münchener dunkels. Cuando se ensuciase su ropa blanca, se proveería de nuevas prendas interiores de seda, de las camisas más finas; se pondría un sombrero nuevo cada día de la semana y trajes nuevos cuando le viniese en gana.

Ocuparía una casa diferente todos los días y dormiría en una cama diferente todas las noches, eligiendo en definitiva la residencia más lujosa como morada permanente y reuniendo en ella los más ricos tesoros de todas las bibliotecas importantes de la ciudad. Por último, cuando quisiese una mujer del grupito que se había quedado y que mataba el tiempo tejiendo nuevas tentaciones para él, la llamaría tocando el número que le había asignado en el campanario del Palacio de Justicia.

Quería una soledad opulenta. Su oscura visión se iluminaba en reinos submarinos, en castillos inaccesibles y batidos por el viento, y en los profundos reinos subterráneos de los elfos. Buscaba a tientas el país sin puertas de las hadas, esa tierra obsesionante e ilimitada que se abría en alguna parte, debajo de una hoja o de una piedra. Y donde no cantaban los pájaros.

Pero, prácticamente, inventaba para sí grandes mansiones en el suelo, grutas enterradas en el profundo corazón de un monte, vastas cámaras de tierra

parda, suntuosamente equipadas con el producto de sus rapiñas. Chimeneas ocultas le traerían aire; desde una tronera en la falda del monte podría observar, allá abajo, la ondulada carretera, y ver hombres armados que lo buscaban, u oír sus frustradas pesquisas encima de él. Pescaría gordos peces en charcas subterráneas, sus grandes bodegas de tierra estarían colmadas de vino viejo, y podría arrebatarse al mundo sus tesoros, incluidas las mujeres más hermosas, y nunca lo cogerían.

Las minas del rey Salomón. Ella. Proserpina. Alí Babá, Orfeo y Eurídice. Desnudo salí del vientre de mi madre. Desnudo volveré. Que me engulla el viento maternal de la tierra. Desnudo, el hombrecillo valiente será engolfado por grandes miembros pardos.

Se acercaba a la esquina de más arriba de la casa de Eliza. Por primera vez, el muchacho se dio cuenta de que habían apretado el paso y de que casi tenía que trotar para mantener el ritmo de las largas y torpes zancadas de Gant.

Su padre gemía en voz baja, exhalando larga y temblorosamente el aliento, apretando una mano sobre la parte dolorida. El chico se echó a reír como un idiota. Gant le dirigió una mirada llena de reproche y de tortura física.

—¡Oh-h-h-h! Dios misericordioso —gimió—, ¡cómo me duele!

Súbitamente, Eugene sintió compasión. Por vez primera veía claramente que el gran Gant se había hecho viejo. La cara cetrina se había vuelto amarillenta y había perdido su nervio. La fina boca tenía una expresión malhumorada. La química del descaecimiento había dejado su marca.

No, no había retorno después de eso. Eugene vio ahora que Gant se estaba muriendo, muy lentamente. La gran resistencia, el ilimitado poder de otros tiempos se había desvanecido. La gran estructura se rompía delante de él, como un barco varado. Gant estaba enfermo. Era viejo.

Tenía una dolencia muy común entre los viejos que han vivido descuidada e intensamente: agrandamiento de la glándula prostática. No solía ser una enfermedad fatal; era más a menudo uno de los heraldos de la vejez y de la muerte, pero era fea e incómoda. Generalmente, se curaba con éxito mediante la cirugía; la operación no era desesperada. Pero Gant odiaba y temía el bisturí; escuchaba ansiosamente todos los argumentos contra él.

No tenía dotes de filósofo. No podía ver con ironía e indiferencia la muerte de los sentidos, la mengua del deseo, el aumento de la impotencia física. Devoraba ávidamente, lascivamente, todas las noticias de seducción; y esta diversión tenía los ojos de la ansiedad, el cálido aliento del deseo. Era incapaz de sentir la agradable ironía con que el espíritu filosófico se burla de una locura de la que ya no puede disfrutar.

Gant era incapaz de resignarse. Tenía la codicia más ardiente: la codicia del recuerdo, el hambre feroz de una voluntad que quiere despertar lo que está muerto. Había llegado a ese momento de la vida en que se leen afanosamente los periódicos en busca de noticias sobre la muerte. Y al ver que había muerto algún amigo o conocido, meneaba la cabeza con la hipócrita melancolía de los viejos y decía: «Todos se van, uno tras otro. ¡Ay, Señor! Este viejo será el próximo». Pero no lo creía. La muerte era todavía para los demás, no para él mismo.

Se hizo viejo muy rápidamente. Empezó a morir ante sus ojos: un rápido envejecimiento y una muerte lenta, impotente, desintegrándose, horriblemente, porque su vida se había identificado tanto con los excesos físicos, las borracheras, las comilonas, las grandes juergas. Era fantástico y terrible ver el despilfarro de su corpachón. La gente empezó a observar los progresos de su enfermedad con ese horror con que se observan los movimientos de un perro con una pata rota antes de matarlo, un horror mayor que el que se siente cuando un hombre sufre una lesión parecida, porque el hombre puede vivir sin piernas. Mientras que todo el perro está incluido en su pellejo.

Su fiera jactancia estaba ahora templada por un mal humor senil. Maldecía y gemía a intervalos. Se levantaba en plena noche, lleno de miedo y de dolor, blasfemando vilmente contra su Dios en un momento, para pedirle frenéticamente perdón en el siguiente instante. Y a través de todo su discurso se traslucía la aguda y temblorosa exhalación del dolor físico... real e innegable.

—¡Oh-h-h-h-h! ¡Maldigo el día en que nací...! ¡Maldigo el día en que me dio la vida el sanguinario monstruo de arriba...! ¡Oh-hh-h! ¡Dios mío! Yo te imploro. Sé que he sido malo. Perdóname. Apiádate, compadécete de mí. Dame otra oportunidad, en nombre de Jesús... ¡Oh-h-h-h!

Eugene tenía momentos de furiosa irritación a causa de estas exhibiciones. Le enojaba que Gant, después de haber comido su pastel, se lamentase ahora de tener dolor de estómago y, al mismo tiempo, pidiese más. Reflexionaba amargamente que la vida de su padre había devorado cuanto le habían servido, y que pocos hombres habían gozado más, sensualmente, o habían sido más desaforados en sus exigencias a los otros. Encontraba que estas exhibiciones, estos salvajes reproches y cobardes súplicas a un Dios a quien ninguno de ellos prestaba gran atención cuando gozaban de buena salud, eran repugnantes y abominables. La constante meditación tanto de Gant como de Eliza sobre la muerte de otros, su morbosa búsqueda en los periódicos de noticias anunciadoras de la muerte de algún conocido, su fantástica preocupación por la muerte de alguna bruja desdentada que, llegada en su lecho, encontraba al fin la liberación después de cumplidos los ochenta años, mientras que el fuego, el hambre y las matanzas en otras partes del mundo les pasaban inadvertidos;

su extravagante superstición sobre lo que era local y carecía de importancia, viendo la intervención de Dios en la muerte de un campesino, y la suspensión de la ley divina y del orden natural en la suya propia, lo llenaban de una furia sofocante.

Pero Eliza se encontraba ahora en espléndidas condiciones para meditar sobre la muerte de los demás. Su salud era perfecta. Estaba en la mitad de la cincuentena; había triunfado de las dolencias de años anteriores y estaba más fuerte que nunca. Blanca, maciza, pesando mucho más que antes, realizaba diariamente, para el mantenimiento de Dixieland, trabajos tan penosos que habrían acabado con la resistencia del negro más robusto. Casi nunca se iba a la cama antes de las dos de la mañana, y siempre se levantaba antes de las siete.

Admitía su buen estado de salud a regañadientes. Exageraba el menor dolor y exasperaba a Gant al responder a cada uno de sus lamentos con el relato de sus propias dolencias. Cuando Helen le echaba en cara su presunto descuido del enfermo, o cuando las atenciones prestadas al inválido despertaban sus celos, sonreía con trémula amargura y observaba tristemente:

—Tal vez no será él quien se vaya primero. El otro día tuve una premonición... no sé cómo lo llamarías tú. Pero te diré una cosa: tal vez dentro de poco...

Sus ojos se humedecían, afligidos, y sus labios fruncidos temblaban, y Eliza lloraba en su propio entierro.

—¡Cielo santo, mamá! —estallaba furiosamente Helen—. A ti no te pasa nada. ¡El enfermo es papá! ¿No te das cuenta?

No se daba cuenta.

—¡Bah! —decía—. No tiene nada grave. McGuire me dijo que dos hombres de cada tres padecen esto después de los cincuenta años.

El cuerpo enfermo de él destilaba una bilis verde de odio contra la buena salud de ella. Le enloquecía verla tan fuerte. Rabioso e impotente, frustrado, una furia loca contra ella pugnaba por hallar una salida y estallaba a veces en un salvaje alarido.

Sucumbiendo débilmente a la invalidez, exigía tiránicamente la atención de los demás, ambicionaba su servicio. La indiferencia de Eliza por su salud lo enloquecía, creaba en él un afán morboso de compasión y de lágrimas. A veces se emborrachaba como una cuba y trataba de asustarla fingiéndose muerto, y en una ocasión fue tal su acierto que Ben, inclinándose sobre el cuerpo rígido tumbado en el pasillo, palideció convencido.

—No puedo sentir su corazón, mamá —dijo, con un temblor nervioso en



los labios.

—Bueno —dijo ella, eligiendo cuidadosamente las palabras—, tanto va el cántaro a la fuente... Sabía que ocurriría esto, más pronto o más tarde.

Él le lanzó una mirada asesina entre los párpados entornados. Ella lo observó como un juez, con las manos cruzadas. Sus ojos tranquilos captaron el lento movimiento de una inhalación furtiva.

—Recoge su cartera, hijo, y los papeles que lleve encima —ordenó—. Yo llamaré a pompas fúnebres.

Lanzando un grito furioso, el muerto volvió a la vida.

—Ya sabía yo que eso te despertaría —dijo amablemente ella.

Él se puso trabajosamente en pie.

—¡Perra infernal! —chilló—. Beberías la sangre de mi corazón. No tienes piedad ni compasión... Eres un monstruo inhumano y sanguinario.

—Algún día —observó Eliza— gritarás que viene el lobo y será verdad y no te haremos caso.

Gant iba tres veces a la semana al consultorio de Cardiac para su tratamiento. El seco doctor se había hecho viejo; detrás de la fingida contención, de la estirada autoridad de sus modales, había un pozo profundo de obscenidad senil. Poseía una fortuna considerable, le importaba poco su menguante clientela. Todavía era un brillante bacteriólogo; pasaba horas sobre portaobjetos con floridos dibujos de bacilos, y era muy solicitado por las prostitutas enfermas, a las que prestaba servicios eficaces.

Disuadió a los Grant de acudir a la cirugía. Estaba celosamente absorto en el tratamiento de la dolencia de Gant, se burlaba de las operaciones quirúrgicas e insistía en que podía conseguir un alivio notable, mediante masajes en las partes afectadas y el empleo de la sonda.

Los dos hombres se hicieron íntimos amigos. El doctor dedicaba mañanas enteras al tratamiento de la dolencia de Gant. El consultorio se llenaba de sus pícaras risas, mientras los montañeses escrofulosos contemplaban con aburrimiento las páginas de Life en la sala de espera. Tumbado voluptuosamente sobre la mesa, cuando el masajista había terminado su trabajo, Gant escuchaba embelesado los secretos de mujeres ligeras o trocitos escogidos de libros de pornografía pseudocientífica, de los que el médico tenía un número importante.

—¿Dice usted —preguntó ávidamente—, que los frailes pidieron licencia al arzobispo?

—Sí —dijo el médico—. Sufrían mucho durante la estación cálida. Él

escribió «concedido» en la instancia. Aquí hay una fotografía del documento.

Sostuvo el libro abierto con sus dedos limpios y curtidos.

—¡Dios misericordioso! —dijo Gant, abriendo mucho los ojos—. Aunque supongo que lo pasarían muy mal en los países cálidos.

Se lamió el pulgar, sonriendo lúbricamente para sí. El difunto Oscar Wilde, por ejemplo.

## VEINTIUNO

Durante los primeros años de su enfermedad, Gant mostró una energía menguante, pero no gravemente deteriorada. Al principio, bajo el tratamiento del doctor, tenía períodos de tranquilidad en los que se convertía de la noche a la mañana en un viejo chocho y gemebundo, se quedaba indolentemente en la cama durante días y reconocía flojamente su dolencia. Generalmente, estas crisis se producían después de una furiosa borrachera. Los saloons habían sido cerrados hacía años; la ciudad había sido una de las primeras en votar la «opción local».

Gant había dado piadosamente su voto a la pureza. Eugene recordaba el día, años atrás, en que había acompañado orgullosamente a su padre a las urnas. Los militantes «secos» habían convenido en anunciar su voto llevando un trocito de seda blanca en la solapa. En señal de pureza. Los desafidores «húmedos» la llevaban «roja».

Anunciado con violentos trompetazos en las iglesias protestantes, el día de la reparación amaneció sobre un curtido ejército de abstemios bien instruidos. Los húmedos que hasta entonces habían resistido victoriosamente las presiones del hogar y del púlpito —su número (ay, ay) era pequeño— iban a la muerte con el gallardo contoneo, con la dignidad del honor mancillado, propios de los hombres que van a morir luchando desesperadamente contra la chusma invasora.

No sabían lo noble que era su causa; solo sabían que se habían levantado contra la voluntad de una comunidad gobernada por los clérigos, la fuerza más aniquiladora de la villa. Nunca les habían dicho que luchaban por la libertad; defendían toscamente, tercamente, con el fuerte y pardo olor de la vergüenza en la nariz, al congestionado Demonio Ron, el de la boca que olía a malta, la nariz enrojecida y la bolsa pródiga. Así, llegaron luciendo hojas de parra en los cabellos, con un vaso de whisky en el aliento y con jactanciosas sonrisas en sus resueltas bocas.

Cuando se acercaron a las urnas, como caballeros copados buscando con la mirada a un hermano en apuros, las beatas de la villa, inclinadas como cazadoras sobre la tensa trailla, dieron la consigna a los ansiosos chiquillos de las escuelas dominicales. Vestidos todos de blanco, sujetando firmemente en sus manitas las pequeñas astas de banderas americanas, aquellos pigmeos, monstruosos como solo pueden serlo los niños cuando se convierten en ignorantes heraldos de eslóganes y cruzadas, cargaron furiosamente, lanzando gritos agudos, contra su Gulliver.

—Allí están, niños. ¡A por él!

Girando alrededor del hombre señalado en una danza salvaje de elfos, cantaban con estridente y vacía violencia:

De nuestras madres somos el tesoro

los hombres y mujeres del mañana.

Por un momento de placer ocioso,

¿dejarás nuestra vida arruinada?

Las madres, las esposas, las hermanas,

niños que gimen en los barrios bajos.

Piensa en ellos, no en ti, y de buena gana

contra el Demonio Ron da tu sufragio.

Eugene se estremeció y miró el emblema blanco de Gant con melindroso orgullo. Pasaban satisfechos junto a infelices alcohólicos, envueltos en espumosos remolinos de inocencia, y sonriendo con malicia a algún tesoro de mamá.

«Si fuesen míos, les calentaría la rabadilla», pensaban para sus adentros.

Delante de las encarrujadas paredes del almacén, Gant se detuvo un momento para agradecer las fervientes felicitaciones de un grupo de damas de la Primera Iglesia Baptista: la señora Tarkinton, la señora Fagg Sluder, la señora C. M. Macdonald y la señora W. H. (Pett) Pentland, que, muy empolvada, arrastraba la larga falda de seda gris con un triste susurro y sonreía ciegamente sobre el cuello armado de ballenas del vestido. Apreciaba mucho a Gant.

—¿Dónde está Will? —preguntó él.

—Forrando los bolsillos de los licoristas, cuando debería estar aquí contribuyendo a la Obra del Señor —respondió ella, con cristiana amargura—. Nadie sabe mejor que tú lo que he tenido que aguantar, señor Gant. Tú también has tenido que pechar con la extraña ralea de los Pentland en tu propia

casa —añadió, con lúcida intención.

Él movió la cabeza, compungido, y contempló tristemente el arroyo.

—¡Ay, Pett! Las hemos pasado moradas... los dos.

Un olor a raíces puestas a secar y a sasafrás salió en espiral del almacén y se introdujo en su nariz.

—Cuando llega el momento de hablar en favor del derecho —declaró Pett a varias damas—, siempre encontrarás a Gant dispuesto a representar su papel.

Con previsión de estadista, miró él hacia el oeste, hacia Pisagh.

—El licor —dijo—, es una maldición y una desgracia. Ha sido causa del sufrimiento de innumerables millones...

—Amén, amén —salmodió suavemente la señora Tarkinton, moviendo rítmicamente sus anchas caderas.

—... ha traído la pobreza, la enfermedad y el dolor a cientos de miles de hogares, roto el corazón de las esposas y de las madres, y arrancado el pan de la boca de los huerfanitos.

—Amén, hermano.

—Ha sido... —empezó a decir Gant.

Pero en el mismo instante sus ojos inquietos tropezaron con la cara ancha y roja de Tim O'Doyle y con el rostro patilludo y achispado del comandante Ambrose Nethersole, dos eminentes bebedores que estaban plantados cerca de la entrada, a menos de dos metros, y escuchaban atentamente.

—¡Adelante! —le aconsejó el comandante Nethersole, con la voz grave de una rana—. Adelante, W. O., pero por el amor de Dios, ¡no regüeldes!

—¡Dios mío! —dijo Tim O'Doyle, secando un churrete de jugo de tabaco en la gruesa comisura de sus labios de simio—. Lo he visto dirigirse a la puerta y entrar por la ventana. Cuando lo vemos llegar, contratamos a dos abridores de botellas extra. Solía dar una propina al camarero para que se levantara temprano.

—No les hagan caso, señoras, se lo suplico —dijo severamente Gant—. Son lo más bajo de lo bajo, la escoria empapada en whisky de la humanidad; ni siquiera merecen que los llamen hombres, tan retrógrados son.

Y después de casi barrer el suelo con su sombrero gacho, se metió en el almacén.

—¡Vive Dios! —dijo Ambrose Nethersole, con aprobación—. Hay que ser W. O. para retorcer de esta manera el idioma inglés. Siempre fue así.

Pero al cabo de dos meses gemía amargamente por su sed no saciada. Durante varios años pidió de vez en cuando a Baltimore el cupo disponible; un galón de whisky cada dos semanas. Eran los tiempos de los vendedores ilegales de alcohol. La ciudad estaba llena de ellos. Whisky de centeno malo y licor de maíz eran los brebajes que prevalecían. Gant se hacía viejo, estaba enfermo, y seguía bebiendo.

Un lento goteo de lujuria descendía dolorosamente por las reseca fauces del deseo y acababa débilmente en una salacidad chapucera. Obsequiaba a las jóvenes y lindas viudas de verano de Dixieland con dinero, ropa interior y medias de seda, que ponía sobre sus bien formadas piernas en la penumbra polvorienta de su pequeño despacho. Sonriendo con imperturbable ternura, la señora Selborne estiraba despacio las fornidas piernas, para que se hinchasen con la cálida presión de las floridas ligas de seda verde que él le regalaba. Al menos así lo contaba Gant, lamiéndose el pulgar y sonriendo taimadamente.

Una mujer separada de su marido, de cuarenta y nueve años, mata de pelo teñido con alheña, senos encorsetados y caderas protuberantes arquitectónicamente en pronunciada diagonal, brazos carnosos y pecosos, y cara flácida de duras facciones, brillantemente embadurnadas con cosméticos, alquiló el piso de arriba de la calle Woodson cuando Helen estaba ausente.

—Parece una aventurera, ¿eh? —dijo Gant, esperanzado.

Tenía un hijo de catorce años, de cara redonda y olivácea, cuerpo blanco y blando, y piernas flacas, que se roía concienzudamente las uñas. Los cabellos y los ojos eran negros, y el semblante cauteloso. El chico era prudente y se ausentaba con discreción en los momentos adecuados.

Gant volvía temprano a casa. La viuda se mecía cómodamente en la galería. Él le hacía una profunda reverencia y la llamaba señora. Ella le hablaba con arrumacos de gatita, mientras él se apoyaba pesadamente en la crujiente barandilla de la escalera. Ella le sonreía mimosa. Entraba y salía libremente del cuarto de estar, donde dormía él. Una tarde, cuando Gant acababa de llegar, salió ella del cuarto de baño, oliendo ligeramente a jabón de la mejor calidad y moldeaba provocativamente su figura por un quimono rojo.

«Una mujer todavía hermosa», pensó él.

—Buenas tardes, señora.

Se levantó de su mecedora, dejó a un lado las crujientes hojas del periódico de la tarde (republicano) y desprendió las gafas con montura de acero de largo puente de su nariz.

Ella se acercó con paso vivo a la vacía chimenea, ajustándose el quimono con manos venosas.

Después, rápidamente, con una alegre sonrisa, abrió la prenda y descubrió las piernas delgadas, enfundadas en seda, y las apelmazadas caderas, cubiertas con unos chillones pantaloncitos fruncidos de seda azul.

—¿No son bonitos? —gorjeó insinuante, pero oscuramente.

Y entonces, al dar él un afanoso paso adelante, se escabulló como una vigorosa ménade provocando la persecución de Baco.

—Un par de bombones —convino vagamente él.

Después de esto, ella le preparó cada día el desayuno. Eliza los observaba desde Dixieland con ojos severos. Él no sabía disimular. Sus visitas de la mañana y de la tarde eran más breves, y su lengua, más benévola.

—Sé lo que te traes entre manos allá abajo —decía ella—. No pienses que no lo sé.

Él sonreía tímidamente y se humedecía el pulgar. Ella movía la boca en silencio durante un momento, en un fallido intento de seguir hablando. Pinchaba un bistec que se estaba friendo y lo volvía sobre el lado crudo, sonriendo vengativamente entre una columna de vapor grasiento y azul. Él la pinchaba torpemente con sus dedos rígidos, y ella chillaba protestando, con una mezcla de irritación y regocijo, y se apartaba de él con andadura brusca y contenida.

—¡Vete! ¡Déjame en paz! Es demasiado tarde para esto.

Y reía, en tono irritante y burlón.

—Aunque te gustaría poder hacerlo, ¿no? ¡Apuesto a que sí! —proseguía, frunciendo unos segundos los labios para hablar—. Debería darte vergüenza. Todos se ríen de ti a tus espaldas.

—¡Mientes! ¡Sabe Dios que mientes! —tronó solemnemente él, herido en lo más vivo.

Thor tonante.

Pero se cansó rápidamente de su nuevo amor. Estaba fatigado y le asustaba su agotamiento. Durante un tiempo, dio a la viuda pequeñas cantidades de dinero y se olvidó del alquiler. Después cargó sobre ella su tormentoso enojo y, cuando veía que había perdido la antigua libreta en su casa dejándose dominar por una bruja tiránica, murmuraba ominosamente para sus adentros, paseando a largas zancadas por su taller. Una noche volvió borracho perdido, la sacó de su habitación y la persiguió, desnuda, sin dientes, sin maquillar, con el largo quimono aleteando en su mano paralítica, y por fin la llevó al patio, bajo el gran cerezo, al cual empezó a dar vueltas, aullando, tratando frenéticamente de agarrarla mientras ella temblaba de miedo y miraba de

soslayo al curioso vecindario y se ponía la arrugada prenda, cubriendo parcialmente sus obscenos y colgantes senos, y pedía socorro. Nadie se lo prestó.

—¡Zorra! —chilló él—. Te mataré. Has chupado la sangre de mi corazón, me has llevado al borde de la ruina, y te regocijas con mi aflicción, escuchando mi estertor con gozo diabólico. ¡Monstruo sanguinario y desnaturalizado!

Ella se protegía hábilmente con el árbol y, cuando él se distrajo un momento con sus furiosos anatemas, echó a correr con rapidez acrecentada por el miedo, cruzó la calle y se refugió en la casa de los Tarkinton. Mientras descansaba allí, en los brazos consoladores de la señora Tarkinton, llorando histéricamente y poniendo churretes en su mal pintada cara, oyeron las caóticas pisadas de Gant dentro de su propia casa, el ruido de los muebles al ser volcados y las terribles maldiciones del hombre al caer al suelo.

—¡Se matará! ¡Se matará! —gritó ella—. No sabe lo que hace. ¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Ningún hombre me había dicho nunca estas cosas!

Gant cayó pesadamente en su casa. Se hizo el silencio. Ella se levantó, temerosa.

—Pero no es malo —murmuró.

Una mañana de principios de verano, después del regreso de Helen, Eugene fue despertado por pisadas furiosas y gritos excitados en el pasillo de tablas que flanqueaba la parte alta del inmueble y conducía a la casa de juegos, mohosa y pequeña estructura de madera de pino, de una sola y gran habitación, y que él casi podía tocar desde el tejadillo inclinado que se extendía ante la ventana con alero de su cuarto de atrás. La casa de juegos era otra de las extrañas ocurrencias de la fantasía gantiana: había sido construida para los niños, cuando eran pequeños. Había estado muchos años cerrada, y era un retiro delicioso; su aire aprisionado, rancio y fresco, conservaba el aroma de las viejas tablas de pino, de libros encajonados y de revistas polvorientas.

Ahora hacía unas semanas que la ocupaba la cocinera de la señora Selborne, Annie, una rolliza y bien parecida negra de Carolina del Sur, de treinta y cinco años y hermosa piel cobriza. La mujer había venido a la montaña para el verano; era buena cocinera y esperaba encontrar trabajo en los hoteles o pensiones. Helen la había contratado por cinco dólares a la semana. Un acto de orgullo.

Aquella mañana, Gant se había despertado temprano y contemplado pensativamente el techo. Después se había levantado y vestido, y, calzado con sus zapatillas de cuero, había caminado sin hacer ruido sobre las tablas, hasta

la casa de juegos. Las fuertes protestas de Annie despertaron a Helen, que, con el hormigueo de una premonición, bajó la escalera y encontró a Gant retorciéndose las manos y gimiendo, mientras andaba arriba y abajo en el lavadero. A través de la puerta abierta, oyó los fuertes lamentos de la negra, que abría de golpe los cajones y recogía sus cosas.

—No estoy acostumbrada a estas barbaridades. Soy una mujer casada, vaya que sí. No estaré un minuto más en esta casa.

Helen se volvió furiosamente a Gant y le sacudió.

—¡Viejo corrompido! —gritó—. ¿Cómo te atreves?

—¡Dios misericordioso! —gimió él, pataleando como un chiquillo y sin dejar de pasear—. ¿Por qué tenía que pasarme esto en mi vejez? —Empezó a sorber por la nariz, con afectación—. ¡Huy, huy, huy! Oh, Jesús, es terrible, es horroroso, es cruel que me aflijan de este modo.

Su desprecio de la razón era parnasiano. Acusaba a Dios de delatarlo; lloraba porque lo habían pillado.

Helen corrió a la casa de juegos y, con grandes ademanes y calurosa solicitud, trató de apaciguar a la ofendida Annie.

—Vamos, Annie —le dijo, zalamera—, te daré un dólar más a la semana si te quedas—. ¡Olvida esto!

—No, señora —dijo tercamente Annie—. No puedo quedarme aquí un minuto más. Ese hombre me da miedo.

Gant interrumpió de vez en cuando su inútil paseo para aguzar el oído. A cada reiteración de las rotundas negativas de Annie, suspiraba profundamente y volvía a lamentarse.

Luke, que había bajado, rebullía nerviosamente, apoyándose ora en uno de sus grandes pies, ora en el otro. Después se acercó a la puerta y miró al exterior, estallando de pronto en una enorme carcajada al ver la expresión hosca y respetable de la negra. Helen volvió a entrar en la casa, con semblante turbado e irritado.

—Lo contará en toda la ciudad —anunció.

Gant gimió con largas exhalaciones. Eugene, impresionado y asustado al principio, saltó locamente sobre el linóleo de la cocina, retorciéndose y cayendo sobre los pies descalzos como un gato. Chilló entusiasmado a Ben, que entró frunciendo el ceño, y empezó a reír, despectiva y entrecortadamente.

—Y desde luego se lo contará todo a la señora Selborne, en cuanto vuelva a Handerson —siguió diciendo Helen.



—¡Oh, Dios mío! —gimió Gant—. ¿Por qué me abrumas de este modo...?

—¡Oh, vete al infierno! ¡Vete al infierno! —dijo cómicamente ella, mitigada de pronto su ira por una obscena y desesperada sonrisa.

Los chicos aullaron.

—Me mo-ri-ré.

Eugene se atragantó, hipando débilmente, y empezó a deslizarse sin ruido hacia la jamba de la puerta del lavadero a la cocina.

—¡Pequeño idiota! —gruñó Ben, levantando vivamente su mano blanca.

Pero se volvió rápidamente, con una vaga sonrisa.

En ese momento apareció Annie delante de la puerta, con una expresión de dignidad ofendida en el semblante.

Luke miró nerviosamente a su padre y a la negra, apoyándose sucesivamente en ambos pies.

—Soy una mujer casada —dijo Annie—. No estoy acostumbrada a estas cosas. Quiero mi dinero.

Luke estalló en furiosas carcajadas.

—¡Huy-huy!

Se apretó las lardosas costillas con los dedos doblados. La negra se alejó enfadada, murmurando.

Eugene se revolcaba débilmente sobre el suelo, estirando una pierna como si acabasen de decapitarlo y tirando ciegamente del cuello de su camisón. Un cloqueo apagado brotaba a intervalos de su boca abierta.

Rieron desaforadamente, sin poder dominarse, vertiendo en una risa loca todo el histerismo acumulado y aglomerado en ellos, borrando en un momento de impetuosa rendición todo el miedo y la fatalidad de sus vidas, el dolor de los años y la muerte.

Gant, moribundo, pasó entre ellos, farfullando lamentos contra la fija mirada de Dios, sopesando cautelosamente las risas con ojos inquietos y avizores, y con una débil sonrisa cosquillosa jugando astutamente en su boca gemebunda.

Sobre las fuertes corrientes, balanceándose en su abrazo, la vida de Eliza se mecía a la manera de los sargazos; como cuando, de mañana, un soplo de aire de la cocina se filtraba por la protegida rendija y agitaba las ristras de la cortina de viejos cordeles con ritmo oscilante. Entonces se frotaba suavemente los pequeños y cansados ojos para alejar el sueño, sonriendo oscuramente al

pensar, todavía adormilada, en las viejas cosas perdidas. Con sus gastados dedos palpaba todavía suavemente la cama, a su lado, y al encontrarla vacía, se despertaba del todo. Recordaba. El menor de los míos, el mayor, mi último y amargo fruto, oscuridad del alma, lejano y solitario, ¿dónde? ¡Recordaba su cara! El hijo de la muerte, compañero de mi peligro, última acuñación de mi carne, que calentaba mis flancos y se acurrucaba contra mi espalda como en un nido. ¿Ido? ¿Arrancado de mí? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Chascaba una puerta, el chico del mercado depositaba salchichas sobre la mesa de la cocina, una negra trajinaba en el fogón. Ahora estaba despierta.

Ben rondaba calladamente pero sin escabullirse, no confesando ni negando nada. Su fina sonrisa horadaba suavemente la oscuridad, sobre los apagados chirridos del columpio de madera del porche. La señora Pert reía gentilmente, agradablemente. Tenía cuarenta y tres años, y era una mujerona, de cortesías modales y que bebía mucho. Cuando estaba ebria, su voz era suave, grave y pastosa; tenía una risa vacilante, delicada, y caminaba con cuidadosa gravedad alcohólica. Vestía bien; entrada en carnes, su aspecto no era sensual. Tenía hermosas facciones, suave cabello castaño, ojos azules, ligeramente empañados. Su risa era un cloqueo simpático y feliz. Todos la apreciaban, Helen la llamaba «Fatty».

Su marido era vendedor de medicamentos; viajaba por Tennessee, Arkansas y Mississippi, y volvía cada cuatro meses a Altamont para pasar quince días. Su hija, Catherine, tenía casi la edad de Ben y pasaba en Dixieland unas cuantas semanas todos los veranos. Era maestra de una escuela pública de un pueblo de Tennessee. Ben servía de acompañante a las dos.

La señora Pert cloqueaba suavemente cuando le hablaba, y lo llamaba «viejo Ben». Se sentaba en la oscuridad, hablando un poco, tarareando un poco, riendo ocasionalmente en tono menor, sin ruido, con un cigarrillo entre sus afilados dedos marfileños y aspirando profundamente el humo. A veces compraba una botella de whisky y bebían en silencio. Entonces hablaban quizá un poco más. Pero nunca alborotaban. En ocasiones, se levantaban a medianoche del columpio, salían a la calle y se alejaban bajo los árboles frondosos. No volvían en toda la noche. Eliza, que planchaba un gran montón de arrugada ropa limpia en la cocina, escuchaba. Por fin, subía la escalera, atisbaba cuidadosamente en la habitación de la señora Pert y volvía a bajar, fruncidos reflexivamente los labios.

Tenía que hablar de estas cosas con Helen. Existía entre ellas una extraña y desafiadora comunión. Reían juntas o se peleaban.

—Pues claro —decía Helen, con impaciencia—. Yo lo sé desde hace tiempo.

Pero miraba con curiosidad más allá de la puerta, mostrando a medias los grandes dientes con coronas de oro en la boca abierta, y con una expresión infantil de credulidad, de asombro, de escepticismo y de inocencia herida en su grande y huesudo rostro.

—¿Supones que él lo hace realmente? ¡Oh, no, mamá! Ella podría ser su madre.

Una pícara sonrisa se dibujaba en la cara pálida y fruncida de Eliza, pensativa y reprobadora. Para disimularla, pasaba un dedo por debajo de la ancha nariz, y reía tontamente.

—Te diré una cosa —decía—. De tal palo, tal astilla. Es como su padre —murmuraba—. Lo lleva en la sangre.

Helen reía roncamente, pellizcándose vagamente el mentón y mirando a través del jardín cubierto de maleza.

—¡Pobre Ben! —decía, y sus ojos se humedecían de lágrimas, no sabía por qué—. Bueno, «Fatty» es una dama. Me gusta... y no me importa que se sepa —añadía, en tono desafiador—. En todo caso, es asunto suyo. Y lo llevan con discreción. Tienes que reconocerlo.

Guardaba silencio unos momentos.

—Las mujeres se vuelven locas por él —seguía diciendo—. Les gustan los chicos discretos, ¿verdad? Y él es un caballero.

Eliza meneaba ominosamente la cabeza durante un rato.

—¡Qué te imaginas! —murmuraba, temblando de nuevo sus fruncidos labios—. Siempre diez años más de los que tiene.

—¡Pobre Ben! —repetía Helen.

—El tranquilo, el triste. ¡Es así!

Eliza sacudía la cabeza, incapaz de seguir hablando. También ella tenía húmedos los ojos.

Pensaban en hijos y en amantes; se estrechaba su comunión, y bebían el cáliz de su esclavitud gemela al pensar en los hombres como Gant, siempre hambrientos, extraños en su tierra, viajeros desconocidos que se habían extraviado en el camino. ¡Perdidos!

Las manos femeninas tenían hambre de sus crespos cabellos. Cuando entraban en la oficina del periódico para insertar algún anuncio, preguntaban por él. Frunciendo gravemente el ceño, se inclinaba sobre el mostrador, con los pies cruzados, y leía con voz monótona y un tanto indocta lo que ellas habían escrito. Sus finas muñecas vellosas sobresalían de los puños blancos y

almidonados, y los fuertes y nerviosos dedos, manchados de nicotina, alisaban las arrugas del papel. Frunciendo deliberadamente el ceño, inclinaba la hermosa cabeza y borraba, corregía; las damas se estrujaban los dedos. «¿Qué le parece así?» Las voces que respondían eran vagas, mientras las miradas se enredaban en sus crespos cabellos. «¡Oh! Está mucho mejor. Gracias.»

Se necesita: cabeza ceñuda de muchacho para dedos comprensivos de mujer madura y simpática. Desgraciada en su matrimonio. Dirección: Sra. B. J. X., apartado 74. Ocho centavos la palabra para una sola inserción. «Oh (tiernamente), gracias, Ben.»

—Ben —dijo Jack Eaton, director de publicidad, asomando la cara rolliza en la oficina del director de información local—, ahí fuera está una de tu harén. Quiso asesinarme cuando traté de atenderla. Entérate de si tiene un amigo.

—¡Oh! Escucha esto, ¿quieres? —Ben sonrió solapadamente al director de información local—. Erraste en tu vocación, Eaton. Deberías hacer de partiquino con Honeyboy Evans.

Frunciendo el ceño, tiró el cigarrillo que sostenía en la marfileña mano y salió del despacho. Eaton se quedó un momento para reír con el director de información local. ¡Un tipo raro, ese Ben Gant!

A veces, cuando volvía tarde por la noche a la calle Woodson, en la bulliciosa temporada veraniega, dormía con Eugene en la habitación delantera del piso de arriba, donde todos habían nacido. Reclinado sobre las almohadas en la vieja cama de color crema, decorada ahora alegremente con redondos medallones de apiñadas frutas en la cabecera y en los pies, leía en voz alta, pausada y confusa, esforzándose en la pronunciación, los cuentos de béisbol de Ring Lardner. «Tú me conoces, Al.» Justo al otro lado de las ventanas, el techo plano de la galería estaba todavía caliente por las emanaciones de las planchas metálicas unidas con alquitrán. Ricas uvas apiñadas pendían en racimos entre las grandes hojas de la parra. «No crie a mi hijo para que juegue con la zurda. Estoy pensando en darle un buen puñetazo en un ojo a Gleason.»

Ben leía trabajosamente, interrumpiéndose al cabo de un momento para reír tontamente. Así, como un chiquillo, buscaba afanosamente todos los significados, con huraña atención. A las mujeres les gustaba verlo fruncir el ceño y estudiar así. Solo era repentino en sus accesos de cólera, y en sus vivas comunicaciones con su ángel.

Cuando Eugene tenía poco más de catorce años y llevaba dos en el colegio de Leonard, Ben le consiguió trabajo como repartidor de periódicos. Eliza censuraba la pereza del chico. Se lamentaba de no poder conseguir que hiciese algo para ella. En realidad, no era perezoso, sino que odiaba la triste rutina de una casa de huéspedes. Las exigencias de su madre no eran pesadas, pero sí frecuentes e inopinadas. A él le deprimía la inutilidad de los esfuerzos en Dixieland, la total desaparición de toda la labor cotidiana. Si ella le hubiese dado un cargo, la responsabilidad diaria de una tarea ordenada, la habría cumplido con todo su celo. Pero sus métodos eran demasiado aleatorios; quería tenerlo a su disposición para mandados ocasionales, y esto no le interesaba. Dixieland era el corazón de la vida de Eliza. Era su dueño. Y eso espantaba a Eugene. Cuando ella lo enviaba a la tienda en busca de pan, tenía la fatigosa impresión de que ese pan sería comido por extraños, y de que, por mucho que estos se esforzasen, no serían más jóvenes, ni mejores, ni más bellos, sino que todo se borraría diariamente como arrastrado a la alcantarilla. Otras veces lo enviaba a la exuberante espesura del huerto para que segase los prolíficos hierbajos que se apiñaban alrededor de las verduras, que medraban, como toda aquella tierra, bajo sus descuidados dedos. Él sabía, mientras cortaba con cansado frenesí, que los hierbajos volverían a crecer bajo el cálido sol, que las verduras —con hierbas o sin ellas— crecerían lozanas y serían servidas a los huéspedes, y que la vida de ella, solo la de ella, lo aguantaría todo. Al mirarla, sentía el tedio y el horror del tiempo: todo, menos ella, debía morir en ese sofocante mar de los Sargazos. Así, batiendo ebriamente la grumosa tierra, un grito estridente de su madre en la alta galería de atrás lo devolvía a la realidad y se daba cuenta de que había destruido totalmente una hilera de jóvenes plantas de maíz.

—¡Oh! ¿Qué estás haciendo, muchacho? —gritaba ella con enojo, mirándolo desde arriba entre una enorme confusión de cubos de lavar, medias tendidas a secar, botellas de leche vacías, sucias, y herrumbrosos cubos de manteca de cerdo—. No sé —añadía, volviéndose al señor Baskett, comerciante de algodón en Hattiesburg, que sonreía febrilmente entre su áspero bigote—, lo que voy a hacer con él. Ha cortado todos los tallos de maíz de la hilera.

—Sí —decía el señor Baskett, echando un vistazo—, y no ha cortado una sola hierba. Muchacho —añadía severamente—, tendrías que pasar dos meses en una granja.

El pan que voy a buscar será comido por extraños. Traigo carbón y parto leña para calentarlos. Humo. Fuimus fumus. Toda nuestra vida se va en humo. No hay estructura, no hay creación en ello, ni siquiera la estructura famosa de los sueños. Baja, ángel; susurra en nuestros oídos. Nos extinguimos en humo, y hoy solo recibimos cansancio en pago del trabajo de ayer. ¿Cómo podemos

salvarnos?

Le dieron la ruta del barrio negro, la más dura y menos provechosa de todas. Le pagaban dos centavos por ejemplar en los repartos semanales, el diez por ciento de los cobros de la semana y diez centavos por cada nueva suscripción. De esta manera podía ganar cuatro o cinco dólares a la semana. Su cuerpo delgado y poco desarrollado bebía el sueño con sed insaciable, pero ahora tenía que levantarse a las tres y media de la mañana, con la oscuridad y el silencio produciendo un zumbido irreal en sus drogados oídos.

Una extraña música aérea llegaba flotando desde la oscuridad, o grandes oleadas de orquestación sinfónica barrían los sentidos que despertaban poco a poco. Voces diabólicas, bellas y fuertes en su somnolencia, lo llamaban a través de la oscuridad y de la luz, devanando el hilo de antiguos recuerdos.

Vacilando ciegamente en el blanqueado fulgor, sus ojos cargados de sueño se abrían lentamente, como si naciese de nuevo, sin cordón umbilical, de aquella oscuridad.

Despierta, muchacho de orejas de duende, pero hazlo en la oscuridad. Despierta, fantasma, dentro de nosotros. Prueba, prueba, ¡oh!, prueba el camino. Abre la pared de luz. Fantasma, fantasma, ¿quién es el fantasma? ¡Oh, perdido! Fantasma, fantasma, ¿quién es el fantasma? ¡Oh, risa que es un murmullo! ¡Eugene! ¡Eugene! Aquí, ¡oh, aquí!, Eugene. Aquí, Eugene. El camino está aquí, Eugene. ¿Lo has olvidado? La hoja, la piedra, la pared de luz. Levanta la roca, Eugene, la hoja, la piedra, la puerta ignota. Vuelve, vuelve.

Una voz, extraña en el sueño y fuerte, siempre lejos-cerca, hablaba.

¡Eugene!

Hablaba, callaba, y seguía hablando sin hablar. Hablaba dentro de él. En la oscuridad, hijo, está la luz. Inténtalo, muchacho, recuerda la palabra que conoces. En el principio era el verbo. Sobre la frontera de la tierra de verdes bosques sin fronteras. Ayer, ¿recuerdas?

La herida de la nota de un cuerno de caza en el bosque lejano. Bosque marino, el agua, la nota de un cuerno en la gruta de coral del mar lejano. Damas de rostro hechicero y traje de color verde botella balanceándose sobre la silla de montar. Sirenas sin escamas y adorables en columnas del fondo marino. La tierra oculta debajo de la roca. Las revoloteantes niñas del bosque creciendo en los troncos de los árboles. Al despertarse él, en un desmayo, lo llamaban con susurros expirantes. Después, un canto más profundo, diabólico, absorbido por el viento. Hermano, ¡oh, hermano! Bajaban el telón de la noche y se perdían en el viento como balas. ¡Oh, fantasma perdido, azotado por el viento, vuelve otra vez!

Se vestía y bajaba delicadamente la escalera hacia el porche de atrás. El aire fresco, cargado de luz de estrellas, sacudía su cuerpo despertándolo; pero al caminar hacia la villa por las calles silenciosas, persistía el extraño retintín en sus oídos. Escuchaba sus pisadas como su propio fantasma, oía a lo lejos el trémulo llamear de los faroles, veía la villa con ojos de náufrago.

Sonaba en su corazón una música solemne. Llenaba la tierra, el aire, el universo; no era fuerte, pero sí ubicua, y le hablaba de muerte y de oscuridad, y de la marcha focal de todos los que vivían o habían vivido, convergiendo en un plano. El mundo estaba lleno de hombres que marchaban en silencio; no hablaban, pero en el corazón de cada cual había un conocimiento común, la palabra que todos los hombres sabían y habían olvidado, la llave perdida que abría las puertas de la cárcel, el fin del callejón que llevaba al cielo; y al crecer la música y llenarlo, él gritaba: «Recordaré. Cuando llegue al lugar, sabré».

Cálidas franjas de luz brotaban ominosas de las puertas y ventanas de la oficina. Desde el taller de imprenta de la planta baja llegaba el creciente zumbido de la prensa grande al aumentar su potencia. Al entrar él en la oficina y beber en las tibias ondas de tinta y acero que llenaban el aire, despertaba de pronto, solidificándose sus miembros drogados de luz con una rápida sacudida, como un espíritu aéreo cuyo cuerpo ingravido se materializase en una fila ruidosa, desfilaban ante la mesa del director de reparto, depositando en ella sus recaudaciones, fríos puñados de monedas grasientas. Sentado detrás de una lámpara de verde pantalla, el hombre repasaba rápidamente sus libretas, sumando las cifras, contando las monedas de uno, cinco y diez centavos, y depositándolas en las pequeñas y cóncavas bandejas de un cajón. Después daba a cada uno una nota en la que había garabateado el cupo de la mañana.

Ellos corrían escalera abajo, ansiosos como perritos por salir a la calle, agitando sus papeles ante un hosco empleado cuyos negros dedos galopaban exactamente sobre los rígidos bordes de un gran montón de periódicos. Les concedía dos ejemplares «extra». Si el repartidor no era escrupuloso, aumentaba el número de sus ejemplares sobrantes conservando en su libreta los nombres de media docena de suscriptores dados de baja. Estos números de más podían ser útiles para tomar café y pastelillos en el bar, o como gratificación a un guardia amigo, a un bombero o a un motorista.

En el pozo de la imprenta, Harry Tugman haraganeaba satisfecho bajo sus miradas, expulsando gruesos chorros de humo de cigarrillo por la nariz. Observaba la prensa con profesional desinterés, hinchando el pecho robusto y velloso, que pintaba una mancha oscura debajo de la sudada camiseta. Un ayudante pasaba ágilmente entre los rugientes pistones y los cilindros, con una lata de aceite y unos trapos en la mano. Un ancho río de papel blanco fluía constantemente del cilindro y caía en el caos aplastante de la máquina, de

donde salía un segundo más tarde, cortado, impreso, doblado y apilado, deslizándose a lo largo de la tabla con otros cientos para formar un montón cada vez más grande.

¡Magia de la máquina! ¿Por qué no podía hacer lo mismo con los hombres? Médicos, cirujanos, poetas, clérigos... amontonados, doblados, impresos.

Harry Tugman tiraba la húmeda colilla haciendo una mueca satisfecha. Los repartidores lo miraban con respeto. Una vez había dejado KO a un ayudante por sentarse en su silla. Era el jefe. Cobraba cincuenta y cinco dólares a la semana. Si no se sentía a gusto, podía conseguir trabajo cuando quisiera en el New Orleans Times-Picayune, en el Louisville Courier Journal, en el Atlanta Constitution, en el Knoxville Sentinel, en el Norfolk Pilot. No le importaba viajar.

Un momento después, los chicos estaban en la calle, andando rápidamente bajo el peso acostumbrado de las colmadas bolsas de lona.

Sentía un miedo desesperado a fracasar. Escuchaba con semblante contraído las amonestaciones de Eliza:

—¡Espabílate, muchacho! ¡Espabílate! ¡Haz que piensen que eres alguien!

Tenía poca confianza en sí mismo; se estremecía de antemano pensando en la humillación del despido. Temía las palabras cortantes, y su orgullo hacía que se echase atrás y tuviese miedo.

Durante tres mañanas acompañó al repartidor que se retiraba, concentrando intensamente su atención y tratando de grabar en su memoria cada movimiento rutinario de la entrega, resiguiendo una y otra vez la red laberíntica del barrio negro, trazando un plano de aquel caos enorme de tierra y de lodo, destacando las casas donde se entregaba el periódico y olvidando las otras. Años más tarde, solo en la oscuridad, cuando había olvidado la retorcida anarquía de aquel cuadro, todavía recordaba una esquina donde dejaba su bolsa para subir una cuesta empinada, gateando hasta llegar a tres chozas arruinadas y a una casa de alto porche, en cuyo interior arrojaba con exacta puntería su doblada masa de noticias.

El repartidor que se retiraba era un robusto muchacho lugareño de diecisiete años, que había encontrado un empleo mejor en las oficinas del periódico. Se llamaba Jennings Ware. Era rudo, jovial, un poco cínico, y fumaba muchísimos cigarrillos. Rebosaba vitalidad y confianza. Enseñó a su amigo dónde y cuándo debía esperar la cara de «Foxy» en acecho, y cómo evitar que los descubriesen debajo del mostrador del bar, y cómo doblar un periódico y arrojarlo con la rapidez y la puntería de una pelota.



En la fresca mañana aún no nacida, iniciaban su ruta bajando la fuerte pendiente de la calle Valley para entrar en el sueño tropical, entre la modorra corralera de los negros durmientes y todos los ilícitos amores y los casuales e innumerables adulterios del barrio negro. Cuando el rígido pliego de papel golpeaba vivamente el endeble porche de una choza, o chocaba contra una tabla suelta de la puerta, les respondía un largo y hosco gruñido de enfado. Y ellos reían entre dientes.

—Borra a ese —decía Jennings Ware—, si no te paga la próxima vez. Debe seis semanas.

»—Ese —decía, introduciendo el periódico sin hacer ruido debajo de la esterilla de la puerta— es buen pagador. Una buena familia negra. Cobrarás todos los miércoles.

»—Aquí hay una buena pieza —decía, arrojando el periódico con fuerza contra la puerta y sonriendo como un diablillo al responderle al grito indignado de una mujer rolliza y joven—. Puedes hacerla tuya cuando quieras.

Una débil sonrisa miedosa se pintaba en la boca de Eugene. Jennings Ware lo miraba maliciosamente, pero no insistía. Jennings Ware tenía buen corazón.

—Es una buena chica —decía—. Uno tiene derecho a ser gorrón alguna vez. Son gajes del oficio.

Seguían bajando por la oscura calle sin pavimentar, doblando rápidamente los periódicos en los intervalos entre las entregas.

—Es una ruta endiablada —dijo Jennings Ware—. Cuando llueve, es terrible. Te llenas de barro hasta las rodillas. Y la mitad de esos bastardos no te pagan —añadió, arrojando furiosamente un periódico—. Pero, bueno —dijo al cabo de un momento—, si te apetece un revolcón, este es el sitio adecuado. ¡En serio!

—¿Con... con negras? —murmuró Eugene, humedeciéndose los secos labios.

Jennings Ware volvió hacia él su cara roja y satírica.

—Aquí no hay muchas damas de la buena sociedad, ¿no crees? —dijo.

—¿Están buenas las negras? —preguntó Eugene, con vocecilla seca.

—¡Caray! —la palabra brotó de la boca de Jennings Ware como una explosión. Guardó un momento de silencio—. No hay nada mejor —dijo después.

Al principio, la correa de la bolsa de los periódicos roía cruelmente sus delicados hombros. Él luchaba contra el irritante peso que lo empujaba hacia el suelo. Las primeras semanas fueron como una pesadilla de lucha; día tras

día, se abría paso con fuerza hacia la liberación. Conoció toda la aflicción de los que transportan peso; conoció, mañana tras mañana, el éxtasis etéreo de la exoneración. Al aligerarse su carga a medida que avanzaba en la ruta, su hombro encorvado se alzaba con animación alada, sus miembros forzados adquirían ligereza; al final de su tarea, la carne, sensualmente afectada por la fatiga, saltaba ligeramente sobre el suelo. Era Mercurio encadenado a los paquetes, Ariel doblado bajo un fardo; después, liberado, sus pies alados trotaban en la luz. Navegaba en el aire. Las estrellas aceradas titilaban sobre su esclavitud; la aurora pintaba de rojo su manumisión. Era como el marinero que se ahoga en la bodega y, agitando los brazos, sale a la mañana y a la vida a través de una escotilla; o como el buceador que se encuentra desesperadamente preso en los tentáculos de un pulpo y los corta para librarse de la muerte, y sube lentamente desde el fondo marino hacia la luz. Al cabo de un mes, se habían endurecido los músculos del hombro, y se lanzaba jubiloso a su trabajo. Ya no tenía miedo de fracasar. Su corazón se erguía como un gallo soberbio y encrestado. Había sido arrojado entre otros sin conmiseración, y los había superado. Era un señor de la noche; exultaba en la solitaria suficiencia de su labor. Se adentraba en el desparramado caos de la colonia, fusilero de noticias para gente que dormía. Sus manos rápidas plegaban las crujientes hojas, y su brazo delgado restallaba como un látigo. Veía apagarse las pálidas estrellas, y asomar jirones de luz sobre los montes. Solo, único hombre vivo sobre la tierra, empezaba la jornada varonil, pasando frente a las ventanas cerradas y oyendo el largo y cavernoso ronquido de los trópicos. Caminaba entre el sueño próximo y espeso, escuchando de nuevo el fantástico repiqueteo de sus pies y la enorme música orquestal de la sombra. Y al surgir la marea gris de la mañana, en su marcha hacia occidente, se despertaba.

Y observaba la lenta fusión de las estaciones; veía el majestuoso desfile de los meses; veía la luz del verano devorando la oscuridad como un río; veía el nuevo triunfo de la noche; y veía los días ganadores de minutos pasar zumbando, como moscas que vuelven a casa para morir.

En verano, era pleno día antes de que acabase su trabajo; regresaba al hogar en un mundo que despertaba. Los primeros tranvías estaban agrupados en la plaza al pasar él, con su nueva pintura verde dándoles el agradable aspecto de juguetes nuevos. Las grandes y abolladas vasijas metálicas de los lecheros brillaban limpiamente bajo el sol. La luz caía, esperanzadora, sobre el tostado y grasiento George Chakales, vigilante nocturno del Athens Cafe. La helénica Aurora. Y Eugene se sentaba en Uneeda número 1, en la plaza, y engullía un bocadillo de huevo acompañado de largos tragos de aromático café, en la amistosa compañía de motoristas, guardias, chóferes, estuquistas y albañiles. Era muy agradable, pensaba, terminar el trabajo cuando todo el mundo empieza el suyo. Y se iba a casa bajo los árboles llenos de gorjeos de pájaros.

En otoño, la tardía luna roja surcaba bajo el cielo hasta la mañana. El aire estaba poblado de hojas que caían; los grandes árboles lanzaban un solemne zumbido de trueno en los montes; tristes murmullos fantásticos y una fuerte música de catedral resonaban en el corazón de Eugene.

En invierno, bajaba alegremente al encuentro del oscuro viento aullador, doblando el cuerpo contra su embestida cuesta arriba; y cuando al empezar la primavera caía una llovizna fresca del ennegrecido cielo, se sentía contento. Estaba solo.

Con furiosa tenacidad, apremiaba a los suscriptores remisos en el pago. No discutía sus fáciles promesas, pero los perseguía hasta sus propias habitaciones o hasta las de un vecino, y era tan terco en su hostigamiento que, al fin, hoscamente o de buen humor, le pagaban una parte de la deuda. Era más de lo que había conseguido cualquiera de sus predecesores, pero se inquietaba nerviosamente por sus cuentas, hasta que descubrió que el director de reparto lo presentaba como ejemplo a los chicos indolentes. Cuando depositaba su montón de «calderilla» duramente conseguida sobre la mesa del hombre, su patrono se volvía, acusador, a un muchacho delincuente, y le decía:

—¡Mira esto! ¡Lo hace todas las semanas! ¡Y con los negros!

El pálido rostro de Eugene se encendía de gozo y de orgullo. Cuando hablaba con el gran hombre, le temblaba la voz. Apenas si podía hablar.

Cuando el viento aullaba en la oscuridad, estallaba en locas carcajadas. Daba grandes saltos en el aire, chillando con insensato entusiasmo; prorrumpía en chillidos idiotas de animal, y arrojaba violentamente los periódicos contra las endeble tablas de las chozas. Era libre. Estaba solo. Oía el silbido de un tren que no estaba muy lejos. En la oscuridad, agitaba los brazos al hombre de las vías, su hermano con gafas y con ojos de acero fijos en los raíles.

Ya no se encogía tanto bajo la amenaza del puño de la familia. Se despreocupaba alegremente de su inutilidad.

En el bar, en compañía de tres o cuatro repartidores, aprendió a fumar. En el aire dulce y azul de primavera, mientras hacía su ruta, llegó a conocer la belleza de Doña Nicotina, delicioso espectro que se enroscaba en su cerebro, dejaba su penetrante aliento en su joven nariz, y un beso ardiente sobre su boca.

Era un hombre de pelo en pecho.

La primavera clavó una espina en su corazón, arrancó un grito salvaje de sus labios. Para esto, no tenía palabras.

Conoció el hambre. Conoció la sed. Surgió una llamarada dentro de él. Por la noche, se refrescaba la cara con espumosos chorros de agua. Solo, lloraba a

veces de dolor y de éxtasis. En casa, al espantoso silencio de su infancia se había añadido ahora una furiosa restricción. Estaba atado como un caballo de carreras. Un átomo blanco de furia incipiente estallaba dentro de él como un cohete, y, por un momento, estaba terriblemente loco.

—¿Qué le pasa? —preguntó Helen, sentada en la cocina de Eliza—. ¿Será la vena de locura de los Pentland?

Eliza frunció ominosamente los labios durante un rato, meneando despacio la cabeza.

—Vaya —dijo, con astuta sonrisa—, ¿no lo sabes tú, pequeña?

La necesidad que sentía Eugene de los negros se había agudizado. Al salir del colegio, pasaba las tardes rastrillando incansablemente la colmena del barrio negro. El rancio hedor del torrente, vertiendo sus espesas y pardas aguas de albañal sobre un lecho de gastados guijarros, el olor a humo de leña y a ropa colocada en una caldera de hierro negra, y las graves cadencias del crepúsculo en la selva, las formas que resbalaban, caían y se desvanecían, bajo una vibrante orquestación de pequeños ruidos. Gruesas ristras de palabras en la penumbra, el grasiento susurro de pescados en la sartén, el triste y débil punteado de un banjo, y las pisadas lejanas y apagadas de unos pesados pies; voces nilóticas, gemidos del río, y la luz mugrienta de cuatro mil lámparas humeantes en las chozas y los apartamentos.

En el montículo central, alrededor del cual se apretujaba la colonia, surgían las voces jadeantes de la iglesia baptista del Calvario, en agotador y creciente frenesí, desde las siete hasta las dos de la mañana, en el gemido salvaje de pecado y de amor y de muerte. La sombra estaba poblada de carne y de misterio. Frescos pozos de risas gorgoteaban en todas partes. Se deslizaban formas gatunas. Todo era inmanente. Todo era lejano. Todo era intangible.

En esta vieja magia-hechicería de los negros, empezó él a conocer la horrible inocencia de la maldad, la terrible juventud de una raza antigua; encogidos los labios y mostrando los dientes, vagaba en la oscuridad con los brazos colgando, y le brillaban los ojos. Le invadía una vergüenza y un terror indefinibles. No podía enfrentarse con la cuestión en su corazón.

Su lista de suscriptores contenía un buen número de morenitos decentes y trabajadores, barberos, sastres, abaceros, farmacéuticos, y de negras y robustas matronas, todos los cuales le pagaban puntualmente un día fijo de la semana y lo saludaban con amplias y cálidas sonrisas, y tratamientos de respeto, amables y extravagantes, como: «Señor», «Coronel», «General», «Gobernador», etcétera. Todos conocían a Gant.

Pero los demás —la parte en la que coincidían su deseo y su asombro— eran «fluctuantes», jóvenes de ambos sexos de medios precarios y vidas

inestables, que se deslizaban misteriosamente de celda en celda, que poblaban la noche de pasos cautelosos. Él buscó inútilmente esos fantasmas durante semanas, hasta que descubrió que solo podía encontrarlos los domingos por la mañana, tirados como sacos los unos sobre los otros, en la fétida oscuridad de un apartamento; media docena de jóvenes hembras y varones, roncando en el estupor del whisky y el agotamiento de la hartura sexual.

Un sábado por la tarde, en el rojo crepúsculo menguante de verano, volvió a una de aquellas viviendas, una destartada choza de tres plantas con los dos pisos bajos adosados a un alto talud en el borde occidental del barrio, cerca de los blancos. Dos docenas de hombres y mujeres vivían allí. Él andaba en busca de una mujer llamada Ella Corpening. Nunca podía encontrarla, y debía varias semanas de suscripción. Pero esa tarde su puerta estaba abierta, y salía por ella un vaho de aire caliente de comida cociéndose. Bajó los carcomidos peldaños montados en el talud.

Ella Corpening estaba sentada en una mecedora delante de la puerta, ronroneando perezosamente bajo el rojo resplandor de la pequeña cocina económica, con las gruesas piernas cómodamente estiradas sobre el suelo. Era una mulata de veintiséis años, una guapa hembra de proporciones de amazona y piel suave y tostada.

Vestía prendas de alguna antigua patrona: falda de lana de color castaño, botas de suela de cuero y alta caña abrochada con botones, y medias grises de seda. Sus largos y fuertes brazos brillaban oscuramente a través del ligero tejido de una camisa blanca recién lavada. Un lazo de cinta azul barata resplandecía sobre la pronunciada curva de sus senos.

Había una hirviente olla de berzas y unas tajadas de carne de cerdo sobre el fogón.

—Soy el chico del periódico —dijo Eugene—. Vengo a cobrar.

—¿Eres tú el chico? —farfulló Ella Corpening, moviendo perezosamente un brazo—. ¿Cuánto debo?

—Un dólar y veinte centavos —respondió él, mirando significativamente una de las piernas extendidas, debajo de cuya rodilla se traslucía vagamente un billete de banco doblado.

—Esto es para el alquiler —dijo ella—. No puedo dártelo. ¡Un dólar veinte! —rumió—. ¡Huy, huy! —gruñó suavemente—. No pensaba que fuese tanto.

—Pues lo es —dijo Eugene, abriendo su libreta de cuentas.

—Debe serlo —convino ella—, si lo dice la libreta.

Meditó voluptuosamente unos momentos.

—¿Cobras también los domingos por la mañana? —preguntó.

—Sí —dijo él.

—Entonces vuelve por la mañana —dijo animosamente ella—. Tendré algo para ti. Estoy esperando a un caballero blanco. Me dará un dólar.

Movió lentamente sus firmes miembros y le sonrió. La sangre latió en los párpados de Eugene. Este tragó saliva, pero su boca estaba seca; le temblaban las piernas de excitación.

—¿Qué... qué vas a darle por un dólar? —murmuró, con voz apenas audible.

—Dulce de jalea —dijo Ella Corpening.

Él movió dos veces los labios, incapaz de hablar. Ella se levantó de la mecedora.

—¿Qué quieres? —preguntó a media voz—. ¿Dulce de jalea?

—Quiero ver... ¡ver! —jadeó él.

Ella cerró la puerta que daba al talud y corrió el cerrojo. La cocina lanzó un rechinante resplandor a través de la portezuela abierta al caer una fugaz lluvia de roja ceniza en el depósito.

Ella Corpening abrió la puerta del fondo, que daba a otra habitación. Había allí dos camas sucias y arrugadas; la única ventana estaba cerrada y cubierta con una vieja cortinilla verde. La mujer encendió una lámpara pequeña y humeante, y bajó la mecha.

Había un desvencijado y pequeño tocador con un espejo manchado y el barniz formando hojuelas. Sobre la baja repisa de la chimenea con pantalla, había una muñeca Kewpie ceñida con una cinta colorada, un jarrón de bordes acanalados y flores doradas, ganado en un carnaval, y un papel de alfileres. También un calendario, obsequio de Altamont Coal and Ice Company, con una doncella india remando en su canoa por una vía pavimentada de luz de luna, y una máxima religiosa en un florido pergamino con marco de madera de nogal: Dios los ama a los dos.

—¿Qué quieres? —murmuró ella, plantada delante de él.

Como viniendo de lejos, oyó Eugene el fantasma de su propia voz.

—Quítate la ropa.

La falda cayó en un anillo a los pies de la mujer. Después se quitó el cinto almidonado. En un momento, quedó desnuda ante él, solo con las medias puestas.

—¡Baila! —gritó Eugene—. ¡Baila!

Ella empezó a canturrear suavemente, mientras un temblor ondulante recorría su cuerpo grande y amarillo; las caderas y los fuertes y redondos senos oscilaron en un ritmo sensual.

Los cabellos lisos y untados de aceite cayeron sobre su cuello en tupidas greñas. Extendió los brazos para mantener el equilibrio y cerró los párpados sobre los grandes ojos amarillos. Se acercó a él. Eugene sintió el cálido aliento en la cara y el suave desbordamiento de los senos. Se sintió girar como una astilla en el torrente salvaje de su pasión. Las fuertes manos amarillas ciñeron como ajorcas los brazos delgados del muchacho. Lo sacudió despacio a un lado y otro, apretándolo con fuerza sobre su vientre.

Él luchó desesperadamente, echándose atrás hacia la puerta, ahogándose en aquel abrazo.

—Vete, negra. ¡Vete! —jadeó, con voz espesa.

Ella lo soltó despacio; sin abrir los ojos, murmurando, retrocedió como si él hubiese sido un joven arbolito. Y cantó, en tono bajo y gemebundo, repitiendo continuamente:

¡Dulce de jalea! ¡Du-u-ulce de jalea...!

y extinguiéndose cada vez su voz en un grave gemido.

Su cara, la gruesa columna de su cuello y el torso de grandes senos estaban empapados en sudor. Eugene buscó a ciegas la puerta, cruzó corriendo la otra estancia y, jadeando, salió al aire libre. El canturreo, ininterrumpido e inalterado por su partida, lo siguió mientras subía los inseguros peldaños. No se detuvo para recobrar el aliento hasta que llegó al borde de la plaza del mercado. Debajo de él, en el valle, al otro lado del montículo, las humeantes lámparas del barrio negro lucían en la oscuridad. Risas apagadas, ricas, selváticas, brotaban de la colmena envuelta en sombras. Oyó notas perdidas y vibrantes, y el rítmico golpeteo de pies lejanos; y más allá, arriba, más apagado y más lejano que todo lo demás, un continuo lamento de pecadores en una iglesia.

## VEINTITRÉS

No dijo a los Leonard que trabajaba a primeras horas de la mañana. Sabía que se opondrían a su trabajo y que su oposición se manifestaría en el argumento triunfal de unas notas peores. También sabía que Margaret Leonard hablaría ominosamente de salud socavada, de la destrucción de promesas para

años futuros, de las dulces horas de sueño mañanero perdidas y que nunca podría recobrar. En realidad, se sentía ahora más robusto que nunca. Había ganado peso y fuerza. Pero a veces sentía un hambre de sueño que lo corroía: embotado al mediodía, revivía después, pero le resultaba difícil mantener centrada la atención de su cerebro adormilado en un libro después de las ocho de la tarde.

Aprendía poco en cuestión de disciplina. Bajo la tutela de los Leonard, llegó incluso a sentir un romántico desprecio por ella. Margaret Leonard tenía la maravillosa visión de las esencias, propia de las grandes personas. Veía siempre el color dominante, pero no siempre percibía los matices. Era una sentimental inspirada. Pensaba que «conocía a los chicos», y estaba orgullosa de este conocimiento. Sin embargo, en realidad, los conocía muy poco. Se habría desmayado del susto si hubiese conocido la salvaje confusión de la adolescencia, las pesadillas sexuales de la pubertad, el dolor, el miedo, la vergüenza con que reflexiona un chico sobre el oscuro mundo del deseo. No sabía que cada muchacho, impedido de confesar por el miedo, es un monstruo a sus propios ojos.

No tenía conocimientos. Pero tenía buen criterio. Descubría inmediatamente la calidad de una persona. Los chicos eran sus héroes, sus pequeños dioses. Creía que el mundo tenía que ser salvado, y la vida redimida, por uno de ellos. Veía la llama que ardía en cada uno, y la guardaba. Trataba de dirigir de algún modo los tanteos a ciegas, de los torpes, los estólidos, los vergonzosos, hacia la luz y la articulación. Decía unas palabras graves y tranquilas al tembloroso caballo de carreras, y este se quedaba quieto.

Así pues, Eugene no hacía confesiones. Seguía estando prisionero. Pero siempre se volvía a Margaret Leonard como hacia la luz; y ella veía el impío fuego que proyectaba una bélica danza sobre su semblante, veía el hambre y el dolor, y lo alimentaba —¡majestuoso crimen!— con poesía.

Fuese el miedo o la vergüenza lo que los encerraba en un cauteloso silencio, fuese cual fuere el consuetudinario decoro que contenía sus lenguas, encontraban desahogo en los elocuentes símbolos del verso. Y por esta señal, Margaret se perdía para los ángeles buenos. Pues ¿qué importan a los embajadores de Satán todas las pequeñas fidelidades de la letra y de la palabra, si del coro cantante del metodismo terrenal podían robar un solo corazón, levantar inflamada una gran alma perdida hasta la elevada pecaminosidad de la poesía?

El vino de la uva nunca había manchado su boca, pero el vino de la poesía estaba inextinguiblemente mezclado con su sangre, enterrado en su carne.

Recién cumplidos los quince años, Eugene conocía casi todas las obras poéticas importantes en su idioma. Las dominaba en su núcleo vivo, no en un



puñado de citas desperdigadas, sino casi verso por verso. Su sed era insaciable, de borracho: a su acervo local añadía escenas enteras del Guillermo Tell de Schiller, que leía para sí en alemán, las poesías líricas de Heine y varios cantos populares. Aprendió de memoria todo el pasaje de la Anabasis en que se describe en tonos sublimes y triunfales el momento en que los hambrientos supervivientes de los Diez Mil llegan por fin al mar y lanzan su enorme clamor, poniéndole su nombre. Por si esto fuera poco, aprendió de memoria algunas de las sonoras estupideces de Cicerón, por su sonoridad, y un poco de César, terso y llano.

Las grandes poesías de Burns las conocía a través de la música, de la lectura o de haberlas oído recitar a Gant. Pero Margaret Leonard le leía Tam O'Shanter, con ojos chispeantes por la risa.

Te asarán en el infierno como a un arenque.

Los trozos más cortos de Wordsworth los había leído en la escuela de primera enseñanza. Hacía años que conocía Salta mi corazón, Rondaba solitario como una nube y Mírala, sola en el campo; pero Margaret le leía los sonetos y hacía que aprendiese de memoria El mundo está demasiado con nosotros. Y su voz temblaba y se volvía grave, apasionada, al leerlo.

Él conocía todas las canciones de las obras de Shakespeare, pero las dos que más le conmovían eran: ¡Oh, dueña mía!, ¿adónde vas?, que despertaba ecos profundos en su corazón, y la gran canción de Cymbeline: No temas más al calor del sol. Había tratado de leer todos los sonetos y había fracasado, porque su densa urdimbre era demasiado para su experiencia; pero había leído, y olvidado, tal vez la mitad de ellos, y recordaba unos pocos, que ardían extrañamente en la página, inmediatamente, como lámparas para él.

Los que sabía eran: Cuando, en la crónica del tiempo perdido, Nunca podré retenerte, dulce amigo, Que en la boda de mentes verdaderas, Derroche del espíritu en erial de vergüenza, En sesiones de dulce y callado pensamiento, ¿Comparaste a un día de verano?, De ti yo me ausenté en la primavera y Conserva en mí este tiempo de verano, el más grande de todos, que Margaret le enseñó a apreciar y que provocaba en él un éxtasis eléctrico cuando llegaba a Coros arruinados donde un día cantaban dulces pájaros, hasta el punto de que apenas podía recitarlo sin interrumpirse.

Leyó todas las obras menos Timón, Tito Andrónico, Pericles, Coriolano y El rey Juan, pero la única que mantuvo su interés desde el principio hasta el fin fue El rey Lear. Muchos famosos pasajes declamatorios le habían sido familiares durante años, gracias a los recitados de Gant, pero ahora le cansaban. Y todos los juegos de palabras de los bufones, que Margaret reía sumisamente y eran exhibidos como muestra del gran ingenio del maestro, sentía vagamente que eran muy obtusos. Nunca confió en el humor de

Shakespeare, pues sus graciosos no eran solo bufones pomposos, sino también insulsos.

«Por mi parte preferiría conllevar contigo a cargar contigo; sin embargo, no llevaría ninguna cruz si cargase contigo, pues creo que no llevas dinero en la bolsa.»

Estas cosas le recordaban desagradablemente a los Pentland. Solo el Bufón de «Lear» le parecía admirable; un bufón triste, trágico, misterioso. En cuanto a los demás, componía parodias que, con maliciosa sonrisa, se decía que harían desternillarse de risa a la posteridad. Tales como: «Sí, tío, y si el martes de carnaval fuese miércoles de ceniza, yo caparía a tu gallo, como dijo Tom O'Ludgate al pastor cuando vio que ya no había velloritas. ¿Ladras con dos gargantas, Cerbero? Siéntate, muchacho, ¡siéntate!».

Con frecuencia le cansaban las admiradas bellezas del lenguaje, tal vez porque las había oído tan a menudo, y además le parecía que Shakespeare hablaba a veces absurda y pomposamente, cuando hubiese debido hacerlo con sencillez, como en la escena en que, al ser informado por la reina de que su hermana se ha ahogado, dice Laertes:

Demasiada agua para ti, Ofelia;  
por consiguiente, contendré mis lágrimas.

Realmente, es demasiado (pensaba). ¡Sí, Ben! ¡Hizo bien en enjugarlas!

En cambio le gustaban otros pasajes que el rapsoda pasaba por alto, como la terrible y épica invocación de Edmundo en El rey Lear, que rezumaba maldad y empieza así:

Tú, Naturaleza, eres mi diosa.  
y termina:

Defended ahora, dioses, al bastardo.

Era tan negro como la noche, tan diabólico como el barrio negro, tan vasto como los vientos elementales que aullaban al bajar de los montes; lo canturreaba en las negras horas de su trabajo, en la oscuridad y el viento. Lo comprendía; le entusiasmaba su maldad, que era la maldad de la tierra, de la naturaleza ilícita. Era una llamada a los sin clase; era un grito en favor de los que estaban al otro lado de la valla, los ángeles rebeldes, y todos los hombres demasiado altos.

Nada sabía del drama isabelino más allá de las obras de Shakespeare. Pero muy pronto conoció algo de la poesía de Ben Jonson, a quien Margaret consideraba compasivamente, con la debilidad familiar de la maestra de escuela, como un Falstaff literario, a quien podían perdonarse sus excesos

pantagruélicos como caprichos del genio.

A ella le divertían, de un modo un tanto académico, las bacanales literarias, a la manera de un profesor de colegio baptista que chasca golosamente los labios y se pone colorado en clase cuando lee algo acerca del morapio y de espumosas jarras de cerveza añeja. Todo esto es parte de la tradición liberal. Los hombres de mundo tienen la mente amplia. Ved si no al profesor Albert Thorndyke Forkins, de la Universidad de Chicago, en el Falcon de Soho. Sonriendo francamente, se sienta ante media pinta de cerveza amarga, en compañía de un soplón de hipódromo, una camarera de espalda cimbreante y ancha popa, con dentadura postiza, y tres campechanas pelanduscas de la calle Lisie que dan buena cuenta de dos pintas de Guinness. Con afanosa impaciencia, espera la llegada de G. K. Chesterton y de E. V. Lucas.

—¡Extraño, Ben Jonson! —suspiró Margaret Leonard, con una risa benévola—. ¡Ay, Señor!

—¡Dios mío, chico! —rugió Sheba, agarrando por los pelos el sugerido tema de conversación y lamiendo ruidosamente sus dedos untados de mantequilla al entrar en acción—. ¡Que Dios lo bendiga! —Su cara roja y vellosa se puso aún más colorada, y había un brillo de lágrimas en sus ojos surcados de venitas—. ¡Que Dios lo bendiga, Gene! ¡Era tan inglés como el rosbif y como una jarra de ale añejo!

—¡Ay, Señor! —suspiró Margaret—. Si hubo alguna vez un genio, este fue él. —Miró a lo lejos con ojos húmedos y con una risita en los labios—. ¡Huy! —rio suavemente—. ¡El viejo Ben!

—¡Y escucha, Gene! —prosiguió Sheba, inclinándose hacia delante y agarrándose una rodilla con la mano gordezuela—. ¿Sabes que el mayor tributo al genio de Shakespeare brotó de su pluma?

—¡Así es, muchacho! —dijo Margaret, y sus ojos se volvieron más oscuros.

Tenía la voz ronca. Eugene temió que se echase a llorar.

—¡Y esos imbéciles...! —chilló Sheba—. Esos mezquinos y ruines imbéciles, pusilánimes y borrachos...

—¡Ay! —gimió suavemente Margaret.

John Dorsey volvió su cara blanca como el yeso hacia el muchacho y suspiró con vaga apreciación, moviendo la cabeza. ¡Como ausente!

—... pues eso es lo que son —prosiguió Sheba—, tuvieron la desfachatez de sugerir que estaba celoso.

—¡Bah! —dijo Margaret, con impaciencia—. No hay nada de eso.

—Bueno, ¿no saben lo que dicen! —Sheba miró de pronto a Eugene, con cara sonriente—. ¡Unos mezquinos advenedizos! Nosotros les enseñaremos, Gene —dijo.

Él empezó a resbalar de su silla de mimbre. John Dorsey se dio una palmada en el rollizo muslo y se inclinó hacia delante, farfullando y babeando un poco.

—¡Que Dios se apiade de ellos! —silbó, jadeando.

—El otro día estuve hablando con un tipo —dijo Sheba—, un abogado que hubiese debido saber algo, y cité una frase de El mercader de Venecia que todos los colegiales se saben de memoria: «La compasión no se puede estirar». Y el hombre me miró como pensando que me había vuelto loca.

—¡Cielo santo! —dijo Margaret, con voz apagada.

—Yo le dije: «Mire usted, señor Fulano de Tal, puede usted ser un abogado muy listo, puede tener un millón de dólares, como dicen que tiene; pero hay muchas cosas que aún no sabe. Hay muchas cosas que no pueden comprarse con dinero, hijito, y una de ellas es la sociedad de los hombres y mujeres cultos».

—¡Bah! —dijo el señor Leonard—. ¿Qué saben esos pequeños presuntuosos de las cosas de la mente? Igual podría esperarse que un ignorante negrito de los campos recitase un pasaje de Homero. —Agarró un vaso lleno de requesón, e inclinándolo con sus yesosos dedos, cogió una cucharada de grumosos cuajos y la introdujo en su boca—. ¡No, señor! —rio—. Pueden ser grandes hombres en los libros del recaudador de impuestos, pero cuando tratan de relacionarse con personas educadas, según dijo alguien, «ellos... ellos...» —Empezó a relinchar—. «Bueno, no dicen nada.»

—¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo —dijo Sheba—, si pierde...?

—¡Ay, Señor! —suspiró Margaret, moviendo los ojos oscuros como el humo—. ¡Deja que te diga una cosa!

Y se la dijo. Le contó el profundo conocimiento que tenía el Cisne del corazón humano, su universal y perfecta caracterización, su enorme humor.

—¡Luchó una hora larga por el reloj de Sherwsbury! —rio—. ¡El gordo truhan! ¡Imagínate un hombre observando el tiempo! —y cuidadosamente—: Era la costumbre de la época, Gene. En realidad, cuando lees algunas de las comedias de sus contemporáneos, ves que es mucho más puro que ellos.

Pero ella se saltaba alguna palabra, alguna frase, aquí y allá. El ligeramente maculado Cisne, un poco enlodado por la costumbre. Y después, la Biblia.

Los humeantes cabos de vela del tiempo. El Parnaso Visto desde el Monte Sinaí. Conferencia con proyecciones, por el profesor McTavish (doctor en Teología) del Colegio Presbiteriano.

—Y observa, Eugene —siguió diciendo ella—, que nunca hizo que el vicio fuese atractivo.

—¿Por qué? —preguntó él—. Ahí está Falstaff.

—Sí —respondió ella—, y tú sabes lo que le ocurrió, ¿verdad?

—Bueno —dijo reflexivamente él—, ¡se murió!

¿Lo veo? El precio del pecado. Y a propósito, ¿cuál es el precio de la virtud? Los buenos mueren jóvenes.

¡Huy-huy! ¡Huy-huy! ¡Huy-huy!

¡Muchos fueron mis daños!

El crimen me gustó

y mi vida acabó

solo a ochenta y dos años.

—Observa también —dijo ella—, que ninguno de sus personajes se está quieto. Puedes verlos crecer, desde el principio hasta el fin. Ninguno de ellos es, al final, como era al principio.

En el principio era la palabra. Yo soy Alfa y Omega. El crecimiento de Lear. Envejeció y se volvió loco. ¡Vaya un crecimiento!

Esta crítica barata la había captado ella en unos pocos cursos en la escuela superior, y en sus lecturas. Era y quizá sigue siendo parte de la jerga voluble de los pedantes. Pero no le había hecho verdadero daño. No era más que lo que decía la gente. Sentía, con una impresión de culpa, que tenía que falsear su enseñanza con esas charadas; temía que lo que podía ofrecer no fuese bastante. Lo que podía ofrecer era sencillamente un sentimiento tan profundamente recto, tan infalible, que, si no podía recitar pobremente los grandes versos, tampoco podía recitar bien los que eran malos. Era una voz de las que busca Dios. Era la dulzaina del éxtasis demoníaco. Estaba poseída, no sabía cómo, pero conocía el momento de su posesión. Las lenguas cantarinas de todo el mundo volvían a cobrar vida bajo el encanto de su voz. Estaba habitada. Estaba agotada.

Pasaba a través de la cerrada y atrancada vida de los muchachos con las zancadas directas de un espíritu. Abría sus corazones como si fuesen armarios. Y ellos decían: «La señora Leonard es sin duda una dama exquisita».

Él conocía algunos poemas de Ben Jonson, incluido el bello Himno a

Diana, «Reina y cazadora, casta y bella», y el gran homenaje a Shakespeare que hacía que se le erizasen los cabellos con aquello de

... Pero que vengan el tonante Esquilo

y Eurípides y Sófocles a nos

.

y le cortaba el aliento con

No era de un siglo, ¡mas de todo tiempo!,

cuando estaban las Musas en su albor.

La elegía al pequeño Salathiel Pavy, el niño actor, era miel en boca de un león. Pero demasiado larga.

De Herrick, con la marca de la tribu de Ben, sabía mucho más. La poesía cantaba por sí sola. Era, pensó más tarde, la voz lírica más perfecta e infalible del idioma... una nota limpia, dulce, fina, firme. Dada con la incomparable facilidad de un niño inspirado. Los jóvenes de ambos sexos de nuestro siglo han tratado de captarla de nuevo, como han tratado de captar de nuevo a Blake y, con un poco más de éxito, a Donne.

Pequeño, aquí me planto

y ambas manos levanto;

son frías, ¡ay de mí!

Pero las alzo a Ti.

Bendice nuestro bien

y a nosotros. Amén.

No había nada más grande que esto; nada que lo superase en precisión, en delicadeza y en integridad.

Sus nombres caían musicalmente como finas y llenas notas de cantos de pájaro a través de la moteada luz del sol de un mundo joven; y él rumiaba proféticamente los tristes y perdidos gorjeos de sus nombres, sabiendo que nunca volverían. Herrick, Crashaw, Carew, Suckling, Campion, Lovelace, Dekker. ¡Oh dulce contento, oh dulce, oh dulce contento!

Leyó estantes enteros de novelas: todo lo de Thackeray, todos los cuentos de Poe y de Hawthorne, y Omoo y Typee de Herman Melville, que encontró en casa de Gant. Nunca había oído hablar de Moby Dick. Leyó media docena de obras de Cooper, todo lo de Mark Twain, pero no consiguió terminar un solo libro de Howells o James.

Leyó media docena de cosas de Scott, gustando sobre todo de Quentin Durward, porque las descripciones de las comidas eran más abundantes y apetitosas que todas las que había leído jamás.

Eliza fue de nuevo a Florida cuando tenía él catorce años y lo dejó a pensión con los Leonard. Helen navegaba a la deriva, con miedo y cansancio crecientes, por las ciudades del este y del medio oeste. Cantó varias semanas en un pequeño cabaret de Baltimore, se trasladó a Philadelphia y tocó tonadas en un maltrecho piano de la sección de música de unos almacenes baratos, sacando la reflexiva lengua mientras ensayaba nuevas partituras.

Gant le escribía puntualmente dos veces a la semana: un azul pero copioso cuaderno de existencia. En ocasiones, incluía pequeños cheques, que ella guardaba sin cobrarlos.

«Tu madre —escribía él—, se ha marchado de nuevo a Florida para una de sus quiméricas empresas, dejándome aquí solo para que me apañe, me hiele o me muera de hambre. Sabe Dios adónde iremos a parar antes de que termine este terrible, endiablado y maldito invierno, pero pronostico el asilo y las cocinas de caridad, como los tuvimos durante la administración Cleveland. Cuando mandan los demócratas, podemos empezar a contarnos las costillas. Los bancos no tienen dinero, la gente está sin trabajo. Fíjate en lo que te digo: todo irá a parar a la subasta del recaudador de impuestos, antes de que acaben con nosotros. La temperatura era de doce bajo cero cuando miré el termómetro esta mañana, y el carbón ha subido setenta y cinco centavos la tonelada. El soleado sur. No piséis la hierba, dijo Bill Nye. ¡Jesús! Ayer pasé por delante de la Southern Fuel Co. y vi al viejo Wagner en la ventana, con una diabólica sonrisa de regocijo en el semblante mientras observaba los sufrimientos de las viudas y los huérfanos. Poco le importa que todos mueran congelados. Bob Grady cayó muerto el martes por la mañana cuando salía del Citizen's Bank. Yo lo conocía desde hacía veinticinco años. No había estado un día enfermo en toda su vida. Todas las viejas caras conocidas se van, se van. El viejo Gant será el próximo. Desde que se fue tu madre, he estado comiendo en casa de la señora Sales. En tu vida habrás visto una mesa como la suya: profusión de frutas amontonadas en pirámides, ciruelas cocidas, melocotones y otros frutos confitados, grandes asados de cerdo, buey, cordero, tajadas frías de jamón y de lengua, y media docena de verduras en abundancia tal que no puede describirse. No sé cómo diablos puede darlo por treinta y cinco centavos. Eugene está con los Leonard durante la ausencia de tu madre. Yo lo llevo conmigo a la casa Sales una o dos veces a la semana, para que coma como es debido. Allí lo miran seriamente cuando ven entrar sus largas piernas. Sabe Dios dónde mete todo lo que come; jamás vi a nadie comer tanto como él. Supongo que en el colegio se alimenta de migajas. Tiene el aspecto flaco y hambriento de un Gant. Pobre chiquillo. Ya no tiene madre. Yo haré cuanto

pueda por él hasta que llegue mi hora. Leonard viene y lo pone por las nubes todas las semanas. Dice que no tiene igual en parte alguna. Todos los de la ciudad han oído hablar de él. Preston Carr (que sin duda será el próximo gobernador) me habló de él el otro día. Quiere que lo envíe a estudiar Derecho en la universidad del estado, donde hará amigos para toda la vida entre gente de su propio estado, y que después lo meta en política. Es lo que yo hubiese debido hacer. Voy a darle una buena educación. Lo demás será de su cuenta. Tal vez honre el apellido. Tú no lo has visto desde que se puso pantalones largos. Su madre eligió un hermoso traje en Moale's Christmas. Los llevó cuando fue a casa de Daisy por Navidad. Yo le compré unos baratos en Rackey Store, para el uso diario. Así podrá guardar los buenos para los domingos. Tu madre alquiló el Viejo Henil a la señora Revell hasta su regreso. El otro día estuve allí y lo encontré caliente por primera vez en mi vida. Ella tiene siempre encendido el horno y no teme consumir carbón. Casi no veo a Ben de una semana a otra. Llega a casa y merodea por la cocina a la una o a las dos de la mañana, y yo me levanto y salgo antes de que él se despierte. No hay manera de sacarle nada; nunca dice más de seis palabras, y si le preguntas amablemente algo, te corta en seco. Algunas veces lo veo en la ciudad con la señora P. a avanzadas horas de la noche. Andan juntos como ladrones. Supongo que ella es una mala pieza. Esto es todo por ahora. El domingo por la noche John Duke fue muerto a tiros por el detective del hotel de Whitstone. Estaba borracho y amenazaba con matar a todo el mundo. Algo muy triste para su esposa. Deja tres hijos. Ella vino hoy a verme. A él lo querían todos, pero era terrible cuando se emborrachaba. Mi corazón sangró por ella. Es una linda mujercita. El alcohol ha causado más desgracias que todos los otros males del mundo juntos. Maldigo el día en que lo inventaron. Te adjunto un pequeño cheque para que te compres un regalo. Sabe Dios adónde vamos a parar. Afectos. Tu padre, W. O. Gant.»

Ella guardaba cuidadosamente todas sus cartas, escritas en lustroso y grueso papel comercial, con los grandes ringorrangos políticos de su lisiada mano derecha.

Mientras tanto, en Florida, Eliza recorrió la costa de arriba abajo, observó reflexivamente la todavía poco desarrollada ciudad de Miami, encontró demasiado altos los precios en Palm Beach y demasiado caros los alquileres en Daytona, y al fin se dirigió al interior, hacia Orlando, donde, rodeados de lagunas enlazadas y de plantaciones de frutales cítricos, los Pentland esperaban su llegada; Pett, con un frío afán belicoso en el semblante, y Will con una mueca de irritante nerviosismo, mientras rascaba torpemente el escamoso herpes de su mano.



## VEINTICUATRO

John Dorsey se frotó reflexivamente el torso, desde la ingle hasta el mentón, con los dedos llenos de tiza.

—Bueno —gimió con atenta deliberación—, veamos qué dice él de esto.

Y manoseó sus notas.

Tom Davis volvió las enrojecidas mejillas hacia la ventana y una risa sofocada escapó de sus contraídos labios.

Guy Doak miró solemnemente a Eugene, frotándose el grave y pálido rostro con la mano abierta.

—Entgegen —dijo Eugene, con vocecilla ahogada—, sigue su objeto.

John Dorsey soltó una risita vacilante y meneó la cabeza, sin dejar de hurgar en sus notas.

—No estoy seguro de esto.

Fuertes carcajadas saltaron como sabuesos puestos en libertad. Tom Davis se dejó caer violentamente sobre su pupitre. John Dorsey levantó la cabeza, añadiendo incertidumbre a su falso regocijo.

De vez en cuando, y a pesar suyo, ellos le enseñaban un poco de alemán, idioma hasta entonces felizmente ignorado por él. La lección se había convertido para los chicos en una atracción cotidiana: la preparaban con loca intensidad, acelerando y puliendo sus traducciones para gozar con su azoramiento. A veces, deliberadamente, sazaban sus páginas con atrevidas y falsas lecturas, y otras interpolaban pasajes terriblemente absurdos, esperando entusiasmados la cautelosa corrección de una palabra que no existía.

—La luz de la luna fue subiendo lentamente por la silla en la que se sentaba el viejo, alcanzando sus rodillas, su pecho y por último... —Guy Doak miró taimadamente a su maestro—, dándole un buen puñetazo en un ojo.

—¡Nooo! —dijo John Dorsey, frotándose la barbilla—, no exactamente. «Dándole de lleno en el ojo» expresa mejor el concepto, creo yo.

Tom Davis hizo unos extraños ruidos guturales sobre su pupitre y esperó la clásica evasión. Esta llegó al momento.

—Vamos a ver —dijo John Dorsey, volviendo las páginas—, qué dice él acerca de esto.

Guy Doak garabateó un breve mensaje, hizo una bola con el papel y lo arrojó sobre el pupitre de Eugene. Eugene leyó:

Gebe mir ein Stück Papier.

O te daré un puntapié.

Eugene arrancó dos lisas hojas de su bloc y escribió como respuesta:

Du bist wie eine bum-me.

Leían pequeños relatos dulces y empalagosos, patéticas historias alemanas: Immensee y Höher als die Kirche, Der Zerbrochene Krug. Y después, Wilhelm Tell. El bello metro lírico del canto inicial, la canción irreal de la sirena al joven pescador, los obsesionaban con su música fantástica. El fuerte melodramatismo de algunas escenas era miel sobre hojuelas para ellos: devoraban ansiosamente la escena del flechazo en la manzana, y la escapada en barca. Todo lo demás era literatura griega, reconocían cansadamente. Pensaban que el señor Schiller estaba religiosamente impresionado, como Patrick Henry, George Washington y Paul Revere, por la belleza de la libertad. Su aguerrido suizo saltaba pesadamente de risco en risco, invocándola en pomposos discursos.

—Las montañas —observó John Dorsey, contagiado en un momento feliz por el genio del lugar— han sido sede tradicional de la libertad.

Eugene volvió la cara hacia los montes del oeste. Oyó a lo lejos un silbido, y un trueno remoto sobre los raíles.

Durante la ausencia de Eliza, compartió una habitación con Guy Doak.

Guy Doak tenía cinco años más que él. Era oriundo de Newark, Nueva Jersey: su habla tenía el acento nasal yanqui, y sus modales, la encrespadura yanqui. Su madre, dueña de una casa de huéspedes, había venido a Altamont uno o dos años atrás para restablecer su salud; estaba tuberculosa y pasaba parte del invierno en Florida.

Guy Doak tenía una figura proporcionada y garbosa, mediana estatura, cabellos negros, ojos brillantes y oscuros, cara ovalada y muy fina, que en cierto modo evocaba —pensaba Eugene— la panza de un pez, y la mandíbula inferior, demasiado ancha, daba la impresión de que las facciones inferiores fuesen más grandes que las superiores. Era afectadamente atildado en el vestir. La gente decía que era un chico guapo.

Tenía pocos amigos. Para los chicos del colegio de Leonard, este yanqui era mucho más remoto que el joven cubano Manuel Quevedo, que reservaba para las chicas sus fuertes y oscuras carcajadas y su habla entrecortada. Pertenecía a un sur más rico, pero ellos lo conocían.

Guy Doak no tenía nada de su floridez. Carecía de su franca violencia. No reía a carcajadas. Tenía una mentalidad aguda, brillante y algo superficial, inflexivamente dogmática. Sus compañeros eran malos románticos del sur; él

era un falso realista yanqui. De este modo llegaban, por diferentes caminos, a una meta común de superstición. Guy Doak se había endurecido ya en el molde de cinismo infantil del americano urbano. Ocasionalmente, se regocijaba con los otros muchachos a la manera clásica del hombre de la ciudad con los patanes del campo. Era prudente. Sobre todo, era prudente. Pensaba que lo más seguro era presumir que la verdad estaba siempre en el patíbulo y que el error había sido entronizado por toda la eternidad. Y así, lejos de deprimirlo la degollación de los inocentes, el espectáculo era para él una amarga diversión.

Aparte de esto, Guy era un buen muchacho, agudo, obstinado, inflexible y satisfecho de su ingenio. Vivían en el primer piso del colegio; por la noche, junto a la rugiente fogata de leña, escuchaban atentamente el sordo trueno de los árboles, y las pisadas siempre crujientes del director al bajar despacio la escalera y detenerse ante su puerta. Comían en la mesa con Margaret, John Dorsey, la señorita Amy, los dos niños, John Dorsey junior, de nueve años, y Margaret, de cinco, y dos sobrinos de Leonard, de Tennessee: Tyson Leonard, muchacho de dieciocho años, con cara de hurón, descarado y taimado en el hablar, y Dirk Barnard, de diecisiete, alto y delgado, de cara abollada, alegres ojos castaños y genio muy vivo. En la mesa, mantenían una correspondencia secreta de insinuaciones y movimientos disimulados, pinchando con un tenedor al gruñidor vecino, mientras John Dorsey bendecía la mesa, y atragantándose al contener la risa. Por la noche, imprimían mensajes en el suelo y en el techo, se deslizaban a hurtadillas hasta el ventilado y oscuro vestíbulo para charlar tontamente, y volvían corriendo a sus inocentes camas al caer John Dorsey sobre ellos.

Leonard luchaba duramente para sostener su pequeño colegio. Había tenido menos de veinte alumnos el primer año y menos de treinta el segundo. Con unos ingresos de no más de tres mil dólares tenía que pagar un pequeño salario a la señorita Amy, que había dejado una buena posición escolar para ayudarlo. La vieja casa, sobre la bella colina boscosa, tenía una anticuada instalación de tuberías y había corrientes de aire en sus pasillos. El alquiler era bajo, pero el rudo trato que daban treinta muchachos a las cosas entrañaba considerables gastos anuales de reparación. Los Leonard luchaban obstinada y valerosamente por su existencia.

La comida era escasa y modesta: para el desayuno, un plato de gachas de avena, azules y claras, huevos y tostadas; para el almuerzo, una sopa clara, pan de maíz caliente y agrio, y verdura hervida con un trozo de tocino; para la comida, bizcochos calientes, una pequeña tajada de carne y patatas con crema o hervidas. Nadie podía tomar café o té, pero no se escatimaba la lecha fresca y cremosa. John Dorsey tenía y ordeñaba una vaca. De vez en cuando, había un gordo pastel de superficie tostada, bollos calientes o pan de jengibre con

especias, confeccionados por Margaret. Era una espléndida cocinera.

Con frecuencia, Guy Doak salía de noche por la ventana, sin hacer ruido, al porche lateral, y escapaba carretera abajo al amparo del rumor de los árboles. Volvía de la población antes de dos horas deslizándose triunfalmente en la habitación, con una bolsa de bocadillos de salchichas calientes, untadas copiosamente con mostaza, cebolla picada y una salsa mexicana picante. Con un pícaro gruñido, sacaba dos cigarros de cinco centavos, y los fumaban solemnemente, con una viva impresión de riesgo, soplando el humo en la chimenea para frustrar una posible irrupción del maestro. Y Guy traía también, del viento y de la noche, el bueno y salobre hálito de los chismes de la calle y de las tiendas, noticias de la villa, y las bravatas de los galanes del colmado.

Mientras fumaban y comían los sabrosos bocadillos, se miraban y reían complacidos, interpretando así una loca sinfonía de carcajadas.

—¡Ríe, ríe! Es la risa del glotón.

—¡Eso tú, eso tú! Aunque ríes entre dientes.

—¡Ja, ja, ja! Me río de tu glotonería.

El fuerte calor de la leña ardiente llenaba agradablemente su habitación; sobre sus resguardadas cabezas, el oscuro y gigantesco viento aullaba al pasar. Oh, amor escondido, cálidamente resguardado contra esta noche de invierno. Oh, cálidas y lindas mujeres, ya estéis en una choza del bosque, o en la villa que se cierne sobre el mar gemebundo, cabalgando en el viento iré a vosotras.

Guy Doak se frotaba suavemente la panza con la mano derecha y se acariciaba despacio la barbilla con la izquierda.

—Quisiera saber —relinchaba—, lo que daría él por esto.

Sus risotadas retumbaban en las paredes. Demasiado tarde, oían las furtivas pisadas del maestro, crujiendo en el pasillo. Después... silencio, la oscuridad, el viento.

La señorita Amy cerró su pequeño y bien conservado libro de texto, estiró los grandes brazos y bostezó. Eugene la miró esperanzado, y miró también el patio de recreo enrojecido por el sol poniente. Era un chico turbulento, indomable, errático. Su lengua loca se desataba en clase. No podía estar tranquilo un día entero. Sorprendía a sus maestros. Estos lo querían, lo castigaban compasiva y afectuosamente. Nunca quedaba en libertad al terminar las clases. Siempre tenía que «quedarse».

John Dorsey anotaba cada brote de rebeldía, cada falta de aplicación, consignándolos minuciosamente en un libro. Cada tarde leía los nombres de los delincuentes, entre un grave murmullo de enfurruñadas protestas, y dictaba las penas. En una ocasión, Eugene aguantó un día entero sin una mala nota. Se

plantó triunfalmente ante Leonard, mientras el maestro examinaba el registro.

John Dorsey empezó a reír como un tonto; asió afectuosamente el brazo del chico.

—¡Bueno, señor! —dijo—. Tiene que haber un error. Te quedarás por cuestión de principios.

Dobló el cuerpo para lanzar una larga y húmeda carcajada. Los ojos turbulentos de Eugene se humedecieron con lágrimas de ira y de sorpresa. Nunca olvidaría esto.

La señorita Amy bostezó y le sonrió despacio, con acusado y afectuoso desdén.

—¡Vete! —le dijo, con su fuerte y perezoso acento—. No quiero más tonterías contigo. No vales la pólvora que se necesitaría para volarte en pedazos.

Margaret entró, fruncido el ceño entre los ojos oscuros como el humo, llena de tierna severidad y de risa contenida.

—¿Qué le pasa a ese truhan? —preguntó—. ¿No puede aprender álgebra?

—¡No puede! —dijo la señorita Amy, arrastrando las palabras—. ¡No puede aprender nada! Es perezoso, y nada más. Sencillamente perezoso.

Le golpeó vivamente las nalgas con una regla.

—Me gustaría calentarte un poco con esto —rio, lenta y sonoramente—. Entonces aprenderías.

—¡Alto! —dijo Margaret, moviendo la cabeza en ademán de protesta—. Deje en paz al chico. No mire detrás de las orejas del fauno. Y no se preocupe por el álgebra. Esta es solo para la pobre gente. No hace falta el álgebra donde dos y dos son cinco.

La señorita Amy volvió hacia Eugene sus bellos ojos de gitana.

—Vete. Ya te he visto bastante —dijo, con un brusco y cansado ademán de despedida.

Sin sombrero, Eugene lanzó un alarido, se precipitó a la puerta y saltó la barandilla del porche.

—¡Eh, muchacho! —le gritó Margaret—. ¿Y tu sombrero?

Él sonrió, galopó hacia atrás, cogió el raído y sucio sombrero de fieltro gris y lo caló sobre sus revueltos cabellos. Mechones rizados asomaron por los grandes agujeros.

—¡Ven aquí! —dijo seriamente Margaret.

Con dedos nerviosos, le ajustó la arrugada corbata, tiró de la chaqueta y le abrochó el abrigo, mientras él la observaba con su extraña sonrisa de diablillo. De pronto, se echó a reír.

—¡Cielo santo, Amy! —dijo—. Mire ese sombrero.

La señorita Amy sonrió, con indiferente y adormilado calor gatuno.

—Tienes que acicalarte, Gene —dijo—, para que las chicas empiecen a fijarse en ti.

Él oyó la extraña risa cantarina de Margaret.

—¿Se lo imagina cortejando? —dijo esta—. Seguro que la chica pensaría que tiene un demonio por galán.

Bajo la luna pálida acosado  
por quien llora al demonio enamorado.

Él la miró a la cara; una mirada que quemaba, de una belleza oscura y secreta.

—¡Vete, bribón! —ordenó Margaret.

Él se volvió y, ahogando un fuerte clamor en su garganta, corrió a largas zancadas por la carretera.

Todo el crepúsculo empañó sus ojos.

—¡Dejadlo solo! —murmuró ella, a nadie en particular—. ¡Dejadlo solo!

Un viento ligero de abril soplabá sobre la colina. Flotaba un olor a hojas quemadas alrededor del colegio. En el campo del flanco de la colina, detrás de la casa, un labrador conducía su gordo caballo, con las flojas y rechinantes correas, alrededor de un cuadrado cada vez menor de tierra seca y parda. ¡Arre! Sus fuertes pies seguían a la bestia. La reja mordía limpiamente el suelo, trazando un fértil y profundo surco de tierra joven y húmeda.

John Dorsey Leonard contemplaba fascinado desde la ventana el rejuvenecimiento anual de la tierra. Ante sus ojos, la ninfa descostraba su duro y agrietado pellejo de hechicera. Volvía la edad de oro.

En la carretera, una fila irregular de muchachos se había introducido por entero en el mundo de luz. Empapado en honrado sudor, el labrador se detuvo al dar la vuelta y se enjugó la perlada frente con la manga de su camisa azul. Mientras tanto, el inteligente animal, aprovechando el intervalo, levantó la orgullosa y ondeante cola con lenta majestuosidad y añadió su óbolo a la fertilidad del suelo con tres cagajones húmedos con sustancia de avena. John Dorsey lo observó y gruñó con aprobación. También sirven los que se quedan plantados y esperan.

—Por favor, señor Leonard —dijo Eugene, eligiendo cuidadosamente el momento—, ¿puedo irme?

John Dorsey Leonard se acarició distraídamente la barbilla y miró su libro sin ver. Otros aguantan nuestras preguntas; tú eres libre.

—¿Eh? —murmuró vagamente. Después, con una risita aguda y tonta, se volvió de pronto y dijo—: ¡Eres un bribón! Ve a ver si la señora Leonard quiere que te quedes.

Con extraña vehemencia, aumentó su brutal apretón sobre el brazo delgado del chico. Abril es el mes más cruel. Eugene se estremeció, se apartó y quedó un momento inmóvil, dominando su miedo con el recuerdo de la antigua rebelión.

Encontró a Margaret en la biblioteca, leyendo Los bebés del agua a los pequeños.

—El señor Leonard me ha dicho que le pregunte si puedo marcharme —dijo.

Los ojos de ella estaban totalmente oscurecidos.

—Sí, tunante. Vete —dijo—. Pero antes dime una cosa —añadió con zalamería—. ¿No puedes ser un poco mejor?

—Sí, señora —prometió ligeramente él—. Lo intentaré.

De nada le serviría luchar.

Ella sonrió al ver su vivo y encabritado nerviosismo.

—Te asarán como a un arenque en el infierno —le dijo con voz suave—. Vete de aquí.

Él se alejó saltando de aquel convento de pechos castos y mentes tranquilas.

Mientras bajaba corriendo la escalera del patio, oyó el solo de Dirk Barnard al chapotear feliz en la bañera. Dulce Támesis, sigue fluyendo hasta que termine mi canción. Tyson Leonard, después de haber registrado todos los rincones con una sonrisa de satisfacción, salió del corral con una gorra llena de huevos frescos. Le siguió un trémulo cacareo de protesta de las irritadas gallinas al descubrir, demasiado tarde, que los hombres son unos traidores. Junto al corral, debajo del cobertizo, Pap Rheinhart apretó la cincha de su yegua parda, saltó sobre la silla y, con gran ruido de herraduras, subió la cuesta, dio la vuelta detrás de la casa y alcanzó a Eugene.

—Sube, Gene —le invitó, dando unas palmadas en la ancha grupa de la yegua—. Te llevaré a casa.

Eugene lo miró, sonriendo.

—No me llevarás a ninguna parte —dijo—. La última vez no pude sentarme en una semana.

Pap soltó una carcajada.

—¡Oh, bah, muchacho! —dijo—. Aquello no fue más que un suave trotecillo.

—Pues dale el trote a tu abuela —dijo Eugene—. Trataste de matarme.

Pap Rheinhart volvió su torcido cuello hacia el muchacho, con grave y seco humor.

—Vamos —dijo ásperamente—. No voy a hacerte daño. Te enseñaré a montar a caballo.

—Muchas gracias, Pap —dijo irónicamente Eugene—, pero pienso usar mucho mi trasero cuando sea viejo. No quiero gastarlo ahora que soy joven.

Pap Rheinhart, divertido, rio a mandíbula batiente, escupió una parda mascada de tabaco por encima de la grupa de su montura y, picando vivamente de espuelas, galopó alejándose de la casa y hacia la carretera. La cabalgadura se doblaba furiosamente, como un perro saltarín. Sus cuatro pezuñas tonantes repicaban sobre la tierra sonora. *Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum.*

En la entrada de dos pilares, junto a la linde del obispo, los alumnos que salían se volvieron, se apartaron rápidamente a ambos lados y saludaron al jinete con un agudo griterío. Pap aflojó las riendas, se inclinó sobre la crin de la yegua y cruzó la puerta como una exhalación. Después, contuvo a su montura, que levantó una nube de polvo con los cascos, y esperó a los chicos.

—¡Eh! —gritó entusiasmado Eugene, bajando a la carretera para reunirse con ellos.

Sin volverse, el impasible Van Yeats levantó impacientemente una mano y saludó con una aclamación al muchacho no visto. Los otros se volvieron y lo acogieron con irónicas felicitaciones.

—«Highpockets» —dijo Doc Hines, frunciendo cómicamente su pequeño y rudo semblante—, ¿cómo has conseguido salir puntualmente?

Arrastraba las palabras y tenía la voz afectada y aguda de los negros. Cuando hablaba, tenía la mano en un bolsillo de su chaqueta y acariciaba una correa cargada con perdigones.

—J. D. tenía que hacer su arada de primavera —dijo Eugene.

—¡Pero si es el Guapo! —dijo Julius Arthur.



Sonrió oblicuamente, descubriendo una hilera de dientes manchados y sujetos con una grapa de alambre. Su cara estaba llena de pequeñas pústulas amarillas. ¿Cómo habría sido engendrado? ¿Cómo lo habrían alimentado?

—¿Cantamos nuestra cancioncilla al Guapo Hal? —dijo Ralph Rolls a su compañero Julius.

Llevaba un sombrero derby calado sobre el descarado y pecoso rostro. Mientras hablaba, sacó una tosca pastilla de tabaco de mascar del bolsillo y le dio un gran bocado con aire insolente de satisfacción.

—¿Quieres un pedazo, Jule? —dijo.

Julius tomó el pedazo, se enjugó los labios y, con sonrisa indiferente de macho, se llevó un buen trozo a la mejilla.

La boca se me hizo agua.

—¿Quieres tú, Highpockets? —preguntó, sonriendo, a Eugene.

Odio a quien quiera estirarme sobre el potro de tormento de su duro mundo.

—¡Caray! —dijo Ralph Rolls—. El Guapo se retorció y moriría si diese una mascada.

En primavera, mis enemigos despiertan como serpientes aletargadas.

Se detuvieron en la esquina de la calle Church, frente a la nueva imitación Tudor de la iglesia episcopaliana. Sobre ellos, en la colina, se alzaban las agujas de las iglesias metodista y presbiteriana. ¡Antiguas agujas, torres lejanas!

—¿Quién va en mi dirección? —dijo Julius Arthur—. Vamos, Gene. El coche está aquí. Te llevaré a casa.

—Gracias, pero no puedo —dijo Eugene—. Voy a la parte alta de la población.

Mirarán con curiosidad a Dixieland cuando yo salgo.

—¿Vas a casa, Villa?

—No —dijo Georges Graves.

—Bueno, cuidado de que no le pasa nada a Hal —dijo Ralph Rolls.

Julius Arthur rio ásperamente y pasó una mano por los cabellos de Eugene.

—El viejo Por-Un-Pelo de Hal —dijo—. ¡El destripador de SawTooth Gap!

—No dejes que se te suban a las barbas, hijo —dijo Van Yeats, volviendo

el rostro amable y apacible a Eugene—. Si necesitas ayuda, házmelo saber.

—Hasta luego, chicos.

—Hasta luego.

Cruzaron la calle, haciendo cabriolas y payasadas, y, pasada la iglesia, bajaron por una calle pendiente que llevaba a los garajes. George Graves y Eugene continuaron cuesta arriba.

—Julius es un buen chico —dijo Georges Graves—. Su padre gana más dinero que cualquier otro abogado de la población.

—Sí —dijo Eugene, pensando todavía en Dixieland y en sus burdos engaños.

Un barrendero caminaba cuesta arriba detrás del carro con su hondo depósito. De vez en cuando detenía el grande y lento caballo, y barriendo la basura de la acera y de la calzada con una escoba de mango largo y recogiénola con una pala, arrojaba el contenido dentro del carro. Que la ambición no se burle de su útil tarea.

Tres gorriones saltaban ligeros alrededor de tres bolas frescas de excremento de caballo, picando briznas con delicada glotonería. Espantados por el carro que se acercaba, se deslizaron ágilmente hacia la orilla con vivos chillidos de protesta. Quién fuese como vosotros, indómito, veloz, orgulloso.

George Graves subía la cuesta con ritmo lento y pesado, contemplando misteriosamente el suelo.

—Oye, Eugene —dijo al fin—. No creo que gane tanto.

Eugene reflexionó un momento. Con George Graves, había que reanudar la discusión donde la había dejado tres días antes.

—¿Quién? —dijo—. ¿John Dorsey? Sí, creo que sí lo gana —añadió, sonriendo.

—No más de dos mil quinientos, en el mejor de los casos —dijo ceñudamente George Graves.

—No; tres mil, ¡tres mil! —dijo Eugene, con voz ahogada.

George Graves se volvió hacia él, con una oscura e intrigada sonrisa.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Eres tonto, ¡tonto de remate! —jadeó Eugene—. Estuviste pensando en eso todo el tiempo.

George Graves rio tímidamente, confuso, con una risa franca.

En la cima de la colina, el órgano de la iglesia metodista tronaba lejano en el coro, con rimbombante unción, acompañado por una rica voz de contralto muy solicitada en los funerales. Mora conmigo.

Plañidera, la más musical, ¡llora de nuevo!

George Graves se volvió y examinó las cuatro grandes casas negras de Paston Place, que ascendían escalonadamente hasta la iglesia.

—Es una buena propiedad, Gene —dijo—. Pertenece al matrimonio de los Paston.

La tarde cae deprisa. La orgullosa ramera hincha el pecho, en las intrincaciones de un canto laborioso.

—Todo irá a pasar a Gil Paston algún día —dijo George Graves con virtuoso pesar—. Él no vale un comino.

Había llegado a lo alto de la colina. La calle Church terminaba, plana, una manzana más allá, en la estrecha hondonada de la avenida. Desde allí vieron, con el pulso acelerado, el pequeño bullicio de la población.

Un negro hurgaba suavemente en los redondos y gredosos macizos de flores del cementerio presbiteriano, agachándose de vez en cuando para cerrar delicadamente sus gruesos dedos sobre las raíces. La vieja iglesia, con su agudo campanario, se pudría lentamente, dignamente, prósperamente, como la vida de un hombre bueno, corroídos sus húmedos ladrillos por los líquenes. Eugene contempló agradecido, con momentáneo orgullo, su oscuro decoro, su sólida raigambre escocesa.

—Yo soy presbiteriano —dijo—. ¿Qué eres tú?

—Episcopaliano, cuando practico —dijo George Graves, con una risotada irreverente.

—¡Al diablo con los metodistas! —dijo Eugene, con semblante elegante y desdeñoso—. Son demasiado vulgares para nosotros. —Dios en tres personas, la Santísima Trinidad—. Hermano Graves —prosiguió, con voz untuosa—, no te vi en los rezos del miércoles por la noche. En nombre de Dios, ¿dónde estabas?

Dio un fuerte golpe con la palma de la mano entre los carnosos hombros de George Graves. Este se tambaleó como borracho, lanzando estruendosas carcajadas.

—Bueno, hermano Gant —dijo—. Tenía una pequeña cita con una de las buenas hermanas, en el corral de las vacas.

Eugene se abrazó locamente a un poste del teléfono y pasó eróticamente una pierna sobre la segunda cuña-escalón. George Graves apoyó uno de sus

fuertes hombros en el poste, pues la risa le impedía sostenerse sobre sus gruesas piernas.

Salió un fuerte chorro de vapor de la lavandería de los Appalaches, al otro lado de la calle, y al abrirse la puerta de la oficina de la lavandería, tuvieron la visión fugaz de una negra metiendo los mojados brazos en el líquido que empapaba las ropas.

George Graves se enjugó los ojos. Riendo cansadamente, cruzaron la calle.

—No deberíamos hablar así, Gene —dijo George Graves, en son de reproche—. ¡En serio! No está bien.

Rápidamente, adoptó una expresión afectadamente grave.

—Los mejores de la población son miembros de la iglesia —dijo seriamente—. Y es bueno serlo.

—¿Por qué? —preguntó Eugene, con vana curiosidad.

—Porque así conoces a toda la gente que vale un maldito centavo —respondió George Graves.

«Que vale que la maldigan», pensó rápidamente. Una idea curiosa.

—Es una buena ayuda para los negocios. La gente te conoce y te respeta. En esta ciudad, Gene, no puedes ir muy lejos sin ellos. Ser cristiano es remunerador —añadió devotamente.

—Sí —convino seriamente Eugene—, tienes razón.

Caminar juntos hacia la iglesia, en buena compañía.

Pensó tristemente en su antigua templanza, y en cómo antes caminaba solitario por las honradas sendas de la ciudad escocesa de Dios. Sin que las llamara, acudieron a su memoria las caras afeitadas de los buenos comerciantes, cada uno de ellos dirigiendo el limpio reino de su hogar en su ritual sumiso —débiles y mudas sonrisas de adoración, pasión encadenada de devoción—, mientras imploraban la benevolencia de Dios para sus empresas, o entregaban sus hijas vírgenes en el sagrado trueque del matrimonio. Y desde los todavía más profundos recovecos de su cerebro, nadaban lentamente hacia las playas de su antiguo afán los grandes peces cuyos nombres apenas conocían, cuyos nombres recogidos con ciego esfuerzo de mil libros, desde Agustín, un nombre por sí mismo, hasta Jeremy Taylor, el metafísico inglés, eran breves evocaciones de luz escaldada, eléctrica, fosforescente, que iluminaba con sus mágicas connotaciones las grandes y remotas profundidades del ritual y de la religión. Llegaban —Bartolomé, Hilario, Crisóstomo, Policarpo, Antonio, Jerónimo, y los cuarenta mártires de Capadocia que caminaron sobre las olas— enroscados como sus propias sombras verdes, y

desaparecían al instante.

—Además —dijo George Graves—, habría que ir de todos modos. La honradez es la mejor política.

Al otro lado de la calle, en la segunda planta de una casita de ladrillos de tres pisos, que albergaba a varios miembros de las profesiones jurídica, médica, quirúrgica y odontológica, el doctor H. M. Smathers golpeó vigorosamente el suelo con el pie derecho, tomó una bola de algodón de manos de su ayudante, la señorita Lola Bruce, e introduciéndola con firmeza en la boca de su paciente invisible, inclinó resueltamente la noble y calva cabeza. Una ligera brisa levantó las finas cortinas y descubrió al hombre, con su chaqueta blanca, competente, empuñando la broca.

—¿Siente algo? —preguntó, afectuosamente.

—¡Grog gru glu...!

—¡Escupa!

Conversando, uno se olvida del tiempo.

—Supongo —dijo reflexivamente George Graves— que el oro que emplean en los dientes de la gente debe valer mucho dinero.

—Sí —dijo Eugene, encontrando atractiva la idea—, si solo una persona de cada diez lleva dientes de oro, hay diez millones de ellas solo en Estados Unidos. Imagínate que cada pieza vale cinco dólares.

—Desde luego —dijo George Graves—. Y más aún —calculó complacido unos momentos—. Esto significa muchísimo dinero —dijo.

En la oficina de la empresa de Pompas Fúnebres Rogers-Malone se hallaba reunida la doliente familia de la muerte. Horse Hines, arrellanado en un sillón basculante, con los pies sobre el ancho antepecho de la ventana, charlaba perezosamente con el señor C. M. Powell, su tranquilo y silencioso socio. Los bravos duermen y descansan. No los olvidéis aún.

—Las pompas fúnebres son un buen negocio —dijo George Graves—. El señor Powell es rico.

Eugene tenía la mirada fija en la cara fantasmagórica de Horse Hines. Azotó el aire con un brazo convulso y hundió los dedos en su cuello.

—¿Qué te pasa? —gritó George Graves.

—No me enterrarán vivo —dijo Eugene.

—Nunca se sabe —dijo lúgubrementemente George Graves—. Se han dado casos. Al sacarlo más tarde, se ha visto que el muerto se había vuelto boca abajo.

Eugene se estremeció.

—Creo —sugirió tristemente—, que te sacan las entrañas cuando te embalsaman.

—Sí —dijo George Graves, más esperanzado—. Y lo que te meten en el cuerpo te mataría de todos modos. Te lo llenan de ello.

Eugene reflexionó, con el corazón encogido. El fantasma del antiguo miedo, dormido durante años, volvió a acosarlo.

En sus viejas fantasías sobre la muerte, había visto cómo lo enterraban vivo, había previsto su despertar de la muerte, sus lentos y vanos esfuerzos por apartar el asfixiante alud de tierra, y sus mudos y rígidos dedos emergiendo del suelo en busca de una mano, como se agarra al aire el nadador que se ahoga.

Fascinados, observaron a través de las persianas el oscuro corredor central, flanqueado de macetas de helechos llorones. Un dulce y fúnebre olor a claveles y madera de cedro flotaba en el aire fresco y pesado. Vagamente, detrás de una mampara central, vieron un pesado ataúd sobre una mesa con ruedas, un ataúd con asas de plata y cubierto con un paño de terciopelo. Allí la espesa luz se desvanecía en sombra.

—Los preparan en la habitación de atrás —dijo George Graves, bajando la voz.

Pudrirse en una flor, fundirse en un árbol con los cuerpos sin amigos de hombres no enterrados.

En este momento, después de dar al dolor todo lo que tenía, (una lágrima), el reverendísimo padre James O'Haley, S. J., único entre los fieles sin fe, inmovible, imperturbable, impertérito, salió resueltamente de la capilla, caminó sobre la blanda alfombra del pasadizo con vivas y breves zancadas, y salió a la luz. Sus pálidos ojos azules pestañearon rápidamente un instante; su cara rolliza y sin arrugas adoptó una sonrisa de tranquila benevolencia; se cubrió con un bien cuidado bonete de terciopelo negro, y echó a andar en dirección a la avenida. Eugene retrocedió cortésmente al pasar el hombrecillo junto a él: la menuda figura sacerdotal vestida de negro llevaba el tremendo espaldarazo de su gran señora; con su suave semblante, había oído lo indecible, visto lo ignoto. En esta remota avanzada de la poderosa Iglesia, era el portaestandarte de la única fe verdadera, la carne consagrada por Dios.

—No reciben ninguna paga —dijo tristemente George Graves.

—Entonces, ¿cómo viven? —preguntó Eugene.

—¡No te preocupes! —dijo George Graves, con sonrisa de buen conocedor—. Cogen todo lo que les dan. Ese no parece estar muerto de hambre,

¿verdad?

—No —dijo Eugene—, no lo parece.

—Goza de todo lo bueno —dijo George Graves—. Vino en todas las comidas. Hay algunos católicos ricos en esta población.

—Sí —dijo Eugene—. Frank Moriarty tiene un montón de dinero que ganó vendiendo licor.

—Que no te oigan —dijo George Graves, con una agria risa—. Tiene árbol de familia y un escudo nobiliario.

—Una botella de cerveza rampante sobre campo de gules de queso limburgués —dijo Eugene.

—Están tratando de meter a la princesa Madeleine en sociedad —dijo George Graves.

—¡Por todos los diablos! —gritó Eugene, haciendo un guiño—. Que la metan, si es todo lo que ella quiere. Nosotros pertenecemos al Club de Jóvenes, ¿no?

—Tal vez tú —dijo George Graves, desternillándose de risa—, pero no yo. No quiero que me maten como a uno de esos chulillos.

—El señor Eugene Gant dio anoche un banquete de salchichas a los miembros del Club de Jóvenes local, en Dixieland, la hermosa mansión ancestral de su madre, la señora Eliza Gant.

George Graves se sobresaltó.

—No deberías decir esto, Gene —farfulló, meneando la cabeza en ademán de censura—. Tu madre es una buena mujer.

—En el curso de la velada, el honorable George Graves, talentado retoño de una de nuestras más antiguas y ricas familias, los Graves de Chesterfield (10 dólares a la semana y más), dio un breve recital de piezas escogidas con su arpa judía.

Deteniéndose deliberadamente, George Graves se enjugó los chorreantes ojos y se sonó la nariz. En el escaparate de la tienda de sombreros de Bain, una ninfa de cera llevaba un tocado de vistosas plumas sobre sus falsas trenzas y extendía los delicados dedos en elegante equilibrio. Sombreros para milady. Aquellos labios parecían hablar.

En este momento, con una suave fricción de grupas al trote, el coche fúnebre de Rogers-Malone dobló rápidamente la esquina de la avenida, con fuerte ruido de cascos. Los dos chicos se volvieron con curiosidad y vieron que se detenía junto al bordillo.

—Otro piel roja ha mordido el polvo —dijo George Graves.

Ven, dulce muerte, llega serenamente, llega.

Horse Hines salió rápidamente sobre sus largas y batientes piernas, y abrió la puerta de atrás del coche. Un momento después, con ayuda de los dos que iban en el pescante, sacaron cuidadosamente la larga cesta de mimbre y desaparecieron, silenciosa y gravemente, en la olorosa penumbra del establecimiento.

Mientras observaba, Eugene se sintió invadido por la vieja impresión de fatalidad del lugar. «Diariamente —pensó—, pasamos por el sitio donde algún día tendremos que morir. ¿O entraré también yo, muerto, en algún triste edificio aún desconocido? Este barro tan vivo, ligado a los montes, ¿morirá en una vivienda aún por construir? Y estos ojos, empapados en visiones aún no vistas, llenos del viscoso e infinito mar al amanecer y de la triste comodidad de Arcadias no alcanzadas, ¿sellarán sus fríos sueños muertos al filo de un instante como este, en algún pueblo cálido de las llanuras?»

Captó y fijó el momento. Un mensajero de telégrafos llegó de la avenida pedaleando vigorosamente, describió una curva salvaje para entrar en el callejón de la derecha y levantó bruscamente la rueda delantera al arrimarse al bordillo y detenerse ante la entrada de los chicos del reparto. Y viaja sin descanso por tierra y por mar. Deberías estar vivo en esta hora, Milton.

Bajando lentamente la oscura escalinata del edificio Medical, la señora Thomas Hewitt, agraciada esposa del eminente abogado (de Arthur, Hewitt y Grey), salió a la luz y avanzó despacio en dirección a la avenida. Henry T. Merriman (de Merriman y Merriman) y el juez Robert C. Allan, colegas de su marido, la saludaron con sendos y corteses sombrerazos. Ella sonrió y les echó sucesivamente una rápida mirada. Una carne agradable. Cuando hubo pasado, ellos se volvieron para mirarla un momento. Después reanudaron su conversación jurídica.

En el tercer piso del edificio del First National Bank, en la esquina de la derecha, Fergus Paston, de cincuenta y seis años, boca fina y licenciada entre patillas de un gris acerado, apoyó la erguida pierna en la ventana abierta y siguió los movimientos de la señorita Bernie Powers, de veintidós años, al cruzar la calle. Incluso nuestras cenizas guardan latente el fuego.

En la esquina opuesta, la señora Roland Rawls, esposa del gerente de Peerless Pulp Company (planta 3ª) e hija de su dueño, salió del rico encierro de Arthur N. Wright, joyero. Cerró su monedero de plata y subió al Packard que la esperaba. Era una mujer alta y de negros cabellos, de treinta y tres años y buena figura; su cara era opaca, vulgar, del medio oeste.

—Es la que tiene el dinero —dijo George Graves—. Él no tiene una perra.



Todo está a nombre de ella. Quiere ser cantante de ópera.

—¿Sabe cantar?

—No vale nada —dijo George Graves—. La he oído. Pero ahí tienes una oportunidad, Gene. Tiene una hija más o menos de tu edad.

—¿Qué hace? —preguntó Eugene.

—Quiere ser actriz —dijo George Graves, riendo con ganas.

—Hay que trabajar demasiado para ganar dinero —dijo Eugene.

Habían llegado al rincón del banco, y ahora se detuvieron indecisos, mirando la fresca hondonada de la tarde. Zumbaba en la calle un enjambre de ociosos ligeramente alegres; las caras de las vírgenes resplandecían y se extinguían como flores de un arbusto. Desde una distancia de tres metros, vio Eugene avanzar sobre él, a una pulgada por segundo, el pesado cuerpo paralizado del viejo señor Avery. Era un gran erudito, sordo como una tapia y de setenta y ocho años de edad. Vivía solo en una habitación sobre la Biblioteca Pública. No tenía amigos ni conocidos. Era un mito.

—¡Dios mío! —dijo Eugene—. ¡Ahí viene!

Era demasiado tarde para escapar.

Farfullando un saludo, el señor Avery cayó sobre él, arrastrando ruidosamente los pies y apoyándose a la manera de los paralíticos en el pesado bastón, que le permitió salvar los tres metros en cuarenta segundos.

—Bueno, jovencito —jadeó—, ¿cómo va el latín?

—Muy bien —gritó Eugene a su colorada oreja.

—Poeta nascitur; non fit —dijo el señor Avery, con una risita sofocada y silenciosa que se convirtió en un ataque de tos que pareció que iba a ahogarlo.

Sus ojos se salieron de sus órbitas, la suave piel rosada adquirió un tono carmesí, y un estertor flemático reveló su pánico, mientras la blanca mano de pato buscaba un pañuelo, temblando frenéticamente. La gente se agrupó a su alrededor. Eugene sacó rápidamente un pañuelo sucio del bolsillo del viejo y se lo puso en la mano. El viejo arrancó una masa podrida de sus convulsos órganos y jadeó deprisa, para recobrar el aliento. El grupo se dispersó, con cierta desilusión.

George Graves sonrió tristemente.

—Esto es mala cosa —dijo—. No deberías reírte, Gene.

Y se volvió, murmurando.

—¿Sabes conjugar? —jadeó el señor Avery—. Mira cómo aprendí yo:

Amo, amas,

Amo a una moza.

Amat,

Él la ama también.

Sacudido por temblores de risa, siguió su camino. Como solo podía apartarse de ellos pulgada a pulgada, ellos lo siguieron varios metros hasta el bordillo. ¡Haceos viejos conmigo!

—Es una vergüenza —dijo George Graves, mirándolo y meneando la cabeza—. ¿Adónde irá?

—A cenar —dijo Eugene.

—¡A cenar! —dijo George Graves—. Solo son las cuatro. ¿Dónde come?

—En el Uneeda —dijo Eugene, empezando a atragantarse—. Tarda dos horas en llegar allí.

—¿Va todos los días? —preguntó George Graves, empezando a reír.

—Tres veces al día —gritó Eugene—. Pasa toda la mañana yendo a almorzar, y toda la tarde yendo a comer.

Una risa sofocada brotó entre sus cansadas mandíbulas. Suspiraron los dos como currucas.

En este momento, abriéndose vivamente paso entre la muchedumbre, con un fuerte y alegre saludo a cada cual, el señor Joseph Bailey, secretario de la cámara de comercio de Altamont, bajito, ancho y colorado, pasó junto a ellos agitando afectuosamente una mano.

—¡Hola, muchachos! —gritó—. ¿Cómo va todo? —Pero, antes de que pudiesen responderle, se alejó moviendo animosamente la cabeza con viva aprobación—. Así me gusta.

—¿Qué es lo que le gusta? —dijo Eugene.

Pero antes de que George Graves pudiese contestar, el gran especialista en vías respiratorias, doctor Fairfax Grinder, vástago de una de las más viejas y orgullosas familias de Virginia, llegó a toda velocidad desde la calle Church, con el nervudo cuerpo de dos metros enroscado en el asiento delantero de su gran Buick descapotable. Maldiciendo en general a toda la rastrera chusma de confederados y yanquis de posguerra, con algún paréntesis especial para los judíos y los negros, lanzó el coche sobre la figura regordeta de Joe Zamschnick, artículos para caballeros («A solo un palmo de la plaza»).

Joseph, a dos metros de un lugar seguro, lanzó un grito furioso y se arrojó

de cabeza sobre la acera. Cayó a cuatro patas, pero por su propio impulso.

—¡Maldición! —dijo Eugene—. Ha vuelto a fallar.

¡Y era verdad! El fino labio superior del doctor Fairfax Frinder se contrajo debajo del erizado bigote y sobre los dientes amarillos. El hombre pisó el freno e imprimió un brusco giro al coche con una vuelta completa de sus largos brazos. Después salió zumbando entre el tráfico despavorido, en una nube azul y grasienta de gasolina y de caucho quemado.

Joe Zamschnick se enjugó frenéticamente la calva cabeza con un pañuelo de seda y reclamó a gritos el testimonio del público.

—¿Qué le habrá pasado hoy? —dijo, contrariado, George Graves—. Generalmente los persigue sobre la acera si no puede pillarlos en la calzada.

Al otro lado de la calle, atrayendo solamente alguna lánguida mirada de los ociosos indígenas, el honorable William Jennings Bryan se detuvo con benevolencia ante los escaparates de la librería de H. Martin Grimes, dejando que la traviesa brisa jugase complacida con sus famosos rizos. Los cabellos enredados de Nerea.

El congresista observó minuciosamente los libros expuestos en el escaparate, entre los que había varios ejemplares de Antes de Adán, de Jack London. Después entró y eligió una docena de vistas de Altamont y de los montes circundantes.

—Es posible que venga a vivir aquí —dijo George Graves—. El doctor Doak le ha ofrecido una casa y un pedazo de tierra en Doak Park.

—¿Por qué? —dijo Eugene.

—Porque la propaganda valdría mucho en la villa —respondió George Graves.

Un poco delante de ellos, la señorita Elizabeth Scragg, la impávida hija del deseo, salió del Woolworth's Five and Ten Cent Store y echó a andar en dirección a la plaza. Correspondió con una sonrisa al afectado saludo de Big Jeff White, el gigante dueño de la mitad del hotel Whitstone, cuya fortuna había empezado cuando se había negado a devolver a su viejo camarada, Dickson Reese, el malversador cajero, noventa mil dólares del botín que le había sido confiado. Entre bobos anda el juego. Quien roba a un ladrón... El dinero hace al hombre entero.

La sombra de casi dos metros se deslizó despacio delante de ellos. Y el hombre corpulento de fina barbilla y panza ceñida con ancho cinturón pasó haciendo chirriar sus zapatones.

También al otro lado de la calle, delante de los escaparates de la Van W.

Teats Shoe Company, el reverendo J. Brooks Gall, graduado en Amherst (1961) y el Deke más fiel de todos los tiempos, interrumpió su viva andadura y endilgó un animado monólogo a tres de sus compañeros boy scouts; los señores Lewis Monk, de diecisiete años, Bruce Rogers, de trece, y Malcolm Hodges, de catorce. Nadie conocía como él el corazón de los muchachos. Al parecer, también él lo había sido antaño. Y así, cuando una anécdota brillante sugería o iba seguida de otra media docena, los chicos sonreían sumisamente y con el debido respeto, desde el otro lado de la barrera levantada por el erizado y blanco bigote, a la brillante hilera de sus dientes postizos. Y, con ruda pero afectuosa camaradería, se interrumpía él de vez en cuando para decir «¡Viejo Male!» o «¡Viejo Bruce!», agarrando con fuerza el brazo del oyente y sacudiéndolo con delicadeza. Pálidamente, sobre sus inquietos pies, los chicos sonreían y se miraban de reojo, proyectando la escapada.

El señor Buse, comerciante de alfombras orientales, apareció en la esquina de la calle Liberty. Su ancha cara morena estaba surcada de sonrisas persas. He aquí un viajero de una tierra antigua.

En el Bijou Cafe para Damas y Caballeros, Mike, el encargado del mostrador, apoyó los velludos brazos sobre el mármol y acercó sus cejas de dos centímetros de grueso a un ejemplar de Atlantis de la semana pasada. Hoy pollo frito con batatas. Salve, espíritu gozoso, pájaro que nunca fuiste. Una mosca solitaria voló rápidamente alrededor de la tapadera de una bandeja donde se encenagaba un pastel relleno de picadillo. Había llegado la primavera.

Mientras tanto, después de haber hecho por dos veces el trayecto de ida y vuelta a pie desde la plaza hasta la oficina de correos, las señoritas Christine Ball, Viola Powell, Aline Rollins y Dorothy Hazzard, fueron abordadas, delante del Wood's Drug Store, por Tom French, de diecisiete años, Roy Duncan, de diecinueve, y Carl Jones, de dieciocho.

—¿Adónde diablos vais? —preguntó Tom French, con insolencia.

—¡Eh... no! —dijeron ellas al unísono.

—El heno está a siete dólares la tonelada —dijo Roy Duncan, y estalló inmediatamente en una carcajada que fue coreada alegremente por todos los demás.

—¡Estáis locos! —dijo afectuosamente Viola Powell.

—Decidme, hijas de mercaderes, si visteis otra criatura tan linda e inteligente como ella.

—Señor Duncan —dijo Tom French, volviendo la orgullosa y ominosa cara a su mejor amigo—, permítame presentarle a una amiga mía, la señorita

Rollins.

—Creo que conocí a ese caballero en otro sitio —dijo Aline Rollins, y otro esplendor se encendió en su boca.

—Sí —dijo Duncan—. Voy allí a menudo.

La cara menuda, pecosa y traviesa, se arrugó de nuevo con su risa estridente. Yo nunca podría ser así. Entraron en el establecimiento, punto de reunión de los vecinos, a través de un grupo de galanes ociosos.

El señor Henry Sorrell (Puede Hacerse) y el señor John T. Howland (Vendemos Muchísimo de Muchísimas Cosas), emergieron de la sombría penumbra del edificio Gruner, más allá de la joyería de Arthur N. Wright. Cada uno observaba las subdivisiones del corazón del otro; sus ojos conservaban la gran visión de la guardada fortaleza al girar rápidamente hacia la calle Church, donde estaba aparcado el Hudson de Sorrell.

Vestido de blanco, ligeramente barrigudo, de grandes y anchos pies, cara de luna, roja y afeitada, y abundantes cabellos de color castaño claro, el reverendo John Smallwood, pastor de la Primera Iglesia Baptista, caminó pesadamente calle arriba, saludando calurosamente a sus feligreses y esperando ver a su piloto cara a cara. Pero, en vez de este, se encontró con el honorable William Jennings Bryan, que salía despacio de la librería. Los dos íntimos amigos se saludaron afectuosamente, y con una firme amistosa imposición de manos, se dieron recíprocamente la cristiana ayuda de un benévolo exorcismo.

—Precisamente el hombre al que buscaba —dijo el hermano Smallwood.

En silencio, lentamente, se estrecharon las manos durante varios segundos. El silencio se lo agradeció.

—Esto —observó el diputado con grave humorismo— es lo que pensé que me decía el gran pueblo americano en tres ocasiones.

Era su chanza predilecta, madura de sabiduría, sazónada por los años y, sin embargo, tan característica del hombre. Las profundas arrugas alrededor de su boca se estiraron en una sonrisa. Nuestro maestro: famoso, tranquilo y muerto.

Con andadura de gato con suelas de goma, el profesor L. B. Dunn, director de la Escuela Pública número 3, de la avenida Montgomery, salió de la larga y oscura librería. Sonrió fríamente a los dos hombres, frunciendo los ojillos penetrantes bajo las gafas. La delatora cubierta de La nueva república asomaba en su bolsillo. Bajo el flaco y pecoso brazo llevaba nuevas ediciones de La gran ilusión, de Norman Angell, y de El antiguo agravio, de Owen Wister. Abogado durante toda su vida de la unión de las dos grandes naciones de habla inglesa (sic) en una lucha irresistible por la paz, la verdad y la justicia, con

benévola pero firme autoridad sobre los elementos menos responsables de la civilización, pasó, ese hombre católico, agradablemente dedicado a la brava aventura de las mentes y a la salvación de la humanidad. ¡Ah, sí!

—¿Qué tal les va a usted y a la buena señora su estancia en la Tierra del Cielo? —dijo el reverendo John Smallwood.

—Nuestra única contrariedad —dijo el congresista— es que nuestra visita solo pueda medirse por días y no por meses. Mejor dicho, por años.

Richard Gorman, de veintiséis años, reportero urbano de The Citizen, subió rápidamente por la calle, levantada la orgullosa y fría nariz, husmeando noticias. La complaciente sonrisa de sus duros labios se ablandó en servilismo.

—Hola, Dick —dijo John Smallwood, estrechándole afectuosamente la mano y apretándole un brazo—. Precisamente el hombre al que buscaba. ¿Conoces al señor Bryan?

—Como colegas periodistas —dijo el congresista—, Dick y yo somos buenos amigos desde... ¿cuántos años, muchacho?

—Creo que tres, señor —dijo el muchacho, ruborizándose delicadamente.

—Ojalá hubieses estado aquí, Dick —dijo el reverendo Smallwood—, para oír lo que dijo el señor Bryan de nosotros. La buena gente de esta ciudad debería sentirse orgullosa de sus palabras.

—Desearía otra declaración de usted antes de que se marche, señor Bryan —dijo Richard Gorman—. Circula el rumor de que piensa vivir con nosotros en el futuro.

Interrogado por un reportero del Citizen, el señor Bryan no quiso confirmar ni negar el rumor.

—Quizá pueda hacer una declaración más adelante —observó, con significativa sonrisa—, pero de momento solo puedo decir que, si me hubiese sido dado escoger el lugar de mi nacimiento, no habría encontrado un sitio mejor que esta maravilla de la naturaleza.

«El Paraíso Terrenal», piensa el congresista.

—Viajé mucho en mis buenos tiempos —prosiguió el hombre que había sido elegido tres veces por un gran partido para luchar por el más alto honor que puede otorgar el pueblo—. Fui desde los bosques de Maine hasta las arenas bañadas por las olas de Florida, desde Hatteras hasta Halifax, y desde las cimas de las Rocosas, hasta los parajes donde fluye la túrgida corriente del Missouri, pero he visto pocos lugares que iguallen, y ninguno que supere, la belleza de este Edén de montaña.

El reportero tomó rápidamente nota.

Los años de gloria volvieron al político sobre el fuerte oleaje de la retórica: los grandes días perdidos de la primera cruzada, cuando los barones del dinero temblaban bajo la sombra de la Cruz de Oro, y ¡Bryan!, ¡Bryan!, ¡Bryan!, ¡Bryan!, pasaba sobre el país con brillo de cometa. Antes de que fuese viejo. Mil ochocientos noventa y seis. ¡Ay, terrible antes, que me dice que pasó la juventud!

Previsión de Amanecer de la Era Nueva.

Al insistir el reportero sobre sus futuros planes, el señor Bryan respondió:

—Mi agenda está completamente llena para los meses venideros; tengo concertados discursos que me llevarán de un extremo a otro del país, en mi lucha por la reducción de los grandes armamentos que constituyen el principal obstáculo al reinado de la paz en el mundo y de la buena voluntad entre los hombres. Después, ¿quién sabe? —preguntó, con una de sus famosas sonrisas—. Quizá volveré a esta hermosa región y reanudaré mi vida entre mis buenos amigos de aquí, como el hombre que, después de haber luchado por la buena causa, merece pasar los años menguantes de su existencia, no ya a la vista, sino dentro de los verdaderos límites de la tierra feliz de Canaán.

Preguntado si podía predecir con alguna certidumbre la fecha de su proyectado retiro, el congresista respondió, característicamente, con la siguiente y hermosa cita de Longfellow:

Cuando no suene ya el tambor de guerra,  
y las banderas bélicas se plieguen,  
en el que Parlamento de los hombres  
será, Federación del mundo

La mágica célula musical —piano eléctrico— del trivial y embaldosado vestíbulo del cine predilecto de Altamont, el Ajax, dejó de tocar con firme y metálica brusquedad, zumbó ominosamente unos segundos y, sin avisar, empezó de nuevo. It's a long way to Tipperary. El mundo se estremeció con las pisadas de los hombres en marcha.

La señorita Margaret Blanchard y la señora C. M. McReady, drogada esposa del droguero, cuya blanca y picada piel y cuyos ojos brillantes, abiertos y soñolientos, revelaban un consumo demasiado frecuente de dulce rocío, salieron del cine y se dirigieron al colmado de Wood.

Hoy: Maurice Costello y Edith M. Storey, en Arroja el salvavidas, producción Vitagraph.

Torcidos los ojos, balanceando su cabezota de idiota y luciendo el sombrero de paja de ala ancha con que se cubría en invierno y en verano,

Willie Goff, vendedor de lápices, pasó a sacudidas, torciendo hacia dentro su lisiado pie derecho. Los dedos de su descarnada mano apuntaban rígidamente en su propia dirección, señalándose, tocándose, mientras andaba muy estirado y como a tirones, en una horrible parodia de vanidad. Un pañuelo chillón, con dibujos azules, amarillos y escarlata, pendía como una cascada de colorines del bolsillo del pecho sobre la ceñida chaqueta Norfolk gris, y otro pañuelo, de seda, a rayas rojas y anaranjadas, envolvía flojamente su cuello y caía sobre los estrechos hombros. En la solapa, un enorme clavel rojo. Su cara delgada, bajo el abultado cráneo redondo, hacía constantemente muecas, inundando sus facciones con amplias, susurrantes, contenidas y reiteradas sonrisas de idiota. Pues aunque viviese mil años, nunca le faltaría el humor. Saludó con entusiasmo y lengua estropajosa a varios transeúntes, que le sonrieron afectuosamente, y siguió su camino hacia Wood's, donde fue recibido con fuertes vítores y carcajadas por un grupo de jóvenes que haraganeaban en el extremo del mostrador. Estos se agruparon ruidosamente a su alrededor, dándole palmadas en la espalda y arrastrándolo hacia el bebedero. Complacido, él los miraba con cariño y gratitud. Se sentía conmovido y feliz.

—¿Qué vas a tomar, Willie? —dijo el señor Tobias Pottle.

—Una cola —dijo Willie Goff al sonriente camarero—, una cola con lima.

Pudge Carr, el hijo del político, rio estruendosamente.

—¿Quieres una cola con lima, Willie? —dijo, dándole un fuerte golpe en la espalda.

Su cara tosca y estúpida adoptó una expresión cortés.

—Toma un cigarrillo, Willie —dijo, ofreciendo el paquete a Willie Goff.

—¿Qué va a tomar usted? —preguntó el camarero a Toby Pottle.

—Ponme también una cola.

—Yo no quiero nada —dijo Pudge Carr.

Esas bebidas aturdían noblemente, no enloquecían.

Pudge Carr acercó una cerilla encendida al cigarrillo de Willie, guiñando lentamente un ojo a Brady Chalmers, un tipo alto y guapo, de cabellos negros y cara larga y morena. Willie Goff chupó el cigarrillo y lo encendió, chascando los secos labios. Tosió, se quitó el cigarrillo de la boca, lo sostuvo torpemente entre el pulgar y el índice, y lo miró con curiosidad.

Los otros se mondaron de risa, envueltos y perdidos en nubes de humo, bebiendo fuerte: el patán, el lacayo y el mozo de mulas.

Brady Chalmers sacó delicadamente el abigarrado pañuelo del bolsillo de Willie y lo extendió para que los otros lo inspeccionasen. Después lo dobló



con cuidado y lo devolvió a su sitio.

—¿Por qué te has puesto tan elegante, Willie? —dijo—. Sin duda irás a ver a tu novia.

Willie Goff sonrió taimadamente.

Toby Pottle lanzó un espeso chorro de humo por la nariz. Tenía veinticuatro años, lustrosos cabellos rubios, cara sonrosada que sabía de masajes, e iba cuidadosamente acicalado.

—Vamos, Willie —dijo suavemente, a media voz—, tienes novia, ¿verdad?

Willie Goff miró de soslayo, como buen conocedor; en el extremo del mostrador, Tim McCall, de veintiocho años, que había estado metiendo lentamente hielo picado entre las fauces empapadas en whisky, se derrumbó de pronto, lanzando una brillante rociada sobre el mármol.

—Tengo varias —dijo Willie Goff—. Un hombre tiene derecho a un poco de jolgorio, ¿no?

Congestionados por la estridente risa, los jóvenes sonrieron, se descubrieron y hablaron respetuosamente en presencia de la señorita Tot Webster, la señorita Mary McGraw y la señorita Martha Cotton, antiguos miembros del Club de Jóvenes. Pedían música más fuerte, vino más fuerte.

—¿Cómo estáis?

—¡Ajá! ¡Ajá! —dijo Brady Chalmers a la señorita Mary McGraw—. ¿Dónde estuviste tú todo este tiempo?

—No te lo diré —respondió ella.

Era algo entre los dos... su pequeño secreto. Y ambos rieron, comprendiéndose, con el gozo de la posesión.

—Ven allá atrás, Pudge —dijo Euston Phipps, que acompañaba a las chicas—. Tú también, Brady.

Siguió a las damas hacia el fondo del salón; alto, atrevido, fanfarrón, joven alcohólico con un solo pulmón sano. Era un buen jugador de golf.

Muchachos petulantes salían de los atestados compartimientos o se levantaban de las mesas, acercándose al mostrador a largas zancadas. Pedían las cosas a gritos, incordiando volublemente, estridentemente, a los veloces camareros.

—Bueno, hijito. Dos colas y un refresco de menta. Bien frío.

—¿Trabajas aquí, muchacho?

Los camareros se movían a ritmo sincopado, mezclando las bebidas, arrojando cucharadas de helado al aire y recogiénolas en las copas, redoblando con las cucharas.

Sentada sola, bizqueando los ojos castaños sobre la paja, la señora Thelma Jarvis, modista de sombreros, absorbió, en sibilante aspiración, el último rosario de gotas encadenadas del fondo de su vaso. Bébeme solamente con los ojos. Se levantó despacio, mirándose al espejo de su bolso abierto. Después, fluente, moldeados los miembros por un vestido de seda rojo, se deslizó con cuidado entre las mesas llenas, con un grave murmullo de contrición. Su voz era siempre dulce, amable y grave... cosa excelente en una mujer. La charla estridente y ligera de las mesas se acallaba al pasar ella. Por el amor de Dios, ¡callad la boca y dejadme amar! Con sus ondulantes piernas de ámbar, recorrió lentamente el pasillo, por delante de las vitrinas de perfumes, artículos de escritorio, objetos de goma y cosméticos, deteniéndose ante el puesto de tabaco para pagar su cuenta. Los senos redondos, pesados como melones, parecían asentir en un lento pero animado baile. Ningún poeta podía dejar de estar alegre en tan jocunda compañía.

Pero... en la entrada, plantado en el zaguán junto al puesto de periódicos, el señor Paul Goodson, de la Dependable Life, dejó bruscamente de sonreír con su cara de luna e interrumpió su charla. Se descubrió sin efusión, lo mismo que su compañero, Coston Smathers, el ebanista (usted pone la chica, nosotros ponemos la casa). Ambos eran baptistas.

La señora Thelma Jarvis les dirigió una cálida mirada marfileña, entreabrió la menuda boca en una sonrisa distraída, y siguió adelante, contoneándose. Cuando hubo pasado, los dos hombres se miraron y sonrieron en silencio. Estaremos esperando junto al río. Después miraron rápidamente a su alrededor. Nadie los había visto.

Patrona de todas las artes, pero en particular de la Música, la Celestial Doncella, la señora Franz Wilhelm von Zeck, esposa del famoso especialista en vías respiratorias y descubridor del suero Von Zeck, salió majestuosamente de Fashion Marty y aceptó la mano servicial del señor Louis Rosalsky para subir al Cadillac y acomodarse en sus acogedores cojines. Sonrió al hombre con benevolencia, pero manteniendo las distancias. El blanco pergamino de la cara del polaco se distendió en una sonrisa cruelmente servil que alcanzó las aletas de la enorme y colorada nariz. Frau von Zeck dejó descansar el enérgico mentón sobre el firme anaquel de sus senos wagnerianos, y, soñando todavía en remotas filantropías, se alejó suavemente del devoto mercader. Nur wer die Sehnsucht kennt, weiss was ich leide.

El señor Rosalsky volvió a su tienda.

Las señoritas Mildred Shuford, Helen Pendergast y Mary Catherine Bruce

pasaron por tercera vez, apretujadas en el asiento delantero del Reo de la señorita Shuford como un manojito de cerezas. Escrutaban el pavimento con ojos ávidos y altivos, satisfechas de su soberbia apariencia. Giraron la calle Liberty arriba, iniciando la cuarta circunvalación. Bailemos de nuevo el vals, Willie.

—¿Sabes bailar, George? —preguntó Eugene, lleno el corazón de orgullo amargo y de miedo.

—Sí —dijo distraídamente George Graves—. No me gusta.

Levantó los ojos ensimismados.

—Dime, Gene —prosiguió—, ¿cuánto crees que vale el doctor Van Zeck?

Respondió a la risa de Eugene con una mueca confusa y sumisa.

—Vamos —dijo Eugene—. Te invito a un trago.

Cruzaron ágilmente la estrecha calle, entre el tráfico creciente de la tarde.

—Es cada vez peor —dijo George Graves—. La gente que trazó los planos de la villa carecía de visión. ¿Qué parecerá dentro de diez años?

—Podrían ensanchar las calles, ¿no? —dijo Eugene.

—No. Ya no. Habría que hacer retroceder todos los edificios. ¿Te imaginas lo que costaría? —dijo reflexivamente George Graves.

—Y si no lo hacemos —advirtió fríamente la voz tajante del profesor L. B. Dunn—, su próximo movimiento será contra nosotros. Tal vez no esté lejano el día en que sintáis la bota de hierro del militarismo sobre el cuello y desfilar las fuerzas del káiser por esta calle, marcando el paso de la oca. Cuando llegue ese día...

—Yo no presto atención a esas historias —dijo irreverente y toscamente el señor Bob Webster. Era un hombre menudo, de cara gris y mezquina, violenta y amargada. Una acidez intestinal crónica parecía haber marcado sus facciones—. En mi opinión, todo es propaganda. Esos alemanes son demasiado buenos para ellos, y esto es todo. Parece que piden que les pongan las riendas.

—Cuando llegue ese día —prosiguió implacablemente el profesor Dunn—, recuerde lo que le digo. El Gobierno alemán tiene designios imperialistas sobre todo el mundo. Está esperando el momento de poner a toda la humanidad bajo el yugo de Krupp y Kultur. El destino de la civilización pende de un hilo. La humanidad está en una encrucijada. Pido a Dios que no se diga que nos pillaron desapercebidos. Pido a Dios que este pueblo libre no tenga que sufrir lo que sufrió la pequeña Bélgica, que nuestras esposas y nuestras hijas no se vean sometidas a la esclavitud o a la vergüenza, que nuestros hijos no sean mutilados y asesinados.

—No es nuestra guerra —dijo el señor Bob Webster—. No quiero enviar a mis chicos a ultramar, a tres mil millas de aquí, para que los maten esos extranjeros. Si estos vienen, yo empuñaré un fusil como el mejor, pero mientras no lo hagan, dejemos que se maten entre ellos. ¿No le parece, juez? —dijo, volviéndose al tercero del grupo, el juez Walter C. Jeter, del circuito federal, que había tenido la suerte de ser íntimo amigo de Grover Cleveland.

Voces ancestrales profetizando la guerra.

—¿Conocías a los chicos Wheeler? —preguntó Eugene a George Graves—. Paul y Clifton.

—Sí —dijo George Graves—. Se marcharon para incorporarse al ejército francés. Están en la Legión Extranjera.

—Y en su cuerpo de aviación —dijo Eugene—. La escuadrilla Lafayette. Clifton Wheeler ha derribado a más de seis alemanes.

—Los muchachos de aquí no le tenían simpatía —dijo George Graves—. Pensaban que era marica.

Eugene se estremeció ligeramente al oír esta palabra.

—¿Qué edad tenía? —preguntó.

—Ya era mayor —dijo George—. Veintidós o veintitrés años.

Eugene, contrariado, consideró sus posibilidades de gloria. (Ich bin ja noch ein Kind).

—... Pero afortunadamente —prosiguió pausadamente el juez Walter C. Jeter—, tenemos en la Casa Blanca a un hombre cuya previsión de estadista ofrece las máximas seguridades. Confiemos en la prudencia de sus decisiones y en que observará, de palabra y de obra, los principios de la estricta neutralidad, aceptando solo como último recurso una acción que llevaría de nuevo a este gran país a los sufrimientos y a la tragedia de la guerra. —Su voz se convirtió en un murmullo—. ¡Que Dios no lo permita!

Pensando en una guerra más antigua, en la que se había comportado valerosamente, el coronel James Buchanan Pettigrew, jefe de la Academia Militar Pettigrew (fundada en 1789), pasó en victoria descubierta, detrás del viejo cochero negro y de dos yeguas castañas bien alimentadas. Flotaba un agradable olor a caballo y a cuero curtido con sudor. El viejo negro hacía chascar delicadamente su látigo sobre las lisas grupas trotadoras, y gruñía suavemente.

El coronel Pettigrew iba envuelto hasta la cintura en una gruesa manta y cubría sus hombros con una capa gris de oficial confederado. Se inclinaba hacia delante, cargando el peso de su viejo cuerpo en el recio y pulido bastón,

sobre cuyo puño de plata cruzaba las pecosas manos. Murmuraba, volviendo la orgullosa y enérgica cabeza a un lado y a otro para lanzar fieras miradas a la multitud ambulante. Era un perfecto y gallardo caballero.

Farfulló algo.

—¡Sooo! —dijo el negro, tirando de las riendas y volviéndose.

—¡Sigue! ¡Sigue, bribón! —dijo el coronel Pettigrew.

—Sí, señor —dijo el negro, y siguieron adelante.

Entre el grupo de jóvenes ociosos plantados en el umbral del Wood's, los agudos ojos del coronel Pettigrew vieron a dos de sus propios cadetes. Unos jovencuelos granujientos, de mandíbula caída y talante perezoso.

Murmuró, asqueado. ¡No era lo mismo! ¡No era lo mismo! ¡Nada era lo mismo! En su orgullosa juventud, en la única guerra importante, el coronel Pettigrew había marchado a la cabeza de sus cadetes. Eran 117, sí, señor, y todos ellos de menos de diecinueve años. Avanzaron como un solo hombre... hasta que no quedó un solo oficial... Regresaron 36... Desde 1789... ¡Había que seguir...! 19, señor... todos de menos de ciento diecisiete... Había... que... ¡seguir!

Sus flácidas mejillas temblaron suavemente. Las yeguas trotaron y se perdieron de vista al doblar la esquina, acompañadas de un suave chasquido de llantas de goma.

George Graves y Eugene entraron en Wood's y se plantaron delante del mostrador. El camarero más viejo frunció el ceño y pasó una bayeta sobre el mármol mojado.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó, malhumorado.

—Yo quiero chocolate con leche —dijo Eugene.

—Que sean dos —dijo George Graves.

—¡Qué hubieran dado por un trago de aquel vino puesto a refrescar desde tiempo inmemorial en las profundidades de la bodega!

## VEINTICINCO

Sí. Se había consumado el terrible crimen. Y, durante casi un año, Eugene había mantenido una desesperada neutralidad. Sin embargo, su corazón no era neutral. Al parecer, el destino de la civilización pendía de un hilo.

La guerra había empezado en mitad de la temporada veraniega. Dixieland estaba llena. Su mejor amiga, en aquel momento, era una viva y vieja solterona de nervios destrozados, que, durante treinta años, había sido maestra de inglés, en una escuela pública de la ciudad de Nueva York. Día tras día, desde la muerte del Gran Duque, observaban la creciente marea de sangre y desolación que barría el mundo. Las finas y rojas aletas de la nariz de la señorita Crane temblaban de indignación. Sus viejos ojos grises se encendían de ira. ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Pues de todas las personas de habla inglesa, nadie puede mostrar un amor más orgulloso e inspirado por la Isla de Albión que las damas americanas que enseñan su noble lengua.

Eugene era también fiel. Delante de la señorita Crane ponía cara compungida, pero su corazón tamborileaba marcialmente contra sus costillas. Sones de pífanos y flautas llenaban el aire; oía los truenos fantásticos de los grandes cañones.

—¡Tenemos que ser justos! —dijo Margaret Leonard—. ¡Tenemos que ser justos!

Pero sus ojos se oscurecieron cuando leyó la noticia de la entrada de Inglaterra, y le tembló la garganta como a un pájaro. Cuando alzó la mirada, sus ojos estaban húmedos.

—¡Ay, Señor! —dijo—. Ahora veremos cosas.

—¡El pequeño Bobs! —rugió Sheba.

—¡Que Dios lo bendiga! ¿Has visto dónde entrará en campaña?

John Dorsey Leonard dejó el periódico y se dobló al reír con estridencia.

—¡Santo Dios! —jadeó—. ¡Que vengan ahora esos tunantes!

Pues sí... vinieron.

Durante todo aquel verano que iba desapareciendo, Eugene corrió frenéticamente del colegio a Dixieland, incapaz, en el delirio de la gloria prometida, de refrenar sus miembros saltarines. Devoraba todas las noticias y se apresuraba a compartirlas con los Leonard y la señorita Crane. Leía todos los periódicos que caían en sus manos, gozando con las derrotas que obligaban a los alemanes a retroceder en todos los frentes. Pues según deducía de aquella selva de letra impresa, las cosas iban de mal en peor para los hunos. Huían chillando las armas inglesas en todos los sectores de Mons; hincaban suplicantes la rodilla ante los franceses en el Marne; se retiraban, cedían terreno, corrían en todas partes. Después, una mañana, cuando hubiesen debido estar en Colonia, se plantaron a las puertas de París. Habían equivocado la dirección. El mundo se oscureció. Eugene trataba

desesperadamente de comprender. Pero no podía. Gracias a la extraordinaria estrategia de retirarse continuamente, el ejército alemán había llegado hasta París. Era algo nuevo en el arte de la guerra. En realidad, Eugene tardó varios años en comprender que algunos miembros del ejército alemán habían luchado bien.

John Dorsey Leonard permaneció impasible.

—¡Espera! —decía confiadamente—. Espera, hijo mío. El viejo Joffre sabe lo que se trae entre manos. Esto es lo que estaba esperando. Ahora los tiene en el terreno que quería.

Eugene se preguntaba por qué razón podía querer un general francés que hubiese un ejército alemán en París.

Margaret alzó los turbados ojos del periódico.

—Esto parece sumamente grave —dijo—. ¡Os lo digo yo! —guardó silencio unos momentos, al subir un torrente de pasión por su garganta. Después añadió en voz baja y temblorosa—: Si entra Inglaterra, también entraremos nosotros.

—¡Que Dios la bendiga! —chilló Sheba—. Que Dios la bendiga, Gene —prosiguió, dándole unas palmadas en la rodilla—. Cuando desembarqué en el querido y viejo suelo aquella vez, no pude contenerme; me importaba un bledo lo que pensarán los otros. Me arrodillé sobre el polvo, fingiendo que iba a atarme el zapato; pero, chico... —Sus ojos pitarrosos brillaron a través de las lágrimas—. Que Dios la bendiga, no pude evitarlo. ¿Sabes lo que dije? Me incliné y besé la tierra. —Viscosos lagrimones rodaron por sus rojas mejillas. Lloraba ruidosamente, pero prosiguió—: Dije: esta es la tierra de Shakespeare, de Milton, de John Keats, y por Dios que es también la mía. ¡Que Dios la bendiga! ¡Que Dios la bendiga!

Las lágrimas fluyeron mansamente de los ojos de Margaret Leonard. Tenía la cara húmeda. No podía hablar. Todos estaban profundamente conmovidos.

—No entrará —dijo John Dorsey Leonard—. ¡Nosotros tenemos algo que decir en esto! ¡No entrará! ¡Esperad!

En la fantasía de Eugene ardía la visión fija de las grandes manos cruzadas sobre el mar, los verdes campos floridos y las circunvalaciones en desarrollo de un Londres fantástico, poderoso, embrujado, romántico laberinto de antiguos caminos atestados, altas casas inclinadas, ágapes pantagruélicos, y los ojos imperiales del genio brillando entre hormiguero de rara originalidad.

Al transcurrir la guerra y empezar a aparecer literatura bélica, Margaret Leonard le dio a leer un libro tras otro. Eran los libros de los jóvenes, los jóvenes que combatían para borrar la maldad del mundo con su sangre. Con

voz temblorosa, Margaret le leyó el soneto de Rupert Brooke: «Si he de morir, piensa esto de mí», y puso en sus manos un ejemplar de *Un estudiante en armas*, de Donald Hankey, diciendo:

—Lee esto, muchacho. Te conmoverá como jamás te ha conmovido nada. ¡Esos muchachos han tenido la visión!

Lo leyó. Leyó otros muchos libros. Tuvo la visión. Ingresó en la legión caballeresca, el joven Galahad-Eugene, punta de lanza de la justicia. Buscaba el Santo Grial. Compuso docenas de memorias personales, en las que vertía mansamente, humorísticamente, con fina moderación inglesa, todo el caudal de su corazón puro, lanzado a la cruzada. A veces, llegaba a los alegres tiempos de la paz faltándole un brazo, una pierna o un ojo, disminuido pero ennoblecido; a veces, sus últimas y radiantes palabras eran escritas la víspera del ataque que le costaba la vida. Con ojos chispeantes, leía su propio epílogo, gozaba de su gloria de ultratumba, al ser registradas y explicadas sus últimas palabras por el editor. Entonces, testigo de su propio martirio, vertía dos lágrimas humeantes sobre su joven cadáver. *Dulce et decorum est pro patria mori*.

Ben pasó rápidamente, frunciendo el ceño, por delante de Wood's. Al cruzarse con el grupo de ociosos de la embaldosada entrada, les lanzó una mirada repentina de profundo desprecio. Después rio por lo bajo, furiosamente.

—¡Oh, Dios mío! —dijo.

En la esquina, todavía con el ceño fruncido, esperó a que la señora Pert cruzase la calle desde la oficina de correos. Lo hizo despacio, bamboleándose.

Como había convenido encontrarse más tarde con ella en el bar, Ben cruzó a su vez y torció por la calle Federal, detrás de la oficina de correos. Al llegar a la segunda entrada del edificio *Doctor's and Surgeons'*, penetró en él y empezó a subir la oscura y crujiente escalera. En alguna parte, con exacta monotonía, una gota de agua caía en el fondo negro y mojado de un sumidero. Se detuvo en el ancho corredor del primer piso para dominar los nerviosos latidos de su corazón. Después avanzó hasta la mitad del pasillo y entró en la salita de espera del doctor J. H. Coker. Estaba vacía. Frunciendo el ceño, husmeó el aire. Todo el edificio estaba impregnado del limpio e irritante olor de los antisépticos. Un montón de revistas —*Life*, *Judge*, *The Literary Digest* y *The American*— sobre la sencilla mesa negra contaba su historia de dedos cansados y angustiados. Se abrió la puerta interior y apareció la señorita Roy, la ayudante del médico. Llevaba puesto el sombrero. Se disponía a marcharse.

—¿Quiere ver al doctor? —preguntó.

—Sí —dijo Ben—. ¿Está ocupado?



—Pasa, Ben —dijo Coker, asomándose a la puerta. Se quitó el largo cigarro de la boca y esbozó una sonrisa amarilla—. Esto es todo por hoy, Laura. Puede irse.

—Adiós —dijo la señorita Laura Ray, y se marchó.

Ben entró en el despacho de Coker. Este cerró la puerta y se sentó detrás de la revuelta mesa.

—Estarás más cómodo si te tiendes allí —dijo, con un guiño.

Ben dirigió una mirada de asco a la mesa de reconocimiento.

—¿Cuántos han muerto sobre ese trasto? —preguntó.

Se sentó nerviosamente en una silla frente a la mesa del doctor y encendió un cigarrillo, sosteniendo después la llama sobre la apagada punta del cigarro que le alargaba Coker.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo? —preguntó el médico.

—Estoy cansado de plantar margaritas aquí —dijo Ben—. Quiero hacerlo en otra parte.

—¿Qué quieres decir, Ben?

—Supongo que se habrá enterado, Coker —dijo Ben, con voz pausada e impertinente—, de que hay guerra en Europa. Es decir, si lee los periódicos.

—No, no me he enterado, hijo —dijo Coker, aspirando lenta y profundamente el humo del cigarro—. Solo leo el periódico de la mañana, y supongo que aún no habían recibido la noticia. —Hizo un guiño malicioso—. ¿Qué quieres, Ben?

—Estoy pensando en irme a Canadá y alistarme —preguntó Ben—. Quiero que me diga si puedo ir.

Coker guardó silencio unos momentos. Se quitó el largo y chupado cigarro de la boca y lo observó reflexivamente.

—¿Por qué quieres hacerlo, Ben? —preguntó.

Ben se levantó bruscamente y se acercó a la ventana. Arrojó el cigarrillo al patio. El cigarrillo cayó sobre el cemento con un golpecito débil y seco. Cuando se volvió, Ben tenía pálida la cara, y había pasión en el cetrino semblante.

—En nombre de Cristo, Coker —dijo—, ¿qué significa todo esto? ¿Puede decírmelo? ¿Para qué diablos estamos aquí? Usted es médico; debería saber algo.

Coker siguió mirando su cigarro. Se había apagado de nuevo.

—¿Por qué? —dijo pausadamente—. ¿Por qué tengo yo que saber algo?

—¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué diablos significa esto? —gritó furiosamente Ben, con voz vibrante. Dirigió una mirada amarga, acusadora, al hombre—. Por el amor de Dios, hable, Coker. No se esté ahí sentado como un maniquí de sastrería. Diga algo, ¿quiere?

—¿Qué quieres que diga? —respondió Coker—. ¿Qué soy yo? ¿Un lector de la mente? ¿Un espiritista? Soy un médico, no tu sacerdote. Veo nacer las personas, y las veo morir. Lo que es de ellas antes o después, no puedo decirlo.

—¡Maldita sea! —dijo Ben—. ¿Qué les ocurre entre tanto?

—Esto puedes saberlo tú igual que yo, Ben —dijo Coker—. Lo que tú quieres, hijo, no es un médico, es un profeta.

—Vienen a usted cuando están enfermos, ¿no? Usted hace todo lo posible por curarlos, ¿no?

—No —dijo Coker—. No siempre. Pero admito que debería hacerlo. ¿Y bien?

—Ustedes deben pensar que su trabajo vale la pena —dijo Ben—, ¿o no lo harían!

—Un hombre debe vivir, ¿no? —dijo Coker, con una sonrisa.

—Esto es lo que le pregunto, Coker. ¿Por qué debe hacerlo?

—¿Por qué? —dijo Coker—. Para trabajar nueve horas al día en la oficina de un periódico, dormir nueve horas y emplear las otras seis en lavarse, afeitarse, vestirse, comer en Greasy Spoon, haraganear delante de Wood's y, ocasionalmente, llevar a la Viuda Alegre a ver Francis X. Bushman. ¿No es esto razón bastante para muchos? Si un hombre es trabajador y honrado, e invierte su dinero en el Building and Loan todas las semanas en vez de malgastarlo en cigarrillos, Coca-Cola y ropa de Kuppenheimer, puede ser dueño un día de un pequeño hogar. —La voz de Coker descendió hasta un murmullo reverente—. Puede incluso tener coche propio, Ben. ¡Piensa en esto! Puede montar en él y rodar, rodar, rodar. Puede rodar sobre todas esas malditas montañas. Puede ser muy, muy feliz. Puede hacer ejercicio regularmente en la Asociación de Jóvenes Cristianos y tener solo pensamientos limpios. Puede casarse con una joven buena y pura y tener muchos hijos, y educarlos en la fe baptista o metodista o presbiteriana, y enviarlos a la universidad del estado a estudiar Ciencias Económicas, Derecho Mercantil y Bellas Artes. Hay muchas cosas por las que vivir, Ben. Siempre hay algo para tenerlo ocupado en todo momento.

—Bueno, sobre lo que dije antes —preguntó Ben, con una sonrisa nerviosa

—, ¿soy apto para el servicio?

—Vamos a ver —dijo pausadamente Coker, empezando a examinarlo—. Los pies... con los dedos encogidos, pero el arco está bien.

Observó atentamente los pies curtidos de Ben.

—¿Qué significa esto, Coker? —preguntó Ben—. ¿Se necesitan los dedos de los pies para disparar un fusil?

—¿Cómo están tus dientes, hijo?

Ben separó los finos labios y mostró dos hileras de dientes duros y blancos. En el mismo instante, como al pasar, rápidamente, Coker le pinchó con fuerza el plexo solar con un dedo amarillo. El pecho dilatado se encogió; Ben se dobló, riendo y con una tos seca. Coker volvió a su mesa y cogió el cigarro.

—¿Qué pasa, Coker? —dijo Ben—. ¿Qué está pensando?

—Nada, hijo. He terminado contigo —respondió Coker.

—Bueno, ¿y qué hay de eso? —insistió nerviosamente Ben.

—¿Qué hay de qué?

—¿Estoy bien?

—Claro que estás bien —dijo Coker, encendiendo una cerilla—. ¿Quién dijo lo contrario?

Ben lo miró fijamente, fruncido el ceño, con ojos brillantes y miedosos.

—Déjese de bromas, Coker —dijo—. Tengo veintiún años, ¿sabe? ¿Puedo ir?

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Coker—. La guerra no ha terminado. Podemos entrar en ella en breve. ¿Por qué no esperar un poco?

—Esto quiere decir que no soy apto —dijo Ben—. ¿Qué tengo, Coker?

—Nada —dijo cuidadosamente Coker—. Estás un poco delgado. Un poco quebrantado, ¿verdad, Ben? Necesitas más carne sobre esos huesos, hijo. No puedes engordar sentado en un taburete de Greasy Spoon con un cigarrillo en una mano y una taza de café en la otra.

—Pero ¿estoy bien o no, Coker?

La larga y cadavérica cabeza de Coker se distendió en una sonrisa amarilla.

—Sí —dijo—. Estás perfectamente, Ben. Eres uno de los hombres más perfectos que conozco.

Ben leyó la verdadera respuesta en los ojos venenosos y cansados de Coker. Los suyos estaban llenos de miedo. Pero dijo, mordazmente:

—Gracias, Coker. Me ha servido de mucho. Aprecio muchísimo lo que acaba de hacer. Como médico, es una primera base excelente.

Coker sonrió. Ben salió del despacho.

Al salir a la calle se encontró con Harry Tugman, que se dirigía a la oficina del periódico.

—¿Qué te pasa, Ben? —dijo Harry Tugman—. ¿Te encuentras mal?

—Sí —dijo Ben, mirándolo con ceño—. Acabo de echar un trago de 606.

Y siguió calle arriba para encontrarse con la señora Pert.

## VEINTISÉIS

En otoño, cumplidos ya sus quince años —estaba en el último curso en el colegio de Leonard—, Eugene iba a hacer una breve excursión a Charleston. Había encontrado un sustituto para el reparto de periódicos.

—¡Vamos! —le dijo Max Isaacs, al que veía ocasionalmente—. Nos divertiremos mucho.

—¡Sí, hombre! —dijo Martin Bowden, cuya madre dirigía la excursión—. Todavía se encuentra cerveza en Charleston —añadió, riendo maliciosamente.

—Podrás nadar en el océano, en la isla de las Palmas —dijo Max Isaacs. Y añadió con reverencia—: Podrás ir al astillero de la Armada y ver los barcos.

Estaba esperando cumplir la edad reglamentaria para ingresar en la marina. Leía afanosamente los carteles. Conocía a todos los hombres de la oficina de alistamiento. Había leído todos los folletos, y era buen conocedor de la jerga naval. Sabía exactamente lo que ganaban los artilleros, los auxiliares, los telegrafistas y toda clase de marinos.

Su padre era fontanero. Él no quería serlo. Quería ingresar en la marina y ver mundo. En la marina se cobraba una buena paga y se recibía una buena instrucción. Se aprendía un oficio. Te daban buena comida y buena ropa. Y todo gratis, por nada.

—¡Hum! —dijo Eliza, con una sonrisa zumbona—. Dime, hijo, ¿por qué quieres hacer esto? ¡Eres mi pequeñín!

Hacía años que Eugene había dejado de ser su pequeñín. Eliza esbozó ahora una sonrisa temblorosa.

—Sí, mamá —dijo Eugene—. ¿Puedo ir? No son más que cinco días. Y

tengo el dinero —añadió, metiendo una mano en el bolsillo y tocando los billetes.

—Mira qué te digo —dijo Eliza, frunciendo los labios y sin dejar de sonreír—. Es posible que antes de que termine el invierno desees tener ese dinero. Cuando arrecie el frío, necesitarás zapatos nuevos y un abrigo de tela gruesa. Debes ser muy rico. Ojalá pudiese yo darme el gusto de una excursión como esa.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ben, con una breve risita, arrojando el cigarrillo al hogar, que aún se había encendido pocas veces este año.

—Sí, mamá —dijo Eugene.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Ben—. Es dinero del chico. Deja que haga con él lo que quiera. Si quiere arrojarlo por la maldita ventana, es asunto suyo.

Ella cruzó pensativamente las manos sobre la cintura y desvió la mirada, frunciendo los labios.

—Bueno, supongo que todo irá bien —dijo—. La señora Bowden cuidará de ti.

Era su primer viaje solo a un lugar desconocido. Eliza llenó cuidadosamente una vieja maleta y preparó una caja de bocadillos y huevos. Saldrían por la noche. Al verlo plantado junto a su maleta, lavado, cepillado, excitado, Eliza lloró un poco. Sentía que él se alejaba un poco más. El afán de viajar se reflejaba en su semblante.

—Sé buen chico —dijo—. No te metas en jaleos allá abajo.

Reflexionó un momento, desviando la mirada. Después hurgó en una de sus medias y sacó un billete de cinco dólares.

—No malgastes tu dinero —dijo—. Aquí tienes un poco más. Puedes necesitarlo.

—Ven aquí, pequeño truhan —dijo Ben. Frunciendo el ceño y con ligeras manos, arregló la rebelde corbata del chico. Dio un tirón a su chaqueta y deslizó un billete doblado de diez dólares en el bolsillo de Eugene—. Pórtate bien —dijo—, o te mataré de una paliza.

Max Isaacs silbó desde la calle. Eugene fue a reunirse con los otros muchachos.

Seis personas componían el grupo de la señora Bowden: Max Isaacs, Malvien Bowden, Eugene, dos chicas llamadas Josie y Louise, y la propia señora Bowden. Josie era sobrina de la señora Bowden y vivía con ella. Alta y seca como un palo, tenía las mandíbulas salientes y mostraba mucho los dientes al sonreír. Tenía veinte años. La otra chica, Louise, era camarera. Una

trigueña bajita, rolliza y afectuosa. La señora Bowden era una mujercita pálida, de cabellos castaños de rata y ojos castaños y fatigados. Era modista. Su marido, carpintero, había muerto la primavera anterior. Tenía un pequeño seguro, y por esto resolvió ella hacer el viaje.

Esa noche volvía Eugene al Sur. Hacía mucho calor en el vagón y flotaba en él un olor molesto a felpa vieja. La gente dormitaba malamente, fastidiada por el lúgubre tañido de la campana y por los chirridos de las ruedas en las paradas. Un niño pequeño gimió débilmente. Su madre, montañesa flaca y de cabellos revueltos, bajó el respaldo del asiento de enfrente y acostó al chiquillo sobre un periódico extendido. La mustia carita atisbó entre el incómodo fárrago de chaquetillas sucias y cintas coloradas. El niño lloriqueó y se durmió. En la parte delantera del vagón, un joven montañés, huesudo y coloradote, con pantalón de pana y polainas de cuero, comía continuamente cacahuets y arrojaba las cáscaras en el pasillo. La gente las pisaba con fuertes y secos chasquidos. Los muchachos, aburridos, iban constantemente al final del vagón a beber agua. Había muchos vasos de cartón aplastados en el suelo y se respiraba el desagradable olor de los retretes.

Las dos muchachas dormían profundamente sobre los cojines vueltos del revés. La pequeñita respiraba cálida y suavemente entre los entreabiertos y húmedos labios.

El tedio de la noche se dejaba sentir sobre los fatigados nervios y gravitaba sobre los secos e irritados ojos. Los chicos aplastaban la nariz contra los sucios cristales de las ventanillas y observaban el paso de la vasta estructura de la tierra —tupidos bosques, campos ondulados, enormes crestas de olas de tierra, aristas cíclicas desconcertantes—, la tierra americana, ruda, inconmensurable, amorfa, poderosa.

La mente de Eugene se sumía en la triste y monótona magia de las ruedas del vagón. Traca-trac. Traca-trac. Traca-trac. Veía su vida como algo que había pasado hacía tiempo. Al fin había encontrado la puerta del mundo perdido. Pero ¿estaba delante o detrás de él? ¿Entraba en él o salía de él? Al compás de las ruedas, evocaba la risa de Eliza por cosas antiguas. Veía un breve gesto olvidado, la blanca y ancha frente, una sombra de antiguo pesar en los ojos. Ben, Gant, y sus extrañas voces perdidas. Venían a él a través de las verdes paredes de la fantasía. Agarraban y retorcían su corazón. El verde destello fantástico de sus caras se extinguía. Perdidos. Perdidos.

—Salgamos a fumar —dijo Max Isaacs.

Recorrieron el pasillo y se plantaron en la cerrada plataforma, apoyándose para mantener el equilibrio. Encendieron los cigarrillos.

La luz brotó en el este, en una vaga cenefa. La lejana oscuridad fue

absorbida limpiamente. Fuertes rayas de luz tiñeron el horizonte. Todavía encerrados en la noche, contemplaron los chicos el manto impoluto del día. Por debajo de la cortinilla levantada, miraron aquella brillantez. ¡Cuán lejos estaban de ella! Después, poco a poco, la luz se disolvió sobre la tierra como el rocío. El mundo era gris.

Oriente estalló en una deshilachada llamarada. En el vagón, la pequeña camarera respiró profundamente, suspiró y abrió los claros ojos.

Max Isaacs jugueteó torpemente con su cigarrillo, miró a Eugene y sonrió tímidamente, regocijado, estirando el cuello y esbozando una mueca nerviosa en su cara cubierta de vello blanquecino. Tenía espesos los cabellos, lisos, de color de café con leche. Sus cejas eran rubias. Todo él respiraba amabilidad. Se miraron con obtusa ternura. Pensaban en los años perdidos en la calle Woodson. Veían con modesto asombro el excesivo auge de su pubertad. La puerta soberbia de los años se abría para ellos. Sentían una gloria solitaria. Decían adiós a algo.

Charleston, gordo hierbajo arraigado en las orillas del Leteo, vivía en otro tiempo. Las horas eran días, los días eran semanas.

Llegaron por la mañana. Al mediodía era como si hubiesen pasado varias semanas, y esperaron con ansiedad que terminase el día. Estaban acuartelados en un pequeño hotel de la calle King, vieja residencia de grandes habitaciones, emplazada sobre unas tiendas. Después del almuerzo, salieron a ver la ciudad. Max Isaacs y Malvin Bowden quisieron ir inmediatamente al astillero, y la señora Bowden los acompañó. Eugene estaba muerto de sueño. Prometió reunirse con ellos más tarde.

Cuando se hubieron marchado, se quitó los zapatos, la chaqueta y la camisa, y se tumbó a dormir en una habitación grande y oscura donde el cálido sol se filtraba a rayas por las rendijas de los postigos. El tiempo zumbaba como una amodorrada mosca de octubre.

A las cinco, Louise, la pequeña camarera, fue a despertarlo. También ella había querido dormir un poco. Llamó suavemente a la puerta. Al no recibir respuesta, la abrió sin hacer ruido, entró y la cerró de nuevo. Se acercó a la cama y miró un momento al chico.

Él murmuró, adormilado, y se movió. La camarerita sonrió y se sentó en la cama. Se inclinó sobre él y le hizo unas ligeras cosquillas en las costillas, riendo entre dientes al ver cómo se retorció. Entonces le hizo cosquillas en las plantas de los pies. Él se despertó despacio, bostezando y frotándose los ojos.

—¡Eugene! —susurró—. Eugene.

—¿Qué pasa?

—Ya es hora de salir —dijo ella.

—¿Para ir adónde?

—Al astillero. Prometiste reunirte con ellos.

—¡Oh! ¡Al diablo el astillero! —gruñó Eugene—. Prefiero dormir.

—También yo lo preferiría —convino ella. Bostezó voluptuosamente, estirando los rollizos brazos sobre la cabeza—. Tengo tanto sueño que me tumbaría en cualquier sitio.

Miró significativamente la cama.

Él acabó de despertarse al punto, sensualmente alerta. Se incorporó sobre un codo; un cálido torrente de sangre inundó sus mejillas. Su pulso latió con fuerza.

—Estamos solos aquí arriba —dijo Louise, sonriendo—. Tenemos todo el piso para nosotros.

—¿Por qué no te echas un rato y duermes un poco, si tienes tanto sueño? —preguntó él—. Yo te despertaré —añadió, galante.

—Mi habitación es muy pequeña. Hace mucho calor en ella y está mal ventilada. Por eso me he levantado —dijo Louise—. La tuya es muy grande y muy bonita.

—Sí —dijo él—. También la cama es grande y cómoda.

Guardaron silencio un momento expectante.

—¿Por qué no te echas aquí, Louise? —dijo él, en voz baja e insegura—. Yo me levantaré —añadió rápidamente, sentándose—. Y te despertaré.

—¡Oh, no! —dijo ella—. No estaría bien.

Callaron de nuevo. Ella miró con admiración sus jóvenes y delgados brazos.

—¡Oh! —dijo—. Apuesto a que eres muy fuerte.

Eugene contrajo virilmente los largos y duros músculos, e hinchó el pecho.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Cuántos años tienes, Gene?

Acababa de cumplir los quince.

—Cumpliré dieciséis —respondió—. ¿Y tú, Louise?

—Tengo dieciocho —dijo ella—. Apuesto a que eres un conquistador, Gene. ¿Cuántas novias has tenido?

—Pues... no lo sé. No muchas —dijo, acercándose bastante a la verdad.



Quería hablar... hablar locamente, con seducción, con malicia. La excitaría murmurando en tono grave, respetuoso, sincera y prácticamente, las sugerencias más eróticas.

—Supongo que te gustan las chicas altas, ¿no? —dijo Louise—. A un muchacho alto como tú no puede gustarle una pequeñaja como yo, ¿verdad? Aunque —añadió rápidamente—, nunca se sabe. Dicen que los polos opuestos se atraen.

—A mí no me gustan las chicas altas —dijo Eugene—. Son demasiado flacas. Me gustan más o menos de tu estatura, si tienen una buena complexión.

—¿Tengo yo una buena complexión, Gene? —preguntó Louise, levantando los brazos y sonriendo.

—Sí, sí que la tienes, Louise... muy buena —dijo ávidamente Eugene—. De las que a mí me gustan.

—Pero no soy bonita. Mi cara es fea —dijo ella, incitándolo.

—Tú no tienes la cara fea. Tienes una cara muy bonita —dijo firmemente Eugene—. Además, la cara me importa poco —añadió, sutilmente.

—¿Qué es lo que más te gusta, Gene? —preguntó Louise.

Él pensó, cuidadosa y gravemente.

—Bueno —dijo él—, las mujeres deben tener las piernas bonitas. Hay mujeres que son feas de cara, pero tienen bonitas las piernas. Las más bonitas que jamás he visto las tenía una mujer amarilla.

—¿Más bonitas que las mías? —dijo la camarera, riendo tranquilamente.

Cruzó despacio las piernas y mostró un tobillo envuelto en seda.

—No lo sé, Louise —dijo él, mirando con atención—. No veo bastante.

—¿Y ahora? —dijo ella, levantando la falda sobre las pantorrillas.

—No —dijo Eugene.

—¿Y así?

Se alzó la falda sobre las rodillas, exhibiendo los rollizos muslos ceñidos por una cinta fruncida de seda con rositas rojas. Estiró los pies, doblando los dedos hacia dentro con coquetería.

—¡Caramba! —dijo Eugene, contemplando la liga con vivo interés—. Nunca había visto nada igual. Son muy bonitas. —Tragó saliva, ruidosamente—. ¿No te hacen daño, Louise?

—No —dijo ella, como sorprendida—. ¿Por qué?

—Pensaba que podían clavarse en tu piel —dijo él—. Las mías lo hacen si las llevo demasiado apretadas. Mira.

Se arremangó una pernera y mostró la joven y ligeramente velluda pierna ceñida por la liga.

Louise miró y tocó seriamente la liga con su mano gordezuela.

—Las mías no me duelen —dijo, haciendo chascar la cinta elástica—. ¿Lo ves?

—Déjame verlo —dijo él, poniendo delicadamente los temblorosos dedos sobre la liga—. Sí —dijo con voz insegura—, ya lo veo.

El joven y rollizo cuerpo se apoyó con fuerza en el del chico, y el joven y cálido rostro se volvió ciegamente hacia Eugene. El cerebro de este empezó a dar vueltas, como si estuviese borracho, y el chico puso torpemente la boca sobre los labios entreabiertos. Louise se dejó caer pesadamente sobre las almohadas. Él llenó de besos secos e inexpertos la boca de ella, sus ojos, los hoyuelos del cuello y de la cara. Manoseó el cierre del cinturón, pero los dedos le temblaban con tanta violencia que no pudo soltarlo. Ella levantó las suaves manos con tardo ademán y lo soltó por él.

Entonces levantó él la cara roja como una amapola y murmuró con voz trémula, sin saber muy bien lo que decía:

—Eres una chica deliciosa, Louise. Una chica muy bonita.

Ella pasó despacio los rosados dedos por los cabellos de él, atrajo de nuevo la cara sobre su pecho, gimió suavemente al besarla él y cerró la mano en un doloroso agarrón de los cabellos. Él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Ahora se devoraban mutuamente con jóvenes y húmedos besos, insaciables, felices, tratando de crecer juntos en aquel abrazo, de extraer la última destilación del deseo en un solo beso.

Él yacía con los miembros extendidos, atolondrado y aturdido por la pasión, incapaz de dominar y dirigir su ardor. Oía los furiosos y mudos gritos del deseo, el incipiente éxtasis que desconoce el camino del alivio. Pero conocía el miedo... no el miedo social, sino el miedo a la ignorancia, al descubrimiento. Temía su potencia. Habló con voz pastosa, furiosa, sin oír sus propias palabras.

—¿Me deseas tú? ¿Me deseas tú, Louise?

Ella le bajó la cara, murmurando.

—¿No me harás daño, Gene? No harías nada que me hiciese daño, ¿verdad, amor? Si ocurriese algo... —dijo, lentamente.

Él captó el sentido de la sugerencia.

—No quiero ser el primero. No quiero ser el primero contigo. Nunca lo he sido con ninguna chica —farfulló, percibiendo vagamente que proclamaba una doctrina de caballerosidad aprobada—. ¡Mira, Louise! —la sacudió. Parecía drogada—. Antes tendrías que decirme... ¡No quiero hacer eso! Puedo ser malo, pero nadie me acusará jamás de una cosa así. ¿Me oyes?

Su voz era ahora estridente; su cara temblaba furiosamente; casi no podía hablar.

—¿Me has oído? ¿Soy el primero, o no? ¡Tienes que responderme! ¿Lo hiciste... alguna vez?

Ella lo miró lánguidamente. Sonrió.

—No —dijo.

—Puedo ser malo, pero no lo haré.

Articulaba mal las palabras; su voz se había convertido en una jerga sin vocablos. Jadeando, tartamudeando, torcido y contraído el semblante, se esforzaba en hablar.

Ella se levantó de pronto y lo rodeó con brazos cálidos y consoladores. Acariciándolo, calmándolo, lo atrajo contra su pecho. Le dio unas palmadas en la cabeza y le habló suavemente.

—Sé que no lo harás, querido. Sé que no lo harás. No hables. No digas nada. Estás muy excitado, querido. Ven. Estás temblando como una hoja. Estás nervioso, querido. Sí, eso es. Eres un manojo de nervios.

Él lloraba en silencio entre los brazos de ella.

Se fue calmando. Ella sonrió y lo besó dulcemente.

—Vístete —dijo Louise—. Tenemos que salir enseguida si queremos ir allá.

En su confusión, Eugene trataba de calzarse un par de esarpines viejos de la señora Bowden. Louise rio con ganas y le acarició los cabellos.

En el astillero, no pudieron encontrar a los Bowden ni a Max Isaacs. Un joven marinero los llevó hasta un destructor. Louise subió la escalerilla de hierro moviendo rítmicamente los bien formados muslos. Mostraba las piernas. Miró descaradamente la fotografía de una corista, recortada de una Police Gazette. El joven marinero puso los ojos en blanco, con expresión de inocente lujuria. Después guiñó un ojo a Eugene.

La cubierta del Oregón.

—¿Para qué es eso? —preguntó Louise, señalando la silueta del pie del almirante Dewey, hecha con clavos.

—Es donde estuvo él durante el combate —dijo el marinero.

Louise puso el diminuto pie en la huella del más grande. El marinero volvió a guiñar a Eugene. Cuando se está a punto, hay que disparar, Gridley.

—Es una buena chica —dijo Eugene.

—Sí —dijo Max Isaacs—. Y muy distinguida —torció torpemente el cuello y frunció los párpados—. ¿Qué edad tendrá?

—Dieciocho años —dijo Eugene.

Malvin Bowden lo miró.

—¡Estás loco! —dijo—. Tiene veintiuno.

—No —dijo Eugene—. Tiene dieciocho. Ella me lo ha dicho.

—Lo mismo da —dijo Malvin Bowden—, pero no es verdad. Tiene veintiuno. ¡Si lo sabré yo! Mi familia la conoce desde hace cinco años. Tuvo un crío cuando tenía dieciocho.

—¡Oh! —dijo Max Isaacs.

—Sí —dijo Malvin Bowden—. Un viajante le hizo una trastada y salió corriendo.

—¡Oh! —dijo Max Isaacs—. ¿Sin casarse con ella o hacer algo?

—No hizo nada por ella. Se escapó —dijo Malvin Bowden—. Su familia cuida ahora de su hijo.

—¡Qué barbaridad! —dijo lentamente Max Isaacs. Después añadió severamente—: A un hombre capaz de una cosa así deberían fusilarlo.

—¡Tienes toda la razón! —dijo Malvin Bowden.

Pasearon por la Battery, junto al arruinado Camelot.

—Esos son viejos edificios —dijo Max Isaacs—. Fueron casas muy buenas en su tiempo.

Miró codiciosamente las verjas de hierro forjado; su antigua afición infantil a la chatarra había despertado.

—Son viejas mansiones del sur —dijo devotamente Eugene.

La bahía estaba en calma: un hedor verde a agua tibia y estancada flotaba en el aire.

—Este lugar está abandonado —dijo Melvin—. No es mayor ahora que antes de la guerra de Secesión.

—No, señor, y por Dios que mientras aliente un verdadero corazón del sur

para recordar Appomattox, la reconstrucción y los parlamentos negros, defenderemos hasta la última gota de sangre nuestras amenazadas pero sagradas tradiciones.

—Necesitan un poco de capital nortño —dijo sabiamente Max Isaacs.

Todos lo necesitaban.

Una anciana, tocada con un pequeño sombrero, era conducida por una negra solícita a la galería de una de las casas. Se sentó en una mecedora y contempló ciegamente el sol. Eugene la miró con simpatía. Probablemente sus fieles hijos no le habían informado del desdichado final de la guerra. Unidos en su valeroso engaño, exageraban diariamente su parquedad, apretando el cinturón sobre los orgullosos estómagos, para que ella pudiese tener todo el lujo al que estaba acostumbrada. ¿Qué comería? Sin duda un ala de pollo, regada con una copa de jerez seco. Mientras tanto, todos los objetos de valor habían sido empeñados o vendidos. Afortunadamente, ella estaba casi ciega y no podía ver la desaparición de su fortuna. Era muy triste. Pero ¿no pensaría ella algunas veces en los viejos tiempos de miel y de rosas? Cuando florecía la nobleza...

—Mirad esa señora anciana —murmuró Malvin Bowden.

—Sí que es una señora —dijo Max Isaacs—. Apuesto a que nunca suplicó.

—Una antigua familia —dijo suavemente Eugene—. La aristocracia del Sur.

Eugene pensó en la bella institución de la esclavitud humana, por cuya conservación habían luchado valerosamente sus antepasados maternos que no tenían esclavos. ¡Bendito sea Dios, mi amo! El viejo Moisés no quiere ser un negro libre. ¿Cómo podría ser libre sin amo? No quiere morirse de hambre con los negros libres. ¡Hala, hala, hala!

Filantropía. Pura filantropía. Se enjugó una lágrima de un ojo.

Ahora cruzaban el muelle hacia la isla de las Palmas. Al pasar la embarcación por delante del cilindro de ladrillos de Fort Sumter, Malvin Bowden dijo:

—Ellos eran más. Si las fuerzas hubiesen estado igualadas, los habríamos derrotado.

—Ellos no nos derrotaron —dijo Max Isaacs—. Nos agotamos de tantos palos como les dimos.

—Fuimos vencidos —dijo a media voz Eugene—. No derrotados.

Max Isaacs lo miró sin comprender.

—¡Oh! —dijo.

Saltaron de la pequeña embarcación y fueron a la playa en un tranvía. La tierra se había secado y tomado un color amarillo en la enervación del verano. El follaje estaba cubierto de polvo; el tranvía pasó traqueteando por delante de casas de veraneo baratas, tostadas y lllagadas, plantadas peligrosamente en la arena. Eran pequeñas, endebles, un hormiguero multitudinario; todas con sus pequeños rótulos de madera: THE ISHKABIBBLE, MIRAMAR, PUERTO DE DESCANSO, ATLANTIC INN. Eugene los miró, leyendo cansadamente los humorísticos nombres desteñidos y mellados.

—Hay muchas casas de huéspedes en el mundo —dijo.

Un cálido viento de principios de otoño susurraba secamente entre las largas y agostadas hojas de las desmedradas palmeras. Ante ellos se alzaron los enmohecidos radios de una rueda Ferrias. Saint Louis. Habían llegado a la playa.

Malvin Bowden saltó alegremente del tranvía.

—¡El último será un burro! —gritó, señalando el establecimiento de baños.

—¡Esto no cuenta para mí, hijito! —chilló Max Isaacs, cruzando los dedos sobre la cabeza.

La playa estaba vacía: dos o tres concesiones permanecían abiertas por si acaso. El cielo era una cúpula sin nubes, barnizada de azul. El mar era de un verde mate de esmeralda; las olas rompían pesadamente, espesándose, fangosas y tomando, con los sedimentos y la luz del sol, el color amarillo de la playa.

Bajaron despacio por la playa en dirección a la casa de baños. El tranquilo e incesante trueno del mar era para ellos como una música solitaria. Miraron mar adentro, desafiando el brillo cegador.

—Voy a alistarme en la marina, Gene —dijo Max Isaacs—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Aún no tengo la edad —dijo Eugene—. Y tú tampoco.

—Cumpliré dieciséis en noviembre —se defendió Max Isaacs.

—No es bastante.

—Mentiré para ingresar —dijo Max Isaacs—. No nos pondrán reparos. Entraremos. Ven conmigo.

—No —dijo Eugene—. No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Max Isaacs—. ¿Qué vas a hacer?

—Iré a la universidad —dijo Eugene—. Quiero instruirme y estudiar Derecho.

—Te sobra tiempo —dijo Max Isaacs—. Puedes ir a la universidad cuando te licencien. En la marina se aprende mucho. Te dan una buena instrucción. Vas a todas partes.

—No —dijo Eugene—. No puedo.

Pero su pulso latió más fuerte al oír el trueno solitario del mar. Vio extrañas caras polvorientas, fronda de palmeras, y oyó los débiles sonidos tintineantes de Asia. Creía en los puertos remotos.

La sobrina de la señora Bowden y la camarera llegaron en el tranvía siguiente. Después de la inmersión, Eugene se tumbó en la arena, temblando ligeramente bajo el borrascoso viento. Tenía un gustillo de sal en los labios. Lamió la carne limpia y fresca.

Louise salió de la casa de baños y avanzó despacio hacia él. Caminaba con gallardía, ceñidas las suaves curvas por el traje de baño, cubiertas las piernas con unas medias verdes.

Lejos, más allá de las cuerdas, Max Isaacs levantó los gruesos brazos blancos y se deslizó rápidamente a través de una pared de agua verde. Su cuerpo resplandeció verdoso unos instantes; permaneció erguido, enjugándose los ojos y sacudiendo el agua de los oídos.

Eugene tomó a la camarera de la mano y la llevó al agua. Ella avanzó despacio, lanzando pequeños y agudos gritos. Una ola ondulante rodó engañosamente y se elevó de pronto hasta su barbilla, cortándole el aliento. Ella boqueó y se agarró a Eugene. Iniciados, saltaron entusiasmados en la rugiente pared de agua, y, mientras ella tenía aún cerrados los ojos, él la llenó de jóvenes y salobres besos.

Salieron al cabo de un rato, caminaron sobre la franja mojada de playa hasta la arena seca y suelta, y se dejaron caer en ella, agradeciendo su calor. La camarera tembló, y él amontonó arena sobre sus piernas y sus caderas hasta dejarla medio enterrada. Después la besó, inmovilizando los temblorosos labios sobre la boca de ella.

—Me gustas —dijo—. ¡Me gustas muchísimo!

—¿Qué te han dicho de mí? —preguntó ella—. ¿Te han hablado de mí?

—No me importa —dijo él—. Eso no me importa. Me gustas.

—Cuando empieces a salir con chicas, no volverás a acordarte de mí, querido. Me olvidarás. Me verás algún día, y ni siquiera me reconocerás. Pasarás de largo.

—No —dijo él—. Nunca te olvidaré, mientras viva.

Sus corazones estaban llenos del solitario trueno del mar. Ella lo besó. Los dos habían nacido en la montaña.

Eugene regresó a finales de septiembre.

En octubre, Gant salió para Baltimore con Ben y Helen. La operación, retrasada demasiado tiempo, era ahora inevitable. Su dolencia había empeorado continuamente. Había pasado un período de dolor incesante. Se había debilitado. Tenía miedo.

Se levantaba por la noche y despertaba a la casa dormida con sus gritos, imponiendo el terror con su antigua magnificencia.

—¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡El cuchillo! ¡El cuchillo...! ¿No veis su sombra...? ¡Allí! ¡Allí! ¡Allí!

Retrocedía, con histriónico entusiasmo, señalando una nada invulnerable.

—¿No la veis plantada allí en la sombra? ¡Al fin has venido a llevarte a este viejo contigo...! Está allí, la vieja de la guadaña. Sabía que no había de tardar. ¡Jesús, apiádate de mi alma!

Gant yacía en una cama larga del Instituto de Urología del John Hopkins. Todos los días, un alegre hombrecillo entraba vivamente y miraba la gráfica. Hablaba satisfecho y se marchaba. Era uno de los más grandes cirujanos del país.

—No se preocupe —decía animosamente la enfermera—, el índice de mortalidad es solo de un cuatro por ciento. Antes era de un treinta. Pero él lo rebajó.

Gant gruñó y deslizó su manaza en la de su hija, para que esta la apretase con vigor.

—No temas, viejo —dijo ella—. Después de esto, vas a estar mejor que nunca.

Lo alimentaba con su vida, con su esperanza, con su amor. Casi estaba tranquilo cuando lo llevaron al quirófano.

Pero el hombrecillo de cabellos grises miró, sacudió tristemente la cabeza y cortó con manos hábiles.

—Está bien —dijo a su ayudante, cuatro minutos más tarde—. Cierre la herida.

Gant se estaba muriendo de cáncer.

Gant estaba sentado en una silla de ruedas en la galería de la quinta planta,



contemplando a través del brillante aire de octubre la ciudad que se extendía ante él y se sumía en la neblina lejana. Parecía muy pulcro, casi frágil. Una débil sonrisa de satisfacción y alivio se pintaba en sus finos labios. Fumaba un largo cigarro, despiertos de nuevo sus sentidos.

—Allí —dijo, señalando— pasé una parte de mi infancia. El viejo hotel de Jeff Streeter estaba por allí.

—¡Descansa! —dijo Helen sonriendo.

Gant pensaba en los años intermedios, y en los desesperantes designios del destino. Su vida le parecía extraña.

—Iremos a ver todos esos lugares cuando salgas de aquí. Te van a dar de alta pasado mañana. ¿Lo sabías? ¿Sabías que estás casi bien del todo? —dijo ella, con una amplia sonrisa.

—Seré un hombre nuevo después de esto —dijo Gant—. ¡Me siento veinte años más joven!

—¡Pobre papá! ¡Pobre papá! —dijo ella.

Tenía los ojos húmedos. Lo asió la cara con sus grandes manos y atrajo la cabeza sobre su pecho.

## VEINTISIETE

¡Shakespeare, levanta! Y se levantó. El bardo se alzó a lo largo y a lo ancho del hermoso nuevo mundo. Él no era de una época, sino de todos los tiempos. Y su tricentenario solo se celebraba una vez, al término de trescientos años. Se celebraba devotamente desde Maryland hasta Oregón. Ochenta y un miembros de la Cámara de Representantes, preguntados por periodistas literatos sobre sus versos predilectos, respondieron inmediatamente con una cita de Polonio: «Por encima de todo, sé fiel a ti mismo». El Cisne era presentado, exaltado y comentado en todos los institutos docentes del país.

Eugene arrancó el retrato de Chandos de las páginas del Independent y lo clavó en la encalada pared del cuarto de atrás. Después, todavía embargado por la sonoridad del gran himno de Ben Jonson, garabateó al pie de la imagen con grandes caracteres temblorosos: «¡Mi Shakespeare, levanta!». La gran cara rolliza —«la cabeza más tonta que vi jamás»— lo miró inexpresivamente con sus ojos saltones, llena de vanidad la perilla de paleta. Pero, iluminado por su presencia, Eugene se sumió de nuevo en las hojas, esparcidas sobre la mesa, del ensayo que estaba escribiendo.

Lo descubrieron. En una imprudente ausencia, dejó al Bardo en la pared. Cuando volvió, Ben y Helen habían leído sus notas. A partir de entonces, lo llamaban poéticamente a la mesa, al teléfono, al enviarle a un recado.

—Mi Shakespeare, ¡levanta!

Ruborizado y resentido, se levantaba.

—¿Quiere mi Shakespeare pasarme los bizcochos? —decía Ben, con burlona sonrisa. O bien—: ¿Puede mi Shakespeare acercarme la mantequilla?

—¡Mi Shakespeare! ¡Mi Shakespeare! ¿Queréis otro pedazo de pastel? —decía Helen. Y después, con una risa compungida, añadía—: ¡Es una vergüenza! No deberíamos tratar así al pobre muchacho.

Sin dejar de reír, se acariciaba el gran y recto mentón, miraba por la ventana. Y reía abstraída, arrepentida; pero reía.

Pero... «su arte era universal. Veía claramente la vida, y la veía en su totalidad. Era un océano intelectual cuyas olas lamían todas las costas del pensamiento. Lo era todo en uno: abogado, comerciante, soldado, médico, estadista. Hombres de ciencia se han asombrado de la profundidad de sus conocimientos. En *El mercader de Venecia* trata las cuestiones legales más técnicas con la habilidad de un jurisconsulto. En *El rey Lear* prescribe audazmente el sueño como remedio a la locura de Lear. “El sueño que zurce la deshilachada manga de la zozobra.” Así se anticipó casi tres siglos a los últimos descubrimientos de la ciencia moderna. Con su simpático y claro sentido de la caracterización, no se reía de sus personajes, sino que reía con ellos».

Eugene ganó la medalla, de bronce o de algún otro material aún más duradero. El perfil del Bardo toscamente mellado. W. S. 1616-1916. Una vida larga y útil.

El aparato del espectáculo conmemorativo era hermoso y sencillo. Su autor, el doctor George B. Rockham —que, según rumores, había pertenecido antaño a la compañía de Ben Greet— había cuidado de ello. Todas las palabras habían sido escritas por el doctor George B. Rockham y, por consiguiente, no había más voz que la suya. El doctor George B. Rockham era la Voz de la Historia. Los inocentes escolares de Altamont eran mudas ilustraciones de aquella voz.

Eugene era el príncipe Hal. Su traje llegó de Philadelphia el día antes del espectáculo. Se lo puso en el despacho del director del colegio de John Dorsey Leonard. Después se presentó tímidamente a John Dorsey en la galería del colegio, jugueteando con su fina espada y mirando dudosamente las medias de seda coloradas que cubrían tres cuartas partes de sus zancas y dejaban al

descubierto, debajo de los calzones afollados, medio palmo de muslo.

John Dorsey Leonard lo observó gravemente.

—Acércate, muchacho —dijo—. ¡Déjame ver!

Tiró con fuerza de las exiguas medias, sin más resultado que hacerles grandes carreras. Después se echó a reír. Se apoyó en la barandilla de la galería y se dobló por la cintura, paralizado por una risa ahogada que terminó en un estridente y baboso relincho.

—¡Ooo-h, Dios mío! —farfulló—. ¡Discúlpame! —jadeó, viendo la cara irritada del chico—. Pero es la cosa más graciosa que... —y no pudo terminar.

—Yo te arreglaré —dijo la señorita Amy—. Tengo precisamente lo que te conviene.

Le dio un holgado traje de payaso, de lienzo verde. Era una reliquia de una fiesta de carnaval; sus anchos pliegues se recogían sobre los tobillos.

Eugene volvió su rostro desolado y aturdido a la señorita Amy.

—No está bien, ¿eh? —preguntó—. Él no llevó nunca una cosa así ¿verdad?

La señorita Amy lo miró. Su hundido pecho se hinchó con una sonora risa de contralto.

—¡Sí que está bien! ¡Muy bien! —chilló—. A fin de cuentas, él era así. Nadie se dará cuenta, chico.

Se derrumbó pesadamente en un sillón de mimbre que se ensanchó con un crujido de protesta.

—¡Señor! —gimió—. Creo que nunca vi...

El espectáculo se representó en los emparrados jardines de Manor House. El doctor George B. Rockham estaba de pie en una oquedad verde: un anfiteatro natural. El público se sentaba en bancos colocados sobre el césped. A medida que desfilaban los fantasmas de la poesía y del drama, el doctor George B. Rockham describía limpiamente cada personaje con versos endecasílabos. Vestía según la moda de la Restauración, período que admiraba porque comprendía el encanto de las pantorrillas musculosas. Sus gruesas piernas se destacaban nudosas bajo una modesta orla de calzones fruncidos.

Eugene esperaba en el camino de arriba, detrás de un telón de árboles. Era a comienzos de un bello mes de mayo. Doc Hines (Falstaff) esperaba junto a él. Su tosca y pequeña cara sonreía afectadamente sobre unas vestiduras rellenas de metros de guata. Sonriendo, se golpeaba la hinchada panza, y cada golpe dejaba una depresión hidrópica.

Se volvió a Eugene, bizqueando cómicamente.

—Hal —dijo—, eres un príncipe encantador.

—Tú no eres una belleza, Jack —replicó Eugene.

Detrás de él, Julius Arthur (Macbeth) desenvainó la espada e hizo un molinete.

—Te desafío, Hal —dijo.

Bajo la joven y brillante luz, sus finas espadas chocaron rápidamente. Todas las personae del Bardo, a pie o a caballo, gorjearon con risas de pajarillos. Julius Arthur lanzó una estocada y, al pararla Eugene, hizo un guiño y hundió súbitamente el acero en la panza expectante de Doc Hines. La compañía del inmortal chilló regocijada.

La señorita Ida Nelson, ayudante del director, se precipitó entre ellos.

—¡Shhht! —siseó con fuerza—. ¡Shhht!

Estaba muy enojada. Se había pasado toda la tarde imponiendo silencio.

Balanceándose elegantemente sobre su silla de amazona, Rosalinda, pequeña belleza del convento, sonrió cálidamente a Eugene. Este la miró y se olvidó de todo lo demás.

Debajo de ellos, en el camino, la apretujada prenda se separó despacio, se dividió en pequeños fragmentos y desapareció en la sima oculta de la voz receptora del doctor George B. Rockham. Este, con meliflua serenidad, les dio la bienvenida.

Pero aún no había llegado a Shakespeare. El espectáculo se había iniciado con las voces del Pasado y del Presente; voces un tanto disonantes con el tono del acontecimiento; pero necesarias para el éxito comercial de la empresa. Estas voces recibieron ahora a cuatro asustadas dependientas de los almacenes Schwartzberg, que llegaron enarbolando el estandarte de la casa y exhibiendo modestos vestidos de algodón y sandalias. O, según los más elocuentes yambos del doctor:

Comercio, hermano de las artes, tú

ocupas un lugar en nuestra escena.

Llegaron y pasaron: Ginsberg's, «de la moda espejo y molde de la forma»; la abacería Bradley, «el cuerno de abundancia de Pomona»; la agencia Buick, «carrozas reales de Oxus y de Ind».

Llegaron y pasaron, con la pompa de la niebla en un torrente otoñal.

Detrás de ellos, en apretadas filas de querubines, las ordenadas legiones de

las escuelas dominicales de Altamont, angelitos de Dios vestidos de blanco y apretando tristemente en sus manitas dos mil banderas de la libertad, sabe Dios para qué remoto acontecimiento, iniciaron su entrada en la oquedad. Sus maestras los incitaban amablemente a la acción, batiendo palmas y repicando los pies.

—Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro. ¡Deprisa, niños!

Una orquesta oculta —música entre los árboles— los recibió con sagrados acordes al acercarse ellos: los baptistas, con la sencilla doctrina de Es la antigua religión; los metodistas, con Esperaré en el río; los presbiterianos, con Roca de los siglos; los episcopalianos, con Jesús, amante de mi alma, y, en un lírico paroxismo de pasión, los pequeños judíos, con la noble música marcial de Adelante, soldados cristianos.

Pasaron sin risas. Hubo una pausa.

—Bueno, ¡gracias a Dios! —dijo roncamente Ralph Rolls, en voz baja y solemne.

La hueste desperdigada del Bardo rio y volvió a ponerse ruidosamente en fila.

—¡Shhht! ¡Shhht! —silbó la señorita Ida Nelson.

—¿Qué diablos se imagina que es? —dijo Julius Arthur—. ¿Una máquina de vapor?

Eugene miró atentamente las bien formadas piernas de Viola, el paje.

—¡Huy! —dijo Ralph Rolls, haciéndose oír como de costumbre—. ¡Mirad quién está aquí!

Ella los miró a todos y sonrió con imperial orgullo. Pero no contó con su amor.

La señorita Ida Nelson captó la furtiva señal del doctor. Cuidadosamente, en lentas parejas, encaminó a los personajes hacia él.

El Moro de Venecia (el señor George Graves) volvió su ancha espalda a las cuchufletas y bajó sonriendo hosca y tímidamente, incapaz de ocultar la turbación que le producían las gordas pantorrillas.

—Dile quién eres, Villa —dijo Doc Hines—. Te pareces a Jack Johnson.

La población, en su primer atuendo blanco de primavera y sentada en los bancos sobre el césped, contemplaba gravemente la frondosa y pequeña comedia de errores; las montañas circundantes, y los dioses que moraban en ellas, contemplaba el teatro ligeramente más grande de la villa; y, alegóricamente, desde montañas que miraban desde arriba a las montañas, el

único baluarte de la filosofía, el autor de esta crónica, lo contemplaba todo.

—Vamos allá, Hal —dijo Doc Hines, dando un codazo a Eugene.

—Duro con ellos, hijo —dijo Julius Arthur—. Vas vestido para tu papel.

—Así parece —dijo Ralph Rolls—. Se van a morir del susto, chico —añadió, riendo descaradamente.

Bajaron a la hondonada, acompañados por un grave pero creciente murmullo de asombro del público. Delante de ellos, el doctor acababa de despachar a Desdémona, que se alejaba con graciosa sumisión. Ahora la emprendía con Otelo, que permanecía en pie, formidable y tímido, hasta que terminase su ordalía. Por fin se alejó y el doctor se volvió a Falstaff, identificando rápidamente y con alivio al hombre de la abultada panza:

Vete, Tragedia, y venga a nuestra villa

jovialidad con gorro y campanillas:

Falstaff, rey de bufones, libertino

que a un príncipe sació con su alegría

y un reino gobernó con picardía.

Confuso por las crecientes risas contenidas, Doc Hines miró a su alrededor con sonrisa forzada, dio una cómica palmada a su hinchada panza y murmuró roncamente a Eugene, en un aparte:

—¿Oyes eso, Hal? Soy un diablo sobre ruedas, ¿no?

Eugene lo vio alejarse en verde revoltijo y, de pronto, se dio cuenta de que un silencio extraño había caído sobre el doctor George B. Rockham. Por un instante, la Voz de la Historia había enmudecido. El hombre estaba boquiabierto.

—¿Quién eres tú? —dijo con voz ronca, cubriéndose la boca con una de sus velludas manos.

—El príncipe Hal —dijo Eugene, también roncamente y tapándose la boca con la mano.

El doctor George B. Rockham vaciló un poco. La breve conversación había llegado a la platea. Pero antes de que estallasen las risas contenidas, empezó con firmeza:

Camarada del débil y el salvaje,

que en la locura halló sabiduría.

Impertérrito Hal.

Y las risas estallaron, desenfrenadas y turbulentas, en oleadas cada vez más fuertes; unas risas furiosas como un terremoto, como truenos, que ahogaron al doctor George B. Rockham y todo lo que tenía que decir. ¡Risas! ¡Risas! ¡Risas!

Helen se casó en el mes de junio; mes consagrado, según se dice, a Himeneo, pero empleado tan a menudo para las nupcias que, probablemente, la bendición del dios no es infalible.

Había regresado a Altamont en mayo, después de su último compromiso lírico. Había estado en Atlanta para la semana de ópera y había retornado vía Henderson, donde había visitado a Daisy y a la señora Selborne. Allí había encontrado a su pareja.

No era un extraño. Lo había conocido años atrás en Altamont, donde había residido él por breve tiempo como agente de distrito de la gran y humanitaria corporación que era su patrono: la Federal Cash Register Company. Desde entonces, había recorrido diversas partes del país a indicación de sus dueños, llevando consigo su importante mensaje de prosperidad y desarrollo. En la actualidad vivía con su hermana y su anciana madre —cuya grave enfermedad de los miembros no había perjudicado su apetito— en una población de Carolina del Sur. Era abnegado y generoso con ambas. Y la Federal Cash Register Company, conmovida por su fiel cumplimiento del deber, lo había recompensado con un buen salario. El hombre se llamaba Barton. Los Barton vivían bien.

Helen regresó inesperadamente, como solían hacer los Gant. Una tarde, sorprendió a los miembros de su familia en la cocina.

—¡Hola a todos! —dijo.

—¡Por el am-m-mor de Dios! —dijo Luke, al cabo de un momento—. ¡Mirad quién está aquí!

Se abrazaron efusivamente.

—Pero ¡qué es esto! —gritó Eliza, dejando la plancha sobre la tabla y tambaleándose sobre los pies, en un esfuerzo por andar en dos direcciones al mismo tiempo.

Se besaron.

—Precisamente estaba pensando —dijo Eliza, con más calma—, que no me sorprendería verte aparecer de pronto. Tuve un presentimiento, no sé cómo lo llamarías tú...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la chica alegremente, pero con una sombra de fastidio—. No empieces con esas fantásticas gansadas de los Pentland. Me ponen la piel de gallina.

Cambió una mirada de burlona invitación con Luke. Este hizo un guiño, se volvió de pronto y, con una risa idiota, empezó a hacer cosquillas a Eliza.

—¡Vete! —chilló esta.

Él rio más fuerte.

—¡Voy a decirte una cosa, chico! —dijo malhumoradamente ella—. Creo que estás loco. ¡Palabra!

Helen rio roncamente.

—Bueno —dijo Eliza—, ¿cómo dejaste a Daisy y a los niños?

—Están bien, supongo —dijo cansadamente Helen—. ¡Oh, Dios mío, líbrame de ellos! —rio—. ¡Nunca visteis una peste semejante! Me gasté cincuenta dólares ¡solo en juguetes y regalos! Pero no lo habríais dicho, por las gracias que me dieron. Daisy lo toma todo como si tuviese derecho a ello. ¡Egoísta! ¡Egoísta! ¡Egoísta!

—¡Por el am-m-mor de Dios! —dijo lealmente Luke.

Daisy era una buena chica.

—Puedo aseguraros que pagué de sobra todo lo que recibí en casa de Daisy —dijo vivamente ella, en tono desafiante—. Pero no perdí allí más tiempo del preciso. Estuve casi siempre en casa de la señora Selborne. Prácticamente, tomé allí todas mis comidas.

Su necesidad de independencia había aumentado. Su renuncia a asumir obligaciones con los otros era agresiva. Daba más de lo que recibía.

—Bueno, me he decidido —dijo al rato, tratando de disimular su viva ansiedad.

—¿A qué? —preguntó Luke.

—Al fin me he decidido y lo he hecho —dijo ella.

—¡Señor! —chilló Eliza—. No te habrás casado, ¿verdad?

—Todavía no —dijo Helen—, pero lo haré muy pronto.

Entonces les habló del señor Hugh T. Barton, vendedor de cajas registradoras. Habló leal y amablemente de él, pero sin gran amor.

—Tiene diez años más que yo —dijo.

—Bueno —dijo reflexivamente Eliza, frunciendo los labios—. A veces son los mejores maridos. —Y al cabo de un momento, preguntó—: ¿Tiene alguna propiedad?

—No —respondió Helen—, viven de lo que él gana. Pero viven bien, te lo



aseguro. Tienen dos criadas fijas en casa. La anciana señora no da golpe.

—¿Dónde vais a vivir? —dijo vivamente Eliza—. ¿Con su familia?

—¡Oh, ni pensarlo! ¡Ni pensarlo! —dijo lenta y rotundamente Helen—. ¡Por Dios, mamá! —siguió, con irritación—. Quiero vivir en mi casa. ¿No lo comprendes? He estado toda mi vida preocupándome de los demás. Que se preocupen ahora de mí. No quiero parientes políticos cerca de mí. ¡No, señor! —dijo, enfáticamente.

Luke se mordió nerviosamente las uñas.

—Bueno, él v-v-va a llevarse una g-g-gran chica —dijo—. Espero que sea lo bastante inteligente para darse cuenta.

Helen rio conmovida, irónicamente.

—Tengo un buen propagandista, ¿no? —dijo. Después lo miró seriamente, con ojos claramente afectuosos—. Bueno, gracias, Luke. Eres de esos que siempre se preocupan de los intereses de la familia.

Su cara grande permaneció un momento tranquila y grave. Había en ella una calma inmensa: la belleza radiante y limpia del amanecer y del agua de lluvia. Sus ojos eran luminosos y crédulos como los de un niño. No había maldad en ella. No había aprendido nada.

—¿Se lo has dicho a papá? —preguntó ahora Eliza.

—No —respondió ella, después de una pausa—. No se lo he dicho.

Pensaron en Gant en silencio, preguntándose. La marcha de la joven era algo insólito.

—Tengo derecho a mi propia vida, como cualquiera —dijo Helen con irritación, como si alguien le hubiese disputado este derecho—. ¡Dios mío, mamá! Tú y papá vivisteis vuestras vidas, ¿no? ¿Piensas que sería justo que tuviese que cuidar siempre de él? ¿Lo piensas?

Había levantado la voz, bajo la tensión nerviosa.

—Pues... no. Yo nunca dije... —comenzó Eliza, aturullada y conciliadora.

—Te has pasado la vida p-p-pensando en los otros y no en ti misma —dijo Luke—. Aquí está lo malo. Ellos no lo aprecian.

—Pues no voy a seguir haciéndolo. ¡Seguro que no! Quiero un hogar y unos hijos. ¡Y voy a tenerlos! —dijo, desafiante. Pero al cabo de un momento añadió con ternura—: ¡Pobre papá! Me pregunto lo que va a decir.

Pero dijo muy poco. Los Gant, después de la sorpresa inicial, introducían rápidamente los nuevos acontecimientos en la textura de sus vidas. El cambio

abismal sumía sus almas en una inconsciencia cavilosa.

El señor Hugh Barton subió a la montaña a visitar a la parentela de su prometida. Llegó, para delicia de ellos, retrepado en el largo y veloz chasis de un polvoriento y castaño descapotable Buick 1911. Llegó envuelto en una nube gaseosa y entre fuertes explosiones del potente motor. Se apeó; un alto y elegante personaje, dispéptico, flaco en extremo, afectadamente vestido y planchado. Miró despacio y críticamente el coche, con un largo cigarro prendido en la comisura de sus saturninos labios y despojándose deliberadamente de los guantes. Después, con la misma lentitud, se quitó el enorme sombrero gris —única prenda sorprendente de su por lo demás irreprochable atuendo— y sacudió delicadamente las largas y delgadas piernas para borrar las arrugas del pantalón. Aunque no había ninguna. Por último, avanzó pausadamente hacia Dixieland, donde se hallaban reunidos los Gant. Al acercarse, sin prisa, se quitó tranquilamente el cigarro de la boca y lo sostuvo entre los dedos de su flaca, velluda y violentamente temblorosa mano. Sus finos cabellos negros, impecablemente peinados, perdieron un poco de su elegancia por culpa de la caprichosa brisa. Observó a su prometida y sonrió, con dignidad y humor, exhibiendo los grandes dientes de oro. Se saludaron y se besaron.

—Te presento a mi madre, Hugh —dijo Helen.

Hugh Barton se dobló, lenta y ceremoniosamente por la flaca cintura. Fijó en Eliza una mirada penetrante que la desconcertó. Sus labios se fruncieron de nuevo en una imponente y sardónica sonrisa. Todos tuvieron la impresión de que iba a decir algo muy, muy importante.

Con igual lentitud y gravedad saludó a todos los demás. Estos estaban un tanto amedrentados por su distinción. Sin embargo, Luke no pudo dominarse y explotó:

—Se lleva usted una b-b-buena chica, señor B-b-barton.

Hugh Barton se volvió despacio a él y le lanzó una mirada afilada.

—Así lo creo —dijo gravemente.

Su voz era profunda, deliberada, con cierta ronquera imponente. Se estaba vendiendo a sí mismo.

Rompiendo el embarazoso silencio, se volvió y sonrió amablemente a Eugene.

—¿Quieres un cigarro? —le preguntó, sacando tres largas y gruesas brevas del bolsillo superior de la chaqueta y sosteniéndolas con sus pulcros y temblorosos dedos.

—Gracias —dijo Eugene, mirándolo de soslayo—. Fumaré un Camel.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Hugh Barton le acercó gravemente una cerilla.

—¿Por qué lleva ese sombrero tan grande? —preguntó Eugene.

—Psicología —dijo Hugh—. Les hace hablar.

—Mire qué le digo —dijo Eliza, echándose a reír—. Es una buena idea, ¿no?

—¡Claro! —dijo Luke—. ¡Es una forma de propaganda! ¡Y la propaganda es siempre beneficiosa!

—Sí —dijo lentamente el señor Barton—, hay que captar la psicología del interlocutor.

La frase parecía describir una acción de ataque modificado y de pillaje restringido.

Hugh les cayó bien a todos. Entraron en la casa.

La madre de Hugh Barton tenía sesenta y cuatro años, pero con la energía de una mujer sana de cincuenta y el apetito de dos de cuarenta. Era una anciana vigorosa, de un metro ochenta de estatura, huesos grandes de varón, cara mofletuda, sensual y complaciente, y con una verdadera trituradora de dientes amarillos de caballo. Era delicioso verla mascar el maíz de la propia mazorca. Una ligera parálisis había frenado su lengua y hecho su discurso un poco estropajoso, y por esto hablaba pausadamente, enunciando con afectación cada palabra. Esta deficiencia, que disimulaba cuidadosamente, sumaba, más que restaba, peso pontifical a sus opiniones: era una firme republicana —en memoria de su difunto compañero— y cobraba violenta antipatía a quien se opusiera a sus juicios políticos. Si algo la contrariaba o molestaba, la amplia benevolencia de su semblante era sustituida por una nube tormentosa, y su ancho y protuberante labio inferior se enrollaba como una persiana. En todo caso, cuando caminaba despacio, empuñando un pesado bastón y cargando en él todo su peso, era una viuda que imponía respeto.

—Es una dama, una verdadera dama —decía orgullosamente Helen—. Cualquiera puede verlo. Se codea con la gente más distinguida.

La hermana de Hugh Barton, señora Genevieve Watson, era una mujer cetrina de treinta y ocho años, alta, flaca y peripuesta, como su hermano; dispéptica, y muy elegante en el vestir. El divorciado Watson brillaba por su ausencia en todas las conversaciones; su nombre sonaba pocas veces, seguido de un lúgubre silencio y de sugerencias en voz baja sobre su oriental libertinaje.

—Era una bestia —decía Hugh Barton—, un perro ruin. Trató muy mal a mi hermana.

La señora Barton movía su voluminosa cabeza con la lenta pero enérgica aprobación que otorgaba a todas las opiniones de su hijo.

—¡O-o-oh! —decía—. Era un hombre te-rrí-ble.

Los Gant dedujeron que se había entregado a prácticas diabólicas. Había «ido detrás de otras mujeres».

La hermana Veve tenía el rostro estrecho e inquieto, una vivacidad metálica y una cordialidad elegante. Vestía siempre con elegancia. Tenía ciertas vagas relaciones con el negocio de fincas; hablaba con grandilocuencia de misteriosos asuntos; estaba siempre al borde de dar un «gran golpe» indefinido.

—Estoy avanzando mucho, hermano —decía, con alegre confianza—. Las cosas se ponen en mi favor. Hoy ha venido J. D. y me ha dicho: «Veve, eres la única mujer del mundo que puede llevar esto adelante. Decídetes, pequeña. Puedes ganar una fortuna».

Y así sucesivamente.

Su manera de hablar, pensaba Eugene, era bastante parecida a la del hermano Steve.

Pero el afecto y la lealtad recíprocos de los dos hermanos eran muy hermosos. Su extraña fe, su permanente tranquilidad, intrigaba y turbaba a los Gant. Estos se sentían vagamente conmovidos y un poco molestos a causa de ello.

Los Barton llegaron a Woodson Street dos semanas antes de la boda. Tres días después, Helen y la anciana señora Barton andaban a la greña. Era inevitable. El calor del primitivo afecto de la chica por la familia Barton se extinguió rápidamente; se afirmó su instinto posesivo: no quería repartir el amor con nadie, no quería compartir con nadie un sitio en el corazón. Quería ser la dueña, poseer completamente. Sería generosa, pero sería el ama. Daría. Era ley de su naturaleza.

Inmediatamente, por la fuerza de esta tensión esencial, empezó a pergeñar un pliego de cargos contra la vieja.

La señora Barton, por su parte, sentía toda la importancia de su pérdida. Quería asegurarse de que Helen se daba cuenta de lo trascendente que era su conquista de uno de los santos más recientes.

Meciéndose pesadamente en la oscuridad de la galería de Gant, decía la anciana:

—Vas a casarte con un buen chico, He-len. —Meneaba de un lado a otro la enérgica cabeza, con énfasis agresivo—. Aunque me esté mal decirlo, es un

buen chico, He-len. No lo hay mejor en el mundo.

—¡Oh, no sé! —decía, molesta, Helen—. Creo que tampoco es mal negocio para él. Tengo una opinión bastante buena de mí misma, ¿sabe?

Y se reía, secamente, fuertemente, tratando de disimular con la risa un resentimiento visible para todos, menos para la irritada señora Barton.

Un momento más tarde, con cualquier pretexto, volvía a entrar en la casa, donde, contraído el rostro por el creciente nerviosismo, decía a Luke, a Eugene o a cualquiera que se prestase a escucharla:

—Habéis oído, ¿no? ¿Lo habéis oído? Ya veis lo que tengo que aguantar. ¿Lo veis? ¿Podéis echarme en cara que no quiera saber nada de esa maldita vieja? Os dais cuenta de que quiere seguir mandando, ¿no? ¿No veis cómo me lo da a entender a la menor oportunidad? No puede soportar que él se le vaya. ¡Claro que no! Es su seguro de vida. Le han chupado la sangre. Bueno, incluso ahora, si se tratase de elegir entre nosotras... —se interrumpía, frunciendo el semblante. No podía continuar. Al cabo de un momento, se tranquilizaba y decía definitivamente—: Supongo que ahora sabéis por qué vamos a vivir lejos de ellas. Lo veis, ¿no? ¿Lo censuráis?

—No —decía Eugene, después de pensarlo un poco.

—¡Es una v-v-vergüenza! —decía lealmente Luke.

Y la señora Barton, en tono amable pero autoritario, llamaba desde la galería:

—¡He-len! ¿Dónde estás, He-len?

—¡Oh, vete al infierno! ¡Vete al infierno! —decía Helen, cómicamente y en voz baja—. ¿Qué? ¿Qué quiere? —gritaba vivamente—. Lo veis, ¿no?

Se casaría en Dixieland, porque iba a ser una gran boda. ¡Conocía a tanta gente importante!

A medida que se acercaba el día, se agudizaba su histerismo reprimido. Su sentido del decoro se hacía agresivo: atacaba duramente a Eliza por tener ciertas personas dudosas en la casa.

—¡Por el amor de Dios, mamá! ¿Cómo puedes permitir estos enredos delante de Hugh y de su familia? ¿Qué van a pensar? ¿Y no te importa herir mis sentimientos? ¡Cielo santo! ¿Vas a tener la casa llena de pendones la noche de mi boda?

Su voz era aguda y cascada. Estaba a punto de llorar.

—¡Pero hija...! —decía Eliza, con semblante turbado—. ¿Qué quieres decir? Yo no he advertido nada.

—¡Porque estás ciega! ¡Es la comidilla de todos! Prácticamente, ¡viven juntos!

Con esto se refería a la situación creada entre un joven disipado y alcohólico y una chica guapa y morena, ligeramente tuberculosa.

Se encomendó a Eugene la tarea de sacar a la pareja de su madriguera. Esperó severamente delante de la habitación de la chica, observando el baile de su sombra en la rendija de la puerta. Al cabo de seis horas, los sitiados se rindieron y el hombre salió. El muchacho, pálido pero orgulloso de su hazaña, dijo al corruptor de la casa que tenía que marcharse. El joven accedió; tenía la borrachera alegre. Se marchó inmediatamente.

La señora Pert se salvó de la limpieza.

—A fin de cuentas —dijo Helen—, ¿qué sabemos de ella? Pueden decir lo que quieran de Fatty. A mí me gusta.

Helechos, flores, plantas en macetas, regalos y llegada de invitados. El prolijo zumbido presbiteriano. La multitud apiñada. El estruendo glorioso de La marcha nupcial.

Unas instantáneas: Hugh Barton y la novia mirando fijamente, asustados; Gant, Ben, Luke y Eugene, sonriendo ampliamente, sumisamente; Eliza, pesarosa y triste; la señora Selborne, con una sonrisa ligeramente misteriosa; las descaradas niñas-flores; la risa feliz de Pearl Hines.

Cuando todo hubo terminado, Eliza y su hija se abrazaron llorando.

Una y otra vez, repitió Eliza a los invitados:

Si un hijo se te casa, lo pierdes para siempre.

Si una hija se te casa, por siempre la conservas.

Esto la consolaba.

Por fin pudieron escapar, agotados, de la presión asfixiante de los bien intencionados invitados. Pálidos, aturullados, el señor y la señora Hugh Barton subieron a un coche cerrado. ¡Estaba hecho! Pasarían la noche en el Battery Hill. Ben había reservado la suite nupcial. Mañana, el viaje de luna de miel a Niágara.

Antes de marcharse, la novia besó a Eugene con algo del antiguo afecto.

—Nos veremos en otoño, querido. Ven en cuanto puedas.

Pues Hugh Barton iba a empezar la vida con su esposa en otro lugar. Iría a la capital del estado. Y se había decidido ya, principalmente por Gant, que Eugene iría a la universidad del estado.

Pero Hugh y Helen no salieron en viaje de luna de miel a la mañana siguiente, como habían proyectado. Durante la noche, mientras yacía en Dixieland, la señora Barton sufrió un violento mareo, con vómitos. Por una vez, su fuerte mecanismo digestivo no pudo resistir la carga que le había impuesto durante el banquete nupcial. Estuvo a las puertas de la muerte.

Hugh y Helen volvieron a toda prisa, la mañana siguiente, al escenario de tristes oropeles y lirios marchitos. Helen puso toda su vitalidad al cuidado de la enferma; dominante, furiosa, enérgica, le devolvió la vida. Al cabo de tres días, la señora Barton estaba fuera de peligro; pero su convalecencia fue lenta, desagradable y dolorosa. Al prolongarse tediosamente los días, crecía la irritación de la joven por su frustrada luna de miel. Saliendo del cuarto de la enferma, entraba en la cocina de Eliza con el rostro contraído, incapaz de dominar su cólera.

—¡Esa maldita vieja! A veces creo que lo hizo adrede. Dios mío, ¿acaso no podré nunca ser feliz? ¡Hum! ¡Hum! —Su ruda sonrisa báquica flotaba en el ancho y triste semblante—. Por el amor de Dios, mamá, ¿de dónde saca todo eso? —decía, con una mueca lacrimosa—. No hago más que darle a la bayeta. ¿Quieres decirme cuánto va a durar?

Eliza reía maliciosamente, pasando un dedo por debajo de su ancha nariz.

—¡Hija mía! —decía—. Tienes razón. ¡Nunca había visto nada igual! Parece como si hubiese guardado la comida en el estómago durante seis meses.

—¡Sí, señor! —decía Helen, mirando vagamente a su alrededor mientras bailaba en sus labios una impía sonrisa—. Solo quisiera saber de dónde lo saca todo. Es que no para —decía, con una fuerte y colérica risotada—. Pienso que, en cualquier momento, vomitará uno de sus riñones.

—¡Hu-uy! —gritaba Eliza, desternillándose de risa.

—¡He-len! ¡He-len! —llamaba débilmente la señora Barton desde su habitación.

—¡Oh, vete al diablo! —decía la chica, sottovoce—. ¡Hum! ¡Hum! —y rompía en llanto—. ¿Es que esto no acabará nunca? A veces pienso que el juicio de Dios ha caído sobre todos nosotros. Papá tenía razón.

—¡Bah! —decía Eliza, humedeciéndose los dedos y enhebrando la aguja delante de la lámpara—. Yo no me preocuparía más por ella. No le ocurre nada malo. ¡Todo es imaginación!

Eliza estaba firmemente convencida de que la mayoría de las enfermedades humanas, salvo las suyas, eran producto de «la imaginación».

—¡He-len!

—¡Está bien! ¡Ya voy! —gritaba alegremente la joven, haciendo un guiño irritado a Eliza antes de salir.

Era divertido. Era feo. Era terrible.

Realmente, parecía que papá tuviese razón y que el celestial Señor de las Nubes, el tan encomiado, a quien nuestros mordaces modernos han llamado a veces «el viejo Bromista», hubiese mirado con ceño su destino.

Empezó a llover; una lluvia incesante, copiosa, torrencial, cayó sobre los nublados montes, ahogando las hierbas y el follaje en las laderas, iniciando el fluido alud de tierra sobre un caserío, aglutinando los rocosos riachuelos de montaña para formar una sábana espumosa de aguas amarillas. Minó los márgenes pardos con inauditos aguaceros; excavó las faldas de los montes; arrastró la tierra apisonada debajo de los raíles; y estos quedaron como cables aéreos tendidos sobre un profundo cañón.

Hubo una inundación en Altamont. El agua bajó en una ancha corriente convergente desde los montes, llenó el pequeño río y, rebasando las orillas, se convirtió en un ancho y espumoso Mississippi. Arrasó las tierras bajas del río; arrancó puentes de hierro y de madera de sus pilares y los arrastró como si fuesen hojas; trajo la ruina a las viviendas de los ferroviarios y a cuantos moraban en ellas.

Todas las comunicaciones de la población quedaron cortadas. Al final de la tercera semana, cuando las aguas volvieron a sus cauces, Hugh Barton y su esposa, lúgubremente encogidos en el gran hoyo del Buick, rodaron por carreteras inundadas, y reptaron desesperadamente sobre armazones de puentes en ruinas, desafiando la cólera terrible de las aguas para disfrutar de su desvaída y poco alentadora luna de miel.

—Iré donde yo le mande, o no iré a ninguna parte —sentenció Gant, sin gritar.

Así se decidió que Eugene iría a la universidad del estado.

Eugene no quería ir.

Durante dos años, había fantaseado con Margaret Leonard sobre su futura educación. Dada su juventud, lo más conveniente era que estudiase un par de años en Vanderbilt (o en Virginia), pasase otros dos años en Harvard, y habiendo llegado al paraíso en fáciles etapas, «culminase» su instrucción con un año o dos en Oxford.

Pero los Leonard no estaban aún dispuestos a prescindir de él.

—Eres demasiado joven, muchacho —decía Margaret Leonard—. ¿No puedes persuadir a tu padre de que espere otro año? Por tu edad, no eres más que un chiquillo, Eugene. Te sobra tiempo.



Pero Gant no se dejaba persuadir.

—Ya es bastante mayor —decía—. A su edad, yo llevaba años ganándome la vida. Me estoy haciendo viejo. No tardaré en marcharme. Y quiero que empiece a hacerse un nombre antes de morir yo.

Se negaba obstinadamente a todo aplazamiento. Veía en su hijo menor su última esperanza de perpetuar el apellido en los laureles, en los laureles políticos que tanto apreciaba. Quería que su hijo fuese un gran y previsor estadista, en el partido demócrata o en el republicano. Por consiguiente, la elección de universidad era una medida de conveniencia política, fundada en el juicio de sus amigos juristas y políticos.

—Está en condiciones de ir —decía Gant—, e irá a la universidad del estado y a ninguna otra parte. Allí lo educarán tan bien como en cualquier otro sitio. Y además, hará amistades que lo apoyarán durante el resto de su vida. —Dirigía a su hijo una mirada de amargo reproche—. Muy pocos muchachos tienen esta suerte —le decía—, y deberías estar agradecido en vez de poner mala cara. Mira qué te digo: llegará un día en que me darás las gracias por haberte enviado allí. Esta es mi última palabra: irás donde yo te mande, o no irás a parte alguna.

\*\*\*\*\*

## TERCERA PARTE

### VEINTIOCHO

Eugene no había cumplido aún los dieciséis años cuando fue enviado a la universidad. En aquellos días medía más de un metro ochenta y cinco y pesaba tal vez sesenta y cinco kilos. Había estado muy pocas veces enfermo, pero su rápido crecimiento había minado mucho su fortaleza; rebosaba energía mental y corporal que lo devoraba y lo agotaba. Se cansaba muy deprisa.

Era un chiquillo cuando se marchó; un chiquillo que sabía mucho del dolor y de la maldad y seguía fantaseando sobre el Ideal. Encerrado en su gran ciudad amurallada de visiones, su lengua había aprendido a zaherir, y sus labios a burlarse, pero los fuertes arañazos del mundo no habían hecho mella en su vida secreta. Una y otra vez se había visto empantanado en el lodazal gris de los hechos. Sus ojos crueles no habían dejado de percibir el significado de cualquier acción, su abrumado y amargado corazón se había achicharrado en su interior como un lingote al rojo, pero todo su duro saber se fundía al

calor de su imaginación. No era un niño cuando reflexionaba, pero sí cuando soñaba, y era el niño soñador quien regía sus creencias. Quizá pertenecía a una raza humana más vieja y sencilla: la de los hacedores de mitos. Para él, el sol era una lámpara magnífica que lo iluminaría en su gran aventura. Creía en las intrépidas vidas heroicas. Creía en las bellas flores de una ternura y de una amabilidad que apenas si había conocido. Creía en la belleza y en el orden, y que impondría sus formas poderosas sobre el caos lamentable de su vida. Creía en el amor, y en la bondad y la gloria de las mujeres. Creía en la valentía, y esperaba que, a semejanza de Sócrates, no haría nada ruin ni vulgar en la hora del peligro. Exultaba en su juventud, y creía que no moriría nunca.

Cuatro años más tarde, después de graduarse, habría transcurrido su adolescencia, el beso del amor y de la muerte habría quemado sus labios, pero él seguiría siendo un niño.

Cuando al fin se vio claramente que Gant no cedería en su inflexible decisión, Margaret Leonard dijo pausadamente:

—Bueno, sigue tu camino, muchacho. Sigue tu camino. Y que Dios te bendiga.

Miró un momento su larga y delgada figura y se volvió a John Dorsey Leonard con lágrimas en los ojos.

—¿Recuerdas aquel rapaz de pantalón corto que vino a nosotros hace cuatro años? ¿Puedes creerlo?

John Dorsey Leonard rio en voz baja, con amable y cansado relajamiento.

—¿Qué sabes tú de eso? —dijo.

Cuando Margaret se volvió de nuevo a Eugene, su voz, grave y gentil, tenía la mayor carga de pasión que él hubiese advertido jamás en ella.

—Te llevas una parte de nuestro corazón, muchacho. ¿Lo sabías?

Tomó delicadamente la temblorosa mano entre sus finos dedos. Él bajó la cabeza y cerró los párpados con fuerza.

—Eugene —siguió diciendo ella—, no podríamos quererte más si fueses nuestro propio hijo. Queríamos tenerte otro año con nosotros, pero ya que no puede ser, ponemos en ti nuestra esperanza al despedirte. Eres un chico estupendo. No hay en ti un átomo que no sea bueno. La gloria y el carisma del genio te acompañan. Que Dios te bendiga: el mundo es tuyo.

Las lisonjeras palabras de amor y de gloria sonaron como música en su corazón, evocando brillantes imágenes de triunfo y haciéndole sentir al mismo tiempo la amarga vergüenza de sus deseos ocultos. El amor lo impulsaba a avanzar, pero su alma retrocedía, culpable de lujuria y de pecado.

Arrancó la mano del apretón y ahogó en la convulsa garganta el grito salvaje de un animal.

—¡No puedo! —jadeó—. Usted debe pensar...

No pudo proseguir; su vida, cegada, buscaba a tientas un confesionario.

Más tarde, cuando se hubieron separado, el beso ligero de ella sobre su mejilla, primero que jamás le había dado, le quemó como un círculo de fuego.

Aquel verano estuvo más cerca que nunca de Ben. Ocupaban la misma habitación en la calle Woodson. Después de la boda de Helen, Luke había vuelto a la fábrica de Westinghouse en Pittsburg.

Gant seguía ocupando su cuarto de estar, pero había alquilado el resto de la casa a una vivaracha viuda de cuarenta años y cabellos grises. Esta cuidaba magníficamente de ellos, pero servía a Ben con particular ternura. Por la noche, en la fresca galería, Eugene los encontraba debajo de la parra cargada de racimos casi maduros, oía la voz tranquila de su hermano, su risa, y veía el arco rojo que su cigarrillo trazaba lentamente en la oscuridad.

El reservado joven se mostraba aún más reservado y áspero que antes; rondaba por la casa con el ceño ferozmente fruncido. Todas sus conversaciones con Eliza eran breves y amargamente desdeñosas; y apenas si hablaban con Gant. No charlaban nunca a solas. Sus ojos no se encontraban nunca: una gran vergüenza, la vergüenza de padre e hijo, ese misterio que se remonta más allá de la maternidad, más allá de la vida, esa misteriosa vergüenza que sella los labios de todos los hombres y vive en sus corazones, les había impuesto silencio.

En cambio, Ben hablaba incluso más libremente que antes con Eugene. Cuando estaban sentados en sus camas por la noche, leyendo y fumando antes de dormirse, todo el dolor y toda la amargura de la vida de Benjamin Gant estallaban en violentas denuncias. Empezaba a hablar con lenta y hosca dificultad, deteniéndose a cada frase como hacía al leer, pero hablando más rápidamente cuando su voz tranquila se hacía más apasionada.

—Supongo que te habrán dicho lo pobres que son —empezó a decir hoy, arrojando el cigarro.

—Bueno —dijo Eugene—, tengo que tener cuidado. No debo malgastar mi dinero.

—¡Aaah! —dijo Ben, haciendo una fea mueca.

Rio en silencio, con una débil y amarga torcedura de los labios.

—Papá dijo que muchos chicos se pagan la carrera trabajando de camareros o algo parecido. Tal vez pueda hacerlo yo también.

Ben se volvió sobre el costado hasta quedar de cara a su hermano, y se incorporó apoyándose en el delgado y velludo antebrazo.

—Escucha, Gene —dijo severamente—, no seas estúpido, ¿me oyes? Agarra hasta el último centavo que puedas sacarles —añadió furiosamente.

—Bueno, yo aprecio lo que hacen. Me dan mucho más de lo que os dieron a vosotros. Hacen mucho por mí —dijo el muchacho.

—Por ti, ¡pequeño idiota! —dijo Ben, mirándolo desdeñosamente—. Todo lo hacen por ellos. No dejes que se salgan con la suya. Piensan que prosperarás y que algún día blasonarán de ellos. En realidad, te envían allí dos años antes de lo debido. No; toma todo lo que puedas. Nosotros no tuvimos nunca nada, pero quiero que tú tengas todo lo que te den. ¡Dios mío! —gritó furiosamente—. Su dinero no aprovecha a nadie pudriéndose en el maldito banco, ¿no es cierto? No, Gene, agarra todo lo que puedas. Cuando estés allá abajo, si ves que necesitas más para mantenerte a la altura de los otros chicos, haz que el viejo te lo dé. Nunca tendrás oportunidad de levantar cabeza en el pueblo; por consiguiente, aprovecha todas las que tengas fuera de él.

Encendió un cigarrillo y fumó un momento en amargo silencio.

—¡Al diablo con todo! —dijo—. En nombre de Dios, ¿para qué vivimos?

El primer año de Eugene en la universidad estuvo lleno para él de soledad, de dolor y de fracasos. A las tres semanas de su matriculación había sido víctima de media docena de bromas pesadas clásicas; su ignorancia de la tradición universitaria había sido explotada, y su credulidad se prestaba a las burlas. Era el más verde de todos los novatos pasados y presentes: había escuchado atentamente un sermón pronunciado en la capilla por un estudiante de segundo curso con patillas falsas; había preparado minuciosamente un examen sobre el contenido del catálogo de la universidad, y había cometido la inexcusable patochada de hacer un discurso de aceptación a su elección, junto con otros cincuenta, para la sociedad literaria.

Y todas estas bufonadas, un poco crueles, pero solo con la crueldad de la risa tonta, y parte del programa de tosco humor de una facultad americana, humor salobre, extravagante y nacional, abrían en él profundas heridas que apenas podían sospechar sus compañeros. Se había dado a conocer enseguida, no solo por sus pifias, sino también por su carita de niño, por su cuerpo larguirucho y por las piernas saltarinas de tijera. Los que iban a graduarse sonreían irónicamente al cruzarse en grupo con él, y él los saludaba sumisamente, pero con el corazón angustiado. Y las caras presumidas y sonrientes de sus propios condiscípulos —novatos más avisados que él, satisfechos de no caer en sus errores— le producían a veces una ira insensata.

«Sonreíd, sonreíd, sooonreíd, ¡y que Dios os confunda!», maldecía entre

sus apretados dientes. Por primera vez en su vida, empezó a disgustarle todo lo que se adaptaba demasiado bien a una medida. Empezó a aborrecer y a envidiar el molde indiscernible de la naturaleza general: los muchos brazos, piernas, manos, pies y figuras, cómodamente aptos para llevar prendas confeccionadas. Odiaba la linda normalidad, dondequiera que la encontrase: los jóvenes guapos y vacíos, de cabellos brillantes con exacta raya en medio, de piernas firmes, vigorosas y regulares, hechas para evolucionar graciosamente en las pistas de baile. Ansiaba verlos cometer alguna piña: tropezar y caer despatarrados, soltar una ventosidad, perder un botón estratégico en compañía mixta, no advertir un faldón de camisa colgante en presencia de una linda muchacha. Pero ellos no cometían errores.

Al cruzar el campus, oía que lo llamaban burlonamente desde una docena de ventanas distintas, oía risas ocultas y chirriaba los dientes. Y por la noche, envarado de vergüenza en su oscura cama, rasgando la sábana entre los dedos, sentía arder en su cerebro, con la desequilibrada visión y el hinchado egotismo del introvertido, la imagen de una atestada sala estudiantil llena de burlones historiadores de sus hazañas. Sofocaba un grito de furia con la mano engarabada. Quería borrar el momento vergonzoso, destejer la tela. Sentía que su ruina era definitiva, que había marcado el principio de su vida universitaria con una sandez que nunca sería olvidada, y que lo mejor que podía hacer era refugiarse en la oscuridad durante los próximos cuatro años. Se veía en sus arreos de payaso y pensaba en sus primitivas visiones de éxito y de honor con lacerante desprecio de sí mismo.

No había nadie a quien pudiese acudir: no tenía amigos. Su concepto de la vida universitaria era vago y romántico, producto de sus lecturas y templado con recuerdos de Stover en Yale, el joven Fred Sin-Miedo, y de jóvenes alegres cogidos del brazo y berreando animosas canciones. Nadie le había dado siquiera los datos más rudimentarios de la un tanto rudimentaria vida de las universidades americanas. No lo habían informado de los tabúes generales. Y así había llegado verde a su nueva vida, desapercibido, como llegaría en lo sucesivo a toda vida nueva, salvo en las opiáceas visiones de sí mismo como extranjero en Arcadia.

Estaba solo. Estaba desesperadamente solo.

Sin embargo, la universidad era un lugar encantador, inolvidable. Estaba situada en el pueblecito de Pulpit Hill, en el corazón del gran estado. Los estudiantes iban y venían en automóvil de la triste ciudad del tabaco. Exeter, a diecinueve kilómetros de distancia; el paisaje era áspero, imponente y feo; una tierra ondulada de campos, bosques y hondonadas; pero la universidad estaba sumida en una selvatiquez bucólica, sobre una larga meseta que se alzaba escarpada sobre la región. Al llegar a la cima, uno se encontraba súbitamente en el extremo de la irregular calle del pueblo, flanqueada por las casas de las

facultades, y que serpenteaba durante una milla hasta llegar al centro de la población y a la universidad. El campus central se extendía y ascendía en un amplio sector de tupido césped y bosquecillos de magníficos y viejos árboles. Un cuadrángulo de edificios de ladrillos desvaídos, de la época posrevolucionaria, limitaba el borde superior, y otros edificios más nuevos, de feo estilo moderno (el Neoclásico Pedagógico), estaban desparramados alrededor y más allá del plano central. Más lejos, había un espeso y salvaje bosque. Todavía flotaba el agradable aroma de la selvatiquez en el lugar; se percibía su alejamiento, su aislado encanto. A Eugene le daba la impresión de un puesto avanzado en una provincia de la gran Roma; la selva trepaba hasta él como un animal.

Su gran pobreza, su lucha secular en el bosque, habían dado a la universidad una delicadeza y una belleza que ya no podría perder. Tenía la hermosa autoridad del provincialismo, del provincialismo del antiguo Sur. Solo importaba el estado; el estado era un reino rico, un poderoso imperio; más allá, solo había un mundo remoto, semibárbaro.

Pocos hijos de la universidad se habían distinguido en la vida de la nación: había habido un oscuro presidente de Estados Unidos y algunos miembros del Gabinete, pero pocos habían buscado esta distinción; les bastaba la gloria de ser grandes hombres en el propio estado. Todo lo demás importaba poco.

En este ambiente pastoral, un joven podía haraganear cómoda y agradablemente durante cuatro años fastuosos e indolentes. Había, bien lo sabe Dios, aislamiento suficiente para una educación monástica, pero la rara y romántica calidad de la atmósfera, la pródiga opulencia de la primavera, cuajada de flores y empapada en el fragante calor de una luz verde y trémula, apagaban casi por entero cualquier incipiente afición a los libros. En cambio, haraganeaban e invitaban a sus almas a hacerlo, o bien, con gran energía y entusiasmo, promovían los asuntos referentes a clubs de diversión, equipos de atletismo, política de clase, hermandades, sociedades de debate y grupos teatrales. Y hablaban... no paraban de hablar, al pie de los árboles, apoyados en las paredes cubiertas de hiedra, reunidos en sus habitaciones; se entregaban, perezosamente, a la incesante, encantadora y vacía cháchara del Sur; hablaban con fácil fluidez de Dios, del diablo y de filosofía, de chicas, de política, de atletismo, de hermandades y de chicas... ¡Dios mío, cuánto hablaban!

—Observa —ceceó el señor Torrington, el antiguo becario de Rhodes (Pulpit Hill y Merton, 1914)—, observa con qué habilidad mantiene el interés hasta el final. Observa con qué arte consumado monta la intriga, conserva oculto su sentido hasta la última palabra.

E incluso después, en realidad.

«Al fin —pensó Eugene—, estoy recibiendo una educación. Debe ser un

escrito muy bueno, ya que pace tan insulso. Cuando duele, dice el dentista, es buena señal. La democracia debe ser real, ya que es tan seria. Debe ser una certidumbre, ya que está tan elegantemente embalsamada en este mausoleo de mármol del lenguaje. Ensayos para universitarios: Woodrow Wilson, lord Bryce y Dean Briggs.»

Pero aquí no había una palabra de la fuerte y ronca voz de América, las convenciones políticas y la Big Brass Band, Tweed, Tammany, el Big Stick, los grupos de linchadores y las barbacoas de los negros, el irlandés de Boston y las abominables maquinaciones del papa denunciadas por el Babylon Hollow Trumpet (demócrata), la violación de las vírgenes belgas, el ron, el petróleo, Wall Street y México.

Todo esto era temporal y accidental, habría dicho el señor Torrington. Era baladí.

El señor Torrington sonrió húmedamente a Eugene y lo invitó cariñosamente a sentarse en un sillón junto a su mesa.

—¿Señor...? ¿Señor...? —dijo, manoseando las fichas.

—Gant —dijo Eugene.

—¡Ah, sí! Señor Gant —sonrió contrito—. Y ahora, ¿qué me dice de sus lecturas de afuera? —empezó.

«¿Y qué —pensó Eugene—, de mis lecturas de adentro?»

¿Le gustaba leer? ¡Ah! Esto estaba muy bien. Se alegraba de saberlo. En estos días, decía Carlyle (esperaba que a Eugene le gustase el áspero y viejo Thomas), la verdadera universidad era una colección de libros.

—Sí, señor —dijo Eugene.

Este era, a su entender, el plan de Oxford. ¡Oh, sí...! Había estado allí; tres años, en realidad. Sus ojos apacibles se enardecieron. Vagar por High un tibio día de primavera, detenerse a examinar en los escaparates de las librerías unos tesoros que podían conseguirse por tan poco. Después, ir a Buol's o a la habitación de un amigo a tomar el té, o dar un paseo por la vega o por los jardines Magdalen, u observar desde arriba el cuadrángulo y el alegre desfile de la juventud. ¡Oh...! ¡Oh...! ¿Un gran lugar? Bueno, no se atrevería a decir tanto. Todo dependía de lo que entendiese uno por un gran lugar. La mitad de la flojedad de pensamiento —desgraciadamente más frecuente, pensaba él, entre los jóvenes americanos que entre los jóvenes ingleses— se debía a la indefinida exuberancia de un lenguaje mal definido.

—Sí, señor —dijo Eugene.

¿Un gran lugar? Bueno, no se atrevería a decir tanto. La expresión era

típicamente americana. Contrastando con su lenguaje halagador, dirigió al muchacho una sonrisa de ligera animadversión.

—El entusiasmo inútil mata —observó.

Eugene palideció un poco.

—Esto está muy bien —dijo.

Ahora... veamos. ¿Le gustaban las obras... dramáticas modernas? Excelente. Los dramaturgos modernos estaban haciendo cosas muy interesantes. Barrie... ¡oh, un tipo encantador! ¿Y qué era eso? ¡Shaw!

—Sí, señor —dijo Eugene—. Este es un libro nuevo. He leído todos los demás.

—¡Oh! ¿De veras? ¡Mi querido muchacho! —dijo el señor Torrington, con amable asombro.

Se encogió de hombros y adoptó una cortés indiferencia. Muy bien, si le gustaban. Naturalmente, él pensaba que era una lástima perder el tiempo cuando se escribían realmente obras de primera clase. Esto era precisamente lo malo. Un hombre como aquel llamaba principalmente la atención a la gente de gusto no formado, de poco juicio crítico. Sus oropeles atraían a las mentes inmaduras. ¡Oh, sí! Indudablemente, era un tipo divertido. Ingenioso, sí, pero difícilmente significativo. ¿Y no pensaba que era... un poco vocinglero? ¿Lo había advertido? Sí, tenía sin duda un divertido matiz céltico, no sin encanto, pero baladí. No estaba a la altura del mejor pensamiento moderno.

—Me llevaré el Barrie —dijo Eugene.

Sí, pensaba que eso sería mejor.

—En fin, buenos días, señor... ¿señor...?

Sonrió, levantando de nuevo las fichas.

—Gant.

—Ah, sí, claro... Gant.

Tendió la rolliza y flácida mano. Esperaba que el señor Gant viniese a verlo. Tal vez podría aconsejarlo sobre algunos de los pequeños problemas que, lo sabía muy bien, se planteaban siempre a los alumnos de primer año. Por encima de todo, no debía desanimarse.

—Sí, señor —dijo Eugene, retrocediendo febrilmente hacia la puerta.

Cuando sintió el espacio abierto a su espalda, se hundió en él y desapareció.

En cualquier caso, he leído todos los malditos Barrie. Escribiré el maldito



ensayo para él, pero leeré lo que me dé la gana.

¡Dios salve al rey y a la reina!

Además tenía cursos de química, de matemáticas, de griego y de latín.

Trabajaba con entusiasmo e interés en el latín. Su profesor era un hombre alto, afeitado, de cara amarilla y saturnina. Separaba hábilmente sus escasos cabellos, de manera que sugerían unos cuernos. Tenía siempre los labios torcidos en satánica sonrisa, y miraba de reojo con fuerte y malicioso humor. Eugene esperaba mucho de él. Cuando llegaba jadeando y sin desayunar, un momento después de empezar la clase, el satánico profesor lo saludaba con deliberada ironía:

—¡Oh, aquí está el hermano Gant! Justo a tiempo para el oficio. ¿Ha dormido bien?

La clase rugía, celebrando su sutileza. Y después de una pausa expectante, el hombre fruncía ominosamente las arqueadas y pobladas cejas, miraba burlón a su expectante auditorio y decía, con voz grave y sarcástica:

—Y ahora voy a suplicar al hermano Gant que nos obsequie con una de sus pulidas y doctas traducciones.

Estas pullas eran difíciles de soportar porque, de toda la clase, compuesta de dos docenas de alumnos o más, el hermano Gant era el único que hacía su trabajo sin recurrir a traducciones ya impresas. Trabajaba a conciencia sobre Livio y Tácito, repasando varias veces la lección hasta conseguir una fluida y competente lectura por su parte. Y era lo bastante tonto para hacerla lisa y llanamente, sin vacilaciones, sin alguna duda afectada aquí y allá. Su esfuerzo y su honradez eran espléndidamente recompensadas por el diabólico amateur. El cual acentuaba su débil sonrisa mientras leía el muchacho, alzaba significativamente los ojos delante de los burlones alumnos y decía, cuando aquel había terminado:

—¡Bravo, hermano Gant! ¡Excelente! ¡Espléndido! Ha copiado muy bien, pero resulta demasiado correcto, hijo mío. Copia usted demasiado bien.

La clase reía tontamente.

Un día, cuando no pudo aguantar más, fue al encuentro del hombre después de la clase.

—¡Mire, señor! ¡Mire usted! —empezó a decir, con voz ahogada por la rabia y la desesperación—. Señor... le aseguro...

Y pensó en todos los monos reidores de la clase, enarbolando provechosamente sus traducciones plagiadas, y no pudo continuar.

El discípulo del diablo no era malo; solo era tonto, como la mayoría de los

que se jactan de su astucia.

—Cuentos, señor Gant —dijo amablemente—. No se imaginará usted que puede engañarme con una traducción, ¿verdad? Pero a mí no me importa, ¿sabe? Si prefiere hacer un plagio en vez de dar su propia versión, lo aprobaré igualmente... con tal de que lo haga bien.

—Pero... —murmuró irritado Eugene.

—Pero creo que es una lástima, señor Gant, que quiera seguir por ese camino —dijo gravemente el profesor—. Mire, hijo mío, usted tiene capacidad para hacer un buen trabajo. Lo sé. ¿Por qué no se esfuerza? ¿Por qué no se doblega, después de esto, y estudia de verdad?

Eugene se quedó mirando al hombre, con lágrimas de ira en los ojos. Farfulló, pero no pudo hablar. Mas de pronto, al considerar aquella actitud burlona de buen conocedor, comprendió la perfecta y descabellada injusticia de la cosa —era como una caricatura— y estalló en una carcajada furiosa y divertida que sin duda fue aceptada por el maestro como una confesión.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó este—. ¿Lo intentarás?

—¡Está bien! ¡Sí! —gritó el muchacho—. Lo intentaré.

Compró inmediatamente un ejemplar de la traducción utilizada por la clase. A partir de entonces, siempre que leía, vacilando aquí y allá en una frase, hasta que su instructor acudía en su ayuda, el satánico profesor escuchaba grave y atentamente, asintiendo con la cabeza de vez en cuando y diciendo, con gran satisfacción, al terminar el chico:

—Bien, señor Gant. Muy bien. Esto demuestra lo que se consigue con un poco de trabajo verdadero.

Y privadamente, le decía:

—Ve usted la diferencia, ¿no? Lo supe en cuanto dejó de copiar. Su traducción no es tan correcta, pero es suya. Está haciendo un buen trabajo, hijo mío, y obtiene fruto de él. Vale la pena, ¿no?

—Sí —decía aliviado Eugene—, cierto que sí...

Ese primer año, su maestro más distinguido, con mucha ventaja sobre los demás, fue el señor Edward Pettigrew Buck Benson, profesor de griego. Buck Benson era un hombrecillo de unos cuarenta y cinco años, soltero, un tanto afectado pero anticuado en el vestir. Usaba cuello de pajarita, grandes y gruesas corbatas y zapatos con puntera de ante. Sus cabellos eran espesos, con muchas hebras grises y cuidadosamente peinados. Su rostro era cortésmente agresivo, torvo, con grandes ojos saltones de globos amarillos, y varios pliegues de bulldog alrededor de la boca. Era de una fealdad hermosa.

Su voz era grave, perezosa, agradable, y arrastraba indolentemente las palabras; pero sin cambiar el ritmo ni la inflexión, podía vapulear a su víctima con la lengua más cruel que pudiera imaginarse, y un momento después, borrar la hostilidad, restablecer el afecto y curar todas las heridas por los mismos medios. Tenía un atractivo enorme. Entre los estudiantes, era objeto de cómicas especulaciones; en su mitología, hacían de él un amante apasionado y refinado, y de su cochecito de tres ruedas, que saltaba como un juguete grande alrededor del campus, escenario de muchas románticas seducciones.

Era un buen helenista, un elegante e indolente erudito. Bajo su dirección, Eugene empezó a leer a Homero. El muchacho sabía poca gramática —no había aprendido mucho con Leonard—, pero como había tenido la mala ocurrencia de empezar a estudiar el griego con una persona diferente de Buck Benson, Buck Benson pensaba que aún sabía menos de lo que sabía en realidad. Estudiaba desesperadamente, pero la amarga y dispéptica mirada del elegante hombrecillo lo espantaba y hacía que se mostrase vacilante, timorato y torpe en sus actuaciones. Y mientras recitaba con corazón palpitante y trémula voz, Buck Benson daba crecientes muestras de cansancio hasta que, finalmente, dejaba caer su libro y decía lentamente:

—Señor Gant, me pone usted tan nervioso que me dan ganas de arrojarlo por la ventana.

Pero hizo un papel excelente en los exámenes, traduciendo muy bien a primera vista. Se había salvado. Buck Benson encomió públicamente su trabajo, con perezoso asombro, y le dio una buena nota. A partir de entonces, sus relaciones fueron mucho más cordiales; y en primavera, Eugene leía Eurípides con bastante confianza.

Pero lo que permaneció más vivido en su mente, más tarde, en los sofocantes años que producen tanta mella en la belleza, fue el enorme oleaje de Homero —que rompía en su cerebro, en su sangre, en su pulso, como el sonido del mar en las caracolas del salón de Gant— cuando lo oyó por vez primera en el lento recitado y en los arrastrados hexámetros de Buck Benson, último y cansado hijo de Hélade.

Dwaney de clangay genett, argereoyo beeoyo, dominando la estridencia del silbato, el áspero chirrido de la rueda, el redoble del martillo, la grande y larga música perdura, perdurará por siempre. ¿Qué disonancia puede apagarla? ¿Qué violencia discordante puede alterarla o sojuzgarla?... enterrada como quedó en nuestra carne cuando éramos jóvenes, recordado como «el manzano, la canción y el oro»?

## VEINTINUEVE

Antes de acabar el primer año, el muchacho había cambiado cuatro o cinco veces de alojamiento. Terminó el curso morando solo en una habitación grande, desnuda y sin alfombrar; circunstancia rara en Pulpit Hill, donde los estudiantes, con muy pocas excepciones, vivían dos o tres en una habitación. En aquel aposento empezó un aislamiento físico, bastante difícil de soportar al principio, que más tarde llegó a ser indispensable para él, mental y físicamente.

Había llegado a Pulpit Hill con Hugh Barton, que se había encontrado con él en Exeter y lo había llevado en su gran descapotable. Después de matricularse, había encontrado rápidamente alojamiento en la casa de una viuda de Altamont que tenía un hijo estudiante. Hugh Barton se había sentido aliviado y había partido, con la esperanza de llegar a su casa y a su reciente esposa al anochecer.

Con delicado entusiasmo, pero poco juicio, Eugene pagó a la viuda dos meses por adelantado. Ella se apellidaba Bradley y era una mujer fofa y malhumorada, de pálido semblante y corazón enfermo. Pero su comida era excelente. El hijo de la señora Bradley respondía a sus iniciales: «G. T.». G. T. Bradley, estudiante de segundo curso, era un joven arisco y enfurruñado, mezcla, a partes iguales, de servilismo e insolencia. Su principal pero torcida ambición era ser aceptado como miembro de una hermandad. Habiendo fracasado en su empeño con el ejercicio de sus cualidades naturales, se dejaba llevar por la extraña obsesión de que alcanzaría gloria y fama si se daba a conocer como capataz de esclavos de unos cuantos novatos.

Pero esta táctica, ensayada con Eugene, produjo al momento una reacción de desafío y resentimiento. Su hostilidad fue grande. G. T. se había propuesto torcer y arruinar desde el principio la vida universitaria del muchacho. Le hacía cometer pifias en público, procurando que hubiese testigos de su humillación; se granjeaba su confianza y la traicionaba. Pero siempre hay una burla final, una traición última, que pone en ridículo al traidor; nuestra capacidad para la villanía, como todas nuestras otras aptitudes, es demasiado pequeña. Y así llegó el día en que Eugene se libró de la esclavitud. Podía abandonar la casa de dolores de la viuda. G. T. se acercó a él con el ceño fruncido, pero modestamente.

—He oído decir que vas a dejarnos, Gene —le dijo.

—Sí —dijo Eugene.

—¿Es por lo que yo te hecho?

—Sí.

—Te tomas las cosas demasiado en serio, Gene —dijo G. T.

—Sí —respondió Eugene.

—No quiero que me guardes rencor, Gene. Démonos la mano y seamos amigos.

Tendió rígidamente la mano. Eugene miró la cara tosca e insegura, los ojos furtivos e infelices que buscaban a su alrededor algo a lo que pudiese llamar suyo. Los negros y tupidos cabellos permanecían rígidos y aplastados por la pomada; vio puntos blancos de caspa en las raíces. Flotaba un olor a polvos de talco. Había sido concebido y alimentado en el cuerpo de su pálida madre... ¿para qué? Para lamer los desdeñosos y duros dedos de los poderosos, para rebajarse miserablemente ante un emblema. Eugene tuvo un momento de náusea.

—Démonos la mano, Gene —repitió el joven, meneando los dedos estirados.

—No —dijo Eugene.

—No me odias, ¿verdad? —gimió G. T.

—No —dijo Eugene.

Tuvo un momento de compasión, de repugnancia. Perdonaba porque era necesario olvidar.

Eugene vivía en un mundo pequeño, pero sus ruinas eran reales para él. Sus infortunios eran baladíes, pero el efecto sobre su espíritu era profundo y calamitoso. Se encogía honda y desdeñosamente en su concha. No tenía amigos, sufría los azotes del desprecio y del orgullo. Plantaba ciegamente cara a toda la vida compacta y vulgar que lo rodeaba.

Durante aquel amargo y desesperado otoño, Eugene conoció a Jim Trivett.

Jim Trivett, hijo de un rico cultivador de tabaco en la parte oriental del estado, era un joven bonachón de unos veinte años. Vigoroso, de aspecto más bien desaseado, de boca ruda y hociocuda, carnosa y ligeramente abierta, marcada siempre por una débil y floja sonrisa, y manchada en las comisuras por el pardo jugo del tabaco. Tenía mala dentadura. Sus cabellos eran de un castaño claro, secos y revueltos, erizados en grandes y sucios mechones. Vestía las prendas más baratas de la horrible moda de la época: pantalón muy ceñido que terminaba dos dedos por encima de los zapatos bajos y atados con cordones, dejando al descubierto dos dedos de calcetín con dibujos; chaqueta corta y con cinturón sobre los riñones, y alto cuello de seda a rayas. Debajo de la chaqueta llevaba un grueso suéter con grandes números de escuela superior.

Jim Trivett vivía con otros estudiantes de su comunidad en una casa de

huéspedes próxima a la de la señora Bradley, pero más cerca de la puerta occidental de la universidad. Eran cuatro jóvenes agrupados por razones de seguridad y de compañerismo en dos sucias habitaciones calentadas y reseca­das por dos pequeñas estufas de hierro colado. Constantemente se disponía a estudiar, pero no estudiaban nunca; uno de ellos entraba muy serio, declaraba que «mañana tenía un día endiablado» y empezaba los más minuciosos preparativos para una larga contienda con los libros; afilaba cuidadosa y deliberadamente los lápices, ajustaba la lámpara, rellenaba la estufa calentada al rojo, colocaba su silla, se ponía una visera, limpiaba la pipa, la llenaba cuidadosamente de tabaco, la encendía, volvía a encenderla, la vaciaba, y entonces, con expresión de profundo alivio, oía que llamaban a la puerta.

—Adelante, ¡maldita sea! —rugió esta vez a modo de bienvenida.

—Hola, Gene. Acércate una silla, hijo, y siéntate —dijo Tom Grant.

Era un muchacho de complexión robusta, chillonamente vestido. Tenía la frente estrecha, cabellos negros y un genio amable, tonto e indolente.

—¿Estabais trabajando?

—¡Por mil diablos, sí! —gritó Jim Trivett—. He estado trabajando como un hijo de perra.

—¡Señor! —dijo Tom Grant, volviéndose despacio a mirarle—. El día menos pensado vas a morir de una congestión. —Meneó la cabeza, despacio y tristemente, y después lanzó una carcajada—. Si el viejo Trivett supiese en qué gastas su dinero, sería él quien sufriría un ataque.

—Gene —dijo Jim Trivett—, ¿qué diablos sabes tú de este maldito inglés?

—Lo que no sepa él —dijo Tom Grant— podrías escribirlo al dorso de un sello de correos. El viejo Sanford piensa que eres el mismísimo diablo, Gene.

—Pensaba que tenías a Torrington —dijo Jim Trivett.

—No —dijo Eugene—. Yo no era lo bastante inglés. Joven y tosco. También de profesor, gracias a Dios. ¿Qué es lo que quieres, Jim? —preguntó.

—Tengo que hacer una larga redacción —dijo Jim Trivett—. Y no sé sobre qué escribir.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que te la escriba?

—Sí —dijo Jim Trivett.

—Escribe tú el maldito trabajo —dijo Eugene, con fingida rudeza—. Yo no lo haré. Solo te ayudaré si puedo.

—¿Cuándo vas a dejar que el Malvado te lleve a Exeter? —preguntó Tom

Grant, haciendo un guiño a Jim Trivett.

Eugene enrojeció y dio una respuesta defensiva.

—Estoy dispuesto a ir siempre que él quiera —dijo, con inquietud.

—Mira, Piernas Largas —dijo Jim Trivett, sonriendo flojamente—. ¿Quieres realmente ir allá conmigo, o no es más que un farol?

—¡Iré contigo! ¡Te he dicho que iré contigo! —dijo furiosamente Eugene.

Temblaba un poco.

Tom Grant sonrió taimadamente a Jim Trivett.

—Esto te convertirá en hombre, Gene —dijo—. Seguro que te hará salir vello en el pecho, chico.

Rio, no muy fuerte, pero desafortadamente, meneando la cabeza como acometido por un secreto pensamiento.

La floja sonrisa de Jim Trivett se hizo más amplia. Escupió en el cajón de la leña.

—¡Caray! —dijo—. Pensarán que ha llegado la primavera cuando vean al Piernas Largas. Necesitarán una escalera para llegar hasta él.

Tom Grant se desternillaba de risa.

—¡Vaya que sí! —dijo.

—Bueno, ¿qué dices, Gene? —preguntó súbitamente Jim Trivett—. ¿Decidido? ¿El sábado?

—¡De acuerdo! —dijo Eugene.

Cuando se hubo marchado, los complacidos corruptores sonrieron ávidamente.

—¡Uf! —dijo Tom Grant—. No deberías hacer esto Malvado. Estás descarriando al chico.

—No le hará ningún daño —dijo Jim Trivett—. Será bueno para él.

Se enjugó la boca con el dorso de la mano e hizo una mueca.

—¡Espera un momento! —susurró Jim Trivett—. Creo que hemos llegado.

Se habían alejado del centro de la triste ciudad del tabaco. Durante un cuarto de hora habían caminado por las pardas calles otoñales, bajando por último una larga cuesta llena de rodadas que los condujo casi a las afueras, más allá de unas desperdigadas casas baratas. Faltaban tres semanas para la Navidad; el aire neblinoso amenazaba frío. Reinaba un silencio caviloso, interrumpido por débiles ruidos. Entraron en una calleja sórdida, sin

pavimentar, flanqueada a ambos lados por chozas de negros y moradas de blancos pobres. Era un mundo raquítico. La calle estaba oscura. Las hojas secas crujían bajo sus pies.

Se detuvieron ante una casa de madera de dos pisos. Una lámpara ardía débilmente detrás de las persianas bajadas, de un amarillo transparente, arrojando un sucio polvillo sobre el aire vaporoso.

—Espera un momento —dijo Jim Trivett, en voz baja—. Pronto lo sabremos.

Oyeron unos pasos tardos sobre las hojas. Al cabo de un instante, apareció un negro.

—Hola, John —dijo Jim Trivett, con voz casi inaudible.

—Buenas noches, jefe —respondió cansadamente el negro, pero en el mismo tono.

—Estamos buscando la casa de Lily Jones —dijo Jim Trivett—. ¿Es esta?

—Sí, señor —dijo el negro—. Esta es.

Eugene se apoyó en un árbol, escuchando la sofocada y misteriosa conversación. La noche, vasta y curiosa, envolvía su maligna y alertada conciencia. Los labios de Eugene estaban fríos y temblorosos. Puso un cigarrillo entre ellos, se estremeció y levantó el grueso cuello de su abrigo.

—¿Los espera la señorita Lily? —preguntó el negro.

—No —dijo Jim Trivett—. ¿La conoces?

—Sí, señor —dijo el negro—. Subiré con usted.

Eugene esperó en la sombra del árbol mientras subían los dos a la casa. Evitaron la galería delantera, torciendo hacia un lado. El negro llamó suavemente a una puerta con celosía. En todas partes había celosías. ¿Por qué?

Esperó, despidiéndose de sí mismo. Tenía la impresión de que se erguía sobre su propia vida, blandiendo un cuchillo asesino. Estaba encenagado hasta el cuello, intrincadamente, irremediablemente. No podía escapar.

Antes salían débiles y apagados ruidos de la casa: voces y risas, y la ronca y quebrada música de un fonógrafo viejo. Cesaron en el momento en que el negro llamó a la puerta; la deteriorada casa pareció escuchar. Un instante después, chirrió furtivamente un gozne, y Eugene oyó el susurro grave y sorprendido de una voz de mujer. ¿Quién es? ¿Quién?

Al cabo de un momento, Jim Trivett volvió y le dijo en voz baja:

—Todo está arreglado, Gene. Vamos.



Deslizó una moneda en la mano del negro y le dio las gracias. Una rápida mirada bastó a Eugene para ver amistad en la cara negra y ancha del hombre. Y sintió una oleada de calor en sus fríos miembros. El negro alcahuete había hecho su trabajo con diligencia y amabilidad: sobre los amores comprados sin amor se tendía la cálida sombra de su afecto.

Avanzaron sin ruido y, subiendo dos o tres escalones, se plantaron ante la puerta enrejada. Una mujer estaba junto a ella, manteniéndola abierta. Cuando hubieron entrado, la cerró y echó la aldaba. Cruzaron el pequeño porche y entraron en la casa.

Se hallaron en un pequeño vestíbulo que cruzaba la casa a lo ancho. Una lámpara humeante, con la mecha baja, proyectaba un pálido círculo de luz en la oscuridad. Una escalera sin alfombra subía al segundo piso. Había dos puertas a la derecha y a la izquierda, y un perchero en el acordeón del que colgaba un raído sombrero de fieltro.

Jim Trivett abrazó inmediatamente a la mujer, sonriendo y sobándole el pecho.

—Hola, Lily —dijo.

—¡Señor!

La mujer sonrió descaradamente y siguió mirando a Eugene, curiosa por saber qué le había soltado el buche de la noche. Después se volvió a Jim Trivett, con una risa ronca, y dijo:

—¡Pobres de nosotras! La mujer que vaya con él tendrá que cortarle un trozo de esas piernas.

—Me gustaría verlo al lado de Thelma —dijo Jim Trivett, con un guiño.

Lily Jones rio roncamente. Entonces se abrió la puerta de la derecha y apareció Thelma, mujer menuda y de frágil complexión, seguida de una hueca risotada de patán. Jim Trivett la abrazó afectuosamente.

—¡Dios mío! —dijo Thelma, con una voz metálica—. ¿Qué traes aquí?

Levantó su viva cara de pajarillo y observó a Eugene con insolencia.

—Te he traído un nuevo galán, Thelma —dijo Jim Trivett.

—Es el tío más largo que jamás he visto —dijo Lily Jones, a nadie en particular—. ¿Cuánto mides, hijo? —añadió, arrastrando un poco las palabras, con amabilidad.

Él vaciló un poco.

—No lo sé —dijo—. Creo que un metro ochenta y nueve.

—¡Es más alto! —dijo rotundamente Thelma—. Mide dos metros diez, o yo soy una embustera.

—No se ha medido desde la semana pasada —dijo Jim Trivett—. No puede saberlo con certeza.

—Y también es joven —añadió Lily, mirándolo atentamente—. ¿Cuántos años tienes, hijo?

Eugene volvió el pálido semblante, vagamente.

—Bueno —graznó—, tengo unos...

—Va a cumplir los dieciocho —dijo lealmente Jim Trivett—. No te preocupes por él. Piernas Largas sabe cuántas son cinco, palabra. Es un gato viejo. Yo no te engañaría. Sabe de qué va.

—No parece tan mayor —dijo dudosamente Lily—. A juzgar por su cara, yo no le echaría más de quince. Aunque puede que tenga la cara pequeña, ¿no? —preguntó, con voz pausada e intrigada.

—Es la única que tengo —dijo Eugene, con irritación—. Lamento no poder cambiarla por otra mayor.

—Es curioso ver a un tipo tan alto junto a una —siguió diciendo ella, con paciencia.

Thelma le dio un fuerte codazo.

—Es porque tiene buena armazón —dijo—. Piernas Largas está muy bien. Cuando empiece a llenarse y a poner un poco de carne sobre los huesos será todo un tipazo. Serás un Don Juan, Piernas Largas —dijo roncamente, estrechándole la fría mano.

El fantasma que él llevaba dentro, el desconocido, le volvió afligidamente la espalda. «¡Dios mío! Recordaré esto», pensó.

—Bueno —dijo Jim Trivett—, vayamos allá.

Abrazó de nuevo a Thelma. Se acariciaron amorosamente.

—Ve arriba, hijo —dijo Lily—. Yo subiré dentro de un minuto. La puerta está abierta.

—Hasta luego, Gene —dijo Jim Trivett—. Que lo pases bien, hijo.

Estrechó rudamente al chico con un brazo y entró con Thelma en la habitación de la izquierda.

Eugene subió despacio la crujiente escalera y entró en la habitación que tenía la puerta abierta. Un montón de brasas ardían sin llamas en la chimenea. Se quitó el sombrero y el abrigo y los arrojó sobre la cama de madera.

Después se sentó muy tenso en una mecedora y se inclinó hacia delante, llevándose a la cabeza los temblorosos dedos. No había más luz que la de los carbones; pero podía distinguir, a su débil resplandor, el viejo y feo papel de las paredes, manchado con grandes rayas de humedad y desprendiéndose aquí y allá en secos y colgantes rollos. Permaneció sentado, inmóvil, doblado hacia delante, pero estremeciéndose violentamente de vez en cuando, como en accesos febriles. «¿Por qué estoy aquí? Este no soy yo», pensaba.

Entonces oyó las lentas y fuertes pisadas de la mujer en la escalera. Entró envuelta en una ondulante ráfaga de luz, pues llevaba una lámpara en la mano. Dejó la lámpara sobre una mesa y bajó la mecha. Ahora pudo verla él con más claridad. Lily era una lugareña de edad madura, de gruesa y pesada figura, de blandura enfermiza. Su cara lisa de campesina estaba surcada de finas arrugas junto a las comisuras de los labios y de los párpados, como si hubiese trabajado mucho bajo el sol. Tenía negros los cabellos, gruesos y abundantes. Parecía revocada con polvos de talco. Llevaba una holgada bata limpia, sin cinturón. Vestía como un ama de casa, pero como concesión a su profesión calzaba medias rojas de seda y zapatillas de fieltro rojo y ribeteadas de piel, con las que andaba como si tuviese los pies planos.

La mujer cerró la puerta y volvió a la chimenea, delante de la cual se había puesto en pie el muchacho. Este la abrazó con febril deseo, acariciándola con sus largas y nerviosas manos. Vacilando, se sentó en la mecedora y la atrajo sobre sus rodillas. Ella soportó sus besos con la esquiva y frígida modestia de las rameras provincianas, apartando la boca. Se estremeció al tacto de las manos frías de él.

—Estás frío como el hielo, hijo. ¿Qué te pasa?

Le calentó con tosca y confusa pericia profesional. Al cabo de un momento, se levantó con impaciencia.

—Empecemos —dijo—. ¿Dónde está mi dinero?

Él le puso dos billetes arrugados en la mano.

Se tendió junto a ella. Estaba temblando, nervioso e impotente. La pasión se había desvanecido en él.

El montón de brasas se derrumbó en la chimenea. Se extinguió la brillante maravilla perdida.

Cuando bajó la escalera, Jim Trivett lo estaba esperando en el vestíbulo, asiendo a Thelma de la mano. Lily los condujo sin ruido al exterior, después de escrutar la niebla entre la celosía y de escuchar un momento.

—No hagáis ruido —murmuró—. Hay un hombre al otro lado de la calle. Últimamente, nos han estado vigilando.

—Vuelve, Culón —murmuró Thelma, apretando la mano de Jim.

Salieron silenciosamente, andando de puntillas hasta llegar a la calle. La niebla se había espesado; el aire estaba saturado de pegajosa humedad.

En la esquina, a la luz de la farola, Jim Trivett respiró aliviado y avanzó resueltamente.

—¡Caray! —dijo—. Pensé que no bajarías nunca. ¿Qué tratabas de hacerle a esa mujer, Piernas Largas? —Y después, observando la cara del chico, añadió rápidamente, con afectuosa preocupación—: ¿Qué te pasa, Gene? ¿No te encuentras bien?

—¡Espera un momento! —dijo Eugene, con voz estropajosa—. ¡No es nada!

Se acercó al bordillo y vomitó en el arroyo. Después se irguió y se enjugó la boca con un pañuelo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jim Trivett—. ¿Mejor?

—Sí —dijo Eugene—. Ahora estoy perfectamente.

—¿Por qué no me dijiste que estabas mareado? —lo reprendió Jim Trivett.

—Me ha venido de pronto —dijo Eugene, y añadió—: Pienso que debió de ser por algo que comí en la casa de ese maldito griego.

—A mí me sentó bien —repuso Jim Trivett—. Una taza de café te dejará como nuevo —añadió, con alegre convicción.

Subieron despacio la cuesta. La trémula luz de los faroles de las esquinas era como una lívida mirada que caía sobre ellos desde las fachadas de las míseras casas.

—Jim —dijo Eugene, después de una pausa momentánea.

—Sí. ¿Qué quieres?

—No digas nada de mi mareo —suplicó torpemente.

Jim Trivett lo miró, sorprendido.

—¿Por qué? No hay nada malo en ello —dijo—. Cualquiera puede marearse, chico.

—Sí, lo sé. Pero preferiría que no lo dijese.

—Está bien. No lo haré. ¿Por qué había de hacerlo? —dijo Jim Trivett.

A Eugene le obsesionaba la idea de su fantasma perdido: sabía que no podría recuperarlo. Durante tres días, se escabulló de los demás: sentía que llevaba la marca de su pecado. Cada ademán, cada palabra, lo delataban. Sus

modales se hicieron más desafiantes; su saludo a la vida, menos amistoso. Se aferró más a Jim Trivett, hallando un triste placer en sus toscas y fieles alabanzas. Su deseo insatisfecho empezó a arder de nuevo: venció su repugnancia física y le trazó nuevas imágenes. Durante el fin de semana volvió de nuevo, solo, a Exeter: «Nada podía ya perder», pensaba. Esta vez buscó a Thelma.

Cuando volvió a casa en Navidad, su pubis estaba lleno de parásitos. El cuerpo enorme del estado yacía como un gigante desnudo bajo el vapor plumoso del cielo. El tren jadeaba al cruzar las vastas tierras altas del Piedmont; por la noche, mientras él yacía en su litera, en una modorra inquieta, trepaba a la imponente fortaleza de los montes. Eugene percibía vagamente su mole batida por el viento, sus helados bosques. Bajo un puente de madera, silencioso como un sueño, serpenteaba una blanca cinta de agua entre las heladas riberas. Su corazón enfermo resurgía en la obsesionante eternidad de la montaña. Por algo era montañés. Pero al amanecer, cuando se apeó del tren con la pandilla de estudiantes que volvían, renació su depresión. El amasijo de edificios modestos de la estación parecía mucho más ruin que antes. Las colinas, sobre los apartamentos de la estación, con sus casas baratas arracimadas, tenían la proximidad irreal de una visión. La silenciosa plaza parecía haberse encogido durante su ausencia, y al apearse del tranvía y bajar por la calle hacia Dixieland, fue como si salvase distancias de ciudad de juguete con zancadas de gigante.

La Navidad se anunciaba gris y helada. Helen no estaba allí para darle calor. Gant y Eliza estaban deprimidos por su ausencia. Ben entraba y salía como un fantasma. Luke no venía a casa. Y él mismo estaba enfermo de vergüenza y se sentía perdido.

No sabía adónde volverse. Por la noche paseaba arriba y abajo en su fría habitación, hasta que aparecía la cara turbada de Eliza sobre la bata en que esta se envolvía. Su padre era más amable y estaba más viejo de lo que él recordaba; volvía a tener dolores. Estaba triste y como ausente. Hablaba superficialmente con su hijo acerca de los estudios de este. Las palabras se atragantaban en la garganta de Eugene. Balbucía una respuesta y huía de la casa y del miedo vacío que veía en los ojos de Gant. Caminaba exageradamente, de día y de noche, esforzándose en dominar su propio miedo. Pensaba que se estaba pudriendo de lepra. Y que nada podía hacer para impedirlo. No tenía remedio. Pues así lo habían decretado los moralistas de su juventud.

Caminó desesperadamente, sin rumbo fijo, incapaz de tranquilizar un momento sus inquietos miembros. Subió a las colinas del este que se elevaban detrás del barrio negro. El sol invernal se abría trabajosamente paso entre la niebla. Baja en los prados y alta en los montes, la luz del sol se extendía como

leche sobre la tierra.

Se detuvo, mirando. Un rayo de esperanza se abrió paso en la oscuridad de su espíritu. «Acudiré a mi hermano», pensó.

Encontró a Ben todavía en la cama, fumando. Cerró la puerta y empezó a andar de un lado a otro como una fiera enjaulada.

—¡Por el amor de Dios! —gritó irritado Ben—. ¿Te has vuelto loco?

—Estoy... ¡estoy enfermo! —balbució Eugene.

—¿Cómo? ¿Dónde has estado? —preguntó vivamente Ben, sentándose en la cama.

—He estado con una mujer —respondió Eugene.

—Siéntate, Gene —dijo pausadamente Ben, al cabo de un momento—. No seas idiota. No vas a morir de esto, ¿sabes? ¿Cuándo ocurrió?

El muchacho soltó su confesión.

Ben se levantó y se vistió.

—Ven —dijo—. Iremos a ver a McGuire.

Mientras bajaban a la ciudad, Eugene trató de hablar, de explicarse en un balbuceo incoherente.

—Fue así —dijo—. Si yo hubiese sabido... pero entonces no lo sabía... Desde luego sé que tuve yo la culpa...

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Ben, con impaciencia—. ¡No lloriquees más! A mí esto no me importa. Yo no soy tu ángel de la guarda.

La noticia era consoladora. Muchos se han erigido en tales desde nuestra caída.

Subieron el ancho corredor de médicos y cirujanos, lleno de un fuerte olor a desinfectantes. La antesala de McGuire estaba vacía. Ben llamó a la puerta interior. McGuire la abrió y despegó el húmedo cigarrillo de sus labios para saludarlos.

—Hola, Ben. Hola, hijo —ladró, al ver a Eugene—. ¿Cuándo has regresado?

—Cree que se está muriendo de tisis galopante, McGuire —dijo Ben, sacudiendo la cabeza—. Tal vez usted pueda hacer algo para alargarle la vida.

—¿Qué te pasa, hijo? —dijo McGuire.

Eugene tragó saliva y bajó el lívido semblante.

—Si no le importa —gimió—, quisiera verlo a solas. —Se volvió

desesperadamente a su hermano—. Quédate aquí. No quiero que me acompañes.

—Ni yo quiero acompañarte —dijo agriamente Ben—. Tengo bastante con mis preocupaciones.

Eugene siguió al corpulento médico a su despacho; McGuire cerró la puerta y se sentó pesadamente detrás de la colmada mesa.

—Siéntate, hijo —ordenó—, y dímelo todo.

Encendió un cigarrillo y lo pegó con destreza en el húmedo y abultado labio. Miró agudamente al chico, advirtiendo la contracción de su rostro.

—Tómate todo el tiempo que quieras, hijo —dijo amablemente—, y domina tus nervios. Probablemente, la cosa no es tan grave como te imaginas.

—Verá lo que pasó —empezó Eugene, en voz baja—. Cometí un error. Lo sé. Estoy dispuesto a tomar mi medicina. No voy a excusarme por lo que sucedió —su voz subió bruscamente de tono; se incorporó en el sillón y empezó a golpear furiosamente la desordenada mesa—. No le echo la culpa a nadie. ¿Comprende?

McGuire volvió despacio la hinchada y sorprendida cara a su paciente. El mojado cigarrillo pendía cómicamente de su boca entreabierta.

—¿Si comprendo qué? —dijo—. ¿Adónde quieres ir a parar, Gene? Yo no soy Sherlock Holmes, ¿sabes? Soy tu médico. Escupe.

—Lo que he hecho yo —dijo dramáticamente—, lo han hecho otros mil. Oh, ya sé que ellos lo niegan. ¡Pero lo hacen! Usted es médico... y lo sabe. Incluso los de la alta sociedad. Pero yo he tenido mala suerte. Me pillaron. ¿Por qué estoy yo peor que ellos? ¿Por qué...? —prosiguió, retóricamente.

—Creo que ahora te entiendo —dijo secamente McGuire—. Deja que te eche un vistazo, hijo.

Eugene obedeció febrilmente, sin dejar de perorar.

—¿Por qué he de llevar yo el estigma de lo que otros hacen sin inconveniente? Hipócritas... son una pandilla de malditos y sucios llorones hipócritas. ¡Gente de principios! ¡Bah! ¿Dónde está la justicia, dónde está el honor? ¿Por qué he de cargar yo con la culpa de lo que la gente de la alta sociedad...?

McGuire levantó la cabezota de mirada crítica y ladró cómicamente:

—¿Quién te culpa de nada? ¿Te imaginas que eres el primero en sufrir esta clase de contratiempo? En realidad, no te ocurre nada malo.

—¿Podrá... podrá curarme? —preguntó Eugene.

—No. ¡Eres incurable, hijo! —dijo McGuire. Garabateó un jeroglífico en una receta—. Lleva esto al farmacéutico —dijo—, y ten un poco más de cuidado con tus compañías. Gente de la alta sociedad, ¿eh? —Sonrió—. Conque allí es donde estuviste, ¿eh?

El corazón del chico se había librado de su enorme peso de lágrimas y sangre, dejándolo confusamente animado, exaltado, solo consciente a medias de sus palabras atropelladas.

Abrió la puerta y salió a la antesala. Ben se levantó, rápida y nerviosamente.

—Bueno —dijo—, ¿cuánto tiempo le queda de vida? —Y seriamente, bajando la voz—: No es nada grave, ¿verdad?

—No —dijo McGuire—. Creo que está un poco majareta. Pero a fin de cuentas, todos vosotros lo estáis.

Cuando salieron a la calle, dijo Ben:

—¿Has comido?

—No —dijo Eugene.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer —dijo Eugene—. No recuerdo la hora.

—¡Maldito imbécil! —murmuró Ben—. Ven, iremos a comer algo.

Era una idea muy atractiva. El mundo se bañaba alegremente en la luz lechosa del sol invernal. La ciudad, bajo el estímulo de las vacaciones y de los estudiantes que regresaban, había despertado momentáneamente del sopor del invierno: alegres corrientes de vida discurrían por las calles. Eugene caminaba al lado de Ben a largas zancadas, incapaz de dominar la creciente alegría que fermentaba en su interior. Por último, al entrar en la concurrida avenida, no pudo contenerse más: pegó un salto en el aire y lanzó un alarido extasiado:

—¡Oleeee!

—Pequeño idiota —gritó vivamente Ben—, ¿te has vuelto loco?

Frunció duramente el ceño y se volvió a los divertidos transeúntes, sonriendo débilmente.

—¡Agárralo, Ben! —gritó Jim Pollock.

Era un hombrecillo cadavérico, pálido y sonriente bajo el negro bigote, primer cajista, y socialista.

—Si le cortase sus pies de elefante —dijo Ben—, se elevaría como un globo.



Entraron en el nuevo y gran salón restaurante y se sentaron a una de las mesas.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el camarero.

—Una taza de café y un trozo de pastel —dijo Ben.

—Yo tomaré lo mismo —dijo Eugene.

—¡Come! —dijo furiosamente Ben—. ¡Come!

Eugene estudió atentamente la carta.

—Unas chuletas de ternera empanadas y con salsa de tomate —dijo—, y además unas patatas guisadas, zanahoria y guisantes, y un plato de bizcochos calientes. Y un café.

Eugene recobró el ánimo. Lo recobró furiosa y despreocupadamente, con loco entusiasmo. Durante el resto de sus vacaciones, se mezcló desaforadamente con la animada multitud, mirando con audacia pero sin insolencia a las mujeres y a las muchachas. Estas brotaban inesperadamente del yermo y desolado invierno como espléndidas flores. Estaba anhelante y solo. El miedo es un dragón que vive entre las muchedumbres... y en los ejércitos. A duras penas mora con los hombres solitarios. Eugene se sentía liberado, más allá del último borde de la desesperación.

Libre y solo, miraba con ominoso desapego todo el mundo poseído y poseedor que lo rodeaba. La vida pendía ante sus ávidos dedos como una fruta extraña y amarga. Ellos —el gran clan apretujado detrás de la empalizada en busca de calor y de seguridad— podían un día darle caza y matarlo: pensaba que lo harían.

Pero ahora no tenía miedo, estaba contento; solo deseaba que la lucha pudiese ser fructífera. Miraba entre las multitudes que llevaban la marca de su peligro, buscando algo que pudiese desear y tomar.

Volvió a la universidad abroquelado contra los vituperios de los jóvenes. En el cálido pullman verde se agolparon a su alrededor con ganas de gastarle una broma, pero tuvieron que batirse en retirada, tal fue la furia contenida con que él los recibió.

Tom French se acercó y se sentó a su lado, brillando en su hermoso semblante la dura insolencia del dinero. Lo siguió su bufón, Roy Duncan, el esclavo de cháchara dura y estridente.

—Hola, Gant —dijo roncamente Tom French—. ¿Has estado últimamente en Exeter?

Hizo un guiño burlón al sonriente Ray.

—Sí —dijo Eugene—. He estado últimamente allí y ahora vuelvo otra vez. ¿Te importa, French?

Desconcertado por la dura réplica, el hijo del hombre acaudalado se echó atrás.

—Hemos oído decir que llevas una activa vida social con ellas, Gene —cloqueó Roy Duncan.

—¿Quiénes «hemos»? —dijo Eugene—. ¿Y quiénes son ellas?

—Dicen —dijo Tom French— que eres tan puro como una cloaca llena.

—Si necesito una limpieza —dijo Eugene—, puedo siempre emplear a los Gemelos del Plumero de Oro, ¿no? French y Duncan, los Gemelos del Plumero de Oro... que nunca han dado golpe.

Los sonrientes estudiantes, jóvenes brutos imparciales, que se habían levantado de los asientos de delante y de detrás, rieron ruidosamente.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Duro con ellos, Gene! —dijo tranquilamente Zeno Cochran.

Era un chico de veinte años, alto, esbelto y vigoroso, con la gracia de un caballo de carreras. Había lanzado un balón a setenta y tres metros contra el viento en la Copa Yale. Era un guapo chico, amable y cortés, con la impávida gentileza del atleta.

Irritado y confuso, con hosca jactancia, dijo Tom French:

—Nadie puede decir nada de mí. Soy demasiado listo para ellos. Nadie sabe nada de mí.

—Querrás decir —replicó Eugene— que todos lo saben todo de ti y que nadie quisiera saberlo.

Los chicos rieron.

—¡Huy! —dijo Jimmy Revell—. ¿Qué te ha parecido eso, Tom? —añadió, en tono desafiador.

Era menudo y rollizo, hijo de un carpintero, descaradamente ingenioso, y se abría camino en la universidad mediante diversos trucos. Era un «guasón», un bullebulle, que disimulaba su vulgaridad y su malicia con un falso y ruidoso buen humor.

Eugene se volvió tranquilamente a Tom French.

—¡Basta! —dijo—. No sigas, porque los otros están escuchando. Y no me parece divertido. No me gusta. Tampoco tú me gustas. Conque déjame en paz. ¿Entendido?

—Vamos —dijo Roy Duncan, levantándose—, déjalo, Tom. Es incapaz de aguantar una broma. Se toma las cosas demasiado en serio.

Lo dejaron. Imperturbable, pero aliviado, volvió la cara a los campos vastos y yermos, grises y blanquecinos bajo la garra de hierro del invierno.

El invierno terminó. La tierra endurecida y helada empezó a ablandarse con el deshielo y la lluvia. Las sendas de la villa y del campus eran como lúgubres zanjas de barro y de limo. Eugene recorría las veredas del campus, brincando como un canguro, saltando al pie de los arbolitos más bajos para coger con los dientes una ramita a punto de florecer. Gritaba con fuerza en un aullido gutural —el grito de centauro del hombre y de la bestia—, tratando de aliviar su sobrecargado corazón en un estallido de dolor y de alegría y de pasión. En otras ocasiones, andaba cabizbajo, deprimido por un peso inexplicable de cansancio y melancolía.

Perdía la cuenta de las horas; no tenía sentido del tiempo, ni períodos regulares para el sueño, el trabajo o el recreo, aunque asistía puntualmente a clase y comía con bastante regularidad debido a las exigencias del restaurante o de la casa de huéspedes. La comida era abundante, ordinaria, grasienta y mal cocinada. Era muy barata: en el comedor de la facultad, doce dólares al mes; en las casas de huéspedes, quince. Comió un mes en aquel; su interés por la comida era demasiado profundo e inteligente para aguantar más tiempo. El comedor se encontraba ubicado en un gran y desabrigado edificio de ladrillos blancos. Llevaba oficialmente el nombre de Stiggins Hall, pero los estudiantes lo llamaban, más gráficamente, La Pocilga.

Fue varias veces a visitar a Helen y a Hugh Barton. Vivían a cincuenta y tres kilómetros de distancia, en Sydney, capital del estado. Era una población de treinta mil habitantes, soñolienta, de calles tranquilas y arboladas, y con una plaza capitolina en el centro, de la que partían vías radiales. Al comienzo de la calle principal, frente al capitolio, había un edificio de piedra mohosa y gastada por el tiempo que era un hotel barato... y el más grande y famoso burdel de la ciudad. También había tres colegios particulares para señoritas.

Los Barton habían alquilado una vivienda en una vieja casa de la calle, más arriba de la mansión del gobernador. Ocupaban tres o cuatro habitaciones en la planta baja.

Gant, cuando era joven, había venido precisamente a Sydney desde Baltimore, en su lenta marcha hacia el Sur. En Sydney había iniciado su primer negocio y concebido, al perder las primeras inversiones, su odio contra la propiedad. Y en Sydney había conocido y se había casado con la santificada Cynthia, la tuberculosa doncella que había muerto a los dos años de su matrimonio.

El gran fantasma de su padre los obsesionaba; se cernía sobre la ciudad, sobre el implacable olvido de los años que borra todas nuestras huellas para siempre.

Juntos recorrieron las humildes calles hasta quedar plantados durante largo rato ante una triste tienda de las afueras del barrio negro.

—Debió de estar aquí —dijo ella—. Su taller estaba aquí. Ahora ya no existe. —Guardó un momento de silencio—. ¡Pobre papá! —dijo, y desvió la mirada.

No había señales de su manaza en este mundo yermo. No crecían parras alrededor de las casas. La parte de él que había vivido aquí estaba enterrada, enterrada con una mujer muerta bajo la larga marea gris de los años. Permanecieron silenciosos, asustados, en el extraño lugar, esperando oír la llamada de su voz, con incredulidad expectante, como alguien que buscase a un dios en Brooklyn.

En abril, la nación declaró la guerra a Alemania. Antes de terminar el mes, todos los jóvenes de Pulpit Hill que fuesen aptos y hubiesen cumplido veintiún años ingresarían en el servicio militar. En el gimnasio, observó cómo los reconocían los médicos, y envidió la descuidada inocencia con que se desnudaban. Arrojaban la ropa en montones confusos y se plantaban, sonrientes y seguros, ante los doctores. Tenían firmes miembros, dientes sanos y blancos, movimientos ágiles y rápidos. Los hombres de la hermandad fueron los primeros en incorporarse: alegres y extravagantes snobs con los que nunca había tenido nada que ver, pero que representaban ahora para él la cima de la vida urbana y aristocrática. Los había visto, felices y ociosos en la ancha galería de sus casas capitulares, templos donde se celebraban los últimos y pavorosos ritos de la iniciación. Desde el rebaño de los no iniciados, siempre apartados, los había visto siempre juntos, riendo al examinar su correspondencia en la oficina de correos o jugando a black cows en el colmado. Y con una punzada de fracaso, con envidia, con dolor por su deficiencia social, había observado sus ardientes campañas en pro de algún novato deseable, mucho más elegante que él, de noble estirpe y con dinero. No eran más que hijos de pequeños ricachones, señores pueblerinos y rurales; pero al verlos caminar con tanto aplomo y tanta despreocupación alegre, bien vestidos, acicalados, bien peinados, entre la multitud de estudiantes más humildes, que se erguían torpemente con hostilidad y reserva campesinas, era para él la flor de la caballería, los retoños de las casas señoriales. Eran Sydney, Raleigh, Nash. Y ahora, como caballeros, marchaban a la guerra.

Flotaba en el gimnasio un olor a vapor y a hombres sudorosos que venían a las duchas desde los campos de deportes. Limpio, con la camisa desabrochada, Eugene se alejó despacio y se sumergió en la sombra verde y florida del

campus, acompañado de un amigo: Ralph Hendrix.

—¡Mira! —dijo Ralph Hendrix, en voz baja e irritada—. Mira eso, ¿quieres? —Señaló hacia un grupo de estudiantes delante de ellos—. Ese pequeño Horse's Neck está reclutando a los Dekes en todo el campus.

Eugene miró y después se volvió para examinar la cara vulgar y amargada de su compañero. Todos los sábados por la noche, después de la reunión de la sociedad literaria, Ralph Hendrix iba al colmado y compraba dos cigarros baratos. Tenía estrechos y encorvados los hombros, pálida y basta la cara, y baja la frente. Hablaba arrastrando las palabras, monótona y dolorosamente. Su padre era capataz de una fábrica de hilados de algodón.

—Todos son Horse's Neck —dijo—. Pueden irse al infierno, antes de que yo me deje reclutar.

—Sí —dijo Eugene.

Pero él quería ingresar. Quería ser cortés e indiferente. Quería llevar trajes bien cortados. Quería ser un caballero. Quería ir a la guerra.

En el campus central, varios estudiantes aprobados por el tribunal examinador bajaron de los antiguos dormitorios con maletas bien rellenas. Echaron a andar bajo los árboles en dirección a la calle del pueblo. De vez en cuando, levantaban un brazo en ademán de despedida.

—¡Hasta pronto, muchachos! Nos veremos en Berlín.

El mar brillante y separador estaba ahora más cerca y era menos ancho.

Eugene leía mucho, pero sin orden y por placer. Leyó a Defoe, a Smollet, a Sterne y a Fielding, la fina sal de la novela inglesa perdida, durante el reinado de la viuda de Windsor, bajo un océano de té y de melaza. Leyó los cuentos de Boccaccio y todo lo que quedaba de un estropeado ejemplar del Heptamerón. A indicación de Buck Benson, leyó Eurípides de Murray (entonces estaba leyendo el texto griego de Alceste, el más noble y adorable de todos los mitos sobre el amor y la muerte). Vio la grandeza de la fábula de Prometeo, pero la fábula lo conmovió más que la obra de Esquilo. En realidad, Esquilo le parecía sublime... y aburrido; no podía comprender su gran reputación. Mejor dicho... sí que podía. Era la encarnación de la literatura, un escritor de obras maestras. Era casi tan fastidioso como Cicerón, el pomposo y viejo moralista que defendió con tanta audacia la vejez y la amistad. Sófocles era un poeta imperial, hablaba como Dios entre destellos de relámpagos. Edipo rey no es solo una de las obras dramáticas más grandes del mundo, sino también una de las más grandes historias. Y esa historia, perfecta, inevitable y fabulosa, descargaba sobre él la fatalidad de pesadilla del destino. El gran ojo de serpiente de la sabiduría y del horror lo pasmaba como a un pajarillo. Y

Eurípides (a pesar de toda su pedantería) era considerado por él como uno de los más grandes cantores líricos de la poesía de todos los tiempos.

Le gustaban todas las fábulas fantásticas y extravagantes invenciones, en prosa o en verso, desde el Asno de oro hasta Samuel Taylor Coleridge, el gran príncipe de la luna y de la magia. Le gustaba lo fabuloso, dondequiera que lo encontrase y fuese cual fuere su objeto.

Los mejores fabulistas han sido a menudo los más grandes satíricos; la sátira (como en Aristófanes, Voltaire y Swift) es un arte elevado y sutil, mucho más allá de las tomaduras de pelo y de los sangrientos sarcasmos de la degenerada época actual. La sátira grande necesita el apoyo de una fábula grande. La fuerza y la inventiva de Swift son incomparables: no ha habido mejor fabulista en el mundo.

Leyó los cuentos de Poe, Frankenstein y las comedias de lord Dunsany. Leyó Sir Gawayne and the Greene Knight y el Libro de Tobit. No quería una explicación de sus fantasmas y sus maravillas. La magia era la magia. Quería fantasmas viejos; no fantasmas indios, sino fantasmas de punta en blanco, espíritus de antiguos reyes, damas a caballo con altos sombreros cónicos. Entonces, por primera vez, pensó en la soledad de la tierra en que moraba. De pronto, le pareció extraño que pudiese leer Eurípides en este erial.

El pueblo se extendía a su alrededor; más allá, los feos campos ondulados, salpicados de pobres granjas, y más allá, América... más tierra, más casas de madera, más pueblos, duros y toscos y feos. Leía a Eurípides y, a su alrededor, un mundo de blancos y negros comía manjares fritos. Leía sobre antiguas brujerías y viejos fantasmas, pero ¿había merodeado algún viejo fantasma por esta tierra? El fantasma del padre de Hamlet, en Connecticut.

... soy el alma de tu padre,  
condenada a vagar de noche por un tiempo  
entre Bloomington y Portland, Maine.

Sintió de pronto la devastadora transitoriedad de la nación. Solo la tierra perduraba... la gigantesca tierra americana, llevando sobre su pecho imponente un mundo de seres endebles y raquíticos. Solo la tierra perduraba, esta tierra ancha y terrible que no tenía fantasmas que vagasen por ella. No había una estropeada imagen de Mankaura ni una cabeza de alabastro de Echnatón enterradas en el desierto, medio rotas, entre las columnas de templos perdidos. Nada que se hubiese hecho de piedra. Solo perduraba esta tierra, sobre cuyo pecho solitario leía el Eurípides. Había estado prisionero dentro de sus montes; caminaba sobre su llanura, solo, como un extraño.

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Fuimos como exiliados en otra tierra y como

extranjeros en la nuestra. Las montañas eran nuestros dueños; se fueron de nuestra vista y de nuestros corazones antes de que cumpliéramos los cinco años. Todo lo que podamos hacer o decir estará por siempre condicionado por los montes. Nuestros sentidos han sido alimentados por nuestra tremenda tierra; nuestra sangre ha aprendido a fluir con la pulsación imperial de América que, al marcharnos, no perderemos ni olvidaremos nunca. Caminamos por una carretera de Cumberland y nos agachamos, porque el cielo era demasiado bajo; y cuando salimos corriendo de Londres, pasamos junto a ríos pequeños en una tierra solo lo bastante grande para contenerlos. Y ningún sitio al que fuésemos estaba lejos: la tierra y el cielo se juntaban y estaban cerca. Y volvía el viejo afán, el terrible y oscuro afán que persigue y hiere a los americanos, y que hace de nosotros exiliados en casa y extranjeros donde quiera que vayamos.

Eliza visitó a Helen en Sydney durante la primavera. La joven estaba más callada, más triste, más pensativa que nunca. Estaba subyugada por la nueva vida: castigada por su oscuridad. Añoraba a Gant más de lo que se atrevía a confesar. Añoraba la villa montañesa.

—¿Qué tenéis que pagar por este sitio? —preguntó Eliza, mirando críticamente a su alrededor.

—Cincuenta dólares al mes —respondió Helen.

—¿Amueblado?

—No; tuvimos que comprar los muebles.

—Es un precio muy elevado —dijo Eliza—, tratándose de una planta baja. Creo que los alquileres son más bajos en nuestra región.

—Sí, ya sé que el alquiler es alto —dijo Helen—. Pero ¡por el amor de Dios, mamá! ¿No te das cuenta de que es el mejor barrio de la población? Estamos a solo dos manzanas de la mansión del gobernador. La señora Mathews no es una hospedera vulgar, ¡te lo aseguro! ¡No, señor! —exclamó, riendo—. Es una verdadera dama, va a todas las funciones y aparece continuamente en los periódicos. Ya conoces a Hugh, y tengo que esforzarme en cuidar las apariencias. Es joven y está empezando aquí.

—Sí, lo sé —convino pensativamente Eliza—. ¿Cómo le van las cosas?

—O'Toole dice que es el mejor agente que ha tenido —dijo Helen—. Hugh es estupendo. Juntos podríamos salir adelante en cualquier parte, mientras no tuviéramos familia. A veces me pongo furiosa al ver cómo forra los bolsillos de O'Toole. Trabaja como un burro. Ya sabes, O'Toole percibe una comisión sobre todas las ventas que hace él. Y la señora O'T. y las dos niñas se pasean en un automóvil enorme y nunca tienen que tender la mano.

Son católicos, ¿sabes?, pero van a todas partes.

—Te diré una cosa —dijo Eliza, con una tímida y medio seria sonrisa—: Tal vez no sería mala idea que Hugh se independizase. Es una tontería trabajar en beneficio de otro. ¡Dime, chiquilla! —exclamó—. ¿No sería una buena idea que tratase de conseguir la agencia de Altamont? Me parece que el tipo que tienen allí no vale gran cosa. Podría conseguirlo fácilmente.

Hubo una pausa.

—Ya hemos pensado en esto —confesó pausadamente la joven—. Hugh ha escrito a la oficina principal. En todo caso —dijo al cabo de un momento—, sería su propio jefe. Y eso es algo.

—Bueno —dijo lentamente Eliza—, solo sé que puede ser una buena idea. Si trabaja a conciencia, nada impide que pueda montar un buen negocio. Tu papá se ha estado quejando últimamente de su dolencia. Se alegraría de que volviesses —sacudió despacio la cabeza—. Allí no le hicieron nada bueno, pequeña. Vuelve a estar como antes.

Fueron a Pulpit Hill en Pascua, para una visita de dos días. Eliza llevó a Eugene a Exeter y le compró un traje.

—No me gustan esos pantalones tan mezquinos —dijo al dependiente—. Quiero algo que le haga parecer más hombre.

Cuando lo hubo vestido de nuevo, frunció los labios, sonrió y dijo:

—¡Enderézate, muchacho! ¡Echa los hombros atrás! Hay que decir una cosa en favor de tu padre: se mantiene erguido como una lanza. Si tú andas encorvado de este modo, enfermarás de los pulmones antes de cumplir los veinticinco años.

—Quiero presentarte a mi madre —dijo torpemente Eugene al señor Joseph Ballantyne, afable y sonrosado joven que había sido elegido presidente de la clase de los novatos.

—Parece usted un chico muy listo —dijo sonriendo Eliza—. Vamos a hacer un trato. Si me consigue algunos pensionistas entre sus amigos de esta parte del estado, su pensión le saldrá gratis. Aquí tiene unas cuantas tarjetas —añadió, abriendo el bolso—. Puede repartir algunas, cuando se presente la ocasión, y decir unas palabras en favor de Dixieland y de la Tierra del Cielo.

—Sí, señora —dijo el señor Ballantyne, con voz pausada y sorprendida—. Lo haré con mucho gusto.

Eugene volvió a Helen su rostro enrojecido y desolado. Ella rio roncamente, irónicamente, y volviéndose al muchacho, dijo:

—Con pensionistas o sin ellos, usted será siempre bienvenido, señor



Ballantyne. Le encontraremos sitio.

Cuando se quedaron solos, y en respuesta a las balbucientes y confusas protestas de su hijo, dijo, con una sonrisa de fastidio:

—Sí, ya lo sé, es una lata. Pero tú estás lejos la mayor parte del tiempo. Tienes más suerte que yo. Ya has visto lo que he tenido que escuchar durante las últimas semanas. Lo has visto, ¿no?

Cuando Eugene volvió a casa al terminar el curso, a finales de mayo, se encontró con que Helen y Hugh Barton se le habían adelantado. Vivían con Gant en la calle Woodson. Hugh Barton había conseguido la agencia de Altamont.

La ciudad y la nación ardían de frenesí patriótico, violento, caótico, sin saber muy bien por qué. Los descendientes de Atila tenían que ser aplastados («exterminados», decía el reverendo Smallwood) por los hijos de la libertad. Se hacían empréstitos, emisiones de bonos, discursos; se hablaba de conscripción, y había un pequeño envío de yanquis a Francia. Pershing llegó a París y dijo: «Lafayette, ¡aquí estamos!», pero los franceses seguían esperando. Ben se presentó en la oficina de reclutamiento y lo rechazaron. «Los pulmones... ¡Los tiene débiles!», dijeron rotundamente. «No, no es tuberculosis. Solo propensión. Falta de peso.» Lanzó una maldición. Su cara se parecía un poco más a una cuchilla... más delgada, más gris. La arruga de su entrecejo se hizo más profunda. Parecía estar más solo que nunca.

Eugene volvió a los montes y los encontró en la rica y joven gloria del verano. Dixieland estaba en parte llena de huéspedes que pagaban. Llegaron más.

Eugene tenía dieciséis años. Era universitario. Caminaba entre el alegre gentío de la tarde con una impresión de júbilo, respondiendo gozoso a los calurosos saludos, animándose con su irreflexiva cordialidad.

—Me han dicho que les puedes a todos allá abajo, hijo —le gritó el señor Wood, el joven y rollizo farmacéutico a quien nadie había dicho nada—. ¡Así me gusta, muchacho! ¡Duro con ellos!

El hombre siguió alegremente adelante y se metió en el próspero recinto de su establecimiento. Zumbaban los ventiladores.

A fin de cuentas, pensó Eugene, no le había ido tan mal. Había sentido sus primeras heridas. No lo habían quebrantado. Había conocido el amargo misterio del amor. Había vivido solo.

Había en Dixieland una muchacha llamada Laura James. Tenía veintiún años. Parecía más joven. Estaba ya allí cuando él regresó.

Laura era delgada, de mediana estatura, pero parecía más alta. Estaba firmemente formada; parecía fresca, limpia, pulcra. Sus cabellos eran espesos, muy lisos y rubios, peinados en un rollo plano alrededor de la cabecita. Su cara era blanca, con pequeñas pecas; sus ojos, suaves, cándidos, de un verde gatuno; su nariz, un poco grande para su cara, y algo caída. No era bonita. Vestía con gran sencillez pero elegantemente: falda corta y listada a cuadros, y corpiño de punto de seda.

Era la única persona joven en Dixieland. Eugene le hablaba con tímida altivez. Le parecía vulgar y sosa. Pero empezó a sentarse con ella en el porche todas las noches. De alguna manera, empezó a quererla.

Él ignoraba que la quería. Le hablaba con arrogancia, jactanciosamente, sentados los dos en el columpio de madera del porche. Pero respiraba el limpio perfume de su cuerpo joven y maravilloso. Estaba atrapado en la tierna crueldad de sus claros ojos verdes, preso en la red sutil de su sonrisa.

Laura James vivía en la parte oriental del estado, más al este que Pulpit Hill, en una pequeña población construida junto a un río salado de la gran llanura costera. Su padre era un rico comerciante de víveres al por mayor. La muchacha era hija única: gastaba desaforadamente.

Una tarde, Eugene se sentó en la barandilla del porche y le habló. Antes, solo la había saludado con la cabeza o dicho una palabra o dos. Empezaron de un modo vacilante, dolorosamente conscientes de las interrupciones en su conversación.

—Eres de Little Richmond, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí —dijo Laura James—. ¿Conoces a alguien de allí?

—Sí —dijo él—. Conozco a John Bynum y a un chico llamado Ficklen. Son de Little Richmond, ¿no?

—¡Oh, Dave Ficklen! ¿Lo conoces? Sí. Los dos estudian en Pulpit Hill. ¿Vas tú allí?

—Sí —dijo él—, allí los he conocido.

—¿Conoces a los dos Barlow? Son Sigma Nus —dijo Laura James.

Él los había visto. Eran dos tipazos, jugadores de rugby.

—Sí, los conozco —dijo—. Roy y Jack Barlow.

—¿Y conoces a Snooks Warren? Es Kappa Sig.

—Sí. Los llaman Exprimidores de Barricas —dijo Eugene.

—¿De qué hermandad eres tú? —preguntó Laura James.

—De ninguna —dijo tristemente él—. Este año estuve entre los novatos.

—Algunos de mis mejores amigos no han pertenecido nunca a una hermandad —dijo Laura James.

Se encontraron cada vez con más frecuencia, sin previa cita, hasta que por tácito acuerdo se reunieron todas las noches en el porche. A veces paseaban por las frescas y oscuras calles. A veces él la acompañaba torpemente a la ciudad, al cine, y después, con la inquieta pugnacidad de la juventud, pasaba con ella por delante de los que haraganeaban en Wood's. También la llevaba con frecuencia a la calle Woodson, donde Helen le ofrecía la fresca intimidad de la galería. A ella le gustaba mucho Laura James.

—Es una buena chica. Una chica adorable. Me gusta. Aunque no va a ganar ningún premio de belleza, ¿verdad?

Y se reía con una pizca de burla bonachona.

A él le disgustaba esto.

Pero Laura era fea... con una fealdad limpia y adorable. Su cara era ligeramente pecosa, sobre la nariz y la boca; sus facciones eran vehementes, irreflexivas, vueltas hacia arriba con petulancia irregular. Pero estaba exquisitamente formada y se cuidaba de un modo exquisito; tenía la línea firme y joven de la primavera, esbelta, en flor, virginal. Era como algo alado y veloz que revolotease en el bosque, entre los frondosos árboles adivinado pero no visto, no aprehendido.

Él trataba de aparecer ante ella de punta en blanco. Fachendeaba en su presencia. Pensaba que tal vez, si se mostraba lo bastante espléndido, no vería ella el feo desorden y la ruindad del mundo en que él vivía.

Al otro lado de la calle, en el amplio jardín de Brunswick —el enorme caserón abovedado de ladrillos que había ambicionado Eliza—, el señor Pratt, que vegetaba en el mezquino mundo en que solo el marido de una hospedera puede existir, regaba con una manguera los anchos espacios verdes de césped. Notas de agua brillaban bajo el rojo fulgor del crepúsculo vespertino. La luz roja caía sobre el afeitado y contraído rostro. Arrancaba destellos de las hebillas de sus mangas. Al otro lado del paseo, en el otro prado, varios hombres y mujeres jugaban al croquet. Sonaban risas en el porche oculto por la hiedra. En la casa contigua, en Belton, los huéspedes estaban reunidos en la larga galería charlando animadamente. El actor cómico de los Dixie Ramblers llegó con dos coristas. Era un hombre menudo, con cara de comadreja y sin dientes en la mandíbula superior. Llevaba un sombrero de paja con cintas a

rayas, camisa azul y cuello alto. Los huéspedes se agruparon a su alrededor. Al cabo de un momento, sonaron risas estridentes.

Julius Arthur bajó rápidamente la cuesta en su coche. Llevaba a su padre a casa. Miró de soslayo, sonriendo, y levantó un brazo en un saludo negligente. El próspero abogado volvió con curiosidad su rolliza cara a lo Van Dyke sobre el torcido cuello. Pasó, sin sonreír.

En Brunswick, una negra hizo sonar las varias campanillas de un gongo japonés. Hubo un rumor de pies en el porche; los jugadores de croquet soltaron sus mazas y anduvieron rápidamente hacia la casa. Pratt enrolló la manguera en un cilindro de madera.

Un lento tañido de campana en Belton hizo que los huéspedes se precipitasen confusamente hacia las puertas. Al cabo de un momento, hubo un repique de platos y fuertes ruidos anunciadores de comida. Los huéspedes de Dixieland se mecieron más deprisa en el porche, y hubo apagados murmullos de descontento.

Eugene hablaba con Laura en la creciente penumbra, disimulando su congoja bajo una capa de orgullo y de indiferencia. La cara de Eliza apareció detrás de la puerta de rejilla como un borrón blanquecino en la oscuridad.

—Salga, señora Gant, y respire un poco de aire fresco —dijo Laura James.

—¡Oh, no, hija mía! Ahora no puedo. ¿Quién está contigo? —preguntó, visiblemente aturdida. Abrió la puerta—. ¡Eh! ¡Oye! ¿Has visto a Gene? ¿Está ahí, Gene?

—Sí —dijo él—. ¿Qué quieres?

—Ven un momento, hijo —dijo ella.

Él entró.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Por todos los santos, hijo! No lo sé. Pero tienes que hacer algo —murmuró Eliza, retorciéndose las manos.

—¿Qué pasa, mamá? ¿De qué estás hablando? —gritó Eugene, con irritación.

—Bueno... Jannadeau acaba de llamar. Tu papá ha vuelto a las andadas y viene hacia acá. ¡Quién sabe lo que es capaz de hacer, hijo! Y la casa está llena de gente. Nos va a arruinar. —Se echó a llorar—. Ve y trata de detenerlo. Apártalo de aquí si puedes. Llévalo a la calle Woodson.

Él cogió rápidamente su sombrero y salió corriendo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Laura James—. ¿Te marchas sin cenar?

—Tengo que ir a la ciudad —dijo él—. No tardaré. ¿Me esperarás?

—Sí —dijo ella.

Eugene saltó al paseo en el momento en que su padre llegaba de la calle tambaleándose junto al alto y tupido seto que separaba la casa del amplio patio del abogado Hall. Gant avanzó amenazadoramente, haciendo eses, cruzando una hilera de lilas y pisando el césped, y se dirigió a la galería. Tropezó con el primer escalón, maldijo y consiguió subir despatarrado al porche. El muchacho corrió en su auxilio y, medio arrastrándolo, medio sosteniéndolo, hizo que el corpachón borracho se mantuviese en pie. Los huéspedes retrocedieron atropelladamente, arrastrando las sillas. Gant los saludó con una fuerte carcajada de desprecio.

—¿Estás ahí? ¡Pregunto si estás ahí! Lo más ruin de lo ruin... ¡puerca hospedera! ¡Santo Dios! ¡Qué parodia! ¡Una parodia de la naturaleza! ¡Que haya tenido que acabar así!

Estalló en una larga risotada de locura.

—¡Vamos, papá! —dijo Eugene en voz baja.

Asió prudentemente la manga de su padre. Gant lo lanzó hasta la mitad del porche con un movimiento de la mano. Y al volver Eugene a aproximarse rápidamente, su padre fue a largarle un puñetazo. Él esquivó el enorme puño sin dificultad, y sostuvo entre sus brazos el cuerpo que caía, perdido el equilibrio. Después, rápidamente, antes de que Gant pudiese recobrarse y sosteniéndolo por la espalda, lo empujó hacia la puerta. Los huéspedes se desperdigaron como gorriones asustados. Pero Laura James llegó a la puerta antes que él y la abrió.

—¡Vete! ¡Vete! —gritó Eugene, avergonzado e iracundo—. No te metas en esto.

Por un momento, la aborreció por haber sido testigo de su humillación.

—¡Oh! Deja que te ayude, querido —murmuró Laura James.

Tenía los ojos húmedos, pero no estaba asustada.

Padre e hijo avanzaron atropelladamente por el ancho y oscuro pasillo, seguidos de Eliza, que lloraba y gesticulaba.

—Mételo ahí, hijo. Mételo ahí —murmuró esta, señalando el dormitorio grande del lado alto de la casa.

Eugene empujó a su padre a través del corto pasadizo del cuarto de baño y lo dejó caer sobre la ancha y crujiente cama de hierro.

—¡Maldito bribón! —chilló Gant, tratando de nuevo de alcanzarlo con su

largo brazo—. ¡Levántate o te mato!

—Por el amor de Dios, papá —imploró furiosamente Eugene—, procura calmarte. Pueden oírte todos los de la ciudad.

—¡Que se vayan al infierno! —rugió Gant—. Verdugos montañeses, todos ellos... que engordan a costa de mi sangre. Ellos son los causantes de mi muerte, ¡tan cierto como hay un Dios en el cielo!

Eliza apareció en la puerta, descompuesto el semblante por el llanto.

—¿No puedes hacer algo para que se calle, hijo? —gimió—. Nos arruinará a todos. Nos quedaremos sin un cliente.

Al verla, Gant hizo esfuerzos por levantarse. La cara blanca de su mujer lo enloquecía.

—¡Ahí está! ¡Ahí! ¡Ahí! ¿La ves? La cara de demonio que conozco tan bien, regocijándose con mi desdicha. ¡Mírala! ¡Mira! ¿Ves su sonrisa de malvada astucia? Greeley, Will, el Cerdo. ¡El Viejo Comandante! El recaudador de impuestos se lo llevará todo, ¡y yo tendré que morir en el arroyo!

—Si no hubiese sido por mí —le lanzó Eliza, en son de represalia—, habrías muerto hace ya tiempo.

—¡Por el amor de Dios, mamá! —gritó el muchacho—. No te quedes ahí, hablándole. ¿No ves el efecto que le produce? ¡Haz algo, por lo que más quieras! ¡Ve a buscar a Helen! ¿Dónde está?

—¡Yo acabaré con todo esto! —chilló Gant, irguiéndose—. ¡Lo haré ahora por los dos!

Eliza desapareció.

—Sí, señor; sí, papá. Todo irá bien —empezó a decir Eugene, en tono apaciguador y empujándolo de nuevo sobre la cama. Después se arrodilló rápidamente y empezó a quitarle uno de sus blandos zapatos sin lengüeta, murmurando palabras esperanzadoras sin parar—: Sí, señor. Te traeremos una buena sopa caliente y te acostaremos en un periquete. Todo irá bien.

El zapato se desprendió del pie y, ayudado por una furiosa patada de Gant, hizo que el muchacho rodase por el suelo.

Gant se puso en pie de nuevo y, despidiéndose con un puntapié de su hijo caído, se dirigió haciendo eses a la puerta. Eugene se levantó rápidamente y corrió detrás de él. Los dos hombres chocaron pesadamente contra el yeso granuloso de la pared. Gant lanzó una maldición, tratando torpemente de alcanzar a su carcelero con los brazos. Entonces entró Helen.

—¡Hija! —lloriqueó Gant—. Quieren matarme. ¡Jesús! ¡Haz algo para salvarme, o pereceré!

—Vuelve a la cama —ordenó vivamente ella—, o seré yo quien te arranque la cabeza.

Muy sumiso, dejó Gant que lo llevase a la cama y lo desnudase. Pocos minutos después, ella estaba sentada a su lado con un tazón de sopa humeante. El hombre sonrió tímidamente mientras Helen introducía la cuchara en su boca abierta. Y Helen rio —casi alegremente—, pensando en los años irremediabilmente perdidos. De pronto, antes de dormirse, Gant se incorporó con fuerza sobre las almohadas en que estaba reclinado y, abriendo mucho los ojos, gritó aterrorizado:

—¿Es un cáncer? Dime, ¿tengo cáncer?

—¡Silencio! —dijo ella—. No. ¡Claro que no! No seas tonto.

Él se dejó caer, agotado, y cerró los ojos. Pero ellos sabían que lo era. Nunca se lo habían dicho. El nombre terrible de su enfermedad no había sido pronunciado nunca, salvo por él. Porque en el fondo de su corazón sabía (como lo sabían todos, aunque no hablasen nunca de ello) que era cáncer. Durante todo el día, con el miedo pintándose en sus ojos, Gant había permanecido sentado entre sus mármoles, como una estatua rota, y bebiendo. Era cáncer.

La mano derecha del muchacho sangraba copiosamente a la altura de la muñeca, aplastada por el peso de su padre contra la pared.

—Ve a lavarte —dijo Helen—. Yo te la vendaré.

Eugene se dirigió al oscuro cuarto de baño y puso la mano debajo del chorro de agua tibia. Sentía un sordo desaliento en su corazón, una paz cansada que se cernía también sobre aquella casa de muerte y de tumulto, que fluía, como un viento suave y curioso, a lo largo de los oscuros pasillos, bañando silenciosamente todas las cosas de paz y cansancio. Los huéspedes habían huido como corderos atolondrados a las dos casas del otro lado de la calle; habían comido en ellas y estaban arracimados en los porches, murmurando. Y su marcha había traído a Eugene paz y libertad, como si sus miembros se hubiesen librado de una pesada cadena. Eliza, entre la lenta humareda de la cocina, lloraba más sosegadamente por la desperdigada cena. Eugene veía la oscura calma dolorosa en la cara de la negra. Recorrió despacio el oscuro corredor, con un pañuelo atado flojamente sobre su herida. Sentía, de pronto, la paz que llega con la desesperación. Esa espada que penetra tan hondo había perforado las mallas de su pobre armadura de orgullo. El acero se había hundido en su costado, había alcanzado su corazón. Pero bajo la armadura, se había encontrado a sí mismo. No se podía conocer más de lo que

era. No podía dar más de lo que era. Era... lo que era: la evasión y la simulación no podían añadir cifras a la suma. Y se alegró de todo corazón.

Junto a la puerta, en la oscuridad, encontró a Laura James.

—Pensé que te habías ido con los demás —dijo.

—No —dijo Laura James—. ¿Cómo está tu padre?

—Ahora está bien. Se ha dormido —respondió él—. ¿Has comido algo?

—No —dijo ella—. No me apetecía.

—Te traeré algo de la cocina —dijo él—. Hay comida de sobra. —Y al cabo de un momento, añadió—: Lo siento, Laura.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó ella.

Él se apoyó desmadejadamente en la pared, extinguido todo su vigor al contacto de Laura.

—Eugene, querido —dijo ella. Acercó a sus labios la cabeza caída y lo besó—. Mi bien, mi amor, no pongas esa cara.

Toda resistencia se fundió en Eugene. Agarró las manitas de ella, estrujándolas con sus ardientes dedos, devorándolas a besos.

—¡Querida Laura! ¡Querida Laura! —dijo con voz ahogada—. ¡Mi dulce, mi hermosa Laura! ¡Mi encantadora Laura! Te amo, ¡te amo!

Las palabras fluían a borbotones de su corazón, incoherentes, francas, surgiendo a través de las rotas barreras del orgullo y del silencio. Se abrazaron en la sombra, con las húmedas caras apretadas boca a boca. El perfume de ella subía al cerebro de él y lo embriagaba; su contacto transmitía a sus miembros un mágico fulgor; sentía la presión de sus menudos senos, ansiosos y elásticos y tenía miedo —como si la hubiese deshonrado— al recordar con asco su propia iniciación.

Sostuvo entre las manos la elegante cabecita, gloriosamente orlada por el grueso anillo de sedosos y rubios cabellos, y pronunció palabras que nunca había dicho... palabras de confesión, llenas de amor y de humildad.

—¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡Por favor, no te vayas! —suplicó—. No me dejes, querida. ¡Por favor!

—¡Calla! —murmuró ella—. No me iré. ¡Te amo, querido!

Laura vio la mano envuelta en el ensangrentado pañuelo. La curó delicadamente entre suaves exclamaciones de ternura. Fue a buscar un frasco de yodo en su habitación y pintó la herida con un pincel. Después la envolvió con una tira de fina tela blanca, cortada de un viejo corpiño, débil y sutilmente



perfumado.

Entonces se sentaron en el columpio de madera. La casa parecía dormir en la oscuridad. Al rato, Helen y Eliza salieron del silencioso interior.

—¿Cómo está tu mano, Gene? —preguntó Helen.

—Muy bien —dijo él.

—¡Déjame ver! ¡Oooh! Ahora tienes una enfermera, ¿no? —dijo, riendo alegremente.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Se ha herido la mano? ¿Cómo te lo has hecho, hijo? Bueno... veamos... tengo precisamente lo que te conviene —dijo Eliza, tratando de andar en todas direcciones.

—¡Oh! Ya está bien, mamá. Ya me han curado —dijo cansadamente él, pensando que siempre sus remedios llegaban demasiado tarde.

Miró a Helen, con un guiño.

—¡Que Dios bendiga nuestro hogar feliz! —dijo.

—¡Pobrecita Laura! —rio ella, y dio un fuerte apretón a la muchacha—. Es una lástima que te veas metida en todo esto.

—Tienes razón —dijo Laura—. Ahora me siento como un miembro más de la familia.

—Él no debería pensar que puede seguir así —dijo Eliza, con enojo—. No voy a soportarlo más.

—¡Olvídalo! —dijo cansadamente Helen—. Por el amor de Dios, mamá, papá está enfermo. ¿No te das cuenta?

—¡Bah! —dijo desdeñosamente Eliza—. Creo que su único mal es el dichoso licor. Todas sus dolencias vienen de esto.

—¡Oh, es ridículo! ¡Ridículo! ¡No puedes decir eso! —exclamó Helen, con irritación.

—Hablemos del tiempo —dijo Eugene.

Se sentaron en silencio, dejándose invadir por la oscuridad. Por fin, Helen y Eliza entraron de nuevo en la casa; Eliza, a regañadientes, apremiada por su hija, lanzando una mirada recelosa al muchacho y a la chica.

La menguante voz de la luna se elevaba en el cielo sobre la masa de los montes. Flotaba en el aire un olor a hierba mojada y a lilas, y la grande y misteriosa sinfonía de millones de notas de los pequeños seres nocturnos, subiendo y bajando en constante ululato, infundiendo al corazón una firme e inconsciente certidumbre. La pálida luz de las estrellas se extendía sobre la

tierra como un silencio, goteando a través de la húmeda fronda de los jóvenes arces, imprimiendo en el suelo bullidoras motas luminosas e irreales.

Eugene y Laura estaban sentados con las manos unidas, en el columpio que crujía al moverse lentamente. El contacto con ella provocaba en él como una corriente de fuego; al pasar el brazo sobre sus hombros y atraerla a sí, sus dedos rozaron la firme copa de un seno. Retiró bruscamente la mano, como pinchada por un aguijón, y murmuró una disculpa. Cuando ella lo tocaba, su carne se entumecía y debilitaba. Ella era virgen, quebradiza como un brote de apio... y el corazón de él se encogía, no queriendo contaminarla con su tacto. Le parecía que él era mucho mayor que ella, a pesar de que solo tenía dieciséis años, y ella, veintiuno. Sentía la edad de su soledad y de su oscura percepción. Sentía la gris sabiduría del pecado... un árido desierto, pero visto y conocido. Cuando le asía la mano, tenía la impresión de que ya la había seducido. Ella levantó la carita adorable, petulante y fea como la de un muchacho; había en ella un sincero y firme recato, y sus ojos estaban húmedos. Toda la joven belleza del mundo residía para él en aquel rostro que había conservado el encanto, que había conservado la inocencia, que había vivido inmortalmente ciego al terror y a la ruindad del mundo. Venía a ella como una criatura que hubiese viajado toda su vida a través del negro espacio en busca de un momento de paz y de convicción en algún planeta solitario, y encontrarse su cara como una flor iluminada por la luna. Pues si un hombre sueña en el cielo y, al despertar, encuentra en su mano una flor como prueba de que ha estado realmente en él... ¿entonces qué...? ¿Entonces qué?

—Eugene —dijo ahora ella—, ¿cuántos años tienes?

Su visión se turbó al mismo tiempo que su pulso. Al cabo de un momento, respondió con gran dificultad.

—Solo... dieciséis.

—¡Oh, un chiquillo! —exclamó ella—. Pensaba que eras mayor.

—Soy... viejo para mi edad —farfulló él—. ¿Cuántos tienes tú?

—Veintiuno —dijo ella—. ¡Qué lástima!

—No es mucha diferencia —dijo él—. No creo que importe.

—¡Oh, querido! —exclamó ella—. Sí que importa. ¡Muchísimo!

Y él comprendió que era verdad, aunque no sabía cuánto. Pero tenía su momento. No temía el dolor, no temía la pérdida. Le importaban un bledo las necesidades prácticas del mundo. Y se atrevió a decir aquella cosa extraña y maravillosa que había germinado oscuramente dentro de él.

—Laura —dijo, y oyó sonar su propia voz sobre la gran llanura de la luna—, amémonos siempre como ahora. No nos casemos nunca. Quiero que me

esperes y que me quieras siempre. Recorreré todo el mundo. Estaré años ausente, me haré famoso, pero siempre volveré a ti. Tú vivirás en una casa remota en la montaña; me esperarás, te guardarás para mí. ¿Lo harás? —dijo, pidiéndole su vida como si se tratase de una hora.

—Sí, querido —afirmó Laura, bajo la luz de la luna—. Te esperaré siempre.

Se había enterrado en la carne de él. Sus pulsos latían al unísono. Era como vino en la sangre de él, música en su corazón.

—No tiene consideración para ti ni para nadie —gruñó Hugh Barton. Había vuelto tarde de su trabajo en la oficina, para llevar a Helen a casa—. Si no puede portarse mejor, buscaremos una casa para nosotros solos. No voy a permitir que te pongas enferma por su culpa.

—Olvidalo —dijo Helen—. Se hace viejo.

Salieron a la galería.

—Ven mañana, querido —dijo ella a Eugene—. Tendrás una buena comida. Y ven tú también, Laura. Esto no ocurre siempre, ¿sabes?

Se echó a reír, acariciando a la chica con su manaza.

Se alejaron cuesta abajo.

—Tu hermana es adorable —dijo Laura James—. ¿No estás loco por ella?

Eugene no respondió enseguida.

—Sí —dijo al fin.

—Y ella lo está por ti. Cualquiera puede verlo —dijo Laura.

Él se llevó una mano al cuello en la oscuridad.

—Sí —afirmó.

La luna cruzaba suavemente el cielo. Eliza salió de nuevo, tímidamente, vacilando.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? —preguntó en la oscuridad—. ¿Dónde está Gene? ¡Oh, no sabía...! ¿Estás ahí, hijo?

Sabía muy bien que sí.

—Sí —respondió él.

—¿Por qué no se sienta, señora Gant? —preguntó Laura—. No sé cómo puede estar todo el día en esa cocina tan caldeada. Debe de estar rendida.

—Te diré una cosa —dijo Eliza, observando vagamente el cielo—. Hace una noche espléndida, ¿no? Como algunos dicen, una noche para enamorados.

Rio inseguramente y estuvo pensando unos momentos.

—Hijo —dijo con voz turbada—, ¿por qué no te vas a la cama y duermes un poco? No es bueno estar levantado a estas horas.

—También yo debería acostarme —dijo Laura, levantándose.

—Sí, hija mía —asintió Eliza—. Duerme tu sueño reparador. Acuéstate temprano y levántate temprano, según suelen decir.

—Entonces, ¡vayamos a dormir! ¡Todos! —dijo Eugene, impaciente e irritado, preguntándose por qué tenía que ser siempre su madre la última en acostarse.

—¡Oh, no! —dijo Eliza—. Yo no puedo, chico. Tengo muchas cosas que planchar.

Laura estrechó disimuladamente la mano de Eugene y se levantó. Él consideró amargamente su pérdida.

—Buenas noches a todos. Buenas noches, señora Gant.

—Buenas noches, hija mía.

Cuando Laura se hubo marchado, Eliza se sentó junto a Eugene, con un suspiro de fatiga.

—Te diré una cosa —dijo—. Aquí se está muy bien. Ojalá me sobrase el tiempo como a otros y pudiese sentarme a disfrutar del aire libre.

A pesar de la oscuridad, él supo que los labios fruncidos trataban de sonreír.

—¡Hum! —dijo ella, tomándole la mano en su ruda palma—. ¿Se ha echado novia mi hijito?

—Bueno, ¿y qué? ¿Y qué, si fuese verdad? —preguntó él con mal humor—. ¿No tengo tanto derecho como los demás?

—¡Bah! —dijo Eliza—. Eres demasiado joven para pensar en las chicas. Si yo estuviese en tu lugar, no les prestaría atención. La mayoría de ellas no piensa más que en asistir a fiestas y divertirse. No quiero que mi chico pierda el tiempo con ellas.

Él sintió su ansiedad bajo el desmañado tono chancero. Se debatió en un caos de confuso furor, esforzándose en callar. Por fin habló en voz baja pero llena de pasión:

—Hay que tener algo, mamá. Hay que tener algo, ¿sabes? No podemos andar siempre solos... solos.

La noche era oscura. No se veía nada. Él dejó que se abriesen las

compuertas de sus ojos. Lloró.

—¡Ya sé! —dijo apresuradamente Eliza—. No quiero decir...

—Dios mío, Dios mío, ¿adónde vamos a parar? ¿A qué viene todo esto? Él se está muriendo... ¿no lo ves? ¿No lo sabes? Mira su vida. Mira la tuya. No hay luz, ni amor, ni bienestar... ¡nada! —Levantó frenéticamente la voz; se golpeó el pecho como si fuese un tambor—. Por el amor de Dios, mamá, ¿qué pasa? ¿Qué quieres? ¿Vas a estrangularnos y ahogarnos a todos? ¿No tienes bastante? ¿Quieres más cosas? Por Dios que las iré a buscar si me lo pides. — Su voz se había elevado hasta convertirse en un grito—. Pero dime qué es lo que quieres. ¿No tienes bastante? ¿Quieres poseer toda la ciudad? ¿Qué es?

—Bueno, no sé de qué estás hablando, hijo —dijo Eliza, con irritación—. Si yo no hubiese luchado por acumular unos pocos bienes, ninguno de vosotros tendría un techo propio bajo el que cobijarse; pues puedo asegurarte que vuestro padre lo habría despilfarrado todo.

—¡Un techo propio! —chilló él, con una loca risotada—. Dios mío, ¡si ni siquiera tenemos una cama que sea nuestra! Ni una habitación que podamos decir que es nuestra. Ni una manta que no puedas quitarnos para calentar a esa chusma que se mece y gruñe en el porche.

—Ahora burlate de los huéspedes si quieres... —empezó severamente Eliza.

—No —dijo él—. No puedo. No tengo aliento ni fuerzas suficientes para hacerlo como quisiera.

Eliza empezó a llorar.

—¡He hecho cuanto he podido! —dijo—. Os habría dado un hogar si hubiese estado a mi alcance. Me habría resignado a todo después de la muerte de Grover, pero tu padre no me dio un momento de paz. Nadie sabe lo que he tenido que pasar. Nadie lo sabe, hijo. Nadie lo sabe.

Eugene vio, a la luz de la luna, el rostro contraído por una fea mueca de dolor. Sabía que lo que decía ella era verdad. Y se sintió profundamente conmovido.

—Está bien, mamá —dijo, compungido—. Lo sé. ¡Olvídalo!

Ella le asió la mano, casi con agradecimiento, y apoyó la cara pálida, todavía contraída de dolor, en el hombro de él. Era una actitud infantil; una actitud que pedía amor, compasión, ternura. Y él sintió un desgarramiento en las entrañas.

—¡No! —dijo—. ¡No hagas eso, mamá! ¡Por favor!

—Nadie lo sabe —repitió Eliza—. Nadie lo sabe. Yo también necesito a

alguien. Mi vida ha sido muy dura, hijo, llena de penas y de disgustos.

Lentamente, de nuevo como una niña, se enjugó los húmedos ojos fatigados con el dorso de la mano.

«¡Ay! —pensó él, atenazado el corazón por el dolor y la contrición—; el día menos pensado morirá, y siempre recordaré esto. Siempre. Esto.»

Hubo un momento de silencio. Eugene apretó con fuerza la tosca mano y besó a su madre.

—Bueno —empezó Eliza, con profética animación—. Te diré una cosa: no voy a pasarme toda la vida trabajando como una esclava para un puñado de huéspedes. Que no lo piensen. Voy a hacer marcha atrás y a tomarme las cosas con la misma tranquilidad que cualquiera de ellos. —Le hizo un guiño significativo—. Cuando vuelvas la próxima vez, me encontrarás viviendo en una casa grande de Doak Park. Le tengo echado el ojo al solar, el mejor por su vista y su situación, mucho mejor que el de W. J. Bryan. El otro día estuve tratando de ello con el doctor Doak en persona. ¿Eh? ¿Qué te parece? —Se echó a reír—. Él me dijo: «Señora Gant, tratándose de usted, no puedo confiar en ninguno de mis agentes. Si quiero salir con bien de este negocio, tendré que andarme con cuidado. Usted es la negociante más lista de la ciudad». «Bah, doctor —le dije (nunca le di a entender que lo creía)—, lo único que quiero es sacar un provecho justo de mi inversión. Creo que cada cual debe obtener un beneficio y dar al otro una oportunidad. ¡Y que ruede la bola!», le dije, riendo con ganas. «¡Oh, señora Gant...!», me respondió él...

Y se enzarzó en una larga divagación, consignando con absorta satisfacción los interminables detalles de su transacción con el noble rey de la Quinina sin omitir las actividades que la acompañaron de pájaros, abejas, flores, sol, nubes, perros, vacas y personas. Estaba satisfecha. Era feliz.

Ahora, después de una brusca pausa reflexiva, dijo:

—Bueno, puede que lo haga. Quiero tener un lugar donde mis hijos puedan venir a verme y traer a sus amigos cuando vuelvan a casa.

—Sí —dijo él—, sí. Eso sería estupendo. No debes trabajar toda la vida.

Le complacía la fábula feliz de su madre; por un momento, casi creyó en un milagro de redención, aunque la historia era vieja para él.

—Espero que lo hagas —dijo—. Sería magnífico... Y ahora, ¿por qué no te vas a la cama, mamá? Se está haciendo tarde. —Se levantó—. Yo voy a irme ahora mismo.

Pero antes de acostarse bajó a la cocina en busca de cerillas. Ella estaba todavía allí, detrás de la larga y colmada mesa, junto a la tabla de planchar, franqueada por dos grandes montones de ropa. Al ver la mirada acusadora de

él, dijo apresuradamente:

—Ahora voy. Enseguida. Solo quería terminar con estas toallas.

Antes de marcharse, Eugene pasó al otro lado de la mesa para besar de nuevo a su madre. Esta hurgó en un cajón de la máquina de coser y sacó un trozo de lápiz. Sujetándolo con fuerza encima de un sobre viejo colocado sobre la tabla de planchar, empezó a trazar unas rayas. Su mente estaba todavía absorta en el proyecto.

—Mira —dijo—, esto es la avenida Sunset, que sube a la colina. Esto es Doak Place, que sale de aquí en ángulo recto. Esta finca de la esquina pertenece a Dick Webster; y aquí arriba, en lo más alto, está...

«Está —pensó él mientras observaba con apagado interés—, el lugar donde se encuentra el Tesoro Enterrado.» Diez pasos al nordeste de la Roca Grande, al pie de Viejo Rible. Se dejó llevar por la agradable fantasía mientras ella seguía hablando. ¿Y si hubiese un tesoro enterrado en una de las fincas de Eliza? Si seguía comprando, podía darse muy bien este caso. ¿O por qué no un pozo de petróleo? ¿O una mina de carbón? Estas famosas montañas estaban llenas (decían) de minerales. Ciento cincuenta barriles al día, en el patio de atrás. ¿Cuánto significarían? A tres dólares el barril, serían más de cincuenta dólares diarios para cada miembro de la familia. ¡El mundo es nuestro!

—Lo ves, ¿no? —sonrió triunfalmente—. Y aquí es donde construiré. Dentro de cinco años, el solar valdrá el doble de lo que vale ahora.

—Sí —dijo él, besándola—. Buenas noches, mamá. Y por el amor de Dios, vete a la cama y duerme un poco.

—Buenas noches, hijo —dijo Eliza.

Eugene salió y empezó a subir la oscura escalera. Benjamin Gant, que entraba en este momento, tropezó con un sillón en el vestíbulo. Maldijo furiosamente y golpeó el sillón con una mano. ¡Maldito sea! ¡Oh, maldito sea! La señora Pert murmuró un reproche detrás de él, acompañado de una risa suave. Eugene se detuvo; después subió sin ruido la alfombrada escalera, para que no lo oyesen, y entró en la galería cubierta del piso alto, donde dormía.

No encendió la luz, porque le disgustaba ver el barniz lleno de ampollas del tocador y la blanca y combada cama de hierro. Esta se hundía en el centro, y la luz era pálida... Odiaba la luz pálida y las grandes mariposas nocturnas que revoloteaban ciegamente con sus polvorientas alas. Se desnudó a la luz de la luna. La luz de la luna caía sobre la tierra como un rocío mágico e irreal. Barría toda aspereza, ocultaba todas las llagas. Daba a todas las cosas familiares y vulgares: la combada estructura del granero, el tosco cobertizo de la granja, la espléndida curva de los manzanos ácidos del abogado, un fulgor

uniforme de maravilla. Encendió un cigarrillo, observando su rojo destello en el espejo, y se apoyó en la barandilla de la galería para mirar al exterior. Ahora se dio cuenta de que Laura James lo estaba observando desde dos metros y medio de distancia. La luz de la luna caía sobre ellos, dando a su carne una verdadera palidez e imponiéndoles silencio. Sus caras estaban envueltas en una milagrosa oscuridad, en la que, viendo pero sin ser vistos, vivían y brillaban sus ojos. Los dos se contemplaron bajo aquella luz fantástica, sin hablar. En la habitación de abajo, la misma luz reptaba hacia la cama del padre, subía por la colcha y se derramaba sobre su cara rígidamente alzada. El aire de la noche, el aire de los montes, caía sobre la carne desnuda del muchacho como un chorro de agua clara. Encogió los dedos de los pies para agarrar hierbas húmedas.

Oyó en el rellano las suaves pisadas de la señora Pert, que se iba a la cama tocando a tientas las paredes. Chirriaron y se cerraron unas puertas. La casa se sumió sólidamente en el silencio, como una piedra bajo la luna. Ellos se miraban, esperando un hechizo y la conquista del tiempo. Entonces ella habló... murmurando su nombre en un susurro que solo era un atisbo de sonido. Él pasó una pierna sobre la barandilla e impulsó el largo cuerpo sobre el espacio que lo separaba del antepecho de la ventana de ella, estirándose como un gato. Ella contuvo vivamente el aliento y exclamó en voz baja:

—¡No! ¡No!

Pero lo agarró los brazos sobre el antepecho y lo sostuvo mientras él se deslizaba al interior.

Entonces se estrecharon fuertemente con sus frescos y jóvenes brazos, y se besaron muchas veces con sus labios jóvenes. Los sueltos cabellos de Laura envolvían a esta, con dulce e ingenua impudicia, en una gruesa capa sedosa del color del maíz. Sus piernas rectas y bien formadas estaban cubiertas por unos calzones verdes, cortos y holgados, recogidos sobre la rodilla por una cinta elástica.

Entrelazados ambos, besó él la suave piel de los hombros y los brazos, gobernada por religioso éxtasis la pasión que entumecía sus miembros. Quería tenerla abrazada, y luego marcharse para pensar solamente en ella.

Se inclinó, pasó un brazo por debajo de las rodillas de ella y la levantó, exultante. Ella lo miró asustada, pero lo estrechó con más fuerza.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró—. No me hagas daño.

—No te haré daño, querida —dijo él—. Voy a dejarte en tu cama. Sí. Voy a dejarte en tu cama. ¿Lo oyes?

Sintió unas ganas enormes de llorar de gozo.



La llevó y la dejó sobre la cama. Después se arrodilló a su lado, pasó el brazo por debajo de su cuerpo y la atrajo hacia sí.

—Buenas noches, mi amor. Despídeme con un beso. ¿Me amas?

—Sí. —Laura lo besó—. Buenas noches, querido. No salgas por la ventana. Podrías caerte.

Pero él salió por donde había entrado, deslizándose triunfalmente como un gato bajo la luz de la luna. Yació despierto durante largo rato, en silencioso delirio, con el corazón latiendo fuertemente contra sus costillas. El sueño invadió sus sentidos con un suave calor. Susurraron las hojas jóvenes de los arces; un gallo cantó a lo lejos su fantástica trova; aulló el fantasma de un perro. Eugene se quedó dormido.

Se despertó cuando el sol alto y cálido le dio en la cara a través del toldo de la galería. Le fastidiaba que lo despertase la luz del sol. Algún día dormiría en una habitación grande que estuviese siempre fresca y oscura. Habría árboles y enredaderas frente a sus ventanas, o bien la empinada falda del monte. Cuando se vestía, advirtió que la ropa estaba húmeda del relente de la noche. Al bajar encontró a Gant meciéndose tristemente en el porche, cerrada una mano sobre el puño de un bastón.

—Buenos días —dijo Eugene—. ¿Cómo te encuentras?

Su padre le dirigió una vaga e inquieta mirada y gimió:

—¡Dios misericordioso! Sufro el castigo de mis pecados.

—Te sentirás mejor dentro de un rato —dijo Eugene—. ¿Has comido algo?

—La comida se pegaba a mi garganta —dijo Gant, que había comido copiosamente—. No pude tragar un bocado. ¿Cómo está tu mano, hijo? —preguntó humildemente.

—¡Oh! Está muy bien —dijo rápidamente Eugene—. ¿Quién te habló de mi mano?

—Ella dijo que yo te había herido —dijo tristemente Gant.

—¡Bah! —dijo el chico, con irritación—. No. No fue nada.

Gant se inclinó a un lado y, sin mirar, torpemente, acarició la mano ilesa de su hijo.

—Siento lo que hice —dijo—. Estoy enfermo. ¿Necesitas dinero?

—No —respondió, confuso, Eugene—. Tengo todo lo que necesito.

—Ven hoy a mi despacho y te daré algo —dijo Gant—. ¡Pobre muchacho! Supongo que estás con el agua al cuello.

Pero Eugene, en vez de hacerlo, esperó a que Laura James volviese de su visita mañanera a la piscina municipal. Llegó con el traje de baño en una mano y varios paquetitos en la otra. Unos mozos negros trajeron más paquetes. Ella pagó y firmó.

—Debes tener mucho dinero, Laura —dijo él—. Haces esto todos los días, ¿no?

—Papá me riñe por ello —contestó Laura—, pero me gusta comprarme ropa. Gasto todo mi dinero en trapos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada... lo que tú quieras. Es un día magnífico para hacer algo, ¿no crees?

—Es un día magnífico para no hacer nada. ¿Te gustaría ir a alguna parte, Laura?

—Me encantaría ir a cualquier parte contigo —dijo Laura James.

—Buena idea, chica. Buena idea —dijo él, entusiasmado, con gutural y exuberante comicidad—. Iremos a cualquier parte solos, y nos llevaremos algo de comer —añadió, relamiéndose.

Laura fue a su habitación y se puso un par de gruesos zapatitos planos. Eugene se metió en la cocina.

—¿Tienes una caja de zapatos? —preguntó a Eliza.

—¿Para qué la quieres? —preguntó ella, con recelo.

—Voy a ir al banco —dijo irónicamente él—. Quería algo para llevar el dinero. —Pero inmediatamente añadió con brusquedad—: Voy a almorzar al campo.

—¿Eh? ¿Eh? ¿Qué estás diciendo? —dijo Eliza—. A almorzar al campo. ¿Con quién? ¿Con esa chica?

—No —dijo rudamente él—. Con el presidente Wilson, con el rey de Inglaterra y con el doctor Doak. Tomaremos limonada. He prometido llevar los limones.

—¡Ay, Señor! —dijo, malhumorada, Eliza—. No me gusta... que eches a correr de esta manera cuando te necesito. Quería que fueses a pagar el teléfono, pues lo cortarán si no les mando hoy el dinero.

—¡Oh, mamá! ¡Por el amor de Dios! —gritó, fastidiado, Eugene—. Siempre me necesitas cuando tengo que ir a alguna parte. ¡Que esperen! Puedes esperar un día.

—Ya ha vencido el plazo —dijo ella—. En fin, haz lo que quieras. Ojalá pudiese ir yo a almorzar al campo.

Sacó una caja de zapatos de entre un montón de revistas y periódicos que guardaba encima de un armario bajo.

—¿Tenéis comida?

—La compraremos —dijo él, y se marchó.

Echaron a andar cuesta abajo y se detuvieron en la pequeña y vieja tienda de comestibles de la esquina de la calle Woodson, donde compraron galletas, mantequilla de cacahuete, jalea de grosella, pepinillos en conserva y una tajada grande de sabroso queso amarillo. El abacero era un viejo judío que farfullaba entre su barba de rabino como si pronunciase un ensalmo contra los demonios. El muchacho lo miró de cerca para asegurarse de que sus manos no tocaban la comida. No las llevaba muy limpias.

En su camino hacia el monte, se detuvieron unos minutos en la casa de Gant. Encontraron a Helen y a Ben en el comedor. Ben estaba desayunando, inclinado como de costumbre sobre su taza de café, con el ceño fruncido y rehusando casi con asco los huevos con tocino. Helen se empeñó en añadir huevos duros y bocadillos a sus provisiones. Las dos mujeres se metieron en la cocina. Eugene se sentó a la mesa a tomar café con Ben.

—¡Aaaay, Dios mío! —dijo al fin Ben, bostezando cansadamente—. ¿Cómo está el viejo esta mañana?

—Muy bien, creo yo. Dijo que no había podido tragarse el desayuno.

—¿Dijo algo de los huéspedes?

—«¡Malditos bribones! ¡Sucios esbirros montañeses! ¡Huyyy...!» Y nada más.

Ben rio en silencio.

—¿Te hizo daño en la mano? Déjame ver.

—No. No verías nada. No me hizo daño —dijo Eugene, levantando la muñeca vendada.

—Te pegó, ¿no? —preguntó severamente Ben.

—¡Oh, no! Claro que no. Solo estaba borracho. Esta mañana lamentaba lo que había hecho.

—Sí —dijo Ben—, siempre se muestra arrepentido... después de haber armado un follón de todos los diablos.

Chupó con fuerza el cigarrillo, inhalando el humo como bajo la influencia

de una fuerte droga.

—¿Cómo te ha ido este año en la universidad, Gene? —preguntó ahora.

—Aprobé. Y obtuve buenas notas, si es eso lo que quieres saber. Esta primavera ha sido mejor —añadió, con cierta dificultad—. Los principios... son duros.

—¿Te refieres al otoño pasado?

Eugene asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó? —preguntó Ben, mirándolo con ceño—. ¿Te tomaron el pelo los otros chicos?

—Sí —dijo Eugene, en voz baja.

—¿Por qué? ¿Quieres decir que pensaban que no eras bastante bueno para ellos? ¿Te miraban de arriba abajo? ¿Fue eso? —dijo furiosamente Ben.

—No —respondió Eugene, muy colorado—. No. Nada de eso. Supongo que tengo un aspecto raro; que les parecía raro.

—¿Por qué dices que eres raro? —preguntó airadamente Ben—. No habría nada malo en ti si no anduvieses por ahí como un pordiosero. Por el amor de Dios —exclamó, con irritación—, ¿cuándo fuiste por última vez a la peluquería? ¿Quién te imaginas que eres? ¿El salvaje de Borneo?

—No me gustan los barberos —replicó furiosamente Eugene—. ¡Esa es la razón! No quiero que me metan en la boca sus sucios y pegajosos y malditos dedos. ¿Y a quién le importa que me haga cortar o no el cabello?

—Hoy en día, el hombre es juzgado por su aspecto —dijo sentenciosamente Ben—. El otro día leí en The Post un artículo de un gran hombre de negocios. Decía que, cuando alguien le pide un empleo, lo primero que mira son sus zapatos.

Hablaba seriamente, a sacudidas, de la misma manera que leía, sin verdadera convicción. Eugene se retorció por dentro al oír a su altivo cóndor repetir las rancias máximas de los astutos millonarios, como un loro obediente en la jaula de un charlatán. La voz de Ben era llana y opaca al pronunciar estas admirables opiniones; parecía andar a tientas, como buscando una respuesta en ellas, con ojos dolidos y confusos. Al pronunciar, tartamudeando pero con hosca seriedad, su discurso del éxito, había algo profundamente conmovedor en su esfuerzo: era el esfuerzo de su extraño y solitario espíritu para encontrar algún acceso a la vida, para encontrar fortuna, posición, compañía. Era como si, al pronunciar las palabras, un recién llegado al Bronx de las llanuras lombardas tratase de descubrir el nuevo mundo descifrando el World Almanac, o como si un leñador, atrapado por el invierno y atacado por una oscura y

terrible enfermedad, buscase los síntomas y el tratamiento en un libro de remedios caseros.

—¿Te envió el viejo dinero suficiente para tus gastos? —preguntó Ben—. ¿Pudiste mantenerte a la altura de los otros chicos? Ya sabes que él puede hacerlo. No dejes que se muestre tacaño contigo. Hazle soltar la pasta, Gene.

—Tuve de sobra —dijo Eugene—. No necesitaba más.

—Ahora es cuando lo necesitas, no más tarde —dijo Ben—. Haz que él pague toda tu carrera. Estamos en una era de especialización. Buscan hombres con estudios superiores.

—Sí —dijo Eugene.

Hablaba sumisamente, con indiferencia, sin que la jerga mellase el duro y brillante contenido de su mente; en su interior, el otro, que no podía hablar, veía.

—Por consiguiente, edúcate —dijo Ben, frunciendo ligeramente el ceño—. Todos los grandes hombres, Ford, Edison, Rockefeller, tuviesen o no educación, dijeron que era cosa buena.

—¿Por qué no lo hiciste tú? —preguntó Eugene, con curiosidad.

—Porque nadie me lo aconsejó —dijo Ben—. Además, ¿crees que el viejo me habría dado algo? —rio cínicamente—. Y ahora es demasiado tarde.

Guardó un momento de silencio; fumando.

—¿Verdad que no sabías que seguía un curso de publicidad? —preguntó, sonriendo.

—No. ¿Dónde?

—Por correspondencia —dijo Ben—. Recibo mis lecciones todas las semanas. No sé —añadió modestamente—, pero debo servir para esto. Consigo siempre las puntuaciones más altas: 98 o 100. Si termino el curso, me darán un diploma.

Una nube cegadora pasó por los ojos del hermano menor. No sabía por qué, pero sintió un nudo convulsivo en su garganta. Bajó rápidamente la cabeza y buscó sus cigarrillos. Al cabo de un momento, dijo:

—Me alegro de que hagas esto. Y espero que termines, Ben.

—Mira —dijo seriamente Ben—, de ahí han salido algunos hombres grandes. Algún día te mostraré las pruebas. Hombres que empezaron sin nada y tienen ahora grandes cargos.

—Espero que lo consigas —dijo Eugene.

—Ya ves que no eres el único con estudios superiores en nuestra casa —dijo Ben, haciendo un guiño. Un momento después, prosiguió gravemente—: Tú eres nuestra última esperanza, Gene. Sigue adelante y termina, aunque tengas que robar el dinero. Los demás no valdremos nunca un comino. Trata de ser alguien. ¡Mantén alta la cabeza! Eres tan bueno como cualquiera de ellos... y tienes mejor planta que todos esos chulillos de la ciudad. —Ahora hablaba con vehemencia; estaba muy excitado. Se levantó súbitamente de la mesa—. ¡No dejes que se burlen de ti! Te juro que vales tanto como ellos. Si alguno vuelve a reírse de ti, agarra lo primero que se ponga al alcance de tu mano y atízalo fuerte. ¿Lo oyes?

Llevado por su furiosa excitación, cogió el pesado cuchillo de trinchar carne de encima de la mesa y lo blandió en el aire.

—Sí —dijo torpemente Eugene—. Creo que ahora todo marchará bien. Al principio no sabía cómo hacerlo.

—Confío en que tendrás bastante sentido común para apartarte de esas viejas pelanduscas —dijo severamente Ben, y Eugene no respondió—. No podrías llevar esa vida y llegar a ser ¿alguien, ¿sabes? Y tú puedes aspirar a lo mejor. Esa parece una buena chica —dijo en voz baja, después de una pausa—. Y por el amor de Dios, cuida de tu aspecto y trata de ir siempre bien limpio. Las mujeres se fijan en eso, ¿sabes? Límpiame las uñas y hazte planchar la ropa. ¿Tienes dinero?

—Todo el que necesito —dijo Eugene, mirando nerviosamente hacia la cocina—. ¡No, por lo que más quieras!

—Métetelo en el bolsillo, tonto —dijo airadamente Ben, poniendo un billete en su mano—. Tienes que tener algún dinero. Guárdalo hasta que te haga falta.

Cuando se marcharon, Helen salió con ellos al alto porche principal. Como de costumbre, había doblado la medida de lo que necesitaban. Ahora llevaban otra caja de zapatos llena de bocadillos, huevos duros y golosinas.

Se quedó plantada en el borde de la escalinata, con un trapo atado alrededor de la cabeza y poniendo en jarras los delgados brazos llenos de antiguas cicatrices. Un cálido y soleado olor a capuchinas, a tierra margosa y azaleas, flotaba a su alrededor en cálidas y fecundas oleadas.

—¡Oooh! ¡Aaah! —dijo, guiñando cómicamente un ojo—. ¡Yo sé una cosa! No estoy tan ciega como os figuráis...

Movió la cabeza con significativo regocijo, y su cara grande y sonriente tuvo aquella curiosa irradiación de pureza que adoptaba ocasionalmente y que le sentaba tan bien. Eugene, siempre que la veía así, pensaba en un cielo claro

después de la lluvia, en grandes distancias cristalinas, frescas y limpias.

Con una risa ronca, le pinchó en las costillas.

—¡Qué grande es el amor! ¡Ja, ja, ja, ja! Mira qué cara pone, Laura.

Atrajo a la muchacha y la abrazó con fuerza, sin dejar de reír. Era una risa piadosa, y, mientras ellos subían la cuesta, Helen se quedó plantada allí, bajo la luz del sol, entreabiertos los labios, sonriendo, ligeramente radiante, bella, asombrada.

Ellos subieron despacio en dirección al borde oriental de la ciudad, por la empinada calle Academy que flanqueaba el barrio negro extendido a sus pies. Al final de la calle Academy, se erguía bruscamente el monte; una carretera sinuosa, bien pavimentada, subía por la falda hacia la derecha. Tomaron ese camino, subiendo ahora a lo largo del borde oriental del barrio negro. Este se hundía rápidamente debajo de ellos, en una serie de largas calles sin empedrar. Había unas cuantas casas de madera junto a la carretera: moradas de negros y de blancos pobres; pero se hacían más escasas a medida que subían. Ellos andaban con cachaza por la fresca carretera salpicada de danzantes manchitas de luz que se filtraban a través de la bóveda de árboles y sombreada a la izquierda por el denso y tupido follaje del monte. Sobre esta verde belleza se erguía la enorme y tosca torre de cemento del depósito de agua, con rayas y manchas frescas de humedad. Eugene sintió sed. Más adelante, el agua sobrante de un depósito más pequeño brotaba de una tubería en un chorro espumoso, grueso como el cuerpo de un hombre.

Entonces subieron por un empinado sendero rocoso, evitando la larga y última espiral de la carretera, y se plantaron en el paso donde esta alcanzaba su mayor altura. Estaba solamente a unos pocos cientos de metros sobre la villa, que yacía ante ellos con la chocante proximidad de una pintura sienesa, lejos y cerca al mismo tiempo. En la parte más alta, vio Eugene la sólida arquitectura de la plaza, destacando limpiamente en un juego de luces y sombras, y un juguete rodante que era un tranvía, y hombres no mayores que gorriones. Alrededor de la plaza estaba la selva sin árboles y de ladrillos de los negocios, barata, mellada y fea, y más allá de todo esto, como parches indefinidos, las casas donde vivía la gente, y aún más allá, las brillantes úlceras en carne viva de los suburbios y la gracia encubridora y curativa de los tupidos árboles. Y debajo de él, surgiendo de la hondonada y trepando por los flancos y los hombros del monte, estaba el barrio negro. La plaza parecía ser una especie de centro donde entraban perezosamente y esperaban los tranvías; sin embargo, nada parecía tener un objeto.

En cambio, los montes eran señoriales, tenían un plan. Al oeste, se expandían bajo el sol, surgiendo de sólidos contrafuertes. La ciudad se alzaba en la meseta como un campamento; no había nada, debajo de Eugene, capaz

de resistir el tiempo. No había una idea. Tuvo la impresión de que, a sus pies, se hallaba toda la vida metida en una taza: la vio como la habría visto un antiguo erudito que hubiese escrito en latín monacal un teatro de la vida humana; o como Pieter Brueghel, en uno de sus hormigueantes cuadros. Le pareció de pronto que no había subido allí desde la ciudad, sino que había salido de la espesura como una bestia y miraba ahora, con ojos fijos de animal, aquel amasijo de madera y de mortero que un día sería reconquistado, devorado y cubierto por la selva.

La séptima desde lo alto era Troya... pero Helena había vivido allí; y por esto la excavó el alemán.

Se apartaron de la barandilla con recobrado aliento y cruzaron el paso bajo el gran puente con arcos de Philip Roseberry. A la izquierda, en la cima, el rico judío tenía su castillo, sus establos, sus caballos, sus vacas y sus hijas. Al pasar bajo la sombra del puente, Eugene levantó la cabeza y gritó. Su voz rebotó en el arco como una piedra. Cruzaron por debajo del puente y se plantaron al otro lado del paso para mirar el pequeño valle desde el borde de la carretera. Pero todavía no pudieron verlo, salvo unos destellos verdes. La falda del monte era muy boscosa, y la carretera serpenteaba por ella en un largo y perpetuo zigzag. Pero podían ver al otro lado del valle los bellos y salvajes cerros, desmontados hasta la mitad de sus vertientes, donde se veían ahora amplios campos y prados vallados, y poblados más arriba por un mar ondulado de verdura.

El día era como de oro y de zafiros; brillaban rápidos fulgores y destellos, intangibles y variados, sobre todo la tierra, como la luz del sol sobre un mar embravecido. Soplaban un viento dulce y tibio, volviendo todas las hojas en la misma dirección y arrancando una música suave de las cuerdas de laúd de las flores y las hierbas y los frutos. El viento gemía entre las fuertes ramas, no con la voz salvaje y diabólica del invierno, sino como una mujer fecunda, de grandes senos, robusta, llena de amor y de sabiduría; como Deméter, cazando en el bosque sin ser vista. Un perro aulló débilmente en el valle, mitigado y cortado su aullido por el viento. Un cencerro retiñó con fuerza. En el espeso bosque debajo de ellos, ricas notas brotaban de las gargantas de los pájaros y rodaban monte abajo como chinasy. Un pájaro carpintero tamborileaba sobre el seco agujero descortezado de un castaño fulminado. El golfo azul del cielo estaba sembrado de nubes ligeras y abultadas. Estas navegaban como veloces galeones, empujadas sobre los montes por el viento y oscureciendo los árboles con sus flotantes sombras.

El muchacho se sintió cegado por el amor y el deseo: la copa de su corazón rebosaba con tanta maravilla. Asió los dedos fríos de la joven. Sus piernas se tocaban; estaban como clavados recíprocamente en su carne. Después salieron de la carretera, atajados por largos y empinados senderos frondosos. El bosque era una enorme iglesia verde; los gritos de los pájaros caían como ciruelas



maduras. Una mariposa grande, de alas azules aterciopeladas con dibujos de oro y escarlata, revoloteó pesadamente delante de ellos bajo la moteada luz del sol y fue a posarse, a tientas, sobre una rama florida de cornejo. Sonaban ligeros e intermitentes ruidos en la espesura a ambos lados de la senda, y pasaban los pájaros como sombras de balas. Una serpiente inofensiva, más verde que el húmedo musgo, larga como un cordón de zapato y no más gruesa que el dedo meñique de una mujer, cruzó el sendero, brillantes los ojillos de terror, con la pequeña lengua ahorquillada vibrando en su boca como una chispa eléctrica. Laura chilló, echándose atrás con súbito espanto; y al oír su grito, él agarró una piedra con el loco afán de matar a aquella diminuta criatura que los desafiaba con sus anillos; el miedo antiguo a la serpiente que les comunicaba su belleza, su horror, algo sobrenatural. Pero la serpiente se deslizó entre los matorrales, y él, con un sentimiento agudo de vergüenza, arrojó lejos la piedra.

—Son inofensivas —dijo.

Al fin llegaron sobre el valle, en una encrucijada de la carretera. Torcieron a la izquierda, hacia el norte, hacia el extremo más alto y más angosto del pequeño valle. Hacia el sur, este se ensanchaba en un rico y pequeño Edén de cultivos y de pastos. La tierra estaba salpicada de casitas, y había prados verdes y un brillo de agua. Jóvenes trigales verdes se mecían rítmicamente bajo el viento; el maíz tierno se elevaba hasta la altura de la cintura de un hombre, haciendo chascar sus ligeras hojas. Las chimeneas de la casa Reinhart se alzaban sobre el bosquecillo de arces que la ocultaban; las gordas vacas lecheras pastaban despacio en los anchos prados. Y más abajo, medio encubiertos por los árboles y los arbustos, estaban los ricos acres de tierra del juez Webster Tayloe. Una gruesa capa de polvo blanco cubría la carretera; esta descendía y cruzaba un pequeño torrente. Pasaron sobre unas piedras blancas desparramadas en su lecho. Varios patos, ligeramente alarmados por su paso, nadaron y salieron del agua clara y los miraron gravemente, como pequeños coristas de blanco roquete. Un joven campesino en una carreta llena de jarras de leche vacías se cruzó con ellos. Los sonrió con su rostro colorado y cordial, saludándolos con lento ademán y dejando tras él un olor a leche y a sudor y a mantequilla. En un campo encima de ellos, una mujer los miró con curiosidad protegiéndose los ojos con la mano. En otro campo, un hombre segaba con una guadaña, moviéndose entre la hierba como un dios entre sus enemigos, armado de una hoz de luz.

Dejaron la carretera cerca del extremo del valle, avanzando sobre los campos elevados hacia la copa boscosa de los montes. Había allí el fuerte olor masculino de las grandes hojas de ruibarbo, un olor cálido y fecundo. Cruzaron un campo sin senderos, donde los tallos secos de las hierbas les llegaban a las rodillas y dejaban prendidas en la ropa sus pardas cabezas

terminales. Todo el campo estaba sembrado de fragantes margaritas. Entonces penetraron de nuevo en el bosque, subiendo hasta llegar a una isla de hierba tierna, junto a un arroyuelo que bajaba del verde monte en brillantes cascadas sobre un lecho rocoso y flanqueado de helechos.

—Detengámonos aquí —dijo Eugene.

La hierba estaba salpicada de dientes de león, cuyo penetrante e indefinible olor tachonaba la tierra de magia amarilla. Eran como gnomos y elfos, un pequeño sortilegio de flores y bellotas.

Laura y Eugene se tumbaron boca arriba, contemplando a través de la alta y verde y trémula fronda el cielo caribe, con toda su flota de barcos nubosos. El agua del riachuelo hacía un ruido parecido al silencio. La ciudad yacía detrás del monte en otro mundo, inconcebible. Y ellos olvidaron sus dolores y sus conflictos.

—¿Qué hora es? —preguntó Eugene.

Pues habían llegado a un lugar donde el tiempo no existía. Laura levantó la exquisita muñeca y miró su reloj.

—¡Cómo! —exclamó, sorprendida—. ¡Solo son las doce y media!

Pero él apenas la oyó.

—¡Qué importa la hora! —dijo roncamente.

Asió la mano adorable, ceñida por la cinta de seda del reloj, y la besó. Los largos y frescos dedos de ella apretaron los de él, y atrajo la cara de Eugene hacia su boca.

Yacieron allí, enlazados sobre la mágica alfombra, en aquel paraíso. Los ojos grises de Laura eran más profundos y más claros que una laguna de agua clara; él besó las pecas diminutas de su extraña piel; observó con reverencia la respingona nariz; miró la danza del agua centelleante reflejada en su cara. Todo aquel mundo mágico —flor y campo y cielo y monte, y dulces gritos del bosque, sonido y vista y olor— se introducían en él y era como una voz en su corazón, una lengua en su cerebro, armoniosa, radiante, total... un único y apasionado ruido lírico.

—¡Mi amor! ¡Querida! ¿Recuerdas la noche pasada? —preguntó cariñosamente, como evocando un acontecimiento de la infancia de ella.

—Sí. —Ella le ciñó el cuello con los brazos—. ¿Cómo crees que podría olvidarla?

—¿Recuerdas lo que dije, lo que te pedí que hicieras? —insistió él con vehemencia.

—¡Oh! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? —gimió ella, volviendo la cabeza y tapándose los ojos con un brazo.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? ¡Di, querida!

—Eugene, querido, no eres más que un chiquillo. Yo soy... una mujer mayor.

—Solo tienes veintiún años —dijo él—. Cinco años de diferencia. Eso no es nada.

—¡Oh! —dijo ella—. No sabes lo que dices. ¡Es una diferencia enorme!

—Cuando yo tenga veinte, tú tendrás veinticinco. Cuando yo tenga veintiséis, tú tendrás treinta y uno. Cuando yo tenga cuarenta y ocho, tú tendrás cincuenta y tres. ¿Qué es eso? —dijo desdeñosamente—. Nada.

—Todo —dijo ella—. Todo. Si yo tuviese dieciséis y tú veintiuno, no sería nada. Pero tú eres un muchacho y yo soy una mujer. Cuando seas aún un hombre joven, yo seré una vieja solterona; cuando seas viejo, yo me estaré muriendo. ¿Sabes tú dónde estarás y lo que harás dentro de cinco años? —siguió diciendo, después de una breve pausa—. No eres más que un muchacho... acabas de empezar tus estudios. Todavía no tienes ningún plan. No sabes lo que vas a hacer.

—¡Sí que lo sé! —gritó furiosamente él—. Voy a ser abogado. Para eso me han enviado allí. Seré abogado y me meteré en política. Tal vez —añadió con triste satisfacción—, algún día te arrepentirás, cuando me haga famoso.

Previó con amargo regocijo su solitaria celebridad. La mansión del gobernador. Cuarenta habitaciones. Solo. Solo.

—Serás abogado —dijo Laura—, y recorrerás el mundo, y yo tendré que esperarte y no casarme nunca. ¡Pobre chiquillo! —Rio suavemente—. No sabes lo que vas a hacer.

Él se volvió a mirarla con semblante afligido; el sol brillaba menos.

—¿No te importa? —dijo, con voz ahogada—. ¿No te importa?

Agachó la cabeza para ocultar sus ojos húmedos.

—¡Oh, querido! —dijo ella—. Claro que me importa. Pero la gente no puede vivir así. Es como un cuento. ¿No sabes que soy una mujer mayor? A mi edad, querido, la mayoría de las chicas han empezado ya a pensar en casarse. ¿Qué dirías... si yo hubiese empezado a pensarlo también?

—¡Casarte!

La palabra brotó de sus labios en un fuerte jadeo de horror, como si ella hubiese mencionado algo abominable, presumido algo indecible. Y entonces,

por haber oído la monstruosa sugerencia, la aceptó inmediatamente como un hecho. Él era así.

—¡Ya! ¡Conque es eso! —dijo furiosamente—. Vas a casarte, ¿eh? Tienes amigos, ¿no? Sales con ellos, ¿no? Lo sabías, y has tratado de engañarme.

Desnudo, con el pecho descubierto al horror, se flagelaba, sabiendo en aquel instante que la crueldad de pesadilla de la vida no está en lo remoto y fantástico, sino en lo probable: el horror del amor, de la pérdida, del matrimonio, de la traición de noventa segundos en la oscuridad.

—Tienes amigos... y dejas que te toquen. Te tocan las piernas, juegan con tus senos y...

Su voz se hizo inaudible, ahogada.

—No. No, querido. Yo no he dicho eso. —Se sentó rápidamente, asiéndole las manos—. Pero no hay nada anormal en el hecho de casarse, tú lo sabes. La mayoría de la gente lo hace. ¡Oh, querido! ¡No pongas esa cara! No ha pasado nada. ¡Nada! ¡Nada!

Él la abrazó furiosamente, incapaz de hablar. Después hundió la cara en su cuello.

—¡Laura! ¡Querida! ¡Mi amor! ¡No me dejes solo! ¡He estado solo! ¡Siempre he estado solo!

—Es lo que quieres, amor. Es lo que siempre has querido. No podrías estar de otra manera. Te cansarías de mí. Olvidarías que esto ha ocurrido. Te olvidarías de mí. Olvidarás... olvidarás.

—¡Olvidar! ¡Yo nunca olvidaré! ¡No mientras viva!

—Y yo no amaré nunca a nadie más. ¡Nunca te dejaré! ¡Te esperaré siempre! ¡Oh, mi niño, mi niño!

Se estrecharon con fuerza en aquel momento brillante y portentoso, en la isla mágica donde el mundo estaba en calma, creyendo todo lo que decían. ¿Y quién dirá —sea cual fuere el desencanto subsiguiente— que podemos olvidar alguna vez la magia, o que podemos despreciar alguna vez, en esta tierra de plomo, el manzano, la canción, el oro? Muy lejos del valle parado en el tiempo, un tren con rumbo al este lanzó su grito gemebundo e irreal: la vida, como un penacho de humo pintado, como un jirón de nube, se alejaba a la deriva. Su mundo volvía a ser una voz canora: eran jóvenes y no podían morir. Esto perduraría.

Él besó los espléndidos ojos; exploró su joven cuerpo de Ménade; su corazón se paralizó bajo la presión de los menudos senos. Ella era tan flexible y dócil a la mano que la sostenía como una varita de mimbre; tenía la ligereza

de un pájaro y era tan fugaz en reposo como las motitas de agua en su semblante. Él la abrazaba con fuerza para que no volviese a integrarse en un árbol o se desvaneciese en el bosque como el humo.

¡Oh, mi joven amor, sube a los montes! ¡Vuelve! Fantasma perdido y azotado por el viento, vuelve otra vez, tal como te conocí por vez primera en el valle sin tiempo, donde podamos tocarnos de nuevo, sumidos en la magia de junio. Había un lugar donde todo el sol brillaba en tus cabellos, y desde el momento habríamos podido tocar una estrella con un dedo. ¿Dónde está el día que se fundió en un rico sonido? ¿Dónde está la música de tu carne, la rima de tus dientes, la esbelta languidez de tus piernas, tus firmes bracitos, tus finos dedos, para morderlos como una manzana, y las menudas cerezas de tus blancos senos? ¿Y dónde están todas las hebras de tus finamente hilados cabellos de doncella? Ávida es la boca de la tierra, y rápidos los dientes que se alimentan de esta delicia. Tú, que fuiste hecha para la música, no volverás a oír música jamás: en tu casa oscura, guarda silencio el viento. Fantasma, fantasma, vuelve de aquella boda que no previmos, no vuelvas a la vida, sino a la magia donde nunca hemos muerto, al bosque encantado donde aún yacemos, tumbados en la hierba. Sube a los montes, ¡oh, mi joven amor! ¡Vuelve! ¡Oh, fantasma perdido y azotado por el viento, ven otra vez!

## TREINTA Y UNO

Un día, cuando el mes de junio tocaba a su fin, Laura James le dijo:

—Tendré que ir a casa la próxima semana. —Y al ver su dolido semblante, añadió—: Pero solo por unos pocos días; no más de una semana.

—Pero ¿por qué? Acaba de empezar el verano. Te asarás allá abajo.

—Sí. Sé que es una tontería. Pero los míos me esperan para el Cuatro de Julio. Somos una familia numerosísima, ¿sabes? Cientos de tías y primos y parientes políticos. Celebramos una reunión familiar todos los años: una gran barbacoa y almuerzo campestre. Yo lo odio. Pero, si no fuese, no me lo perdonarían.

Él la miró un momento, asustado.

—¡Laura! Volverás, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—Claro que sí —respondió ella—. Tranquilízate.

Él temblaba violentamente; temía hacerle más preguntas.

—Tranquilo —murmuró ella—. ¡Tranquilo! —repitió, rodeándolo con sus

brazos.

Él la acompañó a la estación, mediada la cálida tarde. Las calles olían a alquitrán fundido. Ella le asía la mano en el ruidoso tranvía, apretándole los dedos para consolarlo y murmurando de vez en cuando:

—¡Dentro de una semana! Solo es una semana, querido.

—No veo la necesidad —farfulló él—. Son más de seiscientos kilómetros. Solo por unos días.

Eugene pasó por delante del viejo y cojo portero del andén de la estación, llevando el equipaje de ella. Después se sentó a su lado en el verde y caldeado compartimiento del vagón hasta que arrancase el tren. Un pequeño ventilador eléctrico zumbaba inútilmente sobre el pasillo. Una primorosa damita a la que conocía se acomodó entre sus relucientes maletas nuevas de cuero. Correspondió elegantemente a su saludo, con una sombra de refinada altivez, y después miró por la ventanilla, sonriendo vivamente a sus padres, que la observaban embobados desde el andén. Varios prósperos comerciantes discurrieron por el pasillo haciendo chirriar sus caros zapatos bajo el zumbido del ventilador.

—No va usted a dejarnos, ¿verdad, señor Morris?

—Hola, Jim. No, solo voy unos días a Richmond.

Pero ni siquiera el gris ambiente de sus vidas podía amortiguar la excitación de la cálida carreta que se dirigía al este.

—¡Señores viajeros, al tren!

Eugene se levantó temblando.

—Hasta dentro de poco.

Ella lo miró y estrechó su mano entre las enguantadas y pequeñas palmas de las suyas.

—¿Me escribirás en cuanto llegues? ¡Por favor!

—Sí. Mañana... Enseguida.

Él se inclinó de pronto y murmuró:

—Laura... volverás. ¡Volverás!

Ella volvió la cara y lloró amargamente. Él volvió a sentarse a su lado, y ella le estrechó con fuerza, como si fuese un chiquillo.

—¡Querido! ¡Querido! ¡No me olvides nunca!

—Nunca. Vuelve. Vuelve.

Sintió en su boca, en su cara, en sus ojos, la huella salada de su beso. Sabía que era el cabo de vela goteante del tiempo. El tren se había puesto en movimiento. Corrió a ciegas por el pasillo, con un grito en la garganta.

—¡Vuelve!

Pero lo sabía. El llanto de ella lo siguió como si él hubiese arrancado algo de sus manos.

Al cabo de tres días recibió la carta. En cuatro hojas de papel, orladas de victoriosas banderitas americanas, rezaba así:

Querido:

Llegué a la una y media, tan cansada que no podía moverme. En el tren, no pude dormir en toda la noche; el calor aumentaba sin parar. Cuando llegué estaba tan triste que apenas podía contener las lágrimas. La pequeña Richmond es demasiado horrible para describirla con palabras: el calor es insoportable, y todo el mundo se ha marchado a la montaña o al mar. ¿Podré soportarlo, aunque solo sea una semana? (¡Bien!, pensó él. Si el tiempo continúa así, ella volverá más pronto.) Respirar el aire de la montaña sería la gloria para mí. ¿Encontrarías de nuevo el camino de nuestro sitio en el valle? (Sí, aunque estuviese ciego, pensó él.) ¿Me prometes que cuidarás tu mano hasta que cicatrice la herida? He estado muy preocupada desde que nos despedimos, porque ayer me olvidé de cambiarte el vendaje. Papá se alegró mucho al verme: dijo que no me dejaría marchar otra vez, pero no te inquietes, pues en definitiva haré mi voluntad. Como siempre. Aquí ya no conozco a nadie: todos los chicos se han ido a trabajar a los astilleros de Norfolk. Y la mayoría de las chicas están en vísperas de casarse o se han casado ya. Solo quedan los niños. (Se estremeció. Los niños de mi edad, o tal vez mayores.) Saluda de mi parte a la señora Barton, y dile a tu madre que no trabaje tanto en su caliente cocina. Todas las señales del pie de esta página son para ti. Adivina lo que son.

LAURA

Él leyó la prosaica carta con rígido semblante, devorando las palabras con más hambre que si hubiesen sido líricas canciones. ¡Ella volvería! ¡Volvería! Pronto.

Pero había otra hoja. Mitigada su excitación y sintiéndose más tranquilo, la leyó. Era una posdata, escrita en letra casi ilegible, pero por fin con la manera de hablar de Laura, que parecía saltar de la deliberada vulgaridad de la carta:

4 de julio

Ayer llegó Richard. Tiene veinticinco años y trabaja en Norfolk. Nos prometimos hace casi un año. Mañana iremos a Norfolk y nos casaremos.

¡Querido! ¡Querido! ¡No pude decírtelo! Traté de hacerlo, pero no pude. No quería mentirte. Todo lo demás era verdad. Te dije lo que sentía. Si no hubieses sido tan joven... Pero ¿de qué sirve decir ahora esto? Procura perdonarme, pero por favor no me olvides. Adiós y que Dios te bendiga. ¡Oh, querido, contigo me sentí en la gloria! Nunca te olvidaré.

Cuando hubo terminado la carta, volvió a leerla, despacio y con atención. Después la dobló, la metió en el bolsillo interior de su chaqueta y, saliendo de Dixieland, caminó durante cuarenta minutos hasta llegar a aquel paso que dominaba la villa. Era la hora del ocaso. El ancho borde del sol, rojo como la sangre, descansaba sobre la tierra de poniente en un vasto campo de polen oscuro. Se hundió detrás de la cordillera occidental. El aire claro y dulce se bañaba en oro y perlas. Los grandes montes se fundían en soledades purpúreas: eran como Canaán y sus ricas uvas. Los tractores de la gente del valle trajinaban alrededor de la herradura de la carretera. Llegó el crepúsculo. Se encendieron luces brillantes y trémulas en la ciudad. La oscuridad cayó sobre las cabezas de los hombres que volvían a casa. Y las duras confusiones del día. Graves sonidos gemebundos llegaron débilmente desde el barrio negro.

Y encima de él centellearon en el cielo las orgullosas estrellas: había una tan clara y baja que habría podido cogerla con la mano si hubiese trepado al monte de detrás de la gran mansión del judío. Una que, como una lámpara, pendía a baja altura sobre las cabezas de los hombres que volvían a casa. (¡Oh, Venus, portadora de todas las cosas buenas!) Una que vertía sobre él la misma luz que había derramado la noche en que Ruth yació a los pies de Boz; y sobre la reina Isolda; y sobre Corinto y Troya. Era de noche, noche vasta y profunda, madre de soledad, que lavas nuestras manchas. Y se sintió lavado en el gran río de la noche, en las ondas redentoras del Ganges. La cruel herida quedó curada momentáneamente; levantó la cabeza para mirar las soberbias y tiernas estrellas, que hacían de él un dios y un grano de polvo, hermano de la belleza e hijo de la muerte... solo, solo.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rio roncamente Helen, pinchándole en las costillas—. Tu chica se fue y se casó, ¿verdad? Se burló de ti. Te dejó plantado.

—¡Q-q-qué! —dijo, chancera, Eliza—. ¿Ha estado mi niño, según suelen decir... —sonrió tapándose la boca con la mano—, cortejando a una moza? —Y frunció los labios con juguetón reproche.

—¡Oh, por el amor de Dios! —masculló él, enfurruñado—. ¡Como suelen decir...!

Su ceño fruncido se convirtió en mueca de irritación al captar la mirada de su hermana. Los ojos de esta reían.



—Bueno, Gene —dijo ahora seriamente ella—, olvídalos. No eres más que un niño. Y ella es una mujer mayor.

—Sí, hijito —dijo Eliza, con un deje de malicia—, esa chica te estuvo tomando el pelo todo el tiempo. Te hizo andar por donde quiso.

—¡Oh, basta, por favor!

—¡Anímate! —dijo cariñosamente Helen—. Ya llegará tu hora. Te olvidarás de ella en menos de una semana. Hay muchas más chicas, ¿sabes? Esto ha sido un capricho infantil. Demuéstrale que sabes tomarte bien las cosas. Deberías escribirle una carta de felicitación.

—Pues sí —dijo Eliza—. Como si todo hubiese sido una broma. Deberías hacerle ver que no te ha afectado en absoluto. Yo le escribiría una carta estupenda, riéndome de todo. ¡Ya le mostraría yo...! ¡Vaya que sí!

—¡Oh, por el amor de Dios! —gruñó él, poniéndose en pie—. ¿Queréis dejarme en paz?

Y salió de casa.

Pero escribió la carta. Y en el momento en que cayó la tapa del buzón de correos, se retorció avergonzado. Porque era una carta orgullosa y jactanciosa, salpicada de griego, de latín y de poesía inglesa, de citas introducidas inadecuadamente en el texto, irreflexivamente, con el único y lamentable y evidente deseo de mostrarle el valor de su ingenio, la profundidad de sus conocimientos. ¡Para que se arrepintiese al ver lo que había perdido! Aunque momentáneamente, al llegar al final, su palpitante corazón no pudo contenerse:

... y espero que él sea digno de ti, que te merezca, Laura; aunque eso es imposible. Pero si sabe lo que tiene, eso será ya algo. ¡Qué suerte la suya! En cuanto a mí, tienes razón... soy demasiado joven. Me cortaría una mano por tener ocho o diez años más. Que Dios te bendiga y te guarde, querida, querida Laura.

Algo quiere estallar dentro de mí. Trata de hacerlo, pero no lo consigue. ¡Oh, Dios! ¡Ojalá estallase! Nunca te olvidaré. Estoy perdido, y jamás volveré a hallar el camino. Por el amor de Dios, escíbeme una línea cuando recibas esta. Dime cuál es ahora tu apellido... pues nunca me lo dijiste. Dime dónde vas a vivir. No me dejes del todo, te lo suplico; no me dejes solo.

Envió la carta a la dirección que ella le había dado, a la casa de su padre. Transcurrieron las semanas; día tras día aumentaba su terrible tensión al esperar el correo, por la mañana y por la tarde, y se sumía en un pantano cenagoso al no recibir una palabra. Terminó julio. Decayó el verano. Y ella no escribió.

En la penumbra del porche los huéspedes se mecían, ¡oh!, se mecían y reían, mientras esperaban el yantar.

Los huéspedes decían:

—Eugene ha perdido a su chica. No sabe qué hacer, ha perdido a su chica.

—¡Vaya, vaya! ¿Perdió el muchacho a su chica?

Una niña gorda, hija de una de las dos gordas hermanas cuyos maridos trabajaban como empleados de hotel en Charleston, se acercaba y se alejaba de él, en una lenta danza de mayo, con las gordas pantorrillas lanzando pardos destellos sobre los calcetines.

—¡Perdió a su chica! ¡Perdió a su chica! Eugene, Eugene perdió a su chica.

La gorda criatura volvía saltando junto a su madre, en busca de aprobación, y se miraban los dos con una sonrisa complacida bailando flojamente en sus gruesos labios.

—No dejes que se burlen de ti, muchachote. ¿Qué sucede? ¿Alguien te quitó la novia? —preguntó el señor Hack, vendedor de harina.

Era un apuesto joven de veintiséis años, fumador de grandes cigarros; tenía afilado el rostro, alto y redondo el cráneo, calvo en su cima y orlado de escasos y finos cabellos rubios. Su madre, corpulenta divorciada de cerca de cincuenta años, con la cara de duras facciones de una india, tupida mata de pelo teñida de amarillo y ruda sonrisa, llena de oro y de cordialidad, se mecía enérgicamente y rio con tosca simpatía.

—Búscate otra, Gene. ¡Qué caramba! Yo no me preocuparía ni un minuto por una cosa así.

Él siempre esperaba que escupiese enfáticamente, con satisfacción, después de hablar.

—No debes preocuparte, chico, ¡no debes preocuparte! —dijo el señor Farrel, de Miami, profesor de baile—. Las mujeres son como los tranvías: si se te escapa uno, llegará otro dentro de quince minutos. ¿No es verdad, señora mía? —dijo descaradamente, volviéndose a la señorita Clark, de Valdosta, Georgia, a quien iban dirigidas sus palabras.

Ella respondió con una risa juguetona, confusa y gutural.

—¡Oh, qué terribles son estos hombres...!

Apoyado en la barandilla del porche, a la creciente penumbra del crepúsculo, el señor Jack Clapp, acomodado viudo de Old Hominy, seguía haciéndole la corte a la señorita Florri Mangle, enfermera titulada. La cara fofa de esta era como una mancha blanca en la oscuridad; dijo en tono cansado y

gemebundo:

—Desde que la vi pensé que era demasiado vieja para él. Gene no es más que un chiquillo. Ha sido un golpe muy fuerte para él; basta con mirarlo para ver lo desgraciado que se siente. Si sigue así, enfermará. Está en los huesos. Apenas prueba bocado. Y cuando una persona se debilita de este modo está propensa a pillar cualquier enfermedad...

Y prosiguió su melancólica lamentación mientras el muslo de Jake seguía tercamente pegado al suyo. Florry mantenía los brazos cuidadosamente cruzados sobre los caídos senos.

En la gris oscuridad, el muchacho volvió a ellos su cara demacrada. El sucio traje pendía flojamente de su cuerpo de espantapájaros; sus ojos brillaban como los de un gato en la penumbra, y los cabellos caían sobre su frente como hebras de una estera.

—Lo superará —dijo Jake Clapp, con su lenta y precisa habla campesina, matizada de un tonillo silencioso—. Todos los chicos deben pasar la fase del primer amor. Cuando yo tenía la edad de Gene...

Apretó suavemente el duro muslo contra el de Florry, sonriendo amplia y plácidamente y mostrando unos cuantos dientes de oro.

Era un varón alto y robusto, de duro y rotundo semblante, impúdicamente decoroso, y ojos sesgados de mogol. Su cabeza era calva y llena de bultos.

—Debería andarse con cuidado —gimió tristemente Florry—. Sé perfectamente lo que digo. No es un chico fuerte... y le perjudica andar rondando por ahí a todas horas. Está al borde de...

Eugene, en pie, se balanceaba sobre los talones mirando a los huéspedes con odio inconfundible. De pronto, gruñó como una bestia salvaje y echó a andar por el porche, incapaz de hablar, tambaleándose, pero gruñendo una y otra vez para dar suelta a la furia loca que lo ahogaba.

Mientras tanto, «la señorita Brown» seguía melindrosamente sentada al final del porche, un poco apartada de los otros. Saliendo del oscuro salón contiguo, apareció la alta y elegante figura de la señorita Irene Mallard, veintiocho años, de Tampa, Florida. Agarró a Eugene en el peldaño superior y le hizo dar una rápida media vuelta, sujetándole ligeramente los brazos con sus largos y fríos dedos.

—¿Adónde vas Gene? —dijo a media voz.

Sus ojos de un pálido violeta estaban un poco cansados. Flotaba a su alrededor un rico perfume de agua de rosas.

—¡Déjeme en paz! —farfulló él.

—No puedes seguir así —dijo ella en voz baja—. No vale la pena. Ninguna mujer vale la pena. Serénate.

—¡Déjeme en paz! —dijo furiosamente él—. ¡Sé perfectamente lo que hago!

Se desprendió violentamente, saltó al jardín y dio vuelta a la casa, en una carrera vacilante.

—¡Ben! —dijo vivamente Irene Mallard.

—Está loco —murmuró Ben—. ¿En qué dirección ha ido?

—Por allí, por detrás de la casa. ¡Date prisa!

Ben descendió rápidamente los bajos peldaños y saltó sobre el césped. El jardín tenía una pronunciada pendiente; la endeble parte posterior de Dixieland descansaba sobre una docena de estropeadas columnas de ladrillo encalado y de poco más de cuatro metros de altura. A la pálida luz, junto a uno de estos débiles puntales de ladrillos corroídos ya por la humedad, el espantapájaros se hallaba agazapado, luchando con sus brazos delgados como sarmientos contra las columnas del templo.

—Voy a matarte, casa —jadeó—. Te arruinaré, vil y maldita casa. Te derrumbarás sobre esas rameras y esos huéspedes. Voy a demolerte, casa.

Otra sacudida de sus hombros hizo caer una rociada de polvo y de pequeños cascotes.

—Haré que caigas sobre todos los que están dentro de ti, casa —dijo.

—¡Estúpido! —gritó Ben, saltando encima de él—. ¿Qué te propones hacer? —Agarró los brazos del chico desde atrás, haciéndole retroceder—. ¿Te imaginas que volverá si derrumbas la casa? ¿Es que no hay otras mujeres en el mundo, para que dejes que esa te sorba los sesos?

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —dijo Eugene—. ¿Qué te importa eso a ti?

—No pienses que me importa, tonto —dijo furiosamente Ben—. Solo te perjudicas a ti mismo. ¿Piensas que dañarías a los huéspedes derribando la casa sobre tu cabeza? ¿Te imaginas, idiota, qué le importa a alguien que te mates? —sacudió al muchacho—. No. No. Me tiene sin cuidado lo que hagas, ¿sabes? Solo quiero evitar a la familia el trabajo y el gasto de tu entierro.

Lanzando un fuerte grito de furor y de frustración, Eugene trató de soltarse. Pero el hermano mayor aguantó con la desesperación del viejo de los mares. Después, con un gran esfuerzo de las manos y los hombros, el muchacho levantó del sueño a su aprehensor y lo empujó contra la blanca pared de ladrillos de la bodega. Ben se derrumbó, soltándolo, y tosió secamente, apretándose el flaco pecho con la mano.

—No seas tonto —jadeó.

—¿Te he hecho daño? —dijo torpemente Eugene.

—No. Métete en casa y lávate. Deberías peinarte un par de veces a la semana, ¿sabes? No puedes ir por ahí como un salvaje. Y come algo. ¿Tienes dinero?

—Sí... tengo suficiente.

—¿Estás bien?

—Sí... No hables de esto, por favor.

—Claro que no, tonto. Solo quiero que tengas un poco de sentido común —dijo Ben. Se estiró, sacudiéndose el polvo de la chaqueta. Al cabo de un momento, prosiguió tranquilamente—: Al diablo con ellos, Gene. Al diablo con todos. No dejes que te fastidien, Saca todo lo que puedas. Que nada te preocupe, ya que nadie se preocupa por ti. ¡Al infierno con todo! ¡Mándalo al diablo! Hay muchos días malos. Pero también hay días buenos. Olvidarás. El tiempo es largo. Déjalo correr.

—Sí —dijo cansadamente Eugene—. Déjalo correr. Ahora estoy bien. Demasiado cansado. Cuando estás cansado, no te importa nada, ¿verdad? Estoy demasiado cansado para preocuparme. Nunca volveré a hacerlo. Estoy demasiado cansado. En Francia, los hombres se cansan y nada les importa. Si ahora llegase alguien y me apuntase con una pistola, no me espantaría. Estoy demasiado cansado. —Se echó a reír, flojamente, con una sensación de delicioso alivio—. No me importa nada ni nadie. Siempre he tenido miedo de todo, pero cuando me cansaba, nada me importaba ya. Así voy a superarlo todo. Cansándome.

Ben encendió un cigarrillo.

—Eso está mejor —dijo—. Vayamos a comer algo. —Sonrió débilmente—. Ven conmigo, Sansón.

Caminaron despacio dando la vuelta a la casa.

Se lavó y comió con buen apetito. Los huéspedes terminaron de comer y se desperdigaron en la noche; algunos para ir al concierto de la banda en la plaza; otros para ir al cine, y otros a dar un paseo por la ciudad. Eugene, bien alimentado, salió al porche. Estaba oscuro y casi vacío; la señora Selborne ocupaba el columpio en compañía de un próspero negociante en madera de Tennessee. Su risa grave y llena gorgoteaba suavemente en la tinaja de la noche. «La señorita Brown» se mecía en silencio y modestamente, a solas. Era una mujer de complexión robusta y discretamente vestida, de treinta y nueve años, con un toque de ese remilgo ligeramente cómico —esa deliberada gentileza— que marca la conducta de la prostituta incógnita. Se mostraba muy

refinada. Era una perfecta dama y estaba dispuesta a demostrarlo si la provocaban.

«La señorita Brown» vivía, a su decir, en Indianápolis. No era fea; su cara tenía simplemente el implacable prosaísmo de sus congéneres del medio oeste. A pesar de la sensualidad de su boca grande y fina, su aire era remilgado. Tenía una hermosa mata de cabellos castaños, ni muy oscuros ni muy claros; ojos castaños más bien pequeños, y piel bermeja y suave.

—¡Bah! —decía Eliza—. Esa se llama «señorita Brown»... tanto como yo.

Había llovido. La noche era fresca y negra; el macizo de flores frente a la casa estaba mojado y olía a geranios y a pensamientos húmedos. Eugene encendió un cigarrillo y se sentó en la barandilla. «La señorita Brown» siguió meciéndose.

—Hace fresco —dijo—. Este chaparrón ha sido muy beneficioso, ¿verdad?

—Sí; hacía mucho calor —dijo él—. Aborrezco el tiempo cálido.

—Yo tampoco lo soporto —dijo ella—. Por eso salgo todos los veranos. En mi tierra es terrible. Aquí no sabéis lo que es el calor.

—Es usted de Milwaukee, ¿no?

—De Indianápolis.

—Sabía que era por allí. ¿Es muy grande? —preguntó él, con curiosidad.

—Sí. Altamont cabría en un rincón, y ni siquiera lo notarías.

—¿Cuántos habitantes tiene? —preguntó ansiosamente él.

—No lo sé con exactitud. Más de trescientos mil, contando los suburbios.

Eugene reflexionó, con ávida satisfacción.

—¿Es una bella ciudad? ¿Hay muchas casas bonitas y hermosos edificios?

—Sí... creo que sí —dijo pensativamente ella—. Es un buen sitio para vivir.

—¿Cómo es la gente? ¿Qué hacen? ¿Son ricos?

—Pues... sí. Es un lugar comercial y fabril. Hay mucha gente rica.

—Supongo que tendrán casas grandes y viajarán en grandes automóviles, ¿no? —preguntó él y, sin esperar respuesta, prosiguió—: ¿Comen muchas cosas buenas? ¿Cuáles?

Ella rio sin ganas, intrigada y confusa.

—Pues... sí. Hay mucha cocina alemana. ¿Te gusta la cocina alemana?

—¡Y la cerveza! —murmuró él, entusiasmado—. Cerveza... ¿La fabrican allí?

—Sí —rio, y había un matiz de voluptuosidad en su voz—. Me parece que eres un chico malo, Eugene.

—¿Y qué me dice de los teatros y de las bibliotecas? Supongo que tendrán muchos espectáculos, ¿verdad?

—Sí. Muchas buenas compañías vienen a Indianápolis. Los grandes éxitos de Nueva York y de Chicago.

—Y tendrán una biblioteca muy grande, ¿no?

—Sí. Tenemos una muy hermosa.

—¿Cuántos libros hay en ella?

—¡Oh! No lo sé. Pero es una buena biblioteca.

—¿Cree que habrá más de cien mil volúmenes? No creo que tengan medio millón, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, siguió hablando consigo mismo—: No, claro que no. ¿Cuántos libros prestan de una vez? ¿Cuántos?

La sombra grande de su avidez se inclinaba sobre ella; él salía de sí mismo, devorándola a preguntas.

—¿Cómo son las chicas? ¿Rubias o morenas? ¿Qué?

—Bueno, las hay de ambas clases, aunque yo diría que predominan las morenas.

Lo miró, sonriendo, en la oscuridad.

—¿Son bonitas?

—No puedo decírtelo. Antes tendrías que decirme tus gustos, Eugene. Yo soy una de ellas, ¿sabes? —lo miró disimulando su lascivia, ofreciéndose para su inspección. Después, con una risa de incitante reproche, le dijo—: Creo que eres un chico malo, Eugene. Creo que eres malo.

Él encendió febrilmente otro cigarrillo.

—Daría cualquier cosa por fumar un pitillo —murmuró «la señorita Brown»—. Pero supongo que aquí no puedo hacerlo, ¿eh?

Miró a su alrededor.

—¿Por qué no? —dijo él, con impaciencia—. Nadie la verá. La oscuridad es grande. Y además, ¿qué importa?

Pequeñas corrientes eléctricas de excitación le hacían cosquillas en la espina dorsal.

—Creo que lo haré —murmuró ella—. ¿Me das uno?

Él le ofreció la cajetilla; ella se levantó para recibir la llama protegida por las manos de él. Incluyó el robusto cuerpo sobre el suyo, mientras acercaba el cigarrillo al fuego, contrayendo la cara y cerrando los ojos. Le asió las temblorosas manos para fijar la lumbre y después las retuvo un momento entre las suyas.

—¿Qué pasaría —preguntó «la señorita Brown» con taimada sonrisa—, si tu madre nos viese? ¡Te la ibas a cargar!

—No nos verá —dijo él—. Y además —añadió, generosamente—, ¿por qué no han de fumar las mujeres lo mismo que los hombres? No hay nada malo en eso.

—Sí —dijo «la señorita Brown»—. También yo creo que hay que tener la manga ancha en lo que respecta a estas cosas.

Pero él sonrió en la oscuridad, porque la mujer se había delatado con un cigarrillo. Era un signo, el signo de la provincia, el signo inconfundible del libertinaje.

Después, cuando él le puso las manos encima y se sentó ante ella en la barandilla, se dejó abrazar con gran pasividad.

—¡Eugene! ¡Eugene! —dijo, con simulado reproche.

—¿Cuál es su habitación? —preguntó él.

Ella se lo dijo.

Más tarde, Eliza se presentó súbitamente y sin ruido, en una de sus rápidas incursiones desde la cocina.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? —dijo, escrutando recelosamente la sombra—. ¿Eh? ¿Eh? ¿Dónde está Eugene? ¿Ha visto alguien a Eugene?

Sabía que estaba allí.

—Sí, aquí estoy —dijo él—. ¿Qué quieres?

—¡Oh! ¿Quién está contigo? ¿Eh?

—«La señorita Brown» está conmigo.

—¿Por qué no viene y se sienta un rato, señora Gant? —dijo «la señorita Brown»—. Debe de estar cansada y tener mucho calor.

—¡Oh! —dijo torpemente Eliza—. ¿Es usted, «señorita Brown»? No podía ver quién era. —Encendió la pálida luz del porche—. Esto está muy oscuro. El que suba esa escalera puede caerse y romperse una pierna. Le diré una cosa —prosiguió, locuaz—: Aquí se respira. Ojalá pudiese desentenderme de todo y



pasar buenos ratos.

Siguió monologando afablemente durante media hora, sin dejar de echar rápidas miradas a las dos oscuras figuras que tenía delante. Por fin, vacilando y después de pasar por torpes fases de locuacidad menguante, se metió de nuevo en casa.

—Hijo —dijo, inquieta, antes de marcharse—, se está haciendo tarde. Deberías irte a la cama. Es donde todos deberíamos estar.

«La señorita Brown» asintió donosamente y se dirigió a la puerta.

—Voy a acostarme ahora mismo. Estoy cansada. Buenas noches a todos.

Él permaneció sentado en silencio en la barandilla, fumando, escuchando los ruidos de la casa. Esta empezaba también a dormirse. Eugene entró y encontró a Eliza preparándose para retirarse a su pequeña celda.

—¡Hijo! —dijo ella en voz baja, después de sacudir un momento la fruncida cara en gesto de reproche—. Te diré una cosa: esto no me gusta. No está bien... que te sientes a solas con esa mujer. Es lo bastante vieja para ser tu madre.

—Es huésped tuya, no mía —dijo rudamente él—. Yo no la traje aquí.

—Una cosa es segura —dijo, dolida, Eliza—. No me verás intimar con mis huéspedes. Puedo llevar la cabeza tan alta como cualquiera.

Le sonrió amargamente.

—Bien, buenas noches, mamá —dijo él, avergonzado y herido—. Olvidémonos de ellos por un tiempo. ¿Qué importa esto?

—Sé bueno —dijo tímidamente Eliza—. Quiero que seas un buen chico, hijo.

Había un sentido de culpabilidad en sus modales, un deje de pesar y de contrición.

—¡No te preocupes! —dijo él, volviéndose de pronto, dolorosamente angustiado, como siempre, por aquel sentimiento de inocencia y rectitud infantiles que alentaba en el fondo de ella—. No es culpa tuya si no lo soy. Buenas noches.

Se apagó la luz de la cocina, y Eugene oyó cerrarse nuevamente la puerta del cuarto de su madre. Una ráfaga de aire fresco recorrió la casa a oscuras. Poco a poco, con corazón palpitante, Eugene empezó a subir la escalera.

Pero en la oscura escalera, apagadas sus pisadas por la gruesa alfombra, chocó de lleno con el cuerpo de una mujer que, por su fragancia, como de magnolia, supo enseguida que era la señora Selborne. Se sujetaron

recíprocamente, asiendo con fuerza sus brazos, descubriéndose, conteniendo el aliento. Ella se inclinó hacia él; unas pocas hebras de sus cabellos rubios rozaron su cara, inflamándola.

—¡Chsss! —murmuró ella.

Y se quedaron quietos, abrazados, pecho contra pecho; la única vez que se habían tocado. Después, confirmado su oscuro y recíproco conocimiento, se separaron —compartiendo cada uno un poco de la vida del otro—, para encontrarse más tarde ante el mundo con ojos tranquilos y que nada dirían.

Él recorrió a tientas el largo y oscuro pasillo hasta llegar a la puerta de «la señorita Brown». Estaba entornada. Entró.

Ella le quitó todas sus medallas, ganadas en el colegio de Leonard: la de aplicación, la de declamación, la de bronce por el trabajo sobre William Shakespeare. W. S. 1616-1916. ¡Escrito por un ducado!

Él no podía darle dinero; y ella no pedía mucho: una o dos monedas cada vez. No por el dinero, decía, sino por cuestión de principios. Y él reconoció la validez del argumento.

—Pues si quisiera dinero —dijo ella—, no tontearía contigo. Todos los días hay alguien que trata de salir conmigo. Uno de los hombres más ricos de esta población (el viejo Tyson) me persigue desde que llegué. Me ha ofrecido diez dólares por salir con él en su coche. Yo no necesito tu dinero. Pero tienes que darme algo. Aunque sea muy poco. Me sentiría menospreciada si no lo hicieses. No soy una de esas señoritingas a las que ves todos los días en la ciudad. Tengo demasiado amor propio para hacer como ellas.

Por consiguiente, él le dio sus medallas en prenda.

—Si no las rescatas —dijo «la señorita Brown»—, se las daré a mi hijo cuando vuelva a casa.

—¿Tienes un hijo?

—Sí. Tiene dieciocho años. Es casi tan alto como tú y dos veces más grueso. Todas las chicas se vuelven locas por él.

Él volvió vivamente la cabeza, palideciendo bajo una impresión de náuseas y de horror, sintiendo una especie de contaminación incestuosa.

—Bueno, basta por hoy —dijo autoritariamente «la señorita Brown»—. Ve a tu habitación y duerme un poco.

Pero, a diferencia de la primera, la de la ciudad del tabaco, esta no le llamó nunca «hijo».

Pobre Mariposa, corazón sangrante,

pobre Mariposa, por amarle tanto.

La señorita Irene Mallard cambió la aguja del pequeño fonógrafo del salón y dio la vuelta al gastado disco. Después, al sonar con énfasis majestuoso los primeros compases de Katinka, esperó a Eugene, erguida, sonriente, esbelta, hermosa, tendiendo las largas y adorables manos como alas, para que él la abrazase. Le estaba enseñando a bailar. Laura James bailaba muy bien, y él había creído volverse loco al verla evolucionar en brazos de un joven bailarín. Ahora, torpemente, se movía apoyándose deliberadamente en el pie izquierdo, contando mentalmente los pasos. Uno, dos, tres, ¡cuatro! Irene Mallard se deslizaba y giraba al torpe impulso de él, incorpórea como una voluta de humo. Su mano izquierda se apoyaba en el hombro huesudo con ligereza de pájaro; sus dedos frescos se entrelazaban en la ardiente y sudorosa palma.

Tenía una espesa cabellera de color castaño, exactamente partida por la mitad; su piel mostraba una palidez perlina y una delicadeza transparente; la mandíbula inferior era larga: llena y sensual, y su cara parecía la de una mujer del prerrafaelismo. Mantenía bellamente erguido el alto y gracioso cuerpo, pero con la ligeramente abandonada sensualidad de la fragilidad y del cansancio. Sus adorables ojos eran violetas, siempre un poco fatigados, pero llenos de tranquila sorpresa y de ternura. Era como una Madona de Luini, mezcla de santidad y de seducción, mundana y celestial. Él la sostenía con reverente cuidado, como para no acercarse demasiado, para no romper una imagen sagrada. Su exquisito y sutil perfume lo envolvía como un murmullo extraño, pagano y divino. Tenía miedo de tocarla, y su ardorosa palma mojaba de sudor los dedos de ella.

A veces tosía ella delicadamente, sonriendo, tapándose la boca con un arrugado y pequeño pañuelo ribeteado de azul.

Había venido a la montaña no por su propia salud, sino por la de su madre, mujer de sesenta y cinco años, anticuada en el vestir, con el semblante malhumorado y perruno propio de la edad y de su estado delicado. La anciana padecía asma y una dolencia del corazón. Ambas procedían de Florida. Irene Mallard era una mujer de negocios muy capacitada; ahora trabajaba como jefe de contabilidad en uno de los bancos de Altamont. Randolph Gudger, director del banco, la telefoneaba todas las noches.

Irene Mallard tapaba el micrófono con la palma de la mano, sonreía irónicamente a Eugene y ponía los ojos en blanco con gesto suplicante.

A veces, Randolph Gudger llegaba en su coche y le pedía que saliese con él. El muchacho se alejaba enfurruñado y esperaba a que el ricacho se marchase; el banquero lo miraba con ceño.

—Quiere que me case con él, Gene —le dijo Irene Mallard—. ¿Qué voy a

hacer?

—Por su edad podría ser tu abuelo —dijo Eugene—. Es calvo, lleva la dentadura postiza, y qué sé yo qué más —dijo, con resentimiento.

—Pero es rico, Gene —dijo sonriendo Irene—. No lo olvides.

—Entonces, ¡adelante! ¡Adelante! —gritó furiosamente él—. Sí... no te detengas. Cásate con él. Te conviene. ¡Véndete a ese viejo! —dijo, melodramáticamente.

Randolph Gudger tenía casi cuarenta y cinco años.

Pero ahora bailaban lentamente allí, bajo una luz gris crepuscular que era como dolor y belleza; como la luz perdida del fondo del mar, donde nadaba su vida de tritón perdido, recordando el destierro. Y mientras bailaban, ella, a la que él no se atrevía a tocar, arrimaba su cuerpo al de él, le murmuraba suavemente al oído y apretaba la mano cálida con sus delicados dedos. Y ella, a la que él no se atrevía a tocar, se abandonaba como una espiga en la curva de su brazo, en prenda de remedio contra los males del mundo —refugio contra la cara perdida entre todas las caras, anodino contra la herida llamada Laura—, evocadora de mil formas fugaces de belleza que le traían consuelo y bienestar. El gran desfile del dolor y el orgullo y la muerte, pasmosa visión flotante en el crepúsculo, ponía en su pesar un gozo solitario. Había perdido; pero toda la peregrinación por el mundo era una pérdida: un instante de hundimiento, un instante de arrancamiento, las mil formas fantásticas que centelleaban como faros, y la alta y apasionada congoja de las estrellas.

Había anochecido. Irene Mallard le asió de la mano y lo condujo al porche.

—Siéntate aquí un momento, Gene. Quiero hablar contigo.

Su voz era seria, grave. Él se sentó sumisamente a su lado en el columpio, previendo el sermón inminente.

—Te he estado observando estos últimos días —dijo Irene Mallard—. Sé lo que ha pasado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él en tono apagado, latiéndole con fuerza el pulso.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —respondió severamente Irene Mallard—. Eres demasiado bueno, Gene, para que te echas a perder con esa mujer. Cualquiera puede ver lo que es. Mamá y yo hemos hablado de ello. Una mujer así puede arruinar a un muchacho como tú. Tienes que poner fin a esto.

—¿Cómo lo has sabido? —farfulló él.

Estaba asustado y avergonzado. Ella tomó su mano temblorosa y la sostuvo entre las frescas palmas de las suyas hasta que empezó a calmarse.

Pero Eugene no se acercó más a ella: vacilaba, temeroso, ante su encanto. Como en el caso de Laura James, le parecía demasiado alta para su pasión; temía su carne, cosa que no le ocurría con la de «la señorita Brown». Pero ahora estaba cansado de esta mujer y no sabía cómo podría pagarle. Ella tenía todas sus medallas.

Durante todo el final del verano salió con Irene Mallard. Paseaban de noche por las frescas calles, llenas de un susurro de hojas cansadas. Iban juntos a la terraza del hotel y bailaban; más tarde, Pap Rheinhart, amable y torpe y tímido, y oliendo a su caballo, se acercaba a su mesita, se sentaba y bebía con ellos. Había pasado los últimos años, desde su salida del colegio de Leonard, en la escuela militar, tratando de enderezar el torcimiento de su cuello. Pero seguía siendo el mismo de siempre: raro, seco, zumbón. Eugene miraba su rostro bueno y tímido, recordando los años perdidos, las caras perdidas. Y sentía pesar en su corazón por lo que no habría de volver. Terminaba agosto.

Llegó septiembre, con rumor de alas viajeras. El mundo estaba lleno de gente que partía. Habían sonado los tambores. Los jóvenes se iban a la guerra. Ben había sido rechazado una vez más en la oficina de reclutamiento. Ahora se preparaba para salir en busca de empleo en otras poblaciones. Luke había renunciado al suyo en una fábrica de material de guerra de Dayton, Ohio, y se había alistado en la marina. Había venido a casa con una breve licencia antes de partir para la escuela de instrucción de Newport, Rhode Island. La calle lo aclamó al llegar él con sus vulgares y patizambas zancadas, vestido de azul, sonriendo ampliamente, con gruesos mechones de sus indómitos cabellos enroscándose debajo de la cinta de la gorra. La viva caricatura del marinero.

—¡Luke! —gritó el señor Fawcett, el subastador de terrenos, empujándolo a través de la calle hacia el bar de Wood—. Ya veo, hijo, que has puesto tu grano de arena. Voy a animarte. ¿Qué quieres tomar?

—Una cola —dijo Luke—. ¡A su salud, coronel! —Levantó el helado vaso con torpe y violento ademán, plantado jactanciosamente ante el mostrador—. Hace c-c-cuarenta años —empezó a decir, con voz ronca—, tal vez me habría negado, pero ahora no puedo, b-b-bien lo sabe Dios. ¡No p-p-p-puedo!

La enfermedad de Gant había vuelto a manifestarse con redoblada virulencia. Su cara estaba macilenta y amarilla; una debilidad que lo hacía tambalearse se había apoderado de sus miembros. Se decidió que debía volver a Baltimore. Helen lo acompañaría.

—Señor Gant —dijo Eliza en tono persuasivo—, ¿por qué no lo dejas todo y te tomas las cosas con calma durante el resto de tus días? No te sientes lo bastante bien para atender tu negocio. Si yo estuviese en tu lugar, me retiraría. Podríamos conseguir veinte mil dólares por tu taller sin la menor dificultad. Y

si yo pudiese manejar tanto dinero, les mostraría de lo que soy capaz. — Asintió afectadamente con la cabeza y le hizo un guiño de inteligencia—. Podría doblarlos o triplicarlos en un par de años. Hay que actuar deprisa para que ruede la bola. Hay que decirlo así.

—¡Dios misericordioso! —gimió él—. Aquel es mi último refugio en este mundo. Mujer, ¿es que no tienes compasión? Déjame morir en paz, te lo suplico; ya falta poco. Cuando me haya ido, podrás hacer lo que quieras; pero dame ahora un poco de paz. ¡Te lo pido por Dios!

Y sorbió afectadamente por la nariz.

—¡Bah! —dijo Eliza, pensando sin duda que lo animaría—. No tienes nada. Te dejás llevar por la imaginación.

Él gruñó y volvió la cabeza.

El verano agonizaba en la montaña. Una capa de orín, casi imperceptible, cubría el follaje. Por la noche, las calles estaban llenas de tristes susurros; durante toda la noche, sentado en el porche, como en coma, oía Eugene el extraño ruido del otoño. Y toda la gente que había dado a la ciudad su ligera y atropellada alegría se desvaneció extrañamente en un abrir y cerrar de ojos. Había vuelto al vasto Sur. La solemne tensión de la guerra se dejaba sentir sobre la nación. La luz crepuscular de un esfuerzo sombrío flotaba alrededor de Eugene, encima de él. Sentía la muerte de la alegría; pero también, en su interior, la búsqueda a tientas de la maravilla, de la gloria. Después del enorme estallido de su primer delirio, la nación empezaba a componer los motores de la guerra, motores para acuñar e imprimir odio y falsedades, motores para forjar la gloria, motores para aherrojar y aplastar la oposición, motores para reclutar y adiestrar hombres.

Pero algo realmente maravilloso había caído sobre el país: las bengalas y los cohetes de los campos de batalla arrojaban también su luz sobre los llanos. Jóvenes de Kansas iban a morir en Picardía. En alguna tierra extranjera estaba el hierro, todavía sin moldear, que había de matarlos. La extrañeza de la muerte y del destino podía leerse en vidas y en caras que no tenían extrañeza propia, pues es la unión de lo ordinario con lo milagroso lo que hace la maravilla.

Luke había marchado a la escuela de instrucción de Newport. Ben fue a Baltimore con Helen y con Gant, que, antes de ingresar de nuevo en el hospital para un tratamiento con radio, había pillado una violenta y desaforada borrachera que había terminado su rápido traslado de un hotel a otro y obligado a meterlo al fin en una cama, gemebundo y lanzando contra Dios los anatemas que hubiese debido reservar para los atracones de ostras regadas caóticamente con cerveza y whisky. Todos bebían mucho; pero los excesos de

Gant ponían a la joven en un estado de irritado frenesí y hacían que Ben frunciase el ceño y maldijese asqueado.

—¡Maldito viejo! —gritó Helen, agarrando y sacudiendo los pasivos hombros de su padre, que eructaba borracho como una cuba sobre la desaseada cama—. ¡Debería darte de patadas! No estás enfermo; me he pasado toda la vida cuidándote, ¡y estás tan enfermo como yo! Tú andarás todavía mucho tiempo por aquí cuando yo me haya muerto, ¡viejo egoísta! ¡Me pones frenética!

—¡Oh, mi pequeña! —gimió él, con grandes ademanes de los brazos—. Que Dios te bendiga. Sin ti, no podría vivir.

—¡No me vengas con mimos! —gritó ella.

Pero el día siguiente lo asió la mano cuando lo llevaba al hospital, y la asió más fuerte cuando él, tembloroso, se volvió un momento y contempló tristemente la ciudad que se extendía detrás y debajo de ellos.

—Aquí estuve cuando chico —murmuró.

—No te preocupes —dijo ella—. Te pondrás bien. ¡Vaya que sí! ¡Volverás a ser un chico!

Y asidos de la mano entraron en el vestíbulo, donde, flanqueada por la muerte y el terror y las atareadas enfermeras y las múltiples y fugaces figuras de hombres tranquilos de semblante gris y ojos penetrantes, caminando impertérritos entre tantas vidas rotas, había una imagen del dulce Jesús, con los brazos abiertos en actitud de inmensa misericordia, y muchas veces mayor que el ángel más grande de Gant.

Eugene fue varias veces a visitar a los Leonard. Margaret parecía delgada y enferma, pero debido a ello la fuerte luz que emanaba de ella parecía más brillante. Nunca había comprendido él tan bien su enorme y tranquila paciencia, la espléndida luz de su espíritu. Todo su pecado, todo su dolor, todo el acongojado cansancio de su alma, fueron borrados de aquella profunda radiación: el tumulto y el mal de la vida se desprendieron de él como una capa apestosa y harapienta. Tuvo la impresión de que se ponía un traje nuevo, un traje de luz y sin costuras.

Pero difícilmente podía confesar lo que yacía en el fondo de su corazón; hablaba por los codos de su trabajo en la universidad, pero muy poco de todo lo demás. Su corazón estaba abrumado bajo una carga de la que solo podría librarse confesando; pero sabía que no podía hablar, que ella no lo comprendería. Era demasiado prudente para cuanto no fuese la fe. Una vez trató desesperadamente de hablarle de Laura: farfulló torpemente una confesión en pocas palabras. Antes de que hubiese terminado, ella se echó a

reír.

—¡Señor Leonard! —gritó—. ¿Te imaginas a ese bribón con una chica? ¡Bah, muchacho! Tú no sabes lo que es el amor. Preocúpate de ti. Ya tendrás tiempo de pensar en el amor dentro de diez años.

Rio suavemente para sí, con mirada ausente y nebulosa.

—¡El bueno de Gene con una chica! ¡Compadezco a la muchacha! ¡Ay, Señor! Todavía tienes que andar un largo camino. ¡Agradécelo a tu estrella!

Él bajó bruscamente la cabeza y cerró los ojos. «¡Oh, mi adorable Santa! —pensó—. ¡Cuán cerca estuviste de mí! Yo te abrí mi cerebro para que lo vieses, y te habría abierto mi corazón si me hubiese atrevido, y ahora estoy solo, como siempre he estado.»

Paseaba de noche por las calles con Irene Mallard; la ciudad estaba despoblada y triste después de marcharse tanta gente. Unos pocos transeúntes paseaban apresuradamente, como empujados por breves ráfagas de viento. La sutil lasitud de Irene retenía a Eugene; ella le daba consuelo, y él no la tocaba nunca. Pero descargó en ella el peso de su corazón, apasionado y tembloroso. Sentada a su lado, ella le acarició la mano. Pero él tuvo la impresión de que no la conocía, hasta que la recordó años más tarde.

La casa estaba casi vacía. Por la noche, Eliza hizo cuidadosamente la maleta de Eugene, contando con satisfacción las camisas planchadas y los calcetines zurcidos.

—Ahora no te faltará ropa de abrigo, chico. Pero trátala bien.

Puso el cheque de Gant en el bolsillo interior de su chaqueta y lo sujetó con un imperdible.

—Vigila tu dinero, hijo. Nunca se sabe con quién puedes tropezarte en el tren.

Él se acercó nerviosamente a la puerta, deseando desaparecer, eludir la interminable despedida.

—Creo que podrías pasar una noche en casa con tu madre —dijo, quejicosa, ella. Sus ojos se nublaron inmediatamente y sus labios se contrajeron y temblaron en una amarga sonrisa de compasión para consigo misma—. ¡Te diré una cosa! Parece muy gracioso, ¿eh? Ya no puedes estar cinco minutos conmigo sin desear largarte con la primera mujer que se presente. ¡Está bien! Está bien. No me quejo. Por lo visto, solo sirvo para cocinar y coser y prepararte las cosas cuando te vas. —Rompió a llorar volublemente—. Parece que solo te intereso por eso. Apenas si te he visto en todo el verano.



—No —dijo agriamente él—, has estado demasiado ocupada atendiendo a los huéspedes. No pienses, mamá, que vas a trastornar mis sentimientos en el último minuto —gritó él, ya bastante trastornado—. Es fácil llorar. Pero estuve aquí todo el tiempo, si lo hubieses tenido para mí. ¡Oh, por el amor de Dios! ¡Pongamos fin a esta cuestión! No agravemos las cosas. ¿Por qué tienes que ponerte así siempre que me marchó? ¿Por qué este empeño en amargarme?

—Bueno, te diré una cosa —dijo Eliza, esperanzada y con los ojos repentinamente secos—. Si hago un par de negocios y todo marcha bien, puede que cuando vuelvas la próxima primavera me encuentres esperándote en una casa hermosa y grande. Le tengo ya echado el ojo al solar. El otro día estuve pensando en esto —añadió, con un satisfecho y elocuente movimiento de cabeza.

—¡Ah-h! —exclamó él, con voz ahogada y aflojándose el cuello de la camisa—. ¡Por lo que más quieras! ¡Basta ya!

Hubo un silencio.

—Bueno —dijo gravemente Eliza, pellizcándose el mentón—, quiero que seas un buen chico y estudies, hijo. Ten cuidado con el dinero; quiero que comas mucho y bien, y que te abrigues... pero sin derrochar, muchacho. La enfermedad de tu padre nos ha costado mucho dinero. Todo son gastos, y no hay ingresos. Nadie sabe por dónde conseguir un dólar. Por consiguiente, sé prudente.

De nuevo se hizo el silencio. Ella había dicho lo que tenía que decir; se había acercado lo más posible a él, pero de pronto le faltaban las palabras, se sentía excluida, separada por una barrera del amargo y solitario secreto de la vida de él.

—Siento que te vayas, hijo —dijo en voz baja, con profunda e indefinible tristeza.

Él alzó súbitamente los brazos, en un ademán torturado e incompleto.

—¡Qué importa eso! ¡Oh, Dios, qué importa eso!

Los ojos de Eliza se llenaron ahora de lágrimas de auténtico pesar. Asió la mano de Eugene y la retuvo.

—Procura ser feliz, hijo —lloró—, procura ser un poco más feliz. ¡Pobre chiquillo! Nadie te ha comprendido. Antes de que nacieses... —Sacudió lentamente la cabeza, hablando con voz sofocada y enronquecida por las lágrimas. Después carraspeó y repitió roncamente—: Antes de que nacieses...

## TREINTA Y DOS

Cuando volvió a la universidad para el segundo curso, Eugene encontró el lugar sobriamente adaptado a la guerra. Parecía más silencioso, más triste... Había menos estudiantes y eran más jóvenes. Los mayores se habían ido a la guerra. Los otros se hallaban en un estado de furiosa aunque reprimida inquietud. Les importaba un bledo los estudios, las carreras, el éxito... La guerra les había estremecido con su triunfal «ahora». ¡Inútil pensar en mañana! ¡Inútil trabajar para mañana! Los grandes cañones habían hecho pedazos todos los proyectos; y ellos celebraban el fin de todo trabajo planeado con furioso y secreto regocijo. La educación proseguía sin entusiasmo, de un modo abstraído; en el aula, los estudiantes miraban vagamente el libro, pero aguzaban los oídos esperando señales de alarma y de expediciones en el exterior.

Eugene empezó seriamente el curso, teniendo como compañero de habitación a un joven que había sido el mejor alumno de la escuela superior de Altamont. Se llamaba Bob Sterling. Bob Sterling tenía diecinueve años y era hijo de una viuda. De mediana estatura, pulcra y sobriamente vestido, no había nada en él que llamase la atención. Por esta razón, podía reírse afablemente, con ligera presunción, de todo lo que la llamaba. Tenía un buen cerebro: brillante, atento, estudioso, pero carente de originalidad y de inventiva. Fijaba un tiempo para cada cosa; destinaba cierto tiempo a la preparación de cada lección, y la repasaba tres veces, murmurando rápidamente para sí. Enviaba su ropa a lavar todos los lunes. Cuando estaba en alegre compañía de buen grado y se divertía, pero nunca perdía la noción del tiempo. Miraba de pronto su reloj, decía: «Bueno, todo esto está muy bien, pero así no se trabaja», y se marchaba.

Todos decían que le esperaba un brillante futuro. Con bonachona seriedad, reconvenía a Eugene por sus costumbres. No debía dejar la ropa tirada de cualquier manera. No debía dejar que sus camisas y sus calzoncillos se acumulasen en un sucio montón. Debía destinar un tiempo fijo para el estudio de cada lección; debía imponer un horario regular a su vida.

Vivían en una residencia particular en el borde del campus, en una amplia y luminosa habitación adornada con gran número de gallardetes universitarios, todos ellos propiedad de Bob Sterling.

Bob Sterling padecía del corazón. Al acabar de subir la escalera, se quedaba plantado en el rellano, jadeando. Eugene le abría la puerta. Su amable rostro estaba mortalmente blanco, salpicado de pálidas pecas. Le temblaban los labios y se volvían azules.

—¿Qué te pasa, Bob? ¿Cómo te sientes? —le preguntó un día Eugene.

—Acércate —dijo Bob Sterling, sonriendo—. Pon la cabeza aquí.

Asió la cabeza de Eugene y la apoyó sobre su corazón. La gran bomba latía despacio y sin ritmo, con un rumor sibilante.

—¡Dios mío! —exclamó Eugene—.

—¿Lo has oído? —dijo Bob Sterling, y se echó a reír.

Después entró en la habitación, frotándose vivamente las secas manos.

Pero empeoró y no pudo asistir a clase. Lo llevaron a la enfermería de la universidad, donde yació varias semanas, aparentemente no muy enfermo, pero con los labios constantemente azules, el pulso lento y una temperatura por debajo de lo normal. No había manera de remediarlo.

Su madre vino y se lo llevó a casa. Eugene le escribió regularmente, dos veces a la semana, recibiendo breves pero animosas respuestas. Hasta que, un día, murió.

Dos semanas más tarde, volvió la viuda para hacerse cargo de las cosas del muchacho. Recogió en silencio la ropa que nadie llevaría. Era una mujer robusta, de cuarenta y pico años. Eugene descolgó todos los gallardetes de la pared y los plegó. Ella los metió en una maleta y se volvió para marcharse.

—Aquí hay otro —dijo Eugene.

Ella rompió súbitamente en llanto y le agarró una mano.

—Era tan valiente —dijo—, tan valiente. Los últimos días... yo no pensaba... Tus cartas le hacían muy feliz.

«Ahora está sola», pensó Eugene.

«No puedo quedarme aquí, donde estuvo él —pensó—. Estuvimos juntos aquí. Siempre lo vería en el rellano, con su válvula sibilante y sus labios azules, o lo oiría murmurar las lecciones. Y por la noche, la otra cama estaría vacía. Creo que en lo sucesivo querré una habitación para mí solo.»

Pero tuvo que alojarse en uno de los dormitorios durante el resto del curso. Tenía dos compañeros de habitación: un joven de Altamont que respondía al nombre de L. K. Duncan (la «L» quería decir Lawrence, pero todos le llamaban «Elk», Alce), y el hijo de un ministro episcopaliano, Harold Gay. Ambos eran mayores que Eugene; Elk Duncan tenía veinticuatro años, y Harold Gay, veintidós. Pero es dudoso que jamás se hubiesen reunido unos bichos tan raros en dos pequeñas habitaciones, una de las cuales empleaba como «estudio».

Elk Duncan era hijo de un abogado de Altamont, pequeño político demócrata, influyente en asuntos del condado. Elk Duncan era alto —metro

ochenta y cuatro— e increíblemente delgado o, mejor dicho, estrecho. Estaba ya un poco calvo, tenía la frente alta y prominente, y grandes ojos pálidos y saltones; a partir de ellos, la cara larga y pálida se hundía hacia atrás hasta la barbilla. Sus hombros eran ligeramente arqueados y muy estrechos; el resto del cuerpo tenía la simetría de un lápiz. Vestía siempre con afectación: trajes ceñidos de franela azul, con altos y rígidos cuellos, grandes corbatas de seda y pañuelos de seda de colores. Estudiaba Derecho, pero pasaba la mayor parte del tiempo ingeniándose las para evitar el estudio.

Los estudiantes más jóvenes, y en particular los novatos, se agrupaban a su alrededor después de las comidas, ligeramente boquiabiertos; y sorbían sus palabras como si fuesen un maná, y pedían ansiosamente más, cuanto más fantástico se hacía su discurso. Su actitud ante la vida se parecía mucho a la de un pregonero de caseta de feria: locuaz, protector y cínico.

El otro compañero de habitación, Harold Gay, era un bendito, con la edad mental de un niño. Usaba gafas, que daban la única nota brillante a su cara opaca y gris; era feo y vulgar sin salvedades; lo habían dejado tan perplejo las al menos cuatro quintas partes de los fenómenos de la existencia, que ya no hacía el menor esfuerzo por comprenderlos. En vez de eso, disimulaba su timidez y su desconcierto bajo una risa bronca, que sonaba siempre a destiempo, y una sonrisa estúpida, llena de absurda y maliciosa competencia. Su relación con Elk Duncan era uno de los logros culminantes de su vida: se revolcaba en el esplendor que envolvía al personaje, fumaba cigarrillos mirando maliciosamente de soslayo, y maldecía a gritos, nerviosamente, con el acento de un clérigo depravado.

—¡Harold! ¡Harold! —le reprendía Elk Duncan—. ¡Caramba, hijo! ¡Te estás volviendo muy duro! Si sigues así, empezarás a consumir goma en vez de mascar y a gastarte en el cine el dinero de vuestra escuela dominical. Piensa en los demás, por favor, por favor. Gene no es más que un chiquillo, puro como un retrete de aldea, y en cuanto a mí, siempre me he movido en los círculos más distinguidos y solo he mantenido relación con los taberneros de primera clase y las busconas con aires de gran dama. ¿Qué diría tu padre si te oyese? ¿Sabes la impresión que le causarías? Te suprimiría el dinero para cigarrillos, hijo.

—Me importa un rábano lo que haga, y también lo que hagas tú, Elk —decía rudamente Harold, haciendo una mueca—. ¡Que se vaya todo al diablo! —rugía con todas sus fuerzas.

Le respondía un aullido desde todas las ventanas del dormitorio, con gritos de «¡Al diablo!» y «¡Cállate ya!» e irónicas aclamaciones que lo complacían sobremanera.

La desperdigada familia se reunió de nuevo en Navidad. Una impresión de

disolución inminente, de pérdida y de muerte, hacía que volviesen todos. El cirujano de Baltimore no había dado la menor esperanza. Más bien al contrario, había confirmado la sentencia de muerte de Gant.

—Entonces, ¿cuánto tiempo puede vivir? —le había preguntado Helen.

El hombre se había encogido de hombros.

—Querida niña —le había dicho—, no tengo la menor idea. Lo de ese hombre es un milagro. ¿Sabías que se lo considera aquí como un caso especial? Todos los médicos de la institución le han echado un vistazo. ¿Cuánto puede durar? No me atrevería a pronosticarlo, porque lo ignoro en absoluto. Cuando tu padre salió de aquí la primera vez, después de la operación, no esperaba volver a verlo. Dudaba que aguantase todo el invierno. Y sin embargo, ha regresado. Puede que vuelva muchas veces.

—¿No puede hacer nada por él? ¿Piensa que el radio no serviría de nada?

—Puedo aliviarle durante un tiempo. Incluso puedo hacer que la enfermedad no progrese de momento. Aparte de eso, no puedo hacer nada. Pero su vitalidad es enorme. Es como una puerta rota que pende de un solo gozne... pero que aguanta a pesar de todo.

Por consiguiente, ella lo había traído a casa, con la sombra de la muerte suspendida sobre ellos como una espada de Damocles. El miedo rondaba sin ruido en sus cerebros, con pasos de leopardo. La joven vivía en un estado de histerismo reprimido que estallaba empero diariamente en la casa de Eliza o en la suya propia. Hugh Barton había comprado una casa y la había llevado allí.

—No tendrás tranquilidad mientras estés cerca de ellos —le había dicho—. Este es todo tu mal.

Y es que ahora enfermaba con frecuencia. Visitaba constantemente a los médicos en busca de tratamiento y de consejo. A veces pasaba varios días en el hospital. Su dolencia se manifestaba de diversas maneras: a veces en terribles dolores mastoideos, a veces en agotamiento nervioso, a veces en ataques de histerismo durante los cuales reía y lloraba alternativamente; provocado todo ello en parte por la enfermedad de Gant y en parte por una morbosa desesperación ante su fracaso en quedar embarazada. Bebía furtivamente a todas horas, a pequeños sorbos, como estimulante, pero nunca lo bastante para emborracharse. Bebía líquidos ruines, buscando solo el efecto del alcohol y obteniéndolo por extraños caminos, mediante una docena de abominaciones llamadas «tónicos» y «extractos». Casi deliberadamente, arruinó su gusto por bebidas más notables, ocultándose a sí misma, bajo convenientes marbetes de farmacia, la sed devoradora de su sangre. Este autoengaño era característico de ella. Su propia vida se expresaba en una serie de engaños, de símbolos, atribuyendo sus antipatías, sus afectos, sus agravios,

a cualesquiera causas menos las reales.

Pero, a menos que tuviese que guardar cama, nunca estaba muchas horas sin ver a su padre. La sombra de su muerte se cernía sobre sus vidas. Se estremecían ante su horror; su prolongada amenaza, su inescrutable enigma, les restaba dignidad y valor. Estaban dominados por el fatigoso y degradante egotismo de la vida, blandamente filosófico cuando se trata de la muerte de otros, pero que ve en la propia un quebrantamiento de las leyes naturales. Para ellos, era tan duro pensar en la muerte de Gant como en la muerte de Dios; incluso mucho más duro, porque, para ellos, él era más real que Dios, era más inmortal que Dios, era Dios.

Este odioso crepúsculo en el que se habían sumido sus vidas hacía que Eugene se helase de terror y se ahogase de rabia. Se enfurecía después de leer una carta de los suyos y golpeaba con los puños el yeso granuloso de la pared del dormitorio hasta sangrarle los nudillos. Habían quitado su valor a Gant, pensaba. ¡Lo habían convertido en un cobarde llorón! No; si yo me muero, no quiero familia a mi alrededor. ¡Echando su puerco aliento en tu cara! ¡Resoplando por sus puercas narices! ¡Apretujándose a tu alrededor hasta que no puedes respirar! Diciéndote con cordiales sonrisas el buen aspecto que tienes, y gimiendo a tus espaldas. ¡Oh, puerca, puerca, puerca muerte! ¿Acaso no podremos vivir nunca solos, pensar a solas, vivir en una casa a solas? ¡Ah! ¡Pero yo sí que lo haré! ¡Yo sí! Solo, solo, y lejos, bajo la lluvia. Entonces, irrumpiendo de pronto en el estudio, encontraba a Elk Duncan con los inexpertos ojos fijos en una página de Torts, como un alegre pájaro inmovilizado por la mirada hipnótica de esa serpiente que es la ley.

—¿Vamos a morir como ratas? —dijo un día—. ¿Vamos a pudrirnos en un agujero?

—¡Maldición! —dijo Elk Duncan, cerrando el gran volumen encuadernado en piel y encogiéndose defensivamente detrás de él.

—Sí, está bien, está bien. Tranquilízate. Tú eres Napoleón Bonaparte y yo soy tu viejo amigo, Oliver Cromwell. ¡Harold! —gritó—. ¡Auxilio! Ha matado al guardián y se ha escapado.

—¡Gene! —chilló Harold Gay, arrojándole uno de sus gruesos volúmenes, bajo el hechizo de los grandes nombres pronunciados por Elk—. ¿Qué sabes tú de historia? ¿Quién firmó la Carta Magna? ¡Dilo!

—No fue firmada —dijo Eugene—. El rey no sabía escribir. Por consiguiente, le puso un sello.

—¡Correcto! —rugió Harold Gay—. ¿Quién era Aethelred el Lerdo?

—Era hijo de Cynewulf el Tonto y de Undine la Sucia —dijo Eugene.

—Por parte de su tía Jasper —dijo Elk Duncan—, estaba emparentado con Pablo el Sifilítico y con Genoveva la Agarrada.

—Fue excomulgado por el papa en una bula del año 903, pero no se dejó amilanar —dijo Eugene.

—Al contrario, convocó al clero local, incluido el arzobispo de Canterbury, doctor Gay, que fue elegido papa —dijo Elk Duncan—. Esto provocó un gran cisma en la Iglesia.

—Pero como de costumbre, Dios se puso de parte de los que tenían más cañones —dijo Eugene—. Más tarde, la familia emigró a California e hizo fortuna en la Carrera del Oro de 1849.

—Muchachos, ¡sois demasiado buenos para mí! —chilló Harold Gay, poniéndose bruscamente en pie—. ¡Vamos! ¿Quién quiere ir al Pic?

El Pic era la única diversión comparable que ofrecía regularmente el pueblo. Era un cine frecuentado por la noche por una vocinglera tribu de estudiantes que corrían por los pasillos pavimentados con cáscaras de cacahuets, entre una rociada de granos del mismo fruto, deliberadamente dirigidos durante el resto de la velada contra las infelices cabezas y cogotes de los novatos, y menos hábilmente, pero con rugidos de aprobación, de indignación o de consejo, contra el pobre y fugaz baile de los muñecos que pasaban ilegiblemente por la raída y arrugada pantalla. Una cansada pero laboriosa joven de cuello largo y flaco aporreaba casi constantemente un estropeado piano. Y si descansaba cinco minutos, toda la jauría aullaba sarcásticamente, pidiendo: «¡Música, Myrtle! ¡Música!».

Era necesario hablar a todo el mundo. Si uno hablaba a todo el mundo, era «democrático»; si no lo hacía, era un esnob y obtenía pocos votos. La valoración de la personalidad, como todas las valoraciones que hacían los estudiantes, era torpe y ruda. Recelaban de todo lo sobresaliente. Sentían una fuerte hostilidad campesina contra todo lo desacostumbrado. ¿Un hombre era brillante? ¿Tenía una chispa de genio? ¡Malo, malo! No había que confiar en él; no era seguro. El lugar era un microcosmos democrático, un hervidero de intereses políticos: nacionales, regionales, estudiantiles.

El campus, a semejanza del estado, tenía sus candidatos, sus directores, sus jefes, sus máquinas. El joven aprendía en la universidad el arte político que desarrollaría más tarde en los asuntos del partido. El hijo de un político era adiestrado por su ingenioso progenitor antes de que hubiese bozo en sus mejillas; a los dieciséis años, su vida había sido ya orientada hacia las funciones de gobierno o la soberbia dignidad de miembro del Congreso. El muchacho llegaba a la universidad para cebar y montar deliberadamente sus primeras trampas, y deliberadamente contraía amistades que probablemente lo

beneficiarían más tarde. Si era afortunado, tenía desde el primer año un guía político que dirigía sus ambiciones en el campus; se movía con circunspección y hablaba con cierta pomposidad, hábilmente compensada con cordialidad.

«¡Oh, caballeros!» «¿Cómo están ustedes, caballeros?» «Hace un buen día, caballeros.»

La vasta campiña del mundo exhibía sus ilimitadas maravillas, pero pocos se dejaban seducir hasta el punto de abandonar la fortaleza del estado, pocos oían alguna vez los ecos lejanos de una idea. La mayor gloria para ellos era un puesto en el Senado, y el camino hacia esta gloria —el camino hacia todo poder, dignidad o distinción— pasaba por el Derecho, la corbata de lazo y el sombrero. De aquí la política, las facultades de Derecho, las sociedades de reflexión y la oratoria. Había que arrancar a voluntad el aplauso de la asamblea de oyentes.

Desde luego, los patanes empuñaban las riendas: constituían las nueve décimas partes del cuerpo estudiantil. A ellos correspondía otorgar los nobles títulos, y tenían buen cuidado en que su mundo quedase a salvo para la rusticidad y las virtudes caseras. Generalmente, aquellas dignidades —presidencias de cuerpos estudiantiles, de clases y de la Asociación de Jóvenes Cristianos y dirección de equipos atléticos— eran concedidas a algún honrado siervo que había demostrado su grandeza detrás de un arado antes de trabajar en el campo universitario, o a algún diligente peón que había dado muestras de una mediocridad satisfactoria en todos los aspectos. Este peón diligente era llamado «hombre cabal». Era fiel, sensato y digno de confianza. Nunca tendría opiniones propias. Era la bella flor de la instrucción universitaria. Suplente en el equipo de rugby, era respetado por su conocimiento de todas las asignaturas. Era el Número Dos universal. Siempre era el Dos en todo, salvo en Carácter Moral, donde brillaba con un Uno superlativo. Si no se dedicaba a la abogacía o al ministerio, era nombrado becario de Rhodes.

En este extraño lugar, Eugene se desenvolvió de un modo asombroso. Estaba a salvo de la envidia popular: saltaba a la vista que no era digno de confianza, que no era sensato, que era, decididamente, una persona irregular. Nunca podría ser un «hombre cabal». Evidentemente, nunca sería gobernador. Evidentemente, nunca sería político, porque decía cosas muy raras. Era incapaz de dirigir una clase o de rezar una oración; era un hombre para empresas curiosas. Bueno, pensaban los otros con benevolencia, necesitamos tipos como él. No todos estamos hechos para asuntos enjundiosos.

Él era más feliz de lo que había sido nunca en su vida, y más descuidado. Su soledad física era más completa y más agradable. Su liberación del gélido horror de la enfermedad y el histerismo y la muerte inminente, que se cernía sobre su abrumada familia, le producía una impresión de flotación aérea, de



libertad embriagadora. Había llegado solo, sin compañeros, al lugar. No tenía relaciones. Ni siquiera ahora tenía un amigo íntimo. Y este aislamiento lo favorecía. Todos lo conocían de vista; todos lo llamaban por su nombre y le hablaban amablemente. Nadie le tenía antipatía. Se sentía feliz, lleno de un gozo expansivo; saludaba a todos con placer y entusiasmo. Sentía una enorme ternura, un afecto cegador por todo el mundo maravilloso y desconocido. Hallándose solo, estaba más cerca que nunca del sentimiento de fraternidad. Le invadía una profunda indiferencia por todo lo aparente. La alegría fluía como un vino generoso por sus jóvenes y ágiles miembros; corría por los senderos lanzando gritos salvajes, saltando con el ardor de un mono, tratando de enfocar el deseo que lo consumía, de fundir en una bala toda su pasión amorfa y, con ella, matar a la muerte, matar al amor. Empezó a integrarse en todo. Nunca había «pertenecido» a ningún grupo, pero ahora todos los grupos lo solicitaban. Sin gran esfuerzo por su parte, había conseguido una plaza en la redacción del diario y de la revista de la facultad. El goteo inicial de distinciones se convirtió en chorro; primero débil y después copioso. Fue iniciado en hermandades literarias, dramáticas, teatrales, de declamación, periodísticas y, en primavera, en la hermandad social. Se inscribió con entusiasmo, se sometió con fanático regocijo a las duras ordalías de las iniciaciones, y salió de ellas cojeando y dolorido, más contento que un niño o que un salvaje, con cintas de colores en la solapa, y lleno el chaleco de alfileres, insignias, símbolos y letras griegas.

Pero sus títulos no le habían llegado de rositas. El principio del otoño fue gris y macilento: no podía librarse de la sombra de Laura. Ella lo perseguía. Cuando fue a casa por Navidad, los montes le parecieron yermos y cerrados, y la villa, oscura y entumecida en la triste mezquindad del invierno. Su familia mostraba una alegría ridícula y desesperada.

—Bueno —dijo tristemente Eliza, mirando por encima del fogón—, trataremos todos de estar alegres esta vez y de gozar una Navidad tranquila. ¡Nunca se sabe! —se interrumpió y sacudió la cabeza. Tenía los ojos húmedos—. Quizá estemos todos juntos por última vez. ¡El viejo mal! ¡El viejo mal! —dijo roncamente, volviéndose a Eugene.

—¿Qué viejo mal? —dijo él, con irritación—. Santo Dios, ¿por qué tanto misterio?

—¡Mi corazón! —suspiró ella, sonriendo valerosamente—. No he dicho nada a nadie. Pero la semana pasada... pensé que me moría —declaró, en un susurro ominoso.

—¡Oh, Dios mío! —gruñó él—. Tú nos enterrarás a todos.

Helen estalló en una ronca y furiosa carcajada, mirando el hosco semblante de Eugene y pinchando rudamente a este con sus grandes dedos.

—¡Ja-ja-ja-ja-ja! ¿Has visto que fallase esto alguna vez? ¿Lo has visto? Si acudes a ella quejándote de haber perdido un riñón, te encontrarás con que a ella le ocurre algo peor. ¡No, señor! ¡Nunca falla!

—¡Podéis reiros! ¡Podéis reiros! —dijo Eliza, con llorosa sonrisa de amargura—. Pero quizá no estaré aquí dentro de poco, para que sigáis burlándoos de mí.

—¡Por el amor de Dios, mamá! —gritó la joven, con irritación—. Tú no tienes nada. ¡No estás enferma! El enfermo es papá. Él sí que necesita cuidados. ¿No te das cuenta de que... se está muriendo? Puede que no pase el invierno. ¡Y yo también estoy enferma! Tú nos enterrarás a los dos.

—Nunca se sabe —dijo misteriosamente Eliza—. Nunca se sabe quién se irá primero. La semana pasada fue el señor Cosgrave, con el buen aspecto que tenía...

—¡Se van! —gritó Eugene, riendo como un loco y saltando frenéticamente en la cocina—. ¡Señor! ¡Se van!

En este momento, una de las viejas arpías —siempre había dos o tres en la casa durante el triste invierno— vino tambaleándose del pasillo y se plantó en el umbral. Era una bruja alta y huesuda, tomadora de drogas confirmada, que se movía a violentas y discordantes sacudidas de los flacos miembros y arañaba el aire con sus nudosas manos.

—Señora Gant —dijo, torciendo horriblemente los flácidos y grises labios antes de poder hablar—. ¿He tenido carta? ¿Lo ha visto usted?

—¿Si he visto a quién? —preguntó malhumorada Eliza—. No sé de qué me habla, y creo que tampoco usted lo sabe.

Sonriéndoles horriblemente a todos y lanzando zarpazos al aire, el monstruo siguió su camino y desapareció como una carreta con las ruedas flojas. Helen se echó a reír, roncamente, mientras Eugene agachaba la cara y entreabría la boca con una expresión de enfurruñada estupefacción. Eliza rio también, disimuladamente, frotándose con un dedo la nariz.

—¡Hay que ver! —dijo—. Creo que está chalada. Seguro que toma alguna clase de droga. Cuando anda por ahí, me pone la carne de gallina.

—Entonces, ¿por qué la tienes en casa? —dijo agriamente Helen—. ¡Por el amor de Dios, mamá! Podrías librarte de ella si quisieras. ¡Pobre Gene! —dijo, echándose a reír de nuevo—. Siempre llegas en el mejor momento, ¿no?

—Se acerca la hora del nacimiento de Cristo —dijo piadosamente él.

Su madre rio; después, con ojos abstraídos, se acarició vagamente el fuerte mentón.

Su padre pasaba la mayor parte del día mirando estúpidamente el fuego del salón. La señorita Florry Mangle, la enfermera, le daba el morboso consuelo de su silencio; se mecía incesantemente ante la chimenea, a razón de treinta oscilaciones por minuto, con los brazos estrechamente cruzados sobre los flácidos senos. Ocasionalmente, hablaba de la muerte y de las enfermedades. Gant había envejecido y desmejorado de un modo impresionante. La gruesa ropa colgaba alrededor de sus débiles miembros; su cara tenía la transparencia de la cera: era como una máscara grande. Parecía limpio y frágil. «El cáncer —pensaba Eugene— medraba en él como una terrible pero hermosa planta.» Tenía clara la mente, sin lagunas, pero triste y vieja. Hablaba poco, con gentileza casi cómica, pero dejaba de escuchar casi en cuanto le respondían.

—¿Cómo te ha ido, hijo? —preguntó—. ¿Marcha todo bien?

—Sí. Ahora soy reportero del periódico, y puede que el año próximo sea director. Me han elegido para varias organizaciones —explicó Eugene ansiosamente, aprovechando gozoso la rara oportunidad de hablar de su vida con uno de los suyos.

Pero cuando miró a su padre, este había fijado ya la triste mirada en el fuego. El chico se interrumpió, confuso, sintiendo una fuerte punzada de dolor.

—Así me gusta —dijo Gant, advirtiendo su silencio—. Sé bueno, hijo. Estamos orgullosos de ti.

Ben vino al hogar dos días antes de Navidad; rondaba por la casa como un fantasma familiar. Había salido de la ciudad a principios de otoño, después de regresar de Baltimore. Durante tres meses había viajado solo por el Sur, vendiendo a los comerciantes de las pequeñas poblaciones espacios para anuncios en tarjetas de lavandería. No dijo a nadie si su curioso negocio había tenido éxito; era escrupulosamente sincero, pero huraño y de pocas palabras, y más reservado que nunca. Al fin había encontrado empleo en el periódico de un rico pueblo del tabaco de Piedmont. Iría allí después de Navidad.

Como siempre, había traído regalos para todos.

Luke llegó de la escuela naval de Newport la víspera de Navidad. Lo oyeron saludar a la gente en la calle con su voz sonora de tenor; entró en la casa levantando una ráfaga de aire. Todos le sonrieron.

—Bueno, ¡aquí estoy! ¡El almirante ha vuelto! ¿Cómo estás, papá? ¡Ya veo que muy bien! —gritó, abrazando a Gant y dándole palmadas en la espalda—. Pensé que iba a encontrarme con un enfermo, y estás como una flor en primavera.

—Bastante bien, hijo. ¿Cómo estás tú? —dijo Gant, sonriendo complacido.

—No podría estar mejor, coronel. ¿Y tú, Gene, viejo scout? ¡Bravo! —

dijo, sin esperar respuesta—. Vaya, y aquí está el viejo pelón —exclamó, sacudiendo la mano de Ben—. No sabía si estarías o no aquí. Mamá, mi vieja —dijo, abrazándola—, ¿cómo van las cosas? Viento en popa como siempre, ¿no? ¡Estupendo! —gritó, antes de que nadie pudiese responderle.

—Pero, hijo, ¿qué es eso? —exclamó Eliza, echándose atrás para mirarlo—. ¿Qué te has hecho? Andas como si estuvieses cojo.

Él rio tontamente al ver su inquieto semblante y la pinchó:

—¡Oh! ¡Oh! Me torpedeó un submarino —dijo, y añadió modestamente—: No es nada. Di un poco de piel para auxiliar a un compañero de la escuela de electricidad.

—¿Qué? —chilló Eliza—. ¿Cuánto diste?

—¡Bah! Solo una tira de un palmo —dijo tranquilamente él—. El muchacho sufrió graves quemaduras, y nos juntamos unos cuantos para darle un poco de pellejo.

—¡Dios mío! —dijo Eliza—. Te quedarás cojo para toda la vida. Es un milagro que puedas andar.

—¡Ese chico piensa siempre en los demás! —dijo con orgullo Gant—. Te daría la sangre de su corazón.

El marinero se había procurado una maleta extra y, durante el viaje a casa, la había llenado de un gran surtido de bebidas para su padre. Había varias botellas de whisky escocés y de whisky de centeno, dos de ginebra, una de ron, una de oporto y una de jerez.

Todos estaban ya un poco alegres antes de cenar.

—Démosle un trago al pobre muchacho —dijo Helen—. No le hará daño.

—¡Cómo! ¡Mi pe-que-ño! Tú no quieres beber, ¿verdad, hijo? —dijo Eliza, en son de chanza.

—¡Claro que no! —dijo Helen, pinchando a Eugene—. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Le sirvió un buen trago de whisky escocés.

—¡Toma! —dijo alegremente—. Esto no le hará daño.

—Hijo —dijo gravemente Eliza, mirando su vaso de vino—. No quiero que te aficiones a esto.

Seguía fiel a la doctrina del buen comandante.

—No —dijo Gant—. Si lo hicieses, te arruinaría más deprisa que cualquier otra cosa.

—Si ese mejunje se apodera de ti, despídete de este mundo, chico —dijo Luke—. Sigue el consejo de un tonto.

Todos le prodigaron sabias advertencias mientras él levantaba el vaso. Eugene se atragantó al llegar el fuerte licor a su garganta, impidiéndole respirar y poniendo lágrimas en sus ojos. Había bebido alguna vez con anterioridad: pequeñas cantidades que su hermana le había dado en la calle Woodson. Y en una ocasión, estando con Jim Trivett, pensó que se había achispado.

Cuando hubieron comido, bebieron de nuevo. A Eugene le dejaron tomar un vaso pequeño. Después se marcharon a la ciudad para hacer las últimas compras. Él se quedó solo en la casa.

Lo que había bebido fluía agradablemente por sus venas en cálidas pulsaciones, bañando las puntas de sus irritados nervios, dándole una impresión de fuerza y de tranquilidad que nunca había experimentado. Al cabo de un rato fue a la despensa donde habían guardado el licor. Tomó un vaso de agua y quiso hacer una prueba, llenándolo de whisky, ginebra y ron, a partes iguales. Después se sentó a la mesa de la cocina y empezó a beber lentamente la mezcla.

El terrible brebaje lo puso fuera de combate con la rapidez y la fuerza del puño de un hombre. Se emborrachó en el acto, y supo inmediatamente por qué bebían los hombres. Comprendió que era uno de los grandes momentos de su vida; observó afanosamente el dominio de la uva sobre su carne virgen, como la joven que se entrega por primera vez en brazos de su amante. Y de pronto, supo que era enteramente hijo de su padre, y enteramente gantiano, con el poder añadido y el refinamiento exquisito de la sensación. Se alegró de la exagerada longitud de sus miembros y de su cuerpo, a través de los cuales podía el licor ejercer su embrujo con más eficacia. No había en el mundo nadie como él, nadie que pudiese mostrarse tan sublime y magníficamente borracho. Era más grande que toda la música que había oído jamás; era tan grande como la más elevada poesía. ¿Por qué no se lo habían dicho nunca? ¿Por qué no habría escrito nadie adecuadamente sobre esto? ¿Por qué, si era posible comprar un dios en una botella, y beberlo y convertirse uno mismo en dios, no estaban siempre borrachos los hombres?

Pasó por un momento de inmenso asombro, el magnífico asombro con que descubrimos las cosas simples e indecibles que yacen enterradas en nosotros, conocidas pero nunca confesadas. Así debía sentirse el hombre que despertaba después de la muerte y se encontraba en el cielo.

Entonces invadió su carne una parálisis divina. Tenía los miembros entumecidos, y su lengua espesó hasta que no pudo doblarla para dar a las palabras el sonido requerido. Habló en voz alta, repitiendo una y otra vez

frases difíciles, soltando desaforadas carcajadas y gozando con su esfuerzo. Detrás de su cuerpo embriagado, su cerebro se cernía como un halcón, mirándolo con desprecio, con ternura, observando su risa con dolor y compasión. Había algo en él que no podía ser visto ni tocado, que estaba por encima y más allá de él, como un ojo dentro de un ojo o un cerebro sobre un cerebro: el Desconocido que moraba en él y lo miraba y era él, y al que él no conocía. Pero, pensó: «Ahora estoy solo en esta casa; si puedo llegar a conocerlo, lo conoceré».

Se levantó y se alejó tambaleándose de aquellas extrañas presencias que eran la luz y el calor de la cocina; salió al vestíbulo, donde ardía una pálida lámpara y las altas paredes proyectaban un frío húmedo y sepulcral. «Esto — pensó — es la casa.»

Se sentó en el duro sillón frailuno y escuchó el frío goteo del silencio. Esta es la casa en la que he estado desterrado. Hay un extraño en la casa, y hay un extraño dentro de mí.

¡Oh casa de Admeto en la que (aunque yo era un dios) he soportado tantas cosas! Ahora, casa, ya no tengo miedo. Ningún fantasma debe temer acercarse a mí. Si hay una puerta en silencio, déjala abierta. Mi silencio puede ser mayor que el tuyo. Y tú que estás en mí, y que eres yo, sal de esta callada concha de carne que no pretende negarte. No hay nadie que nos mire. ¡Oh, ven, hermano y señor mío, sin ocultar la cara! Si tuviese cuarenta mil años, los daría todos al silencio, salvo los últimos noventa. Crecería sobre la tierra como una colina o una roca. Destejería la tela de las noches y los días; devanaría mi vida hacia atrás hasta mi nacimiento; volvería a la desnudez y me construiría de nuevo con todos los sumandos que nunca conté. O déjame mirar el rostro vivo de la oscuridad; déjame oír la terrible sentencia de tu voz.

Pero no había más que el silencio viviente de la casa; ninguna puerta estaba abierta.

Ahora se levantó y salió de casa. Sin chaqueta y sin sombrero; no había podido encontrarlos. La noche estaba envuelta en una espesa niebla; los sonidos llegaban débiles y alegres. El ambiente navideño llenaba ya la tierra. Eugene recordó que no había comprado regalos. Llevaba unos pocos dólares en el bolsillo; tenía que comprar obsequios para la familia antes de que cerrasen las tiendas. Con la cabeza descubierta, echó a andar hacia la villa. Sabía que estaba borracho y que hacía eses; pero pensaba que, con un poco de cuidado y de fuerza de voluntad, podía ocultar su estado a cualquiera que lo viese. Caminó sobre la línea que discurría en medio de la acera de hormigón, fijando en ella la mirada y volviendo rápidamente a ella en cuanto se desviaba. Al penetrar en la ciudad, las calles bullían de compradores retrasados. Todo tenía un aire de consumación. La gente volvía a casa para Navidad. Eugene

pasó de la plaza a la estrecha avenida, deslizándose entre los curiosos transeúntes. Mantenía los ojos fijos en la raya que tenía delante. No sabía adónde ir. No sabía qué comprar.

Al llegar a la entrada de Wood's, oyó las carcajadas de los ociosos galanes. Un instante después se halló ante las caras amistosas y sonrientes de Julius Arthur y Van Yeats.

—¿Adónde diablos piensas que vas? —preguntó Julius Arthur.

Trató de explicarse, pero solo una jerga estropajosa brotó de sus labios.

—Está borracho como una cuba —dijo Van Yeats.

—Cuida de él, Van —dijo Julius—. Mételo en un portal, para que no lo vea nadie de su familia. Yo iré a buscar el coche.

Van Yeats lo apoyó cuidadosamente en la pared; Julius Arthur se metió rápidamente en la calle Church y, al cabo de un momento, detuvo el coche junto al bordillo. Eugene tenía una enorme propensión a dejarse caer sobre el soporte que se hallaba más cerca. Echó los brazos sobre los hombros de los dos jóvenes y se derrumbó. Ellos lo introdujeron en el asiento de delante entre los dos. Sonaron campanadas en alguna parte.

—¡Ding-dong! —dijo alegremente Eugene—. ¡Na-vi-dad!

Los otros le respondieron con fuertes carcajadas.

Cuando llegaron, la casa estaba aún vacía. Lo bajaron del coche y subieron a trompicones la escalera, cargando con él. Él lamentaba bastante la ruptura de su compañerismo.

—¿Dónde está tu habitación, Gene? —dijo Julius Arthur, jadeando, al entrar en el vestíbulo.

—Lo mismo da una que otra —dijo Van Yeats.

La puerta del dormitorio de delante, frente al salón, estaba abierta. Lo metieron en ella y lo tumbaron sobre la cama.

—Quitémosle los zapatos —dijo Julius Arthur.

Desataron los cordones y lo descalzaron.

—¿Quieres algo más, hijo? —dijo Julius.

El trató de decirles que lo desnudasen, lo metiesen en la cama y cerrasen la puerta, al objeto de ocultar su estado a su familia; pero había perdido la facultad de hablar. Ellos lo miraron y sonrieron un momento, y salieron sin cerrar la puerta.

Cuando se hubieron marchado, Eugene siguió tumbado encima de la cama,

incapaz de moverse. No tenía noción del tiempo, pero su mente funcionaba con mucha claridad. Sabía que debía levantarse, cerrar la puerta y desnudarse. Pero estaba paralizado.

Al cabo de un rato, los Gant llegaron a casa. Solo Eliza estaba aún en la ciudad, sin acabar de decidirse sobre los regalos. Eran más de las once. Gant, su hija y sus dos hijos entraron en la habitación y miraron fijamente a Eugene. Cuando le hablaron, él se consumió impotente.

—¡Habla! ¡Habla! —gritó Luke, acercándose a él y sacudiéndolo vigorosamente—. ¿Te has vuelto mudo, idiota?

«Me acordaré de esto», pensó Eugene.

—¿No tienes orgullo? ¿No tienes dignidad? ¿Cómo has llegado a esto? —rugió dramáticamente el marinero, paseando arriba y abajo por la habitación.

«Pero ¿no se imagina él que es el mismísimo diablo?», pensó Eugene. No podía articular palabras, pero sí emitir irónicos sonidos al compás del sermón de su hermano.

—¡Tu-tu-tu-tu! ¡Tu-tu-tu-tu! ¡Tu-tu-tu-tu! —dijo, esforzándose en imitarlo.

Helen se inclinó riendo sobre él y le desabrochó el cuello. Ben sonrió un momento bajo el ceño fruncido.

¿No tienes eso? ¿No tienes aquello? ¿No tienes eso? ¿No tienes aquello? Se dejaba mecer por el ritmo de sus palabras. No, señora. Hoy hemos perdido la dignidad, pero tenemos un nuevo y rico caudal de amor propio.

—Bueno, basta —murmuró Ben—. No ha muerto nadie, ¿verdad?

—Calentad un poco de agua —dijo profesionalmente Gant—. Tiene que sacar todo eso de su estómago.

Ya no parecía viejo. En un maravilloso instante, su vida había brotado de su extenuada sombra, trayendo consigo un vigoroso nervio de salud y de actividad.

—Ahórrate la traca —dijo Helen a Luke, al salir de la habitación—. Y cierra la puerta. Por el amor de Dios, procura que mamá no se entere, si es que puedes.

«Este es un gran problema moral», pensó Eugene. Empezaba a sentirse mareado.

Helen volvió a los pocos minutos con un cazo de agua caliente, un vaso y una cajita de bicarbonato sódico. Gant administró despiadadamente la mezcla a Eugene, hasta que este empezó a vomitar. En el momento culminante de sus convulsiones, apareció Eliza. Él levantó torpemente la mareada cabeza y vio



su cara pálida en la puerta, y sus débiles ojos castaños que podían aguzarse y echar chispas cuando se despertaban sus recelos.

—¿Eh? ¿Eh? ¿Qué es eso? —dijo Eliza.

Pero, desde luego, supo inmediatamente lo que era.

—¿Qué decís? —preguntó vivamente.

Nadie dijo nada. Eugene le sonrió débilmente, divertido, a pesar de las náuseas y la congoja, al ver la falsa inocencia ciega que asumía ella siempre que hacía algún descubrimiento. Todos lo observaron y se echaron a reír.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Helen—. Ahí está. Confiábamos en que no llegarías hasta que esto hubiese terminado. Ven y mira a tu pequeño —dijo, jocosamente, sosteniendo la cabeza del muchacho con la palma de la mano para que estuviese más cómodo.

—¿Cómo te sientes, hijo? —preguntó amablemente Gant.

—Mejor —murmuró Eugene, descubriendo con bastante entusiasmo que su parálisis vocal no era permanente.

—Bueno, ¡ya lo veis! —dijo Helen, bastante amablemente, pero con recelosa satisfacción—. Esto ha sido solo para demostrar que todos nos parecemos. A todos nos gusta eso. Lo llevamos en la sangre.

—¡Una terrible maldición! —dijo Eliza—. Yo había esperado que al menos uno de mis hijos escapase a ella. Pero parece —añadió, rompiendo a llorar—, que pesa una condena sobre nosotros. Los pecados de los padres...

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó Helen con irritación—. ¡Basta ya! No va a morir por esto. Y le habrá servido de lección.

Gant se mordió el fino labio y se humedeció el gordo pulgar a su antigua manera.

—Ya sabía —dijo—, que tendría yo la culpa. Sí... si uno de ellos se rompiese una pierna, dirías lo mismo.

—¡Una cosa es segura! —dijo Eliza—. A ninguno de ellos le viene esta afición de mi familia. Digas lo que digas, el comandante Pentland no dejó entrar nunca una gota de licor en su casa.

—¡Al diablo el comandante Pentland! —dijo Gant—. Si hubieses dependido de él, habrías pasado hambre.

«O al menos habría pasado sed», pensó Eugene.

—¡Olvidadlo! —dijo Helen—. Estamos en Navidad. Procuremos que haya un poco de paz y tranquilidad una vez al año.

Cuando lo dejaron solo, el chico trató de imaginárselos arrullados por la dulzona tranquilidad que tan a menudo invocaban. «Los efectos —pensó— serían más desastrosos que todas las guerras.»

En la oscuridad, todo oscilaba espantosamente a su alrededor y dentro de él. Pero al fin se sumió en un pozo de sueño agitado.

Todos habían adoptado una actitud estudiada de perdón. Evitaban cuidadosamente toda alusión a su falta, llenos de piedad y de espíritu navideño. Ben no acentuaba el fruncimiento de ceño al mirarlo; Helen le sonreía y le pinchaba; Eliza y Luke, dulces y pesarosos, guardaban silencio. Pero su perdón sonaba estruendosamente en los oídos de Eugene.

Durante la mañana, su padre lo invitó a dar un paseo. Gant se mostraba confuso y remolón. Helen y Eliza le habían confiado la misión de amonestar amablemente a su hijo. Nadie como él para hacerlo con su rimbombante estilo, pero nadie menos adecuado que él para sembrar de flores de dulzura y de luz. Su genio era vivo, sus invectivas surgían al impulso de un momento, pero en esta ocasión no le servían los rayos que llevaba en su carcaj y no le gustaba en absoluto la misión que le habían confiado. Tenía una impresión de culpa personal; se sentía como el juez que tiene que multar por embriaguez a un acusado con el que ha ido de parranda la noche anterior. Además... ¿y si hubiese transmitido él a su hijo el instinto báquico que llevaba dentro?

Cruzaron la plaza en silencio, pasando junto a la fuente de helados bordes. Gant carraspeó nerviosamente varias veces.

—Hijo —dijo al cabo—, confío en que lo de la noche pasada te habrá servido de advertencia. Sería terrible que te dejases dominar por el whisky. No voy a reprenderte por ello: solo espero que hayas aprendido la lección. Deberías preferir la muerte a convertirte en un borracho.

¡Bien! Gracias a Dios, había terminado.

—¡Lo haré! —dijo Eugene.

Se sentía lleno de gratitud y alivio. ¡Qué buenos eran todos! Quería hacer apasionadas confesiones, grandes promesas. Trató de hablar. Pero no pudo. Tenía demasiado que decir.

Y así celebraron su Navidad, empezando por el consejo paterno y continuando con todos los actos de contrición, de amor y de ceremonia. Revistieron sus vidas salvajes con el ropaje social, cumpliendo con diligencia todas las formalidades y convenciones, y pensando: «Ahora somos como todas las demás familias»; pero se mostraban tímidos y cautelosos y estirados, como patanes vestidos de etiqueta.

Pero no podían guardar silencio. No eran mezquinos, y sí generosos;

sencillamente, no habían sido educados para refrenarse. Helen giraba en el viento del histerismo, en las fuertes e imprevisibles oleadas de su temperamento. A veces, cuando se hundía su vitalidad, ante el fuego, y escuchaba el largo maullido del viento en el exterior, casi odiaba a Eugene.

—¡Es ridículo! —dijo a Luke—. ¡Comportarse de esta manera! No es más que un chiquillo... tiene todo lo que quiere, ¡cuando nosotros no tuvimos nada! Ya ves las consecuencias, ¿no?

—Su educación universitaria lo ha estropeado —dijo el marinero, satisfecho de que su vela pudiese arder con más brillo en un mundo perverso.

—¿Por qué no hablas con mamá? —dijo Helen, con irritación—. Tal vez te escuche, ya que a mí no quiere escucharme. ¡Díselo! Ya viste cómo se lo echaba en cara al pobre papá, ¿no? ¿Crees tú que el viejo, enfermo como está, tiene la culpa? Y a fin de cuentas, Gene no es un Gant. Ha salido a la familia de ella. Es raro... ¡como todos ellos! ¡Nosotros somos Gant! —dijo, con amargo énfasis.

—Papá tuvo siempre alguna excusa —dijo el marinero—. Ha tenido que aguantar mucho.

Todas sus convicciones en asuntos de familia habían sido previamente refrendadas por su hermana.

—Quisiera que se lo dijese a ella. Con tanto atracarse de libros, Eugene no es mejor que nosotros. Si se imagina que va a mandar en mí, está muy equivocado.

—Me gustaría que tratase de hacerlo estando yo aquí —dijo severamente Luke.

El muchacho sufría un múltiple castigo; su primer gran error había sido estar, el mismo tiempo, tan lejos y tan cerca de ellos. Su problema actual se veía agravado por la combinación de las embestidas a Eliza contra su padre y el latente pero constante antagonismo entre madre e hija. Además, sufría directamente los machacones e irritantes ataques de Eliza. Estaba preparado para todo esto; eran ventoleras propias del temperamento de su madre (pensaba que lo quería igual que a todos los demás), y la hostilidad de Helen y Luke contra él era algo implacable, inconsciente, fundamental, nacido de la estructura de sus vidas. Él era uno de ellos, llevaba su marca inconfundible, pero no estaba con ellos, no era como ellos. Durante años le había desconcertado el tremendo enigma de su antipatía; sus ofrecimientos de calor y de afecto, cuando se producían, le resultaban extraños: los aceptaba con gratitud y con una sorpresa que no lograba disimular del todo. Por otra parte, se había encerrado en una concha de murria y silencio: hablaba muy poco en casa.

Aquel incidente y sus consecuencias lo corroían. Sentía que lo trataban injustamente, pero, al continuar el martilleo, bajaba la cabeza como un toro y cerraba la boca, contando las horas que faltaban para que terminasen sus vacaciones. Se volvía silenciosamente a Ben, pero era inútil. El hermano en quien confiaba, agriado y amargado por su propia decisión, fruncía severamente el ceño y lo fustigaba duramente con su lengua. Esto se hizo al fin insoportable. Se sentía traicionado, totalmente rechazado y sojuzgado.

El estallido se produjo tres noches antes de su partida, cuando se hallaba plantado, tenso y estólido, en el salón. Durante casi una hora, Ben había tratado con cruel monotonía, y al parecer deliberadamente, de provocar su ataque. Él lo había escuchado sin decir palabra, ardiendo de dolor y de furia, irritando aún más con su silencio al hermano mayor que buscaba una manera de desahogar su propia y diferente frustración.

—... y no te quedes ahí mirándome con esa cara, pequeño bribón. Todo lo que te digo es por tu bien. Solo trato de evitar que acabes siendo carne de presidio, ¿sabes?

—Lo peor —dijo Luke— es que no aprecias lo que se ha hecho por ti. Te lo han dado todo, y no tienes la sensatez necesaria para apreciarlo. La educación universitaria te ha echado a perder.

El muchacho se volvió despacio a Ben.

—Está bien, Ben —dijo—. Esto se acabó. Me importa un bledo lo que diga él, pero no lo aguantaré de ti.

Esta era la confesión que esperaba el mayor. Todos estaban de pésimo y endiablado humor.

—No me repliques, pequeño imbécil, si no quieres que te parta la cabeza.

El muchacho saltó sobre su hermano como un gato, lanzando un grito de rabia. Lo tumbó de espaldas como a un chiquillo, depositándolo suavemente sobre el suelo y arrodillándose encima de él, porque al instante le había impresionado la fragilidad de su adversario y la facilidad con que lo había dominado. Luchaba con esa mezcla de irritación y vergüenza que sienten los que tratan de aguantar sin estridencias el berrinche de un rapaz. Y estando así arrodillados sobre Ben y sujetándole los brazos, Luke cayó pesadamente sobre su espalda, lanzando gritos excitados, apretándole el cuello con un brazo y golpeando torpemente con el otro.

—Bueno, B-b-ben —farfulló—, agárrale las piernas.

Siguió un combate de lucha libre sobre el suelo, con un estruendo tal de cacharros y atizadores del fuego derribados y de sillas volcadas que Eliza salió al galope de la cocina.

—¡Socorro! —chilló al llegar a la puerta—. ¡Lo van a matar!

Pero, aunque dominado por los otros —«vencido, señor, pero no derrotado», según el orgulloso lenguaje del viejo Sur—, Eugene se defendía muy bien para su edad y siguió dando escalofríos a sus enemigos con extraños ruidos guturales, incluso después de ponerse todos en pie jadeando.

—C-c-creo que se ha vuelto loco —dijo Luke—. Saltó sobre nosotros sin una p-p-palabra de advertencia.

El héroe replicó a esto meneando la cabeza como un borracho, dilatando furiosamente las fosas nasales y lanzando otro aullido gutural.

—¿Adónde hemos ido a parar? —lloriqueó Eliza—. Cuando el hermano pega al hermano, parece que ha llegado el fin del mundo.

Levantó el mullido sillón, poniéndolo de nuevo sobre sus patas.

Cuando pudo hablar, Eugene dijo pausadamente, para dominar su temblorosa voz:

—Siento haberte atacado, Ben. Pero tú —dijo al excitado marinero—, saltaste sobre mi espalda como un cobarde. Sin embargo, siento lo ocurrido. Siento lo que hice la otra noche y lo que he hecho ahora. Te lo dije, y tú no quisiste dejarme en paz. Trataste de volverme loco con tus palabras. Y lo conseguiste. —Se atragantó—. No pensaba que te volvieses contra mí. En cuanto a los otros... ¡sé que me odian!

—¡Que te odiamos! —gritó excitadamente Luke—. ¡Por el amor de D-d-dios! Hablas como un estúpido. Solo tratamos de ayudarte, lo hacemos todo por tu bien. ¿Por qué habíamos de odiarte?

—Sí, me odiáis —dijo Eugene—, y os da vergüenza confesarlo. No sé por qué, pero es así. No lo confesaríais nunca, pero es la verdad. Y la verdad os da miedo. Pero contigo es diferente —dijo, volviéndose a Ben—. Hemos sido como hermanos... y ahora te vuelves contra mí.

—¡Oh! —balbució Ben, apartándose nerviosamente—. Estás loco. ¡No sé de qué estás hablando!

Encendió un cigarrillo, sosteniendo la cerilla con mano temblorosa.

Pero aunque el muchacho había empleado el lenguaje doliente y resentido de un chiquillo, sabían que había un fondo de verdad en lo que acababa de decir.

—¡Hijos, hijos! —dijo tristemente Eliza—. Debemos tratar de amarnos los unos a los otros. Procuremos pasar bien la Navidad... el tiempo que nos queda de ella. Puede ser la última que pasemos juntos. —Empezó a llorar—. ¡Mi vida ha sido tan dura! —dijo—. Una lucha y una agitación constantes. Creo

que merezco un poco de felicidad y de paz.

Ellos sentían ahora la antigua y amarga vergüenza: no se atrevían a mirarse. Pero el tremendo enigma de dolor y confusión que había mellado sus vidas los espantaba y acallaba.

—Nadie —empezó a decir Luke— se ha vuelto contra ti, Gene. Queremos ayudarte, que llegues a ser algo. Eres nuestra última oportunidad... Si el licor se apodera de ti, como se ha apoderado de todos nosotros, estarás perdido.

El muchacho se sentía muy cansado; su voz era grave y baja. Empezó a hablar con la aspereza de la desesperación; y lo hizo con una decisión irrefutable.

—¿Y cómo vas a lograr que el licor no se apodere de mí, Luke? —dijo—. ¿Atacándome por la espalda y tratando de estrangularme? Esto está a la altura de todo lo que has hecho para conocerme.

—¡Oh! —dijo irónicamente Luke—. Piensas que no te comprendemos, ¿eh?

—No —dijo Eugene a media voz—. No creo que me comprendáis. Tú no sabes nada de mí. Y yo no sé nada de ti... de ninguno de vosotros. He vivido aquí con vosotros, durante diecisiete años, y sigo siendo un desconocido. En todo este tiempo, ¿has hablado alguna vez conmigo como un hermano? ¿Me has dicho alguna vez algo de ti? ¿Has tratado alguna vez de ser un amigo o un compañero para mí?

—No sé qué quieres decir —respondió Luke—, pero todo lo hice con la mejor intención. En cuanto a hablarte de mí mismo, ¿qué quieres saber?

—Bueno —dijo lentamente Eugene—, tú tienes seis años más que yo; has estado en el colegio, has trabajado en grandes ciudades y ahora perteneces a la Marina de Estados Unidos. ¿Por qué actúas siempre como si fueses Dios omnipotente? —prosiguió con hiriente amargura—. ¡Sé lo que hacen los marines! ¡No eres mejor que yo! ¿Qué me dices del licor? ¿Qué me dices de las mujeres?

—No deberías hablar así delante de tu madre —dijo severamente Luke.

—No, hijo —dijo Eliza, con voz turbada—. No me gusta esta manera de hablar.

—Entonces lo haré de otra —dijo Eugene—. Pero esperaba que dijese eso. No queremos llamar las cosas por su nombre, aunque estemos dispuestos a decirnos lo peor. Llamamos nobleza a la ruindad y honor al odio. Para convertirme en héroe, me haces pasar a mí por un bribón. Tampoco admitirás esto, Luke, pero es verdad. Bueno, no hablemos de las damas, blancas o negras, a quienes conozcas o dejes de conocer, porque te sentirías incómodo.

Bueno, puedes seguir haciendo el papel de Dios y yo escucharé tus consejos como un niño en la escuela dominical. Pero preferiría leer los diez mandamientos, donde todo está escrito más corto y mejor.

—Hijo —repitió Eliza, con su antigua expresión de inquietud y frustración—, tenemos que esforzarnos por seguir juntos.

—No —dijo él—. Prefiero estar solo. He hecho aquí mi aprendizaje con vosotros durante diecisiete años, pero esto se acabó. Ahora sé que tengo que escapar; sé que no he cometido ningún delito grave contra vosotros, y ya no me asustáis.

—¡Cómo, hijo! —dijo Eliza—. Hemos hecho por ti cuanto hemos podido. ¿De qué delitos te hemos acusado?

—De respirar vuestro aire, de comer vuestra comida, de morar bajo vuestro techo, de llevar vuestra vida y vuestra sangre en mis venas, de aceptar vuestros sacrificios y privaciones, y de mostrarme ingrato por todo esto.

—Todos deberíamos sentir gratitud por lo que tenemos —dijo sentenciosamente Luke—. Muchos darían el ojo derecho por tener las oportunidades que te hemos dado.

—¡No me habéis dado nada! —dijo Eugene, alzando la voz en un arranque de pasión—. No volveré a andar encorvado en esta casa. Las oportunidades que he tenido las conseguí yo solo a pesar de todos vosotros y contra vuestra oposición. Me enviasteis a la universidad cuando no pudisteis hacer otra cosa, cuando, si no lo hubieseis hecho, os habríais deshonrado ante la gente de la ciudad. Me echasteis cuando los Leonard me habían educado durante tres años; lo hicisteis un año demasiado pronto, cuando solo tenía dieciséis, y me enviasteis allí con una caja de bocadillos, dos juegos de ropa e instrucciones para que fuese buen chico.

—También te enviaron algún dinero —dijo Luke—. No lo olvides.

—Si lo olvidase, sería el único capaz de hacerlo —respondió el muchacho—. Porque esto es en realidad lo que está detrás de todo, ¿no? El delito que cometí la otra noche no fue emborracharme, sino hacerlo sin pagarlo con mi dinero. Si me hubiese portado mal en la universidad pagándolo de mi bolsillo, no os habríais atrevido a decir nada, pero si me porto bien con el dinero que me disteis, tenéis que recordarme vuestra bondad y mi indigencia.

—¡Cómo, hijo! —dijo diplomáticamente Eliza—. Nadie ha censurado tu comportamiento en el trabajo. Estamos orgullosos de ti.

—Pues no debéis estarlo —dijo hoscamente él—. He derrochado mucho tiempo y algún dinero. Pero he sacado algo por ello, más que la mayoría, y pagaré vuestro salario con el trabajo que os merecíais; no os doy las gracias de

nada.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo vivamente Eliza.

—He dicho que no os doy las gracias de nada; pero lo retiro.

—¡Así está mejor! —dijo Luke.

—Sí, tengo mucho que agradecerlos —dijo Eugene—. Doy gracias por toda la lujuria y toda la codicia que fluyeron en la sangre contaminada de mis nobles antepasados. Doy gracias por todos los mezquinos dones que un día pueden caer sobre mí. Doy gracias por el amor y la piedad que me restregaron contra el lavadero el día antes de mi nacimiento. Doy gracias por la puerca campesina que me cuidó y dejó que el sucio vendaje se pudiese sobre mi ombligo. Doy gracias por cada golpe y cada maldición que recibí de cada uno de vosotros durante mi infancia, por las sucias celdas que me disteis para dormir, por los diez millones de horas de crueldad y de indiferencia, y por los treinta minutos de consuelo barato.

—¡Desnaturalizado! —murmuró Eliza—. ¡Hijo desnaturalizado! Serás castigado por esto, si hay un Dios justo en el cielo.

—¡Oh, lo hay! ¡Estoy seguro! —gritó Eugene—. Porque ya he sido castigado. Pero por Dios que pasaré el resto de mi vida tratando de recobrar mi corazón, curando y olvidando todo el mal que me hicisteis cuando era un chiquillo. Lo primero que hice, al abandonar la cuna, fue arrastrarme hacia la puerta, y todo lo que he hecho desde entonces ha sido un esfuerzo para escapar. Y ahora me he librado por fin de todos vosotros, aunque podéis retenerme unos pocos años más. Si no estoy libre, me he encerrado al menos en mi propia cárcel, y encontraré algo bello, pondré un poco de orden en esta selva que es mi vida. Encontraré la manera de salir de ella, aunque me cueste otros treinta años.

—¿Solo? —dijo Eliza, con su antiguo recelo—. ¿Adónde vas a ir?

—¡Ah! —dijo él—. No estabas mirando, ¿eh? Porque ya me he ido.

## TREINTA Y TRES

Durante los pocos días que le quedaban de vacaciones, pasó casi todo el tiempo fuera de casa, entrando solo en ella para comer rápidamente y casi en silencio, y para acostarse a avanzadas horas de la noche. Esperaba la partida como espera el preso la puesta en libertad. El doloroso preludio del viaje —ojos lacrimosos en el andén, súbitas radiaciones de calor hético, declaraciones de cariño al sonar el silbato— le dejaba esta vez indiferente. Empezaba a



descubrir que los conductos lacrimales, como las glándulas sudoríparas, estaban implantados en la dermis y lanzaban fácilmente sus destellos salinos a la simple vista de una locomotora. Por consiguiente, adoptaba el aire indiferente del caballero que se dispone a pasar un agradable fin de semana y espera la llegada del transbordador entre la ruidosa multitud.

Bendecía las palabras con que había definido felizmente su posición de asalariado. Expresaban y confirmaban una actitud, y lo protegían en cierto modo de las constantes traiciones del sentimiento. Durante la primavera trabajó estupendamente en actividades provechosas, sabiendo que ellos oirían el tintineo del dinero. Escribía concienzudamente dando los detalles de sus distinciones; su nombre apareció más de una vez en los indulgentes periódicos de Altamont. Gant guardaba con orgullo los recortes y los leía en público siempre que podía.

El muchacho recibió dos breves y torpes cartas de Ben, que trabajaba ahora a ciento sesenta kilómetros de distancia, en la ciudad del tabaco. Eugene lo visitó en Pascua y se alojó en su pensión, donde el infalible destino había arrojado a Ben en los acogedores brazos de una viuda de cabellos grises. Tenía esta menos de cincuenta años y era una mujer guapa y tonta que le pinchaba y le gastaba bromas como a un niño pequeño muy querido. Lo llamaba —riendo tontamente— «Ricitos», a lo que respondía él con su acostumbrada y quejosa apelación a su Hacedor. «¡Oh, Dios mío! ¡Escucha eso!» Había vuelto ella a una niñez asombrosamente retozona y daba rienda suelta a su jocosidad saltando de pronto sobre Ricitos, punzándolo con fuerza entre las costillas y escapando con un triunfal: «¡Ah! ¡Esta vez te he pillado!».

Flotaba siempre en aquella población un olor a tabaco fresco que atacaba la nariz con su picante y acre aroma. Esto sorprendía desagradablemente al forastero que acababa de llegar en el tren, pero todos los residentes lo negaban y decían: «No; aquí no hay ningún olor». Y al cabo de un día, el forastero tampoco podía percibirlo.

El día de Pascua por la mañana, se levantó bajo la luz azul y fue con los otros peregrinos al cementerio moravo.

—Tienes que verlo —le dijo Ben—. Es una costumbre famosa: viene gente de todas partes.

Pero el hermano mayor no fue. Siguiendo a las nutridas bandas de trompetas y estruendosos trombones, grandes multitudes entraron en el extraño lugar de enterramiento donde todas las lápidas yacían planas sobre las tumbas, símbolo, según decían, de la muerte que todo lo iguala. Pero el son de las trompetas despertó de nuevo en él la antigua y fantasmagórica fantasía; las lápidas le hicieron pensar en otros tantos manteles, y tuvo la impresión de que asistía a algún oscuro banquete.

La primera se extendía de nuevo sobre la tierra como un ligero y brillante rocío: todos los que habían muerto regresaban extraña y alegremente convertidos en flores y retoños. Ben caminaba por las calles de la ciudad del tabaco con aire de asfódelo. Era extraño encontrar un fantasma en aquel lugar: su antigua alma discurría cansadamente junto a los ladrillos familiares y las jóvenes fachadas.

Había una plaza en terreno elevado; en el centro, el palacio de justicia. Los coches estaban aparcados en filas apretadas. Los jóvenes haraganeaban en el colmado.

«¡Qué real es esto! —pensaba Eugene—. Es como si siempre lo hubiésemos conocido y no necesitásemos verlo. La villa no habría parecido extraña a Tomás de Aquino... pero este se lo habría parecido a ella.»

Ben seguía caminando, saludando a los comerciantes con un grave fruncimiento del ceño, acercando el cráneo a sus cráneos redondos y prácticos sobre los mostradores... como un fantasma pidiendo consejo en voz baja y monótona.

—Este es mi hermano menor, señor Fulton.

—¡Hola, hijo! ¡Vaya si crecen altos en tu tierra, Ben! Bueno, si te pareces al viejo Ben, joven amigo, nos llevaremos bien. Aquí le tenemos en gran estima.

«Es como tener en gran estima a Balder en Connecticut», pensó Eugene.

—Solo llevo tres meses aquí —dijo Ben, incorporado sobre un codo en la cama y fumando un cigarrillo—. Pero ya conozco a todos los comerciantes importantes. Y me aprecian.

Miró rápidamente a su hermano y sonrió, con el tímido encanto de una confesión rara en él. Pero había desesperación y soledad en sus ardientes ojos. ¿Añoraba la montaña? ¿Añoraba el hogar? Siguió fumando.

—Ya lo ves, en cuanto te apartas de los tuyos piensan bien de ti. Nunca tendrás una oportunidad en casa, Gene. Te lo estropearán todo. Por el amor de Dios, lárgate en cuanto puedas... ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —dijo vivamente, alarmado al ver la mirada fija de su hermano. Al cabo de un momento prosiguió—: Arruinarán tu vida. Y a ella, ¿no puedes olvidarla?

—No —dijo Eugene, y añadió después de una breve pausa—: Su recuerdo ha vuelto una y otra vez durante toda la primavera.

Torció el cuello y lanzó un grito furioso.

La primavera transcurrió en un creciente zumbido de guerra. Los estudiantes mayores se marchaban sin ruido y corrían a alistarse. Los más

jóvenes permanecían tensos, esperando. La guerra no les causaba dolor; pensaban que era un gran desfile que podía coronarlos de gloria en un instante. Ríos de leche y miel fluían en el país. Circulaban rumores sobre un Eldorado al norte, entre la industria de guerra de la costa de Virginia. Algunos estudiantes habían estado allí el año anterior: contaban cuentos de salarios regios. Se podían ganar doce dólares al día, aun sin tener experiencia. Se podía hacer de carpintero con solo tener un martillo, una sierra y una escuadra. No se hacían preguntas.

La guerra no es la muerte para los jóvenes; la guerra es vida. La tierra no había llevado nunca un traje tan vistoso como aquel año. La guerra parecía desenterrar filones que nunca había conocido la nación: había un gran desdoblamiento y una gran exhibición de riqueza y de poder. Y de algún modo, esa riqueza imperial, esa manifestación de fuerza en hombres y dinero, se fundía en una música lírica. En la mente de Eugene, la riqueza y el amor y la gloria se disolvían en un ruido sinfónico: el mundo volvía a estar en la edad del mito y del milagro. Todo era posible.

Volvió a casa tenso como la cuerda de un arco y anunció su intención de marchar a Virginia. Hubo protestas, pero no lo bastante fuertes para impedirselo. Eliza tenía la mente absorta en la propiedad inmobiliaria y en el negocio del verano. Gant miraba fijamente su propia vida en la oscuridad. Helen se reía de él y lo reñía, y después se pellizcaba el mentón, como si estuviese ausente.

—No puedes vivir sin ella, ¿eh? ¡A mí no me engañas! No, señor. Sé por qué quieres marcharte —dijo jocosamente—. Ahora es una mujer casada; es posible que tenga un hijo. No tienes derecho a ir tras ella.

Pero después dijo:

—Bueno, que vaya allá si quiere. A mí me parece una tontería, pero es él quien debe decidir.

Su padre le dio veinticinco dólares, lo suficiente para pagar el ferrocarril hasta Norfolk y que le sobrasen unos pocos.

—Mira qué te digo —dijo Gant—. Volverás a estar aquí dentro de una semana. Es una empresa quimérica.

Pero se fue.

Durante toda la noche voló hacia ella a través de Virginia, apoyado sobre un codo en la litera, contemplando ensimismado el vasto y romántico país salpicado de bosquecillos y blanco como un fantástico amanecer bajo la luz brillante de la luna.

Llegó a Richmond por la mañana temprano. Tenía que cambiar de tren; un

buen rato de espera. Salió de la estación y subió en dirección al bello y antiguo edificio del parlamento del estado, bañado limpiamente por la joven luz de la mañana. Desayunó en la calle Broad, lleno ya de hombres que iban al trabajo. Este breve y casual contacto con sus vidas, realizado después de un solitario y magnífico acercamiento a través de la noche, lo conmovió por su misma contingencia. Todos los débiles y tintineantes sonidos de una ciudad que empieza su jornada, la extraña familiaridad de las voces en un lugar remoto, que sonaban de un modo curioso después del estruendo de las ruedas, le parecían algo mágico e irreal. La ciudad no tenía más existencia que la que él le confería: se preguntaba cómo había sido antes de llegar él y cómo sería cuando se hubiera marchado. Miraba a todos los hombres, devorándolos con los ojos que conservaban aún la imagen de los vastos prados bajo la luna y de la fresca y verde amplitud de la tierra. Eran como hombres en un zoo; los observaba, buscando las pequeñas marcas particulares de la ciudad, las delicadas huellas de su pequeño cosmos en sus miembros y en sus caras. Y resurgía en él aquella hambre voraz de viajar, de llegar siempre como ahora, al amanecer, a ciudades extrañas, de pasear entre sus gentes y sentarse con ellas sin conocerlas, como un dios en el destierro, poseedor de la enorme visión de la tierra.

El hombre del mostrador bostezó y volvió las páginas crujientes de un periódico de la mañana. Esto era extraño.

Pasaban rechinando los tranvías, empezando su trabajo a través de la ciudad. Los tenderos bajaban los toldos; él los dejó cuando empezaban su jornada.

Una hora más tarde, rodaba hacia el mar. A ciento veinte kilómetros de él estaban el mar y Laura. Esta dormía sin sospechar las ruedas devoradoras que lo acercaban a ella. Eugene observaba el acuoso cielo azul salpicado de blancas nubecillas, y la tierra poblada de pinos y con muestras indefinibles de marismas y de sal brillante.

El tren penetró bajo el cobertizo del embarcadero de Newport News. La potente locomotora, tan hermosa como cualquiera de los barcos, resopló con fatiga indiferente sobre los raíles. Y se detuvo junto al agua rumorosa, como habiendo cumplido su destino.

El barquito esperaba, atracado en el muelle. A los pocos minutos, Eugene había abandonado el cobertizo, con su cálido y espeso olor, y navegaba sobre el agua azul del Roads. Un viento fuerte y ligero barría el agua, haciendo un ruido cantarín entre el aparejo del barquichuelo y poniendo música y entusiasmo en el corazón del muchacho. Eugene pasaba por delante de los pequeños muelles como en zancadas saltarinas, dejando atrás a los mirones, sofocando gritos salvajes en su garganta. Los esbeltos destructores, el brillante

y loco camuflaje de los cargueros y de los transportes, el rojo y perezoso giro de una hélice medio sumergida, y los vinosos y ligeros destellos de las ondas, se fundían en una sola radiación y le exaltaban. Gritó a las fauces del ventarrón, respondiéndole, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Limpias figuritas vestidas de blanco se movían en la cubierta de los barcos; bajo la protuberante bovedilla de un enorme buque francés, nadaban unos jóvenes desnudos. «Vienen de Francia —pensó él—, y es extraño que estén aquí.»

¡Oh, maravilla, magia, pérdida! Su vida era como una ola enorme que rompía en el mar solitario; su cresta hambrienta no encontraba barreras; descargaba su fuerza contra nada, y estaba perdido y rasgado como un jirón de niebla. Pero creía que este éxtasis supremo que lo dominaba y lo emborrachaba podría algún día fundir su fuerte luz en una sola articulación. Él era Faetón con los terribles caballos del sol; creía que su vida podría palpar constantemente a impulso de su más fuerte rayo, alcanzar la cima eterna.

La cálida Virginia se asaba bajo el terrible horno azul del cielo; pero, en el Roads, los barcos se mecían en la brisa refrescante de la guerra y de la gloria.

Eugene permaneció cuatro días en el horno de Norfolk, hasta que se le acabó el dinero. Lo veía marcharse sin temor, con una viva aceleración del pulso, saboreando el acre placer de su soledad y de los desconocidos vaivenes de su vida. Percibía las palpitantes antenas del mundo: la vida ronroneaba como una dinamo oculta, con la gran excitación de diez mil amenazas gloriosas. Podía hacerlo todo, atreverse a todo, serlo todo. Lo lejano y lo poderoso estaba cerca de él, a su alrededor, encima de él. No había ningún largo puente que salvar, ninguna escabrosa cima que escalar. Desde la oscuridad, el hambre y la soledad, podía elevarse en un momento al poder, a la gloria y al amor. El transporte que cargaba en los muelles podía llevarlo hacia la guerra, hacia el amor, hacia la fama, el miércoles por la noche.

Caminaba junto al agua murmuradora en la oscuridad. Oía sus verdes y húmedos chasquidos contra los costosos pilares del muelle: absorbía su fuerte olor a bacalao, y observaba la carga de grandes barcos bañados en resplandeciente luz y que se mecían lentamente en el agua. Y resonaban en la noche el estruendo de las grandes grúas, el flojo rechinamiento de las máquinas de alimentación, los gritos de los capataces y el ruido incesante de las carretillas de los estibadores dentro del muelle.

Su país imperial ejercía por primera vez el enorme impulso de su poderío. El aire estaba cargado de exuberancia asesina, de tumultuosa y corrompida prodigalidad.

En las cálidas calles de la ciudad bullían los matones, los timadores, los

vagabundos de la nación: pistoleros de Chicago, negros malhechores de Texas, holgazanes de Bowery, pálidos judíos de manos ligeras con tiendas en la ciudad, suecos del medio oeste, irlandeses de Nueva Inglaterra, montañeses de Tennessee y de Carolina del Norte, manadas de ramera llegadas de todas partes. Para todos estos, la guerra era una enorme gallina de los huevos de oro. Nadie pensaba ni creía en el futuro. Solo el «ahora» triunfal. Se vivía al día. Solo había un insensato flujo y reflujo de cobrar y gastar.

Jóvenes campesinos de Georgia volvían por la tarde de su trabajo en los muelles, en los campamentos, en los astilleros, para vestirse con plumas de pavo real. Y por la noche, duros y morenos enjutos de cara y de manos, se plantaban en las aceras con sus rubios zapatos de piel de dieciocho dólares, sus trajes de ochenta dólares y sus camisas de seda de ocho dólares con anchas rayas rojas y azules. Eran carpinteros, albañiles, capataces... o al menos decían serlo. Cobraban diez, doce, catorce o dieciocho dólares al día.

Cambiaban de puesto, pasaban de un campamento a otro, trabajaban un mes y holgaban ricamente una semana, disfrutando de los breves amores comprados de las chicas que encontraban en la playa o en los burdeles.

Había negros vigorosos, con brazos de gorila y negras garras de pantera, que cobraban sesenta dólares a la semana como estibadores y se los gastaban en una mulata en una sola noche de juerga desenfrenada.

Entre esta multitud, se movían tranquila y sobriamente los más viejos y más hábiles trabajadores: los verdaderos carpinteros, los verdaderos albañiles, los verdaderos mecánicos; los prudentes escoceses-irlandeses de Carolina del Norte, los pescadores de la costa de Virginia, los precavidos campesinos del medio oeste, que habían venido a ganar dinero, a ahorrar, a aprovecharse de la guerra.

En todas partes, en medio de esta bulliciosa multitud, resplandecía el brillante atuendo de sangre y de gloria: los marinos discurrían por las calles en grupos de holgados uniformes azules o de un blanco inmaculado; morenos, duros, limpios. Los infantes de marina pasaban en arrogantes parejas, rígidos como palos, con la pompa de sus galones y de sus pantalones a rayas. Jefes grises y hoscas, autoritarios oficiales y elegantes alféreces recién salidos de la universidad, acompañados de una persona rubia y sedosa, pasaban entre los matelots franceses de borla roja en la gorra o los ingleses de gallardo contoneo marino.

A través de esta muchedumbre, con los mates cabellos sin cortar caídos sobre los ojos, surgiendo en espirales por las grietas de un viejo sombrero verde y enroscándose sobre su sucio cogote, pasaba Eugene con ojos ardientes y devoradores, empapado en sudor durante el día, impetuoso y oliendo a rancio por la noche.

Se perdía en este gran campamento de seres errantes; viniendo de la soledad, se hallaba en este mundo como en su casa. El hambre de viajar, el hambre que hostigaba a todos los americanos, que son una raza nómada, era mitigada a medias por este torbellino de la guerra.

Se perdía entre la multitud. Perdía la cuenta de los días. Su pequeña reserva de dinero se agotaba. Pasó de un hotel barato, estruendoso por la noche con los ruidos de la prostitución, a una pequeña buhardilla en una casa de huéspedes, un horno de paredes de pino y techo alquitranado; y pasó de la buhardilla a un catre de cinco centavos en la Asociación de Jóvenes Cristianos, donde volvía cada noche, pagaba el precio y dormía en una habitación con cuarenta marineros roncadore.

Por último, terminado su dinero, durmió hasta que le echaron en figones abiertos toda la noche; en el transbordador de Portsmouth, y en un embarcadero podrido sobre el agua rumorosa.

Por la noche vagaba entre los negros; escuchaba sus proposiciones de seducción; iba a donde iban los marinos, a la calle Church, donde estaban las mujeres. Rondaba por la noche con su joven lujuria de animal, oliendo a sudor su magro cuerpo de muchacho, bollándole los ojos en la oscuridad.

Tenía hambre de comida. Había agotado su dinero. Pero había un hambre y una sed que no podía saciar con nada. Sobre el caos de su cerebro pendía la sombra de Laura James. Su sombra se cernía sobre la ciudad, sobre toda la vida. Ella lo había traído aquí; su corazón estaba hinchado de dolor y de orgullo; no iría a buscarla.

Le obsesionaba la idea de que la encontraría entre la multitud, en la calle, al doblar una esquina. Si la encontraba, no le hablaría. Pasaría orgullosamente y con indiferencia por su lado. Como si no la viese. Ella lo vería. Lo vería en algún momento heroico, rodeado del amor y el respeto de mujeres hermosas. Ella le hablaría, y él no le diría nada. Se sentiría herida, derrotada, y le suplicaría a gritos amor y clemencia.

Y así, sucio, desgreñado, envuelto en harapos, hambriento y enloquecido, se veía hermoso, heroico y triunfal. Estaba loco con su obsesión. Doce veces al día se imaginaba ver a Laura por la calle. Su corazón estaba hecho trizas, no sabía qué hacer ni qué decir, si echar a correr o quedarse. Pasaba horas mirando su dirección en la guía telefónica; temblaba de excitación, sentado junto al teléfono, porque su horrible magia podía ser activada con un movimiento, porque dentro de un minuto podía estar con ella, voz a voz.

Buscó su casa. Era una vieja construcción de madera no lejos del centro de la ciudad. Empezó a rondar cuidadosamente por la vecindad, manteniéndose siempre a una manzana de distancia de la casa, observándola oblicuamente,

desde los lados, desde delante y desde atrás, con miradas furtivas y latiéndole con fuerza el corazón, pero sin pasar nunca por delante de ella, sin ir nunca directamente a ella.

Iba sucio y desastrado. Las suelas de sus zapatos se habían gastado y sus pies encallecidos golpeaban el pavimento. Apestaba.

Por fin trató de encontrar trabajo. El trabajo abundaba allí, pero los magníficos salarios de los que le habían hablado eran difíciles de conseguir. No podía jurar que era carpintero o albañil. Era un muchacho sucio, y no podía disimularlo. Tenía miedo. Fue al astillero naval de Portsmouth, a la base naval de Norfolk, a la terminal de Bush, a todos los sitios donde había trabajo, trabajo abundante y duro, por el que pagaban cuatro dólares al día. De buena gana lo habría aceptado; pero se encontró con que no cobraría su salario hasta la segunda semana, porque retenían el pago de la primera como garantía para casos de enfermedad, de mala conducta o de abandono del empleo.

Y no le quedaba dinero alguno.

Fue a la casa de un judío y empeñó el reloj que le había regalado Eliza por su cumpleaños. Le dieron cinco dólares por él. Entonces fue de nuevo en barco a Newport News y en el tranvía de la costa hasta Hampton. Había oído decir, entre los muchos rumores de Norfolk, que había trabajo en el campo de aviación y que los trabajadores recibían comida y hospedaje en el mismo campo, a expensas de la compañía.

En la pequeña barraca de colocaciones, en la entrada del largo puente que conducía al campo, fue admitido como peón y cacheado por el centinela, que le hizo abrir la maleta. Después cruzó el puente, empujando con las rodillas la pesada valija, hinchada con sus sucias y desordenadas pertenencias.

Por fin llegó tambaleándose a la tosca oficina de la compañía y buscó al superintendente, un hombre de treinta y pico años, afeitado, pálido y cansado, que llevaba una visera azul y un brazal, y hablaba con un flácido cigarrillo pegado al labio inferior.

Eugene le tendió su hoja de empleo con dedos temblorosos. El hombre le echó un rápido vistazo.

—Eres estudiante, ¿verdad, hijo? —preguntó, mirando a Eugene.

—Sí, señor.

—¿Has hecho alguna vez trabajo manual? —dijo el hombre.

—No, señor —dijo Eugene.

—¿Cuántos años tienes, hijo? —preguntó el hombre.

Eugene no respondió enseguida.



—Tengo... diecinueve —dijo al fin, preguntándose por qué no había tenido el valor de decir veinte, ya que había mentido.

El superintendente sonrió cansadamente.

—Es un trabajo duro, hijo —observó el hombre—. Estarás entre italianos y suecos y centroeuropeos. Tendrás que alojarte en el mismo dormitorio y comer con ellos. Y no huelen bien, hijo.

—No tengo dinero —dijo Eugene—. Trabajaré. No me pondré enfermo. Deme el empleo. ¡Por favor!

—No —dijo el hombre—. No lo haré.

Eugene se volvió, desalentado.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo el superintendente—. Te daré un trabajo de inspector. Estarás como personal de oficina. Es lo que te corresponde. Te alojarás en su dormitorio. Son buenos chicos —añadió con gentileza—, estudiantes, como tú.

—Gracias —dijo Eugene, restregándose los dedos y con ronca emoción—. Muchas gracias.

—El inspector que teníamos está a punto de marcharse —dijo el superintendente—. Por la mañana irás con él al establo para recoger tu caballo.

—¿Un c-c-caballo? —preguntó Eugene.

—Sí, tendrás un caballo —dijo el superintendente— para recorrer el campo con él.

Fuerte y profundamente emocionado, empezó Eugene a pensar en el caballo, con alegría y con miedo. Se volvió para salir. Le costaba hablar de dinero.

—¿C-c-cuánto...? —murmuró al fin, pensando que debía hacerlo.

El negocio es el negocio.

—Te daré ochenta dólares al mes para empezar —dijo el director, con aire de magnificencia—. Si te portas bien, te daré cien.

—¿Y la manutención? —murmuró Eugene.

—¡Claro! —dijo el director—. Esta va incluida.

Eugene salió con su maleta y con la cabeza llena de cohetes que estallaban.

Los meses que siguieron, aunque llenos de terror y de hambre, serán resumidos brevemente, sin hacer apenas mención de los hombres y de las acciones con que se tropezó el muchacho perdido. Pertenecen a una historia de

evasión y vagabundeo, y servirán aquí para indicar la iniciación al viaje que realizará su vida. Son un preludio del destierro, y en su caos de pesadilla solo debe verse el ciego andar a tientas de un alma hacia la libertad y el aislamiento.

Eugene trabajó un mes en el campo de aviación. Lo recorría a caballo tres veces al día para comprobar los números de dos docenas de brigadas de obreros dedicados al trabajo de explanar y nivelar el terreno, de volar del esponjoso suelo los mellados tocones de los árboles, y de llenar interminablemente, incesantemente, los fangosos cráteres que no paraban de tragarse las paletadas de tierra. Las brigadas estaban constituidas por hombres de todas las razas y condiciones: negros portugueses, oscuros como el ébano, fieles e infantiles, que lo recibían con amplias sonrisas, mostrando los dientes y señalando el blanco y gran alfiler con su número, y gritando con voces extrañas y exóticas: «cincuenta y nueve», «noventa y seis», etcétera; vagabundos de Bowery, con grasientas prendas de estameña y raídos sombreros de fieltro, trabajando de mala gana con las herramientas que despellejaban las palmas de sus sucias y no encallecidas manos, y cuyas caras duras y malignas, y mal afeitadas, parecían esas cosas corrompidas, verdes y amarillas que se crían debajo de los barriles. Y también había ceceantes pescadores de la costa de Virginia, enormes gorilas negros de Georgia y del extremo sur, italianos, suecos, irlandeses... todos ellos componentes del gran conglomerado de América.

Llegó a conocerlos, así como a sus capataces: hombres rudos y violentos, de cabellos grises, lujuriosos, rápidos en la acción y toscos en el humor.

Bamboleándose como un muñeco sobre su caballo, al que temía, cabalgaba mirando al cielo, a veces casi inconsciente del gran motor que se dilataba y se encogía debajo de él con pardo ritmo sensual. Los hombres-pájaro surcaban el cielo azul de Virginia con el estruendo enorme de los Liberties.

Por fin, de nuevo hambriento de barcos y caras, abandonó su trabajo y se gastó lo que había ganado en una semana de desenfrenado jolgorio en Norfolk y en las playas de Virginia. Casi sin un centavo una vez más, con solo el bárbaro calidoscopio de mil calles, un millón de luces y la cegadora confusión y el estridente ruido del carnaval, regresó a Newport News en busca de empleo, en compañía de otro joven de Altamont, también aventurero sin rumbo en los trabajos de guerra, y al que había conocido en la playa. Este personaje, que se llamaba Sinker Jordan, tenía tres años más que Eugene. Era un guapo chico, desenfrenado, de baja estatura, que cojeaba a causa de una lesión sufrida en un partido de rugby. Era de carácter débil y voluble, odiaba el esfuerzo, y solo se obstinaba en maldecir su mala suerte.

Los dos jóvenes tenían solamente unos pocos dólares. Juntaron sus

recursos y, con ciego optimismo, compraron en una casa de empeños de Newport News los útiles rudimentarios de carpintero: martillos, sierras y escuadras. Anduvieron veinte o treinta kilómetros tierra adentro hasta un triste y abrasador campamento del Gobierno en los pinares de Virginia. Allí los rechazaron, y, profundamente desilusionados, volvieron por la tarde a la ciudad que habían dejado con tantas esperanzas por la mañana. Antes de ponerse el sol consiguieron empleo en los astilleros, pero fueron despedidos cinco minutos después de presentarse al trabajo, al confesarle a un huraño capataz, en una dependencia llena de virutas y de lentas correas de transmisión, que desconocían la sumamente especializada carpintería de la construcción naval. Así como cualquier otra, habrían podido añadir.

Ahora estaban sin dinero y de nuevo en la calle. Sinker Jordan arrojó sobre el pavimento los fatales utensilios, maldiciendo furiosamente la estupidez que podía condenarlos ahora al hambre. Eugene los recogió y los devolvió al imperturbable judío, que los recuperó por unos pocos dólares menos de la cantidad que les había cobrado por la mañana.

Así acabó la jornada. Encontraron alojamiento en una sucia casa flotante donde, como adecuada culminación de su insensatez, Sinker Jordan puso todo el dinero que les quedaba en las codiciosas manos de la patrona... una verdadera señora, según declaró ella misma. Pero, después de comer, se echaron a dormir con toda la esperanza que dan la juventud y la panza llena; sobre todo Sinker, que se durmió tranquilamente y sin esfuerzo.

Eugene se levantó al amanecer y, después de fútiles esfuerzos para despertar al satisfecho y soñoliento Sinker, pasó de la barcaza a los amarillos tinglados del muelle, llenos de municiones para la guerra. Después de andar toda la mañana arriba y abajo por el camino exterior del vigilado recinto, consiguió que el jefe de los controladores; hombre feo y nervioso, hinchado de mezquino despotismo, los emplease a él y a Sinker. Aquel tipo tenía ojillos penetrantes, que echaban chispas detrás de las gafas, y duras y musculosas mandíbulas que contraía constantemente.

Eugene fue a trabajar a las siete de la mañana siguiente, y Sinker, un día o dos más tarde, cuando hubo gastado su última monedita. Eugene se tragó su orgullo y pidió prestados unos pocos dólares a uno de los otros controladores. Con esto vivieron mezquinamente Sinker y él hasta el día de la paga, para el que faltaban solamente unos pocos días. La paga se esfumó deprisa entre sus descuidados dedos. Reducidos de nuevo a unas pocas monedas y faltando casi dos semanas para la próxima paga, Sinker jugó a los dados con los controladores, detrás de la gran fortaleza de sacos de avena amontonados en el muelle; perdió, ganó, volvió a perder y acabó sin un penique y blasfemando. Eugene se arrodilló junto a los controladores, con su último medio dólar en la palma de la mano y sin preocuparse de los amargos dicterios de Sinker. Era la

primera vez que jugaba a los dados y, naturalmente, ganó: ocho dólares y medio. Se levantó entusiasmado, ante la indignada sorpresa de los otros, y llevó a Sinker a comer al mejor hotel.

Un día o dos después, volvió a ponerse detrás de los sacos de avena, se jugó el último dólar... y lo perdió.

Empezó a pasar hambre. Los días se sucedían fatigosamente. Los rayos furiosos del sol de julio caían sobre el muelle directamente y con insoportable resplandor. Los barcos y los trenes llegaban y se iban cargados hasta los topes de municiones... y de comida para los soldados. El aire cálido y polvoriento del muelle se deslizaba ante sus ojos salpicado de manchas salarinas, y él llevaba cansadamente la cuenta, en una hoja de papel, de los corpulentos estibadores negros que pasaban por delante de él con sus carretillas. Sinker Jordan daba pequeños sablazos al otro lado de la calle, frente al muelle. Eugene era incapaz de mendigar o de pedir prestado. En parte por orgullo, pero más por la fuerte inercia de su temperamento introvertido, se sentía incapaz de hablar. Cada día se decía: «Hoy hablaré con uno de ellos. Le diré que tengo que comer y no tengo dinero». Pero cuando intentaba hablar, no podía hacerlo.

Al aumentar su eficacia en el trabajo, los llamaron a las dos, terminada la jornada, para trabajar de noche. Esas horas extraordinarias, por las que pagaban un cincuenta por ciento más que las horas normales, habrían sido en otras circunstancias recibidas de buen grado por Eugene; pero, como el agotamiento casi le impedía sostenerse en pie, la orden de volver al trabajo le resultaba horrible. Ahora hacía varios días que no iba a la sucia y pequeña habitación que compartía con Sinker Jordan. Al terminar su jornada de trabajo, subía a un pequeño oasis sobre la enorme muralla de sacos de avena y se sumía en el sueño del cansancio, con los chirridos de las grúas y los montacargas, el continuo zumbido de las carretillas y el aullido lejano de los barcos anclados en la corriente, mezclándose en extraña y débil sinfonía en sus oídos.

Y yacía allí, envuelto en la luz menguante del mundo, mientras la guerra alcanzaba su cénit de sangre y de pasión durante aquel terrible mes. Yacía allí, como su propio fantasma, pensando con dolor, con aflicción, en todos los millones de pueblos y de caras que no había conocido. Él era el átomo para el cual había conspirado toda vida... había muerto César y una esposa anónima de Babilonia, y aquí, en alguna parte, sobre esta maravillosa carne moribunda, ese cerebro inconmensurable, había puesto su huella y reposaba su espíritu.

Y pensaba en las extrañas caras perdidas que había conocido, los personajes solitarios de su familia, condenados al caos, encadenado cada cual a un destino de ruina y de pérdida: Gant, el Titán caído, contemplando

fijamente enormes vistas del pasado, indiferente al mundo que lo rodeaba; Eliza, con su prudencia de hormiga, empeñada en adquisiciones ciegas; Helen, infecunda, sin rumbo, furiosa... como una enorme ola rompiendo sobre la tierra árida; y por último, Ben, el fantasma, el desconocido, rondando en este momento en otra población, subiendo y bajando por las mil calles de la vida, sin encontrar ninguna puerta.

Pero al día siguiente, en el muelle, Eugene estaba más débil que nunca. Despatarrado en un trono de hinchados sacos de avena, observaba con ojos turbios la carga de la mercancía y hacía toscamente la cuenta en su hoja de papel, mientras los estibadores iban y venían. El terrible calor era como una vaharada entre el polen granuloso del aire, y él movía precavidamente cada una de sus piernas, levantándolas y posándolas como si fuesen objetos separados.

Al terminar la jornada, le dijeron que volviese para el trabajo nocturno. Y él escuchó, tambaleándose sobre los pies, la voz lejana del jefe.

Llegó la hora de la cena, en el recalentado muelle, con el súbito ruido del silencio. Había pequeños ruidos complementarios a lo largo del enorme tinglado: el débil redoble de pisadas de los trabajadores que se dirigían a la salida, el chasquido del agua contra el casco del buque, un ruido en el puente.

Eugene se metió detrás del montón de sacos de avena y subió ciegamente hasta alcanzar su pequeña fortaleza en la cima. El mundo refluyó de sus embotados sentidos; todos los sonidos se hacían más débiles, más lejanos. «Ahora —pensó—, cuando haya descansado aquí, me levantaré y bajaré para volver al trabajo. Estoy cansado.» Pero cuando trató de moverse, no pudo hacerlo. Su voluntad luchaba contra el peso imponderable de su carne, y él se agitaba impotente como un hombre en una jaula. «Aquí no me encontrarán. No puedo moverme. Se acabó. Si hubiese imaginado esto hace tiempo, habría tenido miedo. Pero ahora no lo tengo. Aquí... sobre este montón de sacos... pongo mi grano de arena... en pro de la democracia. Un día empezaré a oler mal. Entonces me encontrarán.»

La vida se iba apagando en sus ojos cansados. Yacía, consciente a medias, despatarrado sobre los sacos de avena. Pensó en el caballo.

Así lo encontró el joven camarada que le había prestado dinero. Se arrodilló junto a él, sosteniéndole la cabeza con una mano y acercando a su boca una botella de licor fuerte con la otra. Cuando el muchacho se hubo recobrado un poco, lo ayudó a bajar del montón de sacos y lo condujo despacio sobre el largo andén de madera del muelle.

Cruzaron la calle hacia una pequeña tienda de comestibles. El controlador pidió una botella de leche, una caja de galletas y un trozo grande de queso.

Mientras comía, las lágrimas empezaron a surcar el triste semblante de Eugene, trazando churretes en su piel. Eran lágrimas de hambre y de debilidad: no podía reprimirlas.

El otro lo observaba atentamente, con ojos amables y turbados. Era un joven de barbilla alargada y cara enjuta y más ancha en la parte de arriba; usaba gafas de hombre estudioso y fumaba reflexivamente en pipa.

—¿Por qué no me lo dijiste, chico? Te habría prestado dinero —le dijo.

—No... lo... sé —dijo Eugene, mientras mascaba el queso—. No podía.

Con los cinco dólares que el otro le prestó, Eugene y Sinker Jordan vivieron hasta el día de la paga. Entonces, después de comer un kilo de carne entre los dos, Sinker Jordan volvió a Altamont, para disfrutar de una herencia que le había sido transmitida unos días antes, al cumplir los veintiún años. Eugene se quedó.

Era como si hubiese muerto y renacido. Todo lo pasado vivía ahora en un mundo fantástico. Pensaba en su familia, en Ben, en Laura James, como si fuesen fantasmas. El propio mundo se había convertido en un fantasma. Durante todo el mes de agosto, mientras la guerra tocaba a su fin, contempló su agonizante carnaval. Nada parecía ya duro, ni violento, ni áspero, ni nuevo. Todo era viejo. Todo se estaba muriendo. Una vasta música etérea, para siempre débil y remota, como el lenguaje de su mundo olvidado, resonaba en sus oídos. Había conocido el nacimiento. Había conocido el dolor y el amor. Había conocido el hambre. Y a punto había estado de conocer la muerte.

Por la noche, cuando no lo llamaban para trabajar de nuevo, iba en tranvía a alguna de las playas de Virginia. Porque el único sonido real, próximo y presente, sentido en su corazón, en su cerebro, era el del mar eterno. Se volvía de cara a él; a su espalda, los millones de luces baratas de los concesionarios, la bulla, el jaleo, el confeti, las notas estridentes de los saxofones, todo el bronco y triste ruido de su país, parecía suavizado, melancólico, lejano e irreal. El tiovivo y la estruendosa orquesta de baile tocaba K-K-K Katy Beautiful Katy, Poor Little Buttercup y Just a Babys Prayer at Twilight.

Y la música barata se volvía fantástica y adorable; se diluía en magia, se convertía en parte de las románticas y deleitosas Virginias, del oleaje del mar, que surgido de la eterna oscuridad rompía sobre la playa, y del magnífico tormento del propio Eugene... de su triunfante soledad después del dolor y del amor y del hambre.

Su cara estaba delgada y brillante como una hoja de acero, bajo la tupida mata de sus rizados cabellos; tenía el cuerpo flaco de un gato hambriento, y sus ojos eran brillantes y fieros.

¡Oh, mar! (pensaba). Soy el hijo de la montaña, el preso, el fantasma, el extranjero, y heme aquí caminando a tu lado. Oh, mar, soy un solitario como tú, soy extraño y remoto como tú, estoy triste como tú; mi corazón, mi cerebro, mi vida, como los tuyos, han tocado playas extrañas. Eres como una mujer sumergida en sí misma y yaciendo sobre el fondo de coral. Eres una mujer inmensa y fecunda, de grandes muslos y una espesa mata de pelo crespo femenino flotando como musgo verde sobre el vientre. Y me llevarás a la tierra feliz, me impulsarás hacia la gloria en espléndidos barcos.

Allí, cabe el mar de las morenas Virginias, pensaba en las caras olvidadas, en los millones de imágenes de sí mismo, fantasmas de su carne perdida. El niño que oía la vaca de Swain, el niño perdido en los Ozarks, el repartidor de periódicos en el barrio negro, el muchacho que entró por la puerta excusada con Jim Trivett. ¿Y la camarera, y Ben, y Laura? ¿Estaban también muertos? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué se tejió la red? ¿Por qué morimos tantas veces? ¿Cómo llegué aquí, junto al mar? Perdido, lejano y solitario... ¿dónde?

A veces, cuando volvía hacia los que bailaban, como un espantapájaros con flotantes harapos, miraba y se veía entre ellos. Tenía la impresión de ser dos personas: constantemente se veía sentado sobre la última barra de una valla, gacha y sombría la cabeza, observándose en compañía de un alegre rebaño de jóvenes. Se veía entre los otros, todos ellos varias pulgadas más bajos que él, adaptándose cómodamente a un mundo donde todo era suficientemente grande para él.

Y mientras miraba fijamente y se veía querido y admirado, los oía reír: sentía de pronto el duro y blanco anillo de sus caras a su alrededor, y huía, maldiciendo entre dientes.

¡Oh, mis dulces rameras! ¡Mis lindas y baratas mujerzuelas! Pequeñas retozonas incitantes, ¡os reiréis de mí! ¡De mí! ¡De mí! (se golpeaba las costillas con los puños). Os burláis de mí, con vuestros chulos de colmado, vuestros monos de jazz, vuestros gorilas marineros, vosotras, ¡lindas putillas de portal! ¿Qué comprendéis vosotras? La lujuria de la cabra, la hediondez de vuestra ralea... con eso os basta, hijas mías. ¡Y aún os reís de mí! ¡Ah! Pero voy a deciros por qué os reís: me tenéis miedo, porque no soy como los otros. Me odiáis porque no pertenezco a vuestra tribu. Veis que soy mejor y más grande que cualquiera de vuestros conocidos: no podéis ponerlos a mi altura, y me odiáis. ¡Eso es! La etérea (pero varonil) belleza de mis facciones, mi encanto infantil (pues no soy más que un niño) mezclado con la trágica sabiduría de mis ojos (viejos como la vida y llenos de la tragedia latente de los siglos), el sensible y delicado fruncimiento de mis labios, y mi cara sombría y maravillosa abriéndose hacia dentro de un modo extraño y delicioso, como una flor: todo esto queréis destruirlo, porque no podéis tocarlo. ¡Ay de mí! (pensando en su extraña belleza, se le humedecían los ojos de amor y de

gloria, y tenía que sonarse la nariz). Ah, pero ella comprenderá. El amor de una dama. Orgullosamente, con nublados ojos, la veía plantada a su lado contra la chusma; apoyando en su hombro la elegante cabecita ceñida con un aro de brillantes cabellos y con dos espléndidas perlas en las orejas. ¡Querida! ¡Querida! Nos erguimos aquí sobre una estrella. Estamos fuera de su alcance. ¡Mira! Retroceden, se desvanecen, pasan... Y nosotros, victoriosos, invencibles, amada mía, maravilloso amor, permanecemos.

Ensimismado así en la visión de su propia belleza, conmovido por su propia música heroica, empañados los ojos, pasaba al sector prohibido, con sus vigilantes patrullas de policía naval y militar montando guardia, y se deslizaba por un oscuro callejón hasta una deslucida casa de madera de cerrados postigos, donde vivía un amor que podía comprarse por tres dólares y envolverse en el ropaje de su propia fabulación. Se llamaba Stella Blake. Nunca tenía prisa.

Se alojaba con ella una joven de veinte años pelirroja, cuya familia vivía en Pulpit Hill. A veces iba a verla.

Dos veces a la semana, pasaban soldados. Permanecían apretados a millares en el muelle, con sus uniformes pardos y su aire fatigado, mientras grupos de oficiales, sentados a una mesa al pie de las pasarelas, revisaban sus papeles. Entonces, sudorosos bajo la tortura de sus mochilas, pasaban del cálido horno del muelle a la todavía más cálida prisión del barco. Los grandes barcos, con sus irregulares manchas de pintura de camuflaje, esperaban en la corriente: entraban y salían en convoyes interminables.

A veces los soldados eran negros: regimientos de trabajo de Georgia y de Alabama; corpulentos gorilas de Texas. Brillaban de sudor y lanzaban grandes y francas risotadas; eran sumisos como niños y llamaban «jefe» a sus malhumorados oficiales.

—¡Y no volváis a llamarme «jefe», bastardos! —gritó un joven teniente de Tennessee que había enloquecido poco a poco durante el traslado, mientras conducía su cargamento a través de aquel infierno.

Ellos le sonrieron alegremente, con afecto, como chiquillos obedientes, mientras él pataleaba furioso en el muelle. De vez en cuando provocaban en él nuevos accesos de cólera, al quejarse de que habían perdido el gorro, la bayoneta, un arma corta o los documentos. De alguna manera, encontraba él lo que les hacía falta; de alguna manera, y siempre maldiciendo, lograba mantener el orden. Y en consecuencia, ellos le sonreían afectuosamente y lo llamaban «jefe».

—Por el amor de Dios, ¿qué habéis hecho ahora? —chilló, al oír que un enorme sargento negro y varios soldados, agrupados delante de la mesa del



inspector, estallaban de pronto en fuertes gritos de pesar.

El curioso teniente corrió hacia la mesa, maldiciendo.

El sargento y varios reclutas, todos ellos negritos de Texas, habían salido del campamento sin el certificado de buena salud; padecían dolencias venéreas y no estaban curados.

—Jefe —farfulló el corpulento sargento negro—, queremos ir a Francia. No queremos quedarnos en este agujero dejado de la mano de Dios.

«No os censuro por ello», pensó Eugene.

—¡Os mataré! ¡Por Dios que os mataré! —vociferó el oficial, arrojando la gorra al suelo y pateándola.

Pero un momento más tarde los llevó detrás de la muralla de sacos de avena a que los reconociese un oficial médico. Cinco minutos después, salieron de allí. Los negros no cabían en sí de gozo; se apretujaban alrededor de su furioso oficial para asirlo y besarle la mano, adulándolo, adorándolo.

—Ya lo ves —dijo el controlador de rostro afilado, que observaba la escena con Eugene—. Así se domina a un hatajo de negros. No se puede ser amable con ellos. Harían cualquier cosa por ese tipo.

—Y él lo haría por ellos —dijo Eugene.

Los negros que vinieron de África, fueron vendidos en pública subasta en Louisiana y vivieron en Texas, pensó, se dirigen ahora a Francia.

El señor Finch, el jefe controlador de ojos feos y sesgados, se acercó a Eugene con una sonrisa de falso calor. Movié nerviosamente las grises mandíbulas.

—Tengo un trabajo para ti, Gant —dijo—. Doble paga. Quiero que ganes fácilmente algún dinero.

—¿De qué se trata? —preguntó Eugene.

—Van a cargar un material importante en ese barco —dijo el señor Finch—. Lo llevarán agua adentro para hacer la carga. Quiero que vayas en él. Esta noche volverás en un remolcador.

Cuando comunicó alegremente el encargo al controlador de cara afilada, este dijo:

—También a mí me lo ofrecieron, pero no quise ir.

—¿Por qué? —dijo Eugene.

—No estoy tan apurado de dinero. Van a cargar T.N.T. y nitroglicerina. Los negros manejan esas cajas como si fuesen pelotas de béisbol. Si se les cae una,

te enviarán a casa en un ataúd.

—Eso es parte del trabajo —repuso dramáticamente Eugene.

Era peligro, era la guerra. Y él se metía resueltamente en ello, jugándose el pellejo por la democracia. Estaba emocionado.

Cuando el gran carguero se apartó del muelle, Eugene se plantó en la proa, con las piernas abiertas, lanzando furiosas miradas de águila a su alrededor. Las planchas de hierro levantaban ampollas en sus pies a través de las finas suelas de sus zapatos. No le importaba. Era el capitán.

El barco ancló más abajo en el Roads, en dirección al mar, y las grandes barcasas fueron remolcadas hasta él. Durante todo el día, bajo un sol abrasador, trasladaron al buque la carga de las oscilantes barcasas; los grandes botalones amarillos se mecían arriba y abajo; al anochecer, el barco se había sumergido mucho en el agua, cargado hasta los topes de granadas y de pólvora, y llevando sobre las recalentadas planchas de la cubierta mil doscientas espantosas toneladas de artillería de campaña.

Eugene, con graves ojos calculadores, pasaba entre los cañones con talante autoritario, anotando números, artículos y piezas. De vez en cuando se introducía en la boca un puñado de húmedas briznas de tabaco y las mascaba con aire satisfecho. Escupía los calientes y chirriantes grumos sobre la cubierta de hierro. «¡Señor! —pensaba—. Esto es trabajo de hombres. ¡Arriba, diablos negros! ¡Es la guerra!» Y escupía.

El remolcador llegó al anochecer y lo recogió. Se sentó apartado de los estibadores, tratando de imaginarse que la embarcación había ido a buscarlo solamente a él. Se encendían luces en las playas lejanas de Virginia. Y él escupía en las agitadas aguas.

Cuando los trenes llegaban o se iban, los estibadores levantaban los puentes de madera sobre los que discurrían los carriles. Palmo a palmo, rítmicamente, las brigadas tiraban de las cuerdas y cantaban, bajo la dirección de su capataz, su canción de amor y de trabajo: «Jelly Roll! (¡Eh!) Je-e-elly Roll».

Eran negros corpulentos, cada uno de los cuales mantenía a una mujer. Ganaban cincuenta o sesenta dólares a la semana.

A finales del verano, Eugene volvió un par de veces a Norfolk. Vio al marinero, pero ya no trató de ver a Laura. Le parecía lejana, perdida.

No había escrito a casa en todo el verano. Encontró una carta de Gant, escrita con la torpe caligrafía gótica de su padre; la carta de un hombre débil y enfermo, redactada con tristeza y desde lejos. ¡Perdida! Eliza, atareada y ajetreada en su negocio del verano, había añadido unas cuantas líneas

prosaicas. No gastes su dinero. Come mucho y bien. Cuídate. Sé buen chico.

El chico era una delgada columna de hueso y piel morena. Había perdido más de doce kilos durante el verano: medía más de un metro ochenta y pesaba poco más de sesenta kilos.

El marinero se impresionó al verlo tan flaco y le riñó con acritud:

—¿Por qué no me d-d-dijiste dónde estabas, idiota? Te habría enviado dinero. ¡Por el amor de D-d-dios! ¡Ven a comer!

Comieron.

El verano tocaba a su fin. Cuando llegó septiembre, Eugene dejó su trabajo y, después de un par de días de francachela en Norfolk, emprendió la vuelta a casa. Pero, en Richmond, donde había una espera de tres horas entre los trenes, cambió súbitamente de idea y se dirigió a un buen hotel.

Lo invadía un sentimiento de orgullo y de triunfo. Llevaba en el bolsillo ciento treinta dólares ganados con el sudor de su frente. Había vivido solo, había conocido el dolor y el hambre, y había sobrevivido. El antiguo afán de viajar ardía en su corazón. Le estremecía la gloria de una vida secreta. El miedo a las multitudes, la desconfianza y la repugnancia que le inspiraba la vida de grupo, el horror a todos los lazos que lo ataban a la terrible familia del mundo, despertaban de nuevo en él la inmensa utopía de su soledad. Ir solo, como había ido, a ciudades extrañas; conocer a personas extrañas y seguir su camino antes de que ellas pudiesen conocerlo; vagabundear, como su propia leyenda, por toda la tierra... Pensaba que no podía haber nada mejor.

Recordaba a su propia familia con miedo, casi con odio. «¡Dios mío! ¿Acaso no podré ser libre nunca? —pensaba—. ¿Qué he hecho yo para merecer esta esclavitud? Supongamos... supongamos que me fuese a China, o a África, o al Polo Sur. Siempre tendría miedo de que él muriese durante mi ausencia. —Torcía el cuello al pensar en esto—. ¡Y la que armarían si no estuviese allí! “Tú divirtiéndote en China —dirían—, mientras tu padre se estaba muriendo. ¡Hijo desnaturalizado!” Sí, pero ¡que se vayan al diablo! ¿Por qué tendría que estar allí? ¿Por qué no pueden morir a solas? ¡A solas! Oh, Dios, ¿es que no hay libertad en este mundo?»

Con repentino horror, vio que esta libertad estaba al otro extremo del gastado mundo y solo podía comprarse con un valor tan resistente que solo pocos hombres lo tenían.

Se quedó varios días en Richmond, viviendo lujosamente en el espléndido hotel, comiendo en vajilla de plata en el grill y rondando agradablemente por las anchas calles de la romántica ciudad vieja, a la que había llegado antaño como novato un Día de Acción de Gracias, cuando el equipo de la universidad

había jugado allí contra Virginia. Pasó tres días tratando de seducir a una camarera de un salón de helados y golosinas. Por fin consiguió llevarla a un reservado de un restaurante chino, solo para ver fallidos sus esfuerzos al sentir ella la repugnancia por el complicado plato preparado por el chino de acuerdo con él, porque tenía cebolla.

Antes de volver a su casa, escribió una prolija carta a Laura James, una misiva lamentable y jactanciosa que terminaba con un insensato cacareo:

Estuve ahí todo el verano y ni siquiera te busqué. No tuviste la bondad de contestar a mis cartas; por consiguiente, no vi ninguna razón para seguir preocupándome de ti. Además, el mundo está lleno de mujeres; tuve mi parte y más este verano.

Echó la carta al correo con un sentimiento de triunfo malévolo. Pero en el instante en que la tapa de hierro se cerró sobre el buzón, su cara se contrajo de vergüenza y de remordimiento. Yació despierto en la cama, retorciéndose al pensar en su estupidez de colegial. Ella lo había vencido otra vez.

## **TREINTA Y CUATRO**

Eugene regresó a Altamont dos semanas antes de que empezase el curso en Pulpit Hill. La villa y la nación bullían con el fermento de la guerra. El país se estaba convirtiendo en un enorme campamento. Las facultades y las universidades se transformaban en campos de adiestramiento para oficiales. Cada cual «ponía su grano de arena».

Había sido una mala temporada turística. Eugene encontró Dixieland casi vacía, salvo por un puñado de malhumorados huéspedes habituales o casi habituales. La señora Pert estaba allí, dulce, gentil, un poquitín más vellosa que de costumbre. También estaba allí la señorita Newton, una solterona neurótica con aspecto de pajarito, que padecía asma y se había convertido gradualmente en ayudante oficiosa de Eliza en el manejo de la casa. Y también estaba la señorita Malone, la flaca devoradora de drogas, con sus labios grises y flácidos. Y Fowler, un ingeniero de cabellos rubios y rojo semblante, dejando detrás de él un húmedo olor a whisky de maíz. Gant, que ahora se había trasladado definitivamente de su casa de la calle Woodson —que había alquilado— a una gran habitación interior de la de Eliza, estaba también allí, un poco más pálido, un poco más enojadizo, un poco más débil que antes. Y también estaba Ben.

Hacía una semana o dos que estaba en casa cuando llegó Eugene. Había sido rechazado de nuevo por las oficinas de reclutamiento del Ejército y de la

Marina, como inútil para el servicio; y había dejado su trabajo en la ciudad del tabaco y vuelto a casa, enfurruñado y silencioso. Estaba más delgado y se había acentuado su color de marfil viejo. Rondaba sin ruido por la casa, fumando innumerables cigarrillos, maldiciendo entre dientes en breves accesos de furor, lleno de desesperación y de frustración. Ya no fruncía el ceño como antes, ni murmuraba irritado; su suave risa desdeñosa, matizada de tanta ternura oculta, había dado paso a una contenida pero salvaje locura.

Durante las dos cortas semanas que permaneció Eugene en casa, antes de volver a Pulpit Hill, compartió con Ben una pequeña habitación en la galería de arriba. Y el callado hermano hablaba... hablaba, pasando de un grave e irritado murmullo a un furioso anatema de amargura y de ira, que difundía su voz, aguda y apasionada, sobre todo el mundo dormido de la noche y del susurrante otoño.

—¿Qué has hecho, pequeño idiota? —empezó a decir, mirando las flacas costillas del muchacho—. Pareces un espantapájaros.

—Estoy muy bien —dijo Eugene—. Pasé algún tiempo sin comer. Pero no les escribí —añadió con orgullo—. Ellos pensaban que no podría sostenerme solo. Pero lo hice. No pedí auxilio. Y he vuelto a casa con mi dinero. ¿Lo ves?

Metió la mano en el bolsillo y sacó un sucio fajo de billetes, desplegándolo jactanciosamente.

—¿Qué me importa tu puerco dinerito? —chilló furiosamente Ben—. Eres un estúpido. Has vuelto hecho un cadáver, como si hubieses realizado algo de lo que puedes sentirte orgulloso. ¿Y qué has hecho? ¿Qué has hecho, salvo el ridículo?

—He pagado por hacer las cosas a mi manera —gritó con resentimiento Eugene, herido en lo más vivo—. Eso es lo que he hecho.

—¡A-ah! —dijo Ben, con una fea risita—. ¡Pequeño estúpido! ¡Esto es precisamente lo que ellos querían! ¿Piensas que les has dado una lección? ¿Lo piensas? ¿Te imaginas que les importa un bledo que te mueras o sigas con vida, con tal de que les ahorres gastos? ¿De qué te jactas? No te alabes hasta que hayas sacado algo de ellos.

Apoyado sobre un brazo, fumó a grandes chupadas y en amargo silencio durante unos momentos. Después, prosiguió con más tranquilidad:

—No, Gene. Sácales todo lo que puedas. Oblígales a dártelo. Pídelo, tómalo, húrtales... consíguelo como sea. Si no lo haces, dejarán que su dinero se pudra. Cógelo, y apártate de ellos. Vete y no vuelvas. ¡Que se vayan al diablo! —chilló.

Eliza, que había subido sin ruido la escalera para apagar las luces y había

estado plantada un momento delante de la puerta, llamó suavemente y entró. Llevaba un suéter viejo y raído y algo que parecía unas enaguas, y se quedó un instante inmóvil, con las manos cruzadas, observándolos con rostro pálido y turbado.

—Muchachos —dijo, frunciendo los labios en gesto de reproche y sacudiendo la cabeza—, es hora de que todo el mundo esté en la cama. Tenéis a toda la casa despierta con vuestra charla.

—¡O-oh! —dijo Ben, riendo descaradamente—. ¡Al diablo con ellos!

—¿Qué dices, hijo? —dijo enfurruñada Eliza—. Nos vas a arruinar. Y además has encendido la luz del porche. —Miró con recelo a su alrededor—. ¿Qué te propones quemando toda esa electricidad?

—¡Oh! Escucha esto —dijo Ben, volviendo la cabeza hacia lo alto, con una risa burlona.

—No puedo pagar esas facturas —dijo Eliza con irritación y un vivo movimiento de cabeza—. No pienses que puedo hacerlo. Y no voy a tolerar tu comportamiento. Todos debemos ahorrar.

—¡Oh, por el amor de Dios! —rio Ben—. ¡Ahorrar! ¿Para qué? ¿Para que puedas gastártelo todo en uno de los solares del viejo Doak?

—Bueno, baja esos humos —dijo Eliza—. No eres tú quien paga las facturas. Si lo hicieses, no te reirías. Y no me gusta que me hables así. Has malgastado hasta tu último penique, porque nunca conociste el valor de un dólar.

—¡O-oh! —dijo él—. ¡El valor de un dólar! Por Dios que lo sé mejor que tú. Al menos he sacado algún provecho de los míos. ¿Y qué has sacado tú de los tuyos? Me gustaría saberlo. ¿Qué bien han hecho a nadie? ¿Quieres decírmelo? —gritó.

—Puedes reírte cuanto quieras —dijo severamente Eliza—, pero si tu padre y yo no hubiésemos reunido unos pocos bienes, no habrías tenido nunca un techo propio bajo el que cobijarte. Y este es el pago que recibo en mi vejez por todos mis afanes —dijo, rompiendo en llanto—. ¡Ingratitud! ¡Ingratitud!

—¡Ingratitud! —se burló él—. ¿Por qué tendría que estar agradecido? No pensarás que os debo algo a ti y al viejo, ¿verdad? ¿Qué me habéis dado? Dejasteis que me fuese al infierno cuando tenía solo doce años. Y desde entonces, nadie me ha dado un cochino penique. Y mira a tu pequeño. Dejaste que anduviese dando vueltas por el país como un loco. ¿Pensaste lo bastante en él este verano para enviarle una postal? ¿Sabías dónde estaba? ¿Qué te importaba, mientras pudieses sacarles cincuenta centavos a tus piojosos huéspedes?

—¡Ingratitud! —murmuró roncamente ella, con un agorero sacudimiento de la cabeza—. No está lejano el día en que tendrás que rendir cuentas.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo él, con risa desdeñosa.

Fumó un momento. Después prosiguió con voz pausada:

—No, mamá. Has hecho muy poco para que tengamos que estarte agradecidos. Los demás anduvimos de un lado a otro como locos, y el pequeño se crio aquí entre drogadictos y pelanduscas. Agarraste hasta el último penique e invertiste cuanto tenías en fincas que no hicieron el menor bien a nadie. No te extrañe, pues, que tus hijos no te estén agradecidos.

—Un hijo que habla a su madre de esta manera —dijo Eliza, con pomposa actitud— tiene que acabar mal. ¡Espera y lo verás!

—¡Tonterías! —se burló él.

Se miraron fijamente, con ojos duros y crueles. Al cabo de un momento, él se volvió, frunciendo el ceño con furiosa irritación, pero sintiendo ya la punzada de un fuerte remordimiento.

—¡Está bien! ¡Vete, por lo que más quieras! ¡Déjanos solos! ¡No quiero verte aquí!

Encendió un cigarrillo para mostrar su indiferencia. Los delgados y blancos dedos temblaban, y la llama se apagó.

—¡Basta! —dijo cansadamente Eugene—. ¡No sigáis! Ninguno de nosotros va a cambiar. Con esto no mejoraréis las cosas. Todos seguiremos igual. Todo esto lo habíamos dicho ya otras veces. Por consiguiente, ¡callaos, por el amor de Dios! Vete a la cama, mamá, por favor. Vayamos todos a la cama y olvidemos lo ocurrido.

Se acercó a ella y, con un profundo sentimiento de vergüenza, la besó.

—Sí; buenas noches, hijo —dijo pausadamente Eliza, con voz grave—. Yo, en tu lugar, apagaría las luces y me acostaría. Que duermas bien, hijo. Debes cuidar tu salud.

Le besó y salió, sin volver a mirar al chico mayor. Este tampoco la miró. Estaban separados por su dura y amarga porfía.

Al cabo de un momento, cuando ella se hubo marchado, Ben dijo, sin rencor:

—No he sacado nada de la vida. He sido un fracasado. Me quedé aquí con ellos, y ahora ya no valgo para nada. Mis pulmones se están deshaciendo: ni siquiera han permitido que probase suerte en el Ejército. Ni siquiera han querido dar a los alemanes la oportunidad de pegarme un tiro. Nunca serví

para nada. ¡Oh, Dios! —dijo, en una creciente ola de pasión—. ¿Por qué son así las cosas? ¿Lo sabes tú, Gene? ¿Tienen que ser realmente así, o nos está jugando alguien una broma pesada? Tal vez lo soñamos todo. ¿Lo crees tú?

—Sí —dijo Eugene—, lo creo. Pero quisiera que nos despertasen —calló, ensimismado, doblando el flaco cuerpo desnudo sobre la cama durante un momento—. Aunque tal vez —prosiguió despacio—, tal vez... no hay nada, nadie a quien despertar.

—¡Al diablo con todo! —dijo Ben—. Quisiera que todo hubiese terminado.

Eugene volvió a Pulpit Hill con una fiebre de bélica excitación. La universidad se había convertido en un campamento armado. Jóvenes de dieciocho años eran aceptados en el cuerpo de aspirantes a oficiales. Pero él no había cumplido aún los dieciocho años. Le faltaban dos semanas. En vano imploró la tolerancia del tribunal examinador. ¿Qué importaban dos semanas? ¿Podría ingresar el día de su cumpleaños? Le dijeron que no. Entonces, ¿qué podría hacer? Le dijeron que debía esperar a que hubiese otra leva. ¿Cuánto tardaría esta? Solo dos o tres meses, le aseguraron. Renacieron sus marchitas esperanzas. Ardía de impaciencia. No todo estaba perdido.

Con un poco de suerte, podría vestir el uniforme caqui en Navidad; y en primavera, si Dios no le dejaba de su mano, podrían ser suyos todos los soberbios privilegios de las trincheras llenas de piojos, de los gases asfixiantes, de los sesos destrozados, de los pulmones perforados, de las tripas desgarradas, de la asfixia, el barro y la gangrena. Oía sobre el borde de la tierra el glorioso rumor de las pisadas, el fiero y dulce son de las trompetas. Con una tierna sonrisa de amor por su propia y querida persona, se veía luciendo las águilas de coronel sobre sus gallardos y jóvenes hombros. Se veía como el As Gant, el halcón de los cielos, con sesenta y tres hunos derribados por él al cumplir los diecinueve años. Se veía paseando por los Campos Elíseos, con las sienes bellamente salpicadas de cabellos grises, con el antebrazo izquierdo del corcho más fino, y con la deliciosa y joven viuda de un mariscal francés caminando a su lado. Por primera vez, veía el encanto romántico de la mutilación. Los héroes perfectos y sin tacha de su infancia ahora le parecían poca cosa, solo aptos para ilustrar anuncios de cuellos de camisa y de pasta dentífrica. Ansiaba aquella distinción sutil, aquel aire de haber vivido y sufrido, que solo podía conseguirse con una pata de palo, una nariz reconstruida o la cicatriz de un balazo en la sien.

Mientras tanto, comía con voracidad y bebía galones de agua en un esfuerzo por aumentar de peso. Se pesaba media docena de veces al día. Incluso hacía un poco de gimnasia rítmica: abrir los brazos, doblarse por la cintura, etcétera.



Y hablaba de su problema con los profesores. Gravemente, ansiosamente, luchaba con toda el alma, paladeando la inspiradora jerga de la cruzada. De momento, decían los profesores, ¿no estaba aquí su sitio? ¿Le decía su conciencia lo que tenía que hacer? Si era así, decían gravemente, no añadirían una palabra más. Pero ¿había tomado en consideración más grandes decisiones?

—¿No es este —le dijo persuasivamente el decano en funciones—, no es este su sector? ¿No está su propia primera línea aquí, en el campus? ¿No es aquí donde debe llegar a la cima? Oh, ya sé —proseguía, con una sonrisa de sordo dolor—, ya sé que le sería más fácil ir allá. También yo tuve que sostener ese combate. Pero ahora todos formamos parte del ejército; estamos todos alistados al Servicio de la Libertad. Hemos sido movilizados para la defensa de la verdad. Y cada cual debe poner su grano de arena donde resulte más útil.

—Sí —dijo Eugene, con pálido y torturado semblante—, lo sé. Sé que hago mal. Pero cuando pienso, señor, en esas bestias asesinas, cuando pienso en cómo han amenazado todo lo que nos es querido, cuando pienso en la pequeña Bélgica, y también en mi propia madre, en mi propia hermana...

Se volvió, apretando los puños, locamente enamorado de sí mismo.

—Sí, sí —dijo amablemente el decano en funciones—, para los chicos con un espíritu como el suyo, no es nada fácil.

—¡Oh, señor, es duro! —gritó apasionadamente Eugene—. ¡Le aseguro que es muy duro!

—Debemos aguantar —dijo pausadamente el decano—. Debemos templarnos al fuego. El futuro de la humanidad está en la balanza.

Profundamente conmovidos, permanecieron un momento juntos, sumidos en la radiante belleza de sus almas heroicas.

Eugene era administrador del periódico de la facultad. Pero como el director había ingresado en el cuerpo, todo el trabajo de la publicación recayó sobre el muchacho. Todos estaban en el Ejército. A excepción de unas pocas docenas de escurridizos novatos, de unos cuantos inválidos y de él mismo, parecía que todos estaban en el Ejército. Todos sus compañeros de hermandad, todos sus condiscípulos que no se habían alistado anteriormente, y muchos jóvenes que nunca habían pensado en la universidad, estaban en el Ejército. Pap Rheinhart, George Graves, Julius Arthur —que habían iniciado breves y un tanto infortunadas carreras en otras universidades— y una multitud de jóvenes altamonteses que nunca habían estado en un campus, estaban ahora encuadrados en el Ejército Estudiantil.

Durante los primeros días, en la confusión del nuevo orden, Eugene los vio con frecuencia. Después, al empezar a funcionar mejor los engranajes de la máquina, y convertirse la universidad en un enorme puesto militar, con la puntual monotonía de la instrucción, la comida, el estudio, la inspección y el sueño, se encontró separado, solo, ocupando una posición de única y aislada autoridad.

Seguía adelante. Mantenía alta la antorcha. Ponía su grano de arena. Era director, redactor, censor, factótum del periódico. Escribía las noticias. Escribía los editoriales. Arengaba con inflamadas palabras. Exaltaba la cruzada. Estaba poseído por la inspiración de la muerte.

Entraba y salía a su antojo. Cuando los dormitorios quedaban a oscuras por la noche, rondaba por el campus, desdeñando las linternas eléctricas y las disculpas en voz baja de los caloyos. Se alojaba en el pueblo con un cadáver alto, un flaco estudiante de medicina de mejillas hundidas y pecho raquítico, llamado Heston. Tres o cuatro veces a la semana, lo llevaban por la maltrecha carretera de Exeter, donde aspiraba en una pequeña imprenta un delicioso y cálido olor de tinta y de acero.

Después rondaba por la lúgubre calle mayor de la villa al encenderse las luces, comía en Greek's, flirteaba con unas cuantas mujeres descarriadas y furtivas hasta que cerraban el establecimiento a las diez, y regresaba cruzando el campo oscuro en un autobús del servicio público, junto a un viejo borracho que parecía una morsa y conducía como un demonio, y que se llamaba Soak Young.

Comenzó octubre, y con él una estación de fría llovizna. El suelo era una capa vaporosa de barro y de hojas podridas. Los árboles goteaban cansada e incesantemente. Eugene cumplió los dieciocho años y, con temblorosa tensión, volvió a centrar su interés en la guerra.

Recibió una breve carta enfermiza de su padre, y unas cuantas páginas de Eliza, prácticas, concretas, llenas de expresiones rotundas y acerbas:

Daisy estuvo aquí con toda su tribu. Volvió a su casa hace un par de días, dejando a Caroline y a Richard. Todos han estado enfermos de gripe. Aquí ha sido una verdadera plaga. Todos la han tenido, y nunca se sabe quién será el próximo en marcharse. Parece que ataca primero a los más vigorosos. El señor Hanby, el pastor metodista, murió la semana pasada. Se le declaró una pulmonía. Era un hombre muy sano, en la flor de la vida. Los médicos dijeron que no había nada que hacer desde el principio. Helen ha estado varios días en cama. Dice que ha sido su antigua dolencia de los riñones. El martes por la noche invitaron a McGuire, digan lo que digan, no pueden engañarme. Hijo, espero que nunca te dejes dominar por esa horrible afición. Ha sido la maldición de toda mi vida. Parece que tu padre va tirando como de costumbre.

Come bien y duerme mucho. No advierto ningún cambio en él desde hace un año. Posiblemente vivirá mucho tiempo después de enterrarnos a todos. Ben continúa aquí. Ronda todo el día por la casa y se queja de que no tiene apetito. Creo que necesita trabajar de nuevo, hacer algo que le impida pensar tanto en sí mismo. Quedan pocos huéspedes en casa. La señora Pert y la señorita Newton siguen aquí como siempre. Los Crosby han regresado a Miami. Si aumenta mucho más el frío, haré los bártulos y me iré también. Sospecho que me estoy haciendo vieja. No puedo soportar el frío como cuando era joven. Quiero que te compres un abrigo grueso y bueno antes de que empiece el invierno. También debes comer mucho, y que sean alimentos sustanciosos. No malgastes tu dinero, pero...

Nada más supo de ellos durante varias semanas. Después, una tarde de llovizna, cuando volvió a las seis a la habitación que compartía con Heston, encontró un telegrama: Decía así: «Ven inmediatamente. Ben tiene pulmonía. Mamá».

## TREINTA Y CINCO

No había tren hasta el día siguiente. Heston lo tranquilizó durante la velada con una fuerte ginebra confeccionada a base de alcohol tomado del laboratorio médico. Eugene hablaba poco y farfullaba a sacudidas, con incoherencia, preguntando al estudiante de medicina acerca del curso y de las consecuencias de la enfermedad.

—Si fuese pulmonía doble, ella lo habría dicho, ¿no te parece? —preguntó febrilmente.

—Creo que sí —dijo Heston, que era un muchacho amable y tranquilo.

La mañana siguiente, Eugene fue a tomar el tren en Exeter. Durante toda una tarde triste y gris, traqueteó a través del estado empapado por la lluvia. Después hubo un transbordo y una terrible espera de varias horas en una bifurcación. Por fin, al anochecer, reemprendió el viaje hacia la montaña.

Yació en su litera con ojos irritados e insomnes, contemplando la masa negra de la tierra, la mole de los montes. Por último, después de medianoche, se sumió en un sueño nervioso. Lo despertó el ruido de los vagones al entrar en los cambios de vías de Altamont. Aturdido, a medio vestir, lo despabiló la chirriante parada del convoy, y un momento después miraba a través de la cortinilla los graves semblantes de Luke y Hugh Barton.

—Ben está muy enfermo —dijo Hugh Barton.

Eugene se puso los zapatos y saltó al suelo, metiendo el cuello y la corbata en un bolsillo de su chaqueta.

—Vamos —dijo—. Estoy listo.

Recorrieron callados el pasillo, entre los largos y tétricos ronquidos de los que dormían. Mientras cruzaban la vacía estación en dirección al coche de Hugh Barton, Eugene dijo al marinero:

—¿Cuándo llegaste a casa, Luke?

—La noche pasada. Solo llevo aquí unas horas.

Eran las tres y media de la mañana. La fea estación permanecía fija y horrible, como algo de pesadilla. Su imprevisto y súbito regreso a ella aumentaba la impresión de irrealidad de Eugene. En uno de los coches aparcados junto a la acera de la estación, el conductor dormía arrebujado en su manta. En el comedor de Greek's, había un hombre sentado, despatarrado y con la cabeza apoyada en el mostrador. Las luces eran débiles y opacas; unas cuantas ardían con flojo resplandor en los hoteles baratos próximos a la estación.

Hugh Barton, que siempre había sido un conductor prudente, arrancó con un furioso chirrido de las marchas. Rodaron hacia la ciudad, a través del mísero barrio bajo, a ochenta kilómetros por hora.

—Temo que B-b-b-ben está muy enfermo —dijo Luke.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Eugene—. Dímelo.

Uno de los hijos de Daisy le había contagiado la gripe, le dijeron. Él había rondado por ahí, enfermo y febril, durante un par de días, sin querer meterse en la cama.

—En aquel m-m-m-maldito corral —estalló Luke—. Si se muere será porque no p-p-pudo tener calor.

—No pienses ahora en eso —gritó, irritado, Eugene—. Prosigue.

Por fin se había acostado, y la señora Pert lo había cuidado durante un día o dos.

—Ella fue la única que hizo algo p-p-por él —dijo el marinero.

Por fin, Eliza había llamado a Cardiac.

—El m-m-maldito y viejo charlatán —farfulló Luke.

—¡Deja esto! ¡Deja esto! —chilló Eugene—. ¿Por qué sacarlo a relucir ahora? ¡Continúa!

Al cabo de un par de días, Ben se hallaba al parecer convaleciente, y

Cardiac le dijo que, si quería, podía levantarse de la cama. Él se levantó y rondó todo el día por la casa; pero el día siguiente tuvo que quedarse de nuevo en cama con una fiebre muy alta. Por fin habían llamado a Coker, hacía dos días...

—Es por donde hubiesen tenido que empezar —gruñó Hugh Barton sobre el volante.

—¡Déjalo! —gritó Eugene—. Prosigue.

Y Ben estaba gravísimamente enfermo, con pulmonía doble, desde hacía más de un día. La triste historia profética, breve y terrible resumen del despilfarro, la morosidad y la ruina de sus vidas, les impuso un momentáneo silencio con su inexorable sentido de tragedia. No tenían nada que decir.

El potente automóvil entró zumbando en la helada plaza muerta. El sentimiento de irrealidad creció en el muchacho. Buscaba su vida, los brillantes años perdidos, en ese mezquino y entumecido amasijo de piedras y ladrillos. Ben y yo, aquí, frente al ayuntamiento, el banco, la abacería (pensó). ¿Por qué aquí? En Gath o en Ispahán. En Corinto o en Bizancio. No aquí. Esto no es real.

Un momento más tarde, el gran automóvil se detuvo junto al bordillo, delante de Dixieland. Una luz ardía débilmente en el vestíbulo, despertando en él helados recuerdos de humedad y de tinieblas. Una luz más viva ardía en el salón, pintando el bajado transparente de la alta ventana de un cálido y pastoso color anaranjado.

—Ben está en la habitación de arriba —murmuró Luke—, la que tiene la luz encendida.

Eugene levantó la cabeza y miró la triste habitación delantera de arriba, con su feo balcón victoriano; tenía los labios secos y fríos. Estaba junto a la galería-dormitorio donde, solo tres semanas antes, había lanzado Ben en la oscuridad su salvaje maldición a la vida. La luz de la habitación del enfermo tenía un brillo gris y le infundía su triste visión de lucha y de terror desnudo.

Los tres hombres subieron sin ruido por la calzada y entraron en la casa. Había un débil ruido de voces y de parloteo en la cocina.

—Papá está aquí —dijo Luke.

Eugene entró en el salón y vio a Gant sentado solo delante de un brillante fuego de carbón. Gant levantó torpe y vagamente la cabeza al entrar su hijo.

—Hola, papá —dijo Eugene, acercándose a él.

—Hola, hijo —dijo Gant.

Besó al muchacho con su erizado y recortado bigote. Sus finos labios

empezaron a temblar con mal humor.

—¿Te has enterado de lo de tu hermano? —gangueó—. Pensar que tenía que ocurrirme esto, viejo y enfermo como estoy... ¡Jesús! Es terrible...

Helen entró desde la cocina.

—Hola, Cangallo —dijo, abrazándolo con cordialidad—. ¿Cómo estás, querido? Creo que has crecido medio palmo más desde que te marchaste —se chanceó—. Bueno, Gene, ¡anímate! No pongas esa cara. Mientras hay vida hay esperanza. Todavía no se ha muerto, ¿sabes?

Y estalló en roncos, atropellados e histéricos sollozos.

—Pensar que tenía que ocurrirme esto —resopló Gant, respondiendo mecánicamente al dolor de su hija, mientras se balanceaba apoyado en su bastón y mirando fijamente el fuego—. ¡Huy, huy, huy! ¿Qué he hecho yo para que Dios me...?

—¡Cállate! —gritó Helen, volviéndose furiosa a él—. No digas una palabra más. ¡No quiero oírte! ¡He dado toda mi vida por ti! Lo hemos hecho todo por ti, y aún estarás aquí cuando todos nos hayamos ido. Tú no eres el enfermo.

De momento, sus sentimientos para con él se habían vuelto amargos y rencorosos.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Eugene.

—En la cocina —dijo Helen—. Yo de ti iría a saludarla antes de subir a ver a Ben —después añadió, en tono grave y reflexivo—: Bueno, olvídalo. Ahora no hay nada que hacer.

Encontró a Eliza atrafagada con varios brillantes botes de agua hirviendo sobre el fogón de gas. Se movía torpemente y pareció sorprendida y confusa al verlo.

—¡Cómo, muchacho! ¿Cuándo has llegado?

Él la abrazó. Pero detrás de sus palabras naturales, advirtió el terror que sentía en su corazón; en sus empañados ojos negros centelleaban los cuchillos del miedo.

—¿Cómo está Ben, mamá? —preguntó él a media voz.

—Pues... —dijo ella, frunciendo reflexivamente los labios— precisamente le estuve diciendo al doctor Coker antes de que tú llegases: «Mire lo que le digo: no creo que esté tan mal como parece. Si puede aguantar hasta mañana, creo que se producirá un cambio y se pondrá mejor».

—¡Por el amor de Dios, mamá! —estalló furiosamente Helen—. ¿Cómo

puedes decir eso? ¿No sabes que el estado de Ben es crítico? ¿Es que nunca vas a despertar?

Su voz tenía la antigua brusquedad del histerismo.

—Te diré una cosa, hijo —dijo Eliza, con una trémula sonrisa—. Cuando entres a verlo, disimula que sabes lo grave que está. Yo de ti, lo tomaría todo a broma. Me reiría a carcajadas y le diría: «¡Vaya! Pensé que venía a visitar a un enfermo. ¡Bah! —le diría—. Tú no tienes nada. ¡Todo es pura imaginación!».

—¡Oh, mamá! ¡Por el amor de Dios! —dijo frenéticamente Eugene—. ¡Por el amor de Dios!

Se volvió, angustiado, apretándose el cuello con los dedos.

Después subió sin hacer ruido, con Luke y Helen, y se dirigió a la habitación del enfermo temblándole el corazón y sintiendo frías y entumecidas las piernas. Se detuvieron un momento, murmurando, antes de entrar. La infeliz conspiración ante la muerte llenó de espanto a Eugene.

—B-b-bueno, yo no estaría más de un m-m-minuto —murmuró Luke—. P-p-podría ponerme nervioso.

Eugene, haciendo de tripas corazón, entró ciegamente en la habitación detrás de Helen.

—Mira quién ha venido a verte —dijo ella alegremente—. Es High-pockets.

De momento, Eugene no pudo ver nada; tales eran su vértigo y su miedo. Después, a la velada luz gris de la estancia, percibió a Bessie Gant, la enfermera, y la larga y amarilla cabeza de calavera de Coker, que le sonreía cansadamente con sus grandes y manchados dientes sobre el largo y mascado cigarro. Después, bajo la fuerte luz que caía directa y brutalmente solo sobre la cama, vio a Ben. Y en aquel momento de lacerante reconocimiento, vio lo que todos habían visto ya: Ben se estaba muriendo.

El cuerpo largo y flaco de Ben estaba cubierto en sus tres cuartas partes por la ropa de la cama; su esquelético perfil estaba terriblemente retorcido debajo del cobertor, en una actitud de lucha y de tortura. Parecía no pertenecerle, era algo tergiversado y separado, como el cuerpo de un criminal decapitado. Y el color amarillo pálido de su cara se había vuelto gris, y sobre aquella máscara granítica de la muerte, iluminada por dos manchas rojas de fiebre, crecía el negro y rígido vello de una barba de tres días. La barba era algo horrible; recordaba la depravada vitalidad del pelo, que puede crecer en un cadáver putrefacto. Y los finos labios de Ben estaban levantados, en una constante mueca de tortura y de ahogo, sobre los blancos dientes que parecían muertos, al introducir él, en laborioso jadeo, un hilo de aire en sus pulmones.

Y el ruido de este jadeo —fuerte, ronco, rápido, increíble, llenando la habitación y orquestando todos los momentos— daba a la escena su toque de horror definitivo.

Ben yacía en la cama delante de ellos, empapado en luz, como un enorme insecto sobre la mesa de un naturalista, luchando, mientras ellos lo miraban, por salvar con su pobre y agotado cuerpo la vida que nadie podía salvar por él. Era algo monstruoso, brutal.

Al acercarse Eugene, los ojos brillantes de miedo de Ben se fijaron en el hermano menor, y por primera vez, casi ingravidamente, sin apoyo, levantó el torso torturado de la almohada y ciñó con fuerza las muñecas del muchacho con la argolla cálida y blanca de sus manos, y farfulló aterrorizado como un niño:

—¿Por qué has venido? ¿Por qué has vuelto a casa, Gene?

El muchacho permaneció mudo y pálido un momento, mientras una oleada de compasión de su horror surgía dentro de él.

—Nos dieron vacaciones, Ben —dijo al fin—. Tuvieron que cerrar a causa de la gripe.

Y se volvió súbitamente hacia la densa oscuridad, asqueado de su torpe mentira, incapaz de hacer frente al miedo que traslucían los ojos grises de Ben.

—Bueno, Gene —dijo Bessie Gant, en tono autoritario—. Sal de aquí... y también Helen. Ya es bastante tener que cuidar a un Gant chiflado. No quiero otros dos aquí.

Hablaba duramente, con una risa desagradable.

Era una mujer delgada, de treinta y ocho años, esposa de Gilbert, sobrino de Gant. Era de raza montañesa, tosca, dura y vulgar, con poca piedad en su alma y un frío gusto por las miserias de la enfermedad y de la muerte. Disfrazaba estos sentimientos inhumanos con su aire profesional, y decía:

—Si me dejase llevar por mis sentimientos, ¿qué sería del paciente?

Cuando salieron al pasillo, Eugene dijo a Helen, con cierta irritación:

—¿Por qué habéis traído a esa cara de calavera? ¿Cómo puede sanar él en su compañía? ¡No me gusta!

—Digas lo que digas... es una buena enfermera —después, añadió bajando la voz—: ¿Qué te ha parecido?

Él se volvió, con un movimiento convulsivo. Ella se echó a llorar y le asió la mano.

Luke se balanceaba inquieto, respirando sonoramente y fumando un



cigarrillo, y Eliza, frunciendo los labios, permanecía con un oído pegado a la puerta del cuarto del enfermo. Llevaba una inútil olla de agua caliente.

—¿Eh? ¿Ah? ¿Qué decía? —preguntó Eliza, sin que nadie hubiese dicho nada—. ¿Cómo está?

Sus ojos los miraron uno a uno.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! —gruñó furiosamente Eugene. Y levantando la voz —: ¿Quieres largarte de una vez?

Estaba enfurecido por la fuerte y nerviosa respiración del marinero, por el movimiento de sus pies grandes y torpes. Y aún lo irritaba más la inútil olla de agua caliente de Eliza, su tráfago vano, sus «¿eh?» y sus «¿ah?».

—¿No ves que está luchando por respirar? ¿Es que quieres ahogarlo? ¡Es absurdo! ¡Absurdo! ¿Lo oyes?

Había vuelto a levantar la voz. La fealdad y la angustia de la muerte lo sofocaban; y la bullidora familia, murmurando detrás de la puerta, atrafagándose inútilmente, saciando su terrible hambre de muerte con la estrangulación de Ben, lo enloquecían y producían accesos alternativos de ira y de compasión.

Al cabo de un momento, bajaron indecisos la escalera, escuchando todavía los ruidos de la habitación del enfermo.

—Mirad lo que os digo —empezó, esperanzada, Eliza—. Tengo un presentimiento. No sé cómo lo llamaríais vosotros...

Miró confusa a su alrededor y se encontró abandonada. Volvió a sus ollas y sus cacerolas.

Helen, con semblante contraído, se llevó aparte a Eugene y le habló con histéricos murmullos en el vestíbulo:

—¿Has visto el suéter que lleva? ¿Lo has visto? ¡Es un asco! —Su voz se hundió en un susurro reflexivo—. ¿Sabías que él no puede ni mirarla? Ayer entró en la habitación, y él se sintió completamente mareado. Volvió la cabeza y me dijo: «Helen, por el amor de Dios, sácala de aquí». Lo has oído, ¿no? ¿Lo has oído? No puede soportar tenerla cerca de él. No la quiere en su habitación.

—¡Basta! ¡Basta! Por lo que más quieras, ¡basta! —dijo Eugene, clavándole los dedos en el cuello.

La joven estaba loca de odio y de histerismo.

—Tal vez es horrible lo que voy a decir; pero si él se muere, la odiaré. ¿Piensas que puedo olvidar cómo se portó? ¿Lo piensas? —Ahora casi gritaba

—. Lo ha dejado morir aquí ante sus propios ojos. Bueno, solo anteayer, cuando él estaba a más de cuarenta de temperatura, estuvo hablando con el doctor Doak acerca de un solar. ¿Sabías eso?

—¡Olvídalo...! —dijo frenéticamente Eugene—. ¡Siempre ha sido así! Ella no tiene la culpa. ¿No lo ves? ¡Oh, Dios, qué horrible! ¡Qué horrible!

—¡Pobre mamá! —dijo Helen, echándose a llorar—. No podrá superar esto. ¡Tiene un miedo espantoso! ¿Has visto sus ojos? Lo sabe, ¡claro que lo sabe!

Después, súbitamente, con enloquecido y ensimismado semblante, dijo:

—¡A veces pienso que la odio! Creo realmente que la odio. —Se pellizcó el ancho mentón, distraídamente—. Bueno, no debemos hablar así —dijo—. No está bien. Anímate. Todos estamos cansados y nerviosos. Todavía creo que se pondrá bien.

El día amaneció frío y gris, con un lúgubre vaho de oscuridad y de niebla. Eliza rebullía ansiosamente, patéticamente atrafagada, preparando el desayuno. En una ocasión, subió apresurada y torpemente la escalera con una olla de agua, y, al abrir la puerta Bessie Grant, observó un segundo la terrible calma, frunciendo el pálido semblante. Bessie Grant le impidió pasar y cerró la puerta de golpe. Eliza se alejó, farfullando excusas.

Porque lo que había dicho la enfermera era verdad, y Eliza lo sabía. Estaba de sobra en la habitación del enfermo; el muchacho moribundo no quería verla. Había visto cómo volvía la cabeza al asomarse ella. Su pálida cara disimuló ese horror; no dijo nada, no emitió una queja. Anduvo de un lado a otro haciendo cosas inútiles con seria naturalidad. Y Eugene, que hacía un momento se había exasperado al ver su burdo optimismo, se sintió ahora lleno de piedad, al observar el terrible pánico y el dolor reflejados en sus empañados ojos negros. Corrió de pronto hacia ella, plantada junto a la ardiente cocina, y, agarrando su áspera y gastada mano, la besó y balbució, desalentado:

—¡Oh, mamá! ¡Mamá! ¡Está bien! ¡Está bien! Está bien.

Y Eliza, despojándose súbitamente de su máscara, se aferró a él, hundiendo el pálido semblante en la manga de su chaqueta, llorando amargamente, desesperadamente, acongojadamente, la triste pérdida de los años irrecuperables... las inmortales horas de amor que nunca podrían revivirse, el mal enorme del olvido y de la indiferencia que nunca podría repararse. Como una niña agradecía ahora su caricia, y él sentía que se le retorció el corazón, como una cosa enloquecida y rota, y seguía murmurando:

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Está bien! —Sabido que no lo estaba, que nada estaría nunca bien.

—Si lo hubiese sabido... Hijo mío, si lo hubiese sabido... —lloró Eliza, como había llorado cuando la muerte de Grover.

—¡Ánimo! —dijo él—. Todavía saldrá de esta. Ha pasado lo peor.

—Mira qué te digo —dijo Eliza, enjugándose al punto los ojos—. Creo que tienes razón... Creo que pasó una crisis la noche pasada. Precisamente le decía a Bessie...

Estaba amaneciendo. Llegaba el día, trayendo nuevas esperanzas. Se sentaron a desayunar en la cocina, animándose con cada palabra de aliento que les daba el médico o la enfermera. Coker se marchó, vagamente optimista. Bessie Grant bajó a desayunar y se mostró profesionalmente alentadora.

—Si puedo mantener a su maldita familia fuera de la habitación, aún es posible que sane.

Rieron histéricamente, con gratitud, recibiendo de buen grado el insulto de la mujer.

—¿Cómo está esta mañana? —dijo Eliza—. ¿Ha experimentado alguna mejoría?

—La temperatura ha bajado, si es eso lo que quiere decir.

Sabían que el descenso de la temperatura por la mañana tenía poca importancia, pero se amparaban en él, solazaban en él sus maltrechas emociones; subieron en un momento a una cima de esperanza.

—Y tiene un corazón espléndido —dijo Bessie Grant—. Si este aguanta y él sigue luchando, saldrá de esta.

—Claro que seguirá 1-1-luchando —dijo Luke, en un arranque de euforia—. El m-m-muchacho luchará m-m-mientras le quede un poco de aliento.

—Pues sí —dijo Eliza—, recuerdo que cuando tenía siete años... yo estaba un día en el porche... y lo recuerdo porque el viejo señor Buckner acababa de llegar trayendo unos huevos y mantequilla que vuestro papá había...

—¡Oh, Dios mío! —gimió Helen, con una blanda sonrisa—. Ahora nos soltará el rollo.

—¡Huy... huy! —canturreó locamente Luke, pinchando a Eliza en las costillas.

—¡Basta, chico! —dijo Eliza con irritación—. Te portas como un idiota. ¡Debería darte vergüenza!

—¡Huy... huy... huy!

Helen soltó una risotada y dio un codazo a Eugene.

—Está chalado. Tu-tu-tu-tu-tu.

Después, con los ojos húmedos, atrajo a Eugene y le estrechó bruscamente en sus largos y huesudos brazos.

—¡Pobre Gene! Vosotros os aveníais mucho, ¿no? Lo sentirás más que cualquiera de nosotros.

—T-t-todavía no está enterrado —gritó animadamente Luke—. Quizá andará todavía por aquí cuando nosotros estemos criando m-m-margaritas.

—¿Dónde está la señora Pert? —preguntó Eugene—. ¿Está en la casa?

Se hizo un silencio tenso y amargo.

—La eché —dijo hoscamente Eliza, al cabo de un momento—. Le dije exactamente lo que era: una zorra —dijo esto con su antigua y severa sensatez, pero al cabo de un momento empezó a contraer el semblante y rompió a llorar—. Si no hubiese ido por esa mujer, creo que él estaría sano y fuerte. ¡Estoy segura!

—¡Por el amor de Dios, mamá! —estalló furiosamente Helen—. ¿Cómo te atreves a decir eso? Ella era la única amiga que tenía; cuando cayó enfermo, lo cuidó abnegadamente. ¡Vaya una idea! —jadeó indignada—. De no haber sido por la señora Pert, él estaría muerto a estas horas. Nadie más hizo nada por él. Y lo cierto es que de buen grado la tuviste aquí y cobraste su dinero, hasta que él se puso enfermo. ¡No, señor! —declaró, con énfasis—. Personalmente, me gusta esa mujer. No voy a renegar ahora de ella.

—¡Es una v-v-vergüenza! —dijo Luke, fiel a su diosa—. Si no hubiese sido por la señora P-p-pert y por ti, Ben estaría ya en el otro barrio. A todos los demás les importaba un bledo. Si se m-m-muere será por falta de los debidos cuidados cuando habrían podido remediarlo. Aquí se ha pensado siempre demasiado en ahorrar unos centavos, ¡y m-m-muy poco en la carne y en la sangre!

—Bueno, ¡olvídalo! —dijo cansadamente Helen—. Una cosa es cierta: yo hice todo lo que pude. Hace dos días que no me acuesto. Pase lo que pase, no tendré remordimientos por esta causa.

Su voz estaba llena de ensimismado y feo orgullo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —El marinero se volvió a Eugene muy excitado, gesticulando—. Esa chica no p-p-perdonó esfuerzo. De no haber sido por ella...

Se le humedecieron los ojos, volvió la cabeza y se sonó.

—¡Oh, por los clavos de Cristo! —chilló Eugene, levantándose de un salto de la mesa—. ¡Callaos de una vez! Esperemos.

De este modo transcurrieron lentamente las terribles horas de la mañana, mientras ellos se debatían tratando de escapar de la trágica red de frustración y de pérdida que los envolvía. Cobraban ánimo durante breves momentos de insensata alegría y de entusiasmo, para sumirse de nuevo en la negra sima de la desesperación y el histerismo. Solo Eliza parecía firmemente esperanzada. Temblando de exacerbado nerviosismo, el marinero y Eugene paseaban arriba y abajo en el vestíbulo, fumando incesantemente, encrespándose al acercarse el uno al otro, irónicamente corteses al rozarse sus cuerpos. Gant dormitaba en el salón o en su habitación, despertando y durmiendo a intervalos, gimiendo afectadamente, desapegado, solo vagamente consciente del significado de los acontecimientos, e irritado a causa de la súbita indiferencia que los otros mostraban por él. Helen entraba y salía constantemente del cuarto del enfermo, dominando al muchacho moribundo con el poder de su vitalidad, infundiéndole momentos de esperanza y confianza. Pero cuando salía, su cordial animación era sustituida por la tensa confusión del histerismo; lloraba, reía, rumiaba, amaba y odiaba alternativamente.

Eliza entró solo una vez en la habitación. Traía una bolsa de agua caliente, y entró tímidamente, torpemente, como una niña, devorando la cara de Ben con sus empañados ojos negros. Pero cuando los brillantes ojos del jadeante enfermo se fijaron en ella, Ben cerró los blancos dedos sobre la sábana y gritó, como presa de terror:

—¡Vete! ¡Fuera! No te quiero aquí.

Eliza salió del cuarto. Andaba dando traspiés, como si tuviese los pies entumecidos, baldados. Su pálido semblante tenía ahora un matiz ceniciento, y sus ojos opacos se habían vuelto brillantes y fijos. Al cerrarse la puerta tras ella, se apoyó en la pared y se cubrió el rostro con la mano. Después, al cabo de un momento, bajó para volver a sus cacharros.

Frenéticamente, con irritación, temblorosos los miembros, todos se pedían calma y serenidad los unos a los otros; insistían en que no debían acercarse a la habitación del enfermo; pero, como atraídos por un terrible imán, se plantaban una y otra vez delante de la puerta, de puntillas, conteniendo el aliento, escuchando con una sed insaciable de horror los rancos jadeos del paciente, que luchaba por introducir un poco de aire en sus ahogados y endurecidos pulmones. Y ansiosamente, celosamente, buscaban la manera de entrar en la habitación, esperando cada cual su turno para llevar agua, toallas y otras cosas.

La señora Pert, desde su refugio en la casa de huéspedes del otro lado de la calle, telefoneaba a Helen cada media hora, y la muchacha hablaba con ella, mientras Eliza salía de la cocina al pasillo y se quedaba plantada, con las manos cruzadas, frunciendo los labios, echando chispas de odio por los ojos.

La joven lloraba y reía mientras hablaba.

—Sí... está bien, Fatty... Ya sabes lo que pienso acerca de esto... Siempre he dicho que, si él tuvo un verdadero amigo en el mundo, fuiste tú... Y no creas que desdeñamos lo que hiciste...

Durante las pausas, Eugene podía oír la voz de la otra mujer, que sollozaba.

Y Eliza decía, agriamente:

—Si vuelve a llamar, deja que hable yo con ella. ¡Le cantaré las cuarenta!

—¡Cielo santo, mamá! —gritaba Helen, con irritación—. Ya has hecho demasiado. La echaste de casa, cuando había hecho más por él que toda la familia junta. —Sus grandes y tensas facciones se contraían convulsivamente—. ¡Oh, es ridículo!

Mientras paseaba inquieto por el pasillo o recorría la casa en busca de alguna entrada que nunca había encontrado, Eugene sentía que algo brillante y aturdido revoloteaba en su interior como un pájaro atrapado. Esta cosa brillante, que era su propio núcleo, su desconocido, seguía moviendo la cabeza a un lado y otro, incapaz de mirar aquel horror, hasta que al fin fijaba la mirada, como en un terrible sueño hipnótico, en los ojos de la muerte y de la oscuridad. Y su alma se sumergía, ahogándose en aquella profunda sima; sentía que nunca podría volver a escapar de esa asfixiante ola de dolor y de fealdad, de los cegadores horror y compasión que le producían todo eso. Y mientras caminaba, torcía el cuello y agitaba un brazo en el aire como un ala, como si hubiese recibido un golpe en los riñones. Sentía que podría purificarse y liberarse, si podía ampararse en una sola pasión ardiente —dura, cálida y resplandeciente— de amor, odio, terror o asco. Pero estaba preso, se ahogaba en la red de la futilidad; no había un momento de odio que no estuviese nimbado de una docena de rayos de piedad; impotente, quería agarrarlos, golpearlos, sacudirlos, como hubiera hecho con un rapaz importuno, y al propio tiempo, amarlos, acariciarlos, consolarlos.

Al pensar en el muchacho que se moría arriba, en la sucia fealdad de la situación —mientras los ojos temblaban y él se ahogaba—, se estremecía de rabia y de espanto. Evocaba la antigua fantasía de su infancia: recordaba su aborrecimiento del cuarto de baño reservado a medias, la inquietud y la repugnancia que sentía cuando se sentaba en el taburete y observaba la bañera llena de ropa sucia, hinchada por el agua fría y gris y jabonosa. Pensaba en esto mientras Ben se estaba muriendo.

Las esperanzas de todos renacieron vivamente antes del mediodía cuando supieron que la temperatura del enfermo había bajado, que el pulso era más fuerte y que la congestión de los pulmones había cedido un poco. Pero a la

una, después de un acceso de tos, empezó a delirar, subió la temperatura y se hizo más dificultosa la respiración. Eugene y Luke corrieron a la botica de Wood en el coche de Hugh Barton, en busca de una bombona de oxígeno. Cuando volvieron, Ben estaba a las puertas de la muerte.

Introdujeron rápidamente la bombona en la estancia y la colocaron cerca de la cabeza del enfermo. Bessie Gant agarró la mascarilla y la colocó sobre la boca de Ben, ordenándole que respirase. Él la rechazó furiosamente; la enfermera ordenó secamente a Eugene que le sujetase las manos.

Eugene agarró las muñecas febriles de Ben, con el corazón angustiado. Ben se incorporó furiosamente sobre las almohadas, luchando como un chiquillo para liberar sus manos, jadeando terriblemente y con ojos enloquecidos.

—¡No! ¡No! ¡Gene! ¡Gene! ¡No! ¡No!

Eugene se rindió, lo soltó y se volvió, pálido el rostro, para no ver el miedo acusador de aquellos ojos brillantes que se morían. Otros lo sujetaron, y tuvo un alivio temporal. Después volvió a delirar.

A las cuatro se evidenció que la muerte estaba cerca. Ben tenía breves períodos de lucidez, de inconsciencia y de delirio; pero casi todo el tiempo deliraba. Su respiración era más fácil; tarareaba fragmentos de canciones populares, algunas de ellas viejas y olvidadas, sacadas ahora del perdido y secreto santuario de su infancia; pero siempre volvía, con voz débil y zumbadora, a una canción popular de tiempo de guerra... vulgar, sentimental, pero ahora trágicamente conmovedora: Oración de un niño al anochecer

... cuando las luces se apagan.

Los años del pobre niño.

Helen entró en la oscura habitación.

Están llenos de lágrimas.

El miedo había desaparecido de los ojos de Ben; sin dejar de jadear, miró gravemente a su hermana, frunciendo el ceño y con su antigua mirada aturdida de chiquillo. Después, en un momento de lucidez fugaz, la reconoció. Sonrió complacido, con una ligera y rápida distensión de los labios.

—¡Hola, Helen! ¡Es Helen! —gritó ansiosamente.

Ella salió de la habitación con semblante torcido y contraído, conteniendo hasta llegar a la mitad de la escalera los sollozos que sacudían su cuerpo. Al caer la noche sobre el día húmedo y gris, la familia se reunió en el salón, en el último y terrible congreso antes de la muerte, silenciosa, esperando. Gant se mecía malhumorado, escupiendo al fuego, lanzando un débil y estridente

gemido de vez en cuando. A intervalos, salían uno u otro del salón, subían sin ruido la escalera y escuchaban a la puerta del enfermo. Y oían a Ben, repitiendo como un niño su incesante canturreo:

Hay una madre al anochecer  
que se alegra de saber.

Eliza permanecía sentada con estolidez delante del fuego del salón, cruzadas las manos sobre la falda. Su cara blanca de calavera parecía curiosamente tallada en piedra, con la inflexible solidez de la locura.

—Bueno —dijo lentamente al fin—, nunca se sabe. Tal vez es la crisis. Quizá...

Su cara se endureció, granítica, de nuevo. No dijo más.

Llegó Coker y subió, sin decir palabra, a la habitación del enfermo. Poco antes de las nueve, bajó Bessie Gant.

—Bueno —dijo en voz baja—, será mejor que subáis todos. Es el fin.

Eliza se levantó y salió de la estancia con semblante estólido. Helen la siguió: jadeaba histéricamente y empezó a retorcerse las manazas.

—Tienes que dominarte, Helen —la amonestó Bessie Gant—. No es momento para dejarse llevar por los sentimientos.

Eliza subió resueltamente la escalera, sin hacer ruido. Pero se detuvo al acercarse a la habitación, como escuchando los sonidos que venían de ella. Débilmente, en el silencio, oyeron el canturreo de Ben. Y de pronto, arrojando su máscara, Eliza se tambaleó, se dejó caer contra la pared y ocultó la cara entre las manos, lanzando un grito terrible de angustia.

—¡Oh, Dios! ¡Si lo hubiese sabido! ¡Si lo hubiese sabido!

Después, llorando amarga y desenfrenadamente, con la fea y contorsionada mueca de dolor, se abrazaron madre e hija. Pero se serenaron enseguida y entraron en silencio en la habitación.

Eugene y Luke levantaron a Gant y lo ayudaron a subir la escalera. Gant se colgaba de ellos, gimiendo en largas y temblorosas exclamaciones.

—¡Dios mi-se-ri-cor-dio-so! ¡Que tenga que soportar esto en mi vejez! Que tenga...

—¡Por el amor de Dios, papá! —gritó secamente Eugene—. ¡Serénate! Es Ben quien se está muriendo... ¡no nosotros! Tratemos de portarnos dignamente con él una vez en la vida.

Esto calmó por un momento a Gant. Pero al entrar en la habitación y ver a



Ben sumido en la modorra que precede a la muerte, se apoderó de él el miedo a su propia muerte y empezó a gemir de nuevo. Lo sentaron en un sillón a los pies de la cama, y se meció en él, gimoteando:

—¡Jesús! ¡No puedo soportarlo! ¿Por qué me afliges de este modo? Soy viejo, estoy enfermo, y no sé de dónde voy a sacar el dinero. ¿Cómo podremos aguantar este terrible y cruel invierno? Nos habremos gastado mil dólares antes de enterrarlo, y no sé de dónde va a venir el dinero.

Lloró afectadamente, sollozando y sorbiendo por la nariz.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó Helen, corriendo hacia él. Llevada de su furiosa indignación, lo agarró y lo sacudió—. ¡Maldito viejo! ¡Sería capaz de matarte! ¿Cómo te atreves a hablar así cuando tu hijo se está muriendo? He malgastado seis años de mi vida cuidándote, ¡y serás el último en marcharte!

Frenética e iracunda, se volvió acusadoramente a Eliza.

—Tú eres la culpable de esto. Tú eres la única responsable. Si no hubieses escatimado hasta el último penique, él no habría sido nunca así. Sí, ¡y Ben estaría con nosotros! —Se interrumpió un momento para cobrar aliento. Eliza no respondió. No la había oído—. Después de esto, ¡se acabó! He estado esperando vuestra muerte, y es Ben quien tiene que marcharse. —Su voz se elevó en un grito desesperado. Sacudió de nuevo a Gant—. ¡Nunca más! ¿Lo oyes, viejo egoísta? Tú lo has tenido todo... y Ben no ha tenido nada. Y ahora es él el que se va. ¡Te odio!

—¡Helen! ¡Helen! —dijo Bessie Gant a media voz—. Recuerda dónde estás.

—Sí, esto significa mucho para nosotros —murmuró amargamente Eugene.

Entonces, sobre el feo clamor de su contienda, sobre los crujidos y gañidos de sus nervios, oyeron el grave murmullo del aliento expirante de Ben. Se había amortiguado la luz: él yacía, como su propia sombra, con toda su fiera y gris y solitaria belleza. Y al mirarlo ellos y ver sus brillantes ojos empañados ya por la muerte, y la débil y palpitante agitación de su pecho flaco y agotado, la extraña maravilla, el oscuro y espléndido milagro de su vida se cernió sobre ellos en toda su enorme magnificencia. Se fueron calmando y serenando, se sumergieron debajo de los restos destrozados del naufragio de sus vidas, se agruparon en una soberbia comunión de amor y de valor, más allá del horror y de la confusión, más allá de la muerte.

Y los ojos de Eugene se cegaron de amor y maravilla: una enorme música de órgano sonaba en su corazón; por un momento, los poseía a todos, él era parte de cuanto había en ellos de adorable, su vida surgía magníficamente

sobre el fangal y el dolor y la fealdad. Pensó: «¡Aquello no lo era todo! Realmente ¡no lo era todo!».

Helen se volvió despacio a Coker, que estaba plantado en la sombra junto a la ventana, mordiendo su largo cigarro sin encender.

—¿No puede hacer nada más? ¿Lo ha probado todo? Quiero decir... todo.

Su voz era grave y suplicante. Coker se volvió lentamente, sujetando el cigarro entre sus gordos dedos manchados. Después, amablemente, con su cansada y amarilla sonrisa, respondió:

—Todo. Nadie en el mundo, ningún médico y ninguna enfermera, pueden hacer ya nada por él.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó ella.

—Desde hace dos días —respondió Coker—. Desde el principio —hizo una pausa momentánea—. ¡Desde hace diez años! —prosiguió, con creciente energía—. Desde que lo vi por primera vez, a las tres de la mañana en el Greasy Spoon, con un bollo en una mano y un cigarrillo en la otra. Mi querida muchacha —dijo amablemente al tratar ella de interrumpirlo—, no podemos resucitar los días que pasaron. No podemos hacer que la vida retroceda hasta las horas en que nuestros pulmones estaban sanos y ardía nuestra sangre y eran jóvenes nuestros cuerpos. Somos como un destello de luz: un cerebro, un corazón, un espíritu. Y un puñado de cal y de hierro que no vale más de tres centavos... y no podemos recuperar.

Cogió su mugriento y gacho sombrero negro y se lo caló descuidadamente. Después buscó una cerilla y encendió el chupado cigarro.

—¿Se ha hecho todo? —repitió ella—. ¡Quiero saberlo! ¿No puede intentarse nada?

Él hizo un ademán de cansancio con los brazos.

—Mi querida niña —dijo—, se está ahogando. ¡Ahogando!

Helen se quedó petrificada ante el horror de la sentencia.

Coker miró un momento la sombra retorcida y gris sobre la cama. Después, suavemente, tristemente, con ternura y cansado asombro, dijo:

—Pobre Ben. ¿Cuándo volveremos a ver a alguien como él?

Y salió sin hacer ruido, con el largo cigarro fuertemente sujeto entre los labios.

Al cabo de un momento, Bessie Gant rompió duramente el silencio con un feo y triunfal sentido práctico, y dijo:

—Bueno, será un alivio cuando termine esto. Preferiría tener que atender a cuarenta enfermos extraños, antes que a uno que afecta a tantos miembros de mi familia. Estoy muerta de sueño.

Helen se volvió a ella sin ruido.

—¡Vete! —dijo—. Ahora, esto nos concierne solamente a nosotros. Tenemos derecho a quedarnos solos.

Bessie Gant, sorprendida, la miró un momento con expresión ofendida e irritada. Después salió de la habitación.

El único ruido en la habitación era ahora el grave y estertoroso susurro de la respiración de Ben. Ya no jadeaba, ya no daba señales de conciencia o de lucha. Tenía los ojos casi cerrados; sus grises destellos eran amortiguados por el velo de la insensibilidad y de la muerte. Yacía inmóvil sobre la espalda, muy rígido, sin muestras de dolor, vuelto curiosamente hacia arriba el flaco y afilado rostro. La boca estaba fuertemente cerrada. De no ser por el débil murmullo de la respiración, se hubiera dicho que estaba muerto; parecía desprendido, desapegado del feo mecanismo de aquel sonido que les recordaba la terrible química de la carne, burlándose de la ilusión, de toda creencia en el extraño paso y en la continuación de la vida.

Estaba muerto, salvo por el lento agotamiento de la cansada máquina, salvo por aquel espantoso susurro dentro de él, pero en el que él no tenía arte ni parte. Estaba muerto.

Pero en su enorme silencio surgió el portento. Recordaron la extraña y errática soledad de su vida, pensaron en mil actos y momentos olvidados... y siempre había algo que ahora parecía irreal y extraño: pasaba por sus vidas como una sombra... y miraban ahora su concha gris y vacía, con una emoción de pavoroso reconocimiento, como el que recuerda un mundo encantado olvidado, o como el que contempla un cadáver y ve por primera vez un dios que se ha ido.

Luke, que había estado plantado a los pies de la cama, se volvió nerviosamente a Eugene, balbuciendo en un murmullo irreal de asombro y de incredulidad.

—Me p-p-parece que Ben ha muerto.

Gant estaba ahora muy quieto: sentado en la oscuridad a los pies de la cama, apoyadas las manos en su bastón, escapaba a la idea de su propia y cercana muerte para sumirse en el erial del pasado, desandando triste y acerbamente el camino de los años perdidos que conducía al nacimiento de su extraño hijo.

Helen estaba sentada de cara a la cama, en la oscuridad próxima a las

ventanas. Sus ojos no miraban a Ben, sino la cara de su madre. Por tácito acuerdo, permanecían todos en la sombra y dejaban que Eliza se adueñase de la carne a la que había dado vida.

Y Eliza, ahora que él no podía ya negarla, ahora que los fieros y brillantes ojos no podían apartarse ya de ella con dolor y aversión, se había sentado junto a la cabecera de la cama y estrechaba la fría mano de su hijo entre sus ásperas y gastadas palmas.

No parecía tener conciencia de la vida que la rodeaba. Parecía fuertemente hipnotizada: estaba rígida y erguida en su silla, petrificado el pálido semblante, fijos los ojos negros y opacos en aquella cara fría y gris.

Todos esperaban. Llegó la medianoche. Cantó un gallo. Eugene se acercó rápidamente a una ventana y miró hacia fuera. La enorme bestia de la noche rondaba la casa. Las paredes y las ventanas parecían combarse hacia dentro bajo la fuerte presión de la oscuridad. El débil ruido producido por el cuerpo agotado parecía haberse casi detenido. Era infrecuente, casi inaudible, solo una débil respiración fugaz.

Helen hizo una seña a Gant y a Luke. Se levantaron y salieron en silencio. En la puerta, Helen se detuvo y llamó a Eugene. Este se acercó.

—Quédate aquí con mamá —dijo ella—. Tú eres su hijo menor. Cuando todo haya terminado, ven a decírnoslo.

Él asintió con la cabeza y cerró la puerta. Cuando se hubieron marchado, esperó un momento, escuchando. Después se acercó a Eliza. Se inclinó sobre ella.

—¡Mamá! —murmuró—. ¡Mamá!

Ella no dio señales de haberlo oído. Su cara no se movió; sus ojos no perdieron su mirada fija.

—¡Mamá! —dijo él, elevando la voz—. ¡Mamá!

La tocó. No hubo respuesta.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Eugene sintió una enorme compasión. Delicadamente, desesperadamente, trató de desprender los dedos de ella de la mano de Ben. Pero los toscos dedos se cerraron con más fuerza sobre la mano fría. Después Eliza sacudió la cabeza lentamente, rígidamente, de derecha a izquierda, sin expresión.

Y él retrocedió, derrotado, llorando, ante aquel implacable ademán. Súbitamente, comprendió horrorizado que ella estaba observando su propia muerte, que el fuerte apretón de su mano sobre la de Ben era un acto de unión con su propia carne, que, para ella, no era Ben quien se estaba muriendo, sino

una parte de ella, de su vida, su sangre, su cuerpo. Parte de ella, la parte más joven, más hermosa y mejor, acuñada en su propia carne, concebida y alimentada y parida con tanto dolor hacía veintiséis años, y olvidada después, se estaba muriendo.

Eugene pasó tambaleándose al otro lado de la cama y cayó de rodillas. Empezó a rezar. No creía en Dios ni en el cielo ni en el infierno, pero temía que pudiesen ser verdad. No creía en los ángeles de rostro dulce y alas brillantes, pero sí en los negros espíritus que se cernían sobre las cabezas de los hombres solitarios. No creía en los demonios ni en los ángeles, pero sí en el brillante demonio de Ben, al que tantas veces le había oído hablar.

Eugene no creía en estas cosas, pero temía que pudiesen ser verdad. Temía que Ben pudiese perderse de nuevo. Sentía que solo él podía rezar ahora por Ben; que la oscura unión de sus espíritus hacía que solo sus rezos fuesen eficaces. Todo lo que había leído en los libros, toda la tranquila sabiduría que había profesado volublemente en el curso de filosofía, y los grandes nombres de Platón y Plotino, de Spinoza e Immanuel Kant, de Hegel y Descartes, lo abandonaban ahora bajo el dominante impulso de su salvaje superstición céltica. Sentía que debía rezar frenéticamente, mientras un débil y fluctuante soplo brotase aún de los labios de su hermano.

Y así, con insensata cantinela, empezó a murmurar una y otra vez: «Quienquiera que seas Tú, sé bueno con Ben esta noche. Muéstrale el camino... Quienquiera que seas Tú, sé bueno con Ben esta noche. Muéstrale el camino...». Perdió la cuenta de los minutos, de las horas; solo oía el débil estertor del moribundo, y su propia oración salvaje y sincrónica.

Se apagó la luz en su cerebro, y también su conciencia. La fatiga y la fuerte depresión nerviosa pudieron más que él. Se despatarró en el suelo, apoyados los brazos en el lecho y murmurando adormilado. Eliza permanecía sentada inmóvil al otro lado de la cama, asiendo la mano de Ben. Eugene, farfullando, se sumió en un sueño inquieto.

Se despertó de pronto; consciente de que había dormido, con un vivo sentimiento de horror. Temió que el débil y vacilante aliento hubiese cesado enteramente, que el efecto de su oración se hubiese perdido. El cuerpo yacente en la cama estaba casi rígido; no se oía ningún sonido. Después, se oyó un débil susurro de respiración, desigual, arrítmico. Eugene comprendió que era el fin. Se levantó rápidamente y corrió a la puerta. Al otro lado del pasillo, en una fría habitación, Gant, Luke y Helen yacían agotados en dos anchas camas.

—Venid —gritó Eugene—. Se está acabando.

Entraron rápidamente en el cuarto del enfermo. Eliza permaneció inmóvil, ignorando su presencia. Al entrar en la habitación, oyeron un débil suspiro

expirante, la exhalación del último aliento.

El estertor del agotado cuerpo, que durante horas parecía haber ido entregando a la muerte todo lo que tenía valor en la vida, había cesado. El cuerpo pareció ponerse rígido ante ellos. Y al cabo de un momento, Eliza retiró lentamente sus manos. Pero de pronto, maravillosamente, como si resucitase y renaciese, Ben absorbió con fuerza una larga bocanada de aire; sus ojos grises se abrieron. Embargado por la terrible visión de toda la vida en un momento, pareció alzarse incorpóreo e ingrávito sobre las almohadas —una llama, una luz, una gloria— para unirse al fin en la muerte al negro espíritu que había velado cada uno de sus pasos en su solitaria aventura sobre la tierra; y lanzando el furioso dardo de su mirada, con total y definitiva comprensión, sobre la habitación con su cortejo gris de amores baratos y de romas conciencias, y con todas las inciertas máscaras de la desolación y la confusión desvaneciéndose ahora en la brillante ventana de sus ojos, pasó instantáneamente, ceñudo e impertérrito, como había vivido, a las sombras de la muerte.

Podemos creer en la nada de la vida, podemos creer en la nada de la muerte y de la vida después de la muerte; pero ¿quién puede creer en la nada de Ben? Como Apolo, que cumplió la sentencia del dios supremo en la triste casa del rey Admeto, Ben entró, como un dios con los pies rotos, en la cabaña gris de este mundo. Y vivió en él como un extraño, tratando de captar de nuevo la música del mundo perdido, tratando de recordar el gran lenguaje olvidado, las caras perdidas, la piedra, la hoja, la puerta.

—¡Oh, Artemidoro! ¡Adiós!

## TREINTA Y SEIS

En el enorme silencio donde se reúnen el dolor y la oscuridad, despertaban algunos pájaros. Era el mes de octubre. Eran casi las cuatro de la mañana. Eliza estiró los miembros de Ben y le cruzó las manos sobre el cuerpo. Alisó la arrugada ropa de la cama y sacudió la almohada, haciendo en ella un hueco para que descansara la cabeza de su hijo. Los relucientes cabellos de este, cortados cortos sobre la bien formada cabeza, eran ondulados y frágiles como los de un niño, y brillaban con vivos puntitos de luz. Con unas tijeras, Eliza cortó un ricitito donde no pudiese advertirse su falta.

—Los de Grover eran negros como las plumas de un cuervo y sin un solo rizo. Nadie hubiese dicho que eran gemelos —dijo.

Bajaron a la cocina.

—Bueno, Eliza —dijo Gant, llamándola por su nombre por primera vez desde hacía treinta años—, has tenido una vida muy dura. Si yo me hubiese comportado de un modo diferente, habríamos podido llevarnos bien. Tratemos de aprovechar lo mejor posible el tiempo que nos queda. Nadie te censura. En conjunto, te has portado bien.

—Hay muchas cosas que ahora haría de otro modo —dijo gravemente Eliza. Sacudió la cabeza—. Nunca se sabe.

—Ya hablaremos de esto en otra ocasión —dijo Helen—. Supongo que todos estáis agotados. Yo lo estoy. Voy a dormir un poco. Papá, vete a la cama, por lo que más quieras. Ya nada puedes hacer. Y tú, mamá, creo que también deberías acostarte...

—No —dijo Eliza, meneando la cabeza—. Id vosotros, muchachos. Yo no podría dormir. Y hay muchas cosas que hacer. Voy a llamar en seguida a John Hines.

—Dile —dijo Gant—, que no repare en gastos. Yo pagaré las facturas.

—Bueno —dijo Helen—, cueste lo que cueste, hagamos que Ben tenga un buen entierro. Es lo último que podremos hacer por él. No quiero tener remordimientos por esto.

—Sí —dijo Eliza, asintiendo despacio con la cabeza—. Quiero lo mejor que pueda comprarse con dinero. Se lo diré a John Hines cuando hable con él. Ahora, id a acostaros.

—Pobre Gene —dijo riendo Helen—. Parece la última rosa del verano. Estás hecho trizas. Ve a dormir un poco, encanto.

—No —dijo él—. Tengo hambre. No he comido nada desde que salí de la universidad.

—¡Por el amor de D-d-d-dios! —tartamudeó Luke—. ¿Por qué no lo dijiste, idiota? Te habría dado algo. Vamos —dijo, sonriendo—. También a mí me conviene un bocado. Vayamos a la ciudad a comer algo.

—Sí —dijo Eugene—. Me gustará ausentarme un rato del seno de la familia.

Rieron como locos. Eugene hurgó un poco en la cocina y miró dentro del horno.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué buscas, chico? —dijo con recelo Eliza.

—¿Tiene algo bueno para comer, señorita Eliza? —dijo él, riendo tontamente.

Miró al marinero; ambos soltaron una carcajada idiota y se pincharon en

las costillas. Eugene cogió una cafetera medio llena de frío aguachirle, y lo olió.

—¡Caray! —dijo—. Al menos algo ha salido ganando Ben. No tendrá que volver a beber el café de mamá.

—¡Ja-ja-ja! —dijo el marinero.

Gant sonrió y se humedeció el pulgar.

—Debería darte vergüenza —dijo Helen, con una agria risita—. ¡Pobre Ben!

—Bueno, ¿qué tiene de malo ese café? —dijo, irritada, Eliza—. Es bueno.

Los otros aullaron. Eliza frunció un momento los labios.

—No me gusta que hables de ese modo, chico —dijo.

Sus ojos se empañaron de pronto. Eugene le agarró la tosca mano y la besó.

—¡Está bien, mamá! —dijo—. No te enfades. ¡Lo dije sin mala intención!

La rodeó con sus brazos. Ella se echó a llorar, repentina y amargamente.

—Nadie lo conoció nunca. Jamás hablaba de sí mismo. Era el más callado. Ahora he perdido a los dos. —Después se enjugó los ojos y añadió—: Vosotros, chicos, id a comer algo. Un paseíto os sentará bien. Y otra cosa —prosiguió—, ¿por qué no vais a la oficina de The Citizen? Habría que decírselo. Han estado llamando todos los días interesándose por él.

—Apreciaban mucho al chico —dijo Gant.

Estaban cansados, pero todos sentían un enorme alivio. Desde hacía más de un día, habían sabido que la muerte era inevitable, y después del horror de aquel incesante y ahogado jadeo, esa paz, ese acabamiento del dolor les infundía a todos un gozo cansado y profundo.

—Bueno, Ben se ha ido —dijo lentamente Helen. Tenía los ojos húmedos, pero ahora lloraba sin ruido, con dolor tranquilo, con amor—. Me alegro de que todo haya acabado. ¡Pobre Ben! No llegué a conocerlo hasta estos últimos días. Era el mejor de todos. Gracias a Dios, ahora se ha librado de esto.

Eugene pensó ahora en la muerte con amor, con alegría. La muerte era como una mujer amable y tierna, la amiga y la amante de Ben, que había venido a liberarlo, a curarlo, a salvarlo de la tortura de la vida.

Ellos estaban aquí juntos, sin hablar, en la desordenada cocina de Eliza, y sus ojos estaban cegados por las lágrimas, porque pensaban en una muerte amable y delicada, y porque se querían.



Eugene y Luke subieron sin ruido al vestíbulo y salieron a la noche. Cerraron suavemente la puerta de la entrada y bajaron los peldaños de la galería. Los pájaros empezaban a despertar en el enorme silencio. Eran poco más de las cuatro de la mañana. El viento agitaba los arbustos. Todavía reinaba la oscuridad. Pero encima de ellos, las espesas nubes que habían cubierto la tierra durante días con una triste manta gris se habían desgarrado. Eugene miró a través de la alta y rasgada bóveda del cielo y vio las orgullosas y espléndidas estrellas, que brillaban sin titilar. Las hojas marchitas se estremecían.

Un gallo lanzó su estridente llamada mañanera de una vida que empezaba y despertaba. El gallo que había cantado a medianoche —pensó Eugene— tenía algo de duende, de fantasma. Su canto había sonado como drogado por el sueño y por la muerte: había sido como un cuerno lejano sonando bajo el mar, como un aviso a todos los hombres que estaban a punto de morir y una llamada a los fantasmas para que volviesen a sus casas.

Pero el gallo que canta por la mañana —pensó—, tiene una voz tan aguda como cualquier pífano. Nos dice que ha terminado el sueño. Que hemos terminado con la muerte. Oh, despertad, despertad a la vida, dice su voz aguda como la del pífano. Y en aquel enorme silencio, despertaban los pájaros.

Volvió a oír la espléndida trova del gallo, y en la oscuridad, junto al río, el estruendo de las ruedas con pestaña y el prolongado y menguante silbido del tren. Y poco a poco, mientras subían la fría y desierta calle, oyó el pesado y resonante chasquido de cascos herrados. En el silencio enorme, despertaba la vida.

Y en él despertó el gozo, la exultación. Habían escapado de la cárcel de la muerte; volvían a estar integrados en el brillante mecanismo de la vida. La vida, una vida con timón, que no fracasaría, empezaba su enésima singladura.

Un repartidor de periódicos llegó a paso vivo, con aquella rígida cojera que Eugene conocía tan bien, bajando por el centro de la calle y arrojando con buena puntería un periódico doblado sobre la entrada de Brunswick. Al llegar frente a Dixieland, subió a la acera y dejó caer suavemente el periódico recién impreso. Sabía que había enfermos en la casa.

Las hojas marchitas se estremecían.

Eugene saltó a la acera desde el mojado patio. Detuvo al repartidor.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó.

—Tyson Smathers —dijo el muchacho, volviendo hacia él su serena cara irlandesa-escocesa, llena de vida y de afán.

—Yo soy Gene Gant. ¿Oíste hablar alguna vez de mí?

—Sí —dijo Tyson Smathers—. Oí hablar de ti. Tenías el número siete.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo pomposamente Eugene, haciendo un guiño—. Entonces era un chiquillo.

En el enorme silencio, despertaban los pájaros.

Metió la mano en un bolsillo y sacó un billete de un dólar.

—Toma —dijo—. Yo llevé antaño estos malditos papeles. Después de mi hermano Ben, era el mejor repartidor que tuvieron jamás. Feliz Navidad, Tyson.

—Todavía no estamos en Navidad —dijo Tyson Smathers.

—Tienes razón, Tyson —dijo Eugene—, pero ya llegará.

Tyson Smathers tomó el dinero, con una sonrisa intrigada, pecosa. Después siguió calle abajo, arrojando periódicos.

Los arces estaban delgados y secos. Sus hojas muertas cubrían el suelo. Pero los árboles no las habían perdido todas. Las hojas susurraban. Algunos pájaros empezaron a gorjear en los árboles. El viento agitaba los arbustos. Las hojas marchitas temblaban. Era octubre.

Al echar a andar Luke y Eugene calle arriba, en dirección a la ciudad, una mujer salió de la casa grande de ladrillos del otro lado de la calle y fue hacia ellos cruzando el patio. Al acercarse, vieron que era la señora Pert. Era el mes de octubre, pero algunos pájaros despertaban.

—Luke —dijo confusamente ella—. ¿Luke? ¿Eres el viejo Luke?

—Sí —dijo él.

—¿Y Gene? ¿Es el viejo Gene?

Rio amablemente, acariciándole la mano, mirándolo cómicamente con sus nublados ojos castaños y balanceándose gravemente, con alcohólica dignidad. Las hojas, las hojas marchitas, temblaban, se estremecían. Era octubre, y las hojas temblaban.

—Echaron a la vieja Fatty, Gene —dijo la mujer—. Y ya no la dejan entrar en la casa. El viejo Ben. —Se tambaleaba suavemente, ordenando vagamente sus ideas—. El viejo Ben. ¿Cómo está el viejo Ben, Gene? —preguntó zalamera—. Fatty quiere saberlo.

—Lo siento m-m-m-mucho, señora P-p-p-pert... —empezó a decir Luke.

El viento agitaba los arbustos; las hojas marchitas susurraban.

—Ben ha muerto —dijo Eugene.

Ella lo miró fijamente, tambaleándose.

—Fatty quería a Ben —dijo, al cabo de un momento—. Fatty y el viejo Ben eran amigos.

Se volvió y empezó a cruzar la calle, insegura, extendiendo gravemente un brazo para mantener el equilibrio.

En el enorme silencio, despertaban algunos pájaros. Era octubre, pero algunos pájaros despertaban.

Entonces Luke y Eugene caminaron deprisa en dirección a la ciudad, llenos de gran alegría porque oían los sonidos de la vida y del amanecer. Y mientras caminaban hablaban a menudo de Ben, riendo con los viejos y amables recuerdos, hablando de él no como de alguien que había muerto, sino como de un hermano que había estado ausente durante años y volvía a casa. Hablaban de él en tono tierno y triunfal, como de una persona que había vencido al dolor y se había liberado gozosamente. La mente de Eugene palpaba a tientas a su alrededor, jugando torpemente con cosas pequeñas, como un chiquillo.

—¿Recuerdas —preguntó Luke—, aquella vez que c-c-cortó los cabellos de Marcus, el huerfanito de tía Pett?

—Empleó... un orinal... para igualar los bordes —chilló Eugene, mondándose de risa.

Siguieron andando, regocijados, saludando a los escasos transeúntes madrugadores con irónica cortesía, mofándose del mundo en fraternal camaradería. Después entraron en las tranquilas y cansadas oficinas del periódico donde Ben había trabajado tantos años, y dieron la noticia a los fatigados hombres que allí había.

Hubo pesar, una impresión de asombro, en aquella oficina donde habían muerto tantos días en rápida sucesión... un recuerdo que no moriría, un recuerdo de algo extraño y pasajero.

—¡Maldita sea! ¡Lo siento! ¡Era un gran chico! —dijeron los hombres.

Se hizo una luz gris en las calles desiertas, y el primer tranvía pasó traqueteando en dirección a la ciudad. Entraron en el pequeño café donde habían pasado tantas horas de la amanecida, entre el humo del tabaco y el aroma del café.

Eugene miró a su alrededor y los vio allí, reunidos como habían estado muchos años antes, como ratificando una profecía en un sueño de pesadilla: McGuire, Coker, el hombre de mostrador y, al fondo, el encargado de las prensas, Harry Tugman.

Luke y Eugene entraron y se sentaron delante del mostrador.

—Caballeros, caballeros —dijo Luke, con voz sonora.

—Hola, Luke —ladró McGuire—. ¿Crees que has estado alguna vez en tus cabales? —Y dirigiéndose a Eugene—: ¿Cómo estás, hijo? ¿Cómo van los estudios?

Los miró fijamente unos instantes, con el húmedo cigarrillo cómicamente pegado al labio grueso y colgante, y amables y borrachos los ojos legañosos.

—¿Cómo está usted, general? ¿Qué bebe estos días? ¿Trementina o barniz? —dijo el marinero, pellizcándose rudamente el costado rebosante de grasa.

McGuire gruñó.

—¿Se acabó, hijo? —preguntó Coker a media voz.

—Sí —dijo Eugene.

Coker se quitó el largo cigarro de la boca y dirigió una sonrisa enfermiza al muchacho.

—Te sientes mejor, ¿verdad, hijo?

—Sí —dijo Eugene—. Muchísimo mejor.

—Bueno, Eugene —dijo vivamente el marinero—, ¿qué vas a comer?

—¿Qué tienen? —dijo Eugene, mirando la carta grasienta—. ¿Queda un poco de asado de ballenato?

—No —dijo el hombre del mostrador—. Teníamos, pero se ha acabado.

—¿Y fricasé de toro? —dijo Luke—. ¿Os queda algo?

—A ti no te hace falta eso, hijo —dijo McGuire—. ¡Buen torito estás hecho!

Sus tontas risotadas resonaron en el café.

Arrugando la frente, Luke resiguió el menú.

—P-p-p-pollo frito a la Maryland —murmuró—. ¿A la Maryland? —repitió, como intrigado—. Bueno, ¿no es estupendo? —dijo, mirando remilgadamente a su alrededor.

—Sírreme un bistec de esta semana —dijo Eugene—, bien hecho, con una buena cuchilla y un molinillo de trinchar carne.

—¿Para qué quieres el molinillo, hijo? —preguntó Coker.

—Para la empanada de picadillo —dijo Eugene.

—Que sean dos —dijo Luke—, con un par de tazas de moka, como el que aún hace mamá.

Miró alborotadamente a Eugene y estalló en fuertes alaridos, pinchándole en las costillas.

—¿Dónde estás ahora destinado, Luke? —dijo Harry Tugman, levantando la jeta de un tazón de café.

—En el m-m-m-momento actual, en la base naval de Norfolk —respondió Luke—, salvando al m-m-m-mundo para la hipocresía.

—¿Sales alguna vez a la mar, hijo? —dijo Coker.

—¡Claro! —dijo Luke—. El tranvía me lleva a la playa por cinco centavos.

—Ese muchacho tuvo pasta de marinero desde que se meaba en la cama —dijo McGuire—. Lo pronostiqué hace tiempo.

Horse Hines entró vivamente, pero se contuvo al ver a los dos jóvenes.

—¡Cuidado! —murmuró el marinero a Eugene, con una loca mueca—. ¡Tú eres el siguiente! No aparta de ti sus ojos de pescado. Te está tomando la medida.

Eugene se volvió en redondo, mirando hoscamente a Horse Hines y murmurando. El marinero rio como un loco.

—Buenos días, caballeros —dijo Horse Hines, en un tono de refinada tristeza—. Muchachos —dijo, acercándose a ellos con aire pesaroso—, he sentido muchísimo vuestra desgracia. Apreciaba a ese chico como a un hermano.

—No sigas, Horse —dijo McGuire, levantando cuatro gordos dedos en ademán de protesta—. Ya vemos que tienes el corazón hecho pedazos. Si continúas, puede darte un ataque de nervios a causa del dolor y puedes estallar en carcajadas. No podríamos soportarlo, Horse. Somos hombres de pelo en pecho, pero nuestra vida ha sido dura. Ten compasión de nosotros, Horse.

Horse Hines no le hizo caso.

—Lo he llevado ya a la funeraria —dijo a media voz—. Quiero que vengáis más tarde a verlo, muchachos. Cuando haya terminado mi trabajo, pensaréis que no es el mismo.

—¡Señor! Un mejoramiento de la naturaleza —dijo Coker—. Su madre lo agradecerá.

—¿Diriges una empresa de pompas fúnebres o un salón de belleza, Horse? —dijo McGuire.

—Sabemos qué hará usted cuanto p-p-p-pueda, señor Hines —dijo el marinero, con seria insinceridad—. Por eso acudió a usted nuestra familia.

—¿No vas a terminar tu bistec? —preguntó el hombre del mostrador a Eugene.

—¡Bistec! ¡Bistec! ¡Esto no es un bistec! —farfulló Eugene—. Ahora sé lo que es. —Saltó del taburete y se acercó a Coker—. ¿Puede usted salvarme? ¿Voy a morir? ¿Cree que estoy enfermo, Coker? —dijo, en un ronco murmullo.

—No, hijo —dijo Coker—. No estás enfermo... estás loco.

Horse Hines se sentó al otro extremo del mostrador. Eugene se inclinó sobre el mármol grasiento y empezó a canturrear:

¡Oh! Ya llega el zopilote,  
dale, dale, dale, ¡oh!

—¡Cállate, maldito imbécil! —dijo el marinero, en voz baja y ronca, y haciendo una mueca.

Un zopilote está sobre una roca,  
dale, dale, dale, ¡oh!

Fuera, bajo la luz joven y gris, la vida despertaba animadamente. Un tranvía tomó despacio la curva para entrar en la avenida; el conductor se asomó a la ventanilla y cambió cuidadosamente la aguja con una larga pértiga, y su cálido aliento flotó como una nubecilla en el aire frío. El guardia Leslie Roberts, pálido e ictérico, doblado el cuerpo anémico, pasó balanceando su cachiporra. El negro-para-todo de Wood's entró vivamente en la oficina de correos para recoger la correspondencia de la mañana. J. T. Stearns, revisor del ferrocarril, esperaba en la acera del otro lado de la calle a que llegase el tranvía que llevaba a la estación. Tenía rojo el semblante y leía el periódico de la mañana.

—¡Allá van! —gritó de pronto Eugene—. ¡Como si no lo supieran!

—Luke —dijo Harry Tugman, levantando la vista del periódico—, yo he sentido muchísimo lo de Ben. Era un buen chico.

Después volvió a su diario.

—¡Dios mío! —dijo Eugene—. ¡Vaya una noticia!

Estalló en un ataque de risa, jadeante e incontenible, brotaba de su interior con furiosa violencia. Horse Hines lo miró taimadamente. Después volvió a su periódico.

Los dos jóvenes salieron del café y emprendieron el camino de regreso a casa en la animación de la mañana. La mente de Eugene seguía enfrascada en cosas fútiles. Había helados chasquidos y un repiqueteo de vida en las calles; ruedas que chirriaban débilmente, postigos que crujían, y un cielo frío y perlino teñido de rosa. En la plaza, los conductores charlaban ruidosamente, plantados junto a sus tranvías y con vaporoso aliento. En Dixieland, reinaba un ambiente de postración, de agotamiento nervioso. La casa dormía; solo trajinaba Eliza; ardía un fuego vivo en la cocina económica, y Eliza estaba atrafagada.

—Id a dormir, hijitos. Tendremos mucho trabajo durante el día.

Luke y Eugene entraron en el gran comedor, que Eliza había convertido en dormitorio.

—Que me aspen si voy a d-d-d-dormir arriba —dijo furiosamente el marinero—. ¡No después de lo que ha pasado!

—¡Bah! —dijo Eliza—. Eso son supersticiones. A mí no me importaría hacerlo.

Los hermanos durmieron pesadamente hasta después del mediodía. Entonces salieron de nuevo para ir a ver a Horse Hines. Lo encontraron con las piernas cómodamente apoyadas sobre la mesa de su oscuro y pequeño despacho, con su olor a helechos llorones, a incienso y a claveles marchitos.

El hombre se levantó rápidamente al entrar ellos, con un seco crujido de su camisa almidonada y un solemne susurro de su traje negro. Después empezó a hablarles con voz apagada, inclinándose ligeramente hacia delante.

«¡Cuánto se parece este hombre a la Muerte!», pensó Eugene. Y pensó en los pavorosos misterios del enterramiento: el lúgubre y oscuro ritual, la obscena comunión con los muertos, matizada de negra y hedionda brujería. ¿Dónde está la olla donde arrojan las entrañas? Hay un restaurante cerca de aquí. Después asió la fría mano hética, pecosa en el dorso, que le tendía el hombre, con la impresión de tocar algo embalsamado. Los modales del empresario de pompas fúnebres habían cambiado desde la mañana: ahora eran oficiales, profesionales. Hines era el mariscal alerta de su duelo, el eficaz maestro de ceremonias. Les hacía sentir, sutilmente, que había un orden y un decoro en la muerte: un ritual fúnebre que había que observar. Quedaron impresionados.

—P-p-p-pensamos que ante todo debíamos hablar con usted, s-s-s-señor Hines, acerca del ataúd —murmuró nerviosamente Luke—. Queremos pedirle su consejo. Queremos que nos ayude a encontrar algo adecuado.

Horse Hines asintió con un grave ademán de aprobación. Después los

condujo sin ruido a la parte de atrás del establecimiento, a una gran habitación oscura de suelo pulido y encerado, donde, envueltos en un fuerte y lúgubre olor a madera y a terciopelo, yacían los espléndidos ataúdes sobre caballetes con ruedas, con su soberbio aspecto amenazador.

—Bueno —dijo Horse Hines en voz baja—, sé que la familia no quiere nada barato.

—¡No, señor! —dijo rotundamente el marinero—. Queremos lo mm-m-mejor que tenga.

—Tengo un interés personal en este entierro —dijo Horse Hines, con delicada emoción—. Conozco a las familias Gant y Pentland desde hace treinta años o más. Y he tenido tratos comerciales con vuestro padre desde hace casi veinte.

—Y yo q-q-q-quiero que sepa usted, señor Hines, que la f-f-f-familia aprecia su interés —dijo seriamente el marinero.

«Le gusta esto —pensó Eugene—. El afecto de la gente. Lo necesita.»

—Vuestro padre —siguió diciendo Horse Hines—, es uno de los más antiguos y más respetados hombres de negocios de la comunidad. Y la familia Pentland es una de las más ricas y eminentes.

Eugene se sintió conmovido por un fugaz destello de orgullo.

—No queréis nada vulgar —dijo Horse Hines—. Lo sé muy bien. Necesitáis algo de buen gusto y que sea digno. ¿Verdad que sí?

Luke asintió enfáticamente.

—Esa es nuestra intención, señor Hines. Queremos lo mejor que tenga usted. No vamos a escatimar unos peniques, tratándose de Ben —dijo con orgullo.

—Entonces —dijo Horse Hines—, os daré mi sincera opinión. Ese os lo podría dar barato —puso la mano sobre uno de los ataúdes—, pero no creo que os interese. Desde luego —explicó—, es bueno por el precio que tiene. Vale más de lo que cuesta. Y os prestará un buen servicio, no lo dudéis. Podréis luciros con él...

«No es mala idea», pensó Eugene.

—Todos son buenos, Luke. No tengo una sola pieza mala en mi establecimiento. Pero...

—Queremos algo m-m-m-mejor —dijo ansiosamente Luke, volviéndose a Eugene—. ¿No lo crees así, Gene?

—Sí —dijo Eugene.



—Bueno —dijo Horse Hines, incansable—, podría venderos ese —y señaló el ataúd más lujoso del salón—. No los hay mejores, Luke. Es el desiderátum. Vale hasta el último dólar que pido por él.

—Muy bien —dijo Luke—. Usted es el juez. Si es el mejor que t-t-t-tiene, nos lo quedaremos.

«¡No, no! —pensó Eugene—. No lo interrumpas. Deja que continúe.»

—Pero —dijo implacablemente Horse Hines—, tampoco es necesario que os quedéis con ese. Lo que buscáis, Luke, es dignidad y sencillez. ¿No es cierto?

—Sí —dijo sumisamente el marinero—. Creo que tiene usted razón, señor Hines.

«Ahora se concluirá el negocio —pensó Eugene—. A ese hombre le gusta su trabajo.»

—Entonces —dijo resueltamente Horse Hines—, os aconsejo que os quedéis con este. —Apoyó afectuosamente la mano sobre un hermoso ataúd que tenía al lado.

—No es vulgar y tampoco demasiado caprichoso. Es sencillo y de buen gusto. Asas de plata, como podéis ver, y una placa de plata para el nombre. No podéis errar con él. Es una buena compra. Vale todos los dólares que cuesta.

Los dos jóvenes pasaron alrededor del ataúd, mirándolo con ojos críticos.

Un momento después, dijo nerviosamente Luke:

—¿C-c-c-cuál es su precio?

—Está marcado en cuatrocientos cincuenta dólares —dijo Horse Hines—. Pero —añadió, después de un momento de profunda reflexión—, os diré lo que voy a hacer. Vuestro padre y yo somos viejos amigos. En consideración a la familia, os lo dejaré por su precio de coste: trescientos setenta y cinco dólares.

—¿Qué dices tú, Gene? —preguntó el marinero—. ¿Te parece bien?

Haz pronto la compra de Navidad.

—Sí —dijo Eugene—, nos lo quedaremos. Aunque preferiría que fuese de otro color. No me gusta el negro —explicó—. ¿No tiene otro color?

Horse Hines lo miró fijamente durante un instante.

—El negro es el color adecuado —dijo. Y después de una breve pausa, prosiguió—: ¿Queréis ver el cadáver?

—Sí —dijeron ellos.

Los condujo de puntillas por el pasillo entre los ataúdes y abrió la puerta de comunicación con una habitación del fondo. Estaba oscura. Entraron y se detuvieron, conteniendo el aliento. Horse Hines encendió la luz y cerró la puerta.

Ben, vestido con su mejor traje, gris oscuro, yacía con tranquila rigidez sobre una mesa. Sus manos, frías y blancas, de uñas secas y limpias, con la marchitez de las manzanas viejas, estaban flojamente cruzadas sobre el estómago. Lo habían afeitado bien; estaba perfectamente acicalado. La rígida cabeza estaba bruscamente inclinada hacia atrás, y tenía una irreal y fingida sonrisa. Había unos pequeños tapones de cera en las ventanas de la nariz, y una tirita también de cera entre los fríos y firmes labios. La boca estaba apretada, ligeramente abultada. Parecía más llena que de costumbre.

Flotaba en el aire un débil e indefinible olor dulzón.

El marinero lo miró con superstición, nerviosamente, con el ceño fruncido. Después murmuró a Eugene:

—Me p-p-p-parece que es Ben, claro está.

«Porque no es Ben —pensó Eugene—, y nosotros estamos perdidos.» Miró la fría y pulida carroña, aquel estropeado semblante al que ni siquiera un buen trabajo con cera había podido restituir su imagen. Nada de Ben se conservaba aquí. En este pobre cuerpo disecado, con su patético afeitado y sus relucientes botones, no quedaba nada de su dueño. Todo lo que había aquí era obra de Horse Hines plantado ahora a su lado, vigilante, ansioso de escuchar sus alabanzas.

«No, ese no es Ben —pensó Eugene—. No queda rastro de él en esa concha vacía. No lleva su marca. ¿Adónde ha ido? ¿Es esta su carne lustrosa particular, hecha a su imagen, que cobró vida por su acción única, por su alma única? No; él se fue de esta carne lustrosa. Esto es una carroña más, que se mezclará de nuevo con la tierra. ¿Ben? ¿Dónde? ¡Oh, perdición!»

El marinero miró y dijo:

—Este m-m-m-muchacho sufrió mucho.

De pronto volvió la cara y la ocultó en su mano, y sollozó breve y dolorosamente, arrancada su vida confusa y vacilante de su comodonería, en un momento de agudo dolor.

Eugene lloró, no porque viese a Ben allí, sino porque Ben se había ido y porque recordaba todo el tumulto y todo el dolor.

—Ahora ya terminó —dijo amablemente Horse Hines—. Ahora descansa en paz.

—Le aseguro, señor Hines —dijo seriamente el marinero, enjugándose los ojos con la manga de la chaqueta—, que era un g-g-g-gran chico.

Horse Hines echó una rápida mirada a la fría cara desconocida.

Guardaron un momento de silencio, mirando.

—Ha hecho usted un b-b-b-buen trabajo —dijo el marinero—. Tengo que reconocerlo. ¿Qué dices tú, Gene?

—Sí —dijo Eugene, con vocecilla ahogada—. Sí.

—Está un p-p-p-poco p-p-p-pálido, ¿no crees? —tartamudeó el marinero, casi sin saber lo que decía.

—¡Un momento! —dijo rápidamente Horse Hines, levantando un dedo.

Sacó vivamente un lápiz de labios del bolsillo, avanzó unos pasos y, hábil y rápidamente, pintó sobre las muertas y grises mejillas un fantástico y falso rubor de vida y de salud.

—¡Ya está! —dijo, con honda satisfacción, y con el lápiz en la mano, críticamente erguida la cabeza, como un pintor ante su tela, retrocedió, sumiéndose en la terrible prisión del pasmo y el horror de los muchachos—. Cada profesión tiene sus artistas —prosiguió Horse Hines al cabo de un momento, con tranquilo orgullo—, y aunque me esté mal decirlo, Luke, me enorgullezco de mi trabajo en este caso. ¡Miradlo! —exclamó con súbita energía y con un poco de color en su rostro gris—. ¿Visteis algo más natural en vuestra vida?

Eugene dirigió al hombre una mirada torva y asesina, observando con piedad y con una especie de ternura, mientras los perros de la risa se aferraban a su tensa garganta, la seriedad y el orgullo de la larga cara de caballo.

—¡Miradlo! —repitió Horse Hines, con lento asombro—. ¡Nunca haré nada mejor! ¡Aunque viviese un millón de años! ¡Esto es arte, muchachos!

Un lento y ahogado gorgoteo brotó de los cerrados labios de Eugene. El marinero lo miró rápidamente, reprimiendo una alocada sonrisa.

—¿Qué te pasa? —le amonestó—. ¡No hagas tonterías!

Su sonrisa se hizo más amplia.

Eugene se tambaleó y se dejó caer en una silla, estallando en carcajadas y agitando irresistiblemente los brazos junto a sus costados.

—¡Perdón! —jadeó—. No quisiera... ¡A-ar-te! ¡Sí! ¡Sí! ¡Es esto! —chilló, golpeando locamente el pulido suelo con los nudillos.

Resbaló suavemente de la silla, desabrochando lentamente su chaqueta y

aflojándose la corbata con mano lánguida. Un débil murmullo brotó de su cansado cuello, apoyó lánguidamente la cabeza en el suelo, y las lágrimas surcaron sus hinchadas facciones.

—¿Qué te pasa? ¿T-t-t-te has vuelto loco? —dijo el marinero, haciendo visajes.

Horse Hines se agachó, compasivo, y ayudó al muchacho a levantarse.

—Es la tensión —dijo concienzudamente al marinero—. El pobre chico se ha puesto un poco histérico.

## **TREINTA Y SIETE**

Así, estando muerto, Ben recibió más cuidados, más tiempo y más dinero de los que le habían dedicado mientras estuvo vivo. Su entierro fue un acto final de ironía y de futilidad: un esfuerzo por compensar a la carroña del salario no pagado de la vida, un salario de amor y de piedad. Fue un entierro espléndido. Todos los Pentland enviaron coronas y asistieron con sus clanes separados, trayendo con sus fúnebres modales rápidamente asumidos un olorcillo a negocios recientes. Will Pentland habló con los hombres de política, de la guerra y de las condiciones del comercio, limpiándose reflexivamente las uñas, frunciendo los labios y asintiendo con la cabeza, con su curiosa expresión pensativa, y haciendo ocasionalmente algún juego de palabras, acompañado de un guiño de pájaro. Sus risitas complacidas se mezclaban con las fuertes carcajadas de Henry. Pett, más vieja, más amable y más gentil de como la había visto nunca Eugene, iba de un lado a otro con un frufú de seda gris y una amargura tranquila. Y Jim estaba también allí, con su esposa, cuyo nombre no había olvidado Eugene; con sus cuatro inteligentes y pesadas hijas, cuyos nombres confundía Eugene, pero que habían estudiado en la facultad con buenos resultados, y con su hijo, que había estado en una facultad presbiteriana y había sido expulsado de esta por defender el amor libre y el socialismo cuando era director del periódico de aquel centro docente. Ahora tocaba el violín, le gustaba la música, y ayudaba a su padre en el negocio: era un joven afeminado y melindroso, pero de pura estirpe. Y estaba Thaddeus Pentland, tenedor de libros de Will, y el más joven y más pobre de los tres. Tenía poco más de cincuenta años y cara rubicunda y agradable, bigote castaño y modales gentiles y plácidos. Era de carácter chancero y bonachón, salvo cuando citaba a Karl Marx y a Eugene Debs. Era socialista y en una ocasión había conseguido ocho votos para el Congreso. Estaba allí con su parlanchina esposa (a quien Helen llamaba la Charlatana) y sus dos hijas, lánguidas y lindas rubias de veinte y veinticuatro años.

Allí estaban, en toda su gloria; el extraño y rico clan, con su fantástica mezcla de éxitos y de incapacidad práctica, su fuerte sentido del dinero y su fanatismo visionario. Allí estaban, con sus asombrosas contradicciones: el hombre de negocios que desconocía el método comercial pero había ganado un millón de dólares; el fanático antagonista del capital que durante toda su vida había servido lealmente a aquello que denunciaba; el hijo disipado, con la vitalidad taurina del atleta, su estruendosa risa, su encanto animal... y nada más; el hijo músico, rebelde en la universidad, inteligente, fanático, con buena cabeza para los números, tacañería insensata para uno mismo, prodigalidad para los hijos.

Allí estaban, todos con la marca familiar del clan: nariz ancha, labios llenos, mejillas grandes y planas, boca deliberadamente fruncida, habla llana y arrastrando las palabras, risa llana y complaciente. Allí estaban, con su enorme vitalidad, su sangre viciada, su rica salud, su cordura, su insensatez, su humor, su superstición, su mezquindad, su generosidad, su idealismo fanático, su inquebrantable materialismo. Allí estaban, oliendo a tierra y a Parnaso; el extraño clan que solo se reunía en las bodas o los entierros, pero que permanecía eternamente fiel a sí mismo, indisoluble y eternamente dividido, con su melancolía, su locura, su regocijo; más duradero que la vida, más fuerte que la muerte.

Y al mirarlos Eugene, sentía de nuevo el horror de pesadilla del destino: era uno de ellos... no podía escapar. Su codicia, sus flaquezas, su sensualidad, su fanatismo, su fuerza, su rica corrupción, estaban arraigados en el tuétano de sus huesos.

«En cambio Ben, con su cara flaca y gris —pensó—, no formaba parte de ellos. No llevaba su marca en parte alguna.»

Y entre ellos, enfermo y viejo, apoyándose en su bastón, se movía Gant, el extraño, el extranjero. Estaba perdido y apenado, pero a veces, con un destello de su antigua retórica, hablaba de su dolor y de la muerte de su hijo.

Las mujeres llenaban la casa con sus lamentos. Eliza lloraba casi constantemente; Helen lo hacía a intervalos, en flojos derrumbamientos histéricos. Y todas las demás mujeres lloraban de buen grado, consolando a Eliza y a su hija, abrazándose las unas a las otras, gimiendo con afán insaciable. Y los hombres permanecían tristemente en pie, ataviados con su ropa mejor, preguntándose cuándo terminaría aquello. Ben yacía en el salón, acostado en su costoso ataúd. En la estancia gravitaba el incienso de las fúnebres flores.

Al fin llegó el pastor escocés: su alma digna estaba por encima de los ruidosos alardes de dolor, como un cerrojo de fibra limpia y dura. Empezó el oficio de difuntos con voz seca y nasal, monótona, fría, y apasionada.

Después, dirigidos por Horse Hines, los portadores del ataúd, jóvenes del periódico y de la ciudad que habían conocido bien al difunto, salieron lentamente, agarrando las asas del féretro con sus dedos manchados de nicotina. En el debido orden, siguió el cortejo fúnebre, alargándose en victorias cerradas que exhalaban su fúnebre olor a aire enrarecido y a cuero viejo.

Eugene revivió la antigua y macabra fantasía de un cadáver y de cerdo frío, el olor a muerto y a hamburguesa: la adúltera corrupción del entierro cristiano, la pompa obscena, la carroña perfumada. Ligeramente asqueado, se sentó con Eliza en el carruaje y trató de pensar en la cena.

El cortejo avanzó vivamente al delicado trote de las aterciopeladas grupas. Las dolientes mujeres observaban la ciudad boquiabiertas desde los cerrados carruajes. Lloraban detrás de los gruesos velos y miraban para ver si la población las observaba. Detrás de la gran máscara mundana de dolor, los ojos de las enlutadas brillaban con terrible e indecoroso afán, con indecible codicia.

Era un crudo día de octubre, húmedo y gris. El responso había sido breve, como precaución contra la epidemia que estaba en todas partes. La fúnebre comitiva entró en el cementerio. Era un lugar agradable, sobre una colina. Desde él se disfrutaba de una espléndida vista de la villa. Al detenerse el coche fúnebre, se apartaron los dos hombres que habían cavado la fosa. Las mujeres gimieron con fuerza al ver la zanja abierta.

Poco a poco, bajaron el ataúd sobre las correas que cruzaban la tumba.

Eugene oyó de nuevo el zumbido nasal del pastor presbiteriano. La mente del muchacho rumiaba cosas pequeñas. Horse Hines se inclinó ceremoniosamente, con un crujido de la camisa almidonada, para echar su puñado de tierra a la fosa. «El polvo vuelve al polvo...» Se echó atrás y se habría caído si Gilbert Gant no lo hubiese sostenido. Había estado bebiendo. «Yo soy la resurrección y la vida...»

Helen lloraba sin parar, fuerte y amargamente. «El que crea en mí...» Los sollozos de las mujeres se elevaron en gritos estridentes al descender el ataúd sobre las correas hasta el fondo de la sepultura.

Entonces los del fúnebre cortejo volvieron a sus carruajes y fueron sacados de allí rápidamente. Había una prisa indecente en su escapada. La larga barbarie del entierro tocaba a su fin. Mientras se alejaban, Eugene volvió la cabeza para mirar por la ventanilla de atrás del carruaje. Los dos sepultureros volvían a su trabajo. Los observó hasta que echaron la primera palada de tierra en la fosa. Vio las nuevas y toscas sepulturas, las secas y largas hierbas, y advirtió la rapidez con que se habían marchitado las coronas. Después miró el cielo húmedo y gris. Esperó que no lloviese esta noche.

Todo había terminado. Los carruajes se separaron de la comitiva. Los hombres volvieron a las oficinas del periódico, al colmado, a la tienda de tabacos. Las mujeres se fueron a casa. Y nada más. Nada más.

Llegó la noche, y con ella las calles desnudas, los débiles vientos. Helen yacía delante de la lumbre en la casa de Hugh Barton. Tenía un frasco de linimento de cloroformo en la mano. Contemplaba morbosamente el fuego, reviviendo cien veces la muerte, llorando amargamente y calmándose de nuevo.

—Cuando pienso en ello, la odio. Nunca lo olvidaré. ¿Y la has oído? ¿La has oído? Empezó a jactarse de lo mucho que él la quería. ¡Pero a mí no me engaña! ¡Lo sé todo! Él no la quería a su lado. Tú lo viste, ¿no? Solo me llamaba a mí. Yo era la única que podía acercarse a él. Lo sabes, ¿no?

—Tú eres la única que ha de cargar siempre con todo —dijo Hugh Barton, con acritud—. Me estoy hartando de esto. Por esto estás tan agotada. Si no te dejan en paz, voy a llevarte lejos de aquí.

Después volvió sus gráficos y sus folletos, frunciendo autoritariamente el ceño sobre su cigarro y garabateando números en un sobre viejo, con un trozo de lápiz apretado entre los dedos.

«También la tiene a su merced», pensó Eugene.

Entonces, al oír el fuerte zumbido del viento, ella lloró de nuevo.

—¡Pobre Ben! —dijo—. No soporto pensar que está fuera de aquí esta noche.

Guardó silencio unos momentos, contemplando el fuego.

—Después de esto, se acabó —añadió—. Se apañarán ellos solos. Hugh y yo tenemos derecho a vivir nuestra vida. ¿No lo crees así?

—Sí —dijo Eugene.

«Yo no soy más que el coro», pensó.

—Papá no se va a morir —siguió diciendo ella—. Lo he cuidado como una esclava durante seis años, y él aún estará aquí cuando yo me haya marchado. Todo el mundo esperaba que muriese papá, pero fue Ben quien se fue. Nunca se sabe. Después de esto, se acabó.

Su voz tenía un tono desesperado. Todos sentían la cruel estratagema de la Muerte, que había entrado por el sótano cuando todos esperaban que lo hiciese por la ventana.

—¡Papá no tiene derecho a esperar esto de mí! —gritó, con resentimiento—. Él ha vivido su vida. Es viejo. Nosotros tenemos derecho a la nuestra,

como cualquier hijo de vecino. ¡Santo Dios! ¡Cómo no se dan cuenta! ¡Estoy casada con Hugh Barton! ¡Soy su esposa!

«¿Lo eres? —pensó Eugene—. ¿Lo eres?»

Pero Eliza estaba sentada frente al fuego en Dixieland, con las manos cruzadas, reviviendo un pasado de ternura y de amor que nunca había existido. Y mientras el viento aullaba en la desierta calle y Eliza tejía mil fábulas sobre aquel espíritu perdido y amargo, aquella cosa brillante y herida que el muchacho llevaba dentro se retorció horrorizada, buscando la manera de escapar de la casa de la muerte. ¡No más! (decía). Ahora estás solo. Estás perdido. Ve en tu busca, muchacho perdido, allende los montes.

Aquella cosita brillante y herida se erguía en el corazón de Eugene y hablaba a su boca.

Pero ahora no puedo irme, le decía Eugene. (¿Por qué no?, murmuraba aquello.) Porque ella tiene la cara tan pálida y su frente es tan ancha y tan alta, con los negros cabellos estirados hacia atrás, y porque cuando se sentaba allí, en la cama, parecía una niña pequeña. Ahora no puedo irme y dejarla sola. (Ya está sola, decía aquello, y también lo estás tú.) Y cuando frunce los labios y mira fijamente, grave y pensativa, es como una chiquilla. (Tú estás ahora solo, decía aquello. Debes escapar o morirás.) Todo es como la muerte: me alimentó con sus pechos, dormí con ella en la misma cama, me llevó con ella en sus viajes. Todo aquello acabó, y cada vez era como una muerte. (Y como una vida, le decía aquello. Cada vez que mueras, renacerás. Y morirás cien veces antes de convertirte en hombre.) ¡No puedo! ¡No puedo! No ahora... Más tarde, más despacio. (No. Ahora, decía aquello.) Tengo miedo. No tengo adónde ir. (Debes encontrar el sitio, decía aquello.) Estoy perdido. (Debes buscar tú solo, decía aquello.) Estoy solo. ¿Dónde estás tú? (Debes encontrarme, decía aquello.)

Entonces, al retorcerse aquella cosa brillante dentro de él, Eugene oía zumbar el viento desolado alrededor de la casa que debía dejar, y la voz de Eliza que llamaba del pasado las bellas cosas perdidas que jamás habían sucedido.

—... y yo le dije: «¡Cómo! Por el amor de Dios, muchacho, tienes que abrigarte el cuello si no quieres morirte de frío».

Eugene se agarró el cuello y corrió hacia la puerta.

—¡Eh, chico! ¿Adónde vas? —dijo Eliza, levantando rápidamente la cabeza.

—Tengo que irme —dijo él, con voz ahogada—. Tengo que irme de aquí.

Entonces vio miedo en sus ojos, y aquella grave mirada de turbación



infantil. Corrió donde estaba ella y le asió la mano. Ella lo sujetó con fuerza y apoyó la cara en su brazo.

—No te vayas todavía —dijo ella—. Tienes toda la vida por delante. Quédate conmigo un día o dos.

—Sí, mamá —dijo él, cayendo de rodillas—. Sí, mamá —la abrazó frenéticamente—. Sí, mamá. Que Dios te bendiga. Está bien, mamá. Está bien.

Eliza lloró amargamente.

—Soy vieja —dijo—, y uno a uno, os he perdido a todos. Él está ahora muerto, y nunca llegué a conocerlo. ¡Oh, hijo mío, no me dejes todavía! Eres el único que me queda, y eres mi pequeño. ¡No te vayas! No te vayas.

Arrimó el pálido semblante al brazo de él.

«Marcharse no es difícil —pensó Eugene—. Pero ¿cuándo podremos olvidar?»

Era octubre, y las hojas tiritaban. Empezaba el crepúsculo. El sol se había hundido en el horizonte, las montañas del oeste se desvanecían en una fría niebla purpúrea, pero el cielo de poniente ardía todavía en melladas franjas de color naranja. Era octubre.

Eugene andaba rápidamente, siguiendo el curso sinuoso y pavimentado de la calle Rutledge. Flotaba un olor a niebla y a cena en el aire: un cálido vapor empañaba los cristales de las ventanas, y se oía el fuerte siseo del yantar puesto a cocer. Había voces confusas y lejanas, y olor a hojas quemadas, y un cálido fulgor amarillo de luces.

Se adentró en un camino sin pavimentar, junto al gran sanatorio rodeado de árboles. Oyó las risas frescas de las negras en la cocina, el mantecoso susurro de la comida en la sartén, las toses secas de los enfermos de los pulmones en la galería.

Caminó vivamente por el camino lleno de hoyos, entre un seco arrastrar de hojas. El aire era frío, perlino, crepuscular; en lo alto, brillaban pálidamente unas pocas estrellas. La villa y la casa habían quedado atrás. Había canciones en los grandes pinos del monte.

Dos mujeres bajaron por el camino y se cruzaron con él. Vio que eran campesinas. Vestían viejas prendas negras, y una de ellas estaba llorando. Pensó en los hombres que habían sido enterrados aquel día, y en todas las mujeres que lloraban. ¿Volverán?, se preguntó.

Cuando llegó a la puerta del cementerio la encontró abierta. Entró rápidamente y anduvo a paso vivo por el ondulado camino que serpenteaba alrededor de la cresta de la colina. Las hierbas estaban secas y marchitas; una

ajada corona de laurel reposaba sobre una tumba. Al acercarse a la parcela de su familia, su pulso se aceleró un poco. Alguien se movía despacio, deliberadamente, entre las lápidas. Pero al acercarse más, vio que era la señora Pert.

—Buenas tardes, señora Pert —dijo Eugene.

—¿Quién es? —preguntó ella, mirando sin ver.

Se aproximó a él, con su grave paso vacilante.

—Soy Gene —dijo él.

—¡Oh! ¿Es el viejo Gene? —dijo ella—. ¿Cómo estás, Gene?

—Muy bien —dijo él.

Se quedó torpemente plantado, pasmado, sin saber cómo continuar. Oscurecía. Había largos y solitarios preludios al invierno en los espléndidos pinos, y un silbido de viento entre las altas hierbas. Debajo de ellos, en la quebrada, era ya de noche. Había allí una colonia negra; la llamaban Stumptown. Las ricas voces de África gemían endechas de la selva.

Pero a lo lejos, a su propio nivel o más arriba, en otras colinas, veían la ciudad. Poco a poco, se encendieron luces en nidos titilantes, y sonaron voces lejanas escarchadas, y música, y la risa de una niña.

—Este es un bonito lugar —dijo Eugene—. Desde aquí se tiene una vista espléndida de la población.

—Sí —dijo la señora Pert—. Y Ben tiene el mejor sitio de todos. En ninguna otra parte hay una vista mejor. He estado aquí en pleno día. —Al cabo de un momento, prosiguió—: Ben se convertirá en flores adorables. Rosas, diría yo.

—No —dijo Eugene—. Dientes de león... y flores grandes con muchas espigas.

Ella miró vagamente a su alrededor, con aquella confusa y amable sonrisa en los labios.

—Se está haciendo de noche, señora Pert —dijo, vacilante, Eugene—. Y está usted sola, ¿no?

—¿Sola? Tengo a Gene y a Ben conmigo, ¿no crees? —dijo ella.

—Tal vez deberíamos regresar, señora Pert —dijo él—. La noche será fría. La acompañaré.

—Fatty puede valerse por sí misma —dijo ella con dignidad—. No te preocupes, Gene. Te dejaré tranquilo.

—Está bien —dijo, confuso, Eugene—. Supongo que los dos hemos venido por la misma razón.

—Sí —dijo la señora Pert—. Pero me pregunto quién vendrá aquí en la misma fecha del próximo año. ¿Volverá entonces el bueno de Gene?

—No —dijo Eugene—. No, señora Pert. Yo no volveré jamás.

—Tampoco yo, Gene —dijo ella—. ¿Cuándo vuelves a la universidad?

—Mañana —dijo él.

—Entonces Fatty tendrá que despedirse —dijo ceñudamente ella—. Yo también me marchó.

—¿Adónde va? —preguntó él, sorprendido.

—Voy a vivir con mi hija en Tennessee. No sabías que Fatty es abuela, ¿verdad? —dijo ella, con su confusa sonrisa—. Tengo un nietecito de dos años.

—Siento que se vaya —dijo Eugene.

La señora Pert guardó silencio unos momentos, oscilando vagamente sobre los pies.

—¿Qué dijeron que fue lo de Ben? —preguntó ella.

—Pulmonía, señora Pert —dijo Eugene.

—¡Ah, pulmonía! ¡Claro! —asintió con la cabeza, concienzudamente, como satisfecha—. Mi marido vende productos farmacéuticos, ¿sabes?, pero nunca puedo recordar todas las cosas que padece la gente. Pulmonía.

Calló de nuevo, reflexionando.

—Y cuando te meten en una caja y te ponen bajo tierra, como hicieron con el pobre Ben, ¿cómo lo llaman? —preguntó, con una suave sonrisa inquisitiva.

Él no rio.

—Lo llaman muerte, señora Pert.

—¡Muerte! Sí, claro —dijo vivamente la señora Pert, asintiendo con la cabeza—. Esta es una clase, Gene. Pero además hay otras clases. ¿Lo sabías?

Le sonrió.

—Sí —dijo Eugene—. Lo sé, señora Pert.

Ella le tendió súbitamente las manos y le asió los fríos dedos. Ya no sonreía.

—Adiós, querido —dijo—. Ambos conocíamos a Ben, ¿verdad? Que Dios

te bendiga.

Entonces dio media vuelta y se alejó carretera abajo, con su andadura digna y vacilante, y se perdió en la oscuridad creciente.

Las grandes estrellas ascendían orgullosas en el cielo. Y precisamente encima de él, precisamente encima de la ciudad, había una tan brillante y baja que habría podido tocarla. La tumba de Ben había sido cubierta de césped aquel día; se respiraba allí un fresco y penetrante olor a tierra. Eugene pensó en la primavera, y en el fuerte e indefinible olor de los fantásticos dientes de león que crecerían allí. En la fría oscuridad, débil y lejano, sonó el gemido de partida del silbato de un tren.

Y de pronto, al observar las luces que titilaban alegremente en la villa, su cálido mensaje de la vida enjambrada de los hombres provocó en él un sordo afán de caras y palabras. Oía voces y risas lejanas. Y en la distante carretera, un potente automóvil dobló una curva y lanzó sobre él, durante un segundo, en la solitaria colina de los muertos, un fuerte rayo de luz y de vida. Y en su mente aturdida, que durante días había chapuceado con cosas menudas, solo con cosas menudas, como chapucean los niños con piezas de construcción y cosas pequeñas, se fue haciendo la luz.

Su mente se afirmó y salió del naufragio de las cosas menudas; de todo lo que le había mostrado y enseñado el mundo, solo podía recordar ahora la gran estrella sobre la villa, y el rayo de luz que había barrido la colina, y el césped fresco sobre la tumba de Ben, y el viento, y los sonidos y la música lejanos, y la señora Pert.

El viento azotaba los arbustos; las hojas marchitas temblaban. Era octubre, pero las hojas tiritaban. Una estrella titilaba. Una luz despertaba. El viento oscilaba. La estrella estaba lejos. La noche, la luz. La luz era brillante. Un canto, una canción, la danza pausada de las cosas menudas dentro de él. La estrella sobre la ciudad, la luz sobre la colina, el césped sobre Ben, la noche sobre todo. Su mente chapuceaba con cosas menudas. Sobre nosotros, todo es algo. Estrella, noche, tierra, luz... luz... ¡Oh, ser perdido...!, una piedra... una hoja... una puerta... ¡Oh, fantasma...!, una luz... una canción... una luz... una luz pasa sobre la colina... sobre todos nosotros... una estrella brilla sobre la población... sobre todos nosotros... una luz.

No volveremos. Nunca volveremos. Pero sobre todos nosotros, sobre todos nosotros, sobre todos nosotros hay... algo.

El viento azotaba los arbustos; las hojas marchitas estaban temblando. Era octubre, pero algunas hojas tiritaban.

Una luz barre la colina. (No volveremos.) Y sobre la villa, una estrella. (Sobre todos nosotros, sobre todos nosotros que no volveremos.) Y sobre el

día, la oscuridad. Pero sobre la oscuridad... ¿qué?

No volveremos. Nunca volveremos.

Sobre la aurora, una alondra. (Que no volverá.) Y viento y música lejana. ¡Oh, pérdida! (No volverá.) Y sobre tu boca, tierra. ¡Oh, fantasma! Pero sobre la oscuridad... ¿qué?

El viento azotaba los arbustos; las hojas marchitas estaban temblando.

No volveremos. Nunca volveremos. Era octubre, pero nosotros no volveremos nunca.

¿Cuándo volverán ellos? ¿Cuándo volverán ellos?

El laurel, el lagarto y la piedra no volverán. Las mujeres que lloraban en la puerta se han ido y no volverán. Y el dolor y el orgullo y la muerte pasarán y no volverán. Y la luz y la aurora pasarán, y la estrella y el canto de la alondra pasarán y no volverán. Y nosotros pasaremos, y no volveremos.

¿Qué cosas volverán? ¡Oh! La primavera, la más cruel y más bella de las estaciones, volverá. Y los hombres desconocidos y enterrados volverán, en hojas y en flores volverán los desconocidos enterrados, y la muerte y el polvo nunca volverán, pues la muerte y el polvo morirán. Y Ben volverá, no morirá de nuevo; en flores y en hojas, en viento y en música lejana, volverá.

¡Oh, fantasma perdido, azotado por el viento, vuelve!

Había oscurecido. La noche escarchada resplandecía de grandes y brillantes estrellas. Las luces de la ciudad brillaban con vivo fulgor. Ahora, después de haber yacido algún tiempo sobre la fría tierra, Eugene se levantó y emprendió el camino de regreso.

El viento azotaba los arbustos; las hojas marchitas estaban temblando.

## **TREINTA Y OCHO**

Tres semanas después de volver Eugene a la universidad, terminó la guerra. Los estudiantes maldijeron y se despojaron de los uniformes. Pero tocaron la gran campana de bronce, encendieron una hoguera en el campus y saltaron a su alrededor como derviches.

La vida volvió a sus cauces civiles. La espalda gris del invierno se quebró, y entró la primavera.

Eugene era un gran hombre en el campus de la pequeña universidad. Se sumergía con exultación en la vida del lugar. Su garganta lanzaba gritos de

alegría: en todas partes volvía la vida, renacía, despertaba. Los jóvenes volvían al campus. Las hojas surgían en manchitas borrosas, tiernas y verdes; el esbelto junquillo brotaba de la fecunda tierra negra, y las flores de los melocotoneros caían sobre las chillonas y jóvenes islas de hierba. En todas partes volvía la vida, despertaba, renacía. Con gozo triunfal, Eugene pensaba en las flores sobre la tumba de Ben.

Estaba loco y extasiado porque la primavera había vencido a la muerte. El dolor por Ben se hundió en una sima olvidada dentro de él. Estaba rebosante de un jugo de vida y movimiento. No caminaba: andaba a saltos. Participaba en todo lo que no había participado antes. Pronunciaba curiosos discursos en la capilla, en las reuniones de hombres, en asambleas de toda clase. Dirigía el periódico, escribía poesías y cuentos, se lanzaba a todo sin pausa y sin pensarlo.

A veces, por la noche, cruzaba la región al lado de un conductor borracho, hasta Exeter o Sydney, y allí buscaba a las mujeres detrás de las puertas con celosía y con cadenas, lanzándoles en el fresco crepúsculo matutino de la primavera su grito de joven sátiro rebosante de deseo y de hambre.

¡Lily! ¡Louise! ¡Ruth! ¡Ellen! Oh, madre de amor, cuna de nacimiento y de vida, te llames como te llames, voy a ti, tu hijo, tu amante. Plántate, Maya, junto a tu puerta abierta, en tu madriguera del laberinto selvático del barrio negro.

A veces, al pasar sin ruido por delante de las habitaciones, oía que los jóvenes hablaban de Eugene Gant. Eugene Gant estaba chiflado. Eugene Gant estaba loco. ¡Oh (pensaba), yo soy Eugene Gant!

Entonces decía una voz: «No se ha cambiado la ropa interior desde hace seis semanas». Y otra: «Toma un baño cada mes, tanto si lo necesita como si no». Se reían; y uno decía entonces que era «brillante», y todos estaban de acuerdo.

Se llevaba una mano como una garra al delgado cuello. Están hablando de mí, ¡de mí! Yo soy Eugene Gant, el conquistador de naciones, señor del mundo, el Siva de mil formas hermosas.

Desnuda y solitaria el alma, rondaba Eugene las calles. Nadie decía: te conozco. Nadie decía: estoy aquí. La enorme rueda de la vida, cuyo eje era él, giraba y giraba.

«La mayoría de nosotros nos creemos infernales —pensó Eugene—. Yo soy uno de ellos. Me creo infernal.» Entonces, en el oscuro sendero del campus, oyó que los jóvenes hablaban en sus habitaciones, y se arañó furiosamente la cara, con un gruñido de odio contra sí mismo.

«Creo que soy infernal, y ellos dicen que apesto porque no me he bañado. Pero yo no apestaría aunque no me hubiese bañado nunca. Solo los otros huelen mal. Mi suciedad es mejor que su pulcritud. El tejido de mi carne es más fino; mi sangre es un elixir sutil; los cabellos de mi cabeza, la médula de mi espina dorsal, la fina articulación de mis huesos, y todo el conjunto de jugos, grasas, músculos, aceites y tendones de mi cuerpo, la baba de mi boca, el sudor de mi piel, se mezclan con elementos más raros y son mejores y más finos que su tosca carne bovina de campesinos.»

Aquel año había aparecido en su cogote un pequeño herpes, señal de su parentesco con los Pentland, prueba de su parentesco con la gran enfermedad de la vida. Se rascaba el sarpullido con uñas frenéticas; se quemó el cuello con ácido fénico hasta llagarlo, pero la mancha permaneció, como alimentada por una lepra incurable de su sangre. A veces, cuando hacía frío, casi desaparecía; pero volvía más irritado con el calor, y él se rascaba el cuello, enrojeciéndolo, y la picazón se convertía en tortura.

No permitía que nadie estuviese detrás de él. Siempre que podía, se sentaba de espaldas a la pared. Se angustiaba cuando bajaba una escalera llena de gente, encogiendo los hombros para que el cuello de la chaqueta ocultase la terrible mancha. Se dejó crecer los cabellos en una espesa y larga melena, en parte para ocultar la llaga, y en parte porque lo avergonzaba y horrorizaba que pudiese verla el barbero.

A veces tenía una insensata conciencia de la juventud sin mácula: lo aterrorizaba la pregonada buena salud de América, que es en realidad una enfermedad, porque nadie quiere admitir sus dolencias. Se encogía ante el recuerdo de sus perdidas fantasías heroicas: pensaba en Bruce-Eugene, en sus mil románticos papeles, y no podía soportar el verse con aquel herpes en su carne. Tomó morbosa conciencia de todos sus defectos, reales o imaginarios; durante días, solo veía los dientes de los demás, observaba fijamente su boca cuando le hablaban, tomando nota de los empastes, de las extracciones, de los paladares postizos y de los puentes. Miraba con envidia y miedo las sanas y marfileñas dentaduras de los jóvenes, desnudando cien veces al día la suya, que era regular pero un poco amarillenta a causa del tabaco. La frotaba furiosamente con un cepillo de cerdas duras hasta que le sangraban las encías; rumiaba durante horas sobre una muela cariada que un día tendrían que extraerle, y calculaba desesperado la edad que tendría cuando se quedase sin dientes.

«Pero —pensaba—, si pierdo uno cada dos años a partir de los veinte, todavía me quedarán quince cuando tenga cincuenta, ya que tenemos treinta y dos, incluidas las muelas del juicio. Y no estaría tan mal, si pudiese conservar los de delante.» Después, con su esperanza en el futuro, pensaba: quizá cuando llegue a aquella edad, los dentistas podrán ponerme dientes reales. Leyó varias

revistas de odontología, para ver si había alguna esperanza de trasplante de dientes sanos para sustituir a los enfermos. Y después, con ensimismada satisfacción, estudió su festoneada boca sensual, de labio inferior saliente, observando que incluso cuando sonreía mostraba apenas los dientes.

Hizo innumerables preguntas a los estudiantes de medicina sobre el tratamiento o curación de dolencias hereditarias de la sangre, de enfermedades venéreas, de cánceres intestinales e inguinales, y de trasplante de glándulas de animales al hombre. Iba a ver películas solo para observar los dientes y los músculos del protagonista; escudriñaba los anuncios de pastas dentífricas y cuellos de camisa en las revistas; iba a las duchas del gimnasio para mirar los rectos dedos de los pies de los muchachos, pensando con dolor y repugnancia en los suyos, que eran nudosos y torcidos. Se plantaba desnudo ante un espejo, mirando su cuerpo largo y flaco, suave y blanco salvo por los dedos ganchudos de los pies y aquella terrible mancha del cogote: un cuerpo delgado pero tallado con delicadeza y vigorosa simetría.

Después, poco a poco, empezó a considerar aquella mácula como motivo de un terrible regocijo. Atribuía lo que tenía en el cuello, imposible de extirpar o de cauterizar, a un trágico humor de su sangre que lo sumía a veces en melancolía y en locura. Pero veía también que gozaba de una espléndida salud, que podía rescatarlo victoriosamente de la desolación. En todas las novelas que había leído, en las películas, en los anuncios de cuellos de camisa, en sus mil fantasías sobre Bruce-Eugene, no había visto nunca un héroe con los dedos de los pies torcidos, un diente cariado y un herpes en el cogote. Ni había visto nunca una heroína, entre las mujeres distinguidas de Chambers y Philips, o entre las grandes elegantes de Meredith y Ouida, que tuviesen aquellos defectos. Pero ahora, en todas sus fantasías, adoraba a una mujer de finos cabellos de color de zanahoria y ojos de un violeta débilmente inquietante, con delicadas patas de gallo. Sus dientes eran pequeños, blancos e irregulares, y tenía una corona de oro en una muela que era visible cuando sonreía. Era sutil y un poco abrumada; hija y madre al mismo tiempo, tan vieja y profunda como Asia y tan joven como el germinante abril, que renace eternamente como una niña, una amante, un padre y una enfermera.

Así, a través de la muerte de su hermano y de la enfermedad arraigada en su propia sangre, Eugene llegó a poseer una sabiduría más profunda y más oscura de lo que jamás había conocido. Empezó a ver que lo que había de sutil y de hermoso en la vida humana estaba matizado por una divina enfermedad al modo de la perla. La salud tenía que encontrarse en la mirada fija de los gatos y los perros, o en las suaves y estólicas quijadas del campesino. Pero miraba las caras de los señores de la tierra... y las veía gastadas y devoradas por la bella dolencia del pensamiento y de la pasión. En las páginas de mil libros veía sus retratos: Coleridge a los veinticinco años, con su boca grande y



sensual estúpidamente abierta, los grandes ojos fijos, reteniendo en sus profundidades opiáceas la visión de los mares frecuentados por los albatros, y la frente blanca y grande, una cabeza que era mezcla de Zeus y el tonto del pueblo; la cabeza flaca y gastada de César, un poco apergaminada en los costados, y la cara soñadora de momia de Kublai Kan, encendida por unos ojos que echaban destellos verdes. Y veía las caras del gran Tothmes, de Aspalta y de Micerino, y todas las cabezas del sutil Egipto... caras suaves y sin arrugas que contenían la sabiduría de mil doscientos dioses. Y las caras extrañas y salvajes del godo, del franco y del vándalo, que llegaban arrasándolo todo bajo los viejos y cansados ojos de Roma. Y la fatigada astucia de la cara del gran judío Disraeli; la terrible mueca de calavera de Voltaire; el loco y delirante salvajismo de la cara de Ben Jonson; la hosca y furiosa angustia de la de Carlyle; y las caras de Heine y Rousseau y Teglatfalasar y Cervantes... caras todas ellas de las que se había alimentado la vida. Eran caras destrozadas por el buitре, el pensamiento; eran caras chamuscadas y ahuecadas por la llama de la Belleza.

Y así, herido por el triste destino de su sangre, preso en la trampa de sí mismo y de los Pentland, con la florecilla del pecado y de las tinieblas en el cuello, Eugene escapaba para siempre de lo bueno y de lo lindo, para pasar a la tierra oscura prohibida a los esterilizados. Las criaturas de las novelas románticas, las viciosas caras de muñeca de las mujeres del cine, la brutal e idiota regularidad de las caras en los anuncios, y las caras de la mayoría de los jóvenes estudiantes de ambos sexos, habían sido forjadas en un molde de brillante vacuidad, y le parecían sucias.

La demanda nacional de tuberías blancas y brillantes, pasta dentífrica, comedores revestidos de azulejos, cortes de pelo, odontología refinada, gafas de concha, cuartos de baño, y el miedo insensato a la enfermedad que hacía que los electores fuesen a murmurar al oído del farmacéutico después de sus brutales y chapuceros devaneos licenciosos... todo eso le parecía asqueroso. La pulcritud exterior era prueba de corrupción interior: era algo que brillaba y era seco, hediondo y podrido por dentro. Sentía que, a pesar de la mancha de leproso que podía llevar en su carne, había en él una salud mucho más fuerte que la que ellos tendrían jamás... era algo duro y cruelmente herido, pero vivo, que no se evadía de la terrible corriente subterránea de la vida; algo desesperado y despiadado que miraba fijamente las pasiones ocultas e indecibles que unifican la trágica familia de este mundo.

Sin embargo, Eugene no era rebelde. No tenía más necesidad de rebelión que la mayoría de los americanos, es decir, ninguna. Se contentaba con cualquier sistema que le diese comodidad, seguridad, el dinero suficiente para hacer lo que quisiera, y libertad para pensar, comer, beber, amar, leer y escribir lo que le viniese en gana. No le importaba la forma de gobierno que le tocara

vivir —republicano, demócrata, conservador, socialista o bolchevique—, con tal de que le garantizase aquellas cosas. No ansiaba reformar el mundo, ni hacer de este un sitio mejor donde existir: tenía la firme convicción de que el mundo estaba lleno de sitios agradables, de lugares encantados, y de que tenía que buscarlos y encontrarlos. La vida que le rodeaba empezaba a aburrirlo y oprimirlo: quería escapar de ella. Estaba seguro de que las cosas serían mejores en cualquier otra parte. Estaba absolutamente seguro de ello.

Su condición de romántico no lo impulsaba a escapar de la vida, sino a meterse en ella. No quería una tierra de ficción, sino que su fantasía se extendía hasta convertirla en realidad, y no veía motivo para dudar de que hubiese realmente mil doscientos dioses en Egipto y de que el centauro, el hipogrifo y el toro alado pudiesen encontrarse todos en su lugar adecuado. Creía que había magia en Bizancio, y genios encerrados en las redomas de los brujos. Además, desde la muerte de Ben, había adquirido la convicción de que el hombre no huye de la vida porque la vida es triste, sino que la vida huye del hombre porque el hombre es mezquino. Sentía que las pasiones de la comedia eran más grandes que los actores. Tenía la impresión de que nunca había tenido un gran momento vital en el que se hubiese mostrado a su altura. Su dolor por la muerte de Ben había sido más grande que él; el amor y la pérdida de Laura lo habían dejado malherido y pasmado, y cuando abrazaba ahora a muchachas o a mujeres, sentía una frustración desesperada: quería devorarlas como si fuesen pasteles y poseerlas al mismo tiempo; enrollarlas como una bola; enterrarlas en su carne; poseerlas más plenamente de como nunca hubiesen sido poseídas.

Además, le fastidiaba y le hería que lo considerasen «raro». Le encantaba su popularidad entre los estudiantes, su corazón palpitaba de orgullo bajo todos los emblemas e insignias, pero le dolía que lo tuviesen por excéntrico y envidiaba a los compañeros que eran elegidos para los cargos por su sólida y dorada mediocridad. Quería cumplir las leyes y ser respetado: creía ser una persona auténticamente convencional... pero se lo solía ver, después de la medianoche, saltando por los senderos del campus y lanzando gritos de macho cabrío a la luz de la luna. Sus trajes se deformaban, sus camisas y calzoncillos estaban sucios, sus zapatos se gastaban —los rellenaba con tiras de cartón—, sus sombreros se abollaban y se rompían por los dobleces. Pero no pretendía ir desaseado; solo que la idea de hacer reparaciones le producía un horror cansado. Odiaba la acción, quería ensimismarse en su propio interior durante catorce horas al día. Hasta que al fin, aguijoneado, fustigaba su propia mole y se dejaban arrastrar por la poderosa inercia de sus visiones a un furioso y violento movimiento.

Temía desesperadamente a las personas agrupadas; en las aulas, en los salones de tertulia o en cualesquiera reuniones públicas, se sentía nervioso y

cohibido hasta que empezaba a hablar y los dominaba a todos. Siempre temía que alguien le gastase una broma, y se burlasen de él. En cambio, no temía a ningún hombre a solas; sentía que podía imponerse a cualquiera, si lo aislaba de la multitud. Y recordando su miedo y su odio salvaje a las muchedumbres, jugaba cruelmente con el hombre solo, como un gato, gruñendo suavemente, acechándolo sin ruido, encogida y silenciosa la terrible garra de tigre de su ingenio. Y ellos perdían toda su entereza; parecían encogerse y retorcerse, y miraban a su alrededor buscando la puerta. Elegían a un patán entonado y pomposo —como el estudiante presidente de la Asociación de Jóvenes Cristianos o el presidente de la clase— y se echaba sobre él con maligna y amable campechanía.

—¿No crees —empezaba diciendo, con seria gazmoñería—, no crees que el hombre debería besar a su esposa en la barriga?

Y fijaba en una mirada toda la seria inocencia de su semblante.

—Pues, a fin de cuentas, la barriga es mucho más bella que la boca, y mucho más limpia. ¿O acaso crees en el matrimonio sin barriga? Por mi parte —seguía diciendo con apasionado orgullo—, ¡no creo en él! Preconizo el mayor y mejor besuqueo de barriga. Nuestras esposas, nuestras madres, nuestras hermanas, lo esperan de nosotros. Es un acto de veneración a la sede de la vida. ¡No! Es incluso un acto de adoración religiosa. Si pudiésemos conseguir que nuestros grandes hombres de negocios y todas las demás personas de buena voluntad se interesasen en ello, sería la revolución más formidable que se hubiese producido en la vida de una nación. Dentro de cinco años se habrían acabado los divorcios y se habría restablecido el prestigio del hogar. Y dentro de veinte, nuestra nación se habría convertido en el centro orgulloso de la civilización y de las artes. ¿No lo crees? ¿O lo crees?

Eugene lo creía. Era una de sus pocas utopías.

A veces, cuando estaba irritado y amargado, oía carcajadas en la habitación de un estudiante y se volvía gruñendo y maldiciendo, al pensar que se burlaban de él. Había heredado la convicción manifestada en ocasiones por su padre de que todo el mundo se había unido en una enorme conspiración contra él: el ambiente estaba lleno de burlas y amenazas, las hojas murmuraban traicioneras, la gente se reunía en mil lugares secretos para humillarlo, degradarlo y traicionarlo. Pasaba horas enteras sintiendo la terrible inminencia de algún peligro desconocido; aunque solo era culpable de sus propias angustiosas fantasías, entraba en clase, en una reunión, en una asamblea estudiantil, con el corazón helado y encogido, esperando la denuncia, la sentencia y la ruina, por no sabía qué delito. Y una vez más, se volvía salvaje, extravagante, indiferente, gritándoles triunfalmente a la cara y saltando con el gozo frenético del sátiro, al ver la vida colgando como una ciruela madura y al

alcance de su mano.

Y así, al recorrer los senderos del campus por la noche, sumido en sus sueños de gloria, oía que los jóvenes hablaban de él afectuosa y rudamente, riendo sus extravagancias y diciendo que necesitaba un baño y ropa limpia. Se clavaba las uñas en el cuello al escucharlo.

Pienso que soy el mismo demonio, pensaba Eugene, y ellos dicen que huelo mal porque no me he bañado. ¡Yo! ¡Yo! Bruce-Eugene, el azote de los puercos, ¡y el defensa más grande que Yale tuvo jamás! El mariscal Gant, ¡salvador de este país! El as Gant, el halcón de los cielos, ¡el hombre que derribó a Sichthofen! El senador Gant, el gobernador Gant, el presidente Gant, restaurador y unificador de una nación destrozada, que se retirará en silencio a la vida privada, a pesar de las llorosas protestas de cien millones de personas, hasta que, como Arturo o Barbarroja, vuelva a oír los tambores de la necesidad y del peligro.

Jesús de Nazaret Gant, mofado, vilipendiado, escupido y encarcelado por los pecados de los otros, pero noblemente silencioso, prefiriendo la muerte a causar dolor a la mujer que ama. Gant, el Soldado Desconocido, el Presidente Mártir, el asesinado Dios de las Cosechas, el Dispensador de Buena Mies. El Duque Gant de Westmoreland, Vizconde de Pondichery, duodécimo Lord Runnymede, que busca de incógnito el verdadero amor, en Devon y la mies en sazón, y encuentra las piernas blancas envueltas en percal sobre el heno blando. Sí, George-Gordon-Noel-Byront Gant, paseando por Europa la enseña de su corazón sangrante, y Thomas-Chatterton Gant (¡brillante chico!), y François Villon Gant, y Asuero Gant, y Mitrídates Gant, y Artajerjes Gant, y Yugurta Gant, y Vercingétorix Gant, e Iván el Terrible Gant. Y Gant, el Toro Olímpico; y Hércules Gant; y Gant, el Cisne Seductor; y Astarot y Azrael Gant, Proteo Gant, Anubis y Osiris y Mumbo Jumbo Gant.

«Pero ¿qué pasará —dijo lentamente Eugene en la noche— si no soy un genio?» No se hacía a menudo esta pregunta. Estaba solo: hablaba en voz alta, pero en tono apagado, para sentir la irrealidad de esta blasfemia. Era una noche sin luna, llena de estrellas. No había truenos ni relámpagos.

«Sí, pero ¿qué pasará —pensaba, gruñendo por lo bajo—, qué pasará si todos los demás creen que no lo soy? ¡Ah! Les gustaría que no fuese, a los muy cerdos. Me odian, y me tienen envidia porque no pueden ser como yo, y por esto me denigrarán siempre que puedan. Les gustaría decirlo, si se atreviesen, solo para perjudicarme.» Por un instante, sus facciones se crisparon de dolor y de amargura; estiró el cuello y lo apretó con la mano.

Después, como de costumbre, una vez desahogado su corazón, empezó a considerar fría y críticamente el asunto.

«Bueno —prosiguió tranquilamente—, ¿qué pasará si no lo soy? ¿Voy a cortarme el cuello, o a comer gusanos, o a ingerir arsénico? —sacudió lenta pero enfáticamente la cabeza—. No —dijo—, no voy a hacerlo. Además, hay genios de sobra. Al menos hay uno en cada escuela superior y uno en la orquesta de cada cine de pueblo. A veces, la señora Von Zeck, la rica patrocinadora de las artes, envía un genio o dos a estudiar en Nueva York. Por consiguiente —calculó—, nuestro extenso país debe tener, según el censo, no menos de 26.400 genios y 83.752 artistas, sin contar los que se dedican a los negocios y a la publicidad.» Para satisfacción personal, Eugene murmuró entonces los nombres de 21 genios que escribían poesía y de otros 37 consagrados al teatro y a la novela. Después de esto, se sintió muy aliviado.

«¿Qué puedo ser —pensó— además de genio? Hace demasiado tiempo que soy esto último. Debe de haber cosas mejores que hacer.»

«Más allá de esta valla final —pensó—, no está la muerte, como pensaba antaño, sino una nueva vida... y nuevas tierras.»

Erguido, con los brazos en jarras, el hombre estaba plantado allí, vuelta la abombada cabeza hacia la luz; sesentón, de cuerpo delgado y recto, cejas gruesas, vieja mirada de halcón, mejillas flacas y amarillentas, bigote erizado y recortado. Y aquella cara, devorada por el cóndor pensamiento, se inclinaba con malicia sutil, con regocijo de sofista.

A sus pies, sentados en arrobado servilismo, los muchachos esperaban sus primeras y roncas palabras. Eugene contempló las obtusas caras serias, atraídas de los sólidos bancos del calvinismo al oscuro terreno de la metafísica. Ahora la ironía del hombre revoletearía como un relámpago alrededor de sus cabezas, y ellos no se darían cuenta, no sentirían su descarga. Se precipitarían para luchar con su sombra, para oír su risa diabólica, para combatir solemnemente con sus almas aún dormidas.

Las limpias manos, sobresaliendo de los puños de la camisa, levantaban una vara descortezada. Todas las miradas se fijaban sumisamente en su lustrosa superficie.

—¿Señor Willis?

Una cara blanca, pasmada, servil, de esclavo paciente.

—Sí, señor.

—¿Qué es esto?

—Un palo, señor.

—¿Qué es un palo?

—Un trozo de madera, señor.

Una pausa. Las cejas irónicas solicitan risas. Y ellos ríen tonta y taimadamente para huir del lobo que quiere devorarlos.

—El señor Willis dice que un palo es un trozo de madera.

Sus carcajadas rebotaban en las paredes. Absurdo.

—Pero un palo es un trozo de madera —dice el señor Willis.

—También lo es un árbol o un poste de teléfono. No; temo que esto no sirve. ¿Está de acuerdo la clase con el señor Willis?

—Un palo es un trozo de madera cortado para que tenga cierta longitud.

—Entonces, señor Ransom, ¿estamos de acuerdo en que un palo no es simplemente un trozo de madera de extensión ilimitada?

La pasmada cara campesina pestañea a causa del esfuerzo.

—Pero veo que el señor Gant se inclina hacia delante en su asiento. Hay una luz en su semblante que he visto antes de ahora. El señor Gant no duerme por las noches, de tanto pensar.

—Un palo —dice Eugene—, no es solamente madera, sino también negación de la madera. Es el encuentro en el espacio de madera y no-madera. Un palo es madera finita y no extendida, un hecho determinado por su propia negación.

La vieja cabeza escucha gravemente, aunque contiene el aliento con ironía. Me aguantará y me encomiará, porque me juzga en relación con este mundo rústico. Me ve con los títulos de un soberbio destino; y ahora la victoria.

—Le hemos puesto un nombre nuevo, profesor Weldon —dice Nick Mabley—. Lo llamamos Hegel Gant.

Él escucha sus fuertes risotadas; ve que sus caras complacidas se vuelven hacia él. La intención ha sido buena. Les sonreiré... soy su gran original, el amado excéntrico, el poeta de patanes sustanciales.

—Es un nombre al que debería hacerse acreedor —dice seriamente Vergil Weldon.

Viejo zorro, también yo puedo jugar con tus frases para que nunca me comprendan. Nuestras mentes claras vierten ironía y pasión en la selva de sus talentos. ¿Verdad? ¿Realidad? ¿Lo Absoluto? ¿Lo Universal? ¿Sabiduría? ¿Experiencia? ¿Conocimiento? ¿El Hecho? ¿El Concepto? ¿La muerte... gran negación? ¡Para la estocada y acomete, Volpone! ¿Acaso no tenemos palabras? Podemos demostrar cualquier cosa. Pero ¿y Ben, y la llama vacilante de su sonrisa? ¿Dónde están ahora?

Vuelve la primavera. Veo las ovejas en el monte. Las vacas pasan por el

camino haciendo sonar sus cencerros, entre remolinos de polvo, y las carretas vuelven chirriando a casa bajo el pálido fantasma de la luna. Pero ¿qué rebulle dentro del enterrado corazón? ¿Dónde están las palabras perdidas? ¿Y quién ha visto su sombra en la plaza?

—¿Y si hubiesen preguntado a usted, señor Rountree?

—Habría dicho la verdad —dijo el señor Rountree, quitándose las gafas.

—Pero habían encendido una buena hoguera, señor Rountree.

—Eso no importa —dijo el señor Rountree, calándose de nuevo las gafas.

Cuán noblemente podemos morir por la verdad... en la conversación.

—Era un fuego muy vivo, señor Rountree. Lo habrían asado si no se hubiese retractado.

—Ya. Pues habría dejado que me asaran —dijo el martirizado Rountree, cuyas gafas empezaban a entelarse.

—Pienso que habría sido doloroso —sugirió Vergil Weldon—. Incluso una pequeña quemadura duele.

—¿Quién quiere que lo asen por lo que sea? —dijo Eugene—. Yo habría hecho como Galileo: cantar la palinodia.

—También yo —dijo Vergil Weldon, y sus facciones se torcieron con alborozada malicia entre las risotadas de la clase.

Y sin embargo, se mueve.

—A un lado de la mesa estaban las potencias coaligadas de Europa; al otro lado, se erguía Martín Lutero, hijo de un herrero.

La voz de la ronca pasión, del alma estremecida. Esto podrán recordarlo, y anotarlo.

—Entonces se produjo, más que nunca, una situación de prueba para el alma más firme. Pero la respuesta cayó como un rayo. Ich kann nicht anders... no puedo hacer otra cosa. Fue una de las grandes frases de la historia.

Una frase empleada ahora desde hacía treinta años, reliquia de Yale y de Harvard: Royce y Munsterberg. En toda esta prestidigitación, los teutones eran los maestros de Weldon; sin embargo, observad con qué avidez se lo tragaba la clase. Él no les dejaba leer, no fuese que alguno descubriese la burda trama de sus plagios desde Zenón hasta Immanuel Kant. La loca labor de retales de tres mil años, el matrimonio forzoso de los irreconciliables, la suma de todo pensamiento en su vieja cabeza. Sócrates engendró a Platón. Platón engendró a Plotino. Plotino engendró a San Agustín... Kant engendró a Hegel. Hegel engendró a Vergil Weldon. Aquí nos detenemos. No hay nada más que

engendrar. Una respuesta a todas las cosas en treinta fáciles lecciones. ¡Cuán seguros están de haberlas encontrado!

Y esta noche llevarán al estudio de Weldon sus almas embotadas, harán confesiones incorpóreas, se retorcerán en inventadas torturas de espíritu, revelando luchas que nunca tuvieron.

—Se necesitaba fuerza de carácter para hacer una cosa así. Había que ser todo un hombre para no doblegarse a la presión. ¡Y esto es lo que quiero que hagan mis chicos! ¡Quiero que triunfen! Quiero que absorban sus negaciones. ¡Quiero que se mantengan tan limpios como el colmillo de un sabueso!

Eugene se estremeció y miró a su alrededor todas aquellas caras resueltas a luchar desesperadamente por la monogamia, por los partidos políticos y por la voluntad de la inmensa mayoría.

Y sin embargo, ¡los baptistas temen a ese hombre! ¿Por qué? Le ha quitado las barbas a su Dios, pero por lo demás, solo les ha enseñado a votar la candidatura.

¡He aquí a Hegel en el cinturón del algodón!

Durante aquellos años, Eugene salía de Pulpit Hill de noche y de día, cuando abril se vestía de verde o cuando la primavera estaba en su plenitud. Pero prefería salir de noche, correr sobre los frescos campos primaverales bañados de rocío y de luz de estrellas, bajo una luna grande surcada de nubes.

Iba a Exeter o a Sydney, y a veces a pequeñas poblaciones que nunca había visitado. Se registraba en los hoteles como «Robert Herrick», «John Donne», «George Peele», «William Blake» y «John Milton». Nadie le pidió explicaciones sobre esto. La gente de aquellos pueblos tenía nombre como estos. Una vez, en un hotel de un pueblecito de Piedmont, se inscribió como «Ben Jonson».

El empleado miró el libro con ojos críticos.

—¿No lleva h ese nombre? —dijo.

—No —dijo Eugene—. Esa es otra rama de la familia. Tengo un tío, Samuel, que escribe su apellido de aquella manera.

A veces, en hoteles de mala reputación, se inscribía, con malévolo y disimulado regocijo, como «Robert Browning», «Alfred Tennyson» o «William Wordsworth».

Una vez lo hizo como «Henry W. Longfellow».

—No me engaña —dijo el recepcionista, con dura sonrisa de incredulidad—. Ese es el nombre de un escritor.



Lo devoraba un enorme y extraño afán de vida. Por la noche, escuchaba el zumbido, formado por un millón de notas, de los pequeños seres nocturnos, la grande y acariciadora sinfonía de la oscuridad, el tañido de campanas lejanas a través del campo. Y su visión se ensanchaba en círculos sobre prados bañados por la luna, bosques soñadores, caudalosos ríos fluyendo en la oscuridad, y diez mil pueblos dormidos. Creía en la infinita y rica variedad de todos los pueblos y de todas las caras; creía que detrás de cada una de un millón de casas gastadas por el tiempo había una extraña vida enterrada, una sutil y destrozada historia de amor, algo oscuro y desconocido. Al pasar por delante de cualquier casa, pensaba: «Ahí puede haber alguien a las puertas de la muerte, o unos amantes entrelazados en cálido abrazo, o se puede estar fraguando un crimen».

Sentía una frustración desesperada, como si lo excluyesen del succulento banquete de la vida. Y contra toda prevención, resolvía quebrantar las normas de la costumbre y echar un vistazo al interior. Impulsado por ese afán, salía corriendo de Pulpit Hill y, al anochecer, rondaba arriba y abajo las calles tranquilas de una población. Por último, incapaz de dominarse, se acercaba rápidamente a una puerta y llamaba. Y cuando alguien le abría, fuese quien fuese, se apoyaba en la pared, se llevaba una mano al cuello y decía:

—¡Agua! ¡Agua, por el amor de Dios! ¡Estoy enfermo!

A veces era una mujer seductora y sonriente, consciente de su ardid pero reacia a dejarlo marchar; otras, una mujer llena de compasión y de ternura. Después, cuando había bebido, sonreía con aire de disculpa a los semblantes simpáticos y sorprendidos, y murmuraba:

—Perdóneme. Vino de repente... uno de mis ataques. No tuve tiempo de ir en busca de ayuda. Vi luz en su casa.

Entonces le preguntaban dónde estaban sus amigos.

—¡Amigos! —Miraba hosca y furiosamente a su alrededor. Después reía amargamente y decía—: ¡Amigos! ¡No tengo ninguno! Soy forastero aquí.

Entonces le preguntaban qué hacía.

—Soy carpintero —decía, sonriendo de un modo extraño.

Entonces le preguntaban de dónde venía.

—De muy lejos. De muy lejos —decía oscuramente—. Si se lo dijese, no reconocería el lugar.

Entonces se levantaba y miraba a su alrededor, majestuoso y compasivo.

—Ahora tengo que marcharme —decía misteriosamente—. He de recorrer un largo camino antes de llegar al término de mi viaje. ¡Que Dios los bendiga

a todos! Soy forastero, y me han recibido. El Hijo del Hombre no fue tratado tan bien.

A veces llamaba a las puertas con aire de tímida indagación y decía:

—¿Es este el número 26? Soy Thomas Chatterton. Estoy buscando a un caballero llamado Coleridge... señor Samuel T. Coleridge. ¿Vive aquí? ¿No? Lo siento... Sí, el número 26, seguro... gracias... Me habré equivocado... Buscaré en la guía telefónica.

«Pero ¿qué pasaría —pensaba Eugene— si un día, en el millón de calles de la vida, le encontraba en realidad?»

Eran los años dorados.

## TREINTA Y NUEVE

Gant y Eliza asistieron a su graduación. Les encontró alojamiento en la villa; era a primeros de junio... un junio cálido, verde, fuerte y voluptuosamente meridional. El campus era un horno verde; los graduados rondaban en parejas de afectados ademanes; las niñas frescas y lindas, que nunca sudaban, venían a ver cómo se graduaban sus galanes; y a bailar; los papás y las mamás eran llevados de un lado a otro, torpe y tímidamente.

Medio despoblado, la facultad era deliciosa. La mayoría de los estudiantes, salvo los del último curso, se habían marchado. El aire estaba cargado del nuevo calor sensual, del fuerte brillo verde de la espesa fronda, de mil aromas de flores y tierra fecunda. Los jóvenes estaban embargados de tristeza, de ciega excitación, de gloria.

Gant, que había abandonado la casa de la muerte por tres días, vio a su hijo Eugene en este rico escenario. Había salido de la tumba y recobrado la vida para venir. Vio a su hijo entronizado con todo el vivo sentimiento de la iniciación, y su corazón se alzó del polvo. Sobre el rico césped, a la sombra de los grandes árboles, y rodeado por sus solemnes condiscípulos y sus familias, Eugene leyó el Poema de la Clase («Oh Madre de nuestras mil esperanzas»). Después habló Vergil Weldon, ronco, grave, solemnemente triste; y la Verdad viviente inundó sus corazones. Fue un gran discurso. ¡Sed veraces! ¡Sed puros! ¡Sed buenos! ¡Absorbed la Negación! El mundo lo necesita. Nunca valió tanto la vida. No hubo nunca un momento como este en la historia. Ninguna otra clase se había mostrado tan prometedora. Entre otros logros, el director del periódico había elevado dos pulgadas el nivel moral e intelectual del estado. ¡Espíritu universitario! ¡Carácter! ¡Servicio! ¡Caudillaje!

El semblante de Eugene enrojeció de orgullo y de gozo en el delicioso jardín. No podía hablar. El mundo resplandecía: la vida jadeaba esperando su abrazo.

Eliza y Gant escucharon atentamente todos los discursos y canciones. Su hijo era un gran hombre en el campus. Lo vieron y lo oyeron ante la clase, en el campus y en la graduación, cuando se proclamaron sus premios y distinciones. Y sus profesores y compañeros les hablaron de él y dijeron que le esperaba «una brillante carrera». Y Eliza y Gant se sintieron un poco contagiados del falso resplandor dorado de la juventud. Creyeron por un momento que todo era posible.

—Bueno, hijo —dijo Gant—, ahora todo depende de ti. Creo que vas a hacerte un nombre.

Apoyó torpemente una manaza en el hombro de su hijo y, por un instante, Eugene vio en los ojos muertos la antigua nube de sombra y de deseo incumplido.

—¡Hum! —empezó a decir Eliza, con trémula y chancera sonrisa—. Vas a perder la cabeza, con todo lo que dicen de ti.

Le estrujó la mano, tosca y cálidamente. Y de pronto, se humedecieron sus ojos.

—Bueno, hijo —dijo gravemente—, quiero que sigas adelante y trates de ser alguien. Ninguno de los otros tuvo tu oportunidad, y espero que sepas aprovecharla. Tu padre y yo hemos hecho todo lo que hemos podido. Ahora te toca a ti.

Él le asió la mano, en un momento de impetuosa devoción, y la besó.

—Haré algo —dijo—. Lo haré.

Ellos miraron tímidamente la extraña cara enigmática, llena de apasionado e ingenuo ardor, y sintieron ternura y amor por su juventud y por cuanto había en ella de ignorado. Y él sintió una gran oleada de amor y compasión por la torpe y extraña soledad en que se hallaban ellos, y porque sintió, gracias a una terrible intuición, que los títulos y honores que deseaban para él le eran ya indiferentes, y porque los que él había deseado para sí estaban ya más allá de la escala de sus valores. Y ante aquella visión de piedad y de pérdida y de soledad, dio media vuelta y se alejó, apretándose el cuello con la enjuta mano.

La cosa había terminado. Gant, que bajo el estímulo de la graduación de su hijo casi había recobrado la vitalidad de sus años maduros, cayó de nuevo en su gimiente chochez. El terrible calor descendía sobre él y lo aplastaba. Consideraba con terror y fatiga el largo y sofocante viaje de regreso a la montaña.

—¡Dios misericordioso! —gemía—. ¿Por qué habré venido? ¡Jesús! ¿Cómo podré soportar de nuevo este viaje? No lo aguantaré. ¡Moriré antes de llegar allí! Es terrible, es horrible, es cruel.

Y lloraba con débiles y ahogados sollozos.

Eugene los llevó a Exeter y los acomodó en un vagón de primera. Él se quedaría unos días más para recoger sus cosas, acumuladas durante cuatro años, cartas, libros, viejos apuntes, toda clase de trastos inútiles, pues parecía haber heredado la manía de Eliza de guardarlo todo ciegamente. Pródigo con el dinero, incapaz de ahorrarlo, conservaba todo lo demás, incluso cuando sentía náuseas por el tedio rancio y polvoriento del pasado.

—Bueno, hijo —dijo Eliza, en el momento de tranquilidad antes de la partida—. ¿Has pensado ya en lo que vas a hacer?

—Sí —dijo Gant, humedeciéndose el pulgar—, porque de ahora en adelante tendrás que valerte por ti mismo. Has tenido la mejor educación que podía comprarse con dinero. Ahora todo depende de ti.

—Hablaremos de esto dentro de unos días, cuando estemos en casa —dijo Eugene—. Entonces te lo diré.

Afortunadamente, el tren empezó a moverse; él los besó rápidamente y echó a correr por el pasillo.

No tenía nada que decirles. Tenía diecinueve años; había terminado sus estudios; pero no sabía lo que iba a hacer. La idea de su padre de que estudiase Derecho y se «metiese en política» había sido abandonada desde el segundo curso, cuando se evidenció que el impulso de su vida no era hacia las leyes. Su familia sentía vagamente que era un excéntrico —«raro», decían ellos— y que tenía tendencias idealistas o «literarias».

Sin preguntarse claramente el porqué, consideraban absurdo vestir su saltarina figura, de salvaje y sombrío semblante, con una levita y corbata de lazo: era ajeno al mundo de los negocios, del comercio o de las leyes. Más vagamente, lo clasificaban como erudito y soñador; Eliza decía que era un «buen estudiante», cosa que en realidad no había sido nunca. Sencillamente, había actuado con brillantez en aquello por lo que sentía afición, y vulgarmente, descuidadamente y con indiferencia, en todo lo demás. Nadie veía con mucha claridad lo que iba a hacer —y él menos que nadie—, pero su familia, siguiendo la opinión de sus camaradas, hablaba vaga y volublemente de «una carrera en el periodismo». Eso significaba trabajar en un periódico. Y por muy poco satisfactorio que fuese, la inevitable cuestión quedaba de momento sofocada por el resplandor de éxito que había envuelto su vida en la universidad.

Pero a Eugene no le turbaba la idea de un objetivo. Estaba locamente extasiado, como no lo había estado nunca. Era un centauro, de ojos redondos y salvaje crin, devorado por el afán del mundo de oro. A veces era casi incapaz de hablar con coherencia. Hablaba con gente y, de pronto, lanzaba un relincho ante sus caras sorprendidas y se alejaba saltando, torcido el rostro por una alegría idiota. Corría chillando por calles y caminos, embargado por el éxtasis de mil deseos no expresados. El mundo se extendía ante él y se le ofrecía, lleno de ciudades opulentas, de manzanas de oro, de triunfos gloriosos, de adorables mujeres, de mil posibilidades ignotas y magníficas. Nada era opaco o deslustrado. Extrañas cosas encantadas estaban aún por descubrir. Y él era joven y no moriría nunca.

Volvió a Pulpit Hill para dos o tres días de deliciosa soledad en la abandonada facultad. Rondaba por el campus vacío a medianoche, bajo las grandes lunas de finales de la rica primavera; respiraba los mil ricos olores de los árboles y las flores y la hierba, del sur opulento y seductor; y sentía una deliciosa tristeza cuando pensaba en la partida, y veía allí, en la luna, los mil fantasmas de los chicos que había conocido y que nunca volverían.

Durante el día iba a hablar con Vergil Weldon. El viejo era simpático, confidencial, lleno de sabia intimidad y de amable humor. Se sentaban al pie de los grandes árboles de su jardín y bebían té helado. Eugene pensaba en California, Perú, Asia, Alaska, Europa, África, China. Pero mencionaba Harvard. Para él, no era el nombre de una universidad, era pura magia, riqueza, elegancia, alegría, soledad soberbia, libros valiosos y pastos dorados; era un nombre encantado, como El Cairo y Damasco. Y sentía algo que daba una razón, un objetivo provechoso, a su furioso éxtasis.

—Sí —le dijo Vergil Weldon, con aprobación—. Es el sitio que le conviene, señor Gant. Con los otros es distinto. Tienen ya lo que buscaban. Pero una mente como la de usted no debe arrancarse verde. Hay que darle una oportunidad de madurar. Allí se encontrará a sí mismo.

Y le habló entusiasmado de la excelencia de la vida libre de la mente, del estudio enclaustrado, de la rica cultura de la ciudad, y de la comida.

—Allí le dan todo lo que un hombre puede comer, señor Gant —dijo—. Y eso es bueno para el trabajo de la mente.

Después le habló de sus propios días de estudiante allí, y de los grandes nombres de Royce y Everett, y de William James.

Eugene miraba con apasionada devoción la grande y vieja cabeza, tranquila, sabia y alentadora. En un momento de clara visión, comprendió que aquel hombre era para él el último de los héroes, el último de los gigantes a quienes brindamos la fe de nuestra juventud, creyendo como niños que el

acertijo de nuestras vidas puede ser resuelto por su sereno juicio. Creía, y sabía que ninguna experiencia le quitaría su fe, que una de las grandes vidas de su tiempo había florecido sin ruido en la pequeña ciudad universitaria.

«¡Oh, mi viejo sofista! —pensó—. ¿Qué eran para ti, el más grande de todos, todas las viejas filosofías que tomabas de prestado y adornabas a tu antojo? ¿Qué era la ciencia del pensamiento para ti, que eras el pensamiento mismo? ¿Y si todo tu antiguo juego metafísico no hubiese entrado nunca en la selva oscura de mi alma? ¿Piensas que reemplazaste el Dios de mi infancia por tu Absoluto? No; solo cambiaste su barba por un bigote y un destello demoníaco de tus ojos de halcón. Para mí, estaban por encima del bien, de la verdad, de la justicia. Para mí, eras la negación suficiente de todas tus enseñanzas. Cuanto hacías era justo, por el mero hecho de hacerlo. Y ahora te dejo entronizado en el recuerdo. Ya no verás mi cara sombría inflamada en tu aula; mi recuerdo se mezclará con otros y se quebrará; vendrán nuevos muchachos a ganarse tu favor y tus alabanzas. Pero ¿y tú? Fijo, lozano, brillante para siempre, mi señor.»

Entonces, mientras el viejo seguía hablando, Eugene se puso en pie de un salto y estrechó con fuerza la enjuta mano.

—¡Señor Weldon! —dijo—. ¡Señor Weldon! ¡Es usted un gran hombre! ¡Nunca lo olvidaré!

Y dando media vuelta, se alejó corriendo a ciegas por el camino.

Aún se demoraba, a pesar de que tenía hecho el equipaje desde hacía días. Con dolor desesperado, preveía la partida de aquella Arcadia feliz donde tanto había gozado. Por la noche, vagaba por el solitario campus, hablando en voz baja hasta la mañana con un puñado de estudiantes que, extrañamente, se demoraban como él, entre los fantásticos edificios y entre los fantasmas de los muchachos perdidos. No podía enfrentarse con la partida definitiva. Decía que volvería a principios de otoño a pasar unos días, y al menos una vez al año en lo sucesivo.

Entonces, una mañana calurosa, cediendo a un súbito impulso, se marchó. Mientras el coche que lo conducía a Exeter zumbaba en la calle sinuosa, bajo el cálido y verde follaje de junio, oyó lejano y débil, como brotando de las profundidades de un sueño, el dulce tañido de la campana del campus. Y tuvo súbitamente la impresión de que todos los caminos trillados resonaban con las pisadas de los chicos perdidos, incluido él, que corrían a sus clases. Después, mientras seguía escuchando, el tañido lejano se extinguió y los corredores fantasmas se sumieron en el olvido. Al poco rato, el coche pasó zumbando por delante de la casa de Vergil Weldon, y Eugene vio al viejo sentado al pie de su árbol.

Eugene se levantó y agitó uno de sus largos brazos, en ademán de despedida.

—¡Adiós! —gritó—. ¡Adiós!

El viejo se levantó y le correspondió con un mudo ademán de salutación, lento, tranquilo, elocuentemente afectuoso.

Entonces, mientras Eugene seguía en pie y mirando hacia atrás, el coche subió rugiendo el trecho final de la cuesta y descendió bruscamente hacia el llano cálido y quemado por el sol. Y al desvanecerse la vista de aquel mundo perdido, Eugene lanzó un fuerte grito de dolor y de tristeza, porque sabía que la puerta mágica se había cerrado detrás de él y que nunca volvería.

Vio el gran cuerpo esplendoroso de los montes, con su lozana vegetación y sus pechos maduros, manchados por sombras de nubes flotantes en lo alto. Pero sabía que era el fin.

En el corazón del bosque, el clamor de un cuerno de caza. Eugene estaba loco de hambre de liberación: la vasta campiña de la tierra dilatada para él su ilimitada seducción.

Era el fin, el fin. Era el principio del viaje, la búsqueda de países nuevos.

Gant estaba muerto. Gant estaba vivo, un muerto en vida. En su enorme habitación de atrás de la casa de Eliza, esperaba la muerte, perdido y roto en una media vida de enojadizo recuerdo. Su vida pendía de un hilo podrido; era un cadáver iluminado por infrecuentes destellos de conciencia. La muerte repentina cuya amenaza habían temido durante tanto tiempo había perdido su significado, nunca lo había alcanzado. Había alcanzado a quien menos esperaban... a Ben. Y la convicción que había tenido Eugene cuando la muerte de Ben, hacía ahora más de un año y medio, se había materializado en certidumbre. La extravagante pauta de la familia se había roto para siempre, la disciplina parcial que los había mantenido juntos había sido destruida por la muerte del hermano: la pesadilla de estrago y de pérdida había destruido su esperanza. Con insensato fatalismo, se habían rendido al caos salvaje de la vida.

A excepción de Eliza. Tenía ésta sesenta años y estaba sana de cuerpo y de mente, triunfalmente sana. Todavía dirigía Dixieland, pero en vez de ofrecer pensión completa solo alquilaba habitaciones, y confiaba la mayoría de las tareas a una vieja sirvienta que vivía en la casa. Eliza dedicaba la mayor parte de su tiempo a la propiedad inmobiliaria.

Durante el último año, se había hecho definitivamente con el control de los bienes de Gant. Y había empezado inmediatamente a venderlos a su antojo, sin reparar en sus indiferentes murmullos de protesta. Había vendido la vieja casa

de la calle Woodson por siete mil dólares, un precio bastante alto, había dicho, teniendo en cuenta el barrio. Pero desnuda, muerta y rígida, despojada de sus enredaderas enroscadas, anexada ahora a un sanatorio para «enfermos nerviosos» montado por un medicucho, había desaparecido la bella obra de su vida. En esto, más que en cualquier otra cosa, vio Eugene la desintegración final de su familia.

Eliza había vendido también un trozo sin cultivar de tierra labrantía de la montaña por seis mil dólares; veinte hectáreas junto a la carretera de Reynoldsville, por quince mil, y otras parcelas más pequeñas. Por último, había vendido por veinticinco mil dólares el taller de Gant en la plaza a un sindicato de constructores que iba a erigir en el lugar el primer «rascacielos» de la villa. Con este dinero como capital, empezó a «negociar», comprando, vendiendo y concertando opciones, en una intrincada y asombrosa red.

La propia Dixieland había aumentado enormemente de valor. La calle que había previsto Eliza hacía años había sido abierta detrás del límite de su finca; le faltaban nueve metros para lindar con la rica vía pública, pero había comprado la franja intermedia, pagando sin chistar el elevado precio. Después había rehusado, con forzada sonrisa, una oferta de cien mil dólares por su propiedad.

Era una obsesión. Hablaba de fincas sin parar. Pasaba la mitad del tiempo hablando con agentes de la propiedad inmobiliaria; estos revoloteaban como moscas a su alrededor. Salía varias veces al día con ellos para examinar propiedades. Al aumentar sus inversiones en número y en importancia, se volvió neciamente tacaña en lo tocante a los gastos personales. Se lamentaba a veces si alguien dejaba una luz encendida en la casa, diciendo que estaba al borde de la ruina y de la pobreza. Raras veces comía, a menos que le diesen el manjar; rondaba por la casa con una taza de café aguado en la mano y una corteza de pan. Un mezquino y descuidado desayuno era la única comida que Luke y Eugene podían esperar con relativa certidumbre; con irritadas risas y carcajadas, comían apretujados en la pequeña despensa... pues el comedor había sido cedido a los huéspedes.

Gant era alimentado y cuidado por Helen. Esta iba y venía continuamente de la casa de Eliza a la de Hugh Barton, en constantes y rítmicas alternativas de furiosa energía y agotamiento, irritación, histerismo, cansancio e indiferencia. No había tenido hijos y, al parecer, no los tendría. Por esa razón tenía largos períodos de ensimismada morbilidad, durante los cuales se drogaba con pequeños tragos de tónicos corrientes, medicamentos de alto contenido alcohólico, vinos de elaboración casera y whisky de maíz. Sus grandes ojos se empañaron y nublaron; su boca tenía un rictus de histerismo, y con frecuencia se pellizcaba el largo mentón y rompía súbitamente en llanto. Hablaba incansablemente, nerviosamente, sin parar, agotándose y perdiéndose en una



enmarañada red de nervios, en un incesante e incoherente parloteo sobre la gente de la villa, los vecinos, las enfermedades, los médicos, los hospitales, la muerte.

La calma deliberada de Hugh Barton la ponía a veces frenética. Él se sentaba por la noche y no prestaba atención a sus discursos, chupando gravemente su largo cigarro, absorto en sus planos o en el último número de System o de The American Magazine. Esta facultad que tenía él de sumirse en solitario ensimismamiento lo sacaba de quicio. No sabía lo que quería, pero aquel silencio ante sus desesperadas acusaciones contra la vida la ponían frenética. Se acercaba a él con un gruñido de rabia, le arrancaba la revista de las manos y agarraba sus ralos cabellos con sus largos dedos.

—¡Contéstame cuando te hablo! —chillaba, jadeando histéricamente—. No voy a estarme sentada aquí, noche tras noche, mientras tú estás absorto en tus historias. ¡Ni pensarlo! ¡Ni pensarlo! —Rompía a llorar—. Igual podía haberme casado con un maniquí.

—Bueno, yo no me niego a hablar contigo —protestaba agriamente—, pero nada de lo que digo parece interesarte. ¿Qué quieres que diga?

Ciertamente, cuando estaba de este humor, parecía que nada podía complacerla. Si la gente se mostraba deliberadamente de acuerdo con todo lo que decía, se impacientaba y se irritaba; pero se irritaba igualmente cuando los otros discrepaban o guardaban silencio. Una observación sobre el tiempo, el más estudiado comentario que no se prestaba a discusiones, provocaba su enojo.

A veces, por la noche, lloraba histéricamente sobre la almohada y se volvía furiosa a su compañero.

—¡Déjame! ¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡Te odio!

Él se levantaba sumisamente y bajaba la escalera, pero antes de que llegase al cuarto de estar, ella lo llamaba, temerosa, y le pedía que volviese.

Le prodigaba besos e insultos alternativamente. Su ternura maternal —que la asfixiaba al no poder desahogarla en un hijo— la vertía sobre un sucio perrito mestizo que había entrado una noche en la casa, medio muerto de hambre. Era un pequeño bruto gruñidor, con áspera pelambre blanca y negra, y una fea hilera de dientes que mostraba a todo el mundo menos a sus dueños; pero había engordado como un pato gracias a los hígados y otras comidas escogidas, dormía caliente sobre un cojín de terciopelo y salía de paseo con sus amos, gruñendo a los transeúntes. Ella mimaba al animal con besos y palmadas cariñosas, le hablaba como a un chiquillo y odiaba a todos los que censuraban el mal genio de su chucho. Pero la mayor parte del tiempo, su amor, su formidable energía, los dedicaba al cuidado de su padre. Sus

sentimientos para con Eliza eran más agrios que nunca: una burlona inquina que a veces se convertía en odio. Despotricaba contra su madre durante horas:

—Creo que se ha vuelto loca. ¿No lo crees tú? A veces pienso que deberíamos contratar guardianes que la tuviesen bajo custodia. ¿Sabes que yo compro casi toda la comida que entra en aquella casa? ¿Lo sabes? Si no fuese por mí, dejaría que él se muriese ante sus ojos. ¿No lo crees? Se ha vuelto tan tacaña que ni siquiera compra comida para ella misma. ¡Santo Dios! —gritaba, desesperada—. Yo no debería hacer estas cosas. Es su marido, ¡no el mío! ¿Piensas que hay derecho? ¿Lo piensas?

Y casi lloraba de rabia.

Otras veces increpaba a Eliza en estos términos:

—Mamá, ¡por el amor de Dios! ¿Vas a dejar que ese pobre viejo se muera por falta de cuidados? ¿No puedes meterte en la cabeza que papá es un enfermo? Debe tener buenos alimentos y un tratamiento adecuado.

Y Eliza, confusa y turbada, respondía:

—¡Cómo, hija! ¿Qué demonios quieres decir? Yo misma le he llevado un gran tazón de sopa de verduras para el almuerzo: se la ha comido toda sin descansar. «¡Vaya, señor Gant! —le he dicho (solo para animarlo)—, no creo que puedas tener nada malo, con ese apetito. Bueno...»

—¡Oh, por lo que más quieras! —gritaba furiosamente Helen—. Papá está enfermo. ¿Es que nunca vas a comprenderlo? Creo que la muerte de Ben debería habernos enseñado algo. —Y su voz se convertía en un chillido de desesperación.

Gant era un espectro de cera amarilla. Su enfermedad, que se había ramificado en todas las partes de su cuerpo, le daba un aspecto de delicadeza casi transparente. Su mente estaba como fuera de la vida, en un triste país de sombras: escuchaba cansadamente y con indiferencia el estruendoso clamor que lo rodeaba, gimiendo y llorando cuando sentía dolor, frío o hambre, sonriendo cuando se sentía cómodo y a gusto. Dos o tres veces al año, lo llevaban de nuevo a Baltimore para el tratamiento con radio; después de cada visita, experimentaba un breve destello de vitalidad y de alivio, pero todos sabían que la mejoría era solo temporal. Su cuerpo era un tejido podrido que hasta ahora se habría mantenido milagrosamente unido.

Mientras tanto, Eliza hablaba incesantemente de fincas, compraba, vendía y permutaba. Pero guardaba una maniática reserva en lo tocante a sus propias especulaciones; cuando le preguntaban acerca de estas, sonreía astutamente, guiñaba un ojo con gesto de buena conocedora y emitía un gruñido zumbón.

—No voy a contarle todo —decía.

Esto excitaba la viva curiosidad de su hija de un modo casi insoportable, pues, a pesar de sus agrias burlas, la manía de la propiedad había arraigado también en ella y en Hugh Barton: en secreto, respetaban la astucia de Eliza y seguían su consejo cuando él invertía en bienes raíces el sobrante de sus ganancias. Pero cuando Eliza se negaba a revelar sus propias inversiones, su hija, contrariada, se lamentaba histéricamente:

—¡No tiene derecho a hacer esto! ¿Acaso no lo sabes? Las propiedades son tanto de papá como de ella. Si mamá muriese ahora, su herencia sería un lío terrible. Nadie sabe lo que ha hecho, lo que ha comprado y lo que ha vendido. Creo que ni ella misma lo sabe. Tiene sus notas y papeles escondidos en cajas y gavetas.

Su desconfianza y su miedo habían llegado a ser tan grandes que, hacía un año o dos, y para indignación de Eliza, había convencido a Gant de que hiciese testamento; en él dejaba cinco mil dólares a cada uno de sus cinco hijos, y el resto de su dinero y de sus bienes a su esposa. Y, al avanzar el verano, consiguió también que nombrase albaceas a las dos personas en cuya honradez confiaba más: Hugh Barton y Luke Gant.

Y dijo a Luke, que desde su licenciamiento de la marina venía trabajando como corredor de instalaciones eléctricas en las casas de campo, en el distrito de la montaña.

—Nosotros somos los únicos que siempre hemos velado por los intereses de la familia, y nada hemos recibido a cambio de esto. Hemos sido los generosos, y Eugene y Steve se lo llevaron todo en definitiva. Gene lo ha tenido todo, y nosotros, nada. Ahora habla de ir a Harvard. ¿Lo sabías?

—¡Su m-m-m-majestad! —dijo irónicamente Luke—. ¿Quién va a p-p-p-pagar las facturas?

Así, al tocar el verano a su fin, y sobre el lento horror de la muerte de Gant, se desarrolló esa fea guerra de codicia y de odio. Steve llegó de Indiana; a los cuatro días, se volvió loco a causa del whisky y del veronal. Empezó a seguir a Eugene por la casa; acorralándolo amenazadoramente en los rincones, agarrándolo agresivamente del brazo, echándole a la cara su fétido aliento bilioso y hablándole en son de quejumbroso desafío.

—Yo nunca tuve tu suerte. Todos se ensañaron con Stevie. Si este hubiese tenido las oportunidades que tienen otros, ahora estaría entre los grandes. Porque tiene más inteligencia que alguien a quien conozco y que ha ido a la universidad. ¿Te enteras?

Y acercó su cara pustulosa, enfurruñada y vil, a la de Eugene.

—¡Vete, Steve! ¡Vete! —masculló el chico. Trató de moverse, pero su

hermano le cerró el paso—. Te he dicho que te vayas, ¡cerdo! —gritó súbitamente, golpeando la cara maligna que tenía delante.

Y al caer Steve al suelo, despatarrado, aturdido, desprovisto de razón, Luke saltó sobre él farfullando maldiciones y, de manera insensata, empezó a arrastrarlo arriba y abajo. Y Eugene saltó sobre Luke para detenerlo, y los tres farfullaron y maldijeron y suplicaron y acusaron, mientras los huéspedes se apretujaban en la puerta y Eliza lloraba y pedía auxilio, y Daisy, que había llegado del Sur con sus hijos, se retorció las rollizas manos y gemía:

—¡Oh, lo matarán! Lo matarán. Tened compasión de mí y de mis pobres hijitos, os lo suplico.

Después, la vergüenza, el asco, el agravio quejumbroso, las mujeres llorosas, los hombres excitados.

—¡M-m-m-miserable degenerado! —gritó Luke—. Has venido a cc-c-casa porque pensaste que p-p-p-papá iba a morir y te dejaría algún dinero. ¡No te mereces ni un p-p-p-penique!

—Sé lo que os proponéis —chilló Steve, con angustiado recelo—. ¡Todos estáis contra mí! Habéis conspirado contra mí y tratáis de quitarme mi parte.

Ahora lloraba con rabia y miedo auténticos, con el furioso recelo de un chiquillo apaleado. Eugene lo miró con compasión y con asco: era tan ruin, y estaba abatido, espantado... Después, con una impresión de horror irreal y de incredulidad, escuchó sus bramidos acusadores. Esta epidemia de dinero y de codicia atacaba a otras personas, a los personajes de los libros, pero no a la familia de uno. Ahora gruñían como perros disputándose un hueso... su pequeña participación en la herencia de un hombre que aún no había muerto, que gemía, enfermo, a menos de diez metros de distancia.

La familia se dividió en dos bandos hostiles y alerta: Helen y Luke a un lado, y Daisy y Steve, dominados pero tercos, al otro. Eugene, que no sabía tomar partido, navegaba por el espacio sideral con momentáneos anclajes en la tierra. Vagaba por la avenida y haraganeaba en Wood's; chismorreaba con los calaveras del colmado; cortejaba a las veraneantes en los porches de las casas de huéspedes; visitó a Roy Brock en un alto pueblo de montaña y yació con una hermosa muchacha en el bosque; fue a Carolina del Sur; fue seducido por la esposa de un dentista de Dixieland. Era una mujer relamida y fea, de cuarenta y tres años, que llevaba gafas y tenía ralos los cabellos. Era Hija de la Confederación y llevaba constantemente la insignia en su corpiño almidonado.

Él la tenía solamente por una mujer muy fría y respetable. Jugaba al casino —único juego que él conocía— con ella y los otros huéspedes, y la llamaba «señora». Entonces, una noche, ella le asió la mano y dijo que le enseñaría cómo tenía que hacer el amor a una muchacha. Le hizo cosquillas en la palma

de la mano, la llevó a su cintura, la levantó hasta su pecho y se dejó caer sobre el hombro de él, respirando anhelosamente por la fruncida nariz y diciendo: «¡Ay, chico!» una y otra vez. Eugene se lanzó a la calle y estuvo rondando hasta las tres de la mañana, preguntándose qué haría. Después volvió a la pensión y subió descalzo a la habitación de ella. Inmediatamente sintió miedo y asco. Trepaba a las colinas para aliviar su torturado espíritu y pasaba muchas horas fuera de casa. Pero ella lo seguía por los pasillos o abría de pronto la puerta, luciendo un quimono rojo. Estaba feísima y furiosa, y lo acusaba de haberla engañado, deshonrado y abandonado. Decía que en el lugar del que venía —el noble y viejo estado de Carolina del Sur—, un hombre que tratase a una mujer de esa manera recibiría una bala en el cuerpo. Eugene pensó en nuevas tierras. Estaba sumido en la angustia del arrepentimiento y de la humillación culpable: compuso una larga súplica de perdón e incluyó en ella sus oraciones de la noche, pues todavía rezaba, no por fe devota, sino por la superstición del hábito y del número, murmurando dieciséis veces una fórmula dada, sin respirar. Desde niño había creído en la eficacia mágica de ciertos números —los domingos hacía solamente la segunda cosa que le pasaba por la cabeza, nunca la primera— y se sometía al intrincado ritual del número y oración, no para propiciar a Dios, sino para establecer una misteriosa relación armónica con el universo o para venerar a la fuerza demoníaca que se cernía sobre él. Por la noche, no podía dormir si no lo hacía.

Por fin Eliza receló de la mujer, disputó con ella y la echó.

Nadie hablaba mucho a Eugene de su ida a Harvard. Ni él mismo veía una razón muy clara para ello, y solo en septiembre, unos días antes de empezar el curso, resolvió ir. Había hablado de ello a intervalos durante el verano, pero, como toda su familia, necesitaba una presión inmediata para decidirse. Le habían ofrecido empleo en varios periódicos del estado y en el cuerpo docente de la quebrantada academia militar levantada sobre una agradable colina a tres kilómetros de la villa.

Pero en el fondo de su corazón, sabía que iba a marcharse. Y nadie le demostraba gran oposición. A veces Helen hablaba mal de él a Luke, pero solo hacía escasos y agrios comentarios cuando hablaba con él mismo del asunto. Gant gimió cansadamente y dijo:

—Dejad que haga lo que quiera. Yo no puedo pagar más dinero por su educación. Si quiere ir, que lo envíe su madre.

Eliza frunció pensativamente los labios, lanzó un gruñido zumbón y dijo:

—¡Hum! ¡Harvard! Esas son palabras mayores, hijo. ¿De dónde sacarás el dinero?

—Puedo conseguirlo —dijo oscuramente él—. Alguien me lo prestará.

—No, hijo —dijo ella, con inmediata y grave prevención—. No quiero que hagas nada de esto. No debes empezar tu vida acumulando deudas.

Él guardó silencio, haciendo acopio de valor para formular la terrible frase con sus resecos labios.

—Entonces —dijo al fin— ¿por qué no puedo pagar mis estudios con mi parte de la herencia de papá?

—¡Hijo! —exclamó, indignada, Eliza—. Hablas como si fuésemos millonarios. Ni siquiera sé si quedará alguna parte para alguien. Tu papá fue llevado a esto contra su buen criterio —añadió, malhumorada.

Eugene empezó de pronto a golpearse el pecho.

—¡Quiero ir! —dijo—. ¡Lo necesito ahora! ¡Ahora!

Su impresión de frustración lo enloquecía.

—¡No lo quiero cuando me esté pudriendo! ¡Lo quiero ahora! ¡Al diablo con las fincas! ¡No quiero tu basura! ¡La odio! ¡Déjame ir! —chilló, y empezó a dar furiosas cabezadas contra la pared.

—Bueno —dijo ella al fin—. Te enviaré un año. Después, ya veremos.

Pero dos o tres días antes de su partida, Luke, que iba a llevar a Gant a Baltimore el día siguiente, puso una hoja de papel escrita a máquina en la mano de Eugene.

—¿Qué es? —preguntó este, mirándola con hosco recelo.

—¡Oh! Solo es un pequeño documento que Hugh quiere que firmes, para el caso de que ocurriese algo. Es un reconocimiento.

—¿Un reconocimiento de qué? —preguntó Eugene, mirándolo.

Entonces, al descifrar su mente lentamente la caprichosa jerga legal, vio que el documento era un reconocimiento de haber recibido la suma de cinco mil dólares en concepto de matrículas y gastos en la universidad. Levantó la cara enfurruñada y miró a su hermano. Luke lo miró a su vez y, al cabo de un momento, soltó una loca carcajada y le pinchó en las costillas. Eugene sonrió con murria y dijo:

—Dame tu pluma.

Firmó el documento y lo devolvió a su hermano, con un sentimiento de amargo triunfo.

—¡Ja, ja! ¡Ya te la han dado! —dijo Luke, riendo tontamente.

—Sí —dijo Eugene—, y tú crees que soy un imbécil por haberlo firmado. Pero prefiero que me la den ahora y no más tarde. El reconocimiento es mío,

no tuyo.

Pensó en la grave cara de zorro de Hugh Barton. No era un triunfo para él, y lo sabía. A fin de cuentas, pensó, tengo mi billete y el dinero de mi liberación en el bolsillo. Ahora he acabado limpiamente con todo. En definitiva, es un buen final.

Cuando Eliza se enteró de lo ocurrido, protestó vivamente.

—¡Cómo! —dijo—. No tienen derecho a hacer esto. El chico es aún menor de edad. Papá dijo siempre que quería darle una educación.

Luego, después de una pausa reflexiva, dijo en tono de duda:

—Bueno, ya veremos. Yo le he prometido enviarlo por un año.

A la sombra de la casa, Eugene se llevó una mano al cuello. Y lloró por todas las personas amables que nunca volverían.

Eliza se plantó en el porche, cruzadas flojamente las manos sobre el estómago. Eugene salía de la casa, se iba a la ciudad. Era el día antes de su partida; anoecía, los montes florecían en el extraño crepúsculo de púrpura. Eliza lo observó al empezar a alejarse.

—¡Ponte tieso, muchacho! —le gritó—. ¡Ponte tieso! ¡Echa los hombros atrás!

Eugene supo, a pesar de la penumbra, que ella le sonreía temblorosa, frunciendo los labios. Eliza captó su bajo murmullo de fastidio.

—Pues sí —dijo, asintiendo vivamente con la cabeza—. ¡Yo les enseñaría! Actuaría como si pensara que soy alguien. Hijo —dijo más gravemente, con un súbito cambio de su tono trémulo y chancero—, me preocupa verte andar así. Si vas tan encorvado, seguro que enfermarás de los pulmones. Tu papá tuvo una virtud: anduvo siempre tieso como un palo. Desde luego, ahora no va tan tieso como antes... como suele decirse. —Sonrió temblorosamente—. Supongo que todos tendemos a encogernos cuando nos hacemos viejos. Pero cuando era joven, no había un hombre más tieso en la ciudad.

Y entonces se hizo de nuevo el terrible silencio entre ellos. Él se había vuelto a mirarla con el ceño fruncido mientras hablaba. Ella se calló, indecisa, lo miró con su pálido rostro contraído y, en aquel silencio, detrás de la capa trivial de sus palabras, Eugene oyó la amarga canción de toda la vida de su madre.

Los montes maravillosos florecían en el crepúsculo. Eliza frunció reflexivamente los labios un momento, y prosiguió:

—Bueno, cuando vayas allá arriba, al país de los yanquis, como suelen decir, ve a visitar a tu tío Emerson y a tus parientes de Boston. Tu tía Lucy te

cogió mucho cariño cuando estuvieron aquí; siempre decían que se alegrarían de vernos, a cualquiera de nosotros, si subíamos un día. Cuando uno es un extraño en tierra extraña, a veces es muy conveniente conocer a alguien allí. Y escucha, cuando veas a tu tío Emerson, dile que no se sorprenda si me ve aparecer algún día. —Movi6 afectadamente la cabeza—. Pienso que tengo tanto derecho como el que más a hacer los bártulos y largarme cuando me parezca... Puede que haga la maleta y me vaya, sin decir una palabra a nadie... No voy a pasarme toda la vida en la cocina, como una esclava... No vale la pena... Si puedo hacer un par de negocios este otoño, quizá me decida a ver mundo como siempre deseé... El otro día estuve hablando de esto con Cash Rankin. «Bueno, señora Gant —me dijo—, si yo tuviese su inteligencia, me haría rico en cinco años; es la mejor negociante de esta villa.» «No me hable de más negocios —le dije—. Cuando liquide lo que tengo ahora, saldré de esto y ni siquiera escucharé a los que me hablen de propiedades. No podremos llevárnoslas, Cash —le dije—. Las mortajas no tienen bolsillos, y solo necesitamos seis pies de tierra para que nos sepulten en ella... Por consiguiente, me marcharé y empezaré a gozar de la vida... como suele decirse, antes de que sea demasiado tarde.» «Bueno, no la censuraré por esto, señora Gant —me dijo—. Creo que tiene usted razón: no podremos llevarnos nada de esto, y además, aunque pudiésemos, ¿de qué nos serviría en el lugar adónde iremos?» Y ahora —se dirigió a Eugene cambiando súbitamente de tono y con su antiguo y flojo movimiento masculino de la mano—, mira lo que voy a hacer. ¿Sabes aquel solar que te dije que poseía en Sonset Crescent...?

Y volvió a hacerse entre ellos el terrible silencio.

Los maravillosos montes florecían en el crepúsculo. No volveremos. No volveremos jamás.

Ahora se enfrentaban sin hablar, se conocían sin hablar. Al cabo de un momento, Eliza se volvió rápidamente y se dirigió a la puerta, con el mismo paso extraño e inseguro con que había salido de la habitación donde había muerto Ben.

Él cruzó corriendo la calzada y subió de un salto la escalera del porche. Asió las toscas manos que había cruzado ella sobre el cuerpo y, con rápido y enérgico ademán, las acercó a su pecho.

—Adiós —murmuró roncamente—. ¡Adiós! ¡Adiós, mamá!

Un grito salvaje, extraño, como de animal herido, brotó de su garganta. Las lágrimas cegaron sus ojos; trató de hablar, de concentrar en una palabra, en una frase, todo el dolor y la belleza y la maravilla de sus vidas, todos los pasos del terrible camino que su increíble memoria y su intuición desandaban hasta la morada del seno materno. Pero la palabra no surgió, no podía surgir. Eugene



siguió gritando roncamente, una y otra vez:

—Adiós, adiós.

Ella comprendió, supo todo lo que él sentía y quería decir; sus ojillos cansados estaban tan húmedos de lágrimas como los de él, su cara estaba contraída en una mueca dolorosa de aflicción, y dijo y repitió:

—¡Pobre hijo! ¡Pobre hijo! ¡Pobre hijo! —después murmuró roncamente, débilmente—. Debemos tratar de amarnos los unos a los otros.

La terrible y bella frase, la última y definitiva sabiduría que puede brindar la tierra, es recordada al fin, es pronunciada, demasiado tarde, cansadamente. Y permanece allí, imponente e incólume, sobre la polvorienta confusión de nuestras vidas. Sin olvidar, sin perdonar, sin negar, sin explicar, sin odiar.

¡Oh mortal y perecedero amor, nacido con la carne y muriendo con el cerebro, tu recuerdo poblará la tierra eternamente!

Y ahora el viaje. ¿Adónde?

## CUARENTA

La plaza dormía bajo la luz resplandeciente de la luna. La fuente latía rítmicamente en el aire inmóvil: el agua caía sobre la taza con regulares chasquidos. No había nadie en la plaza.

Él pasó despacio por delante del cuartel de los bomberos y del ayuntamiento. En la esquina de Gant, la plaza descendía bruscamente hacia el barrio negro, como si la hubiesen doblado en el borde.

A la luz de la luna, Eugene vio el nombre de su padre, descaecido, sobre los viejos ladrillos. En el porche de piedra del taller, los ángeles mantenían su postura marmórea. Parecían haberse inmovilizado, a la luz de la luna.

Apoyado en la barandilla de hierro del porche, sobre la acera, había un hombre fumando. Intrigado y un poco asustado, Eugene se acercó. Subió despacio los largos escalones de madera, escrutando la cara del hombre. La sombra la ocultaba a medias.

—¿Hay alguien ahí? —dijo Eugene.

Nadie le respondió.

Pero, cuando acabó de subir, vio que aquel hombre era Ben.

Ben lo miró fijamente unos instantes, sin hablar. Aunque Eugene no podía

verlo bien la cara oscurecida por la sombra del sombrero de fieltro gris, supo que lo miraba ceñudo.

—¿Ben? —dijo dudosamente Eugene, vacilando un poco sobre el peldaño de arriba—. ¿Eres tú, Ben?

—Sí —dijo Ben. Y al cabo de un momento, añadió con aspereza—: ¿Quién te imaginaste que era, pequeño idiota?

—No estaba seguro —dijo Eugene, con cierta timidez—. No podía verte la cara.

Guardaron un momento de silencio. Después Eugene carraspeó confuso y dijo:

—Pensaba que estabas muerto, Ben.

—¡Asah! —dijo desdeñosamente Ben, levantando vivamente la cabeza—. ¿Has oído esto?

Chupó con fuerza el cigarrillo; el humo se enroscó en espiral y se fundió en el silencio lunar.

—No —dijo al cabo de un momento, a media voz—. No, no estoy muerto.

Eugene acabó de subir y se sentó en un pedestal de piedra caliza sin acabar. Ben se volvió al instante y se encaramó en la baranda, doblando cómodamente el cuerpo sobre las rodillas.

Eugene hurgó en su bolsillo buscando un cigarrillo, con dedos rígidos y temblorosos. No tenía miedo: estaba mudo de asombro y de fuerte ansiedad, temeroso de revelar sus pensamientos y ponerse en ridículo. Encendía el cigarrillo. Después, trabajosamente, vacilando, como disculpándose, dijo:

—Ben, ¿eres un fantasma?

Ben no se burló.

—No —dijo—. No soy un fantasma.

Hubo una nueva pausa, mientras Eugene buscaba temerosamente las palabras.

—Espero —dijo al fin, con una risita cascada—, espero que esto no signifique que estoy loco.

—¿Por qué no? —dijo Ben, con una rápida y fugaz mueca—. Claro que estás loco.

—Entonces —dijo lentamente Eugene—, ¿me imagino todo esto?

—¡Por el amor de Dios! —gritó irritado Ben—. ¿Cómo voy a saberlo?

¿Imaginate qué?

—Si estamos hablando o no —dijo Eugene.

—No me lo preguntes —dijo Ben—. ¿Cómo puedo saberlo?

Con un fuerte crujido de mármol y un frío suspiro de cansancio, el ángel más próximo a Eugene movió su pie de piedra y levantó un brazo para equilibrarse mejor. El fino tallo del lirio vibró rígidamente en sus elegantes dedos fríos.

—¿Has visto eso? —gritó excitado Eugene.

—¿Si he visto qué? —dijo con fastidio Ben.

—¡E-e-ese ángel! —balbució Eugene, señalando con un dedo tembloroso—. ¿Viste cómo se movía? Ha levantado el brazo.

—¿Y qué? —preguntó irritado Ben—. Tiene derecho a hacerlo, ¿no? Mira —añadió, con sarcasmo mordaz—, ninguna ley prohíbe que un ángel levante el brazo si quiere hacerlo.

—No, supongo que no —confesó lentamente Eugene, después de un momento—. Solo que siempre había oído decir...

—¡Ah! ¿Crees todo lo que oyes, estúpido? —gritó furiosamente Ben—. Porque —añadió al cabo de un momento, con más tranquilidad y chupando el cigarrillo—, si lo haces, estás listo.

Hubo una nueva pausa mientras fumaban los dos. Después dijo Ben:

—¿Cuándo te marcharás, Gene?

—Mañana —respondió Eugene.

—¿Sabes por qué te vas, o quieres solamente viajar en tren?

—¡Lo sé! ¡Claro que sé adónde voy! —dijo Eugene, irritado y confuso.

Se interrumpió bruscamente, pasmado, abrumado. Ben siguió mirándolo ceñudo. Entonces, a media voz, humildemente, dijo Eugene:

—No, Ben. No sé por qué me voy. Tal vez tienes razón. Tal vez solo quiero hacer un viaje en tren.

—¿Cuándo volverás, Gene? —preguntó Ben.

—Pues... cuando termine el curso, supongo —respondió Eugene.

—No —dijo Ben—, no lo harás.

—¿Qué quieres decir, Ben? —dijo, turbado, Eugene.

—Que no volverás, Gene —dijo suavemente Ben—. ¿Acaso no lo sabes?

Hubo una pausa.

—Sí —dijo Eugene—. Lo sé.

—¿Por qué no volverás? —dijo Ben.

Eugene agarró furiosamente el cuello de su camisa con dedos como garfios.

—¡Quiero irme! ¿Lo oyes? —gritó.

—Sí —dijo Ben—. También yo lo quise. Pero ¿por qué quieres irte?

—Porque aquí no tengo nada —murmuró Eugene.

—¿Desde cuándo sientes eso? —dijo Ben.

—Desde siempre —dijo Eugene—. Desde donde alcanza mi memoria. Pero no lo supe hasta que tú...

Se interrumpió.

—¿Hasta que yo qué? —dijo Ben.

Hubo una pausa.

—Tú estás muerto, Ben —murmuró Eugene—. Tienes que estar muerto. Yo te vi morir, Ben —alzó bruscamente la voz—. Te digo que te vi morir. ¿No te acuerdas? En la habitación de arriba, la que tiene ahora la mujer del dentista. ¿No te acuerdas, Ben? Coker, Helen, la enfermera Bessie Gant, la señora Pert. Y el bidón de oxígeno. Yo traté de sujetarte las manos cuando te lo administraron. —Su voz se elevó en un alarido—. ¿No te acuerdas? Te digo que estás muerto, Ben.

—¡Tonto! —dijo ásperamente Ben—. No estoy muerto.

Silencio.

—Entonces —dijo lentamente Eugene—, me pregunto cuál de nosotros es el fantasma.

Ben no respondió.

—¿Es esta la plaza, Ben? ¿Te estoy hablando a ti? ¿Estoy realmente aquí, o no? ¿Hay luz de luna en la plaza? ¿Ha ocurrido todo esto?

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo Ben una vez más.

Dentro del taller de Gant sonaron fuertes pisadas de pies de mármol. Eugene se puso en pie de un salto y atisbo a través del gran y sucio cristal de la ventana de Jannadeau. Sobre su mesa, las entrañas de un reloj centellearon con mil diminutos puntos de luz azulada. Y más allá del espacio vallado del joyero, donde la luz de la luna entraba a raudales en el almacén por la alta

ventana lateral, los ángeles paseaban arriba y abajo como enormes muñecos mecánicos de piedra. Los largos y rígidos pliegues de sus vestiduras sonaban con seco estruendo; los llenos y cubiertos pechos oscilaban con pétreo ritmo, y los querubines de mármol revoloteaban agitando las alas a la luz de la luna. Con fríos balidos, las ovejas esculpidas pastaban rígidamente en el pasillo bañado en luz lunar.

—¿Lo ves? —gritó Eugene—. ¿Lo ves, Ben?

—Sí —dijo Ben—. ¿Y qué? Están en su derecho, ¿no?

—¡No aquí! ¡No aquí! —dijo apasionadamente Eugene—. ¡Aquí no está bien! Dios mío, ¡esto es la plaza! ¡Allí está la fuente! ¡Y el ayuntamiento! ¡Y el restaurante Greeks!

El reloj del banco dio la media.

—Y allí está el banco —gritó Eugene.

—Eso no importa —dijo Ben.

—Sí —dijo Eugene—, ¡importa!

—Yo soy el espíritu de tu padre, condenado a rondar de noche durante un plazo cierto...

—¡Pero no aquí! ¡No aquí, Ben! —dijo Eugene.

—¿Dónde? —dijo cansadamente Ben.

—¡En Babilonia! ¡En Tebas! En cualquier otro lugar. ¡Pero no aquí! —respondió Eugene, con creciente pasión—. ¡Hay un sitio donde todo puede ocurrir! ¡Pero no aquí!

Mis dioses, con gritos de pájaros en el sol, penden del cielo.

—¡No aquí, Ben! ¡No está bien! —repitió Eugene.

Los múltiples dioses de Babilonia. Después, durante un momento, Eugene miró fijamente la oscura figura sobre la baranda, murmurando en son de protesta y con incredulidad:

—¡Fantasma! ¡Fantasma!

—Tonto —repitió Ben—, ya te he dicho que no soy un fantasma.

—Entonces, ¿qué eres? —dijo Eugene, con viva excitación—. Estás muerto, Ben —y al cabo de un instante, bajando la voz, añadió—: ¿O acaso no mueren los hombres?

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo Ben.

—Dicen que papá se está muriendo. ¿Lo sabías, Ben? —preguntó Eugene.

—Sí —dijo Ben.

—Han comprado su taller. Van a derruirlo y a construir un rascacielos.

—Sí —dijo Ben—, lo sé.

No volveremos, no volveremos jamás.

—Todo se va. Todo cambia y pasa. Mañana yo me habré ido, y esto...

No terminó la frase.

—¿Y eso qué? —dijo Ben.

—Eso se habría ido o... ¡Dios! ¿Ha ocurrido todo esto? —gritó Eugene.

—¿Cómo puedo saberlo, tonto? —gritó irritado Ben.

—¿Qué sucede, Ben? ¿Qué sucede en realidad? —dijo Eugene—. ¿Puedes recordar algunas de las mismas cosas que yo recuerdo? He olvidado las viejas caras. ¿Dónde están, Ben? ¿Cómo se llamaban? Olvido los nombres de personas a las que conocí durante años. Sus caras se confunden. Veo sus cabezas pegadas a los cuerpos de otros. Pienso que un hombre dijo lo que dijo otro. Y olvido... olvido. Hay algo que he perdido y olvidado. No puedo recordarlo, Ben.

—¿Qué quieres recordar? —dijo Ben.

Una piedra, una hoja, una puerta ignota. Y las caras olvidadas.

—He olvidado nombres. He olvidado caras. Y recuerdo pocas cosas —dijo Eugene—. Recuerdo la mosca que me tragué con el melocotón, y los chiquillos que montaban en triciclo en Saint Louis, y el lunar en el cuello de Grover, y el vagón de mercancías de Lackawanna, número 16.356, en un apartamento próximo a Gulfport. Una vez, en Norfolk, un soldado australiano que se dirigía a Francia me preguntó el camino para ir a cierto barco; recuerdo la cara de aquel hombre.

Miró la sombra de la cara de Ben, esperando una respuesta, y después volvió los ojos brillantes de luna hacia la plaza.

Y por un instante, las mil formas de Ben y de él mismo quedaron estampadas en el espacio plateado. Allí, en la esquina de la calle Academy, Eugene observó su propia aparición; allí, junto al ayuntamiento, se vio caminar levantando las rodillas; allí, sobre el bordillo de la acera, se quedó plantado, poblando la noche con la gran legión perdida de sí mismo: mil formas que venían, que pasaban, que se tejían y variaban en un cambio sin fin, y que permanecían en su inmutable Yo.

Y a través de la plaza, destejida del tiempo perdido, la fiera y brillante hora de Ben encogía y alargaba su sombra inmortal. Ben, en mil momentos,

rondaba la plaza: el Ben de los años perdidos, de los días olvidados, de las horas no recordadas, se deslizaba delante de las fachadas, se desvanecía, volvía, se iba y se reunía consigo mismo; era uno y muchos, el Ben inmortal en busca de los perdidos afanes muertos, de la empresa terminada, de la puerta no encontrada... El Ben inmutable multiplicándose en la forma, entrando y saliendo por todas las fachadas de ladrillos.

Y al observar Eugene el ejército de Ben y de él mismo, que no eran fantasmas y que estaban perdidos, se veía a sí mismo —su hijo, su chico, su carne virgen y perdida— pasando junto a la fuente, encorvado bajo el peso de la cargada bolsa de lona, y caminando con rápida y cojeante andadura por delante del taller de Gant, en dirección al barrio negro, antes de nacer la aurora. Y al pasar frente al porche donde estaba sentado observando, vio la cara de niño perdido bajo la abollada y raída gorra, drogada con la magia de una música no oída, escuchando las lejanas notas del cuerno de caza en el bosque, el mudo y apenas captado santo y seña. Las rápidas manos infantiles doblaron los frescos periódicos, pero la fabulosa cara perdida pasó, impregnada en sus encantamientos.

Eugene saltó hacia la baranda.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Hijo mío! ¡Mi niño! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

La voz se quebró en su garganta: el chico se había ido, dejando el recuerdo de su cara embrujada e interrogadora vuelta hacia el mundo oculto. ¡Oh, ser perdido!

Y ahora la plaza se llenó de sus brillantes sombras perdidas, y todos los minutos del tiempo perdido se aglomeraron y quedaron inmóviles...

Y entonces, alejándose de ellos con la rapidez de un proyectil, la plaza se hundió rodando sobre los raíles del destino, y se desvaneció con todas las cosas que habían sido, con todas las formas olvidadas de él mismo y de Ben.

Y vio en su visión las fabulosas ciudades perdidas, enterradas en el fango acumulado de la tierra: Tebas, la de las siete puertas, y todos los templos de las regiones de Daulia y de Focida, y toda la Oenotria hasta el Tirreno. Sumergidas en la urna funeraria de la tierra, vio las culturas extinguidas: la extraña gloria sin origen de los incas, los fragmentos de perdidos poemas épicos en un trozo desprendido de una vasija de Cnosos, las tumbas enterradas de los reyes de Menfis, y el polvo imperial, envuelto en oro y tela podrida, muerto con sus mil dioses bestiales, sus mudos y dormidos ushebti, en sus eternidades acabadas.

Vio los miles de millones de seres vivos del mundo, y los billones de muertos: los mares secos, los desiertos inundados, las montañas sumergidas; y dioses y demonios salían del sur, y gobernaban sobre el breve fulgor de cohete

de los siglos y se hundían... venían a sus Luces del Norte de la muerte, al crepúsculo iluminado por la muerte de los dioses acabados.

Pero, en medio de la atrafagada marcha de las razas hacia su extinción, permanecía el ritmo gigantesco de la tierra. Pasaban las estaciones en majestuosa procesión, y la fecunda primavera volvía siempre al mundo: nuevas mieses, nuevos hombres, nuevas cosechas y nuevos dioses.

Y entonces los viajes, la búsqueda de la tierra feliz. En este momento de terrible clarividencia, vio en los tortuosos caminos de mil lugares extraños la frustrada búsqueda de sí mismo. Y su rostro angustiado reflejaba aquel afán oscuro y apasionado que había tejido su lanzadera a través de los mares, que había colgado su trama entre los holandeses de Pennsylvania, que había nublado los ojos de su padre con el impalpable deseo de la piedra labrada y de la cabeza de un ángel. Hechizado por los montes, con la visión de la tierra cercada de montañas, vio mustiarse las doradas ciudades ante sus ojos, convertirse en sucio y gris el opulento y negro esplendor. Su cerebro estaba mareado por un millón de libros, sus ojos cegados por un millón de imágenes, su cuerpo emborrachado por un centenar de vinos nobles.

Y surgiendo de su visión, gritó:

—No estoy allí entre las ciudades. He buscado en un millón de calles, hasta que el grito de sátiro se ahogó en mi garganta, y no encontré ciudad alguna donde estaba, ni puerta alguna por la que hubiese entrado, ni sitio alguno donde me hubiese plantado.

Entonces, desde los bordes del silencio iluminado por la luna, replicó Ben:

—Tonto, ¿por qué buscaste en las calles?

Y Eugene dijo:

—He comido y bebido la tierra, he estado perdido y me han apaleado, y no lo aguantaré más.

—Tonto —dijo Ben—, ¿qué quieres encontrar?

—Quiero encontrarme a mí mismo, y el término de mi afán, y el mundo feliz —respondió—. Pues creo que hay un puerto al final de todo. ¡Oh, Ben, hermano, fantasma, desconocido, tú que no hablas nunca, dame ahora una respuesta!

Entonces, mientras él pensaba, dijo Ben:

—El mundo feliz no existe. El afán no tiene fin.

—¿Y una piedra, una hoja, una puerta, Ben? —Su lengua, sin hablar, siguió diciendo—: ¿Quién eres tú, que nunca fuiste, Ben, imagen de mi cerebro, como yo del tuyo, mi fantasma, mi desconocido, que has muerto, que



nunca viviste, como yo? Pero si, imagen perdida de mi cerebro soñador, tienes lo que yo no tengo... ¡dame una respuesta!

Habló el silencio. («No puedo hablar de viajes. Pertenezco a este lugar. Nunca me marché», dijo Ben.)

—Entonces, ¿en qué nos parecemos, Ben? Tu carne está muerta y enterrada en estos montes; mi alma libre ronda los millones de calles de la vida, viviendo su pesadilla espectral de afán y de deseo. ¿Dónde, Ben? ¿Dónde está el mundo?

—En ninguna parte —dijo Ben—. Tú eres tu mundo.

Inevitable catarsis por los hilos del caos. Inquebrantable exactitud de la suerte. Suma culminante de los miles de millones de posibilidades muertas, de hechos consumados.

—Salvaré una tierra virgen —dijo Eugene.

Et ego in Arcadia.

Y mientras hablaba, vio que había dejado el millón de huesos de las ciudades, la madeja de las calles. Estaba solo con Ben, y sus pies estaban plantados en la oscuridad, sus caras estaban iluminadas por el frío y alto terror de las estrellas.

Y él estaba de pie en la orilla de la noche, son solo el sueño de las ciudades, el millón de libros, las espectrales imágenes de aquellos a quienes había conocido y perdido. No volverán. No volverán jamás.

Plantado sobre el risco de la noche, miró y vio las luces de ninguna ciudad. «Era —pensó— el bueno y eficaz remedio de la muerte.»

—¿Es esto el fin? —dijo—. ¿He devorado la vida y no lo he encontrado? Entonces no viajaré más.

—Tonto —dijo Ben—, la vida es esto. No has estado en parte alguna.

—¿Ni en las ciudades?

—No existen. Solo hay un viaje: el primero, el último, el único.

—En costas más extrañas que Cipango, en un lugar más lejano que Fez, yo le daré caza, al fantasma que quiere cazarme a mí. He perdido la sangre que me alimentaba; he sufrido las mil muertes que llevan a la vida. Bajo el lento redoblar de los tambores, al fulgor de ciudades moribundas, he llegado a este lugar oscuro. Y este es el verdadero viaje, el bueno, el mejor. Y ahora prepárate, alma mía, para empezar la caza. Surcaré mares más extraños que los que sobrevuelan los albatros.

Se erguía solo y desnudo en la oscuridad, lejos del mundo perdido de

calles y de caras; estaba en pie sobre las murallas de su alma, ante la tierra perdida de sí mismo; oía, tierra adentro, murmullos de mares perdidos, la lejana música interior de los cuernos de caza. El último viaje, el más largo, el mejor.

—Oh, imprevisto e impalpable fauno, perdido en el bosque de mí mismo, te daré caza hasta que dejes de hechizar a mis ojos con afán. Oí tus pisadas en el desierto, vi tu sombra en antiguas ciudades enterradas, oí resonar tu risa en millones de calles, pero no te encontré allí. Y no pende ninguna hoja para mí en el bosque; no alzaré ninguna piedra sobre el monte; no encontraré una puerta en ciudad alguna. Pero en la ciudad de mí mismo, en el continente de mi alma, encontraré el lenguaje olvidado, el mundo perdido, una puerta por la que pueda entrar y la música más extraña que sonara jamás; te daré caza, fantasma, por los laberínticos caminos hasta... ¿hasta qué? ¡Oh, Ben, fantasma mío, respóndeme!

Pero mientras hablaba, los años fantasmas le arrebataron su visión, y solo los ojos de Ben fulguraron terriblemente en la oscuridad, sin contestarle.

Y llegó el día, y el canto de los pájaros al despertar, y la plaza bañada en la luz perlina y joven de la mañana. Y el viento sopló ligeramente en la plaza, y mientras él miraba, Ben, como una voluta de humo, se desvaneció en la aurora.

Y los ángeles del porche de Gant se inmovilizaron en duro silencio marmóreo, y a lo lejos despertó la vida, y hubo un ruido de ruedas ligeras y un lento repiqueteo de herraduras. Y oyó el silbato del tren gimiendo junto al río.

Sí, plantado por última vez junto a los ángeles del porche de su padre, le pareció que la plaza estaba ya lejana y perdida; o, diría yo, era como el hombre que se planta en el monte, sobre la ciudad que ha dejado, pero no dice «La ciudad está cerca», sino que vuelve los ojos hacia la imponente cordillera lejana.